

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA



TESIS DOCTORAL

El origen histórico y gnoseológico de la teoría de las élites

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

María Luz Moran Calvo-Sotelo

DIRECTOR:

Carlos Ollero Gómez

Madrid, 2015

TF
1983
095-I

María Luz Morán Calvo-Sotelo



* 5 3 0 9 8 6 0 8 6 9 *
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

2-28-216464-7-4

EL ORIGEN HISTORICO Y GNOSEOLOGICO
DE LA TEORIA DE LAS ELITES

TOMO I



BIBLIOTECA

Departamento de Teoría del Estado y Derecho Constitucional
Sección de Ciencias Políticas
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología
Universidad Complutense de Madrid
1983

Colección Tesis Doctorales. Nº 95/83

© M^a Luz Morán Calvo-Sotelo
Edita e imprime la Editorial de la Universidad
Complutense de Madrid. Servicio de Reprografía
Noviciado, 3 Madrid-8
Madrid, 1983
Xerox 9200 XB 480
Depósito Legal: M-9850-1983

"EL ORIGEN HISTORICO Y GNOSEOLOGICO DE LA TEORIA DE
LAS ELITES."
(Iª Parte)

MARIA LUZ MORAN CALVO-SOTELLO.

Tesis Doctoral dirigida por Don
Carlos Ollero Gómez, Catedrático de
la Primera Cátedra de Teoría del
Estado y Derecho Constitucional.

Departamento de Ciencia Polí-
tica de la Facultad de Ciencias
Políticas y Sociología, Universi-
dad Complutense.

Madrid 1981.

INDICE

DC.

-AGRADECIMIENTOS	
-INTRODUCCION.	1
-CAP.I.INTRODUCCION HISTORICA.	18
I.1.Europa en 1815-1830.	19
I.1.1.El Desarrollo Industrial.	26
I.1.2.Agricultura y Comercio.	33
I.1.3.La Situación Social.	39
I.2.Liberalismo y Desarrollo Constitucional.	45
I.3.Nacionalismo.	60
I.4.Evolución Política y Relaciones Internacionales:(1815-1914).	70
I.4.1.La Revolución de 1848.	71
I.4.2.1850-1873.	80
I.4.3.Relaciones Internacionales.(1815-90)	81
I.4.4.Relaciones Internacionales.(1890-1905)	86
I.4.5.El Colonialismo.(1880)	88
I.5.En Vísperas de la Primera Guerra Mundial: (1905-1914)	91
I.5.1.La Diplomacia.	91
I.5.2.Causas e Inicio de la Primera Guerra Mundial.	94
I.6.La Primera Guerra Mundial.	98
I.6.1.La Guerra.	98
I.6.2.Consecuencias Inmediatas de la Guerra.	105
I.6.3.El Tratado de Versalles.	107
I.7.Dos Casos Particulares.	111
I.7.1.Alemania.	111
I.7.2.Italia.	115
Notas.	119

	pg.
<u>-CAP.II.LA SITUACION DEL PENSAMIENTO SOCIOLOGICO.</u>	120
II.1. <u>El Ambiente de Pensamiento en 1890-1900.</u>	121
II.2. <u>La Crítica al Marxismo.Diferentes perspectivas.</u>	137
II.3. <u>La Recuperación del Inconsciente.</u>	143
II.4. <u>Georges Sorel.</u>	152
II.5. <u>Max Weber.</u>	160
II.5.1.Fundamentos Metodológicos de la Sociología.	166
II.6. <u>La Influencia de Nietzsche.</u>	172
II.7. <u>El Positivismo.</u>	180
II.7.1.El Positivismo de Augusto Comte.	186
II.7.2.Otras Corrientes del Positivismo en el siglo XX.	192
II.8. <u>El Liberalismo.Orígen,Desarrollo y Crisis.</u>	199
II.9. <u>La Ruptura:la Primera Guerra Mundial.</u>	221
Notas.	234
 <u>-CAP.III.EL NUEVO ENFOQUE DE LA TEORIA DE LAS ELITES.</u>	 239
Notas.	349
 <u>CAP.IV.EL PUNTO DE PARTIDA DEL ANALISIS.</u>	 353
IV.1. <u>El Intento de Construcción de una Ciencia de la Sociedad o de la Política.</u>	354
IV.1.1.Pareto y la Ciencia lógico-experimental.	361
IV.1.2.Mosca y el Método histórico.	401
IV.1.3.El Tema de la Utilidad en Pareto.	412
IV.2. <u>La Ciencia de los Hechos Políticos y las Acciones Humanas.</u>	418
IV.2.1.Pareto y los elementos esenciales de la ciencia social.	419

IV.2.1.1.Las Acciones lógicas y no lógicas.	419
IV.2.1.2.Los Residuos.	441
IV.2.1.3.Las Derivaciones.	456
IV.2.1.4.Los Residuos, las Derivaciones y la forma de la sociedad.	465
IV.2.2.Gaetano Mosca.	481
IV.2.3.Breve Referencia a R.Michels.	496.
IV.3. <u>La Diversidad de Enfoques del estudio de lo Histórico-Político.</u>	502
Notas.	515
<u>-CAP.V.EL DOMINIO DE LAS ELITES.</u>	513
V.1. <u>Pareto y el Análisis de la Elite Gobernante.</u>	519
V.1.1.La Naturaleza del Hombre y de la Sociedad.	520
V.1.2.La Definición de la Elite.	544
V.1.3.La Composición de las Elites y su circula- ción.	560
V.1.4.Las Formas de dominio y de Gobierno de las Elites.	593
V.2. <u>Mosca y la Clase Política.</u>	622
V.2.1.Mosca y el carácter de la Clase Política.	623
V.2.2.Historia y Clase Política.	642
V.2.3.La Clase Política y las Masas.	665
V.2.4.La Fórmula Política.	685
V.2.5.La Defensa Jurídica.	697
V.3. <u>Michels y la Ley de Hierro de la Oligarquía.</u>	719
V.3.1.Introducción.	719
V.3.2.La Organización.	727
V.3.3.La Necesidad Psicológica del Liderazgo.	758

	<u>pg.</u>
V.3.4.Consecuencias del análisis.	772
V.3.5.Algunas Consideraciones finales.	808
Notas.	812
 <u>-CAP.VI.CAMBIO SOCIAL Y CONCEPCION DE LA HISTORIA.</u>	 817
VI.1. <u>Introduccion.</u>	818
VI.2. <u>Las Dos Formas de concebir la Historia.</u>	826
VI.3. <u>Premisas para el Análisis.</u>	843
VI.4. <u>El Cambio dentro de la Clase Gobernante.</u>	859
VI.5. <u>Cambio Social y Evolución Histórica.</u>	875
Notas.	885
 <u>-CAP.VII.EL PROBLEMA DE LA IDEOLOGIA EN LOS TEORICOS</u> <u>DE LA ELITE.</u>	 887
Notas.	926
 <u>-CAP.VIII.LA RECUPERACION DEL ARGUMENTO ELITISTA.</u>	 927
VIII.1. <u>Introducción.</u>	928
VIII.2. <u>La "Funcionalización" de la Elite Política.</u>	938
VIII.3. <u>La "Crítica Elitista de la Democracia".</u>	956
VIII.4. <u>J.Schumpeter.</u>	970
VIII.5. <u>T.B.Bottomore.</u>	990
VIII.6. <u>H.Aron.</u>	1001
Notas.	1013
 <u>-CONCLUSIONES.</u>	 1015
<u>-BIBLIOGRAFIA.</u>	1027.

AGRADECIMIENTOS

La tesis doctoral que ahora presento ha contado con el estímulo y la colaboración de un amplio grupo de personas a las que debo recordar en estos momentos, cumpliendo así con un ineludible deber de gratitud.

En primer lugar no puedo dejar de mencionar a D. Carlos Ollero Gómez, cuyo aliento y apoyo ha sido constante, tanto como director de este trabajo de investigación, como jefe del Departamento de Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense, entre cuyo profesorado tengo el honor de contarme.

He de agradecer también al Centro de Estudios Económicos y Sociales de la Confederación Española de las Cajas de Ahorros, y en particular al profesor Víctor Pérez Díaz, que generosamente me concedió una beca de ampliación de estudios en el curso 1979-80, que utilicé para la prosecución de esta tarea.

Por último doy las gracias a un nutrido grupo de profesores, compañeros y amigos cuyas enseñanzas, críticas y aliento han jugado un papel muy relevante en el desarrollo y buen término de esta tesis doctoral.

INTRODUCCION.

Nos enfrentamos, en esta breve introducción que ha de servir de preludio, y a la vez de aclaración de todo nuestro trabajo, con la compleja tarea de tratar de condensar en el menor número de páginas y con la máxima nitidez posible, tanto su objeto, el aliento que nos impulsó a llevarlo a cabo, como la marcha y el desarrollo del mismo. Es evidente que cuando un estudioso cualquiera escoge un tema concreto como centro de su esfuerzo y, con mayor o menor fortuna, se empeña en trabajarlo y extraer ciertas conclusiones, ha de partir inevitablemente de unas ciertas hipótesis que justifiquen de algún modo la razón y la validez del empeño, al igual que ha de contar con una metodología concisa que evite que se pierda en el camino; pero del mismo modo tampoco se puede dejar a un lado la indudable importancia que poseen las motivaciones más puramente subjetivas en esta primera elección. Desde hace ya tiempo el tema de las élites ejercía una gran atracción, sobre nosotros, especialmente por ser un tema "maldito", por decirlo así, dentro de la tradición de la teoría sociológica, y en particular en la Sociología Política, nuestro verdadero campo de estudio. Y decimos maldito, término quizá demasiado extremado, porque, curiosamente, ha sido objeto de los más escandalosos olvidos y de los más feroces ataques o ardientes adhesiones, todo lo cual da lugar a la aparición de una abundantísima literatura sobre el tema, en medio de la cual es realmente difícil hallar obras que estudien el fenómeno desde una postura equilibrada e imparcial, sin caer en

extremismos de uno u otro tipo. Fué, pues, como venimos diciendo, esta constatación de la existencia de un feroz rechazo por parte de numerosas figuras del panorama sociológico contemporáneo, lo que nos llevó, en un primer momento, a interesarnos por el problema de la formulación elitista en sus líneas más generales; pero ya una vez adentrados en este descubrimos un amplio campo de formulaciones centradas, en lo esencial, en las figuras de los que han sido considerados los clásicos del elitismo. Nos referimos, evidentemente, a V. Pareto, G. Mosca, y R. Michels. Y realmente hemos de reconocer que fué una lectura inicial de sus textos más importantes lo que nos decidió definitivamente a escoger este tema como objeto de nuestra Tesis Doctoral, y lo que, en última instancia, marcó las principales líneas de esta.

Porque, desde un comienzo, la hipótesis de la cual nosotros partimos, y que esperamos haber demostrado ampliamente a lo largo del estudio, era que la "élite" o la "clase política", las denominaciones varían según los autores considerados, es una categoría de análisis fundamental dentro del panorama general de los estudios políticos en nuestros días, que es necesario volver a tomar en consideración, puesto que, indudablemente, una aplicación correcta de la misma puede llegar a dar resultados tremendamente enriquecedores para todo el conjunto de disciplinas que pueden encuadrarse dentro de este gran campo de estudio. Esta idea inicial nos llevaba, directamente, a la necesidad de dar "marcha atrás" y considerar detenidamente la gestación y verdadero significado de dicho concepto, siempre dentro del marco del desarrollo del pensamiento social contemporáneo. Al mismo tiempo no teníamos más

remedio que no perder de vista en ningún momento la otra perspectiva de análisis, la que tomaba en cuenta el posible puesto de la categoría conceptual "élites" dentro del panorama actual de todo este tipo de estudios. Es, pues, este doble interés el que confiere a toda nuestra labor una dualidad muy evidente en algunos momentos, a la vez que duplica, por decirlo así, los ejes de estudio: por un lado ello da lugar a que nuestro trabajo se convierta, en una parte, en un análisis detallado del pensamiento de aquellos que han sido considerados como los precursores del elitismo en nuestros días, lo cual hace que este se convierta, en cierto modo, como una investigación con una clara vertiente de estudio histórico del pensamiento político, pero junto con ello no se puede afirmar que todo se reduzca a este punto, sino que habrán de encontrarse, en todo momento, referencias e ideas que amplíen el campo de interés y abran la puerta para acceder a este segundo nivel al que antes nos referíamos: aquel que puede llegar a atribuir el verdadero significado y el puesto que ha de ocupar al concepto de la élite dentro de la línea más actual de investigación política y social. En las conclusiones, que debidamente se incluyen al finalizar la investigación, el lector podrá evaluar en que medida se ha conseguido realizar plenamente este doble objetivo, y la lectura del texto íntegro podrá darnos o quitarnos la razón en lo que respecta a la justeza de nuestra hipótesis inicial: considerar, por un lado, que la formulación clásica del elitismo ha tenido una gran importancia en todo el desarrollo del pensamiento social de nuestros días, hallándose huellas inequívocas de este hecho en las argumentaciones de algunos pensadores que están considerados como pilares básicos dentro de este,

campo. Lo cual desmiente, además, una idea muy extendida que afirma que el pensamiento de Pareto, Mosca y Michels (sobre todo el de los dos primeros) tiene un interés meramente circunstancial que se agota en el momento en que nos salimos de una época histórica muy determinada: la de la Europa del último cuarto del siglo pasado, y sobre todo la que ve gestarse en su seno, durante dos o tres décadas, uno de los fenómenos que más han alterado la fisonomía del mundo occidental de nuestro siglo: los grandes totalitarismos de la década de los años treinta, y en particular el nazismo y el fascismo. Junto con esta reivindicación del destacado papel que jugaron, y aún siguen jugando, en parte, nuestros autores en el ámbito del pensamiento europeo, esperamos que nuestra tarea pueda contribuir, aunque indudablemente en muy pequeña medida, a un esfuerzo común de clarificación del verdadero significado del concepto tantas veces mentado, tanto dentro de la argumentación de estos primeros autores, despojándolo de todos estos vicios de lectura de los que venimos hablando, como desde la perspectiva de una recuperación actual del mismo, tomando en cuenta las necesidades y objetivos y las necesidades del estudio de los fenómenos políticos en nuestros días. Evidentemente esta segunda parte de nuestro objetivo sólo ha podido quedar cumplida en parte en la actual investigación, pero el hecho de que, a causa de las limitaciones de nuestra propia tarea, no podamos presentar acabada y conclusa esta segunda vertiente, no es óbice para que hayamos de borrarla completamente, puesto que que su concurso proporciona una visión particular de nuestra labor que no queremos perder bajo ningún concepto. Además siempre hay que dudar de aquellos que pretenden haber cerrado por completo la discusión o el estudio en torno a un

tema concreto; en nuestro campo rara vez puede llegarse a afirmar que un asunto está zanjado, y mucho menos podemos atribuirnos nosotros este "mérito", una vez que nos estamos iniciando en estas lides, y que además hemos topado con uno de los problemas claves dentro de la Sociología Política actual, que requiere más esfuerzo y estudio para poder alcanzar ciertos resultados que ofrezcan algunas garantías de fidelidad. Todo lo anterior da lugar a que esta Tesis Doctoral que ahora presentamos posea una característica más que hemos de resaltar: lo que podríamos llamar una indudable proyección de futuro; es decir se trata de un primer paso imprescindible en una senda de trabajo que nos hemos marcado y que tiene su continuación en dos campos paralelos. Por una parte es evidente que el tema de la actual recuperación del argumento elitista, al que dedicamos el último capítulo, necesita de una mayor profundización, considerando posturas y autores que por falta de tiempo y de lugar hemos tenido que dejar de lado. Este estudio se encuentra, de este modo, entre las tareas que hemos de imponernos a nosotros mismos en un futuro no muy lejano y que, indudablemente, enriquecerá enormemente todo el análisis que ahora presentamos. Pero, al mismo tiempo, esta primera incursión en el tema del elitismo, que incluimos aquí, nos permite comenzar a pensar en la posibilidad de llevar a cabo algún tipo de estudio más empírico, si es que podemos llamarlo así, es decir en tratar de utilizar el concepto de élite en la consideración de algún fenómeno político que se nos presente ante los ojos en el momento en que tomamos en cuenta la realidad en la que nos hallamos inmersos. A pesar de lo parcial de nuestras conclusiones y de la obligación que nos imponemos a nosotros mismos de continuar profundizando en los aspectos

más puramente teóricos del problema, pensamos que nos encontramos en condiciones de poder aventurarnos en este otro terreno, que hemos dejado de lado hasta este momento.

Nuestras hipótesis de partida, y el sentido que hemos querido darle a toda nuestra investigación han condicionado indudablemente el método seguido para avanzar en nuestro trabajo; en todo momento hemos tenido que estar jugando con la dualidad de niveles en la que hacemos tanto hincapié. En primer lugar desde el comienzo estuvo claro que si queríamos llegar a alguna conclusión acerca del sentido de la argumentación elitista, tal y como aparece a fines del siglo pasado, y en las primeras décadas del actual, teníamos que llevar a cabo una labor de "retorno a las fuentes", de estudio detallado y directo de las obras de Pareto, Mosca y Michels. Una lectura que tendría que ser, en todo momento, lo más desprejuiciada y directa posible, puesto que uno de nuestros principales objetivos era el de intentar librarnos de todas las falsas interpretaciones y mitos que se han ido tejiendo paulatinamente en torno a la figura y a las obras de estos autores y que, en algunas ocasiones, como hemos tenido ocasión de comprobar, llegan a desvirtuar el verdadero sentido de todo su discurso. Dejando a un lado las ya conocidas dificultades con las que se topa todo investigador en lo que se refiere a la localización de la documentación básica para su estudio, el gran problema con el que nos encontramos fué, sin lugar a dudas, el de la abundancia de la producción literaria de estos autores (sobre todo de Pareto), y más aún que la abundancia su diversidad en lo que al tratamiento de temas se refiere. No olvidemos en ningún momento que estamos hablando de unos pensadores casi plenamente decimonónicos, con toda la pretensión

de enciclopedismo que ello supone, y sobre todo de unos autores que tardan en encuadrarse dentro del campo más propiamente llamado del estudio de los fenómenos políticos y sociales desde una perspectiva que hoy en día denominaríamos puramente sociológica o sociopolítica. Partiendo, pues, de la constatación de esta diversidad de intereses iniciales y tomando en cuenta en todo momento la situación de falta de compartimentización o si se quiere de ausencia de definición rigurosa en las que se encontraban inmersas las diferentes ramas de las Ciencias Sociales del momento, no ha de extrañarnos que, en numerosas ocasiones, el lector quede abrumado por la diversidad de los temas que tocan estos pensadores a lo largo de su vida. Es indudable que ello constituye una gran fuente de riqueza para el desarrollo de su discurso, explicando, además, muchos puntos que sin ello quedarían sumidos en la obscuridad, por lo que no podemos dejar totalmente a un lado aquellas obras que no se centran exclusivamente en el tema que a nosotros nos interesa. Pero también es cierto que si queremos analizarlas todas al mismo nivel nos encontraremos con una ingente tarea que excede a nuestras posibilidades. Por lo tanto hemos pretendido mantener en todo momento un difícil equilibrio entre una perspectiva globalizadora, que no hemos abandonado en ningún momento, y fijarnos con mucho mayor detenimiento y profundidad en aquellos textos que se atienen más directamente al objeto central de nuestro trabajo. Una buena parte de nuestra tarea se resume, de este modo, en una lectura detenida de las principales obras de nuestros autores que tratan el problema de la definición de la élite política, y por ello el lector no dejará de encontrar constantes referencias a estos textos.

Pero, aunque esta labor de "vuelta a los orígenes" nos parecía imprescindible, y de hecho ha constituido una buena parte de nuestro trabajo, tampoco podíamos dejar de lado otros dos fenómenos de una vital importancia y que eran absolutamente imprescindibles para poder llevar a cabo con un mínimo de rigurosidad los objetivos que nos marcamos desde un comienzo. A pesar de que, como hemos tenido ya ocasión de comentar, una de nuestras constantes obsesiones ha sido la de tratar de encararnos con la argumentación clásica del elitismo tal y como se desprende de la lectura de las obras de los teóricos más significativos dentro de esta corriente de pensamiento, también es verdad que no podíamos olvidar la existencia de una cantidad de estudios muy notable sobre estas figuras, desde las perspectivas más diversas. Como afirmamos a lo largo de nuestro trabajo tras una etapa de casi absoluto abandono de la argumentación clásica del elitismo, asistimos, después de la Segunda Guerra Mundial, a un movimiento de recuperación de la misma que da origen a la aparición de una verdadera avalancha de estudios sobre las facetas más diversas del tema; y de nuevo nos encontramos con un problema muy parecido al que hacíamos referencia al hablar de la obra de nuestros tres autores: la diversidad y, en este caso, sobre todo la parcelación de estos. En algún momento a lo largo de nuestra exposición, apuntábamos una característica común a este abundante conjunto bibliográfico: la asombrosa ausencia, o mejor dicho la escasez de obras de carácter globalizador que hagan el esfuerzo de considerar el fenómeno en toda su amplitud, mientras que son numerosísimos los análisis tremendamente parciales que sólo se centran en aspectos particularísimos del tema. Esta, entre las anteriormente citadas, ha

sido también una de las razones que más nos animó a emprender esta investigación que ahora presentamos. De nuevo, pues, tuvimos que llevar a cabo una rigurosa labor de selección entre este conjunto bibliográfico que nos alejara del peligro de caer en una mera recopilación de distintos puntos de vista muy concretos, y nos impidiera presentar la visión general y a la vez profunda que nosotros anhelábamos conseguir. Esto explica que desde un comienzo presentemos únicamente las obras y opiniones de aquellos autores que pensamos contribuyen de una manera más directa a lograr este propósito; al mismo tiempo hemos de reconocer que estos estudios nos han ayudado enormemente a descubrir nuevos aspectos de la argumentación elitista que sin duda nosotros no hubiéramos apreciado aisladamente, y además iban abriendo paso a una paulatina clarificación acerca del puesto del concepto de las élites dentro del panorama actual de los estudios sociales y políticos.

Parecería como si a la hora de enfrentarnos a nuestro trabajo concreto, y cuando teníamos que decidir que fuentes y que camino íbamos a seguir para alcanzar nuestras metas, nos hubiéramos olvidado por completo del segundo nivel de análisis del que tanto hemos hablado con anterioridad, puesto que hasta el momento sólo nos hemos referido al modo de enfrentarnos con los escritos de los tres grandes clásicos del elitismo: Pareto, Mosca y Michels. Sin embargo no dude el lector de que hemos tenido continuamente en cuenta esta otra vertiente, y buena prueba de ello es el hecho de que fuimos empujados a recurrir a otras dos clases de textos. En primer lugar, y aunque creemos firmemente que el verdadero inicio de las formu-

laciones elitistas, tal y como aparecen en nuestro siglo, pueden hallarse en los razonamientos de los tres grandes pensadores que hemos venido citando repetidamente, nuestra pretensión de que la élite o clase política podía llegar a constituir un instrumento de análisis de primer orden dentro del campo de la Sociología Política, tenía que estar basado en una mínima clarificación de los orígenes de dicha formulación. Porque, y esperamos haber insistido suficientemente en este punto a lo largo de nuestro trabajo, ni Pareto ni Mosca ni Michels "inventan" nada sino que recogen, transforman y actualizan toda una corriente de pensamiento anterior, y sobre todo una forma muy particular de concepción de la vida política y social. Era, pues, fundamental tratar de entroncar con esta tradición aunque sólo fuera fijandonos en los eslabones principales de la misma para, de este modo, cumplir un doble objetivo: además de ahondar más aún en la labor de clarificación de la argumentación clásica elitista de la que hablabamos antes, conseguíamos ir perfilando poco a poco la riqueza del concepto de la élite, segunda gran meta de nuestra investigación. Por lo tanto volvimos a revisar la línea maquiavelista, o neomaquiavelista, de estudio de la política, y con ello entroncamos directamente con toda esta corriente de recuperación contemporánea de la élite, y que constituía el punto de partida para la continuación de nuestra labor. Vemos, pues, como han sido directamente las hipótesis de partida y los objetivos que hemos querido alcanzar con nuestra investigación los que han marcado, incluso podríamos decir que han determinado las fuentes a las que recurrir a lo largo de nuestro trabajo, así como los pasos que hemos ido dando. Como se trata de un tema enormemente complejo, pero con un centro bien de-

finido, no hemos de extrañarnos de que los argumentos vayan entremezclandose y todos los "grupos de fuentes", si es que podemos llamarlos así, contribuyen al objetivo central que nos marcamos previamente, aunque a efectos de análisis y de exposición es conveniente distinguir entre ellas para marcar más nitidamente los diferentes escalones y fases de nuestro trabajo.

La inevitable consecuencia de todo lo expuesto con anterioridad es la marcha de la exposición que refleja tanto el esfuerzo llevado a cabo para demostrar nuestras hipótesis de partida, como los pasos que hemos ido dando para lograrlo y los obstáculos que han ido surgiendo y que nos han empujado a detenernos más en algunos aspectos mientras que podíamos permitirnos el lujo de pasar más agilmente por encima de otros. Estas son las razones que nos llevan a pensar que puede ser de sumo interés para el lector que aclaremos en este momento el por qué de esta marcha expositiva, que se encuentra resumida en el índice que presentamos al comienzo de la investigación.

Se presenta primero una parte inicial introductoria compuesta por dos capítulos en la cual hemos querido enmarcar el surgimiento de la argumentación clásica del elitismo tanto dentro del marco más puramente histórico como teniendo en cuenta el ambiente de pensamiento social europeo en el que estos autores se encontraban inmersos y que hubo de influir indudablemente en todo el desarrollo de su argumentación. Podría quizá pensarse que esta primera parte de la investigación es totalmente superflua ya que, a primera vista, parece salirse un poco de los límites que marcábamos previa-

mente; sin embargo cuando se reflexiona más profundamente sobre el asunto se comprende perfectamente la verdadera significación, la importancia, y sobre todo lo imprescindible de esta primera aproximación al problema. Está claro que no somos unos expertos en Historia del siglo XIX, ni tampoco podemos atribuirnos un conocimiento exhaustivo del enorme número de corrientes de pensamiento y de autores relevantes que se concentran en el último cuarto del siglo pasado, o que han tenido una influencia significativa durante este periodo, aún perteneciendo a alguna época anterior. Sin embargo ello no es una excusa para que pudieramos saltarnos la tarea de tratar de lograr una mínima comprensión y conocimiento de ambos temas. Si recordamos, argumento que hemos de tener siempre presente, que uno de los objetivos esenciales de nuestro estudio es el de intentar alcanzar una plena comprensión de la razón del surgimiento, o mejor dicho del resurgimiento del planteamiento elitista en las últimas décadas del siglo pasado, y si tenemos en cuenta, además, la amplitud de intereses de nuestros tres autores centrales, y la diversidad de campos de estudio de los que provenían, está claro que era imposible llevar a cabo nuestra tarea sin tener que recurrir a estos dos marcos de referencia. De este modo, tras haber trabajado en los dos capítulos iniciales nos encontrábamos en situación de comprender mucho mejor la postura individual que adoptaban cada uno de estos pensadores ante los acontecimientos que van sucediéndose con una rapidez vertiginosa en torno suyo; vivencias personales que, por otro lado, se ven reflejadas, indudablemente, a la hora de enfrentarse con la elaboración teórica de su pensamiento. Pero también, al haber profundizado, aunque minimamente, en las principales corrientes de pensamien-

to que se dan cita, nacen, evolucionan o mueren durante aquellos años, podemos vislumbrar con mucha mayor claridad los retos que se alzan ante esos individuos, los principales interrogantes a los que han de contestar y sobre todo las influencias más evidentes que pueden encontrarse en sus respectivas argumentaciones.

Contando con este primer gran conjunto de información, y aún siendo plenamente conscientes de sus indudables limitaciones, nos encontramos en condiciones de pasar a un segundo escalón en el trabajo en el cual teníamos como objeto primordial de estudio el considerar los planteamientos iniciales de la argumentación elitista, todo lo cual se encuentra expuesto en los Capítulos III y IV de nuestro trabajo. Decíamos anteriormente que, al igual que nos era fundamental considerar el marco histórico y el de pensamiento en el cual podíamos incluir a nuestros autores, tampoco podíamos dejar a un lado el hecho de que el planteamiento elitista hunde sus raíces en estadios anteriores de la evolución del pensamiento político y social, que, de algún modo, van a determinar ciertas características que pueden señalarse en todo el discurso de nuestros tres pensadores. Todo ello nos empujaba a tratar de presentar, en un primer momento, el fenómeno de la recuperación de toda una línea de la tradición que parecía tener uno de sus ejes principales en el pensamiento de Maquiavelo. Del mismo modo, y al tiempo, conseguíamos ver el por qué de la recuperación de este tipo de argumentación en un momento y en unos autores muy determinados, y el sentido inicial que tomará esta nueva labor y esta nueva perspectiva dentro del análisis de los fenómenos políticos. Pero para

acabar con esta segunda parte de nuestro trabajo, y antes de dar un paso más hacia adelante, no podíamos sino detenernos y centrarnos ya en el discurso de cada uno de los tres pensadores considerados, tratando de encontrar las bases sobre las que se funda este planteamiento tan recurrente a lo largo de la Historia. Es por ello por lo que incidimos insistentemente en las bases metodológicas y epistemológicas de cada uno de ellos, haciendo una particular incidencia en su visión de la ciencia y en concreto de la Ciencia Social.

Así pues, y una vez dada por concluida esta segunda parte, avanzamos una vez más en nuestro camino, y llegamos a la parte que, en cierto modo, puede ser considerada como el centro de la investigación, al menos de esta primera etapa que ahora presentamos. Se trata del análisis concreto del surgimiento del problema de la élite en cada uno de nuestros pensadores, y se encuentra expuesta en el Capítulo V. Por medio de un detenido estudio de los escritos de cada uno de ellos, y ayudados por las investigaciones que se han publicado acerca del tema por parte de algunos autores, hemos intentado reconstruir, el origen, desarrollo, verdadera definición y los rasgos fundamentales de la categoría de análisis "élite" o "clase política" en cada uno de ellos. Esta ardua tarea, ardua puesto que exige una constante referencia y relectura de los escritos, en ocasiones sumamente áridos e incluso tediosos, nos ha sido, al fin y al cabo, de una extraordinaria utilidad y puede ser muy bien vista como una sólida plataforma a partir de la cual poder avanzar en posteriores intentos de investigación. Pensamos que no sólo hemos conseguido aclarar en gran medida el significado real de dicho

concepto en su formulación clásica, sino que también hemos podido sacar a la luz toda la verdadera riqueza del mismo, la enorme variedad de matices que se concreta en las indudables diferencias existentes entre la argumentación de cada uno de los autores considerados, y en resumidas cuentas todo ello nos reafirma aún más en nuestra convicción inicial de la enorme utilidad que puede llegar a poseer una correcta utilización del concepto de élite en una perspectiva actual de estudio de los fenómenos políticos.

Sin embargo, a pesar de que quizá hubieramos podido dar por finalizada en este momento nuestra tarea pensamos que existían todavía algunos temas que nos podían ayudar en gran medida a presentar una visión más completa y acabada del tema estudiado, y por ello, tras algunas vacilaciones, nos dedicamos a seguir trabajando en las dos partes que acaban de conformar nuestra Tesis Doctoral. En primer lugar, dentro de los capítulos VI y VII, nos centramos en unas breves reflexiones acerca de dos temas que consideramos de fundamental importancia para acabar de comprender el sentido global de la denominada teoría clásica de las élites, y que no son otros sino el de la Historia y el de la Ideología. Cuando hablamos, en un momento anterior, de las fuentes a las que recurríamos para realizar nuestra labor, decíamos que junto a los textos originales de nuestros autores, también tomábamos en consideración las aportaciones de algunos de los estudiosos más importantes y significativos que se habían dedicado en algún momento a estos asuntos; este segundo nivel de lectura ratifica nuestra convicción de que existen dos grandes problemas que atraen la atención de todo estudioso, y que aún hoy en

día son objeto de vivas controversias, y que es necesario tocar en alguna medida si queremos alcanzar una comprensión lo suficientemente completa del pensamiento de estos autores". Se trata, evidentemente, de los problemas de la supuesta aparición de una Teoría de la Historia, así como de una Teoría de la Ideología en la argumentación elitista clásica. Ambos temas poseen por sí solos la suficiente entidad y complejidad como para constituir objetos de Tesis Doctorales independientes, pero de todos modos nos resistimos a dejarlos a un lado y por ello presentamos dos breves esbozos de los principales interrogantes que pueden plantearse y de la importancia y significación que posee su consideración para el tema que nos atañe. Para ello, en esta ocasión, no dudamos en basarnos decididamente en las opiniones de algunos autores que han estudiado con gran profundidad estos problemas, y en las distintas tesis que se han lanzado sobre los mismos, y que el lector encontrará reflejadas en los capítulos antes mencionados.

Nuestro trabajo concluye en el capítulo VIII con un avance hacia el futuro que se concreta en la consideración de la recuperación del argumento clásico elitista, haciendo unas someras referencias a las nuevas tendencias de desarrollo de los postulados elitistas; estas son fundamentalmente dos: por un lado la que llamábamos de "funcionalización" de la élite, y por otro lado la "Crítica elitista de la Democracia". Aquí nos topamos de nuevo con una materia cuya riqueza y complejidad supera con creces nuestras posibilidades, ya que constituye este segundo gran paso en la investigación que habremos de dar ineludiblemente en un futuro no muy lejano. Pero si uno de los objetivos de la investigación era el de

resaltar la indudable importancia y utilidad de la "élite" como instrumento de trabajo en investigaciones actuales, no podíamos dejar de señalar las principales líneas en las que se ha dado este movimiento de recuperación e incluso de transformación. De este modo, junto con un primer paso hacia un futuro estadio de análisis, pensamos haber logrado presentar la "actualización" de la problemática clásica ya analizada. Queda, pues, abierto el puente y marcado el camino para poder seguir avanzando en nuestra senda de trabajo y estudio.

Esperando no haber aburrido demasiado al lector con esta larga introducción, damos paso al cuerpo central de esta labor, disculpándonos por adelantado de los posibles fallos e imprecisiones que se puedan encontrar en ella.

CAP.I.INTRODUCCION HISTORICA.

I.1.EUROPA EN 1815-1830.

I.1.1.El Desarrollo Industrial.

I.1.2.Agricultura y Comercio.

I.1.3.La Situación Social.

I.2.LIBERALISMO Y DESARROLLO CONSTITUCIONAL.

I.3.NACIONALISMO.

I.4.EVOLUCION POLITICA Y RELACIONES INTERNACIONALES.(1815-1914)

I.4.1.La Revolución de 1848.

I.4.2.1850-1873.

I.4.3.Relaciones Internacionales.(1815-1890).

I.4.4.Relaciones Internacionales.(1890-1905).

I.4.5.El Colonialismo.(1880).

I.5.EN VISPERAS DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL.(1905-1914).

I.5.1.La Diplomacia.

I.5.2.Causas e Inicio de la Primera Guerra Mundial.

I.6.LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL.

I.6.1.La Guerra.

I.6.2.Consecuencias inmediatas de la Guerra.

I.6.3.El Tratado de Versalles.

I.7.DOS CASOS PARTICULARES.

I.7.1.Alemania.

I.7.2.Italia.

Notas.

CAP.I:INTRODUCCION HISTORICA.

I.1.EUROPA EN 1815-1830:

El impacto de la Revolución francesa de 1789 va a ser el factor determinante que marca el inicio del siglo XIX en Europa. El periodo que va de 1789 o 1792 hasta 1815 es el de la reconstrucción europea y el de la afirmación de los principios internos de los estados. El Congreso de Viena y los tratados de 1814 y 1815 dibujarán la fisonomía política del continente tal y como nos la vamos a encontrar a lo largo de los cien años siguientes, y será este mismo "diseño" el que va a dar lugar a gran parte de los conflictos y crisis esenciales de comprender para el objetivo de nuestro estudio.

El Congreso de Viena, verdadero punto inicial del siglo XIX, afirma principalmente la preocupación común del fortalecimiento del poder de los grandes Estados; es en este momento cuando va a construirse una Europa de naciones poderosas que conformarán a lo largo de las décadas posteriores un gran complejo de alianzas y en definitiva un amplio sistema de equilibrio. Los dos principios sobre los que va a asentarse dicho armazón son en primer lugar un principio moral fundado en la legitimidad histórica de los soberanos, y en segundo lugar un principio jurídico práctico que no es sino el de mantener un equilibrio en el poder y en la fuerza de las grandes potencias. De este modo el mapa del continente quedará claramente dibujado, pero es esta misma definición de los principios de la división política del continente la que dará origen

a los grandes problemas que definen el transcurrir histórico de la centuria anterior. Por un lado nos encontramos con las naciones sin una legitimidad hereditaria que van a luchar denodadamente por adquirir su propia legitimidad, encontrándose en esta situación los principados eclesiásticos alemanes que forman la Confederación germánica, las dos repúblicas aristocráticas de Venecia y Génova, así como Polonia. Y por otra parte asistiremos a los grandes conflictos surgidos de la competencia entre las grandes potencias sobre las que habremos de volver en repetidas ocasiones.

De esta manera va a plantearse una gran contradicción, por un lado se va a dibujar un mapa de Europa mucho más simple, pero que de ningún modo respeta el principio de las nacionalidades que habían proclamado tanto la Revolución norteamericana como la Revolución Francesa. Será este hecho el que dará lugar al gran auge de la ideología nacionalista, uno de los rasgos definitorios del periodo que nos ocupa.

Es, asimismo, a comienzos de siglo cuando vamos a ir viendo aparecer los principios embrionarios de organización europea que van a conformar los complejos sistemas de alianzas que marcarán el transcurrir de la política continental hasta la segunda guerra mundial. Durante estos años aparecen en primer lugar la Santa Alianza asentada en un principio vago de solidaridad entre los monarcas, y del mismo modo surgirá la Cuádruple Alianza cuya firma secreta tiene lugar el 20 de Noviembre de 1815, apareciendo como firmantes Rusia, Austria, Prusia e Inglaterra, que, de este modo, se unen en una defensa mutua contra la posibilidad de que Francia llegara a anular los tratados. La política internacional no queda reducida, como en épocas anteriores, a las pugnas entre Estados soberanos par-

ticulares, sino que a partir de este momento todo conflicto local va a tomar una dimensión a nivel del continente, ya que el juego de los grandes estados tenderá principalmente al mantenimiento del equilibrio de poder, en el cual quedará implicados los grandes bloques de alianzas que van a ir apareciendo paulatinamente, y que variarán poco a lo largo de los años.

Dentro de esta gran panorámica existen diferencias sustanciales en los regímenes políticos de los distintos Estados europeos del momento. A grandes rasgos podemos diferenciar entre aquellos Estados que carecen de una constitución, y que se encuentran todavía bajo una dominación del tipo de una monarquía absoluta, y aquellos que cuentan con una reglamentación de tipo constitucional. En este último caso hay que señalar que, por lo general, se trata de Constituciones "otorgadas" por los soberanos, en las cuales existe una limitación evidente en la concepción de determinadas libertades. Para hacernos una somera idea del mapa político constitucional de la Europa del momento diremos que Dinamarca, Austria y Prusia son claramente monarquías absolutas, y del mismo modo Italia, en ausencia de todo texto escrito, y bajo un régimen formalmente denominado como monarquía absoluta, está sometido al despotismo de los tiranos locales. Por el contrario los Países Bajos, Suecia y Noruega, esta última tras su sublevación por su cesión a Suecia, poseen Constituciones otorgadas, salvo Noruega que la aprueba por medio de una votación en su Dieta. El caso de Alemania es algo diferente ya que en Junio de 1815 se dota con un "Acta de Confederación" que no permite la libre elección de una Cámara de representantes sino que crea Asambleas en los diferentes Estados nombradas directamente por sus Príncipes.

En España tras la promulgación de la Constitución de Cádiz de 1812, Fernando VII restablece el régimen absolutista, encontrándose en una situación muy similar Portugal con la Regencia del General Beresford. Por último, en este breve recorrido, recordemos que Rusia es aún una autocracia despótica y paternalista, y que Suiza se alza como la excepción de Europa, al dotarse con una Constitución Republicana el 9 de Septiembre de 1815.

A pesar de que es lícito, y útil para nuestros propósitos, distinguir en el panorama político europeo del momento entre monarquías absolutas y constitucionales, hemos de tener siempre claro que no existe una delimitación muy clara entre la situación de los dos tipos de Estados. En ambos casos el poder y la administración se encuentran en manos de la aristocracia, y hay un claro predominio de los terratenientes tanto en el plano político como en el social. La evolución política de las diferentes naciones va a depender en gran medida de como se vaya desarrollando esta capa social; en el caso de Francia e Inglaterra encontramos que poco a poco va tomando fuerza una aristocracia liberal que no tiene reparos en irse mezclando con la burguesía. Por el contrario en muchos otros casos la aristocracia se mantiene predominantemente como un estrato terriblemente reaccionario y antiliberal. En los lugares en los que no se logra esta evolución, la resistencia de los regímenes absolutistas será mucho mayor, y aún más grande lo será en aquellas situaciones en las que el clero, favorable a las soluciones absolutistas durante todo el periodo, cuente con un peso específico considerable.

Nos encontramos, pues, en 1815, verdadera fecha de iniciación del siglo que nos ocupa, con una Europa en la que prevalecen

los deseos de borrar las huellas de la Revolución francesa, y sobre todo las consecuencias de las conquistas del Imperio napoleónico. Esta situación es la causante de que el continente sea esencialmente legitimista, clerical y reaccionario, quedando vivas y aisladas las ideas de 1789 en los minoritarios grupos intelectuales.

Este es, pues, el panorama inicial de la Europa decimonónica por lo que se refiere al aspecto puramente político de la misma. Ya más adentrados en el siglo, en la década de 1830, el continente cuenta con unos 230 millones de habitantes muy desigualmente repartidos según las zonas geográficas consideradas. El fenómeno de mayor importancia que hemos de estudiar, y al mismo tiempo tener en cuenta en todo momento al considerar cualquier otro aspecto del problema, es el que ha venido definiendo a todo el período considerado: la gran explosión de la Revolución industrial. Aunque el despegue industrial ya comenzó en el siglo anterior en algunas zonas, y especialmente en Gran Bretaña, en las primeras décadas del siglo XIX sólo se puede considerar al gran país precursor de este movimiento como a una nación industrializada; será a lo largo de las siguientes décadas cuando el resto de los estados mantendrán una lucha constante por situarse en el nivel de la anterior, pudiendo hablarse al final del período de una Europa industrializada. A los conflictos puramente políticos van a unirse, pues, las crisis y los desajustes provocados por este hecho. De enorme importancia para la evolución de la situación política van a ser todos los factores derivados de este gran movimiento de cambio; pensemos, por ejemplo en el enorme incremento de la población que, aunque generalizado en todo el continente, afecta por desigual a los Estados y las regiones. El aumento de población

parece haber sido provocado por un alza generalizada de la natalidad, que es seguida por un fuerte decremento de la otra gran variable demográfica: la mortalidad. Es curioso observar, y este es un tema que ha provocado, y sigue causando, numerosas discusiones entre los expertos de la demografía histórica, que la caída vertiginosa de la mortalidad antecede a los grandes avances en el campo de la sanidad y del control de las enfermedades epidémicas. Sin embargo a nosotros no nos interesan los aspectos puramente demográficos de este problema, sino más bien sus consecuencias sociales. Es evidente que el crecimiento de la población en números absolutos, junto con el fenómeno de la industrialización van a trastocar en unos pocos decenios la estructura social de las naciones europeas. Dos son los cambios esenciales a tener en cuenta: el de la urbanización, y el del gran aumento numérico de la clase media. El siglo XIX asiste al máximo crecimiento de las ciudades que se había visto en el mundo occidental, hasta el punto que es durante estos años cuando podemos hablar de la consolidación de una civilización plenamente urbana que va diferenciándose y oponiéndose gradualmente a la sociedad rural, que de este modo pasará a ser una forma social residual y secundaria, tal y como ocurre en nuestros días. Pero no nos estamos refiriendo simplemente al hecho de que el volumen de las urbes aumente considerablemente durante este periodo, como consecuencia lógica del alza general de la población, sino al hecho de que el proceso de industrialización da lugar a una concentración masiva de la mayoría de la población en aquellos lugares más aptos para la instalación de los grandes centros de producción fabril. La nueva figura de la fábrica necesita imperiosamente la concentración de la mano de obra en unos pocos lugares, y no su dispersión más o menos homogénea a lo largo de un territorio determinado. (1)

En segundo lugar hemos de examinar otro fenómeno que se relaciona, tanto con el incremento demográfico del que hablábamos anteriormente como con la Revolución industrial: el aumento de la clase media. El siglo XIX va a suponer el triunfo de este grupo social tanto en el plano puramente económico como en el político, frente a las clases económicas del Antiguo Régimen que, o bien se alían con la burguesía, fusionándose con ella, modernizándose y liberalizándose, o van perdiendo su importancia social y con ello su hegemonía. Se va a ir produciendo, así, un doble movimiento dentro de las naciones inmersas en el proceso de industrialización, por un lado la proletarianización de capas cada vez más amplias de la sociedad, que se emplean masivamente en los nuevos centros de producción, y al mismo tiempo el ensanchamiento de una clase media comerciante o industrial, que tratará de hacer notar cada vez más su peso en la toma de decisiones políticas y gubernamentales de cada uno de los Estados.

Por último el aumento de la población europea va a tener, como veremos más adelante, una gran influencia en la unificación nacional de Italia y Alemania, a la vez que posibilita la aparición de grandes ejércitos, hecho que va a modificar radicalmente el arte de la guerra a lo largo del siglo, hasta llegar a su radical transformación: la Primera Guerra Mundial.

Es esta situación general la que nos sirve de marco para analizar los aspectos concretos que nos son más interesantes para comprender el contorno histórico en el que se inscribe el objeto central de nuestro trabajo.

I.1.1.El Desarrollo Industrial:

Como dedíamos anteriormente el periodo histórico que nos ocupa se caracteriza fundamentalmente por la extensión de la denominada Revolución industrial a grandes zonas del continente; el momento de la construcción de la civilización industrial occidental tal y como hoy la conocemos. El tan repetido aumento de la población, dará lugar a una ocupación de las tierras no utilizadas, numerosas en Europa, junto con un uso mucho más intensivo de las zonas ya antes ocupadas. Sin embargo, y a pesar de la llamada Revolución de la Agricultura que tiene lugar durante el siglo anterior, se va a producir muy paulatinamente un excedente mano de obra que será absorbida por otros sectores. Este excedente va a canalizarse de dos formas muy diferentes: en primer lugar el siglo XIX marca el inicio de los grandes movimientos migratorios a América y a Australia (2), de los cuales habremos de hablar más adelante al referirnos al tema del colonialismo. Pero a pesar de esta válvula de escape la industria encontrará una mano de obra disponible para emplearse en los nuevos núcleos industriales, condición imprescindible sin la cual no hubiera podido darse el despegue económico de nuevo signo; este hecho, unido a la existencia de una burguesía emprendedora dispuesta a embarcarse en esta aventura y a invertir su capital en estas actividades, puede ser considerado como una de las causas principales que explican el éxito del movimiento en ciertos lugares y su fracaso en otros muchos. Porque está claro que en ciertas zonas de la Europa occidental los vestigios del Antiguo Régimen fueron lo suficientemente fuertes para retrasar este proceso, pudiéndose afirmar, a pesar de todo que el avance de la Revolución industrial fué un hecho generalizado en toda Europa, a pesar de que los ritmos y

resultados no fueron nunca parejos en todos los lugares.

La superioridad técnica europea era patente desde el siglo XVII y los importantes perfeccionamientos tecnológicos del Siglo XVIII y del XIX posibilitaron la aparición de la producción en masa. De todos modos hacia 1850 solamente Gran Bretaña y Bélgica, primer país que seguirá el ejemplo británico, pueden ser consideradas como sociedades industriales. Por su lado la industrialización francesa se dará mucho más adelante, y por múltiples razones que ya explicaremos nunca será completa. Lo mismo ocurrirá en el caso alemán, en el cual numerosos impedimentos retrasarán el total triunfo de la Revolución, que no tendrá lugar hasta después de 1870. En Alemania el mayor freno fué el impuesto por la falta de unidad política y económica y sobre todo por la pobreza de las comunicaciones. Sin embargo durante todo este período irán superandose todas estas barreras, así como otras dos de igual importancia: el hecho de que las áreas ricas en recursos minerales se encuentren situadas en la periferia de los grandes centros de población, lo cual dará lugar a los movimientos migratorios que caracterizan a la Alemania de estos años, y por último el esfuerzo continuo que realiza el Estado alemán por superar la desventaja relativa, frente a otras naciones, de tener situados sus puertos en el Mar del Norte, muy alejados de las principales rutas comerciales, lo cual la dejaba fuera de la competencia comercial en el Atlántico.

A pesar de estas trabas, son los cuatro Estados que hemos citado los que tomarán la iniciativa del desarrollo industrial, no perdiendo jamás su ventaja y manteniendo su ritmo de expansión a la cabeza de todo el continente. Sus dos únicos competidores van a ser, más adelante, dos Estados no europeos: Japón y los

Estados Unidos de América. Durante todo este siglo no encontramos ninguna otra potencia que pueda compararse a Alemania, Gran Bretaña, Bélgica y Francia. De este modo, pues, en cierto modo puede afirmarse que el protagonismo político se une a la potencia económica.

El hecho de que la Revolución industrial encuentre su centro en una pequeña parte del continente Europeo no significa, de modo alguno, que no hallemos rastro de ella en otras zonas. Como decíamos anteriormente el fenómeno de la industrialización caracteriza al occidente europeo durante todo el siglo XIX, a pesar de que en determinadas regiones los cambios sean menores, y las tendencias a la resistencia ante la transformación tengan mucha más efectividad y perduración.

El caso de Rusia se inscribe dentro de este segundo grupo. A pesar de que la transición hacia un régimen industrial se ve frenada por numerosos elementos entre los cuales podemos destacar los correspondientes a la permanencia de un régimen autocrático extremadamente fuerte y el gran dominio de una aristocracia terrateniente que pretende mantener inalterables los vestigios del feudalismo, Rusia se ve sometida a una serie de cambios muy rápidos a partir de 1860. El proceso de industrialización se lleva a cabo en un periodo de tiempo extremadamente breve que puede fecharse de 1860 a 1880; y, a diferencia de lo ocurrido en las naciones precursoras de este movimiento, se ve dirigido desde un principio por el Estado. La inversión privada parece no haber tenido una gran importancia en la Rusia del siglo XIX, hasta el punto de que en 1857 se empieza a crear el primer ferrocarril, en base a un decreto imperial. Por todo ello el proceso de industrializa-

ción ruso es enormemente curioso ya que se trata de un cambio importado e implantado por decreto en todo el Estado; este hecho da como consecuencia que la industrialización nace adulta, con las dimensiones de occidente, y acarreando todas sus imperfecciones, lo que en este caso agudizará las crisis, al no haber surgido un proceso de adaptación a las condiciones reinantes.

El caso ruso nos ha servido, pues, de ejemplo para comprobar como el movimiento de modernización e industrialización va a alcanzar, sucesivamente, a diferentes zonas geográficas, encontrándose alrededor de su centro las naciones en las que proliferan los obstáculos que retrasan, y en muchos casos deforman, la marcha de los cambios,

Uno de los fenómenos más sobredalientes y característicos del periodo considerado, y que a la vez posee una mayor incidencia en el desarrollo de la industrialización, es la llamada Revolución de los transportes que tiene lugar en todo el occidente en el medio siglo comprendido entre 1830 y 1880. La importancia y la incidencia de la aparición y desarrollo del ferrocarril en este momento en que el nuevo sistema económico pugnaba por su predominio, ha sido estudiada y expuesta por numerosos expertos e historiadores, pero nunca se resaltará lo bastante. El ferrocarril transforma el carácter y la intensidad de toda la vida industrial, y por lo tanto modifica radicalmente la estructura social en la que se introduce. En la mente del hombre europeo de aquel tiempo va a cambiar la concepción del espacio y del tiempo (3). Para Hearder (4) la introducción del ferrocarril y la nueva producción del acero a un bajo coste son los dos acontecimientos más importantes en el proceso de la industrialización del siglo pasado.

La construcción de la primeras líneas ferreas comienza en Europa hacia 1830, y de nuevo es Gran Bretaña la que se adelanta al resto del continente. El ferrocarril es visto inmediatamente, aparte de como medio de transporte de viajeros, como un instrumento de esencial utilidad para la distribución de los productos manufacturados y el acercamiento relativo de las materias primas a los centros de elaboración. De esta manera la localización de las industrias de transformación se hace más elástica al no depender tan fuertemente de los centros de extracción de las materias primas. Al mismo tiempo va a darse una gran ampliación de los mercados que pueden contar con bienes manufacturados.

El ferrocarril tiene una historia diferente según la nación que consideremos, aunque su evidente utilidad da lugar a que, en pocas décadas, se extienda hasta las zonas más periféricas en relación con los centros económicos. La diferencia fundamental radica en la forma de financiación; mientras que en Gran Bretaña, al igual que ocurre con todo el proceso de industrialización, el ferrocarril es financiado desde sus comienzos por inversores privados, otros estados como Bélgica o Rusia recurren a la inversión estatal. En Francia, desde 1842, se utiliza una combinación de ambas formas de financiación.

El uso aplicado de la máquina de vapor se extiende asimismo a otros campos, siendo uno de los más importantes el del transporte marítimo. Numerosos fueron los intentos de construcción de navios de vapor, entre los cuales figura el del "Great Eastern" del ingeniero Brunel, el barco mayor de los hasta el momento conocidos, que fué presentado en 1845. Sin embargo todos estos intentos

estuvieron presididos por el fracaso económico, y hasta 1870 por lo menos la vela siguió siendo dominante en los mares de occidente.

Hablabamos anteriormente de que junto a la Revolución del transporte el otro elemento importante que trastoca todo el sistema de producción en estas naciones fueron los grandes cambios en el sector de la metalurgia. Estamos entrando en la era del hierro y dejando atrás la época en la cual la madera era el material de construcción por antonomasia. Durante estos años la demanda de este metal aumenta incesantemente y se hace imprescindible hallar nuevos métodos para su extracción y tratamiento. El invento más importante del periodo fué el protagonizado por H. Bessemer que obtiene un procedimiento mucho más barato y rápido de obtener el acero. Asistimos, de este modo, a partir de 1860, a una progresiva substitución del uso del hierro por el del acero. Además sucesivos descubrimientos van a ir perfeccionando y abaratando la producción de este amalgama.

El mundo de la producción va a ir modificandose, en ocasiones con gran rapidez, apareciendo no solamente nuevos materiales y diferentes productos manufacturados, sino incluso industrias totalmente nuevas. Dentro de estas últimas hemos de destacar un sector que va a ir aumentando su importancia a una gran velocidad: la industria de las máquinas. Junto a la producción de la maquinaria, imprescindible para la extensión de la industrialización a nuevas ramas de producción, otro sector cobra un auge cada vez mayor: el energético. A lo largo de estas décadas las demandas de fuentes de energía para poder mantener en funcionamiento todo este enorme entramado aumentan incesantemente. Es lógico, por lo tanto, que el carbón, y por lo tanto la minería encargada de su extracción se hagan imprescindibles y se sucedan los inventos y perfeccionamien-

tos en este terreno. La competencia entre los diferentes estados, en este momento, y la posibilidad de que estos se conviertan en naciones plenamente industrializados, reside en la posibilidad de tener acceso a los yacimientos de carbón, y la utilización de métodos cada vez más sofisticados de extracción y tratamiento del mismo, lo cual abaratará y extenderá su campo de utilización. En todo el siglo Gran Bretaña no perderá en ningún momento su posición privilegiada de ser la máxima productora de carbón de Europa.

Entre otras muchas consecuencias la extensión de la Revolución industrial en todo el continente va a ir perfeccionando paulatinamente las instituciones económicas que, en última instancia, permiten el mantenimiento del sistema a nivel nacional e internacional. Vamos a asistir, pues, a la aparición de nuevas formas de organización económica entre las cuales podemos destacar como las más importantes la extensión de las sociedades anónimas y de instituciones estatales de crédito.

Europa se transforma en el campo económico, y por lo tanto este gran cambio va a sentirse con toda su fuerza en otros niveles de la sociedad. Hablábamos anteriormente de la extensión de las clases medias, de la aparición de una nueva estructura social con la progresiva proletarización de amplios grupos sociales, y hacíamos también referencia a un fenómeno que va a influir hasta en la geografía de todo el continente europeo: el proceso de urbanización. El fenómeno causará tal impacto en la civilización occidental que no está de más que volvamos a dedicarle unas breves líneas en este apartado. La producción industrial exige la concentración de un alto número de trabajadores en un mismo lugar de

trabajo. La fábrica como forma de organización de la producción se va imponiendo poco a poco. Pero no es únicamente el hecho de la gran empresa lo que impulsa a la aglomeración de los individuos en un mismo lugar, a partir de este momento es imposible concebir la producción aislada de un producto, se va imponiendo la interrelación entre las diversas ramas y sectores, que exigen una proximidad física de los lugares de fabricación de los diversos bienes manufacturados. El nuevo sistema económico acaba con la autarquía y crea un gran complejo de interdependencia e interrelación. La revolución de los transportes va así flexibilizando poco a poco esta rigidez en la localización de las industrias, pero a lo largo del siglo XIX se hace necesaria la aparición de las inmensas urbes industriales. El fenómeno de la gran ciudad va a contribuir a la formación de la nueva sociedad de tipo occidental y planteará los grandes problemas que darán origen al largo rosario de conflictos que jalonaran todo el siglo XIX.

I.1.2. Agricultura y comercio:

Hasta mediados del siglo pasado toda Europa había sido una sociedad predominantemente agrícola, y aunque en determinadas regiones continuará siéndolo hasta nuestros días, podemos ver que es la misma Revolución industrial de la que tanto venimos hablando la que acarreó una larga serie de importantes cambios en el mundo agrícola. Podemos, pues, afirmar que de algún modo también se dió un proceso de modernización, en el más amplio y aséptico sentido de la palabra, en el campo en todos aquellos estados que avanzaban por la senda del desarrollo industrial.

A comienzos de siglo todos los Estados europeos poseían un mayoritario porcentaje de su población activa encuadrada dentro del sector primario, o sector agrícola, sin embargo asistimos, en líneas generales, a un aumento del nivel agrícola a partir de 1830. El proceso de industrialización y el aumento del volumen de la población dió origen a un crecimiento considerable de los mercados, y por lo tanto estimuló notablemente la producción de bienes agrícolas. Al igual que ocurría con el desarrollo industrial el proceso es mucho más claro en la Europa central que en sus zonas centrales u orientales. El gran problema que se le planteó al sector agrícola durante todo este periodo es indudablemente el de la necesaria mejora de las áreas agrícolas para obtener mejores rendimientos que permitiesen, por un lado, alimentar a una población en rápido crecimiento, y por otro lado lograr una alza en la productividad que posibilitase el inicio del transvase de población a las nuevas áreas industriales. Recordemos que en el siglo XVIII la llamada Revolución agrícola plantó las bases para que pudiera darse todo este proceso del que venimos hablando, incidiendo sobre todo en las mejoras en las técnicas de cultivos y en la producción masiva de nuevos productos hasta entonces desconocidos o muy minoritarios en todo el continente; asimismo hay que señalar que es entonces cuando se inician todos los intentos por aplicar los inventos mecánicos a este sector, permitiendo todo ello que en un momento determinado pudiese responder a las nuevas exigencias que le planteaba la industria.

Es curioso observar que existe una gran relación entre los Estados que se colocan a la cabeza del desarrollo industrial y aquellos en los cuales el proceso de modernización y avance en el sector agrícola tuvo un ritmo más acelerado. Los mayores cambios

se darán, como siempre, en Gran Bretaña donde uno de los factores decisivos que permiti lograr este avance fue el de la liberalización de amplios sectores de la pequeña nobleza campesina y de la aristocracia terrateniente. Al igual que ocurrió con el sector industrial este sector de la población jugó un gran papel a la hora de impulsar y financiar los nuevos cambios. Ya en el siglo XIX Gran Bretaña está llegando al fin de la época del proceso de los cercados, al tiempo que se logran importantes avances en la aplicación de abonos químicos a los cultivos, todo ello mientras se mantiene el poder político de la clase terrateniente inglesa. La gran época dorada de la agricultura en este Estado finalizó, por último, hacia 1880.

En Irlanda, sin embargo, la situación va a ser radicalmente distinta; aquí el proceso de industrialización va a ser siempre muy lento y terriblemente parical, manteniéndose prácticamente inalterable la gran dependencia de todo el país en relación con la agricultura. El monocultivo y el absentismo de los terratenientes son los dos rasgos que definen este momento; la agricultura, queda, pues, estancada en formas totalmente precapitalistas, y este hecho es el que da lugar a la persistencia de las crisis de subsistencia más o menos periódicas, siendo quizá la más grave la causada por la plaga de la patata durante los años 1845 a 1847, que originó un periodo de hambre generalizada con una enorme mortalidad. Esta situación de atraso unida al enorme aumento de la población acabó en la enorme escasez de tierra, motivos todos ellos que explican la amplia emigración irlandesa, empujada por el hambre, que se dirigió predominantemente hacia los Estados Unidos de América.

En Francia industria y agricultura se encuentran, también, en un estado de mutua interdependencia, a pesar de que la situación es distinta que la de Gran Bretaña. En Francia el campesinado es mucho más independiente que en la nación anterior, y predomina el pequeño campesinado en lugar del dominio de los terratenientes. El avance de la producción agrícola es considerable y está unido y ampliamente impulsado por la ampliación de los mercados provocado por la rápida extensión del ferrocarril a partir de 1850. Al igual que en Irlanda los grandes problemas estarán causados por el predominio del monocultivo en determinadas regiones, lo cual se demuestra claramente al fijarnos en las crisis causadas por las epidemias de la filoxera en los cultivos vitícolas. Por otro lado la permanencia de las tierras comunales ha sido señalada como una de las causas esenciales que explican la pobre mecanización del campo francés en una fecha tan avanzada como es la de 1880. Por último, al igual que ocurrió en las islas británicas, las crisis económica de 1870 determinó la entrada de la agricultura francesa en un periodo de depresión.

Alemania, otra gran potencia política en la Europa del siglo XIX, prosigue también la senda de la modernización en el terreno de la agricultura; también en esta área hemos de tener en cuenta la influencia de los grandes problemas que la aquejan durante todos estos años, en particular los derivados de la unificación alemana y de la permanencia de los residuos feudales en muchos sectores de la vida alemana. Alemania, a comienzos del siglo pasado, se encuentra en una situación de grave crisis agrícola y del mismo modo que a lo largo de los siguientes cien años lleva a cabo un enorme esfuerzo para situarse al nivel de las demás naciones europeas en el plano industrial, lucha también por transformar

la estructura de su agricultura. De todos modos el proceso no es tan claro y lineal como en otras naciones y en este caso se opta decididamente, a partir de 1870, por la vía de la industrialización, disminuyendo la importancia de la agricultura y convirtiéndose en un Estado que, de ahora en adelante, necesitará de una constante importación de productos alimenticios. Sin embargo es de notar que a lo largo de todos estos años se asiste a un movimiento de aceleración de los cercados, y unos amplios desplazamientos de población agrícola provocados, a la vez, por las crisis de subsistencia causadas por las epidemias de la patata y por la atracción de las nuevas zonas industriales. En todo momento, y a pesar de estas transformaciones, va a mantenerse el dominio de los junkers y por lo tanto una estructura agrícola basada en el trabajo de braceros sin tierras.

En el resto de Europa la situación de la agricultura es de pleno subdesarrollo en comparación con los Estados que acabamos de presentar. Pero de todos modos se asiste a una progresiva desaparición de los restos de los vestigios feudales, como por ejemplo en el caso de Rusia cuando en 1861 Alejandro II concede la emancipación de los siervos, pasando los campesinos a poseer la propiedad colectiva de las tierras comunales. Estos cambios, por otro lado, no parecen modificar en gran medida la situación de estas capas sociales.

Junto al gran avance industrial en el continente europeo se va a dar también, a lo largo de estos cien años, un gran auge del comercio indisolublemente unido al fenómeno anterior. El siglo XIX es el periodo de la extensión del comercio a lo largo y

ancho del globo terraqueo, y al mismo tiempo surge la competencia descarnada entre las diferentes potencias rivales para asegurarse los mercados exteriores para sus productos. Del mismo modo es esta la época de la gran discusión entre las ventajas del principio del libre comercio o las del proteccionismo; los distintos gobiernos europeos pasan por distintas fases en las que experimentan, al comienzo, el liberalismo más extremado, que será abandonado más adelante. Para darnos cuenta de la importancia del comercio en estos momentos nos basta con considerar que entre los años 1840 y 1870 se cuadruplica el volumen del comercio mundial. La historia de la competencia comercial está intimamente ligada con el fenómeno del colonialismo, y trataremos de ella con más detenimiento en un apartado posterior. Sólo nos queda por añadir que al igual que asistimos a una proliferación de los tratados políticos entre las potencias, comienza asimismo una política de tratados comerciales que pretenden garantizar concesiones tarifarias a determinados países. Las crisis comerciales se suceden durante todos estos años en íntima conexión con los vaivenes de la política comercial y con las oscilaciones de la producción industrial de las diferentes naciones.

I.1.3. La situación social:

Cuando se habla de un momento histórico es muy difícil poder separar en diferentes apartados los distintos aspectos que van a conformar el todo, ya que todos los elementos se encuentran en una situación de mutua interdependencia, de modo que, al redactar, es preciso volver una y otra vez a tocar puntos anteriormente co-

mentados corriendo el peligro de que la exposición caiga en un estilo tedioso y repetitivo que haga difícil su lectura para el que se enfrenta con estas páginas. Esto mismo es lo que nos ocurre a nosotros cuando comenzamos a hablar de la situación social europea en el siglo XIX; aquí no tenemos más remedio que volver a considerar los efectos de la Revolución industrial, sobre todo los dos que señalamos como más importantes: la proletarización de amplias capas de la población y el proceso de urbanización. En realidad van a ser los problemas derivados de la gran explosión industrial los que determinarán toda la problemática social de estas décadas. En primer lugar tenemos una elevación general del nivel de vida de las clases medias en todo el continente que son las principales beneficiarias del nuevo orden económico; la aristocracia tratará de mantener su antigua posición en el aspecto económico, aunque verá disminuir poco a poco su situación de dominio político y social.; la revolución industrial supone el momento del triunfo y la ascensión de la burguesía en todas las facetas de la vida. La elevación del nivel de vida y del poder económico no se ve seguida, sin embargo, por una mejora de la situación de la clase trabajadora que, por el contrario, se ve sumida por lo general en la más absoluta de las miserias. Numerosas son las obras que nos relatan las espantosas condiciones de supervivencia y de trabajo de los obreros de las urbes industriales, pudiéndose destacar entre ellas la obra de F. Engels "La situación de la clase obrera en Inglaterra" (5), y determinados capítulos del "Capital" de K. Marx (6). Poco a poco, y gracias a las reivindicaciones obreras van a irse mejorando aspectos tan importantes como el de la vivienda, la educación, la duración de la jornada laboral etc.. Sin embargo pasarán muchos años para poder decir que se ha logrado sacar de la miseria a todos estos sectores de la población.

Por último también hay que señalar también que existen grandes diferencias entre el campesinado europeo, por lo que hemos de entrar en el estudio de casos concretos para ver la influencia de estos cambios sobre su vida:

Gran Bretaña, como venimos diciendo, o mejor dicho determinadas zonas de Gran Bretaña, puede ser considerado como el Estado que va a la cabeza del proceso de modernización en el siglo pasado, y por ello es importante detenerse brevemente a analizar, dentro de ella, la posición de cada grupo social y sus condiciones de vida. En el caso británico es indudable que la situación del campesinado es francamente mala, a pesar de los avances agrícolas del periodo. Este hecho trae como consecuencia una disminución considerable de los obreros agrícolas durante estos años, y sobre todo a partir de la crisis económica de 1870. De todos modos puede afirmarse que irá desapareciendo el pauperismo que caracterizaba a épocas pasadas y los salarios agrícolas, que venían descendiendo desde 1830 a 1850, aumentarán hasta 1872, cuando, por la misma crisis de la que antes hablabamos, inician un movimiento descendente. De todos modos el nivel de vida del campesinado británico es alto en comparación con el de los irlandeses, por poner un ejemplo.

Pero lo que realmente llama la atención durante la Revolución industrial es las postrísimas condiciones de existencia de los trabajadores urbanos. Es importante señalar que a pesar de que, como decíamos hace poco, asistimos a un gran crecimiento demográfico que tiene como causas determinantes el aumento de la natalidad y el descenso de la mortalidad, esta última sufrirá un gran incremento en Gran Bretaña, localizado en las zonas urbanas, que a pesar de no llegar a cambiar el signo de las tenden-

6-23

cias anteriormente señaladas, no por ello disminuyen en importancia. La vida de estos trabajadores se ve sometida a una constante fluctuación según la coyuntura económica concreta; de aquí el nacimiento de las primeras asociaciones obreras, creadas para proteger los que se consideraban derechos básicos del obrero fabril. En Inglaterra las protestas y los conflictos provocados por tal situación se hacen tan fuertes que a partir de 1850 el gobierno comenzará a tomar medidas que darán lugar a una perceptible mejora del trabajo industrial, y por lo tanto a una alza en el nivel de vida a partir de esta fecha.

Las malas condiciones de los trabajadores urbanos se hacen notar igualmente en Francia y Alemania y por lo tanto surge también un movimiento obrero, a partir de mediados de siglo como en el caso anterior; del mismo modo ello llevará a que desde esta fecha surjan determinadas medidas gubernamentales, en definitiva un esbozo de política social que modificará y mejorará muy lentamente la condición de vida obrera. La cuarta gran nación industrial europea, Bélgica, ve la aparición de un gran proletariado durante estas fechas y habrá de enfrentarse a los mismos problemas y conflictos. Los tres grandes escollos con los que habrán de enfrentarse los gobiernos van a ser los urbanísticos y de sanidad de las grandes ciudades, y sobre todo los del paro, las fluctuaciones en la oferta de empleo dan lugar a la aparición de unos ejércitos industriales de reserva, según una terminología marxista, que serán fuente permanente de conflictos sociales.

Por todas estas razones el siglo XIX es la centuria del nacimiento del movimiento obrero como fuerza social a tener siempre en cuenta; a pesar de que los gobiernos se percatan de la nece-

sidad de llevar a cabo determinadas reformas, inspiradas por las corrientes de pensamiento liberales o humanitarias, como en el caso de Inglaterra con la figura de J. Bentham, sus actuaciones irán siempre por detrás de las demandas de las masas asalariadas que, organizadas con mayor o menor solidez, e inspiradas por las nuevas corrientes ideológicas aparecen como actores decisivos en la evolución de las sociedades, por primera vez en la historia de occidente.

Los primeros temas que van a provocar el surgimiento de estas asociaciones y la organización de las protestas y demandas en una serie articulada y con una cierta continuidad, son los problemas estrictamente laborales, sobre todo los que tocan el tema del trabajo de las mujeres en los centros fabriles y el de los menores, así como los relacionados con la duración de la jornada laboral. Ante la lucha obrera por estas reivindicaciones los gobernantes irán promulgando una serie de normas que tratarán de paliar estas situaciones; a pesar de la resistencia liberal a la intervención estatal en la esfera social desde la segunda mitad del siglo se va a generalizar la práctica de la intervención parlamentaria en las naciones más avanzadas, y por lo tanto comenzará a formarse un núcleo de normativa social y laboral, tal y como la entendemos hoy en día. El ritmo y el sentido del desarrollo de tales normativas será diferente según los Estados considerados. En Gran Bretaña va elaborándose paulatinamente, contando con la fuerte oposición liberal, mientras que en Alemania asistimos a un fuerte desarrollo de este tipo de legislación, frente al escaso avance que tiene Francia en este terreno.

En Gran Bretaña, a partir de 1834 con la "Grand National

"Consolidated Trade Union" comienza la lenta organización de los trabajadores y el movimiento huelguístico. La historia del sindicalismo inglés es larga y compleja, pero podemos afirmar que, a partir de 1851, empieza la era del gran sindicalismo moderno. En Gran Bretaña los sindicatos contarán pronto con una gran fuerza, y a pesar de la gran influencia del movimiento socialista dentro de sus filas el movimiento obrero no parece adoptar nunca una postura tan radical como en el continente, en el sentido de alzarse como fuerza política que propugna una transformación del sistema político en vigor. Por el contrario en la Francia del siglo pasado el rumbo del sindicalismo es muy diferente y mucho más turbulento; el código napoleónico prohibía las asociaciones de empresarios y trabajadores, y hasta 1864, con Napoleón III, estas no serán permitidas. El movimiento obrero francés constituyó una verdadera fuerza política revolucionaria, y prueba de ello son tanto la Revolución de 1848 como la Comuna de París en 1871.

En Alemania la situación política es radicalmente diferente a la francesa o a la inglesa, por lo que el desarrollo de este movimiento tendrá pocos puntos en común con el de las anteriores naciones. Los primeros sindicatos que emergen son las agrupaciones de obreros especializados muy a la derecha en el espectro político del momento. Sin embargo, a partir de la misma fecha irán formándose los sindicatos socialistas que contarán con una gran fuerza y extensión, sobre todo a partir de 1870.

El panorama social europeo en la segunda mitad del siglo XIX es extremadamente variado, por lo que vamos viendo, aunque indudablemente contiene ciertos puntos comunes básicos. Hemos indicado antes que dedicaríamos más espacio a hablar de la nueva cla-

se que adquiere toda su importancia durante estos años: la clase trabajadora urbana e industria dado que es el nuevo elemento en la estructura social que caracteriza a este periodo, y un importante factor de conflicto y cambio social. No debemos olvidar, sin embargo, que junto a la miseria y las reivindicaciones de esta se encuentra una clase media en creciente estado de prosperidad, con un alza importante en su nivel de vida, y jugando un papel cada vez más importante dentro del panorama político. Todo ello supone un aumento de riqueza, de ocio en este grupo social, y el aumento de otro muy característico de las épocas de prosperidad: la servidumbre doméstica.

I.2. LIBERALISMO Y DESARROLLO CONSTITUCIONAL:

Los grandes cambios económicos y sociales de los que venimos hablando no pueden quedar, lógicamente, sin tener una gran incidencia en la esfera de lo político, y más en concreto en las formas constitucionales que presentarán los diferentes estados. Durante estas décadas va a irse gestando el Estado contemporáneo tal y como lo conocemos hoy en día, conformándose las instituciones que caracterizarán a la Europa del siglo XIX y que, en muchos casos, siguen vigentes aún a finales del siglo XX. Por ello es de sumo interés exponer, aunque breve y someramente, los grandes cambios que tienen lugar en estos años, en el terreno considerado.

Dos fechas son esenciales para comprender el desarrollo de la formas estatales: 1830 y 1848. En los años comprendidos entre estas se da el periodo de mayor avance en la dirección hacia la democracia de todo el periodo considerado. Dentro de este podemos señalar como hitos más significativos el año 1832 en el que se promulga la primera Acta de Reforma en Gran Bretaña y un poco fuera de él el año 1852, inicio de la II República francesa.

El siglo pasado muestra un desarrollo evidente de la formas constitucionales en todo el continente europeo, pero sin embargo no se trata de una evolución lineal y continua sino que, por el contrario, existen claros periodos de avance y también momentos de retroceso generalizado en el camino hacia la consecución de instituciones más liberales y democráticas; por otro lado las diferencias en la evolución entre los distintos estados son muy notables. De todos modos podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que la época decimonónica representa un avance notabilísimo en la evolución de

de los estados ;con la progresiva consolidación de los principios liberales y democráticos en la forma de un gobierno constitucional ,y la desaparición de los antiguos regímenes absolutistas y de los vestigios feudales la nueva situación política y económica necesita de nuevas formas de gobierno,y esta lucha es a la que asiste el lector atento de este periodo histórico,lucha que podrá tener como fuerza principales en lucha al liberalismo en contra de la reacción y el absolutismo.

Las primeras décadas de siglo,concretamente hasta 1848,muestran por lo general un periodo de progresismo que da lugar a la aparición de numerosas constituciones con un claro sello liberal. Sin embargo la Revolución de 1848,su fracaso,da lugar a una fase de reacción que los historiadores dan por terminada hacia 1859. 1848 supone la ruptura de las que se creían tendencias inevitables en las naciones europeas y da origen a un retroceso general en el proceso de la revolución;los acontecimientos en las diferentes naciones nos lo demuestran.En Gran Bretaña el movimiento cartista fracasa estrepitosamente y en Francia la clase media, asustada,se echa en brazos de Napoleón;en Italiael movimiento en favor de la unificación,que había adquirido un ritmo acelerado en años anteriores,se ve frenado por Carlos Alberto de Cerdeña, y al mismo tiempo se produce el fin de la Revolución de Bohemia y la reacción en Alemania culmina con la cruzada chauvinista en contra de Dinamarca.Estos son algunos de los hechos que ejemplifican la ruptura del rápido movimiento hacia el liberalismo que había presidido la primera mitad de siglo.

Sin embargo,como veremos más adelante,el fracaso revolucionario de 1848 no implica una vuelta hacia la forma de gobier-

no característico de periodos anteriores, las transformaciones políticas y sociales que habían tenido lugar durante todos estos años impiden que la reacción triunfe por completo; el aumento de la participación de las masas en el gobierno y, por lo tanto, la limitación del poder absoluto de los monarcas, se hacen reformas imprescindibles que los propios soberanos y gobernantes han de ir concediendo, aún en contrade sus propios deseos y convicciones. Lo que si ocurre a partir de 1848 es que la evolución hacia el liberalismo se hace en muchos casos más lenta y se complica con la aparición de nuevas doctrinas que lo contradicen en su versión decimonónica clásica, pero que pretenden ir mucho más allá que este. Recordemos que es durante estos años cuando aparecen los llamados socialistas utópicos y más adelante, en la misma línea, la figura de K. Marx. El liberalismo no se va a enfrentar sólo con los movimientos ideológicos más tradicionales, sino que va a encontrar como contrincantes a nuevas doctrinas que van a determinar, al mismo tiempo, la transformación del mismo pensamiento liberal. El nuevo hito que marca esta época es, sin lugar a dudas, la Comuna de París, momento en el que se "ponen en práctica" estas nuevas doctrinas de las que hemos hablado. La Comuna de París, a partir de su indudable importancia como primer intento revolucionario, no tiene la misma transcendencia de que la Revolución de 1848, en definitiva se puede considerar como un movimiento ultrarradical a escala local que no produce una reacción a escala nacional ni crea un nuevo instrumento de gobierno. A diferencia de la conmoción europea que produce la Revolución de 1848, la Comuna, los acontecimientos que tuvieron lugar en 1871 en la capital francesa, parecen quedar reducidos a esta ciudad. Sin embargo a pesar de su fracaso y su falta de repercusión general, sí tenemos que valorar su importancia como primer estallido del movimiento obrero guiado por

las nuevas doctrinas revolucionarias, es indudable que para el movimiento socialista la Comuna constituye un paso esencial en la trayectoria de las reivindicaciones obreras del siglo XIX y de la repercusión de sus ideas en este.

Hasta 1830, más o menos, predominan en Europa las llamadas "Constituciones legitimistas" cuyo prototipo es, sin lugar a dudas, la Carta Francesa de 1814. A pesar de sus evidentes limitaciones no puede dejar de admitirse que constituyen un avance frente al absolutismo puro, aunque los elementos liberales y democráticos son prácticamente inexistentes, incluso se puede afirmar que tienen una clara intención antidemocrática. Los únicos sectores que quedan satisfechos con estas Constituciones son los conservadores moderados. Desde 1830 comienzan a promulgarse nuevos textos constitucionales con un cariz mucho más liberal, entre las cuales pueden citarse la Constitución francesa revisada en 1830, la Belga de 1831, la primera Acta de Reforma Británica de 1832 y las de ciertos estados alemanes.

La Constitución francesa revisada en 1831 limita la soberanía del monarca pero de ningún modo satisface las aspiraciones de los liberales europeos; por ello podemos considerar que tiene muy poca influencia como modelo para otras constituciones que van apareciendo durante estos años. Sin embargo con la Revolución Belga de 1831 y su independencia, comienza a desarrollarse un estado modelo para todas las fuerzas progresistas europeas. La Constitución Belga de 1831, aún vigente en nuestros días, instaaura una soberanía popular y una monarquía del pueblo; de este modo este texto será el faro que guiará a los radicales y los liberales en todo el mundo. A pesar de todo, y dejando a un lado el hecho de que supone un

gran paso adelante en la marcha del liberalismo; el texto de 1831 no puede ser considerado como totalmente democrático, y sobre todo su gran problema es que entraña graves dificultades para introducir enmiendas.

La Reforma parlamentaria que se introduce en Gran Bretaña en 1832 tiene también una influencia mundial durante aquellas décadas; el gobierno inglés, construido según un modelo diferente a los clásicos que van apareciendo en el continente, fué objeto de la admiración, y al mismo tiempo de la desesperación de todos los constitucionalistas europeos. La peculiaridad de las instituciones y en definitiva de la forma de gobierno británicas, dan lugar a que al considerar la historia constitucional de la Europa del siglo XIX, haya que hacer un capítulo aparte para el caso inglés. Por todo esto a pesar de la admiración que causan los avances de esta nación en la senda de la democracia, los liberales europeos del momento siempre considerarán que sus instituciones no son adecuadas para ser "exportadas" a otras zonas del mundo. En 1832 se produce un aumento muy considerable de los votantes, que, exceptuando a ciertas repúblicas sudamericanas, sitúa a Inglaterra como país más avanzado del mundo. Sin embargo ya antes de esta fecha el censo electoral británico era el más amplio de los hasta entonces conocidos. Durante este siglo lo vamos a encontrar siempre a la cabeza del movimiento que va extendiendo la participación popular en los asuntos de gobierno. Junto a esta ampliación del derecho de voto la Primera Acta oara la Reforma introduce una transformación del Parlamento y un programa de reforma y codificación legal que despertarán un enorme interés en el resto de Europa. El gran obstáculo para la recepción de estas innovaciones, sobre todo el de la transformación del sistema constitucional, no es sino la falta

de comentarios sistemáticos sobre el tema, como el que realizara Montesquieu un siglo antes (7), o el de Tocqueville sobre USA. Sin embargo, a pesar de todas estas transformaciones, en Gran Bretaña va a aparecer un gran movimiento de descontento por los exigüos alcances de los cambios constitucionales de 1832 que originarán un auge en la agitación cartista.

Por su lado los Estados Unidos de América se convierten, a partir de 1835, en un objeto de culto para los liberales europeos, prueba de ello son los escritos de Lafayette o de los alemanes Rotteck y Welcker. Por su lado algunos pensadores inscritos dentro del grupo de los socialistas utópicos, como R. Owen, K. Follen etc., ven en la nueva nación el paraíso en el que se puede realizar la sociedad utópica que ellos desean. Tanto la Constitución belga de 1831 como la Constitución estadounidense van a ser los dos textos constitucionales que inspirarán a los liberales tras el fracaso de la Revolución de 1848.

La Constitución Federal Alemana de 1849 tiene una enorme influencia de la estadounidense de 1787, y en ciertos aspectos la mejora. Por su lado la Constitución Federal Suiza de 1848 muestra una impronta derivada de la Francesa, que instaaura el sufragio universal en la segunda república, y de la belga, de la que imitan el débil poder ejecutivo y de las instituciones republicanas; asimismo se hace notar una gran impronta del texto constitucional norteamericano que inspira la concesión de amplios poderes para el gobierno federal. La constitución suiza es sumamente avanzada, y también será un claro ejemplo para los liberales europeos, pero, sin embargo tiene un grave defecto: no crea un Tribunal supremo como guardian de la Constitución; este fallo se subsana, sin embar-

go en la reforma de 1874. Al igual que la Constitución belga de 1831, la suiza de 1848 sigue en vigor desde entonces. El texto suizo servirá de ejemplo para los intentos de creación de estados federales, un caso claro de esta influencia es mostrado por el caso austriaco, que fracasa estrepitosamente en su intento.

En Italia la evolución constitucional se vé complicada por el intento de unificación nacional. Durante los años 1848 y 1849 se produce un tumulto de experimentos constitucionales; el deseo claro y generalizado reside en arrojar a los austriacos más allá de los Alpes, y todos los esfuerzos se dirigen hacia este fin. En 1848 se promulga el Estatuto de Carlos Alberto, que a pesar de todas sus limitaciones satisface a ciertas capas de la población por su carácter liberal. En toda la historia del proceso de unificación asistimos a la utilización y selección de una gran variedad de formas y conceptos constitucionales, pero a pesar de esta diversidad el realismo es el factor determinante que presidirá el dilema constitucional.

En los años 1848 y 1849 parece imponerse la solución federal y monárquica del "Primato", o dirección papal, sin embargo esta solución se frustra cuando accede a la cátedra de San Pedro el papa Pío IX que se somete a los austriacos. El amplio sentimiento nacional italiano no pudo admitir este hecho y se descarta esta alternativa. Los liberales se volverán entonces para apoyar a Carlos Alberto, rey de Piamonte y Cerdeña. El Estatuto Albertino del 4 de Marzo de 1848 parece ofrecer una solución al problema italiano, el análisis del texto revela que se trata de un compromiso entre las Cartas francesas de 1814 y 1830, con influencia de la Constitución belga de 1831. La ley electoral crea un cuerpo de votantes

muy restringido y no se insta una Asamblea elegida por votación popular; sin embargo el texto permite fácilmente la introducción de enmiendas. En resumen, el Estatuto va a permitir que Italia disponga de un texto constitucional que no variará durante más de tres cuartos de siglo, pero al mismo tiempo abre la posibilidad de que se convierta en el instrumento de una dictadura fascista, como hiciera más adelante Mussolini. En definitiva el texto se convierte en el mero símbolo de la expresión de la unidad italiana en el campo constitucional. De este modo durante la década de los años cincuenta se van a relegar las soluciones federales y nacionalistas, las notas características de las revoluciones italianas serán el realismo y el pragmatismo.

La Revolución de 1848 acarreará grandes cambios en los regímenes constitucionales, las únicas naciones que se librarán de su influencia serán Bélgica y Gran Bretaña, así como Suiza que continua manteniendo su tradicional estabilidad. Los años de la Revolución van a crear una gran línea divisoria en la historia del siglo XIX. Tras los acontecimientos de estos años la década de 1850 va a ser un compás de espera en el que no se halla ninguna reforma notable; sin embargo y a pesar de este parón asistimos a la consolidación de algunas conquistas importantes de las décadas anteriores y de los años de la Revolución en concreto. La detención se hace notar simplemente en la esfera de las formas constitucionales, mientras se suceden las transformaciones sociales, entre las cuales podemos citar el fin de la servidumbre en toda Europa salvo en Rusia, y la libertad económica garantizada en general para todo el campesinado. Todos estos hechos hacen que entre 1850 y 1865 entremos en un periodo de pausa, un intermedio entre dos eras de apretadas reformas y de avances políticos. Poste-

riormente, a partir de 1875 y hasta el comienzo del nuevo siglo se dará un notable, aunque no continuo, progreso en la dirección de un gobierno liberal y democrático.

La década de los años sesenta marca el único intento de realizar plenamente los impulsos de liberalismo clásico alentados por J. Stuart Mill. A partir de este comento comienza la batalla entre la nueva y la vieja ideología, el liberalismo no será desde entonces el credo de los progresistas y fuerzas sociales más avanzadas, frente a este se van a alzar dos amenazas: el nuevo socialismo y un tipo renovado de conservadurismo. La evolución del constitucionalismo se hará, pues, más compleja, y por lo tanto menos rápida y lineal. Pero al mismo tiempo se para un poco el ritmo de la innovación de formas gubernamentales, la maquinaria del Estado se perfecciona progresivamente; el aspecto más importante de esta mejora reside en el ámbito de la organización administrativa y en particular en la calidad de los funcionarios. De este modo el Estado moderno sufre un gran incremento en la complejidad de su manejo y funcionamiento. En este momento es cuando la burocracia estatal empieza a adquirir su máximo auge e importancia.

Dentro de este nuevo movimiento comienzan a aparecer los peligros de las anteriores experiencias federalistas, la nación que había avanzado más en este camino, los Estados Unidos de América, empieza a experimentar el riesgo de la desmembración de la unión por la exportación de la autonomía a los diversos estados componentes de la misma. Este peligro lleva a un aumento de la centralización en Francia, Austria y Prusia, que carecían por completo de una tradición de autonomía del gobierno local. Este es el momento en el que se rechaza el federalismo en Italia y cuando en

Austria, tras un breve periodo de experimentación en 1860 y 1861, se vuelve a la idea de gobierno centralizado en esta última fecha. En Alemania, bajo el dominio del canciller Bismark, el federalismo va a ser, asimismo, muy reducido.

Sin embargo, tras 1865 se produce una nueva recuperación de este sistema de organización estatal. Los triunfos del federalismo se suceden en distintos Estados, prueba de ello es la Reforma constitucional de Suiza de 1867, la aparición de la República Federal Mexicana en esta misma fecha, y por último la creación, mediante el Acta Británica de América del Norte, del Dominio Federado del Canadá en 1867. En este mismo año somos testigos de otros acontecimientos políticos importantes como son la promulgación de la Segunda Acta de Reforma en Gran Bretaña, la restauración Meiji en Japón, la introducción de la responsabilidad ministerial en los Países Bajos, y por último la primera promulgación de una constitución moderna en Austria.

La década de 1870 marca el inicio de una nueva era económica y política con la unificación de Italia y Alemania; en este momento se produce el máximo de esplendor del liberalismo. Desde esta fecha va aumentando el reto al liberalismo que ha de enfrentarse, entre otros, con los graves problemas sociales de las clases trabajadoras, y todo ello va planteando nuevos dilemas, entre ellos el de la necesidad de conseguir realizar la libertad real dentro del molde social. El viejo liberalismo no puede lidiar con las nuevas exigencias y demandas de amplias capas sociales y ha de renovarse o morir. Al tiempo los problemas nacionalistas se agudizan y los dos nuevos Estados, Alemania e Italia, se erigen como pilares de la reacción en contra de este movimiento.

Las tres décadas que van entre 1870 y 1900 suponen, también, la suavización de las grandes tensiones entre las monarquías y las clases medias, salvo en el caso Ruso. Al crecimiento sin precedentes del poder del Estado se une un enorme dinamismo político de las naciones del occidente europeo que llevará a los intentos de expansión más allá de los límites del continente, y al descubrimiento y la colonización de nuevos territorios; es, pues, la gran era del imperialismo. Durante todo este periodo sigue persistiendo el problema de las nacionalidades, sobre todo en Europa Oriental. El predominio del Estado nacional en Europa adopta determinadas formas: por un lado hallamos un tipo de Estado sumamente centralizado en Francia, cuyo ejemplo inspira a la monarquía italiana recientemente constituida. Por su lado el estado alemán conjuga la hegemonía prusiana con rasgos federales y centralizadores, mientras que, por último, Gran Bretaña, aparece como un estado resultante de la unión de diferentes países componentes. Los avances hacia una situación de mayor liberalismo y democracia van sucediéndose, pero en estos momentos el objetivo central de las potencias no es otro sino el de la expansión colonial. A pesar de que la política imperial no se plantea de igual modo en los diferentes gobiernos, se puede afirmar que el imperialismo causa una alteración muy reducida en la estructura política de los Estados europeos.

La contienda colonial da como consecuencia el fin de la antigua solidaridad entre las diferentes naciones, al terminar el siglo, apareciendo nuevas formas de cooperación como son las uniones administrativas, los acuerdos entre los estados para fines específicos y el desarrollo de redes de organización internacional y de tratados interestatales. El esfuerzo mayor durante estos años se dirige a la creación de normas de justicia por encima de los

Estados particulares.

La era del imperialismo es, sin embargo, la época de mayor tendencia a la uniformidad de normas constitucionales y de sistemas sociales. Unicamente entre las grandes potencias Gran Bretaña y Francia van a contar con gobiernos parlamentarios. En Gran Bretaña se suceden las reformas para lograr el sufragio universal y a la vez, y como consecuencia de ello, van apareciendo las organizaciones políticas de alcance nacional. En Francia comienza entonces la II República que marca la supremacía del Parlamento sobre el resto de los poderes, siendo, sin embargo, todavía muy pequeño el desarrollo de los partidos políticos. Bélgica, nación muy avanzada en el aspecto constitucional, va a adoptar un sistema constitucional enormemente parecido al inglés. Pero a nosotros nos interesa saber sobre todo cual va a ser el desarrollo en las dos nuevas naciones, empecemos por ver que ocurre en Italia. Allí se sigue manteniendo como base el Estatuto de 1848 del Reino de Piemonte y de Cerdeña; la monarquía, sin embargo no constituye un contrapeso eficaz para el Parlamento. En el nuevo estado se van sucediendo las reformas para incrementar el cuerpo electoral, pero, al igual que en Francia, no se produce un rápido crecimiento de los partidos políticos, sino que predominan las camarillas en el juego político. Por su lado la nueva Alemania adopta un sistema constitucional que instaaura una monarquía constitucional de tipo federal; en este caso el sufragio universal si dará lugar al amplio desarrollo de las organizaciones de masas, entre las cuales va a destacar por su importancia el partido socialista (S.P.D.). Finalmente, y a pesar de todos estos cambios y avances, sólo aparece el sistema de control parlamentario en Gran Bretaña.

La Europa de fines del siglo XIX marca un periodo de anquilosamiento del avance constitucional, en el cual el constitucionalismo se erige en elemento revolucionario sólo en el caso ruso. El proceso más importante es la enorme extensión del sufragio que da origen a la aparición y desarrollo de amplios partidos de masas, que van a ir despertando a las antiguas asociaciones de notables de su anquilosamiento, haciéndolas desaparecer o transformándolas en verdaderas organizaciones partidarias. Es indudable, pues, que el fenómeno del partidismo político, tal y como lo conocemos hoy en día, está indisolublemente ligado al acceso al derecho de voto de amplias capas de la población. En estos años el diferente funcionamiento de la vida política según los países va a depender de la fuerza de la clase media; en los lugares en los que el monopolio del poder político queda reducido a los antiguos grupos dominantes el proceso de acceso de las masas a la participación en la vida política será mucho más lento, y al fin dará lugar a grandes conflictos sociales. Prueba de todo ello es el caso de Rusia.

A finales de siglo la posición del liberalismo sigue siendo dominante a pesar de las funciones políticas, la esfera social de influencia y el caudal de ideas políticas y sociales ha variado sensiblemente desde la década de los años cincuenta. El gran logro del liberalismo fué el de haber creado y desarrollado el Estado liberal, que en definitiva no es sino lo que nosotros conocemos como estado constitucional; fué, por otra parte, sin duda, la ideología dominante que influyó en el desarrollo de la nación y del Estado nacional, dando, finalmente, un enorme empuje a la política económica. A pesar de estos éxitos indiscutiblemente a partir de 1870 se le van a ir planteando nuevos problemas a este liberalismo clásico. Desde este momento el conflicto esencial será el

causado por los enfrentamientos provocados por la cada vez mayor clase trabajadora, que dará lugar a la necesidad de replantearse el papel del Estado en las crisis revolucionarias. Al mismo tiempo los diferentes estados han iniciado un claro proceso de laicización y se verán surgir los primeros problemas en la relación con la Iglesia. Las relaciones entre los liberales y la Iglesia católica van a causar numerosos quebraderos de cabeza a los liberales italianos, fundamentalmente, así como a los de otros países como Francia.

La ideología que había logrado ocupar un puesto dominante en la mayoría de las naciones europeas, al de enfrentarse al dilema de ir transformándose o desaparecer. La postura liberal fue la de optar por la primera parte de la disyuntiva, encuadrándose dentro del nuevo marco de los partidos políticos. Este cambio fue muy doloroso y no se llevó a cabo totalmente durante el siglo pasado salvo en el caso inglés, bajo el liderazgo de Gladstone en el seno del nuevo partido liberal. El liberalismo va a verse enfrentado como bloque unido a transformaciones y convulsiones de tamaño magnitud como las ocasionadas por el aumento de la intervención estatal en las esferas económica y social, el imperialismo y el proteccionismo comercial. Enfrentado a estos retos entrará en el nuevo siglo.

Para acabar con el tema del desarrollo político y constitucional durante el siglo XIX no podemos sino referirnos a la aparición y auge de los partidos socialistas en el último cuarto de siglo. Habíamos hablado de como a partir de mediados de siglo habían ido extendiéndose en toda Europa las nuevas ideologías de carácter socialista, y como estas habían ido cuajando en las aso-

ciaciones de trabajadores que emergían con el objetivo de la defensa de sus reivindicaciones laborales y de nivel de vida. De todos modos la progresiva extensión del sufragio universal da lugar al desarrollo de las organizaciones socialistas con un fin claro de competición por el dominio del poder político. Junto con la importancia de la aparición de una fuerza de este calibre en el juego político establecido por el estado liberal, hay que señalar también que la emergencia de los partidos socialistas en la escena política da lugar al surgimiento de una forma de organización que tendrá una enorme influencia en las sociedades europeas del siglo XX: los partidos políticos de masas.

El partido socialista más importante durante estos años, tanto por su fuerza como por su número, es indudablemente el SPD. A la par en Gran Bretaña se forma la sociedad Fabiana que mantiene la idea de una reforma pacífica de la sociedad; a partir de aquí en 1900 se va a constituir un comienzo de representación laboral que se convierte en 1903 en el partido laborista. A diferencia de lo ocurrido en Alemania y en otras naciones, en Gran Bretaña triunfan desde el comienzo las ideas reformistas. Poco a poco va surgiendo un estado, que en principio parecía quedar apartado de las posibilidades que marcaba el marxismo para poder llevar a cabo la revolución socialista, pero que acabará sorprendiendo al mundo entero: Rusia. En estos años se irá forjando la organización socialista, con una fracción minoritaria en un principio, la bolchevique, capitaneada por V. I. Lenin. Comienzan desde este momento las pugnas entre las distintas tendencias existentes dentro del movimiento socialista, que llegarán a su punto álgido en el primer cuarto del siglo XX.

I.3. EL NACIONALISMO:

El siglo XIX marca el momento en el cual la palabra "nacionalidad" adquiere un significado político, y determina en gran medida el desarrollo posterior de la política de las grandes potencias. Durante todo este periodo van a unirse con los conflictos derivados de las relaciones políticas entre las grandes potencias los que surgen de la existencia de un ideal nacional que moviliza, por un lado, a la población de naciones encuadradas dentro de las potencias plurinacionales, y por otro acarrea transformaciones sustanciales dentro de las naciones ya independientes. En 1830, más o menos, puede afirmarse que la causa de la nacionalidad está ya equipada, habiéndose dotado durante todo el siglo anterior de un aparato ideológico poderoso, y contando con el apoyo de amplias capas intelectuales de gran parte de Europa. De este modo el movimiento nacionalista no quedará reducido al ámbito más puramente político sino que aparecerá como un movimiento cultural que impregnará todas las facetas de la civilización occidental decimonónica.

A pesar de esta coincidencia en resaltar y divulgar la importancia del elemento nacional y de los derechos políticos que este comporta, podemos discernir ciertas diferencias en el planteamiento del tema que son importantes de aclarar antes de entrar más profundamente en él. A grandes rasgos se pueden distinguir dos definiciones de la comunidad nacional, que encarnan las llamadas escuela alemana y la escuela francesa respectivamente. La primera, que encuentra su máxima inspiración en los escritos de Herder, los cuales van divulgándose en Alemania durante todo el siglo XVIII, entiende que una comunidad nacional es aquella que es producto de fenómenos inconscientes, siendo los más importantes los

de la lengua y la tradición popular. Por su parte la escuela francesa destaca el carácter consciente y voluntario de la creación de una comunidad nacional, esta aparece, pues, mediante el acuerdo de sus componentes, obtenido de distintas maneras, mediante un plebiscito, una votación etc.. Las consecuencias de esta segunda definición son, como puede apreciarse claramente, mucho más revolucionarias y perturbadoras del orden social existente, que las derivadas de la concepción alemana. La controversia entre ambas escuelas va a permanecer durante todo el siglo pasado.

El conflicto nacionalista va a plantearse con toda su fuerza desde 1830, y parece que no encuentra una solución generalizada hasta acabar la primera guerra mundial. Junto a la gran extensión de la ideología nacionalista nos encontramos con que en 1855 Europa mostraba un carácter totalmente antinacional: por un lado Alemania e Italia se encontraban en un estado de gran división y por otro seguían inmutables los grandes Estados históricos plurinacionales: el Imperio austriaco y el otomano. Son, pues, muchas las nacionalidades sometidas que van a luchar durante todo este periodo por obtener su reconocimiento al derecho a su independencia política. Para ello la lucha se establecerá en dos frentes diferentes: por un lado hallamos el sentimiento nacional que aparece como fuerza política y da lugar a la formación de numerosas asociaciones y grupos nacionalistas que se oponen a los Estados dominantes con diferentes métodos; y por otro lado tenemos a un importante movimiento intelectual nacionalista que también se expresa de distintos modos: la Historia, la poesía, la filología etc.. Son muchos los autores que en sus diferentes campos, investigan y divulgan las tradiciones, lengua, literatura etc.. de las diferentes comunidades nacionales.

En esta lucha entre nacionalismo y legitimidad podemos marcar dos fases claramente diferenciadas: la primera se extiende desde 1815 hasta 1851 y viene marcada por el triunfo de la reacción, mientras que la segunda, que tiene su fin hacia 1871, significa la inversión de la tendencia anterior y es entonces cuando se va a imponer el principio de las nacionalidades.

La década de 1830 se inicia con la intervención de Gran Bretaña en Grecia en el año 1832, en contra del dominio otomano. De este modo comenzará la toma de partido y las sucesivas intervenciones de las potencias en los territorios que pugnan por imponer su independencia nacional sobre las fuerzas que pretenden mantener el principio de la legitimidad histórica. Todo ello hace que el problema del nacionalismo decimonónico adquiera una dimensión europea, no quedando reducido a pequeños puntos con una alta conflictividad. La política de las grandes potencias es compleja y a veces contradictoria, lo que dificulta extraordinariamente la comprensión de este periodo; una prueba de ello es, por ejemplo, el hecho de que Rusia, que se erige como gran enemiga de los nacionalistas y que habrá de enfrentarse a numerosos conflictos internos por este problema, tome partido a favor de los nacionalistas griegos y serbios y está dispuesta a apoyarlos durante estos años. De todos modos ninguna gran potencia va a convertirse en libertadora de los pueblos oprimidos. París constituye, sin embargo, el centro de reunión de los nacionalistas exilados de diferentes partes de Europa, y por lo tanto va a ser el gran foco difusor de las ideas nacionalistas. Este hecho va a tener su repercusión en el mundo intelectual francés que ve aparecer un movimiento de literatura nacional entre cuyos componentes más destacados están Lamartine y Lamennais. Va a desarrollarse, así, la escuela nacionalista francesa de la que ya hemos hablado antes. Del mismo modo Alemania ve como se

desarrolla esta ideología, influida por el pensamiento de Herder, mientras que es Gran Bretaña, a pesar del grave problema irlandés, la única gran potencia que no experimenta un auge en este tipo de movimientos hasta mucho más tarde.

En Francia el nacionalismo va a evolucionar en forma de xenofobia, dirigida fundamentalmente en contra de Alemania, y es este sentimiento un poderoso impulsor de algunos de los conflictos más graves que tuvieron lugar durante el siglo (Guerra franco-prusiana, primera guerra mundial etc..). En los países nórdicos va a irse confirmando una tendencia panescandinava, a la vez que se pretenden resaltar las diferencias entre los diferentes países que la componen, todo ello salpicado por el enfrentamiento entre Dinamarca y Prusia por los territorios de Holstein y Schleswig.

En otros lugares los movimientos nacionales van a incidir principalmente en la obtención de transformaciones en la política interior de los gobiernos y en su sistema constitucional. Un claro ejemplo de esta actitud se encuentra en los Países Bajos en los cuales el movimiento nacionalista logrará un aumento de la participación del pueblo en la dirección de la vida política. Algo parecido ocurrirá en Bélgica con el surgimiento del nacionalismo flamenco, en este caso va a darse un movimiento claramente intelectual que centra sus reivindicaciones en garantizar determinados derechos políticos y culturales a este sector de la población, pero en ningún caso se opta por el separatismo. En Suiza el nacionalismo aparece como un intento de resolver el problema de la estructura política y económica del Estado, intimamente ligado al conflicto religioso. Finalmente su influencia dará lugar a la conversión de Suiza en un Estado federal con rasgos liberales, tras la victoria militar de la fracción nacionalista que con-

cluye la guerra civil en 1847; se promulgará, entonces, la Constitución de 1848 que, junto con el régimen federal, instaura un Estado más unificado con un poder ejecutivo permanente.

El caso italiano nos interesa particularmente por dos razones principales: en primer lugar por el objeto de nuestro trabajo, el movimiento intelectual que estudiamos tiene su centro de origen en Italia, y en segundo lugar por el hecho de que en Italia se une el nacionalismo con el problema de la unificación nacional, lo cual hace que su desarrollo sea más complejo pero más rico e ilustrativo de la importancia de esta ideología en el siglo XIX. La gran figura del nacionalismo italiano, así como de la causa de la unidad, es, sin lugar a dudas, G. Mazzini. Muy influido en su juventud por las ideas progresistas de Saint Simon, Mazzini crea en 1831 en Marsella la sociedad revolucionaria "Joven Italia" con un triple objetivo: la consecución de la independencia italiana, de su libertad y de su unidad asegurada por una República. Para él el nacionalismo, que se aparta poco a poco a medida que pasan los años de las influencias de su juventud, es la ideología de la unidad del género humano, y en muchos aspectos, cosas que se le ha reprochado fuertemente, Mazzini parece querer crear una nueva religión en lugar de un credo político. La idea nacional de Mazzini tiene esencialmente una base lingüística y en ningún momento aparece disociada del liberalismo.

Los sucesivos intentos mazzinistas por hacer realidad sus proyectos van fracasando. En 1834 creará otra asociación "La Joven Europa" en pro de la libertad, sin embargo tras infructuosas actividades revolucionarias surgen muy pronto numerosas subdivisiones y finalmente se llega a la disolución de la misma. Asociaciones de

este tipo, producto de un internacionalismo romántico fueron muy imitadas en el resto de Europa durante estos años.

Junto a la figura de Mazzini van a aparecer otros autores que mantienen y divulgan las tesis nacionalistas, y poco a poco se irá configurando toda una época, la del "Risorgimento", en la cual se aunan todas las tendencias en los diferentes campos de la cultura en un redescubrimiento común de la esencia de lo nacional. Entre los autores claramente políticos podemos citar también a Gioberti que propugna un nacionalismo federalista. Este es el momento en que se vuelve a las figuras de Dante y de Maquiavelo, que tanta influencia tendrán en la ciencia política y en el pensamiento sociológico italiano del fin de siglo y de comienzos del XX; y al mismo tiempo estos son los años en los que la poesía y la música encuentran sus temas predilectos en aquellos que rememoran y desentierren las antiguas glorias y tradiciones, transformándolos en un canto a la nación italiana. Unido a este despertar cultural la historia italiana tomará un gran auge en comparación con momentos anteriores. Poco a poco, como vamos viendo, el nacionalismo italiano va encontrando sus fuentes y adoptando sus rasgos característicos, apartándose gradualmente de su primitiva fuente napoleónica.

Alemania es el segundo estado en el cual encontramos la conjunción del nacionalismo con la lucha por la creación de un estado nacional. La ideología nacional surge, pues, como el principal instrumento para la creación de un fuerte Estado alemán, y en el esfuerzo para el logro de dicho objetivo va a darse una estrecha unión entre los liberales y los conservadores. Los conflictos y divergencias entre las diferentes tendencias políticas se man-

tendrán, pero trasladados a un segundo plano, tras el fin fundamental; será una vez conseguida la formación del Estado nacional cuando las rupturas latentes volverán a emerger con toda su fuerza. El nacionalismo alemán va a desarrollarse apoyándose en dos fuentes principales: por un lado tenemos el mismo origen que encontramos en el caso italiano, la influencia derivada de la Revolución francesa y de Napoleón, y en segundo lugar está la fuente propiamente autóctona: la tradición cultural derivada del pensamiento de Herder que, como vimos anteriormente, mantiene la idea de una "nación-pueblo";

Estos son los fundamentos del primer nacionalismo alemán, alrededor de ellos se construirá un gran conjunto de ideas y obras surgidas en las diferentes áreas de la cultura alemana; en este caso la ideología nacional también va a impregnar todos los aspectos de la vida social, hasta el punto de que no podemos comprender una poesía, un cuadro o una novela escrita durante este periodo sin referirnos al fenómeno que ahora analizamos. El núcleo originario provenía del siglo XVIII, pero es en el XIX cuando, al recibir nuevas aportaciones, adquiere su forma definitiva y su máxima influencia. Entre estas no debemos olvidar el importantísimo empuje que proviene de la obra de Hegel y de toda la corriente filosófica del idealismo alemán. Contemporáneo a este desarrollo de una filosofía con grandes pinceladas de espíritu nacional, va a desarrollarse, hacia la década de 1830, un gran cuerpo de literatura nacional, caracterizada por una búsqueda de las raíces de los alemanes, que en su caso implica dar la espalda a Francia y a sus aportaciones literarias tan valiosas en siglos anteriores, y una actitud de negación de los valores universales de la civilización occidental, que originará una exaltación desmedida del valor de lo germánico,

fuente indudable de desarrollo de las corrientes racistas que irán surgiendo en la segunda mitad de siglo.

A partir de la década de los años cincuenta y con la figura de Friedrich List, que propugna la necesidad de una economía nacional, basada, por lo tanto, en el proteccionismo, prevalecerá el nacionalismo como voluntad de dominio frente al nacionalismo liberal.

Hemos visto hasta este momento la significación de lo nacional, por un lado en los estados nacionales europeos, y por otro en los dos estados que van a lograr su unificación durante este periodo, nos queda por ver lo que ocurre en los Estados multinacionales. En estos últimos surgirán numerosos movimientos, correspondientes a las diferentes minorías englobadas en ellos; su objetivo principal será el de la independencia, o al menos el de lograr un cierto grado de autonomía con respecto al Estadocentral. Se plantea, de este modo, y junto a las diferentes manifestaciones que también se desarrollan en estos lugares en el campo de lo cultural, una verdadera lucha política que en repetidas ocasiones desemboca en el empleo de las armas.

Rusia ve aparecer un nacionalismo propio a pesar de la política de unificación que trata de llevar a cabo primero Nicolás I y más adelante Alejandro II. La política autocrática de estos dos zares trata de basarse en el paneslavismo como sustrato intelectual de este movimiento, pero a pesar de todo no logra acabar con el nacionalismo polaco y ucraniano. La política del gobierno ruso es de represión violenta de todos los movimientos nacionales, en 1831 tras una revuelta polaca la revuelta fué tan cruel que

dió lugar a una gran emigración polaca. De nuevo en 1863 una rebelión de la misma minoría acarrea una represión inmediata y el inicio de la política de rusificación de la Polonia Rusa. Los mismos métodos son empleados en los casos de las sublevaciones lituanas. Lo curioso es observar que junto a esta política centralista e intransigente frente a las reivindicaciones de los movimientos nacionales, el Estado ruso jugó el papel, como apuntábamos antes, de defensor de las aspiraciones griega y serbia en la península balcánica.

El imperio de los Habsburgo muestra una gran mezcolanza de minorías étnicas que dará origen a fuertes rivalidades entre los alemanes, los magiars, los italianos y los polacos. Poco a poco va emergiendo una ideología nacional con amplias influencias liberales occidentales que va a ser difundida por la emergente prensa política. Las revoluciones urbanas de 1848 dan el empuje definitivo para que los movimientos nacionales salgan a la luz y vayan minando paulatinamente la resistencia del imperio. La política de los Habsburgo fue, al igual que en el caso ruso, de clara represión ante las reivindicaciones de las minorías, a pesar de que en el caso húngaro se pretendió otorgar una cierta autonomía. Tras la caída de los húngaros en 1849 se intenta crear un imperio austriaco unificado por medio de una política de germanización. Todo ello a pesar del mantenimiento de la supremacía austrohúngara hasta 1914.

El imperio otomano es el segundo ejemplo de gran estado plurinacional que tiene grandes problemas con los movimientos nacionales. Uno de los principales conflictos se crea por los constantes choques entre los cristianos de los balcanes y el dominio

musulmán. Entre los primeros se monta una rebelión en contra de la helenización, y, junto a ella, un gran auge cultural. Los principales movimientos nacionales van a ser protagonizados por los habitantes de Grecia, Serbia y Montenegro. Montenegro obtiene su independencia tras la guerra de Crimea con el apoyo de Francia. Esta victoria va a constituir un gran impulso para los otros nacionalismos, a pesar de que se mantiene la soberanía nominal turca sobre Montenegro hasta 1878.

En 1872 Gran Bretaña cede las islas jónicas a Grecia, y al mismo tiempo surge un movimiento nacionalista búlgaro enfrentado a Grecia. Van a ser los conflictos de los balcanes, junto a los que surgen en toda Europa central, los causantes de las mayores crisis que enfrentan a las grandes potencias durante el siglo XIX, y será uno de estos el que dé origen a la primera guerra mundial.

I.4. EVOLUCION POLÍTICA Y RELACIONES INTERNACIONALES:

(1815-1914)

Los años comprendidos entre 1815 y 1871 suponen la creación de un periodo de grandes disturbios provocados tanto por conflictos puramente políticos como por otros económicos y sociales; son estos unos años complejos y difíciles de comprender, aumentando su dificultad por la falsa idea dada por la literatura de escritores tan importantes como Georges Sand, Balzac, Victor Hugo, Zola etc.. El aumento de los conflictos viene provocado por el auge de la Revolución industrial que se alza como un poderoso agente revolucionario, y en esta época la lucha se generaliza por la consecución de la legalidad de determinados derechos básicos para el individuo. El avance industrial aumenta grandemente la fé en la posibilidad del progreso, y es este un factor que provoca las revueltas organizadas en grandes sectores de la clase trabajadora.

Durante las décadas de 1820 y 1830, y hasta finales de los años cuarenta, podemos señalar tres grandes oleadas revolucionarias, la primera en 1820, la segunda hacia 1830, y la tercera y más importante viene marcada por la Revolución de 1848. La primera fecha: 1820 señala la época de la gran represión de Metternich en Alemania, al mismo tiempo que en España se asiste a la sublevación de Riego y al reestablecimiento de la Constitución de 1812. En estos años se va a suceder una oleada de sublevaciones en diferentes zonas de Europa, entre las cuales podremos resaltar la sublevación de Nápoles, las ocurridas en Francia entre los años 1820 y 1822, y la ocurrida en Diciembre de 1825, la llamada decembrista en Rusia. Este periodo de gran agitación da paso a unos años de relativa calma, hasta que en 1830 vuelven a sucederse las crisis. En julio de este mismo año se produce la abdicación de Carlos X de Francia, ante la necesidad de escoger un nuevo

En Julio de este mismo año se produce la abdicación de Carlos X en Francia y ante la necesidad de escoger un nuevo monarca va a ser la gran burguesía la que logre imponer a su candidato: Luis Felipe de Orleans. Esta gran victoria política de la burguesía se repite en Bélgica, en Agosto de 1830 cuando, tras una larga serie de tensiones y conflictos, los belgas logran liberarse del dominio del rey de los Países Bajos y se constituye la nación belga. Son estos años una época de triunfos del nuevo orden emergente sobre los vestigios del Antiguo Régimen, sin embargo las victorias no se consolidarán en todas partes, y prueba de ello es, por ejemplo, el aplastamiento por los austriacos de las provincias unificadas en Italia central, en Febrero de 1831.

Vamos viendo, pues, como la primera mitad de siglo surge como una época enormemente dinámica y progresista en la cual, gracias a las constantes sublevaciones y conflictos se va avanzando hacia la consolidación de un nuevo orden económico y político, propio de la era de la industrialización. En esta marcha un hito importante, por no decir que fundamental, lo constituye la Revolución de 1848, que, por otra parte, da fin a este periodo ascendente de la primera mitad del siglo. Por ello hemos de detenernos mucho más despacio en ella:

I.4.1. La Revolución de 1848:

La fecha de 1848 marca la extensión en Europa de una serie de movimientos revolucionarios simultáneos, pero al mismo tiempo aislados; es más correcto, por lo tanto, hablar de las Revoluciones de 1848, aunque esta no sea la denominación más extendida. El orí-

gen de estos alzamientos que tendrán lugar, con mayor o menor fuerza y con más o menos fortuna, en casi todos los Estados europeos, parece encontrarse en el hambre generalizada que asoló a Europa en 1847, y en la gran crisis económica de esta misma fecha. De este modo los sucesos que se suceden en el año siguiente son, en gran medida espontáneos, notándose la carencia de un programa de organización revolucionaria. Esta, y es importante la advertencia, no es de ningún modo lo que, hoy en día, denominamos una Revolución de masas, sino que una de sus características principales es que se ve dirigida por unas ideas extraordinariamente extremistas, prueba de que tiene a su cabeza a los intelectuales más avanzados del momento.

El origen y la influencia esencial de estos fenómenos es claramente francesa, y en ella podemos distinguir dos líneas de pensamiento que van a tener una amplia repercusión en la orientación de los acontecimientos: en primer lugar las ideas políticas de la Restauración, y en particular el individualismo de Constant, son ampliamente recibidos por los estratos intelectuales; y junto a estas las ideas de Lamennais, el catolicismo liberal, comienzan a encontrar una gran difusión. Por último no debemos olvidar la expansión de un republicanismo mesiánico muy característico de la época.

El programa de los liberales europeos, verdaderos impulsores de estos movimientos, tiene numerosos puntos en común, compartidos entre los diferentes grupos europeos. Las principales reivindicaciones de estos pueden resumirse en los siguientes aspectos: la garantía de la libertad individual, la reforma del procedimiento legal, la introducción del jurado, la libertad de prensa,

la creación de asambleas de representantes formando el brazo impulsor del poder legislativo, la aparición de una guardia nacional, y finalmente la abolición del estado confesional y del régimen policial. En definitiva se trata de un programa que incluye todos los puntos esenciales que van a definir a los Estados plenamente liberales. Es evidente, por otro lado, que en 1848 no se iban a dar, en la mayoría de las naciones europeas, las condiciones y las fuerzas necesarias para que fuera posible el logro de todas estas reivindicaciones.

Es importante hacer notar que en los acontecimientos de 1848 las demandas liberales harán frente común con los movimientos nacionalistas. Como ya hemos apuntado en un apartado anterior existen dos fuentes principales de la ideología nacionalista: la francesa y la alemana; en el primer caso la idea de nación va indisolublemente unida a la exigencia y el deseo de libertad política; no es de extrañar, por lo tanto, que nacionalismo y liberalismo aparezcan formando un frente común en naciones como Italia, Irlanda, Grecia y Polonia. Por el contrario el nacionalismo alemán, compartido con el del imperio austriaco tiene como principal rasgo una voluntad de poder, que será realizada con medios ajenos al liberalismo. Por todo lo expuesto no es de extrañar que los dos problemas prioritarios que van a plantearse en la Revolución de 1848 van a ser, por un lado el de la liberación del hombre, y por otro el de la liberación de la tierra, es decir el fin definitivo del régimen feudal. Los movimientos revolucionarios de 1848 son, pues, la prueba de que en toda Europa se alzan fuerzas que muestran la necesidad de acabar con el Antiguo Régimen, y lo imperioso de la construcción de una Europa industrial en lo económico y liberal en lo político y lo social.

Decíamos que la causa detonante de estos movimientos fué, sin duda, la crisis agrícola de 1846 unida a la crisis financiera que origina un periodo de depresión industrial, y por lo tanto la miseria y el hambre, tanto en el campo como en la ciudad. Los primeros acontecimientos tienen lugar el 24 de Febrero en París. En esta fecha una gran sublevación popular da lugar a la instauración de la República que garantiza el sufragio universal, la libertad de prensa y de asociación y la abolición de la pena de muerte por delitos políticos, la esclavitud y la pena de prisión por deudas. Se cumplen, de este modo, las exigencias de los liberales europeos. Sin embargo la nueva República nace minada por una gran desorganización del ejército y una hacienda insuficiente, hechos que irán en menoscabo de su solidez y determinarán su breve duración.

Los acontecimientos de París dan lugar a una oleada liberal en países próximos a Francia. En Italia se promulga el Estatuto del Piamonte el 5 de Marzo mientras que en el Oeste de Alemania se suceden las manifestaciones burguesas del 1 al 12 del mismo mes, hechos que dan lugar a la formación de ministerios parlamentarios y a la concesión de determinados derechos en ciertos lugares. Estos acontecimientos, tanto los italianos como los alemanes, van a desarrollarse sin la más mínima violencia. No ocurre lo mismo en Viena y Praga donde también se dan grandes manifestaciones de burgueses y estudiantes. Los acontecimientos de Viena obligan a Metternich a huir de la ciudad, ante la inquietante sublevación de los suburbios. El 15 de Marzo el Emperador promete la próxima promulgación de una Constitución, la libertad de prensa y la formación de un consejo de ministros. La caída de Metternich origina el colapso de la hegemonía austriaca en Italia, donde se liberan

Milán y Venecia, y causará también el fin de la monarquía absoluta en Prusia.

En Berlín asistimos al desarrollo de movimientos del mismo tipo a mediados del mes de Marzo; el día 16 comienza la agitación y el 18 la intervención de las tropas determina la insurrección. Ante esta el Rey no tiene más remedio que hacer determinadas concesiones, las más importantes son la libertad de prensa, la convocatoria del Landtag, el derecho a que este último pueda formular una ley electoral y finalmente el principio de la responsabilidad ministerial. Desde Berlín se extiende la agitación liberal a las ciudades prusianas y a finales de Abril aparece una nueva Europa que trata de organizarse de acuerdo con los principios de la democracia y de la nacionalidad.

El gran auge de los movimientos se extiende durante toda la primavera de 1848, pero el reflujo ya se hará notar en el verano del mismo año. La guerra civil de París, durante los días 22 al 26 de Junio, da lugar a enormes medidas represivas, y su retroceso tiene una enorme influencia sobre el resto de los países europeos. Por su lado en Alemania la libertad de asociación ha aumentado enormemente las organizaciones obreras y por lo tanto hay un gran auge de las luchas en el plano social. Por el contrario en Austria la lucha está totalmente centrada en el plano político; la reacción se extiende apoyada por el hecho de que se vuelven a recuperar los territorios perdidos en Italia, quedando únicamente en libertad la Italia central y el Piamonte. La sublevación es reprimida en Viena en los días 29, 30 y 31 de Octubre, al mismo tiempo que se ahogan los alzamientos húngaros. Al final del verano la

Revolución está detenida y en retroceso.

El fracaso del movimiento revolucionario de 1848 da lugar a la aparición de una serie de Constituciones y leyes fundamentales en los países afectados por estos, el análisis de algunas de sus características nos puede mostrar la magnitud de la reacción. En Francia se promulga una Constitución el 14 de Noviembre de 1848, curiosamente el texto es extremadamente democrático de espíritu. La constitución proclama la soberanía popular, el sufragio universal y la elección de una Asamblea legislativa, al tiempo que también prevee la elección de un presidente de la república; también garantizan los derechos y garantías individuales. Sin embargo el texto constitucional abandona la idea de la descentralización y la declaración del derecho al trabajo de todos los ciudadanos; de igual modo aparece un poder ejecutivo robustecido. La nueva Constitución, junto con el cambio de la situación política, lleva a que en las elecciones presidenciales del 12 de Diciembre Luis Napoleón Bonaparte, hombre prácticamente desconocido hasta el momento, logre una aplastante victoria sobre sus adversarios.

En Alemania se van promulgando leyes constitucionales en todos los Estados. En Prusia se disuelve la gran Asamblea Constituyente y el Rey otorga una Constitución que asegura, como puntos más importantes, la igualdad ante la ley, el sufragio universal, la existencia de dos cámaras legislativas sometidas al derecho de disolución real y, por último, el principio de una contribución permanente. Por su parte el Emperador austriaco Francisco José sigue una línea semejante apoyado por sus nuevos éxitos en Italia y por la derrota del Piamonte. El Emperador disuelve el Reichstag y otorga una nueva constitución el cuatro de Marzo de 1849, la cual pro-

clama la unidad del Imperio, la igualdad entre las naciones que lo componen y proporciona una forma de representación de estas en el Imperio. De igual modo se dictan decretos que ponen fin al federalismo, que eran municipalidades y que reforman el sistema judicial.

En este momento, el 28 de Marzo de 1849, se elige como emperador de Alemania a Federico Guillermo tras el rechazo de la corona alemana por el Rey de Prusia. Al mes siguiente, el 14 de Abril de 1849, los Húngaros proclaman su independencia y Austria llama al zar en su ayuda. Una de las mayores consecuencias del fracaso de la Revolución de 1848 es el aumento de las crisis derivadas de los problemas nacionales que darán lugar a graves conflictos entre las potencias. El problema italiano se recrudece y Francia desembarca en el Estado Romano para restringir la acción austriaca; la intervención francesa reestablece a los cardenales en el poder. Mientras tanto el Rey de Nápoles logra conquistar Sicilia pero Toscana sufre una gran derrota frente a Austria; de este modo finaliza la Revolución política y nacionalista que pretendía lograr una Italia unificada. A su vez Hungría es vencida frente a las tropas austriacas y rusas y el emperador de los Habsburgo aprovecha este momento para suspender la constitución austriaca. A pesar de todos los esfuerzos por avanzar en el camino del liberalismo y de la democracia los grandes Imperios de la Europa central vuelven a posiciones muy similares a las que mantenían antes de 1848.

Francia ve como se procede a la disolución de la Asamblea Constituyente, y como en las elecciones del 13 de Mayo el partido católico, el conservador y el monárquico, que formaban una coa-

lición llamada el partido del orden, obtienen una amplia victoria electoral. Las formaciones democráticas, reunidas a su vez en una coalición denominada "la montaña", ven como la amplia represión contra los elementos de izquierda obliga a marchar al exilio a muchos de sus componentes. En definitiva se asiste a una vuelta del ejército a un primer plano, al tomar las riendas del gobierno. Por lo que se refiere a las consecuencias de estas transformaciones en la vida política francesa podemos decir que las más importantes son la aparición de una ley de la libertad de enseñanza que deja a esta bajo el poder del clero, aumentando enormemente la importancia del estamento eclesiástico en la vida social francesa; en segundo lugar aparece una ley el 31 de Mayo de 1850 que restringe el sufragio universal tras la victoria electoral de "la montaña", y por último se reduce mucho la libertad de prensa. De este modo Francia entra en un régimen que podría ser definido como de libertad supervisada. Pero el proceso de reacción no acaba aquí, sino que el 2 de Diciembre de 1851 Napoleón disuelve la Asamblea, arresta a sus dirigentes y gana un plebiscito que le permite revisar la Constitución. Otro Bonaparte vuelve a proclamar el Imperio. Se acaba, así, una época que comenzó con un gran avance acorde con la nueva situación económica y social europea.

Por lo tanto, en solo tres años surge una Europa muy diferente de la 1847. Los países más beneficiados son aquellos a los que no llegó la Revolución, y serán estos los que van a aparecer, más adelante, como paladines de la democracia; entre ellos podemos destacar el caso de Bélgica, el de los Países Bajos, las monarquías constitucionales nórdicas y por último la República Federal Suiza. Sin embargo tampoco se puede afirmar que Europa no ganó nada con la Revolución de 1848, muy por el contrario las naciones han cam-

biado y en muchos casos logran mantener algunos de los éxitos logrados en el periodo anterior. Este será el caso de Francia, la cual, a pesar del golpe de estado de 1851 y de la Constitución de 1852, mantiene el sufragio universal y el principio de la soberanía nacional. En Gran Bretaña el aplastamiento del cartismo y de la agitación irlandesa va a agotar toda la cuestión política de estos años. Por su parte Italia mantendrá el mito de la unidad nacional a pesar del triunfo de la reacción política. El Piamonte se alzará como asilo para patriotas y liberales, y va a experimentar un periodo de gran modernización económica; esta, supuesto paso para la unidad italiana, se consolidará con la entrada del Ministerio de Cavour en Mayo de 1850. Otra de las grandes potencias europeas, Alemania, ve desaparecer los movimientos nacionales tras la guerra de Crimea, y también nota la huella de la Revolución, se multiplican las constituciones escritas en diferentes estados y va extendiéndose el sufragio universal; Prusia, por ejemplo, deja de ser una monarquía absoluta gracias a las constituciones de 1848 y 1850.

El Imperio austriaco, gracias a la Revolución, se transforma en un verdadero Estado moderno y ejercerá una gran influencia sobre Alemania. El periodo de reacción asegura su dominio sobre el centro de Italia y refuerza su estructura interna. El proceso de modernización política se refleja claramente en la Constitución del 4 de Marzo de 1849 que abole definitivamente todo derecho tradicional.

El impacto político de la Revolución de 1848 fue, como estamos viendo, muy grande, y lo mismo ocurrió en el plano social. Los movimientos revolucionarios van a acelerar el proceso de proletarianización de amplias capas de la sociedad europea, mejorando, al

mismo tiempo, aunque en pequeña medida, la situación de los trabajadores. Las nuevas libertades que se intentan mantener tras el fracaso de 1848 dan lugar a un gran aumento de la organización de estos trabajadores, y comienza a volar sobre Europa el miedo al fantasma del socialismo. En el campo el impacto de la Revolución fue impresionante, es tras esta fecha cuando se puede hablar realmente del fin del sistema feudal, que en ningún caso fue restablecido por la reacción. El aumento de la industrialización y las nuevas condiciones del campo señala a 1848 como la fecha inicial de los grandes movimientos migratorios que tanto habrán de trastornar la faz del continente.

I.4.2. 1850-1873:

Tras la primera reacción después de la Revolución de 1848 se inicia un periodo que llegará hasta 1873 de un gran incremento de los precios y de una prosperidad económica generalizada que rompe todo impetu revolucionario. De este modo la política va a estar concentrada en la expansión económica; esta se deja sentir enormemente en Francia bajo el II Imperio. El fenómeno va a cambiar la estructura de Europa en este momento ya que Gran Bretaña toma la iniciativa y establece el libre comercio, ejemplo que es seguido en mayor o menor medida por las naciones continentales. De todos modos en estos años se marcan las diferencias fundamentales entre las islas británicas y el continente; en las primeras existen agitaciones obreras pero nunca con un matiz claramente revolucionario y se asiste a un proceso de democratización progresiva que culmina con la instauración del sufragio casi universal en 1884. Por lo que se refiere a la cuestión obrera leyes promulgadas ya en 1824

y 1825 permiten la existencia de las "Trade Unions" que, a partir de mediados de siglo abandonan la acción política por la social. Se puede afirmar, pues, que Gran Bretaña se erige en nación guía en el proceso hacia la democracia de los Estados, a la vez que siempre mantiene alguna diferencia con el continente.

En estas dos décadas se frenan algo las innovaciones políticas y los grandes avances van a llevarse a cabo en la esfera económica, el colonialismo es el fenómeno más importante de este periodo, y más adelante habremos de hablar de él con mayor detenimiento.

I.4.3. Relaciones internacionales: 1815-1890:

La primera mitad del siglo XIX muestra un desplazamiento del centro de interés de la política internacional de Francia hacia otras zonas de Europa. A la par que los movimientos nacionalistas acapatan la atención europea, nuevas naciones van a ocupar un lugar central en el escenario político transformando el tablero de juego de la política exterior de las potencias. Este es, sin duda, el caso belga, nación que consigue su independencia en 1831. Las alianzas entre los grandes estados van a tener, ahora, como puntos de interés la situación de las zonas con conflictos nacionales, y algo más adelante el problema de los territorios coloniales. De este modo aparece la "Entente Cordiale" entre Gran Bretaña y Francia, por citar un ejemplo de alianza entre dos grandes estados, débil unión que habrá de romperse por los problemas de Oriente.

Sin embargo los dos grandes problemas que marcarán gran parte de las relaciones internacionales, al menos hasta 1870, van a ser los derivados de la unificación italiana y alemana. En 1848 fracasa la tentativa de unidad italiana, que necesita, para lograr este propósito, contar con el apoyo de una gran potencia; a partir de este momento surge la idea de la anexión de Italia al Piamonte bajo la forma monárquica, abandonándose los proyectos federales anteriores. En la misma fecha la unificación alemana fracasa por la voluntad del parlamento popular de Frankfurt; en esta situación se barajan dos soluciones posibles: por un lado la de la formación de una gran Alemania unificada en torno a Austria, y por otro lado la creación de una pequeña Alemania bajo la hegemonía prusiana y separada de Austria. Va a ser la aparición de la figura de Bismark la que inclinará la balanza hacia la segunda solución.

En el periodo considerado destacan tres grandes figuras en la política internacional; la primera de ellas es la del Emperador francés, Napoleón III, que, en un principio, se muestra partidario del nacionalismo alemán e italiano. Él fué el propulsor del Congreso de París de 1856 que pone fin a la guerra de Crimea y que marca la aparición de Rumanía, neutralizando también el Mar Negro, y acabando de este modo con la flota rusa. La segunda gran figura de estos años es la de Cavour, verdadero paladín de la unificación italiana y que opta por dos soluciones que determinarán todo el futuro de su nación; en primer lugar Cavour se decide a aliarse con Francia contra el Imperio austriaco, como único modo de lograr el apoyo de una gran potencia y por lo tanto acelerar el proceso de unidad. En segundo lugar se decide por la solución monárquica frente a las anteriores soluciones federalista; así se

proclama el reino de Italia en 1861 y queda abierto el camino para realizar sucesivas conquistas de los territorios, hasta lograr reunirlos a todos bajo una única autoridad real. Cavour no vive para ver el final de este proceso pero asiste a la conquista del Véneto en 1866 y de Roma en 1870.

A pesar de la indudable importancia de las figuras de Napoleón III y de Cavour no cabe duda de que el gran hombre que va a marcar toda esta época es el llamado canciller de hierro: Bismark. Habiendo sido nombrado ministro presidente de Prusia en 1862 Bismark va a tomar las riendas del proceso de unificación alemán optando por la solución de una pequeña Alemania bajo el dominio prusiano y separada de Austria. Esta decisión le lleva a planear tres guerras consecutivas que finalizan con la constitución de la nación alemana. La primera guerra fué la de los Ducados en la cual se enfrentan Prusia y Austria contra Dinamarca por la soberanía de dos ducados fronterizos. La rivalidad austro-prusiana va aumentando hasta que en 1866 Bismark provoca la guerra austro-prusiana que finalizará con la derrota austriaca en Sadowa y con la exclusión de esta de Alemania. El canciller dará por finalizada su obra de reconstrucción nacional con la guerra franco-prusiana de 1871 en la cual Francia es derrotada en Sedán, produciéndose la anexión de Alsacia y parte de Lorena a Alemania. La habilidad de Bismark para provocar conflictos internacionales en el momento adecuado para utilizarlos ventajosamente en su provecho le ha hecho convertirse en una de las mayores figuras de la diplomacia de todos los tiempos. Tras la derrota francesa, y logrado su principal objetivo, la constante obsesión del canciller va a ser la de aislar a Francia, su gran rival; para ello comienza a forjar una amplia política de alianzas que pasará a la historia

con el nombre de "la política de sistemas". Mediante sucesivos acuerdos, unos secretos y otros no tanto, Bismark trata de construir unos sistemas de alianzas que aislen a Francia e instauren la supremacía alemana en Europa. La complejidad de estos sistemas de alianzas es tal, que sólo el genio de Bismark pudo mantenerlos en funcionamiento mientras vivió; a su muerte sus sucesores no pudieron o no supieron mantenerlo en pie, y a partir de entonces la política exterior alemana comenzó a venirse abajo. El sistema de alianzas de Bismark tiene una enorme importancia, tanto por su novedad en el campo de las relaciones internacionales, como por el hecho de que va a ir configurando los grandes bloques que habrán de enfrentarse en la primera guerra mundial.

El primer sistema de alianzas comienza a crearse en 1873 con la solidaridad monárquica frente a Francia, en torno a la cual se agrupan Alemania, Austria y Rusia, posteriormente Italia se adhiere a ella en 1874. Esta solidaridad se disuelve a causa de los conflictos entre Austria y Rusia sobre los territorios que se sublevaran del yugo de Imperio otomano y por el control de los estrechos. Tras este "fracaso" Bismark comienza a urdir su plan para crear un segundo sistema que tendrá su origen en 1879 con la alianza austro-alemana ("la Duplicé"), alianza secreta dirigida contra Rusia. Al mismo tiempo Bismark consigue la promesa de la neutralidad rusa en aquellos conflictos que afecten a Alemania. Tres años más tarde, en 1882, se crea la "Triple Alianza", que reúne a los dos estados anteriormente citados, Alemania y Austria-hungría, junto con Italia en un acuerdo de mutua defensa contra Francia. Este segundo sistema dura hasta el comienzo de la Primera Guerra Mundial, cuando Italia se separa de ella, quedando en pie sólo la Duplicé que resistirá hasta el fin de la contienda.

En 1887, con el inicio de lo que puede llamarse el tercer sistema de alianzas de Bismark, este va a conseguir el total aislamiento de Francia en Europa. En esta fecha se firma la renovación de la Triple Alianza por un periodo de cinco años, a la vez que se establece un acuerdo entre Italia y Gran Bretaña para el mantenimiento del statu quo en el Mediterráneo. De este modo a finales de la década de los ochenta Bismark ha alcanzado todas las metas que se había propuesto: la unificación alemana, convertirla en la primera potencia europea, y aislar a su principal oponente, Francia, al tiempo que se asegura una posición cómoda con respecto al resto de los Estados.

Bismark creará, así, una Europa que después de 1871 se ve libre de guerras entre las grandes potencias. Durante los veinte años que van desde 1870 a 1890 el canciller supone un gran agente estabilizador del precario equilibrio europeo. Sin embargo no todo fueron aciertos en su política, también tiene grandes debilidades que, a la larga, acaban minando toda su obra; Bismark fue totalmente incapaz de captar la fuerza del sentimiento nacional, por lo que despreció las posibles consecuencias del auge de estos movimientos en el continente. El nacionalismo bismarkiano es terriblemente limitado y está determinado por la política del momento, siempre despreciará a las demás nacionalidades y mantiene siempre la convicción de una superioridad de la nación Alemana. Por ello comparte las tesis de Herder, Fichte y Yahn que unen la idea de la nación con la de una lengua y tradiciones comunes, despreciando la conexión de esta con la voluntad común, y en consecuencia con el liberalismo.

I.4.4.Relaciones internacionales:(1890-1905)

La dimisión de Bismark el 18 de Marzo de 1890 abre las puertas a una nueva fase en la historia de Europa, en estos años sigue y se acelera el reparto de Africa, se firma un nuevo sistema de alianzas en torno a Francia y maduran las fuerzas capaces de crear tensiones.

En 1892 en una convención militar se firma una alianza ruso-francesa con un doble objetivo: por un lado defenderse mutuamente por temor a la Duplice, y por otro lado contener la expansión colonial de Gran Bretaña. Francia va recuperando su posición en Europa y al mismo tiempo goza de una gran expansión colonial. Gran Bretaña, por su parte, domina prácticamente todo el Africa oriental salvo los territorios alemanes, mientras que Rusia vuelve sus ojos hacia el Extremo Oriente. Es entonces cuando va a aparecer en la escena mundial un nuevo protagonista, Japón; su entrada en el grupo de las grandes potencias acarreará nuevos problemas en la pugna por el dominio de China.

Alemania, bajo el reinado del Emperador Guillermo II, toma nuevos rumbos en su política internacional y va a centrarse en dos aspectos: su política colonial y la expansión de su flota. El enorme auge económico y demográfico que sufre esta nación durante esta época transforma la situación y se plantea una gran rivalidad con Gran Bretaña, rivalidad que, iniciada en el campo industrial y económico, va a trasladarse pronto al terreno político. La guerra de los boers, entre los años 1899 y 1902, agudiza esta situación; Gran Bretaña entonces no duda en plantear una nueva política de alianzas, primero en 1902 con Japón, más adelante

firma la "Entente Cordial" con Francia en 1904, que pretende establecer una reglamentación de los conflictos coloniales, para, por último, ampliar la alianza en 1907 con Rusia estableciéndose la "Triple Entente". En pocos años hemos asistido a una total transformación del panorama político y a la aparición de las fuerzas que van a desencadenar el primer conflicto a escala mundial.

Los años 1903, 1904 y 1905 marcan la explosión en Europa de las tendencias nacionalistas, centradas fundamentalmente en el imperio Austro-húngaro. En estos mismos años se produce la derrota rusa en la guerra contra Japón que va a debilitar extraordinariamente la política interna de la autocracia zarista; pero si las consecuencias de la derrota son grandes en el plano anterior, no lo van a ser menos en el de las relaciones internacionales; el extraordinario debilitamiento del ejército ruso resta eficacia a la alianza franco-rusa. De este modo todo está preparado para adentrarnos en los años que preceden al desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial.

I.4.5. EL COLONIALISMO: (1880)

La década de los años ochenta, marca la gran expansión del colonialismo europeo, la Revolución industrial que conlleva un enorme aumento de la producción da lugar a la necesidad de encontrar nuevos mercados para la venta de los bienes manufacturados, al tiempo que se necesitan nuevos puntos de extracción de las materias primas de las que Europa carecía o poseía escasas reservas. La base del colonialismo va a ser, pues, esencialmente económica, aunque inmediatamente encontrará una justificación ideológica y servirá a los intereses puramente políticos de los estados. De esta forma el colonialismo implica un aumento del poder político y económico de las grandes potencias europeas, los conflictos entre estas van a trasladarse de escenario, afectando a zonas del globo que hasta entonces habían quedado fuera de la escena de la política internacional; puede hablarse, desde este momento, de una internacionalización de los conflictos interestatales.

A pesar de que las grandes naciones occidentales habían vuelto sus ojos más allá de los mares desde hacía mucho tiempo, en este momento se interesan en dos zonas abandonadas hasta el momento: África y el Extremo Oriente. Estos años son los de la rápida conquista de África en la cual los diferentes estados compiten por apoderarse del mayor número posible de territorios. Los principales competidores, en un primer momento son Gran Bretaña y Francia, pero más tarde se unirán a ellos Italia y Alemania. Desde muy pronto se vió claramente que la expansión colonial iba a ser fuente de numerosos enfrentamientos, y para tratar de paliar en alguna medida esta realidad se intentan fijar unas reglas de la coloniza-

ción en la Conferencia Colonial de Berlín de 1884.

Una de las causas esenciales del colonialismo reside en que las zonas de expansión de los grandes Imperios europeos estaban muy "bloqueadas", entre otras razones por el incremento de los nacionalismos. Así pues se extiende el juego del equilibrio europeo a las "tierras de nadie", y para ello se siguen utilizando dos métodos ya clásicos en Europa, en primer lugar el reparto y en segundo lugar la creación de estados tapones. Estas tácticas van a crear nuevas hostilidades o a reavivar las antiguas.

Las posiciones de los diferentes estados van a ser muy variables, en un principio Bismark tendrá pocas ambiciones coloniales y va a jugar inicialmente con las rivalidades que crean estos temas en las demás potencias. A lo largo del siglo XIX el interés por la geografía, por la exploración y los descubrimientos se ha desarrollado ampliamente y este movimiento va a dispararse rápidamente tras 1870. Por otro lado numerosos escritores e intelectuales recomendarán decididamente la colonización creando un movimiento en favor de esta, entre ellos podemos citar como figuras más destacadas a R. Kipling, Tennyson, Scelley etc., uniendo sus esfuerzos a los de las asociaciones que se crean para este fin. Todo este ambiente lleve a que Francia desee tomar la iniciativa de la carrera, hecho que consigue a partir de 1881.

Después de una década de relativa tranquilidad Francia toma Túnez en 1881 e Inglaterra se instala en Egipto un año después. Desde la Conchinchina los franceses ocupan Tonkin en 1884 y al mismo tiempo el monarca belga dirige la exploración y ocupación del Congo a partir de 1882; los ingleses también van a ocupar

Birmania partiendo del Sur. Esta competición desenfrenada es la que dará lugar a la Conferencia de Berlín, que ya citamos antes, que intenta fijar las reglas de ocupación y anexión de un territorio.

Alemania se incorpora tardamente al proceso colonizador, hacia 1884, instalándose en Togo y Camerun, algunas partes del África Oriental y ciertas islas del Pacífico; esta tardanza y el poco entusiasmo inicial se deben a lo poco favorable que era Bismark hacia esta política; a su muerte Alemania entrará más de lleno en el movimiento general. Por su parte Italia va instalándose en Somalia y Eritrea. Todo ello hará que se traslade el juego del equilibrio europeo a zonas fuera de la propia Europa, al tiempo que el sistema de alianzas se modifica, influido por los intereses coloniales.

I.5. EN VISPERAS DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL: (1905-1914)

I.5.1. La diplomacia: (1900-1912)

A comienzos del siglo la industrialización y el nacionalismo alteran la balanza de poder en el mundo; por un lado nos encontramos con la soberanía europea en Africa y Asia y por otro con el poderío creciente de dos potencias no occidentales: Japón y los Estados Unidos de América. Va a ser la renovación del tratado de la Triple Alianza en 1891 y el tratado ruso-francés de 1892 los que determinarán las políticas de alianzas en estos primeros años del siglo.

El primer estallido de esta nueva serie de conflictos va a tener su centro en el Extremo Oriente y más en particular en China; la competencia de las potencias europeas por obtener esferas de influencia lleva a la intervención japonesa en 1892, y a partir de este momento el lejano oriente se convierte en un foco de tensión. El conflicto se agudiza por la explosión del resentimiento chino en 1900, que se traduce en las sublevaciones de los boxers. El centro de atención se desplaza, pues, hacia el Este, lo cual tiene importantes repercusiones en el tema de los Balcanes; en esta zona se asiste a una mejoría temporal de las relaciones al suspender Rusia momentaneamente su tradicional rivalidad con Austria, continuando, a pesar de todo, el conflicto entre Grecia y Turquía, traducido en este momento por la sublevación de Creta.

Africa es también un punto importante donde se dirimen las rivalidades de los Estados; continúa, pues, la política de fraccionamiento y la rivalidad ya antigua entre Francia e Inglaterra. Todos estos acontecimientos debilitarán los lazos de unión de los

sistemas de alianzas y aumentan los peligros de tensión y guerra. Como hemos visto se mantiene la rivalidad entre Gran Bretaña y Francia por el tema colonial, y a la vez esta última se acerca a Italia y la primera ve aumentar constantemente su hostilidad con Alemania. En 1901 Gran Bretaña rechaza la entrada en la Triple Alianza y al año siguiente los ingleses firman un tratado de amistad con Japón e inmediatamente después un tratado de mutua defensa, en el momento en que las posibilidades de guerra entre Japón y Rusia se ven cada vez más claras. El conflicto estallará, finalmente, en Febrero de 1904 y sólo un año más tarde Rusia sufre una gran derrota en el mar Báltico.

Francia sólo tiene ojos para asegurar sus dominios coloniales, y esta obsesión da lugar a una crisis marroquí, que finalizará con un acuerdo anglo-francés sobre el tema. Las crisis, conflictos y rivalidades se multiplican y originan un cuadro sumamente complejo y difícil de explicar, nos reducimos, pues, a los acontecimientos más importantes que tendrán una repercusión evidente sobre futuros conflictos que determinan el nacimiento de una nueva Europa tras la Primera Guerra Mundial. En este sentido es importante destacar que a partir de este momento empieza la carrera por la supremacía naval entre Gran Bretaña y Alemania. Alemania se ve cada vez menos favorecida en su situación en Europa por las alianzas francesas por lo cual, junto con un aumento de su inseguridad, se nota también una irritación creciente. Este hecho le empuja a arremeter contra el tema de las posesiones francesas en Marruecos, al tiempo que intenta un acercamiento a Rusia, que se ve frustrado por un nuevo tratado anglo-ruso que refuerza la Entente.

La posición alemana va a empeorar, asimismo, con la agudiza-

zación de las crisis balcánicas que llevan a una posición extrema al problema eslavo en Austria. La crisis bosniana logra crear la Triple entente entre Francia, Rusia y Gran Bretaña y de este modo Alemania se siente cada vez más acorralada. Los conflictos centro-europeos se alternan con los propiamente coloniales, y buena prueba de ello es el aumento de los desordenes en Marruecos. Ante los problemas franceses Alemania interviene exigiendo compensaciones por el protectorado francés, este hecho irrita a Inglaterra que, por primera vez, amenaza con el conflicto armado a Alemania si no cede en sus pretensiones. Alentados por el éxito francés los italianos se deciden a atacar a Turquía, empresa en la que se unen los países balcánicos originando, de este modo, las guerras balcánicas, verdadero prólogo de la Primera Guerra Mundial.

Para simplificar podemos decir que se diferencian claramente cinco crisis de dos tipos durante estos años: a) las franco-alemanas de origen colonial y b) las austro-rusas de origen balcánico. Las cinco crisis serán las siguientes:

-1. Crisis marroquí de 1905, en la que prevalecen las tesis francesas frente a Alemania.

2. Crisis de Bosnia-Herzegovina de 1908-9, en las que Austria somete a Serbia.

-3. Crisis de Agadir o segunda crisis marroquí en 1911. Esta finalizará con un acuerdo franco-alemán que establece un protectorado francés en Marruecos al tiempo que Francia cede a Alemania parte del Congo y recupera parte del Camerún.

-4. Crisis de los balcanes en 1912-13, que se produce con la alianza de los pequeños países contra Turquía para obtener los territorios aún en manos de los otomanos. Se consigue una rápida vic-

toria que plantea el tema del reparto; este se resuelve en el Tratado de Bucarest del 10 de Agosto de 1913 que engrandece a Serbia ante la exasperación austriaca.

5. Crisis de julio de 1914 de origen balcánico y no colonial, que comienza con el asesinato de Sarajevo y da lugar al desencadenamiento de lo que se esperaba hace tiempo: la Primera Guerra Mundial.

I.5.2. Causas e inicio de la Primera Guerra Mundial:

Cuando se estudia la gran guerra de 1914 podemos diferenciar entre las causas remotas y las más inmediatas, sin embargo, como hemos visto, podemos señalar dos causas desencadenantes del conflicto que son ya apreciables a partir de 1912, que son, en primer lugar el peculiar sistema de alianzas y en segundo lugar el nacionalismo balcánico. La explicación no quedaría completa si no añadiéramos una tercera causa: la rivalidad anglo-alemana que había llegado a su punto más álgido en años anteriores.

Hemos visto como en los años inmediatamente precedentes a 1914 aumentan los esfuerzos de Francia por consolidar la Triple Entente, a la vez que en la primera fase de la crisis balcánica las potencias actúan conjuntamente en el sentido de intentar mantener el statu quo. Todo está preparado para que, en cualquier momento las cuerdas salten y se inicie un conflicto armado, el factor detonante no va a ser sino el problema serbio. El asesinato del archiduque Francisco Fernando, heredero de la corona austriaca, y de su esposa en Sarajevo el 28 de Junio de 1914, a manos de una supuesta organización nacionalista serbia, constituirá el

pretexto para que se desaten las fuerzas favorables al conflicto.

Sin embargo no se va a producir una reacción inmediata de las potencias; a pesar de que en toda Europa aumenta la actitud favorable a la contienda. Alemania promete ayudar a Austria, pero no toma ninguna decisión favorable a esta, al tiempo que piensa que el conflicto, como en otras ocasiones, va a quedar localizado. Por su parte Serbia no está muy inclinada a una guerra de liberación sin ayuda, mientras que las potencias de la Entente no toman decisión alguna en las primeras semanas tras el atentado. En este lapso de tiempo tienen lugar numerosas consultas mutuas entre los franceses y los rusos, a la par que Gran Bretaña intenta dar una apariencia de neutralidad.

El 23 de Julio Austria envía un ultimatum a los serbios en términos muy humillantes para el paneslabismo. Ante este hecho las reacciones son diversas; para Rusia la guerra ofrece la última oportunidad de unidad nacional en un momento en que el dominio zarista se tambalea, mientras que Francia reacciona en contra del ultimatum sin comprometerse. Italia hace pública una protesta ante este, y se encuentra en una difícil situación, en principio se encuentra inscrita en el sistema de alianzas junto a Alemania y a Austria, pero la opinión pública italiana se pronuncia cada vez más en favor de la Entente.

La primera potencia en reaccionar es Rusia que envía una circular ordenando la movilización parcial contra Austria, al tiempo que pide pruebas a Gran Bretaña de su solidaridad con Francia y con ella misma. Austria se moviliza contra Serbia y en este mo-

mento aparecen las primeras propuestas de conciliación, la más importante de las cuales es presentada por Gran Bretaña. La declaración de guerra del 28 de Julio es lanzada precisamente para abortar cualquier solución de tipo pacífico. Alemania quiere la guerra a toda costa, presionado el gobierno por los militares, y lo mismo sucede con Rusia. El 30 de Julio Rusia dicta la movilización general y al día siguiente el gobierno alemán declara el estado de guerra enviando un ultimatum en el que se exige que cesen los preparativos militares rusos. El Estado Mayor alemán cuenta con la táctica de un ataque por sorpresa, para lo cual pone en marcha el plan Schlieffen. Este plan prevee una ofensiva relámpago sobre Francia para ponerla fuera de combate antes de lanzarse contra Rusia; el gran problema es que para ello es necesario pasar por Bélgica, nación neutral en el conflicto, para realizar la maniobra envolvente sobre Francia. De aquí que Alemania se apresure en mandar un ultimatum a París y en pedir a Bruselas el libre paso por Bélgica. El gobierno francés reacciona con calma y ni promete la neutralidad ni declara la guerra.

Es importante ver ahora la posición del gobierno inglés ante los nuevos acontecimientos, durante estos días los ingleses mantienen una fuerte división sobre la conveniencia de participar en la guerra, que se basa en dos puntos fundamentales: el problema de la garantía de la neutralidad belga, y la resistencia a un compromiso con Francia. El dos de Agosto Gran Bretaña obtiene la garantía del apoyo a la intervención por el gobierno conservador al tiempo que se asegura la circulación por las costas francesas septentrionales. En esta misma fecha comienza la invasión alemana de Luxemburgo y la movilización general belga y francesa. Estos acontecimientos deciden al Primer Ministro Grey a la inter-

vención. Italia sin embargo, permanece neutral por el momento.

La guerra ha comenzado y a pesar de los esfuerzos de ciertas fracciones de los partidos socialistas en mantener la solidaridad internacional de los trabajadores por encima de las políticas particulares de los gobiernos, los socialistas mostrarán en todos los casos un acatamiento total a las decisiones de sus respectivos gobiernos, y los Estados se lanzan a la contienda en medio de una enorme inflamación de los sentimientos nacionales.

I.6. LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL:

I.6.1. La Guerra:

La génesis de la Primera Guerra Mundial es, como hemos visto, esencialmente europea y tiene como causas originarias la lucha por el poder de Austria y Rusia en los Balcanes, el temor de Francia y Gran Bretaña a la extensión del poderío alemán en el occidente europeo; sin embargo, una vez iniciada la contienda, desborda las fronteras geográficas, escapa al control de los Estados europeos y de sus estadistas y es completamente mundial en sus repercusiones. En el verano de 1914 los Estados Mayores de las distintas potencias estaban convencidos de que la victoria iba estrechamente unida a la rapidez en la movilización; ningún Estado se encontraba en situación de resistir una guerra de larga duración y en todo el continente se pensaba que el conflicto tendría una corta duración, pondría en juego los sistemas de alianzas y, sobre todo, dejaría, como en los enfrentamientos anteriores, a la población civil al margen de las batallas. El gran drama de la Gran Guerra, y al mismo tiempo sus importantísimas repercusiones en el mundo europeo tienen su origen en el hecho de que ninguna de estas previsiones se cumplió.

La situación de los diferentes Estados en pugna era, ya al comienzo de la guerra, radicalmente diferente; Alemania estaba bien preparada para una campaña corta y decisiva y contaba con un ejército excelentemente equipado; por el contrario su aliada Austria carecía de un ejército preparado y fuerte. En el lado de la Entente Francia poseía un ejército muy numeroso pero muy

débil en lo que a material se refiere, al igual que le ocurría a Rusia que a las carencias de material y a sus numerosos efectivos unía una considerable desorganización. El ejército británico era la élite de las tropas de la Entente por lo que a material y preparación se refiere, pero sin embargo era muy poco numeroso al iniciarse el conflicto.

A pesar de las diferencias en lo que a organización y equipamiento se refiere, ambos bandos planean una táctica muy parecida en el verano de 1914. Alemania pretende desarrollar un plan previsto desde 1905 para una posible guerra contra Francia, jugándose todo en la posibilidad de una guerra relámpago; se preveía que se podía arrollar a Francia en el plazo de sólo seis semanas. Por su parte Francia cuenta con el General Joffre que basa también su táctica sobre la ventaja de una ofensiva sorpresa que lanzara el ataque sobre el que se suponía el centro de las tropas enemigas; un error logístico en la previsión de la distribución de las tropas enemigas hace fracasar el plan, Francia lanzará dos ofensivas desastrosas en las Ardenas y en el Este de Metz que causarán un gran número de bajas.

La contienda se inicia con la ocupación de Lieja por Alemania, pero en el mes de Agosto la llegada de tropas inglesas a Bélgica evita en el envolvimiento de Francia por el ala izquierda. A esta rápida maniobra de la Entente se unen los errores del general Molke, que permiten a sus enemigos replegarse sobre zonas bien defendidas; todo ello da lugar a que a finales de este mes los alemanes abandonen la idea de rodear París y retiren su ejército del Marne, desaprovechando entonces la Entente una gran ocasión de contraataque. En menos de dos meses los planes alemanes de una

guerra corta han fracasado estrepitosamente, pero a pesar de ello sus posiciones son ventajosas. La pérdida de Francia de amplias zonas carboníferas y de las fábricas del Nordeste supone un gran refuerzo para la acción enemiga. A finales del verano de 1914 están dispuestas las líneas de los dos contrincantes en posiciones que casi no variarán hasta marzo de 1918.

El frente del Este se estrena con grandísimas pérdidas de los rusos frente a los Alemanes, los primeros atacan invadiendo la Prusia oriental, pero sufren sucesivas derrotas y son expulsados de estos territorios. Al mismo tiempo el ejército Austro-húngaro invade Polonia, pero es rechazado violentamente por los rusos. De este modo la primera fase de la guerra quedará saldada con un mal resultado de los ejércitos de tierra, y por ello las fuerzas navales comenzarán a tomar un papel preponderante. Las ofensivas navales comienzan con una superioridad naval evidente de los británicos. En este terreno es importante señalar la entrada en la guerra de Turquía, como aliada de Alemania, a fines de 1914. A pesar de la supuesta superioridad inglesa, la flota de esta sufre una serie de derrotas iniciales frente a la armada alemana, pero ya al terminar el primer año de la contienda se ha logrado la casi total destrucción del poderío naval alemán. Cambiará entonces la táctica de esta, pasando a utilizar un gran arma que aparece por primera vez en la historia: los submarinos. La táctica alemana es la de destruir los barcos comerciales, lo que lleva a Inglaterra a adoptar una política de interceptar los navíos con destino a su rival, colocando a este en una precaria situación dado que impide la llegada de numerosos bienes imprescindibles para el avituallamiento del pueblo alemán. Pero lo realmente importante de esta lucha submarina que inicia Alemania es que va a forzar a los Estados Unidos

de América a reconsiderar su neutralidad, con la destrucción de un navio mercante de su nacionalidad, "el Lusitania". Será, pues, este error alemán el que determinará la entrada en la contienda de esta gran potencia, que inclinará definitivamente la balanza en favor de la Entente.

Nuevas potencias van entrando poco a poco en el conflicto, Japón se convierte, en Agosto de 1914, en aliada de Gran Bretaña. De este modo paulatinamente va a extenderse el conflicto a los dominios coloniales. A principios de 1915 se asiste también a otro fenómeno, junto con la tierra y el mar la lucha se traslada al espacio aéreo, es entonces cuando se prodigan los "Zeppelin raids" en la costa inglesa.

El inicio del nuevo año trae ^{otros} intentos para encontrar una solución al punto muerto de la contienda, ello da lugar a dos hechos: a) la aparición de un número cada vez mayor de experimentos en material militar, y b) la adaptación de las poblaciones civiles a una guerra penosa y larga. El frente occidental va a convertirse, entonces, en el escenario fundamental; la construcción de un frente de defensa inexpugnable y la nueva utilización de los gases venenosos impiden el avance de los aliados. Ante este hecho los ingleses idean una estrategia oriental que intenta forzar los Dardanelos, la expedición, sin embargo, es un rotundo fracaso para las aspiraciones británicas.

En este momento el peso de la guerra comienza a hacerse sentir en los diferentes Estados europeos, los problemas más graves serán los de la transformación de la sociedad civil, el avituallamiento y la dotación de material a los ejércitos; todo ello ha-

ce imprescindible la intervención del estado en la vida social. Para Gran Bretaña esta intervención supone un cambio en su orientación política y una dolorosa ruptura con los principios del "laissez faire", pero el objetivo primordial es el de avituallar y abastecer al ejército. Por ello el estado interviene en determinados sectores de la producción, al tiempo que se incrementa el trabajo femenino y se impone el alistamiento obligatorio en Mayo de 1916.

En el frente oriental el ejército ruso sufre duros reveses en 1915, al tiempo que Italia entra en la guerra al lado de la Entente en Mayo del mismo año, al declarar la guerra a Austria. Esta última conquista el territorio serbio, lo cual supone el control total alemán de los balcanes.

Entramos ya en 1916 y, de nuevo, el frente occidental va a ser el centro de gravedad de la guerra, ya en esta fecha las naciones y los ejércitos comienzan a dar muestras evidentes de su agotamiento. Los alemanes, al frente de cuyo ejército se encuentra entonces Falkenhayn, trazan un nuevo plan en el que una ofensiva contra Verdun daría el golpe de gracia a Francia; el ataque se inicia el 21 de Febrero, frente a un ejército francés cuya defensa organiza Petain en Marzo. Ante el terrible avance alemán las demás potencias de la Entente tratan de realizar maniobras de distracción e intimidación totalmente inútiles; será la ofensiva de Brusilov al frente de las tropas rusas, la que frene el ataque austriaco a Italia y obligue a Alemania a retirar tropas del frente occidental.

El año 1917 va a iniciarse con una nueva táctica aliada,

se piensa, entonces, que la derrota alemana solo va a conseguirse centrando el esfuerzo bélico en el frente occidental, para ello es necesaria una ofensiva común de la Entente, y un refuerzo del ejército británico que tendría que llevar el mayor peso de la ofensiva, en vista de las enormes pérdidas francesas. El principal problema que se plantea es el de como mermar los recursos alemanes y restarles movilidad, para ello se traza un plan de ayuda a Serbia, a la par que se tiene el propósito, más tarde frustrado, de reforzar el frente italiano.

Durante estos mismos meses se va a producir un acontecimiento fundamental que ayudará enormemente a inclinar la balanza de la victoria hacia la Entente, Alemania suspende su campaña submarina por los roces con los Estados Unidos de América, pero el hundimiento de barcos neutrales hace que esta se decida a intervenir en la guerra. Es también importante resaltar que en los últimos meses del año anterior se planteó el problema de la falta de una dirección unificada de los ejércitos de la Entente y de la necesidad de efectuar cambios en las direcciones políticas y militares de los mismos. De este modo se comienza el nuevo año con Lloyd George como primer ministro en Gran Bretaña, al tiempo que en Francia Roberti Nivelle substituye a Joffre, aunque este último va a ser substituido, a su vez, por Pétain en Mayo de 1917. Entre los enemigos también se han producido cambios, el Emperador Francisco José de Austria muere el 21 de Noviembre de 1916 y le sucede Carlos III, en Alemania Ludendorff toma el mando militar e inicia la contrucción de la enorme línea defensiva conocida como "La línea Hindenburg".

Los ejércitos están desmoralizados y el agotamiento cunde en los dos bandos con la ofensiva de Flandes, iniciada por Gran Bretaña para apoderarse de los puertos de la zona de Calais. A pesar de la poca fiabilidad de las estadísticas es impresionante considerar el enorme número de bajas que sufrieron ambos ejércitos hasta 1917. En el periodo que va de 1915 a 1917 el balance de bajas en el frente occidental es netamente favorable a la Entente, pero de todos modos las bajas alemanas aumentan extraordinariamente desde 1916. Para darnos una idea aproximada basta con referirnos a las cifras que nos proporciona "La historia del mundo moderno de Cambridge" (9): el número de muertos total en los años de la guerra, es decir desde 1914 hasta 1918, sólo en el frente occidental sería de setecientos mil ingleses, un millón doscientos mil alemanes y un millón trescientos mil franceses. Ante tales cifras no es de extrañar que sea decisiva la influencia de nuevas fuerzas que llegan de ultramar para ayudar a la Entente, en la determinación final de la victoria y el fin de la guerra.

El año 1917 es, además, importante por los acontecimientos que tienen lugar en Rusia; la revolución bolchevique de Noviembre de 1917 dará lugar a la firma de un armisticio con Alemania, lo que, junto con la derrota italiana de Caporetto, acaba con el frente oriental. A comienzos de 1918 se producen tres hechos de suma importancia: la concentración de fuerzas alemanas en el frente occidental, el fracaso de la guerra submarina y el avance de las tropas norteamericanas en el territorio francés. Frente a esta situación la falta de entendimiento entre los aliados, los sucesivos errores de cálculo del volumen de las fuerzas enemigas y la escasez de hombres allanan el camino para una nueva ofensiva alemana iniciada el 21 de Marzo de 1918. Los aliados responden confiriendo

la dirección del mando unificado al general Foch; este hecho, unido al debilitamiento progresivo de las fuerza alemanas, que comienza a hacerse muy visible en el verano, favorecen extraordinariamente a los aliados. A partir del 15 de Julio la iniciativa va a pasar a ellos y la buena dirección de Foch hace que ya no la pierdan. El 8 de Agosto comienza el avance aliado y el dos de Septiembre Haig ataca a la línea Hindenburg que cae al cabo de una semana. Por fin el 11 de Noviembre se firma el Armisticio y los Alemanes son expulsados de Bélgica, permaneciendo sólo con una franja del territorio francés.

Finaliza así la guerra con la derrota de Alemania por dos causas esenciales: el derrotismo que cundió en los últimos meses en las filas de su ejército y el enorme desgaste de la población civil por el desgaste al que le someten las fuerzas de la Entente. Según los expertos estos son los verdaderos motivos de la rendición alemana, no pareciendo estar muy afectada por el colapso de sus aliados en los meses inmediatamente anteriores.

I.6.2. Consecuencias inmediatas de la guerra:

La Primera Guerra Mundial transforma radicalmente el antiguo mundo occidental, en primer lugar la marcha de Alemania hacia la hegemonía industrial se ve aplazada y sólo alcanzará el nivel de las naciones más avanzadas gracias a un enorme esfuerzo realizado en las décadas posteriores; al mismo tiempo en 1918 se transforma radicalmente el mapa de Europa con el hundimiento de tres grandes imperios: el otomano, el austro-húngaro y el alemán. De este modo asistimos a la formación de nuevos estados y al resurgir de

naciones viejas, la fisonomía de Europa aparece dibujada tal y como permanece, con leves alteraciones hoy en día. Francia, gracias al tratado de Versalles, logra recuperar los territorios perdidos en 1871 y Bélgica vuelve a ser independiente.

La Gran Guerra supone, sobre todo, un desplazamiento del centro de poder mundial desde Europa occidental hacia norteamérica, por un lado, y hacia la URSS por otro. A partir de entonces el continente europeo va a dejar de ser el punto clave de la historia universal en donde se toman las decisiones de alcance general. Junto a este fenómeno van a ir entrando en la escena mundial nuevas naciones que carecían de una tradición histórica occidental, pero que irán jugando un papel cada vez más importante en las relaciones internacionales; entre ellas podemos destacar, en los inicios de los años veinte a la India y a Japón.

El mundo occidental cambia, y en cierto sentido lo hace dando marcha atrás, el fin de la contienda y el Tratado de Versalles plantean las bases, cometen los errores, que llevan inevitablemente a que tenga lugar un nuevo conflicto mundial dos décadas más tarde. La gran guerra agudizó enormemente la xenofobia, Europa parece partirse estableciendo grandes muros de odio e incomprensión entre los diferentes estados. La guerra será, a partir de este momento, una preocupación clave, así una obsesión para los diferentes gobiernos, por ello en todos los estados se intensifica enormemente la propaganda para fortalecer el aparato bélico. Al mismo tiempo hemos visto como se ha ido transformando radicalmente la idea de la guerra, como las poblaciones civiles se ven por primera vez implicadas en la contienda, y como cambia la propia lucha por el descubrimiento de nuevas armas cada vez más mortíferas; dentro

dentro de este proceso de cambio podemos señalar como un elemento de enorme importancia la aparición de la utilización masiva de la propaganda con dos objetivos claros: hundir la moral del enemigo por un lado, y por otro elevar la moral de la propia nación. Dicho uso por parte del aparato del Estado alcanzará su mayor auge durante la Segunda Guerra Mundial.

La guerra también tuvo una gran incidencia en el aparato del Estado, siendo la transformación mucho más notable en naciones con una gran tradición liberal como Gran Bretaña. El mismo hecho de la contienda llevó a una mayor intervención estatal en ámbitos antes reservados a la iniciativa privada; esto va a mantenerse tras la postguerra asistiéndose a un proceso de reforzamiento y centralización del aparato gubernamental, a una extensión del campo de gestión del gobierno, y a un aumento de la imposición de controles en aspectos cada vez más amplios de la actividad humana. De este modo los acontecimientos comprendidos entre los años 1914 y 1918 provocan una transformación en la sociedad europea de carácter irreversible.

I.6.3.El Tratado de Versalles:

Cuando se plantea el tema de la firma del armisticio entre las fuerzas aliadas las posturas son discrepantes: por parte de Francia Foch plantea condiciones muy duras, mientras que las de Haig, por Gran Bretaña, son mucho más benevolentes; por su parte el representante norteamericano, Perthing, es favorable a continuar el avance aliado hasta obtener una rendición total del enemigo. Es esta falta de acuerdo la que lleva a que se formulen largas

condiciones previas al armisticio.

Cuando se firma, por fin, el armisticio las posiciones de los aliados tampoco están unificadas, y las controversias alargarán mucho el proceso de la firma del Tratado de paz. El presidente de los Estados Unidos de América se opone a la restauración de las colonias alemanas, punto que es aceptado por los demás estados; se plantea, entonces el problema del reparto de las zonas de influencia sobre las antiguas posesiones de los Imperios alemán y otomano. Las pretensiones de los ingleses, expuestas por Lloyd George, son también de gran alcance; estos exigen la supresión de la flota y de las colonias alemanas, al tiempo que preconizan la doctrina del bloqueo de la nación vencida. Asimismo Gran Bretaña desea conservar intacta su posición económica y estratégica, y va a pedir garantías para la consolidación y evolución constitucional de su imperio. Sin embargo no hay duda de que la posición más fuerte entre los aliados la tiene Norteamérica que, a su ayuda decisiva en la contienda une su posición económica reforzada por las deudas de las naciones aliadas, contraídas a lo largo de toda la guerra. El Presidente Wilson confía en la resolución del Tratado en el marco de una nueva Sociedad de Naciones, asociación que dará un salto hacia adelante en las relaciones internacionales.

El año 1918, el del fin de la guerra, es un año particularmente desastroso para la sociedad europea que ve unirse al gran retroceso industrial la epidemia de gripe que, en pocos meses, causa el doble de muertos que la guerra. En estas precarias condiciones va a reunirse la Conferencia de Paz de París en Enero de 1919, tardándose mucho en abordar los principios esenciales, y con la sombra de la victoria de la Revolución rusa sobre sus cabezas.

Por otro lado las discusiones de la conferencia se verán constantemente entorpecidas por los problemas del nacionalismo.

Mientras que Francia reivindica los territorios de Alsacia y Lorena, perdidos en la guerra franco-prusiana de 1871, se plantean unas exigencias que el pueblo alemán no puede soportar. El 23 de Junio de 1919 se da fin al armisticio y se comunica a Alemania el avance de las tropas aliadas en el caso de que no acate la nueva redacción del Tratado; entre la espada y la pared Alemania no tiene más remedio que aceptar. Por fin el 28 de Junio del mismo año se firma el Tratado, que consta de 440 artículos, en la galería de los espejos del palacio de Versalles.

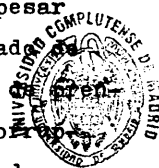
El Tratado contiene como puntos más importantes la cesión a Bélgica de los distritos de Eupen y Malmédon, así como la recuperación de Francia de Alsacia y Lorena. Se reconoce también la independencia de Austria, y se ceden parte de sus antiguos territorios a la nueva Polonia. Alemania pierde, así, un 13'5% de su territorio y un porcentaje igual de su producción industrial, así como un 10% de su población (más o menos unos 7 millones de habitantes). Alemania también se ve desprovista de todas sus colonias y de gran parte de su flota mercante. Las condiciones del Tratado son extremadamente duras y exigen el desarme total de la nación derrotada, la cual se ve forzada a formar un ejército profesional de un máximo de cien mil hombres, sin armamento pesado y reduciendo su flota de guerra al máximo. Estas condiciones, junto con la acusación de la culpabilidad moral por la guerra, son aceptadas a duras penas por el pueblo alemán, desencadenándose una amplia propaganda antitratado.

Todo ello hace que el Tratado transforme el mapa de Europa, siendo el punto de mayores cambios la Europa o central que se balcaniza rapidamente. El Tratado, por otro lado, plantea problemas también a las naciones aliada; en Norteamérica se rechaza la política de Wilson y el Tratado no es ratificado por el Senado, a partir de entonces comienza la política de aislamiento de esta gran potencia. Por su parte Francia y Gran Bretaña van a tener, a su vez, enormes dificultades para devolver el prestamo de guerra a los Estados Unidos de América. Así pues, la influencia del Tratado se hará notar durante toda la década de los años veinte. Mientras que Alemania vuelve a armarse secretamente aprovechando los resquicios del texto, este es incumplido sistemáticamente durante este periodo. El vacío de poder en favor de Alemania, causado por el colapso del imperio austro-húngaro y del ruso junto con la inhibición norteamericana, es una de las causas principales de este fenómeno. A ello se une el aumento de la inseguridad política que causa la crisis económica de los años veinte, a la que se une el fracaso de la ordenación económica internacional por las grandes potencias. Las consecuencias de la Primera guerra mundial, y en particular los errores del Tratado de Versalles favorecen a la larga el mantenimiento del comunismo en la Unión Soviética, la aparición del fascismo en Italia, el auge del nacionalsocialismo en Alemania, y en resúmdas cuentas la gestación de una nueva contienda mundial que no tardará mucho en estallar.

I.7. DOS CASOS PARTICULARES:I.7.1. Alemania:

El periodo 1900-1914 marca la época en la cual Alemania muestra la mayor vitalidad política de Europa, junto con un gran empuje al que ayuda la ausencia de tendencias separatistas en su seno. El sistema político alemán es especialmente interesante y merece que le dediquemos unas breves líneas. El Reichstag, o Cámara legislativa, es elegido mediante sufragio universal entre los alemanes mayores de 25 años. Esta Cámara legisla con la aprobación del Bundesrat, Cámara de los Estados miembros, y del emperador. Sin embargo el emperador actúa como un monarca absoluto al nombrar al primer ministro imperial o canciller, que no es responsable ante la Cámara sino sólo ante quien lo nombró. Del mismo modo los altos cargos de la administración únicamente responden ante el monarca y forman una casta muy cerrada que es reclutada mayoritariamente entre los miembros de la alta clase terrateniente y sus protegidos. El Reichstag, por último, no tienen un poder de bloqueo efectivo de la política imperial. Todo ello hace que, a comienzos de siglo, Alemania, a pesar de tener una organización estatal similar a la de otras naciones europeas, se rija bajo una forma de gobierno autocrática.

Es curioso señalar que el reinado de Guillermo II, a pesar de lo anteriormente expuesto, aparece como un verdadero estado de derecho, en el que se respetan las leyes, existe la libertad de prensa, aunque manipulada, y la justicia y la burocracia son incorruptibles; el poder de la segunda y su eficacia son, por otro lado, muy grandes; la burocracia alemana va a ser el modelo en el que se basen los investigadores sociales de estos años para el estu-



dio de la emergencia de las grandes organizaciones en las sociedades contemporáneas. A pesar de que el emperador se incline hacia una política de signo claramente liberal, sus intervenciones se ven constantemente amenazadas por la tortuosa política de Bismark y Bulow, en las últimas décadas del siglo XIX; el freno a esta amenaza reside en la gran fuerza que posee el monarca por la privilegiada situación de la que goza el ejército en la sociedad alemana, y su apoyo a la figura del emperador.

La rápida industrialización que, como veíamos anteriormente, se extiende por todo el territorio alemán a partir de 1870, va a transformar a la sociedad alemana en claramente industrial, a la par que se produce un proceso acelerado de urbanización. El movimiento industrial también tiene su incidencia en la clase media, aparece una nueva clase industrial y se van a extender enormemente las universidades, siendo la ideología nacionalista la que prenderá fácilmente en estas capas sociales; poco a poco la idea de la superioridad de la raza germana va cuajando en la clase gobernante. La industrialización lleva a que otras amplias capas sociales se proletarian, prendiendo rápidamente el socialismo entre ellas.

Cuando se produce en 1890 la caída de Bismark las nuevas elecciones dan la mayoría de los votos a la potente organización socialista, SPD, pero el particular ordenamiento electoral sólo les confiere 35 escaños. A partir de este momento hay dos organizaciones políticas que van a mantenerse a la cabeza de la representación en el Reichstag: el partido del centro y el SPD. Desde 1890 hasta 1912 el partido del centro obtendrá cien escaños sobre un total de 391, mientras que a su lado los socialistas se convier-

ten en 1912 en el primer partido al contar con 110 escaños.

A pesar de este aparente funcionamiento del sistema político los conflictos van a extenderse y la clase gobernante pierde paulatinamente popularidad desde 1900 al 1912. La necesidad de democratizar el aparato estatal se alza como una necesidad prioritaria para las fuerzas de oposición y al tiempo la política gubernamental actúa en una total ignorancia de las minorías, sobre todo de la de los polacos de Prusia occidental y Silesia. De este modo se llegará a la guerra de 1914 en una situación política y social deteriorada, que sólo se rehará gracias al nacionalismo que empuja a la unificación social para la participación en la contienda.

Al final de la primera guerra mundial las fuerzas de izquierda están convencidas de que la revolución está cercana, pero a pesar de que la sociedad alemana está tremendamente agitada no se producirán transformaciones esenciales. Los graves problemas de este periodo van a ser los derivados de las pesadas cargas económicas y de la política que impuso el Tratado de Versalles, del cual hablamos anteriormente. Estas dan lugar a la crisis que asola Alemania durante los años 1922 a 1924.

En 1919 se promulga la Constitución de Weimar que extiende el sufragio a todos los ciudadanos alemanes de más de 20 años, apreciando la representación proporcional como medio de elección de los miembros del Reichstag; este, por su parte, ve ampliarse enormemente sus poderes, y como ejemplo de ello podemos decir que es esta Cámara la que tiene la potestad de formar y disolver el gobierno. La Constitución, por último, instaaura una república en la cual la elección presidencial recae directamente sobre el pueblo.

Las cargas del Tratado de Versalles y el descontento a que este da lugar harán que se extienda cada vez más un fuerte sentimiento antisemita y antieslavo, minorías a las cuales amplios grupos sociales van a hacer culpables de la deteriorada situación a la que se ven sometidos tras la contienda. Sin embargo se produce una débil recuperación bajo el gobierno estabilizador de G. Stressemann. Las limitaciones del Tratado de Versalles hacen que el desarrollo industrial se concentre, en primer lugar en las industrias ligeras y sobre todo en el sector de la construcción. En 1925 Hindenburg es elegido presidente de la república y va a mantenerse la tónica de recuperación hasta la gran crisis mundial de 1929 y la muerte de Stresseman en esta misma fecha.

La república de Weimar, como vemos, nació sobre bases desfavorables y estuvo marcada esencialmente por el problema de las reparticiones de guerra. Ya en 1929 Hitler intenta tomar el poder pero es encarcelado; la crisis del 29 ayuda, sin embargo, al ascenso del nazismo, que ve incrementar grandemente el número de votantes que lo apoyan. A partir de esta fecha el futuro de la democracia alemana está comprometido y la situación se deteriora grandemente hasta que el 30 de Enero de 1933 Hindenburg nombra canciller a Hitler. Desde entonces se asiste a una evolución progresiva, más rápida que en Italia, hacia la dictadura.

I.7.2. Italia:

El nuevo siglo se abre para Italia con el peso de una desastrosa derrota en Abisinia en 1896, y en plena crisis económica y social de fines de siglo. En 1900 el rey Humberto es asesinado por un anarquista y sube al trono su heredero Victor Manuel III, que al año siguiente nombra como primer ministro a un hombre de clara inspiración liberal: Zanardelli, siendo ministro del interior otra importante figura, la de Giolitti. La llegada de los liberales al gobierno dará lugar a que se engrandezca la importancia del Parlamento en la vida política italiana. Este mismo periodo, ya desde fines del siglo pasado, indica el momento de la gran industrialización de la Italia septentrional; dicho proceso, junto con la política liberal dan lugar a un proceso de modernización del sistema gubernamental que se traduce en una ampliación del cuerpo electoral, aunque aún restringido a las clases más favorecidas.

En 1903 Giolitti accede al puesto de primer ministro llevando a cabo reformas sociales moderadas y ampliando la base del derecho al voto. Durante todo este periodo uno de los grandes problemas que se le plantea casi constantemente al estado italiano es el de como mantener su relación con la Iglesia católica; en principio esta se opondrá al nuevo reino, y su actitud se hará más adversa cuando se empieza a notar la influencia liberal en esta, prohibiendo a los católicos la participación electoral. Serán estos años de negociaciones y compromisos con el Vaticano. La "era Giolitti" que precede al desencadenamiento de la primera guerra mundial está definida por una actuación política de compromiso y por el deseo de construir un estado moderno libre de la corrup-

ción y el caciquismo que caracterizaba a la Italia decimonónica, y de principios del nuevo siglo. Es también un momento de cierta prosperidad y de avance industrial, pero todo ello restringido a las zonas más al Norte de la Península. Se agudiza, de este modo, la pobreza de las regiones meridionales y la diferencia entre las diversas zonas del país se hace cada vez más palpable, llegando a su extremo tras el terremoto de Messina en 1908. Encontramos, pues, ya en estos años el inicio del problema regional que tantos quebraderos de cabeza habrá de crear a los gobernantes italianos; el subdesarrollo del Sur del país dará lugar a que esta sea una zona de constantes conflictos, creando una fuente perpetua de inestabilidad social. Italia se divide en dos: una Italia que se va a industrializar a grandes pasos y que dará lugar a la aparición de una sociedad avanzada y modernizada, y por otro lado una Italia agrícola, subdesarrollada, ligada a la tradición, que ve aumentar su odio hacia las zonas más avanzadas y crea constantes conflictos para tratar de conseguir una mejora de su situación social.

Frente a la política de reformas moderadas de Giolitti se alza la gran oposición de las fuerzas de izquierda, lo que da lugar a una gran inestabilidad política y social. Cuando comienza la contienda Italia se mantiene inicialmente neutral, a pesar de que la mayor parte de la opinión pública estaba a favor de las fuerzas de la Entente; pero al fin, en 1915, declara definitivamente la guerra a Austria.

Tras el fin de la Primera Guerra Mundial se celebran elecciones generales en Noviembre de 1919, los partidos que salen mejor parados de esta contienda son tanto el partido socialista como el partido católico (el partido popolare), y de nuevo Giolitti

es nombrado primer ministro en 1920. Todo parece volver a la situación de preguerra cuando en 1921 se va a producir una serie de acontecimientos que llevarán a una situación de gran debilitamiento social, el número de huelgas aumenta constantemente y da lugar a una gran radicalización del nacionalismo, al tiempo que se produce una escisión en el partido socialista que dará lugar a la formación del partido comunista italiano. Ya en Marzo de 1919 Mussolini forma el movimiento fascista que se aliará rápidamente con las fuerzas nacionalistas más radicales. La situación se deteriora muy deprisa y los diferentes sectores ideológicos van a llegar a situaciones de enfrentamiento irreconciliables.

La conflictividad social va en aumento y la situación se hace inaguantable, el monarca piensa que la situación puede mejorar nombrando a Mussolini primer ministro en Octubre de 1922. Durante un par de años el nuevo primer ministro parece aceptar la legalidad vigente pero en Enero de 1925 el partido fascista se convierte en partido único poniendo fin a todas las libertades democráticas. Comienza la era del fascismo con un aumento grande de la centralización, la instauración del proteccionismo etc.; pero a pesar de estos cambios Mussolini mantiene la monarquía y el Senado, disolviendo sólo al Parlamento, y sigue permaneciendo vigente el Estatuto albertino de 1848.

Las causas desencadenantes del triunfo del fascismo en Italia son comunes a las que permitieron el auge del nacionalsocialismo en Alemania, y pueden resumirse, simplificando mucho, en unos breves puntos: a) un régimen democrático inestable, ineficaz y falto de autoridad, b) unos partidos de izquierda muy fuertes (el comunista sobre todo), c) la gran importancia de los grupos ultranacionalistas,

d)una grave crisis económica,y finalmente e)la cristalización en un líder de sentimientos sociales y nacionalistas.De este modo el fascismo nació por la necesidad de autoridad y ultranacionalismo entre los excombatientes y determinados sectores de la clase media.Dados estos factores el triunfo del fascismo en Italia era sólo cuestión de tiempo.

NOTAS.CAP.I.INTRODUCCION HISTORICA.

- (1) REINHARD, M. y ARMENGAUD, A.: "Historia de la población mundial"
Ed. Ariel, Barcelona 1966.
CIPOLLA, C.: "Historia económica de la población mundial",
Eudeba, Buenos Aires 1973.
WEBER, A. F.: "The Growth of Cities in the Nineteenth Century" New York 1899.
- (2) REINHARD, M. y ARMENGAUD, A.: op.cit.
CIPOLLA, C.: op.cit.
NACIONES UNIDAS: "The Determinants and Consequences of Population Trends", New York 1973.
- (3) Dos libros de consulta sobre este tema pueden ser muy bien:
VICENS VIVES, J.: "Historia General Moderna", (2 vol.), Ed. Montaner y Simón S.A., Barcelona 10 ed., 1976.
HEARDER, .: "Europa en el siglo XIX", Ed. Aguilar, Madrid 1973.
- (4) HEARDER, .: "Europa en el siglo XIX", op.cit.
- (5) ENGELS, F.: "La situación de la clase obrera en Inglaterra",
Ed. Akal, Madrid 1979.
- (6) MARX, K.: "El Capital", en "Obras", Grupo Ed. Grijalbo, Barcelona 1976.
- (7) MONTESQUIEU: "Oeuvres Complètes", Du Seuil, Paris 1964.
- (8) TOCQUEVILLE: "La Democracia en América", Ed. Guadarrama, Madrid 1969.
- (9) VARIOS: "Historia del Mundo Moderno" Tomo XII, Cap. VII: "La Primera Guerra Mundial", Cambridge Univ. Press, Trad. Española Ed. Ramón Sopena, Barcelona 1975.

CAP.II.LA SITUACION DEL PENSAMIENTO SOCIOLOGICO.

II.1.EL AMBIENTE DE PENSAMIENTO EN 1890-1900.

II.2.LA CRITICA AL MARXISMO.DIFERENTES PERSPECTIVAS.

II.3.RECUPERACION DEL INCONSCIENTE.

II.4.GEORGES SOREL.

II.5.MAX WEBER.

II.5.1.Fundamentos metodológicos de la Sociología.

II.6.LA INFLUENCIA DE NIETZSCHE.

II.7.EL POSITIVISMO.

II.7.1.El Positivismo de Augusto Comte.

II.7.2.Otras corrientes de positivismo en el siglo XIX.

II.8.EL LIBERALISMO.ORIGEN,DESARROLLO Y CRISIS.

II.9.LA RUPTURA:LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL.

Notas.

CAP.II:LA SITUACION DEL PENSAMIENTO SOCIOLOGICO.

II.1.EL AMBIENTE DEL PENSAMIENTO EN 1890-1900:

Cuando se trata de estudiar el pensamiento de un autor, o de un grupo de autores, como lo pretendemos nosotros, se plantean ciertos problemas previos al propio tratamiento del objeto de estudio; en primer lugar es necesario encuadrar las ideas, el tema de la investigación, dentro de su marco histórico, es indudable que no se logra la plena comprensión de un fenómeno si no se tiene constantemente en cuenta el escenario en el que aparece, se desarrolla y muere este; esto es precisamente lo que hemos pretendido llevar a cabo en la primera parte de nuestra exposición. Si en embargo con una introducción histórica que exponga en líneas generales los conflictos, crisis y acontecimientos en los que se desenvuelven las vidas de nuestros personajes, y que, sin duda, tienen una notable influencia en sus escritos no basta; tenemos que hacer un esfuerzo para ligar los datos históricos y las teorías que pretendemos analizar con el "ambiente" intelectual de su época. En cierto modo nuestro objetivo será el de adentrarnos un poco en el campo de la historia de las mentalidades, es decir ver los problemas comunes que se plantean a fines del siglo XIX en las obras de los teóricos, no sólo de la sociología o de la ciencia política, sino de los más amplios campos del discurrir intelectual. Cuando se habla de la teoría de la élite es evidente que nos referimos a las ideas de una serie de autores que forman un conjunto distintivo y diferente que puede ser considerado como formando, si no una "escuela", si

una corriente de pensamiento definida por una serie de características que la distinguen de otras contemporáneas; sin embargo el hecho de que se pueda tomar como tema de investigación este conjunto bien definido no significa, ni mucho menos, que aparezca como fenómeno aislado e independiente, sin ninguna relación con los demás movimientos de pensamiento que caracterizan a la Europa de fines del siglo XIX. Cuando, por fin, entremos en el corazón de nuestro trabajo veremos como tenemos que hacer una referencia constante a las influencias de otras corrientes de pensamiento diferentes en los teóricos de las élites, los conceptos que toman de autores anteriores, como los transforman, los rechazan etc.. Pero no es esto lo que nos interesa en este momento, aunque en el periodo que consideramos existen escuelas o ideas que nada tienen que ver con las de Pareto, Mosca o Michels, es importante tenerlas constantemente presentes, ya que es necesario insertar en el argumento elitista todo el momento histórico y el ambiente intelectual de su época. Por todo esto hemos necesitado otro capítulo introductorio, que, junto con el primero dibuje, aunque con un estilo más impresionista que detallista, el marco general en el cual insertar el análisis que posteriormente desarrollaremos.

Los tres personajes que constituyen nuestro tema de estudio pertenecen a un mismo momento histórico, a pesar de que no son exactamente de la misma edad; hemos de recordar que Pareto nace en 1848 pero no se dedica plenamente al estudio sociológico hasta fines de siglo, por ello podemos considerarlos a los tres como pertenecientes a la llamada generación de 1890-1900, es decir la generación que empieza a producir sus obras en esta fecha, y que cuenta entre sus miembros a algunas de las figuras más destacadas de la sociología y de la ciencia política, como veremos más

adelante. H. Stuart Hughes, en su magnífica obra "Conciencia y Sociedad" (1), una de las pocas que trata de llevar a cabo una síntesis en la cual se presente el panorama intelectual de la sociología europea de finales de siglo, sin caer, como desgraciadamente ocurre en la mayoría de las obras, en un estudio detallista pero no relacionado de diferentes autores. Pues bien, Hughes plantea la idea de la existencia de una generación de teóricos sociales, a la que llama la generación de 1890-1900, que van a constituir el puente entre la teoría sociológica clásica de los llamados "padres de la sociología", y una nueva especulación política y social interesada en temas radicalmente nuevos que surge tras la Primera Guerra mundial. Dentro de esta generación entrarían nuestros tres pensadores. La característica esencial que une a las diferentes perspectivas de estudio social que entran dentro de este grupo son la universalidad y el alto grado de especulación de las preguntas a las que tratan sucesivamente de responder estos hombres. Todavía no ha llegado el momento en el que se aplican las teorías sociológicas a problemas empíricos muy particulares, como ocurrirá con los estudios de nuestro siglo, y parece haberse superado el estadio en el que se intentaban formular las bases de una nueva ciencia, ligada ante todo con la filosofía. En este momento va a ser cuando se plantee con toda su crudeza y complejidad el tema del status de las Ciencias Sociales dentro del resto de las disciplinas científicas, y al mismo tiempo la tarea que se alza como primordial va a ser la construcción de un aparato conceptual y teórico adecuado a la realidad de las ciencias sociales. Estos hechos son los que conferirán a los discursos de los miembros de esta generación un alto grado de abstracción y especulación, pero al mismo tiempo e esto mismo lo que les conferirá la importancia y el interés, todavía vivo, del estudio de sus planteamientos.

El punto en común a todos los autores de esta generación van a ser los ataques y críticas a la Ilustración, como momento cumbre del culto al positivismo. La fe en la razón y por lo tanto en el progreso a la humanidad que había caracterizado a todo el siglo anterior va a quebrarse a fines del siglo XIX cuando, en consecuencia, va a aparecer un decidido interés por las demás facultades humanas que pueden ser tan importantes o más como la misma razón; de aquí la sobrevaloración del inconsciente, que veremos aparecer en repetidas ocasiones. El rechazo del racionalismo dieciochesco da lugar al surgimiento de nuevos elementos de estudio, antes descuidados, pero al mismo tiempo complica enormemente el campo de estudio social. El rechazo de la supremacía de la razón implicará, pues, el nuevo resurgir de las inseguridades del hombre, al mismo tiempo que incrementa, y por lo tanto complica extraordinariamente el número de factores que ha de tener en cuenta el investigador en su estudio. Entramos pues sino en una era de total pesimismo si en un momento de escepticismo. La sobrevaloración de la intuición lleva a la insuficiencia de las explicaciones naturalistas de la conducta humana, condenando como superficiales los postulados del naturalismo científico y ético.

Es evidente, sin embargo, que continúan surgiendo nuevas versiones del racionalismo del siglo XVIII, y nuevas escuelas del positivismo durante estos años; pero lo que aquí nos interesa, al menos en este primer apartado, es apuntar las rupturas, los intereses, las preocupaciones que se originan en este momento, y que van a unirse al caudal anterior para posibilitar la construcción de los nuevos supuestos básicos de las ciencias sociales de nuestro siglo. Desde este punto de vista es indudable que la generación de 1890-1900 supone un rompimiento con el pasado y un nuevo

avance, un periodo de transición que dura hasta la nueva reconstrucción que tendrá lugar tras la Primera Guerra mundial por una nueva generación más joven que la que ahora nos interesa. Los nuevos supuestos de la sociología actual en cierto modo nacen de esta revisión crítica de los postulados básicos del siglo XVIII y del XIX. De nuevo hemos de advertir al lector de la tendencia que nos suele arrastrar a considerar a una generación o a un movimiento, como el que ahora nos interesa, como a un bloque cerrado y homogéneo que responde unánimemente en una misma dirección ante los problemas planteados, y en el que no podemos encontrar prácticamente ninguna figura importante; muy al contrario, y a pesar de la inclinación que muestra en ciertas ocasiones Hughes, a cuya obra ya nos hemos referido, el elemento que une básicamente a los autores que podemos incluir dentro de esta generación es la problemática a la que han de responder, y en cierto modo el estilo con que se aborda esta, un estilo omnicomprensivo que trata de dar respuesta al reto presentado por una teoría total de la sociedad, despreciando en cierto modo las investigaciones ceñidas a aspectos muy reducidos y acotados de lo político y la social. La respuesta es, pues, total y globalizadora. Por el contrario veremos como ante la pregunta común el número de respuestas es variado y en ciertas ocasiones en una mutua oposición, una de estas va a ser la Teoría de las élites.

Se han utilizado numerosos adjetivos calificativos para tratar de definir a esta generación, entre las cuales podemos citar la de neorromanticismo, irracionalismo y antiintelectualismo. Mientras que las dos primeras son claramente erróneas, la tercera define bien la reacción contra la ideología y el pensamiento de siglos anteriores, pero al mismo tiempo es evidente que construccio-

nes teóricas como las que nos presenta Weber o el mismo Croce no pueden ser consideradas como "no intelectuales". Es mejor, pues, dada la complejidad del tema, dejar a un lado la pretensión de imponer una única definición de la generación y pasar a ver cuales son sus características principales.

Se ha hablado de que el movimiento de fines de siglo no es sino una revuelta contra el positivismo, tal y como se venía desarrollando este desde la Revolución francesa, y sin embargo, una vez más, hemos de tener cuidado en no caer en afirmaciones demasiado rotundas que llegan a ser inexactas. Es cierto que tanto Weber como Pareto o Croce llevan a cabo una crítica al positivismo radical, pero no es menos cierto que muchos de los autores que se suelen incluir dentro de este grupo provienen de una tradición claramente positivista, y siguen siendolo a lo largo de su obra, aunque con matices muy particulares; entre ellos podemos citar a Durkheim y a Mosca. Lo que si se puede decir es que esta es una época de revisión generalizada del positivismo que comienza a aparecer como método demasiado restrictivo para el conocimiento de los fenómenos sociales, ya que deja de lado elementos que empiezan a adquirir su verdadera importancia. El espíritu de revisión, de ampliación de la perspectiva de estudio es común a todos los autores, lo que ya no lo es es la medida en que cada uno de ellos se libra de la influencia del positivismo o permanece totalmente dentro de ella; en este tema las variaciones son muy numerosas, del mismo modo que se encuentran varios tipos de positivismo. Hay, sin embargo, un hecho que va a dar lugar a que el positivismo haya de transformarse radicalmente abandonando su optimismo y en cierto modo su "ingenuidad" propia del siglo de las luces: el darwinismo social. El impacto de la obra más importante de Darwin, "El origen

de las Especies" (2), fué enorme durante estos años, y no sólo en el campo de la biología sino también en el de las ciencias sociales. El darwinismo social tuvo como principal efecto el de empujar a la pérdida de los rasgos racionales del positivismo, impulsando también un resurgir del fatalismo científico al considerarse que únicamente el medio ambiente y la herencia son los determinantes principales de la actividad humana; fatalismo científico que en su aspecto más extremado llevará a un irracionalismo desenfrenado. La generación de 1890-1900 reacciona en contra de estas consecuencias del darwinismo al tiempo que recoge numerosas ideas suyas, en cierto modo se puede afirmar que la revalorización de los aspectos instintivos y sentimentales de la acción humana, que caracterizan al movimiento de este periodo, es una consecuencia clara de este impacto. Pero a la vez que se recibe este, comienza una lucha por conservar un puesto importante a la razón como guía de la actividad de los individuos, en cierto modo, por lo tanto, parece partirse de una crítica al racionalismo del siglo de las luces para volver más adelante a restituir a la razón humana a un puesto, al menos no inferior al que se le concede al sentimiento, la pasión o el instinto. Van a ser los modos de conciliar este dilema los que diferenciarán los escritos de los distintos autores.

El periodo considerando, y lo vamos apreciando, es un decenio intelectualmente axfisiante en el que se entremezclan y se superponen influencias, doctrinas y conflictos; fundamentalmente se trata de unos años de crítica y de puesta en duda de todos los supuestos anteriores, y principalmente de aquellos en los que se basaba la clase media elevada. Esta agitación intelectual no extraña, sin embargo, si consideramos que nos hallamos en un momento de de-

sorden social, de crisis económica y de mal funcionamiento de las instituciones, fenómenos que hemos querido exponer en el capítulo anterior. A esta crisis de "las doctrinas establecidas", va a unirse el enorme desarrollo de las doctrinas marxistas enormemente impulsadas por el gran auge de las organizaciones socialistas que tiene lugar durante estos años. Aquí aparece, pues, el segundo gran tema de estudio, asimilación y rechazo por parte de este grupo de autores. La obra de Marx y Engels será objeto de estudio muy interesado por parte de todos los intelectuales de fines de siglo, se puede decir que es este el momento en que el marxismo comienza a causar un verdadero impacto en el pensamiento político y social de la Europa occidental; no hay duda de que el socialismo ya está muy extendido en estas fechas, cuando ya han aparecido y juegan un papel importante los sindicatos y partidos socialistas en numerosos países europeos, pero es ahora cuando la dimensión revolucionaria de el pensamiento de Marx va a ser captada por numerosos intelectuales. Lo cierto es que ninguna obra importante en el campo de lo político o lo social deja de hacer referencia al pensamiento de Marx, bien sea para rechazarlo o aceptarlo. Pero lo que aquí nos interesa no es tanto el discurso de aquellos autores que aceptan plenamente el legado marxista, como la asimilación que se lleva a cabo de parte de sus teorías, y que va a aparecer en el siglo XX como formando parte de la más pura tradición sociológica europea; esta es más bien la actitud de Pareto, Mosca y Michels así como la de Weber, Sorel y otros muchos. Se trata de una labor de trilla en la que cada pensador extrae y selecciona las ideas o conceptos que le son más útiles; hemos de tener en cuenta, sin embargo, que en estos años no se conocen todavía los escritos de juventud de Marx en los que la influencia hegeliana es mucho más notable (3), por lo que muchas de las críticas que se lanzan están

fundadas en una visión vulgarizadora del materialismo histórico que hace mucho hincapié sobre el tema del determinismo económico. El tratamiento de esta corriente de pensamiento va a ser diferente en cada autor, pero es interesante señalar que hay una tendencia común en estudiar las posibles relaciones entre marxismo y positivismo; del mismo modo podemos reconocer que, en parte, el puesto que pasa a ocupar la historia dentro de las ciencias sociales, en las formulaciones teóricas de los miembros de la generación del último decenio del siglo XIX, tiene mucho que ver con el papel primordial del factor histórico en la obra de Marx.

El movimiento del que venimos hablando, cuyo estudio de sus características esenciales nos va a servir a modo de introducción para pasar más tarde al análisis de puntos concretos, muestra diferencias nacionales que se unen a aquellas que separan a los autores, complicando más aún el panorama; vamos a ver brevemente cual es la situación concreta en tres estados que son la avanzada cultural del continente europeo, considerando, como ocurre en muchos temas, que Gran Bretaña es un caso aparte. En Alemania la vida intelectual está muy confinada entre los altos muros de las Universidades, y en particular en su profesorado el cual, merced a una rigurosísima selección, llega a convertirse en una verdadera casta intelectual cerrada a la que tienen un difícil acceso las personas ajenas al mundo universitario. Este hecho ha dado lugar a que se hable del "poder intelectual" de los profesores de la enseñanza superior en la Alemania de fines de siglo. De todos modos, y a pesar de que este hecho confiere una gran uniformidad al panorama de esta nación recientemente unificada, existen determinadas diferencias según las regiones; en el Oeste, en la zona del Alto Rin, la vida intelectual está mucho más desarrollada que en las zonas

del Norte. A pesar de este relativo anquilosamiento del mundo intelectual no hay que olvidar que, sin adoptar posturas extremistas, se produce una paulatina oposición al régimen imperial de la Alemania guillermiana del momento. Así pues asistimos al desarrollo de dos procesos paralelos en la evolución intelectual alemana de 1890 a vísperas de la Primera Guerra Mundial: por un lado existe una clara renovación cultural que, con su centro en las universidades, y a pesar del fuerte nacionalismo germánico que lo impregna, parece iniciar el camino de una apertura hacia Europa; y por otro lado, quizá como consecuencia de este mismo proceso, va dándose un comienzo de secesión de los intelectuales en relación al mundo oficial, pero sin que, como hemos apuntado, se produzca nunca una ruptura y una oposición clara y violenta. El dilema del intelectual alemán será, pues, el de la tensión creada por la simultánea complementareidad y contradicción de las tendencias descritas.

En Francia, sin embargo, y pese a la gran centralización de las actividades culturales que hace que París se convierta en el centro absoluto de los intelectuales, se produce una relativa actitud favorable de estos en relación a su gobierno. En este caso no se puede considerar que exista una clara oposición intelectual, aunque si encontramos casos individuales que mantienen esta actitud. El hecho de la concentración de la vida cultural en la capital francesa tiene la desventaja de que, salvo en raras excepciones, el resto de la nación posee una escasa actividad en este terreno, pero por otro lado esto da lugar a que se de una enorme vitalidad intelectual en París que no es superada por la de ninguna otra ciudad europea. Dentro de este ambiente existe una institución que se convierte en el eje de toda esta vida: L'Ecole Normale Supérieure donde se forman la mayoría de los pensadores del momento

que se dedican al campo de las ciencias sociales o de las humanidades; el hecho de poseer una formación común también influye para que encontremos una serie de rasgos comunes en la generación de este momento, entre los que podemos destacar el republicanismo. El caso Dreyfus sirvió asimismo como aglutinador de los diferentes grupos de intelectuales, constituyendo un movimiento claramente progresista que mostró la gran asimilación de los judíos que existía en la Francia culta de fines del siglo pasado, momento en el que la influencia de Nietzsche estaba en auge, y en el que algunas figuras más importantes como la del propio Durkheim provenían de familias judías.

En Italia el ambiente cultural era mucho más provinciano que el de París, no hay que olvidar que la capital francesa unía a su brillantez autóctona el ser punto de reunión de numerosos nacionalistas europeos exilados de sus países a causa de las represiones de los movimientos nacionalistas. También, a diferencia de París, Roma no puede ser considerada como un amplio centro intelectual. Tras el movimiento del Risorgimento, y una vez conseguida la unificación e independencia italianas, parece que el impetu va apagándose poco a poco y no se encuentran ya rastros de un verdadero movimiento intelectual de importancia. Esto no quiere decir que no existan figuras italianas que jueguen un papel señalado en la renovación intelectual de 1890-1900, muy al contrario la aportación italiana es fundamental para este proceso. Sin embargo la falta de apoyo a los pensadores participantes en este proceso, como lo demuestra por ejemplo el exilio de Pareto, impide que la influencia de estos se extienda por toda la nación. Italia poseía unos grupos universitarios bastante cerrados en los cuales era muy difícil la entrada de ideas renovadoras, a la vez que la

aristocracia que seguía monopolizando ciertos aspectos de la vida cultural también era reacia a abrir sus círculos. A pesar de todo esto, y como ya hemos apuntado, van a aparecer grandes figuras aisladas, a la vez que B. Croce dedica gran parte de su vida a realizar una labor de renacimiento filosófico y literario.

Como venimos viendo en la Europa del último decenio del siglo XIX, y principalmente en las tres naciones en las que nos hemos detenido un poco más existe un movimiento de renovación intelectual, que sienta las bases para la entrada en el nuevo siglo. A pesar de las múltiples formas de aparición de este movimiento y de las peculiaridades del discurso de cada autor podemos señalar ciertas ideas que vuelven a tomarse en consideración, y la transformación de otras. Hemos hablado de algunas de ellas, pero para aclarar un poco el panorama vamos a señalar cuales son estos puntos fundamentales.

En primer lugar surge en este momento un nuevo interés por el problema de la conciencia y el papel de inconsciente. Frente al racionalismo predominante durante la época de la Restauración y en gran parte del siglo XIX vuelve a aparecer ahora el tema de la importancia de la parcela "no racional" en el hombre, y su influencia en la conducta de este. Este renovado interés no implica, sin embargo, un triunfo absoluto de las corrientes irracionistas; aunque la figura y la obra de Nietzsche dejan una huella importante durante estos años, los autores pertenecientes a la generación del último decenio del siglo no dejan nunca de asignarle un papel muy importante a la razón en la conducta humana. El interés por el tema del inconsciente se refleja tanto en la obra de los filósofos tales como H. Bergson (4), como en la de los psi-

quiátras como Freud o Jung, y en definitiva en el surgimiento de la teoría psicoanalítica.

En segundo lugar un tema que hará correr ríos de tinta tanto entre los teóricos de las ciencias sociales como en los científicos físicos y entre los literatos es el de la cuestión de la significación del tiempo y la duración. Croce Y Bergson dedicarán parte de su obra al análisis del tiempo subjetivo y objetivo, y Croce, por su parte, se interesa principalmente en el tema del lugar del tiempo en la historia. Para los científicos de la naturaleza el problema que se plantea es el de definir un nuevo universo no newtoniano, para lo cual la noción de duración ha de ser transformada radicalmente; no debemos olvidar que durante estos años va a comenzar una verdadera revolución en las ciencias naturales que tendrá una gran repercusión sobre las ciencias sociales. Por último hemos de recordar el especial tratamiento del concepto de tiempo por novelistas de tanta talla como Alain Fournier, Proust y Tomas Mann (5). Durante estos años de resurgir del tema del inconsciente no es de extrañar que asistamos a una transformación de la noción de duración, planteandose la faceta subjetiva de la misma.

Intimamente ligado con el tema anterior aparece otra preocupación: el problema de la naturaleza del conocimiento en las "ciencias del espíritu" o "ciencias humanas". Frente a las tendencias de momentos anteriores que aplicaban el modelo de conocimiento de la ciencia, tomando como modelo el del paradigma de la ciencia newtoniana, y realizando de este modo una maniobra de "positivación" del conocimiento de los asuntos humanos, en el periodo del que nos ocupamos comienza a verse la estrechez del punto de mira

positivista.. Aparece, pues, el dilema de la posible existencia de un método particular de conocimiento en aquellas disciplinas no incluidas dentro del círculo tradicional de las ciencias físicas o de la naturaleza. Vuelve a repetirse, en este terreno, la pugna que en realidad define toda la existencia de nuestra generación, entre una actitud positivista y un retorno al idealismo decimonónico, a la postura que tomó, por ejemplo, Dilthey en relación con las ciencias del espíritu (6). Son este tipo de problemas de tan amplia envergadura los que dan lugar a la aparición de enormes teorías omnicomprensivas y totalizadoras, que precisamente tendrán en su base la cuestión que ahora planteamos. Así podemos señalar, entre otras, la respuesta que Croce plantea, la de un subjetivismo radical del conocimiento histórico, o la de Weber con la creación de un modelo de comprensión crítica, el del "tipo ideal".

Por último, y este es el tema que más nos interesa, asistimos a un renovado interés por el fenómeno político a la vez que a un cambio en la perspectiva de estudio del mismo. El redescubrimiento del inconsciente junto con la necesidad de marcar los límites del conocer en las disciplinas humanas dan lugar a una doble transformación en el estudio de lo político, por un lado existe un esfuerzo consciente por delimitar la ciencia política tanto en su objeto de estudio como en su método. El recurso al método histórico es muy característico de esta época. A la vez se traslada el análisis de la mente humana al plano político, al igual que en el hombre encontramos dos niveles: lo consciente y lo inconsciente; se supone que la acción política también posee un doble nivel, por un lado las ficciones que hacen aceptables determinados hechos ante los individuos, y por otro lado los verdaderos hechos políticos que quedan parcialmente ocultos por estas ficciones. La tarea

espues, doble, por una parte hay que construir una verdadera de la ciencia basada en los hechos políticos previamente depurados, y por otra parte se van a desarrollar toda una serie de análisis sobre la importancia y la función social de estas ficciones. Entre estos últimos podemos señalar como los más importantes el estudio de los mitos de Sorel, el de las derivaciones de Pareto, y el de la fórmula política de Mosca.

La acción social, y en su versión política la acción política, van a ser el objeto de estudio central de estas nuevas corrientes de la ciencia política o de la sociología, abandonando por el momento el enfoque puramente jurídico institucional o el historicista. Esta nueva perspectiva de estudio centrará su atención en un concepto esencial para el posterior desarrollo de la disciplina y que constituye el objeto de estudio de este trabajo, el tema de las élites políticas. No vamos a entrar ahora a fondo en él, pero sólo queremos apuntar la íntima relación entre la idea de élite y la noción de la manipulación del sentimiento semiconsciente que, como vimos, aparece en este momento. De este modo nos es lícito afirmar que la teoría de las élites no surge como figura aislada sino que participa plenamente de la problemática planteada durante este decenio en los círculos intelectuales europeos. Es esta misma participación la que da lugar a que el pensamiento social que va desplazándolo de lo evidente y comprobable hacia la zona de la motivación no explicada; prueba de ello es, por ejemplo, el tratamiento casi superficial que Pareto da al tema de las acciones lógicas mientras que centra toda su atención en el aspecto de la no logicidad de las acciones. Por otro lado la insistencia en que el verdadero tema de estudio de la ciencia política es el de la acción política o social proporciona a las nuevas doctrinas

una alta dosis de subjetivismo de la que carecían las construcciones teóricas de épocas anteriores. El tema de la posibilidad del conocimiento de la conducta humana al introducir elementos no lógicos o no racionales plantea a estos autores la necesidad de un reto, de una liberación de las ataduras positivistas, aunque en numerosas ocasiones el lenguaje y la influencia de este sean muy grandes asistimos siempre a una distorsión de las antiguas formas de aparición de esta escuela de pensamiento. La ampliación del campo de estudio antes limitado por este mismo positivismo lleva a una enorme extensión del campo del entendimiento humano y de las posibilidades del pensamiento social.

Hemos tratado de dibujar, aunque en líneas muy generales, el ambiente intelectual europeo, la problemática en la que se ven envueltos nuestros autores, para tratar de que el posterior análisis de sus discursos no aparezca como un hecho aislado, sino que seamos capaces de comprender el por qué de este surgimiento y cuál es el sentido de las diferentes partes del mismo. Sin embargo nuestra tarea no ha acabado aquí, además de mostrar algunas de las características, de los nuevos temas que surgen durante estos años tenemos interés en detenernos muy brevemente en algunas de las figuras contemporáneas a la obra de los teóricos de la élite para, de este modo, sopesar su posible influencia en nuestro estudio posterior. Esto es lo que tratamos de hacer en los apartados que presentamos a continuación.

II.2. LA CRITICA AL MARXISMO. DIFERENTES PERSPECTIVAS.

La teoría de las élites ha sido presentada en numerosas ocasiones como una respuesta al marxismo, como un intento de formular una teoría social totalmente opuesta a este; esto no es cierto más que en parte, pero no es este el momento de exponer cuales son, a nuestro juicio, los puntos de contacto y las divergencias entre dicha teoría y el marxismo dado que pensamos hacerlo más adelante; Lo que si nos interesa, sin embargo, es ver como se presenta la obra de Marx entre los intelectuales de fines de siglo, y repasar cuales son los puntos de contacto y las diferentes interpretaciones que de ella se hacen; de esta forma podremos comprender mejor, más adelante, la postura de Pareto, Mosca y Michels ante el tema.

En la última década del siglo XIX la influencia del marxismo ya se ha extendido a toda Europa, pero la muerte de Marx todavía está muy cercana y la herencia intelectual del marxismo es muy desordenada y ambigua; de aquí las enormes controversias sobre sus escritos y las frecuentes deformaciones de algunos de sus postulados. En primer lugar, cuando consideramos la influencia del pensamiento de Marx hemos de tener en cuenta algunos detalles "técnicos", la obra de su juventud, imprescindible para comprender la evolución del autor y la influencia de una figura tan importante como la de Hegel sobre su pensamiento, no se publicará hasta mucho más adelante, por lo que la visión que de Marx tenían los autores de la generación de 1890-1900 queda ya recortada. Por otro lado no debemos olvidar el carácter de la labor de difusión de su pensamiento y quienes son los que la llevan a cabo. Tras la muer-

te del autor de "El Capital" comienza un proceso de "instrumentalización" del marxismo que inicia el propio Engels; durante los dos decenios posteriores a su deceso el marxismo se utiliza esencialmente como filosofía de la revolución proletaria, dejándose un poco en segundo plano los aspectos diríamos más teóricos del mismo; el propio Engels parece ofrecer una imagen más determinista y economicista del pensamiento de Marx que la que puede resultar de una lectura directa de sus obras. De este modo hay que tener en cuenta que algunos de los autores que a nosotros nos interesan trabajan sobre vulgarizaciones de este pensamiento más que sobre las propias fuentes; este parece ser, en ocasiones, el caso del propio Pareto, y ello da lugar, por ejemplo, a la crítica al determinismo economicista marxista que algunas veces nos parece desproporcionada y desviada. En definitiva el impacto de la figura de Marx se encuentra demasiado cercano para que pueda exigirse un juicio desapasionado y certero de su obra.

Sin embargo en este momento es cuando va a ir saliendo a la luz toda la importancia de la aportación teórica de Marx, y va a ser el reconocimiento de esta importancia el que va a llevar al constante intento de síntesis de algunas de las ideas de Marx con la tradición del pensamiento social occidental. En cierto modo se dará una tendencia a despojar al marxismo de sus elementos más políticos y por lo tanto más polémicos, concretamente el de la relación entre marxismo y sociedad socialista. Para poder acoplar ideas de tal valor como de la lucha de clases a sus propias formulaciones, algunos autores comenzarán a plantear el postulado de que la teoría marxista no ha de tender necesariamente hacia el socialismo. De igual modo se va a tratar de utilizar la teoría de Marx sobre la historia mostrando que su análisis no conduce inelu-

diblemente hacia la afirmación de la necesaria llegada de un nuevo tipo de sociedad; así se dará una verdadera separación entre el marxismo como ciencia social y como predicado moral y revolucionario. Algunos pensadores, como por ejemplo hará Schumpeter años más tarde, llegan incluso a proclamar que aún si se prueba la inevitabilidad del advenimiento de la sociedad socialista, ello no implica su deseabilidad (7).

Lo que si es evidente es que en los medios intelectuales se estudia ansiosamente la obra de Marx, al tiempo que comienzan a aflorar las controversias entre los diferentes grupos de marxistas. Su figura servirá, de este modo, como apoyo de la renovación intelectual que tiene lugar en la última década del siglo pasado para autores como Durkheim, Pareto, Mosca y Croce; así en este movimiento se mezclan confusamente el positivismo y el antipositivismo y el marxismo y el antimarxismo.

El gran sociólogo francés Emile Durkheim se interesa profundamente por esta corriente de pensamiento, aunque es evidente que va a permanecer siempre dentro de la línea positivista; su relación con el socialismo es siempre ambigua y no poseemos más documentos acerca del tema que la publicación de una serie de conferencias que impartió sobre este asunto en los años 1895-1896. Durkheim va a considerar una parte muy particular del marxismo, que podríamos denominar la parte "moral". El socialismo se presenta como una utopía, un ideal volcado hacia el futuro en el que lo que importa son los elementos de "acción", el carácter científico queda reducido a un segundo plano y no llama nunca la atención de este pensador. Este mismo aspecto "ideológico" del marxismo, su utilidad social como fe compartida por un grn número de indi-

viduos, que les impulsa a actuar de un modo determinado para alcanzar un supuesto estado perfecto para la humanidad es el que atrae también a los teóricos de las élites. Al igual que Durkheim, Pareto va a llegar a la sociología a través del marxismo, del que había estudiado anteriormente los aspectos económicos. Los teóricos de la élites niegan, asimismo, casi toda la validez científica de la obra de Marx, y al igual que el sociólogo francés diferencian entre el valor lógico y la realidad social que refleja. Sin embargo estos pensadores reconocen la validez de determinados conceptos en la obra de Marx, como es, por ejemplo, la noción del conflicto de clases. Como veremos más adelante la idea de la lucha de clases, despojada de todos los sentimientos humanitarios y escatológicos del socialismo, va a ser uno de los pilares básicos que adoptarán nuestros autores para construir sus razonamientos. El interés de Pareto por la obra de Marx, por ejemplo, es muy grande, hasta el punto de que en muchas ocasiones se ha llegado a decir que Pareto ha dado la vuelta a Marx, convirtiéndose en el "anti-Marx".

También el marxismo va a tener una gran incidencia en la obra de un pensador de la talla de B. Croce; este llega a él conocimiento de esta filosofía a través de las enseñanzas de su maestro, G. Labriola, y va a dedicar cinco años de estudio intensivo al tema. Como buen historiador Croce se interesa principalmente por el materialismo histórico que termina rechazando al considerar que no alcanza el nivel de una verdadera teoría de la historia, dado que no tiene carácter de ciencia (en este punto coincide con los autores que hemos expuesto en líneas anteriores). Sin embargo Croce no deshecha totalmente esta ideología, a la que considera como un nuevo método de procedimiento que proporciona, en ocasiones, buenos resultados en el trabajo de un investigador; en defini-

tiva no es sino un canón de interpretación como otros muchos que encontramos en la historia del pensamiento. El antipositivismo de Croce le lleva a deshechar la parte puramente positiva del discurso de Marx, reduciendo el papel de las teorías marxistas a un serie de aforismos generales y de aplicaciones particulares más o menos útiles según las circunstancias.

Otro pensador del que trataremos más adelante, ya que tiene una influencia directa sobre los teóricos de las élites, que lleva a cabo una crítica y una adaptación del pensamiento marxista según sus propios intereses es G. Sorel. Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que Sorel realiza la crítica más profunda y renovadora del marxismo, entre todos los teóricos de su generación. Como en todos los terrenos su actitud hacia Marx está en constante evolución cayendo a veces en contradicciones aparentemente irresolubles, pero son estas mismas contradicciones y este mismo dinamismo lo que hace tremendamente atrayente al pensamiento de Sorel. Así pues, pasará por diferentes etapas en las cuales adoptará desde una postura revisionista hasta la defensa extrema de la violencia. Sorel llega a convertir la contradicción en un mismo pensamiento en su método universal de investigación, el equivocarse y contradecirse constituye el único medio para encontrar nuevos problemas y aclarar nuevas cuestiones, son las famosas "diremptions" de este autor. A partir de este postulado no le importa la pretendida científicidad o acientificidad del discurso marxista, considerándolo, como a todas las demás escuelas de pensamiento, como a una interpretación inevitablemente parcial de la realidad social. El marxismo es, así, una mera creencia abstracta que jamás presentará más de la mitad de la historia. Al igual que los autores que hemos presentado antes Sorel incide en la importancia de la face-

ta "no científica" del marxismo, la verdadera importancia de este reside en constituir, al igual que las demás religiones un cuerpo de significados imprecisos expresados en forma simbólica y con un alto valor social como impulsor de las acciones humanas. Sorel lleva a cabo, como hemos visto, una redefinición del marxismo en términos de simbolismo muy acorde con el panorama intelectual de su momento.

Así pues vamos viendo como en la época en la que aparecen las obras de Pareto, Mosca y Michels se está gestando y poniendo en marcha un proceso de reinterpretación del pensamiento marxista que tiene como base esencial el desplazamiento del espíritu central de la tradición marxista hacia nuevos aspectos que ahora se sacan a la luz. Por ello se da un especial énfasis a los aspectos morales y culturales de la vida en sociedad pasándose a considerar el discurso marxista como especialmente importante en este aspecto. Ciertos autores han llegado a afirmar que en esta época se está realizando la "descontaminación del pensamiento de Marx". En este proceso de revisión no entra únicamente el conjunto de pensadores que no participan en los objetivos políticos y sociales del socialismo, sino que encontramos también figuras de gran importancia dentro del movimiento socialista como puede ser A. Gramsci, que nos proporciona la versión más sutil y original de Marx en este periodo. No vamos a entrar, sin embargo, en una detallada exposición de supensamiento ya que ello nos apartaría del objetivo central de nuestro estudio en demasía. Hemos pretendido, únicamente, presentar al lector un aspecto importante de esta renovación intelectual de la que nos ocupamos, la influencia, recuperación y transformación de la figura de Marx. Esperamos haberlo conseguido.

II.3. RECUPERACION DEL INCONSCIENTE.

En medio de este panorama algo caótico en el que se entrecruzan ideas, rechazos, autores etc., encontramos una nueva característica que define los últimos años del siglo y que va a tener un importante puesto en el desarrollo de las ciencias sociales a lo largo de todo el siglo XX; la recuperación del inconsciente. Lo importante no va a ser el desplazamiento del punto de interés de la razón, ya que no debemos olvidar que la separación razón/sentimiento viene ya de muy antiguo, sino el reconocimiento de la importancia de la parte no-racional en la conducta humana, a la vez que se logra no caer en un irracionalismo extremado. De este modo no es ya una nueva translación del centro de interés del objeto de estudio a lo que asistimos sino a un enriquecimiento de la visión del hombre, ya que en este momento van a ampliarse enormemente las facetas de la vida del individuo con las que habrán de contar los diferentes autores a la hora de construir sus teorías. Esta recuperación del elemento del inconsciente o "no racional" va a marcar el pensamiento de todos aquellos investigadores de las ciencias sociales a partir del fin de la primera guerra mundial.

Es curioso pensar que a pesar de la enorme importancia de dos figuras tales como las de Nietzsche y Schopenhauer, que escriben sus obras algunos años antes de la última década de fin de siglo no podemos hablar de una influencia directa de su pensamiento en las tres figuras más sobresalientes de esta nueva línea: Freud, Jung y Bergson. También hay que señalar que en el caso de Freud y en el de Bergson resulta difícil marcar sus influencias ya que trabajan sin hacer referencias a cuales pueden ser sus pre-

decesores, o a que doctrinas rechazan. Tampoco encontramos un reflejo de la aportación de los nuevos teóricos de la ciencia natural que, en estos momentos, están tratando de superar la antigua antítesis del positivismo-antipositivismo, y que revolucionan la idea que hasta el momento se tenía de las ciencias naturales, que provenía directamente del modelo de la física newtoniana. Nos estamos refiriendo a las aportaciones de personajes de tanta importancia como E. Mach, A. Poincaré y H. Vaihinger (8). Estos pensadores encontrarán a sus primeros receptores dentro del campo de las ciencias sociales en las obras de Pareto y Sorel, pero no en aquellas de los "teóricos del inconsciente".

H. Bergson va a ser el filósofo que reivindicará constantemente el papel de la intuición, pudiendo situarse, dentro del panorama de fines de siglo, dentro de la llamada "rama intuicionista" más radical. Prueba de que existía un ambiente muy predispuesto a aceptar ideas como las de Bergson es el hecho de que ha sido uno de los filósofos que han tenido un mayor éxito e influencia durante su vida. A diferencia de lo que suele ocurrir en la mayoría de los casos fué sólo en sus últimos años de vida cuando se ve un poco aislado al haberse superado, en algunos aspectos, sus planteamientos. En definitiva Bergson fue un filósofo de su tiempo y por ello tuvo una aceptación tan grande, convirtiéndose en el gran maestro de la juventud de su época. Desde sus primeros escritos Bergson aparece como un apologista del sentimiento y del espíritu, en un claro enfrentamiento con la tradición positivista que rechaza violentamente. Esta actitud extrema lleva a que, a la vez de admirado y respetado, sea objeto de grandes ataques por parte de los filósofos de su época, entre los que se alza como excepción el extraordinario filósofo W. James que mostró a lo largo de su vida una

gran admiración y numerosos puntos de acuerdo con el pensamiento bergsoniano. Bergson es, al mismo tiempo, un pensador atacado y admirado, y del que aprenden muchos autores, siendo notoria su influencia en muchos de ellos. Este es el caso, por ejemplo, de Sorel que se apoya en él para fundar su idea de que una nueva sociedad surgiría de las modernas técnicas de trabajo y de sus condiciones. Sorel que, como vimos, muestra una constante evolución en su pensamiento, ataca a Bergson al que reprocha el no haber aplicado sus ideas al campo de los movimientos sociales, sino al de la religión.

Aunque la aportación más conocida de Bergson sea la de la revalorización de la intuición por encima de la facultad de razonamiento del hombre el filósofo francés también realiza grandes aportaciones en otros aspectos. De gran interés es la insistencia, a lo largo de sus escritos, en el tema de la duración; sin embargo desgraciadamente los historiadores no recogieron su aportación que habría sido de gran utilidad para la teoría del conocimiento histórico. Igualmente Bergson habla de la existencia de capas más profundas en la conciencia, sin embargo parece que no hubo una influencia mutua entre las ideas de este autor y la "Teoría del inconsciente" de Freud, y por lo tanto Bergson no tuvo ninguna influencia en la Teoría psicoanalítica.

S. Freud es, sin lugar a dudas, el autor que ha ocupado un puesto más importante entre aquellos que redescubren lo importante del inconsciente durante este periodo y también va a ser uno de los grandes monstruos que determinan la evolución del pensamiento social en el siglo XX. Fundador de la llamada "teoría psicoanalítica", los expertos en la obra del médico vienés se topan con

una dificultad previa al asomarse a su obra, Freud da por supuestas la metafísica, la teoría del conocimiento que se encuentran implícitas en su obra, y nunca las desarrolla, por lo cual se complica más la tarea de descubrir las bases en las que se funda toda la teoría del autor. Lo que es evidente es que en toda la obra de Freud se descubre una tendencia a ver el mundo en términos dualistas, junto con una gran pasión por el drama, fruto de una imaginación desenfrenada. La meta que desde un comienzo va a marcarse el autor es la de imponer un orden al caos de la realidad, para ello su exposición del complejo de Edipo y la teoría del crimen primigenio se convierten en la base de una metafísica, de una verdadera cosmología que podrá llevar a una explicación coherente de los últimos enigmas de la existencia humana. De este modo la teoría psicoanalítica aparece bajo un doble aspecto: por un lado no hay duda de que Freud expone una verdadera teoría del hombre social y de la sociedad, y por otro lado no hay que olvidar, y esto es lo que distingue a Freud de los demás teóricos de este momento, que las teorías freudianas se desarrollan a partir de las exigencias prácticas de las ciencias aplicadas. Freud es ante todo un psiquiatra en ejercicio y jamás dejará de tener presentes las necesidades de su actividad profesional; todas sus ideas, por lo tanto, están ligadas a una problemática concreta, la de la enfermedad mental.

A diferencia de muchos de sus contemporáneos el padre del psicoanálisis jamás pone en duda la existencia universal de una ley natural, por lo que entra claramente dentro de la tradición del positivismo; por otro lado jamás aparece como un materialista, desconociendo la naturaleza esencial de la materia y de la mente. Su positivismo no es demasiado exaltado pero quizá a causa

de una deformación profesional el lenguaje que utiliza, la exposición de sus teorías se hace en términos positivistas en ocasiones excesivamente toscos; pero hay que señalar la abundancia de las metáforas mecanicistas en sus escritos.

En los últimos quince años de su vida Freud va a pasar del estudio del hombre individual al problema del hombre en sociedad, pero sin dejar nunca de mantener en primer plano el tema de la importancia del inconsciente. En términos generales podemos decir que Freud hace una valoración muy pesimista de las potencialidades de la civilización lo cual no ha de extrañarnos ya que nos hallamos precisamente en un momento de cierto pesimismo en el pensamiento social. En cierto modo Freud extrapola las conclusiones que obtuvo en su estudio del hombre individual para extenderlo a toda la sociedad, por ello sin duda es muy escéptico a la hora de valorar la posibilidad de lograr alcanzar una sociedad justa. En este aspecto su actitud es muy parecida a la mantenida por Pareto y por Mosca, y contraria al optimismo mecánico del pensamiento marxista. Sin embargo no debemos hacernos la idea de que Freud mantiene la idea de la inutilidad de la acción individual o colectiva en base a una supuesta permanencia de la injusticia y de la desigualdad social, el hecho de que no parezca probable el logro de una sociedad perfecta justa, ya que la naturaleza del hombre no posee elementos para la realización de este hecho, no quita la posibilidad de la mejora en ciertos aspectos. Por ejemplo Freud cree en la viabilidad de la protesta de las masas como medio de conseguir determinadas reivindicaciones al tiempo que piensa que se pueden acostumbrar los instintos a llevar una vida no reprimida siempre dentro de los límites permitidos por la sociedad, lo cual llevaría a la aparición de unos hombres más equilibrados que podrían llevar a cabo una

convivencia social justa y feliz.

Freud va adentrándose cada vez más en el terreno de la sociología en sus últimos años de estudio, y prueba de ello es la publicación de su obra "Moisés y el monoteísmo", libro muy extraño y que incluso llega a desconcertar al lector iniciado en su pensamiento pero que tiene un enorme interés para conocer los postulados sociales del autor. Bien es verdad que la teoría social de Freud es muy "sui generis" al tiempo que no la formula nunca muy explícitamente, dedicando la mayor parte de su obra al hombre individual, pero también es cierto que nunca olvida que el hombre está inserto en una sociedad y jamás habla de él sin inscribirlo dentro de uno u otro grupo social. Quizá este abandono, esta reticencia a exponer claramente sus ideas sociales se deba a que en el fondo, y a pesar de su nivel ético personal muy elevado, Freud no espera nada de los hombres. Su pesimismo no es muy extremado pero subyace siempre en sus escritos. El tabú del incesto aparece como una ordenanza esencial de lo social y por lo tanto es la naturaleza de la culpa la que aparece como primera fuerza motriz de la solidaridad en sociedad. Esta idea de la culpa cobra toda su importancia en los escritos posteriores a la Gran Guerra y refleja perfectamente la falta de confianza en el hombre social.

Freud es esencialmente un escritor tremendamente ambivalente, por un lado sus descubrimientos parecen deshechar las optimistas predicciones de la Ilustración, pero al mismo tiempo estas afirmaciones contenidas a lo largo de sus escritos no son sino una vindicación victoriosa de estas mismas predicaciones. Freud, alternativa y simultáneamente, parece tener una gran fe en la naturaleza humana y es sumamente pesimista con respecto a ella. Esta ambiva-

lencia es la causa principal de lo oscuro y complicado de su teoría social, a la vez que, en parte, descubre todo su genio y explica la enorme revolución que en el panorama de las ciencias sociales supuso la aparición del psicoanálisis.

El tercer autor que resume las diferentes formas en que aparece el tema del inconsciente es otro psiquiatra discípulo de Freud: Jung. El pensamiento de Jung se encuentra en la encrucijada entre la dirección marcada por su maestro y la trazada por Bergson, por lo tanto no es un discípulo fiel del primero, sino que por el contrario marca el punto de ruptura con el psicoanálisis ortodoxo y el inicio de una serie de corrientes derivadas de este, pero con numerosos puntos de oposición. El tema que va a ocasionar el alejamiento de Jung de su maestro es el de la sexualidad; para Freud la base de toda su teoría psicoanalítica se hallaba en el instinto sexual, origen de todos los conflictos y desviaciones en el hombre. Jung abandona progresivamente esta idea, no concediendo más que una importancia secundaria a la misma. Después de una serie de discusiones y malentendidos la ruptura definitiva tiene lugar en 1914. Sin embargo Jung no abandonará jamás el problema del inconsciente y puede ser considerado como uno de los principales pensadores que tratan de resucitar este problema en los últimos años del siglo pasado y los primeros del actual.

Al contrario de Freud, que, como veíamos, había puesto siempre el interés profesional por delante al llevar a cabo sus investigaciones, Jung tiene unos intereses intelectuales mucho más amplios, de este modo pretende aplicar su método a campos muy diferentes de la realidad lo que le empuja hacia una progresiva desviación hacia algo parecido al misticismo. Jung comenzó su vida

intelectual siendo uno de los discípulos más brillantes y preferidos del padre del psicoanálisis, y la termina como un pensador con profundas afinidades con el intuicionismo y el irracionalismo. Sin embargo no podemos considerar la labor de Jung como una mera desviación del pensamiento freudiano, sus aportaciones originales son muy importantes y entre ellas podemos destacar la idea del inconsciente colectivo. Partiendo del concepto de inconsciente, tal y como fue presentado por Freud, Jung llega a la conclusión de la existencia de un estrato colectivo bajo el inconsciente personal que ejerce una gran influencia sobre este; la aportación es sumamente valiosa ya que introduce el plano social dentro incluso de la propia conciencia individual. De todos modos esta idea ha sido objeto de numerosas críticas ya que, en opinión de muchos, confiere una existencia demasiado restringida y precaria al inconsciente puramente personal. Jung continuará su obra confirmando un puesto importante a la religión, no es que el autor sea adepto a una creencia religiosa determinada, ni que le interese descubrir la verdad de cada una de ellas, por el contrario el fenómeno religioso no parece interesarle más que como instrumento de la higiene psíquica, parece ser que Jung recomendaba a sus pacientes la práctica religiosa como medio de solucionar algunos conflictos psíquicos.

De todos modos Jung es un autor enormemente interesante que muestra en todos sus escritos un mayor interés que Freud por temas ajenos a la propia psiquiatría, como son la historia, la mitología o la religión; se centra particularmente en el estudio de la literatura de su época, sobre todo en las novelas de J. Joyce y H. Hesse. Su obra llegaría más al gran público si no fuera por el gran

confusionismo de la exposición de sus ideas y por el sanbenito que se le ha colgado, de ser la versión "reaccionaria" del psicoanálisis.

II.4. GEORGES SOREL.

Es particularmente importante y necesaria la presentación de la figura de G. Sorel en nuestra exposición, ya que numerosos autores que han tratado el tema de la teoría de las élites no han dudado en afirmar que Sorel es en cierto modo el maestro de Pareto, Mosca y Michels. El tema sería muy discutible ya que el único que parece mantener una cierta relación con este es Pareto, el cual, en alguno de sus escritos, demuestra su admiración y reconoce su deuda con el pensador francés; lo que parece claro es que el pensamiento de Sorel puede inscribirse en un gran círculo en el que entrarían también los elitistas clásicos, y al mismo tiempo es evidente que existe una influencia suya sobre nuestros autores; prueba de ello es que un especialista en el tema como es J. Burnham en su obra "Les machiavéliens défenseurs de la liberté" (9), no duda en incluirlo dentro del grupo de los neomaquiavelistas. Decíamos en un apartado anterior que Sorel era un autor interesante por y a pesar de la ambigüedad y contradicción de sus ideas, característica que había logrado elevar a método en su teoría. Toda su vida fue un constante volver sobre los mismos temas, cambiando la perspectiva de estudio, la valoración de los temas y las conclusiones que de ellos extrae; según Hugues (10) pueden distinguirse cuatro periodos muy claros en su obra. A diferencia de la mayor parte de los grandes pensadores de su época Sorel no proviene de una familia de la alta burguesía ni es educado en París por lo que sorprende, en una primera fase su conservadurismo provinciano. Durante toda su vida nuestro autor lleva una existencia considerada como excéntrica que no se ajusta para nada con la de sus colegas, por lo que es admirado, conflagrándose alrededor de él

un gran grupo de discípulos. Tras esta primera fase, durante los años 1890-1900 Sorel descubre a Marx adoptando frente a su obra una actitud que muy bien puede definirse como revisionista; a partir de este momento la influencia del marxismo se hace notable en todo su pensamiento. La tercera parte de su obra y de su vida le lleva a adoptar actitudes muy radicales y extremistas, este es el momento en que Sorel escribe sus obras más importantes centradas esencialmente en los temas de la violencia y de la actividad espontánea del proletariado. En ningún momento Sorel puede parecer un marxista ortodoxo ya que unirá a la influencia de Marx la de dos grandes filósofos de su época: Bergson y W. James. La última parte de su vida está marcada por el abandono de su actitud extremista y por un constante flirteo con el nacionalismo monárquico; su actitud contradictoria se hace también patente durante estos años cuando, al tiempo que saluda a Lenin con admiración, no duda en congratularse al mismo tiempo por la aparición de la dictadura de Mussolini en Italia.

Vamos viendo, pues, como Sorel parece interesarse a lo largo de toda su obra por los problemas más variados, estableciendo estrechos contactos con numerosos intelectuales franceses, pero pese a ser una figura admirada y a la vez atacada, surge aislado en el gran movimiento francés de fines de siglo; muestra de este aislamiento es el hecho de que, a pesar de reunir en torno suyo a numerosos jóvenes, no hallamos ningún discípulo directo que continúe su obra. La finalidad básica de todo el discurso de Sorel parece ser la creación de un mundo artificial de orden, idea muy condicionada por la mentalidad técnica derivada de una formación de juventud dedicada, en principio, a la ingeniería. En el pensamiento soreliano existe un doble aspecto claramente diferenciado: por un lado

hará siempre gala de un moralismo rígido y tradicional que es el que determin sus facetas más conservadoras, y por otro lado posee una mentalidad típicamente técnica que le empuja a una constante búsqueda de un origen artificial siempre impuesto. Sorel no es, además, un maquiavelista pleno como lo concibe Burnham, dado que por una parte su extremismo político no se adecua con la línea seguida por este grupo de autores, y por otro lado repudia, o parece repudiar, el método científico clásico, aceptando como legítimo, en determinados casos, la intuición y la metafísica que deriva del pensamiento de Bergson. En realidad nuestro autor tiene como objetivo el rechazo de la pseudociencia académica que él denomina "pequeña ciencia".

Sorel comparte con los neomaquiavelistas el anticonformismo, y por ello, como decíamos antes, posee una gran influencia sobre Pareto y Michels; con estos compartirá la concepción del objeto de la política como lucha por el poder. El objeto de gran parte de sus estudios será la investigación del hombre político en su conducta en la lucha por el poder, y este será el tema del libro que le hará más conocido y que se considera como su gran contribución: el estudio de la violencia en "Réflexions sur la violence" (11). Sin embargo antes de adentrarnos en los temas del mito o de la violencia que son los que más nos interesan, hemos de hacer una breve referencia al método que utiliza Sorel para sus trabajos. Nuestro autor va a denominar a su particular método de estudio el "método de la Diramption"; lo que pretende mediante este es el examen de determinadas partes de un fenómeno sin tener en cuenta todos los círculos que las unen con el todo para determinar el carácter de su actividad en pleno aislamiento. Se propone, pues, un tratamiento parcial de los objetos con el que se llegarán a obte-

ner abstracciones arbitrarias de la realidad, lo que tiene, en cierto modo, un paralelismo con el método de los "tipos ideales" de Max Weber, aunque con menos rigurosidad. Sorel, y esto es curioso y aún contradictorio con la mentalidad tecnicista que le atribuíamos anteriormente, no estaba nada interesado por la precisión de su método, él parte de la idea, que va a mantener siempre, de que es imposible llegar al conocimiento total de un fenómeno u objeto, y es esta misma imposibilidad la que da lugar a que la contradicción se alce como un importante factor en el método soreliano. Mediante sucesivas contradicciones lo que logramos es el conocimiento de un mayor número de aspectos y facetas de un mismo fenómeno, y es el conocimiento parcial repetido un gran número de veces desde diferentes perspectivas lo que nos acerca poco a poco a una visión más global del objeto.

Esta será la metodología que utilizará el autor a lo largo de toda su vida, y esta misma será la causa de que se nos muestre en muchas ocasiones como un autor contradictorio ambiguo y hasta desconcertante. Con esta base, pues, se acercará a los temas del mito y de la violencia. Durante la época en que se interesa por la acción revolucionaria del proletariado Sorel trata de buscar la motivación que impulsa a las masas y en general a todos los individuos a realizar una acción determinada. El mito no aparece como una abstracción metodológica sino como un hecho concreto de la vida real, este no es sino un "reflejo de cuadros", es el reflejo de la realidad en más de un sólo punto, que será, en último término, el único impulsor para la acción humana. Su carácter ilógico e irracional le proporciona un mayor acercamiento al carácter fluido de la realidad. El mito tiene, por lo tanto, un rol positivo en la acción política y muestra un gran paralelismo con la idea de la derivación

de Pareto o la de la fórmula política de Mosca. En definitiva en los tres casos lo que se está resaltando es la importancia del factor racional, que no es igual que el irracional, en la actuación humana, y en particular en la política. La acción de los individuos y más aún la de las masas no viene motivada, en la mayoría de los casos, por decisiones de carácter lógico-racional sino por lo que, a su vez, Marx denominará ideología; es decir relatos míticos que justifican y legitiman determinadas situaciones de hecho y que proporcionan, al mismo tiempo, una determinada visión del mundo, unas determinadas normas para la acción. De este modo los mitos son autónomos y perfectos en sí mismos, y no son ni verdaderos ni falsos, sino que simplemente no pueden ser refutados científicamente, ya que caen fuera de la esfera del razonamiento lógico. Como diría K. Popper (12) la prueba definitiva de que no son argumentos científicos reside en su irrefutabilidad. "Les mythes ne décrivent pas les choses, ils expriment une volonté d'agir" (13). Sorel va a sacar sus propias conclusiones acerca del rol del mito en la acción revolucionaria, que es lo que verdaderamente le importa en ese momento. Todo programa revolucionario debe ser expresado sólo en los términos del mito catastrófico de la "hélga general", únicamente este mito que abarca todo puede empujar a las masas a una acción revolucionaria sin compromisos; ningún programa racional puede ser eficaz, el elemento mítico es el único eficaz. Por otro lado, siguiendo a Sorel, no debemos confundir la idea de mito con la de utopía.

El segundo gran tema que va a tratar nuestro autor es el de la función de la violencia. El gran mito hace al movimiento socialista serio y formidable a la vez que heroico, pero no sería nada si no usara la violencia, estando a la vez sostenido por ella. Para Sorel, que en esto es un verdadero maquiavelista, la fuerza es

siempre el factor principal que une a una sociedad, y ha sido, es y será siempre igual, es imposible concebir una sociedad sin la fuerza y la violencia. Lo que va a cambiar es el modo de ejercerla, por ejemplo en el capitalismo avanzado esta se ejerce en gran medida de forma automática e impersonal, a diferencia de épocas anteriores. El humanitarismo y la denuncia moral sólo son modos de oscurecer la verdadera realidad, y al tiempo son excelentes instrumentos para mantener la tranquilidad social, especialmente por lo que se refiere a la clase trabajadora. Es realmente impresionante ver como la argumentación soreliana en este punto vuelve a repetirse, casi con las mismas palabras, en la obra de Pareto, habremos de estudiar este punto más detenidamente en capítulos siguientes. Al igual que Pareto Sorel marca una contraposición clara entre la sociedad: violencia y astucia; estos son los dos pilares sobre los que se basa la sociedad, en el momento en que aumenta uno, el otro disminuye y a la inversa. De este modo cuando se aprecia una disminución grande de la violencia en las relaciones sociales, cosa que ocurre, por ejemplo, en las sociedades capitalistas, asistimos al mismo tiempo a un crecimiento de la violencia y de la corrupción, así como del engaño. Se repite, bajo otras palabras, la fábula, la metáfora de los zorros y los leones de la que nos habla Maquiavelo y que retoma Pareto. El fraude, para Sorel, es el camino utilizado en la sociedad actual para la obtención del éxito y el privilegio, mientras que en épocas anteriores lo era la fuerza, por ello todos aquellos que tienen claros intereses en la sociedad actual rechazan la violencia. Pero existe un gran peligro, que la violencia arrastre a la sociedad hacia el camino de la degeneración, y que se transforme en mera brutalidad, la única forma de evitar que esto ocurra es asociar a la violencia con un gran mito que sea el que dirija la marcha de la sociedad.

Toda esta actitud de Sorel en relación con la violencia tiene su origen en una actitud más general que él mismo va a denominar como pesimismo; un pesimismo, por cierto, muy particular ya que se basa en las dificultades que tiene la sociedad en llegar a un estadio superior. Nuestro autor tiene una concepción de una marcha evidente de las sociedades pero que está, al mismo tiempo, ligada a su conocimiento experimental de los obstáculos que se oponen a la satisfacción de nuestras imágenes y a la profunda convicción de la debilidad de la naturaleza humana. De aquí que se exalte el papel de la violencia como medio de alcanzar este estadio de libertad.

G. Sorel, tras haber planteado en su época de madurez los grandes temas de su pensamiento, va a ir reuniendo a estos paulatinamente una nueva postura filosófica: el pragmatismo que toma de la filosofía americana y en particular de W. James; sin embargo existe una constante en toda su obra, la búsqueda permanente del conocimiento de la realidad, a pesar de que sabe muy bien que jamás alcanzará su meta. Es por ello por lo que jamás quiso formular su visión en una teoría coherente de la acción social. La gran importancia que tiene Sorel dentro de la teoría social contemporánea se debe, pues, más a los problemas que plantea que a los que resuelve. Es interesante observar que prácticamente los temas que va a tocar serán los que, más adelante constituirán los ejes en torno a los que gira el pensamiento social de nuestro siglo. Así pues Sorel se alza como un autor con una extraordinaria eficacia a pesar de que no logra, no quiere cerrar ninguna problemática de las que ha abierto. Al lado de los teóricos de las élites que son quienes recuperan en parte la corriente de pensamiento que él abrió en determinados aspectos, serán Croce y Weber los que, por

su lado, van a acercarse a la resolución de los problemas que él no supo o no quiso resolver. La obra de este autor es, pues, importante para nuestro trabajo, a pesar de que su lectura plantee numerosos problemas ya que junto a la ausencia de un vocabulario apropiado y de un esquema conceptual para el desarrollo de sus problemas encontramos una carencia de separación entre sus teorías sociales abstractas y sus compromisos políticos.

II.5. MAX WEBER.

Sería de una gran ingenuidad, y a la vez sumamente pretencioso el pensar que en estas breves páginas podemos resumir todo lo que es y todo lo que supone la obra de M. Weber. Sin embargo no podemos substraernos a la obligación de presentar, aunque muy brevemente, al menos dos facetas de este autor, para lograr el fin marcado en este capítulo. En primer lugar no debemos de olvidar que este pensador es uno de los máximos representantes de la generación de autores que comienza a publicar sus obras en el último decenio de el siglo que nos precede, y dentro de la cual hemos encuadrado a los teóricos de las élites, hemos de presentar, por lo tanto, una rápida síntesis de cual fué su evolución, la problemática tratada, para, de este modo, dibujar con mayor precisión el ambiente intelectual de estos años. En segundo lugar Weber lleva a cabo una radical innovación en el método de estudio de las ciencias sociales, nos interesa mostrar a grandes rasgos los elementos fundamentales de la metodología weberiana que tanto impacto causará en pensadores posteriores, de este modo podremos, más adelante, establecer las semejanzas y diferencias importantes con el planteamiento metodológico de los autores objeto de nuestro estudio, y muy en particular con el de Pareto, esto nos ayudará a vislumbrar las aportaciones de estos, y al mismo tiempo resaltar sus carencias, ambigüedades y contradicciones. Es, pues, con este propósito, con el que iniciamos la redacción de este apartado.

Los orígenes intelectuales de Weber están claramente ligados con la tradición del idealismo alemán, aunque el autor se desligue posteriormente de esta. En todo su pensamiento se va a apre-

ciar una profunda contradicción y ambivalencia, prueba de que el autor se halla sumergido en un periodo de transformación y renovación de las bases del pensamiento social; por ejemplo Weber siempre mantiene una profunda convicción democrática, pero a la vez puede ser considerado como un colaborador en la crítica radical al sistema democrático que inician un grupo de autores durante estos años, entre los cuales podemos encuadrar a Pareto y a Mosca. Weber es un observador crítico de la sociedad contemporánea, y es en base a esta observación como va a poder señalar los rasgos más significativos de esta que más tarde incluirá en su teoría social general; uno de los rasgos más significativos que señala es la tendencia al aumento del poder de la burocracia; frente a este fenómeno nuestro autor mantiene también una doble postura, por un lado aplaude a este hecho como un claro rasgo de la creciente racionalidad que va impregnando a la sociedad, pero por otro lado, y al mismo tiempo no deja de advertir sus peligros, el mayor de los cuales es el recurso al carisma con el peligro y la amenaza a la libertad que este supone. Por todo ello podemos apreciar como el discurso weberiano refleja claramente la ambigüedad de la sociedad de fines de siglo contenida en una síntesis desesperada; es este esfuerzo sintetizador el que le confiere toda su grandeza al pensamiento weberiano.

Weber es un hombre polifacético que muestra un interés por numerosos temas, un rasgo constante a lo largo de toda su vida es la doble atracción que guía todo su estudio, la intelectual, que al fin y al cabo va a ser la dominante, y la política que permanece -tente bajo sus escritos, y que resurgirá fuertemente en algunas ocasiones. Este doble interés le lleva a dedicarse al estudio de numerosas disciplinas, comenzando con el estudio del derecho pasa al

de la Historia, a partir de este llegará a dedicarse a la investigación económica, para finalmente centrarse en los estudios sociológicos. A pesar de esta sucesión existe un problema que se mantiene constante y que recorre toda esta progresión: la racionalidad en la sociedad occidental. La problemática que apreciábamos en numerosos autores de fines de siglo, el redescubrimiento de los valores de los elementos no racionales en la mente humana y el puesto de la razón en la conducta del individuo, va a trasladarse, en los escritos weberianos, al plano histórico o del estudio de la evolución de las sociedades. El progreso de la razón y el puesto de esta en la sociedad occidental, a diferencia del ocupado en otras sociedades, es un tema continuo en su obra. Del mismo modo hemos de resaltar el papel de la Historia en el pensamiento de Weber; siguiendo una tradición típicamente alemana el autor va a presentarnos todos sus estudios recubiertos por un barniz histórico, tanto en lo que se refiere al derecho, la economía o la sociología, que son consideradas como disciplinas puramente históricas, y bajo este prima van a ser estudiadas. La primera fase de su investigación se caracteriza ante todo por la dedicación casi exclusiva a los temas históricos, abarcando las cuatro disciplinas antes señaladas. Ya en este momento es apreciable la influencia de Marx en sus escritos; al igual que ocurre con otros autores, en particular con Pareto y Mosca, Weber sufre una enorme influencia del pensamiento de Marx, a la vez que se halla en constante confrontación con sus planteamientos.

En 1898, y según sus biógrafos (1), Weber se sume en una gran depresión que dura cuatro años, durante la cual abandona todas sus actividades intelectuales; cuando se recupera en 1902 renuncia a la docencia llevando una vida prácticamente de inválido hasta 1913.

A pesar de que se sabe que conoce la obra de Freud hacia 1907 no se encuentra ni un comentario ni un análisis de esta en sus escritos. Durante estos años sus principales ensayos centran su interés en los temas de la filosofía y la metodología de sus propias convicciones científicas, apareciendo entonces sus principales escritos metodológicos (2). En todos estos encontramos dos frentes de lucha en los cuales Weber se enfrenta a las superficialidades del positivismo y de naturalismo, luchando por otro lado contra los cánones convencionales del pensamiento idealista y en concreto contra su negativa a reconocer la posibilidad de una labor científica en el campo de la cultura humana. Es en este ámbito donde Weber hará una gran aportación a la metodología de las ciencias sociales concretada en los conceptos de ley, elección y comprensión y finalmente en su aportación más conocida: la teoría de los tipos ideales. No vamos a entrar, sin embargo, en este tema por el momento, ya que como lo consideramos como tremendamente importante le reservamos un apartado posterior solo para él.

Entre los años 1904 y 1920 Weber se dedica a aplicar su concepto de tipo ideal a los estudios sobre religión. Estos tienen una doble importancia ya que a la vez suponen un encuentro y un enfrentamiento con el planteamiento marxista, van a permitir al autor confrontar su teoría, desarrollada en su fase metodológica, con un mundo caracterizado esencialmente por su ilogicidad. En estos temas Weber plantea la posibilidad de clasificar las teorías e ideologías sociales como tipos ideales, y es aquí donde va a realizar la crítica más sutil y de mayor alcance al pensamiento de Marx, de todas las que le hicieron los autores de la generación de 1890-1900. Weber va a centrar todo su interés en la mutua interacción entre las facetas económicas y espirituales en la producción

de las grandes transformaciones sociales del pasado. De este modo Weber parece oponerse a la idea economicista que pretende hacerse pasar por preponderante en el pensamiento de Marx en una interpretación vulgarizada del mismo, es decir el postulado de la determinación absoluta del resto de los elementos sociales, religioso, político, ideológico etc.. por el factor económico. Hemos de decir que la idea de Marx no es, ni mucho menos, tan estrecha como la que ha aparecido en las versiones y reinterpretaciones de determinados autores, pero por otro lado también es cierto que Weber lleva a cabo una enorme ampliación del concepto de capital introduciendo la idea de un sistema de valores últimos que han intervenido en las grandes transformaciones acaecidas a lo largo de la evolución de las sociedades humanas (3). Esta será la tesis que mantendrá en una de sus obras más conocidas, nos referimos evidentemente a "La ética protestante y el espíritu del capitalismo" (4), obra en la que nuestro autor estudia la influencia de la ética calvinista en la aparición del capitalismo a partir del siglo XVI en Europa. La obra está magistralmente escrita, pero en ningún momento se pretende establecer una relación causal simple entre ambos fenómenos; en la misma el autor reconoce que no tienen la intención de refutar la interpretación del materialismo histórico, dado que considera que ambos métodos son válidos para la investigación, al tiempo que ninguno de los dos es totalmente exhaustivo. El libro ha tenido una enorme repercusión, y la sigue teniendo, en las ciencias sociales de nuestro siglo, y ha servido de modelo para numerosos estudios históricos; hay que notar que fue escrito en la época en que Weber viajó a Norteamérica, siendo notable la influencia de la filosofía de James en ella. La "Ética protestante" continúa, asimismo, la línea anterior de los estudios webbianos acerca del puesto de la racionalidad en la sociedad occiden-

tal ;en ella va a definir al capitalismo como complejo de procedimientos racionales al tiempo que prosigue la búsqueda de la unidad histórica de su civilización. Posteriormente van a aparecer estudios sobre las religiones orientales (5) en los que la búsqueda del elemento racional va a constituir el principal centro de interés.

La obra más monumental de Weber, inconclusa por desgracia, es sin duda alguna "Economía y Sociedad" (6); la envergadura de esta es tan impresionante que sería inútil tratar de resumir cuales son sus puntos esenciales. Se trata del intento, y desde luego lo consigue, de contruir un gran tratado que presentase una forma sistemática todo su pensamiento económico y social, tratando todos los temas a los que dedicó sus investigaciones concretas a lo largo de su vida. El libro se ha convertido en una de las obras maestras de la Sociología contemporánea.

La Primera Guerra Mundial supone un cambio radical en la vida de Weber, finaliza la existencia del semi-inválido y encontramos a nuestro autor alistado en el ejército prusiano dirigiendo un centro hospitalario; al final de la contienda reaparece como figura pública con una cierta influencia en la vida política de su nación. Cuando ha vuelto a la vida docente y parece que va a iniciarse una época de creación intelectual fecunda, Weber muere repentinamente a causa de una pulmonía en Junio de 1920. Queda, pues, truncada la obra de una de las mentes más brillantes del mundo intelectual occidental.

Weber fue un hombre de su época y también lo fueron sus debilidades que comparte con muchos de sus contemporáneos, en

particular podemos resaltar que Weber se interesa muy poco en el campo de la psicología, para él el punto de atención es simplemente aquello que es comprendido por la razón, apareciendo como categorías puramente residuales todo aquello que es ilógico o simplemente que tiene que ver con lo afectivo. Del mismo modo siempre se niega a reconocer el relativismo implícito en su pensamiento; entre las numerosas opciones que se presentan nuestro autor acaba eligiendo los valores de la Ilustración, en el dilema razón-sentimiento mantiene a la razón como virtud suprema aunque reconoce el origen irracional de la conducta humana; en este punto toma la misma postura que la que mantuvo Freud; por otro lado al igual que Sorrel y Croce, Weber va a definir con rigor la base epistemológica de su investigación histórica y social. Por último encontramos un claro paralelismo con las ideas de Pareto, Mosca y Michels cuando subraya la importancia del papel de las élites en la historia y la influencia de la fuerza y la conducta no ética en los asuntos humanos. De este modo Weber va a sobresalir entre los pensadores de fines de siglo como el único que logró salvar la sima abierta entre el positivismo y el idealismo llevando a cabo un planteamiento renovador, optando igualmente por el abandono del reino de lo irracional y sentando las bases para una autonomía completa del pensamiento social en el campo en el que ha decidido operar.

II.5.1. Fundamentos metodológicos de la sociología:

Weber comienza definiendo a la Sociología como aquella disciplina que se ocupa de la interpretación y explicación causal de la acción social. La acción social no es sino el comportamiento humano en los casos en los que el sujeto enlaza con ella en un sentido subjetivo y siempre cuando está referido a otros. Vemos,

pues, como Weber reduce el campo de la sociedad al estudio de las acciones humanas dejando a un lado todo lo que concierne al aspecto íntimo o subjetivo de los individuos. Pero la acción social implica que los sujetos enlacen con ella en un sentido subjetivo, el sentido es, a la vez, entendido y subjetivo de los propios sujetos implicados en la acción, este sentido que existe de hecho o bien que está construido en un tipo ideal. Lo que diferencia, en primer lugar, a la Sociología del resto de las ciencias empíricas es el hecho de que el sentido de la acción social no es en ningún caso objetivamente justo o puede ser considerado como verdadero metafísicamente. El problema que se le plantea a todo estudioso es el de diferenciar entre las acciones con sentido y aquellas acciones puramente reactivas, sólo serán las primeras las que son objeto de esta disciplina científica.

Las acciones sociales, por otra parte, pueden dividirse en diferentes tipos según la evidencia de su comprensión; esta puede ser, a su vez, de dos tipos diferentes, en primer lugar encontramos aquellas con carácter racional como pueden ser las acciones lógicas o de la matemática, este tipo de acción será aquella que se lleva a cabo con medios adecuados a fines orientados racionalmente, y por ejemplo corresponden a las acciones puramente económicas. Pero junto a estas nos encontramos con aquellas acciones cuya comprensión tiene un evidente carácter endopático, en este grupo estarán incluidos todos los actos virtuosos y religiosos, los fanatismos y los afectos reales. En este caso la comprensión de la acción es endopática en un sentido y en el cálculo intelectual de sus efectos sobre la dirección y los medios de la acción. El problema con el que se enfrenta el investigador social es el de la gran abundancia de este tipo de acciones como originadores de la

conducta humana; es necesario, pues, encontrar la forma de estudiarlas para poderlas incluir dentro de una disciplina verdaderamente científica y no caer en una valoración meramente subjetiva. Esta es la gran aportación de Weber, darse cuenta del origen no racional de la conducta humana, o mejor dicho de grandes partes dentro de ella, y a la vez no abandonar el empeño de edificar una verdadera ciencia social. El método científico de tipos va a resolver este problema; con este se considera este tipo de acciones como "desviaciones" de un desarrollo de la acción construido como puramente racional con arreglo a fines; sólo en este sentido el método de la sociología va a ser racionalista ya que cuando nos enfrentamos con las acciones reales no vamos a saber si se trata de acciones determinadas racionalmente con arreglo a fines.

Habíamos dicho que Weber consideraba como acciones sociales únicamente a aquellas en las cuales los sujetos enlazan con ella un sentido subjetivo, ¿qué ocurre entonces con aquellos procesos y objetos ajenos al sentido? Es evidente que existen y no se pueden dejar de lado; pero como para casi todo Weber tiene una respuesta preparada para nuestra pregunta. Estos objetos y procesos ajenos al sentido no aparecen ni como medio ni como fin en relación a una acción humana, pero si entran en el ámbito de las ciencias de la acción, como ocasión, resultado, estímulo u obstáculo en la acción humana. Pero Weber no acaba aquí de aclararnos estos procesos, nos habíamos referido antes a que existía una comprensión del sentido mentado de la acción que dividíamos en dos: una comprensión racional y una comprensión no racional o endopática, pero aún nos encontramos con otro tipo de comprensión, la explicativa. Esta comprensión explicativa nos muestra las conexiones de sentido comprensibles y puede ser tanto racional por motivos, irracional por

motivos, como afectiva .

La marcha del conocimiento, pues, pasa para Weber por dos fases sucesivas, por lo menos en lo que se refiere al conocimiento sociológico, en primer lugar es necesario partir de numerosas observaciones de la experiencia, no se desprecia, pues, el elemento empírico, pero sin embargo más adelante es necesario recurrir a una fórmula interpretativa y ninguna interpretación, fijemosnos bien, es a la vez interpretación causal válida. De este modo no nos separamos de la realidad, pero no totalmente, la fórmula interpretativa ha de ser sometida a la prueba de que el desarrollo idealmente construido encaja, en alguna medida en la realidad. Sin esta prueba la fórmula se queda como hipótesis. De esta forma, partiendo de la experiencia, nos elevamos a un nivel ideal que, sin embargo, tiene una relación con esta misma realidad empírica, lo importante es la idea de que el segundo paso, el de la fórmula interpretativa, no se va a llevar a cabo según un modelo de conocimiento empírico sino con medios ideales. El reino de la experiencia no es, pues, absoluto en las ciencias sociales, como tampoco lo es el de la idea. Es este el gran logro de la metodología weberiana que, así, supera la antítesis entre positivismo e idealismo.

A partir de este punto Weber marca la diferencia entre la sociología y las ciencias naturales; mientras que la primera implica esencialmente la comprensión de los fenómenos, es decir la inclusión de elementos ajenos a la experiencia, las ciencias naturales se bastan con el recurso a la observación. Las leyes sociológicas serán distintas de las naturales, las primeras no son sino probabilidades típicas que son confirmadas por la observación; son pues la verosimilitud de que determinadas acciones transcurran

en la forma esperada ya que son comprensibles por sureferencia a motivos típicos, a un sentido típico que es mentado por los sujetos de la acción. La ley es únicamente comprensible de una forma clara cuando la acción se ha atendido a una relación unívoca de medio a fin, es decir cuando es una acción racional con arreglo a fines.

Toda esta construcción lleva a una clara definición de la sociología, a la que se le confiere el rango de ciencia, a la vez que se marcan sus diferencias con las ciencias naturales o plenamente empíricas; este es uno de los mayores logros del pensamiento weberiano. Para él el objeto último de la sociología reside en la construcción de conceptos tipos, a la vez que se afana por encontrar reglas generales de la acción. Es, pues, una ciencia generalizadora que construye conceptos relativamente vacíos frente a la realidad concreta de lo histórico. Recordemos que en esta teoría la historia se va a definir como la imputación causal de personalidades, estructuras y acciones individuales consideradas culturalmente importantes. La sociología, por otra parte, es una ciencia que ve acrecentada la univocidad de sus conceptos por la posibilidad de alcanzar un óptimo en la adecuación de sentido tanto en el caso de los conceptos y reglas racionales, como con los fenómenos irracionales. Así esta disciplina va alejándose gradualmente de la realidad, todos los conceptos que construye son típicos ideales tanto externa como internamente. Pero la sociología no puede actuar de otra forma dado que la acción real, en la mayoría de los casos, es realizada con una oscura semiconsciencia o con una plena inconsciencia; son muy raras las ocasiones en las que la acción se eleva a conciencia con sentido, y por lo tanto no puede situarse como objeto de conocimiento de la sociología.

En breves líneas, quizá algo superficialmente, podemos decir que este es el planteamiento metodológico de la sociología que nos presenta Weber, este nos va a ser extremadamente útil para nuestro posterior análisis ya que muestra una peculiar e importante forma de síntesis entre el positivismo y el idealismo que podremos comparar con la labor que llevan a cabo nuestros teóricos de las élites.

II.6. LA INFLUENCIA DE NIETZSCHE.

A pesar de que algunos autores como, por ejemplo, Hugues (1) mantienen la tesis de que en los últimos años del siglo XIX la influencia de Nietzsche se hace notar a penas, aunque su sombra está siempre por encima de las cabezas de los autores considerados, no podemos por menos de reservarle un pequeño espacio entre aquellos pensadores cuya obra contribuyó a conformar el clima intelectual de estos años, Nietzsche es algo más joven que los miembros de la llamada generación de 1890-1900 y realmente no participa tan de lleno en la problemática que caracteriza a estos, sin embargo es uno de los precursores en el tema de el irracionalismo en la existencia humana y es indudable que todos los pensadores posteriores a él y que tuvieron conocimiento de sus escritos no pudieron sustraerse al impacto de sus ideas, aunque no las compartan y las rechacen. La verdadera aceptación de su discurso se fecha más bien en los jóvenes escritores inmediatamente anteriores a la Primera Guerra Mundial y a partir de este momento no deja de hacerse notar en el pensamiento europeo.

Toda la doctrina de Nietzsche está vinculada con la idea de la evolución, del irracionalismo y de la filosofía de la vida; es fundamentalmente una filosofía romántica, aspecto que se manifiesta constantemente en su aspiración al infinito. Pero al mismo tiempo se opone a cualquier corriente de pensamiento que tenga algo que ver con el idealismo o el espiritualismo, teniendo como objetivo primordial la inversión de los valores tradicionales. Tal versatilidad y multiplicidad de aspectos ha dado lugar a que hayan sido varias las utilizaciones de su doctrina, en direcciones

hasta contrapuestas. El planteamiento fundamental del autor es claramente de naturaleza cosmológica y no teológica, mientras que en el plano antropológico y ético aporta una nueva tabla de valores.

La gran obra de Nietzsche va a iniciarse con el descubrimiento de los escritos de Schopenhauer, de estos tomará la idea, que desarrollará en sus posteriores planteamientos, de la vida como dolor, lucha, destrucción y error; en definitiva la vida no es sino la irracionalidad misma y por lo tanto estará siempre dominada por el azar. Ante este hecho el hombre puede adotar dos actitudes, por un lado estará la postura preconizada por Schopenhauer y que está basada en la renuncia y la fuga, es, en definitiva, para nuestro autor la postura que preconiza la moral cristiana. En segundo lugar el individuo puede optar por la aceptación del hecho mismo, lo que le lleva a una exaltación de la vida y a su plena admisión; esta es la actitud que recomienda constantemente Nietzsche. Dicha aceptación lleva a reconocer a Dionisos como símbolo divinizado de esta y a Zaratustra como a su profeta; Dionisos simboliza la exaltación infinita de la vida infinita, al tiempo que supone una voluntad orgiástica de la vida en la totalidad de su potencia. Como vamos viendo la filosofía del autor refleja un pensamiento esencialmente vitalista basado en el hombre y su existencia; a partir de aquí la virtud va a adquirir el significado amoroso que tuvo en el Renacimiento, llegando a una nueva valoración de la vida como infinita y divina. El hecho de que se rechace constantemente la muerte supone un rechazo más evidente de la finitud humana.

Uno de los temas más importantes en la filosofía de este autor es el de la transmutación de valores, aquí en donde Nietzsche-

che ve realizado su destino, y es aquí donde va a centrarse todo el interés de los escritores de la preguerra en su retorno al tema de la élite. Nuestro autor comienza haciendo una crítica mordaz a la moral cristiana a la cual considera como fundamental en el resentimiento de aquellos a los que les está prohibida la verdadera reacciones, pues, la moral de los débiles ante la vida que no pueden enfrentarse con ella. Esta moral cristiana no se agota además sólo en los límites de la religión, sino que impregna otros muchos aspectos de la vida y del pensamiento humano; el autor no duda de que la creencia en la verdad objetiva que guía a muchos investigadores no es más que la última transformación de este ideal ascético. El hombre bueno sólo existe en base a una terrible mentira y es el eje de toda una corriente de doctrinas de no aceptación de la vida que lo único que consiguen es llevarnos al pesimismo y de ahí al nihilismo.

Nietzsche mantiene una postura radicalmente opuesta a todo lo expuesto anteriormente y que tenga alguna relación con esa moral cristiana; se entrega de cuerpo y alma a una violenta exaltación de todo lo corpóreo, lo terrenal, lo antiespiritual, y por lo tanto todo lo irracional. La existencia del hombre es puramente terrena negándose la existencia de un estrato espiritual o alma; el hombre es sólo cuerpo y este es "su gran razón". La verdadera subjetividad del individuo va a residir, pues, en lo que él llama el "sí mismo", que es a la vez cuerpo y razón. El hombre ha de aceptarlo totalmente y este acto de reconocimiento supone el imbuirse del espíritu dionisiaco del que la existencia está totalmente impregnada. Esta transformación da la actitud del individuo supone, en última instancia, una plena transfiguración de los valores que este posee por tradición; se anulan todos los límites impuestos a

estos y por este acto se llega a la conquista de un dominio absoluto del hombre sobre la tierra y el cuerpo, erigiéndose el hombre en amo del mundo.

La transformación de los valores va íntimamente unida, en el pensamiento de Nietzsche, al tema del Arte. El arte es la expresión de la actividad humana que se encuentra más estrechamente vinculada con el espíritu dionisiaco, y por lo tanto se convierte en la expresión más alta del individuo. Todo el arte está fundado en una dualidad esencial, en un equilibrio entre lo apolíneo y lo dionisiaco, y en las diferentes ramas de este va a notar se el predominio de uno u otro, en la pintura, por ejemplo, predomina la medida, la proporción y por lo tanto lo apolíneo, mientras que en la música el elemento dionisiaco supera a su opuesto. De este modo al hacer arte el individuo se ve imbuido por un sentimiento de fuerza y plenitud como el que se manifiesta en la embriaguez. El arte, en definitiva, corresponde a los estados de vigor animal y es la expresión de una voluntad victoriosa. Todo arte supone la proclamación de la perfección del ser, el cumplimiento del fin de la existencia humana y la orientación del ser hacia la plenitud; mediante su ejercicio se logra la afirmación, la bendición y la divinización de la existencia. En definitiva, y para concluir, el arte es la más entusiasta afirmación de la vida y abre al hombre lo infinito del poder y de la exaltación de sí mismo.

Nietzsche nos ha mostrado ya cual es el fin de la existencia humana al tiempo que explicita cual es el mejor medio de expresar este objetivo, y pasa a otro tema clave en su pensamiento, el del eterno retorno. Decíamos que la postura correcta del individuo es la de la aceptación, mejor dicho de la autoaceptación del

mundo. El mundo, al igual que el hombre, ha de aceptarse a sí mismo, y va a hacerlo mediante el constante, el eterno retorno; de este modo se reafirma la voluntad cósmica de ratificarse y ser ella misma. Al mismo tiempo esta incesante vuelta atrás supone la expresión cósmica del espíritu dionisiaco al que antes hacíamos referencia. El mundo está desprovisto de todo carácter de racionalidad y por lo tanto no es ni imperfecto, ni bello, ni noble, sino que es más bien la explosión de las fuerzas desordenadas. Es por ello por lo que se hace necesario este eterno retorno que supone su autoafirmación. La destrucción de la imagen de un universo ordenado y perfecto es un gran reto para el individuo y una verdad terrible que le empuja de nuevo a superarse. Ante esta terrible certeza, esta verdad sobre el hombre el individuo no tiene más remedio que conformar su vida al enigma de Dionisos. "El mundo ofrece al hombre el espejo donde mirarse"(2).

El mundo supone un reto, una afrenta continua al individuo que se ve entonces impulsado a superarla, la única forma que garantiza el triunfo es el "amor fati", es decir amar únicamente lo que es necesario, lo que ha de acontecer. Este amor da lugar a que la voluntad comprenda el pasado en su ciclo de poder. El mundo es un eterno retorno, y por ello es necesario el amor a los hechos, a lo inexorable, entonces ¿cual es el papel que le queda a la historia en esta concepción? Nietzsche distingue tres concepciones de la historia según el punto de vista que se adopte, la primera de ellas es la que denomina la historia monumental, este punto de vista lleva implícita la idea de que los grandes monumentos de la lucha individual van formando una cadena a lo largo del tiempo; de este modo la historia proporciona al hombre los ejemplos pasados que le servirán de modelo para superar sus actuales dificultades.

des .La segunda concepción de la historia puede denominarse la historia arqueológica. Al individuo le interesan los hechos del " día a día" en los tiempos pasados, que crean una admiración por la mediocridad constitutiva de la vida cotidiana en el pasado que puede impulsar al hombre a sobreponerse a las miserias de su propia vida. Por último existe una historia crítica que ayuda al individuo para aniquilar el pasado y rehacerse a si mismo.

La aceptación infinita de la vida, sin embargo, no es igual a la aceptación del hombre, el hombre como tal ha de ser superado ya que el superhombre es el sentido de la tierra. El individuo no es, pues, el fin en si mismo sino unicamente un puente entre el animal y el superhombre, que no es sino la encarnación y la expresión de la voluntad de poder. La doctrina del superhombre ha sido objeto de numerosas críticas y origen de algunas consecuencias; se ha querido ver una influencia de esta doctrina en las teorías racistas de los nacionalsocialistas alemanes; sin embargo no creemos que se pueda establecer una línea de relación directa entre ambas concepciones.

El superhombre de Nietzsche es la idea que culmina y resume toda su concepción filosófica y en particular su idea del mundo y de la existencia del individuo. El superhombre se caracteriza ante todo por su libertad de espíritu. La máxima que marca su actuar es "llegar a ser lo que es", es necesario, pues, que se establezca una gran diferenciación entre él y los demás hombres comunes. El superhombre ha de ser un ser aislado en la lucha consigo mismo y volcado unicamente en llegar a diferenciarse, a ser superior al resto de los mortales. Para esto, para entablar su lucha y a la vez su aceptación del mundo ha de renunciar ante todo a la certeza,

de este modo limita grandemente sus posibilidades de error a la vez que queda a merced de sus propios esfuerzos sin apoyo alguno adonde asirse. El superhombre es el filósofo del futuro, el denominador y el legislador. Este punto es sumamente interesante ya que apreciamos que en Nietzsche el conocimiento equivale a creación y no a mera pasividad intelectual, aquí no vale el conocimiento por la pura satisfacción intelectual sino que aparece como medio de dominar el mundo; el poseedor de conocimiento, el filósofo, se convertirá en el amo del universo porque soporta la cruel verdad de este y así lo acepta; como decíamos conocimiento equivale a legislar y finalmente el querer significa la verdad y la fuerza.

Hemos tratado de exponer las principales ideas que definen al pensamiento de Nietzsche, una vez hecho esto se comprende cual pudo ser la repercusión y a la vez el escándalo que estas provocaron entre los intelectuales del último cuarto del siglo XIX. Pero junto a esto también comprendemos el enorme atractivo que encierran y que da lugar a la repercusión de su discurso, reconocida o cuidadosamente oculta, sea una constante en el pensamiento social occidental hasta llegar a nuestros días. Sin embargo la filosofía de Nietzsche es considerada por numerosos estudiosos (3) como la de un gran romántico a pesar de ser un gran revulsivo para el momento en que aparece; la enorme sed de infinito apoyaría esta tesis y también el hecho de que este afán se intente realizar siempre en el hombre y para el hombre. En resumidas cuentas se puede afirmar que Nietzsche trata de transferir al hombre la infinitud de la vida y lo ilimitado de su poder. La filosofía de nuestro autor es claramente un ambicioso intento de construir una cosmogonía y no una teología como se ha llegado a decir, es indudable que aparecen numerosos aspectos de su pensamiento que se presentan

como religiosos pero en realidad son aspectos subordinados de un "naturalismo cosmológico". Es este mismo carácter cosmológico el que hace inútil e insignificante la concepción de la filosofía como investigación, apareciendo el filósofo como fruto de una voluntad irracional, a la vez que explosión orgiástica de su entusiasmo. La unidad de la persona es la unidad de una tarea que trasciende al individuo y que encuentra la razón de su humildad y solidaridad con los demás hombres. Es esta lucha por la unidad de la persona y la progresiva convicción de que es imposible convertirse en un superhombre, al carecer de todas las cualidades necesarias para ello lo que marca toda la vida de Nietzsche y lo que constituye su tragedia. La dramática conclusión de su vida es una enseñanza fecunda, la última que el gran pensador nos quiso legar: hay que afrontar y superar el riesgo que entraña la tarea de engrandecimiento del hombre aunque el riesgo de fracasar sea muy grande.

II.7. EL POSITIVISMO.

En realidad el objetivo central de este capítulo era el de presentar al lector la situación del pensamiento social en el momento en que va a comenzar a dibujarse lo que posteriormente se ha dado en llamar la teoría de las élites, es decir la última década del siglo que nos precede; sin embargo una vez emprendida esta labor nos hemos ido dando cuenta paulatinamente de que el capítulo quedaría inconcluso si no hiciéramos referencia, aunque brevemente, al positivismo. ¿Y por qué esta conclusión? Por dos razones principales; en primer lugar porque durante este periodo van a ir surgiendo las primeras críticas que por un lado superan a este positivismo y por otro dan lugar a la aparición de toda una serie de escuelas que dentro de la tradición positivista apuntan nuevas soluciones a los problemas que se van planteando y que marcan considerablemente la evolución del pensamiento filosófico del siglo XX. En segundo lugar no debemos olvidar que los autores objeto de nuestro estudio, y muy en particular Mosca y Pareto, proceden de la tradición positivista y en muchos aspectos permanecen dentro de ella, a pesar de que la transformen y la superen en ocasiones. Por lo tanto y aunque nos salgamos un tanto del marco histórico que nos señalemos al comienzo nos parece imprescindible dedicarle algunas páginas a este tema.

¿Qué es el positivismo? es la pregunta que debemos hacernos ante todo; numerosas respuestas han sido dadas a este tema, pero vamos a fijarnos ahora en la que nos propone Kolakowski en un magnífico libro sobre este problema(1). Para este estudioso el positivismo es a la vez una postura filosófica con respecto al saber humano y un conjunto de reglas y criterios de juicio acerca

del conocimiento humano. Existen una serie de reglas que ha de cumplir todo pensamiento que quiera llamarse a si mismo positivista y que es interesante tener en cuenta para poderlas aplicar más adelante a nuestros autores. En primer lugar todo positivismo es profundamente fenomenalista, es decir mantiene que no hay una diferencia real entre la "esencia" y el "fenómeno". En segundo lugar el nominalismo es también un elemento típico entre los positivistas, es decir la prohibición de suponer que un saber cualquiera, formulado en términos generales, tenga en la realidad otros equivalentes además de los objetos concretos singulares. Las situaciones ideales son equivalentes a nuestras mismas producciones, sirviendo de descripción, más concisa y generalizadora, de las realidades empíricas. El mundo conocido se reduce, pues, a un conjunto de hechos individuales y observables, y lo único que tiene que hacer el saber es ordenarlos. De este modo el saber verdadero es aquel que tiene una utilización práctica en la realidad, ya que permite prever determinados acontecimientos en función de otros previamente conocidos. El saber abstracto va a subordinarse, de este modo, por completo a la experiencia dado que no es más que un modo de ordenación concisa y clarificadora de los datos experimentales, careciendo de toda función cognoscitiva autónoma. El tercer rasgo característico del pensamiento positivista se deriva directamente de todo lo dicho con anterioridad, en ningún caso el positivismo admite que los juicios de valor o los enunciados normativos tengan algún valor cognoscitivo, este se reserva unicamente a los hechos, los fenómenos observables en la experiencia. Sin embargo hemos de hacer una precisión, es necesario distinguir entre juicio de valor propiamente dichos y juicio de carácter tecnológico, este último si puede dividirse en un grupo de verdaderos y otro de de falsos.

Todas las características anteriormente expuestas forman un núcleo, una unidad de pensamiento con una cuarta nota que ahora apuntamos: la fe en la unidad del método de la ciencia. Para los positivistas no va a haber diferentes tipos de ciencias con distintos modos de conocimiento de sus peculiares objetos de estudio; los modos de adquisición de un conocimiento válido son los mismos en todos los campos de la ciencia, al igual que son consideradas similares las etapas de la elaboración de la experiencia a través de la reflexión teórica. Las indudables diferencias entre las ciencias son solamente consideradas como diferencias cuantitativas que se atribuyen a los distintos estadios históricos de estas. Todo ello lleva a la presentación de la física como la ciencia única y suprema muy en consonancia con la tradición que nos llega desde Newton. Es indudable que esta concepción de la ciencia va a traer numerosos quebraderos de cabeza y dará lugar a grandes contradicciones entre aquellos positivistas dedicados al estudio de las ciencias sociales.

Con estas cuatro características poseemos una visión clara de lo que es y supone la filosofía positivista, no es necesario ahora más que ver cuáles son sus orígenes y los modos en que se manifiesta en la época inmediatamente anterior a la de Pareto, Mosca y Michels. Los orígenes lejanos del positivismo se han encontrado en la filosofía griega, y concretamente en el pensamiento de los estoicos, escépticos y atomistas. No hay, sin embargo, una clara línea de continuidad entre estos y las formas actuales de esta corriente de pensamiento. Un nuevo antecedente se halla en el nominalismo del siglo XI con todas sus consecuencias teológicas, pero ya observamos claramente un inicio de la línea de continuidad con el resurgimiento de los estudios naturales en los siglos XIII y

y XIV, y en particular en las figuras de R. Bacon y W. Ockham (3). En el pensamiento de Bacon ya se expone la idea de que el saber ha de someterse a la verificación empírica, al tiempo que se mide el valor de este conocimiento por la eficacia de sus aplicaciones. Por su parte Ockham es un nominalista extremadamente radical que pretende eliminar de la filosofía todas las categorías conceptuales que no tengan un equivalente en la experiencia sensible. Aparte de estas ideas realmente revolucionarias Ockham va a osar la teología natural, lo que equivale a negar la posibilidad de la existencia de una disciplina científica en el campo de la fe y la religión. La tradición nominalista inaugurada por este pensador no va a ser desperdiciada y hasta el Renacimiento aparecerán una serie de nominalistas radicales entre los que podemos citar a Jean de Mirecourt y Nicolas d'Autrecourt.

La gran tarea del nominalismo va a consistir en el intento de formular reglas para dilucidar en nuestro conocimiento aquellos elementos dignos de una confianza absoluta a fin de poder construir una verdadera ciencia, es decir se tratan de alcanzar los contenidos del conocimiento definitivos e infalibles, pero no es que se pretenda exponer la teología medieval sino que se refieren a aquellos elementos o fenómenos que aparecen como reales ante nuestros sentidos. Esta nueva postura lleva a que se realice una crítica incisiva y profunda a toda la metafísica aristotélica. El saber que ha de lograrse está contenido únicamente en los juicios analíticos y en las descripciones de nuestra percepción individual. Durante este periodo a los esfuerzos de los nominalistas van a unirse las corrientes pragmáticas, entre cuyos máximos representantes destacamos a Jean de Buridau. A pesar de la

indudable importancia de estos pensadores dentro de la historia de la filosofía no existe realmente una recepción de sus discursos en el primer positivismo.

Se inicia más tarde una época en la cual no se encuentran rastros de pensamiento positivista, el Renacimiento, hemos de esperar al siglo XVII para hallar su resurgir; en este momento el positivismo entra en íntima relación con el nacimiento de la mecánica moderna. Galileo, una de las máximas figuras de esta época, por no decir la mayor de todas, va a plantearse todo un programa fenomenalista de conocimiento. Para él la ciencia va a reducirse a la descripción cuantitativa de los fenómenos mensurables, pero reconociendo al tiempo la importancia de la idealización en la construcción del saber. Así pues, nos propone un modelo de ciencia realmente muy moderno en el cual la experimentación y la observación van a ocupar un lugar muy importante pero no el decisivo. Lo fundamental en la ciencia va a ser el planteamiento de las hipótesis que habrán de ser verificadas posteriormente; para ello el científico hace una pregunta a la naturaleza e intenta que esta le responda positivamente. Lo importante de Galileo es que en su discurso se hace un fuerte hincapié en el hecho de que el punto fundamental en el proceso es aquel en el que se plantea la hipótesis, esta se basa en la observación de la realidad por el investigador, pero supone dar un paso más allá de la pura contemplación de los fenómenos naturales. En segundo lugar, y después de haberse planteado la hipótesis, se trata de comprobarla recurriendo a la experimentación, aquí lo decisivo es el hecho de lograr construir un ejemplo que cumpla todas las condiciones exigidas en la hipótesis, y que por lo tanto afirme su veracidad. En este punto la labor principal se recae en encontrar y esbozar el

el ejemplo y no el que pueda haber otros fenómenos naturales que refuten parcialmente las hipótesis.

Realmente es D.Hume (4) el verdadero padre de la filosofía positivista, su crítica al pensamiento filosófico anterior así como sus nuevas aportaciones inician el fuerte desarrollo del positivismo en el pensamiento occidental. Hume emprende una dramática destrucción de los ideales racionalistas del siglo XVII y al mismo tiempo decide acabar con la legitimidad del razonamiento inductivo. Para lo que nos interesa a nosotros este autor afirma que sólo valen los conocimientos del saber que se para en las descripciones de las cualidades sensibles dadas cada vez en un acto singular de la percepción; el sentido de todo saber queda, pues, reducido a una esfera estrictamente pragmática. No existe un conocimiento que posea una certeza absoluta para Hume, únicamente podemos lograr acercarnos a esta verdad de un modo aproximativo, sabiendo que nunca podremos aprehenderla en su totalidad; este va a ser el problema que lega a los futuros positivistas. De este modo el autor va a llevar al empirismo a su forma más radical, la cual llega incluso a cumplir la autodestrucción de la doctrina empírica al marcar claramente sus limitaciones. El positivismo ilustrado, dentro del cual se inscribe la obra de Hume, intenta reinsetar al hombre en su medio biológico y social natural y para ello propone una teoría sensualista del conocimiento. El hombre va a convertirse en el centro de todo conocimiento, y a él se supeditan y sedirigen los avances en las diferentes disciplinas. Todo ello lleva a que se realice un estudio intensivo de las necesidades humanas concretas. La filosofía de Hume ilustra la lucha de las luces contra la tradición anterior, los puntos concretos contra los que es mas incisivo son la metafísica, los prejui-

cios, la desigualdad social característica del Antiguo Régimen y finalmente los gobiernos despóticos. Hume es claramente un hombre de una nueva época, y nos lo encontramos también como uno de los padres del liberalismo.

II.7.1. El positivismo de Augusto Comte.

Nos interesa particularmente resaltar la figura de Comte en este apartado dado que, por un lado, es el primer gran positivista que aplica dicho método a un nuevo campo de conocimiento: la sociología, y por otro lado, por el mismo hecho de ser considerado como el padre de los estudios de la sociedad y por la gran influencia de su pensamiento, va a ser tomado como blanco de los ataques que Pareto va a lanzar a lo largo de sus escritos, en contra de la postura evolucionista que hace encarnar en este autor. Sería algo largo y complicado el pretender exponer en líneas generales todo el discurso comtiano, lo único que queremos lograr es plantear los puntos esenciales de su doctrina, aquellos que serán objeto de largas y arduas controversias en los años sucesivos a la publicación de su obra.

El estudio de Comte es sinularmente complicado ya que es muy difícil dar una definición precisa de su positivismo, su obra no constituye realmente una unidad de pensamiento sino que se pueden marcar dos épocas claramente diferenciadas y hasta opuestas. Hemos de recordar que más o menos en la mitad de su vida se produce una ruptura, al parecer causada por un ataque de locura según exponen algunos autores, cambiando tras este hecho la orien-

tación de su pensamiento; de este modo es difícil hablar de un sólo Comte, el cual, por otro lado, nos presenta unos escritos, tanto en la primera parte de su vida como en la segunda plagados de ambigüedades. Sin embargo parece que hemos de fijarnos más en el primer periodo, que es el que plantea el intento de construcción de una ciencia positiva de la sociedad, mientras que en el segundo Comte dedica todo su esfuerzo a concebir una forma de religión positiva que será la que habrá de reinar en la sociedad ideal que él ha concebido (5).

A. Comte va a basar su concepción de la sociedad en la idea de progreso; las sociedades evolucionan de un modo lineal a través de diferentes etapas, cada una de las cuales supone un avance frente a la anterior, así en la historia de la humanidad nos encontramos con que van sucediéndose épocas orgánicas y épocas críticas. La idea del progreso no sólo es aplicable a las formas de organización de los hombres en comunidad, sino que también existe en el saber humano, las leyes de desarrollo del saber humano son también leyes que tienen un carácter histórico y que atraviesan las mismas fases que las anteriores. De este modo la historia va a dibujarse como una línea ascendente, en la que no encontramos ni rupturas ni pausas, sino que cada nuevo acontecimiento contribuye a la marcha hacia etapas sucesivas y mejoradas tanto del saber humano como de la organización social. Es importante notar que en discurso comtiano se establece un estrecho paralelismo entre etapas históricas de desarrollo del saber humano y etapas de diferentes formas de organización social; va a ser el estadio en el que se encuentren los conocimientos humanos el que va a dar lugar a que la forma de la sociedad sea una y no otra radicalmente diferente. Podemos decir, así, que en Comte el factor que

podríamos denominar el ideológico va a ser el determinante a la hora de considerar los cambios acaecidos en la historia de las sociedades humanas.

La sociedad que aparece en los escritos comtianos es una entidad autónoma y orgánica, los hombres viven en sociedad por una tendencia innata a vivir en comunidad y no por ningún tipo de interés. El hombre es, naturalmente sociable, y Comte parece rechazar con esta afirmación toda idea de contrato o de asociación por un mutuo acuerdo. Al plantearse la idea de que las etapas del desarrollo del saber humano son paralelas a las de la evolución de las formas sociales se llega a una visión instrumentalista de la ciencia. Esta se presenta como un mero hecho sociológico, como un instrumento para ejercer las facultades humanas; la ciencia es importante por su utilidad, se pretende conocer para aplicar este conocimiento y a la vez hacer avanzar a la sociedad hacia formas de organización más perfectas. Es esta concepción la que da lugar a la tan conocida "ley de los tres estadios". Para Comte el saber humano, y por lo tanto las sociedades, han pasado por tres etapas diferenciadas; la primera de ellas es el llamado Estado teológico, los hombres atribuyen los fenómenos de la realidad a la acción de fuerzas ocultas y divinas que no pretenden explicar, en segundo lugar se encuentra el Estado metafísico, etapa superior a la primera, que corresponde a la Edad Media europea. Por último aparece el Estado positivo, en el que está entrando la Europa del tiempo del autor, que constituye el escalón supremo que puede alcanzar tanto los conocimientos humanos como la forma de organización social. En este estadio ya no van a hacerse los hombres preguntas sobre la naturaleza de las cosas como en la etapa anterior, cho-

ra la ciencia es plenamente positiva y va a estudiar los fenómenos y sus manifestaciones y no su esencia. El hombre alcanza, en este momento, la formulación de las leyes de las cosas mediante la observación, la experimentación y el cálculo; la ciencia es aquí ampliamente fenomenalista y nada subjetivista.

Comte pasa así al estudio de la etapa positiva analizando el papel de las ciencias y el puesto de la sociología dentro de estas, presentando un amplio esquema de organización social en el cual la religión ocupa un lugar importante. No vamos a detenernos aquí en la explicación muy detallada de todos estos puntos pero si queremos presentar muy brevemente la concepción de las ciencias, y en particular de la sociología del autor, para poder compararla más adelante con la de los teóricos de las élites.

La primera tarea en la que se vuelca Comte es en ordenar las ciencias por medio de un análisis histórico y sistemático para poder atribuirles un puesto dentro de la nueva sociedad positiva; por ello escoge dos principios de jerarquía que van a ser, por un lado, la creciente generalización de las ciencias y por otro su mayor o menor grado de complejidad. De este modo nos presenta una relación de las ciencias yendo desde la menos compleja y más general que sería la matemática, hasta la más compleja y menos general que sería la sociología. Esta jerarquía, para Comte, nos permite encontrar el orden lógico histórico y pedagógico de las ciencias apareciendo la sociología en último lugar, pero a la vez como la cumbre de la pirámide científica que ha de reinar en el estado positivo. Las ciencias han de evaluarse, ante todo, por sus valores uti-

litarios, el intento de hallar sus principales leyes no es sino la tarea principal a realizar en la búsqueda de su valor práctico e instrumental. A pesar de que, como hemos dicho, parece que Comte reserva un puesto privilegiado a la sociología no es posible negar que respeta la total autonomía de las ciencias, su unidad va a marcarse simplemente a través de su dependencia mutua y bilateral.

La sociología es, pues, la reina de las ciencias en el estado positivo, ya que ella es quien confiere un sentido al saber humano en su conjunto. Decíamos unas líneas atrás, que para Comte las ciencias son también hechos sociales, por ello es posible que la sociología descubra las relatividades sociales del resto de las disciplinas. A partir de aquí, y una vez marcado el puesto y el objeto de la sociología, en esta búsqueda constante del orden y de las clasificaciones duraderas que caracteriza al pensamiento comtiano, el autor pasa presentarnos el contenido de la ciencia cumbre. El planteamiento sociológico de Comte anula las teorías del contrato social, el individuo es una construcción individual y la sociedad es una realidad original formada por la propia voluntad de los hombres y no por sus intereses o por un pacto común. En una corriente muy característica de la época este pensador mantiene una constante analogía de la sociedad con el organismo biológico: de este modo toda formación social pasa por diferentes edades según el estadio en que se encuentre. Además la estructura de una sociedad va a ser siempre inmutable como lo es la estructura de un organismo, los órganos cumplen funciones permanentes e inalterables, ya que cualquier alteración en un órgano llevaría consi-

go, como en el organismo biológico, una disfunción, y por lo tanto una "enfermedad" del organismo social. Este planteamiento es el que ha dado lugar a que se le critique a Comte la exagerada estaticidad de su discurso; el cambio y la transformación están infravalorados. Cuando Comte reconoce la existencia de un fenómeno de cambio tan importante como es el de la revolución, va a decirnos que esta es únicamente un cambio en la forma, pero jamás en la estructura.

Dentro de esta estructura social inmutable Comte va a conceder un papel preponderante a la religión, que es entendida como un elemento social inmutable. Esta inmutabilidad lleva a que sea necesario construir una nueva religión profana adecuada con el estado positivo que se convierta en la religión de la humanidad. A esta tarea es a la que se va a dedicar Comte en la segunda etapa de su obra, y este hecho es el que da lugar a numerosas críticas y controversias. Planteadas las bases de su sistema le queda a Comte el trabajo de mostrarnos como va a ser su nuevo estado positivo; en este, junto a la religión que va a reproducir la forma y la estructura de la Iglesia católica, va a asignar un puesto fundamental a la familia, célula esencial de la vida colectiva.

A grandes rasgos este es el pensamiento del que ha sido llamado el padre de la sociología, es, ~~per~~ vamos tener ocasión, en capítulos posteriores, de analizar la posible influencia de éste sobre los teóricos de las élites, al tiempo que resaltar las críticas y los planteamientos que estos le

oponen.

II.7.2. Otras corrientes del positivismo en el siglo XIX.

Un estudio completo sobre el desarrollo del pensamiento positivista en el siglo XIX podría ser objeto, no ya de un capítulo de una tesis, sino de una tesis entera; no es este el lugar apropiado, ni nosotros nos sentimos con fuerza para llevar a cabo esta labor. Si nos interesa, sin embargo, marcar algunas de las líneas generales acerca de como aparece el positivismo en estos momentos, cuales son sus diferentes escuelas, y en definitiva ver en que ambiente se desarrolla el particular positivismo de nuestros teóricos de las élites.

Es importante señalar, ante todo, el gran auge de las ciencias biológicas que tuvo lugar entre los años 1860 y 1870 en toda Europa, y que tuvo una gran repercusión sobre el desarrollo de las ciencias sociales del momento. Dentro de este auge hay que destacar la gran figura del fisiólogo Claude Bernard, verdadero padre de la fisiología moderna (6) que plantea las reglas de pensamiento a las que habrá de someterse todo científico; estas reglas serán seguidas, no sólo por los científicos del campo de las disciplinas naturales sino que intentarán ser respetadas por los pensadores sociales. Bernard plantea que, ante todo, cualquier investigador ha de someterse al veredicto de los

hechos, excluyéndose a priori cualquier subjetivismo en el procedimiento científico. Ha de aceptarse, previamente, al inicio de la tarea científica un determinismo riguroso de los hechos, es decir que los mismo fenómenos han de repetirse si se dan las mismas condiciones. La tarea de la ciencia es, pues, el descubrimiento de las relaciones constantes entre las condiciones y los fenómenos, La ciencia, y esta es otra regla que ha de procurarse cumplir al pié de la letra, ha de mantenerse neutral frente a las cuestiones filosóficas, del mismo modo que estas no afectan a los hechos, principio y fin del estudio. Una vez alcanzada la formulación de una hipótesis que parezca capaz de explicar una relación entre una determinada condición con un fenómeno, aparte de verificarla mediante los hechos de la experiencia, Bernard nos propone la contraprueba como medio decisivo para resolver los procedimientos naturales. Se trata, no sólo de someter las hipótesis a los hechos de la experiencia, sino también de someterla a la prueba de procedimientos falsificadores.

Las ideas de C. Bernard, como las de otros científicos del momento van a dar lugar a que se resuma toda la filosofía natural en el conocimiento de las leyes de los fenómenos; la problemática experimental intimamente ligada con el conocimiento científico se resuelve en la previsión de los fenómenos y en su dirección. De este modo van a ir apareciendo toda una serie de corrientes que van a considerar que el pensamiento humano ha de tratarse como un hecho natural o mejor dicho biológico; se reduce meramente a una actividad orgánica y como tal ha de estudiarse. Sin embargo Bernard plantea que la actividad científica no va a

ser meramente utilitaria como en el caso de Comte, al que antes hacíamos referencia. De especial interés resulta, por otro lado, que aparezca en este autor la primera explicitación del principio positivista de la separación de las cuestiones filosóficas y científicas.

Dentro de la corriente positivista del siglo XIX nos topamos también con dos autores ingleses que se sitúan dentro de la más pura tradición liberal: J. Stuart Mill y J. Bentham; dado que dedicamos un apartado al tema del liberalismo decimonónico, preferimos incluir su aportación positivista en este.

Existe una gran influencia en el positivismo de estos años que no podemos pasar por alto ya que va a tener una importancia indudable para el desarrollo del pensamiento social: la teoría de la evolución. En base a las ideas recibidas de esta teoría va a extenderse el conocimiento de las regularidades biológicas a la totalidad de los comportamientos y producciones humanos. El mayor representante de esta tendencia es H. Spencer (7), considerado como Comte como otro de los grandes padres de la sociología. Spencer considera que el objeto de la filosofía pasa por la necesidad de unificar las ciencias, es decir de explicar en un sólo lenguaje las formas múltiples y cualitativamente diferenciadas de las variaciones existentes tanto en el mundo natural como en el social.

La evolución es la característica básica que define a todos los organismos vivientes, y, como es lógico, la socio-

dad se considera como uno más dentro de estos; de este modo se piensa que esta evolución implica dos procesos: la integración y la diferenciación; estos son visibles tanto en la vida de los animales como en la historia de las sociedades. Cuando estudiemos la historia de las formas sociales se verá que existe una pauta común que las define a todas ellas, el progreso. Al igual que en todos los seres vivientes las asociaciones humanas avanzan en una línea ascendente hacia formas más perfeccionadas, en este caso lo que las distingue es el proceso hacia una creciente diferenciación. Por esto es por lo que observamos que se va pasando de estructuras homogéneas a estructuras cada vez más heterogéneas. Este argumento de la diferenciación va a ser tomado también por otro gran sociólogo de la época que se inserta dentro de esta tradición: E. Durkheim.

Para Spencer existen unos límites en el conocimiento que no se pueden sobrepasar, junto al mundo de los fenómenos que llega a ser aprehendido y dominado por el espíritu humano existe el mundo de lo incognoscible; de este modo Spencer concilia las ideas de la ciencia y de la religión. De todas formas el mundo cognoscible es una manifestación de un mundo desconocido. La sociedad, para nuestro autor, se desarrolla según leyes naturales; existe una profunda analogía entre los caracteres de la función y la estructura de la sociedad y las cualidades de los organismos vivos. En definitiva la ley biológica de la supervivencia de los "mejores adaptados" es el único fundamento posible de la vida moral. Spencer da muestras en su pensamiento de unas características que van a ser comunes para muchos autores de su época, junto a un gran mecanicismo tiene una gran fé en la unidad de

la ciencia, nota muy particular de los positivistas como ya adelantabamos al comienzo del capítulo; todo ello se mezcla con un naturalismo y una teoría empirista del conocimiento. Por último, a diferencia de Comte, es un agnóstico en cuestiones religiosas no concediendo importancia alguna a la religión en la sociedad contemporánea.

En el último cuarto del siglo XIX, justo cuando comienza a aparecer la obra de los teóricos de las élites, se van a producir grandes cambios en el pensamiento de los pensadores positivistas, algunos de los cuales van a ser resentidos por nuestros autores. La influencia de las tendencias psicologistas y subjetivistas hace aparecer una nueva escuela dentro del positivismo que se ha denominado empirocriticismo, siendo sus máximos representantes Mach (8) y Avenarius (9). Esta escuela emprende la tarea de destruir la subjetividad organizada en el "yo" renunciando al sujeto, que pasa a ser considerado como realidad extraexperimental. No vamos a entrar en una exposición detallada de las múltiples escuelas que aparecen durante estos años, sino que vamos a nombrar sólo a las más importantes así como sus características más señaladas. Casi al mismo tiempo en que va tomando auge la corriente empirocriticista se desarrolla, fundamentalmente en Francia, otra rama del positivismo que se ha denominado el convencionalismo. Sus principales representantes son en este caso H. Poincaré (11) y E. Le Roy (12). Su idea principal va a ser que existen determinadas aserciones de las ciencias exactas que son, en realidad productos intuitivos de un modo artificial, los datos de la experiencia dejan una amplitud suficiente para determinar

hipótesis explicativas y la elección entre estas no se resuelve de modo alguno por la experiencia, dando esto lugar a que cualquier imagen que nos hagamos del mundo sea puramente convencional.

Junto al empirocriticismo y al pragmatismo van apareciendo dos grandes escuelas que, sin embargo, parecen pertenecer plenamente al siglo XX más que a la época que nos interesa, los últimos años del siglo XIX; estas son el pragmatismo y el empirismo lógico. El pragmatismo, cuyas figuras más sobresalientes son Ch. Peirce (13), William James (14) y John Dewey (15), puede ser encuadrado dentro de la denominada "filosofía de la vida", aunque tiene también una amplia relación con el positivismo. Su origen es claramente norteamericano y supone una fuerte reacción contra los sistemas metafísicos cerrados, el rigorismo cientista y la metafísica materialista. Por su parte el empirismo lógico, que también se suele incluir dentro de la "filosofía analítica", considera que el objeto principal de la reflexión filosófica es el análisis del lenguaje; se trata de asociar la interpretación empirista del saber con la aplicación compleja de los métodos matemáticos. Pero los filósofos de esta escuela la experiencia es la única vía de conocimiento del mundo, tal y como proclamaron algunas de las figuras más sobresalientes de este grupo como Ludwig Wittgenstein (16), Carnap (17) y K. Popper (18), pero estos ya son pensadores bien entrados en el siglo XX.

Este rápido recorrido por los orígenes y desarrollo del positivismo habrá de estar siempre presente cuando ana-

licemos el pensamiento, y mejor dicho las bases de su discurso, de Pareto, Mosca y Michels. Emplazamos al lector hasta este momento para volver a tratar el tema.

II.8. EL LIBERALISMO. ORIGEN, DESARROLLO Y CRISIS.

¿Por qué un apartado dedicado al liberalismo en una obra que pretende estudiar la teoría de las élites? se preguntará el lector al llegar a estas páginas. ¿No está un poco fuera de lugar? Pensamos que, al igual que es necesario tener en cuenta algunas nociones de lo que es el positivismo y cual fué su evolución en los últimos años del siglo pasado, también debemos saber que es el liberalismo y cual era su situación en el momento de emerger la teoría de las élites. Se ha dicho que tanto Pareto como Mosca y Michels escriben para rechazar el marxismo, y así es en parte, pero solamente en parte; de todos modos existe en toda su obra, algo menos quizá en la de Michels, un fuerte aroma a liberalismo, al tiempo que en numerosas ocasiones asistimos a una verdadera añoranza de la época de esplendor del régimen liberal en la Europa decimonónica. Por todo ello nos interesa exponer de un modo muy genral que es y que significa el liberalismo para poder contar posteriormente con los suficientes elementos de juicio para evaluar la influencia de este en el discurso de nuestros autores. Esto es lo que intentamos hacer en las suscintas páginas que aquí presentamos.

Los orígenes del pensamiento liberal se centran en Inglaterra tras la Revolución incruenta de 1688, a partir de este momento el gobierno inglés va a ser una monarquía sometida al Parlamento, un gobierno defensor de los intereses de una clase muy determinada pero que permite ciertas expresiones de representación, y por lo tanto puede muy bien ser

calificado de liberal en comparación con el panorama político europeo del siglo XVIII; por otro lado es una forma de gobierno extremadamente duradera permaneciendo prácticamente inalterable durante cien años. Los principios de esta forma de gobierno van a ser establecidos fundamentalmente por Halifax (1) y por Locke (2). En Halifax encontramos ya la idea de que la nación es quien hace al gobierno y no al contrario, afirmando el poder inherente al autodesarrollo del pueblo por encima de las diferentes formas de gobierno. En definitiva Halifax llegará a mantener que la fuerza de un gobierno depende del consenso que lo mantenga, por ello es muy positiva la existencia de un cuerpo de representantes cuya función sea la de aconsejar al gobierno, aunque aún no se predique la supeditación gubernamental al cuerpo elegido. Halifax, que piensa que es imposible gotmulst una verdadera teoría política, dedica su obra a la defensa de los principios de la revolución de 1688, para ello va a pasar revista a las diferentes posibilidades de gobierno en Gran Bretaña. Entre los diferentes modelos, la monarquía absoluta la "commonwealth" o la "mixed monarchy", se inclinará decididamente por esta última. La "mixed monarchy" no es sino un gobierno constitucional que divide el poder entre el rey y el parlamento. El pensamiento de Halifax supone un gran avance en la Historia de las ideas políticas, pero aún da muestras de debilidades, achacables al momento histórico en que escribió; por ejemplo no ve la necesidad de que los ministros sean responsables ante la cámara de representantes y dependientes de estos, ni que los partidos políticos son una institución inherente al gobierno parlamentario.

Locke dedica también su obra a la defensa de la revolución, lo que da lugar a que en aras de la eficacia propagandística sus escritos pierdan profundidad en el análisis. Intimamente ligado a la tradición medieval, a través de Hooker, va a partir de la idea clave de que el gobierno es responsable ante la comunidad que gobierna, oponiéndose, de este modo, al pensamiento de Hobbes, aunque la tensión que se establece en sus escritos tiene su origen en el esfuerzo de aunar ambas tradiciones. El pueblo inglés es un grupo social que persiste a través de los cambios, por lo que posee una serie de normas morales que los gobernantes han de respetar. Al mismo tiempo Locke se acerca a Hobbes al definir a la sociedad en términos de intereses individuales, siendo llevado a esta conclusión por su teoría de los derechos naturales; de aquí se llega a un planteamiento tremendamente egoísta propio de su discurso, que justifica la existencia tanto del gobierno como de la sociedad, con el único fin de preservar estos derechos individuales, y siendo limitados, al tiempo, por estos.

La aparición de la sociedad se funda, pues, en el interés común de los individuos por garantizar sus derechos, pero ello no quiere decir que el estado natural sea un estado hobbesiano sino que, por el contrario, se trata de una situación de paz, buena voluntad y mutua asistencia; el único defecto reside en que carece de una organización suficiente para hacer cumplir las normas del derecho. Toda la teoría de Locke va a depender, pues, de lo que quiera decir cuando utiliza el concepto de ley natural, pero el gran problema reside en que no trata jamás de profundizar en este

tema. El gobierno existe para garantizar los derechos individuales innatos al individuo que lo son atribuidos por ley natural, y un ejemplo muy claro de este mecanismo reside en su concepción del derecho de propiedad. Al trabajar el hombre extiende su propia personalidad a los objetos que produce, haciéndolos parte de sí mismo, por ello la sociedad y el gobierno han de proteger este derecho, al igual que, en la misma línea, deben de actuar del mismo modo con los demás. La máxima de Locke va a ser pues "vida, libertad y estado".

La concepción de este autor es tan egoísta como la de Hobbes, y es a partir de este hecho por lo que todo el pensamiento del siglo XVIII va a mantener una explicación de la naturaleza puramente egoísta, basada en el placer y el dolor. Al igual que va a ocurrir con todos los liberales posteriores Locke va a considerar que la preservación del bien común y la protección de los derechos privados son un sólo y mismo hecho. La gran dificultad de todo este discurso reside en el hecho de es difícil ver la justificación filosófica de la teoría de los derechos naturales, al tiempo que no se comprende claramente como llega a unir su teoría política con su postura filosófica. Para fundar su pensamiento político y social el autor mantiene una teoría empírica del origen de las ideas, toda ciencia empírica, además, puede demostrar su verdad recurriendo a la experiencia, del mismo modo que cualquier ciencia en la que pueda confiarse ha de ser demostrable. Por lo tanto Locke aunó una teoría empírica de la mente con una teoría de la ciencia y del procedimiento plenamente racionalista;

esto lleva a que toda su filosofía social sea una mezcla de espíritu crítico y de dogmatismo en diferentes cuestiones.

De todo su discurso anterior no podía sino derivarse la idea de una sociedad civil fundada en el consentimiento de sus miembros. Locke va a postular la existencia de dos contratos, el primero que se establece entre los individuos para dar lugar a la aparición de una comunidad, y un segundo entre la comunidad y el gobierno. Es en base a este doble contrato como se puede afirmar que tanto la sociedad como el gobierno son instancias dedicadas a defender la vida, la libertad y el estado. Todo acto de la comunidad ha de estar, pues, constituido por el acuerdo de la mayoría de sus miembros. El acuerdo de la mayoría es igual a todo acto de la comunidad, no pensando jamás el autor que una decisión de la mayoría pudiera ser tiránica. De estos dos contratos a los que nos hemos referido, el segundo, es decir la constitución de un gobierno, es el más importante. El gobierno supone el monopolio del poder ejecutivo, aunque puede llegar a compartir su supremacía con el ejecutivo, de todos modos ambos están limitados por el poder del pueblo. A pesar de que en Locke la idea del poder del pueblo ocupa un lugar importante no va a tener la importancia que se le confiere en posteriores planteamientos democráticos; en él podemos observar que el poder legislativo popular queda limitado a un único acto, instaurar la suprema legislatura. Es esta limitación la que originará numerosas críticas de muchos demócratas como Rousseau. Locke significa, pues, la postura conservadora dentro de los revolucionarios británicos, siendo su objetivo central la defensa del derecho moral a la revo-

lución, a resistencia ante la tiranía; para él la validez moral y la fuerza son términos antagónicos, no pudiendo originar la fuerza ningún tipo de validez moral.

La tradición del pensamiento liberal posterior a Locke dedica gran parte de sus esfuerzos a atacar la concepción de la ley natural, en esta línea encontramos a otra gran figura tanto en el campo del pensamiento filosófico como en el de las ideas políticas: D. Hume (3) que en realidad simboliza la culminación de esta eliminación crítica gradual. En su monumental obra "Tratado de la naturaleza humana", publicada en 1739-40, lleva a cabo un análisis lógico muy penetrante que destruye todas las pretensiones lógicas de validez científica de la ley natural. Su análisis del que es uno de los conceptos básicos de la filosofía, el de razón, en el que no vamos a entrar ahora, diferencia los tres procesos que se esconden tras esta denominación común, llevándole a una rígida división de las ciencias. Las llamadas ciencias sociales van a ocuparse únicamente de los juicios de valor distinguiéndose así claramente de las ciencias causales o factuales, y no pudiendo atribuirse ninguna pretensión de racionalidad ya que tratan de factores no probados: las convenciones, que en ningún caso son fenómenos necesarios. Esta labor de diferenciación acaba con la pretendida racionalidad del argumento de la ley natural.

Hume va a dedicarse a atacar tres grandes ramas de este sistema de ley natural: la religión natural o racional, la ética racional y la teoría consensual o contractual de la política. Que arremete contra el utilitarismo que se de-

rivaba de estos planteamientos. La teoría contractual de la política va a ser rechazada en base a dos razonamientos, en primer lugar Hume mostrará como el deber de obediencia y el deber de mantener un acuerdo son dos cosas radicalmente diferentes y no pueden ser asimiladas la una a la otra como lo pretendían algunos autores, en segundo lugar los pretendidos derechos inmutables de justicia natural y libertad, van a enfrentarse en su planteamiento a la mera utilidad; la sociedad se va a formar esencialmente por el autointerés y el deseo de estabilidad social que tienen los individuos, esto es lo que mantiene unida a una comunidad y lo que dará origen a standards convencionales. El resultado final de este análisis destructivo va a ser una forma de positivismo empírico llevado a sus últimas consecuencias, y que destruirá hasta su propio método. Ya hablamos de la labor de Hume como antecesor del positivismo, pero hemos querido mostrar su aportación como precedente del liberalismo; tras él el gran problema de la filosofía va a ser el de la separación entre razón, hecho y valor. Serán Hegel y Kant, cada uno por su parte, quienes van a realizar una nueva síntesis de la división de Hume.

Pero ya entramos en el siglo XIX, momento en que el liberalismo va a adoptar su forma más perfecta y que va a dar lugar a desarrollos teóricos de gran importancia que nos interesa presentar. Hay que insistir en que a pesar de los duros ataques lanzados a la filosofía del derecho natural, entre los cuales decíamos que sobresalía el de Hume, no se va a romper la tradición del individualismo que tendrá sus mayores consecuencias prácticas en este siglo

con el auge de la corriente liberal. La base del liberalismo que va a mantenerse constante a pesar de las transformaciones y distorsiones en su discurso, va a ser un postulado acerca de la naturaleza del valor; para el liberal todos los valores acaban finalmente en la realización personal del hombre, y hacia este fin ha de dirigirse todo el funcionamiento social y toda la labor gubernamental. De todos modos hay que tener presente el hecho de que el liberalismo ha cambiado radicalmente en el siglo XIX, de ser un credo revolucionario, tal y como aparecía en el pensamiento de Halifax o de Locke, pasa a simbolizar la moderación de actitudes tras la Revolución francesa. En sus inicios el liberalismo era la ideología de las clases medias industriales y comerciales, que al ir mejorando su situación social y aumentando su influencia política van a disminuir sus pretensiones radicales. El gran logro del pensamiento liberal es haber sabido pasar de ser la ideología de un grupo social, minoritario en sus inicios, a convertirse, sobre todo en Gran Bretaña, en una ideología nacional. Va a ser este mismo proceso el que va a determinar que se traslade el centro de atención del plano puramente ideológico al de la reconstrucción institucional, de una filosofía revolucionaria a una filosofía claramente utilitaria.

En el siglo pasado el liberalismo se extiende de tal modo que afecta a casi todas las naciones europeas, llegando también a América. Sin embargo es indudable el hecho de que siempre mantendrá su centro en Gran Bretaña, va a ser precisamente aquí donde alcance el rango de una verdadera ideología nacional. Será, pues, en esta nación

donde se den los desarrollos ideológicos que van a influir de un modo más notable en la evolución de esta corriente de pensamiento; en ella nos encontramos dos periodos claramente marcados que son separados por la obra de J. Stuart Mill. El primero puede ser denominado la versión clásica del liberalismo, mientras el segundo marca la aparición del intento de revisión y modernización que trata de adaptar el liberalismo a las nuevas condiciones del momento.

Toda la primera etapa viene definida por la obra de los llamados "Philosophical Radicals", y antes de iniciar la exposición de las principales características de sus contribuciones hemos de hacer una aclaración importante. La principal idea de todos los hombres incluidos dentro de este grupo es la de impulsar una serie de reformas políticas, económicas y legales que van a ir transformando la vida y la sociedad inglesa; es pues este imperativo el que marca todos sus discursos y los temas que van a ser tratados.

El principio que los inspira a todos ellos es el de lograr la máxima felicidad para el mayor número, esta es la única guía que inspira tanto la moral individual como la política pública; este hecho tiene por consecuencia la poca originalidad y profundidad de sus principios. Las primeras obras que van a aparecer en Inglaterra inundadas de espíritu liberal van a ser las de Bentham (4), plenamente dedicado al tema de las reformas legales hasta la tardía edad de los sesenta años, y en el campo de la economía la de D. Ricardo (5). El periodo finaliza con la figura de J. Mill (6).

La línea de pensamiento utilitario se apunta ya en los primeros trabajos de Bentham, "Fragment on Government", publicado en 1776; se trata de un escrito dedicado a la crítica de los "Commentaries" de Blackstone, dirigido a la defensa y apoyo de la reforma legal. Bentham va a recoger las ideas básicas de los "Philosophical Radicals", y en concreto el principio de la felicidad para el mayor número. Para aclarar nuestra exposición diremos que las principales premisas del utilitarismo son las siguientes: 1) los valores diferentes a los morales son aquellos que constituyen los comportamientos sometidos a los juicios morales; 2) puede descubrirse la regla que refiere todos los bienes a una escala homogénea; 3) se mantiene el principio de evaluación de todos los fenómenos según la utilidad, estando basada esta en la existencia de una intuición primera universal. Como el lector quizá ya haya adivinado el utilitarismo en general y en particular el benthamiano puede ser considerado como una de las modalidades del positivismo decimonónico.

Toda la primera parte de la obra de Bentham está dedicada a estudiar los factores necesarios para poder llevar a cabo la reforma tan esperada y necesaria. Para ello el autor plantea la necesidad de la soberanía legal y de toda una jurisprudencia dedicada al análisis y censura de la ley a la luz del principio de la máxima utilidad. Este es el tema de su obra "Introduction to the Principles of Morals and Legislation" (1789); en este escrito ya aparece la idea del placer y el dolor como estándar de valor necesario para la jurisprudencia censorial, al tiempo que como causa principal de la conducta humana. A la vez va constru-

yendose una teoría del conocimiento rigidamente nominalista con una clara influencia de Hobbes. Todo valor es igual a la felicidad y al placer individual, es este último el que marca el valor de la ley y el gobierno que reside en sus efectos en la vida y en la fortuna de los hombres. Este argumento tiene una gran importancia ya que va a ser el postulado de toda la filosofía liberal.

La mayor aportación de Bentham reside, sin duda alguna en su teoría de la ley; el principio de la mayor felicidad proporciona un instrumento universal en manos del legislador, por lo cual se va a mantener una gran desconfianza en la costumbre subordinándola a la legislación. Como es común a todos los "Philosophical Radicals" Bentham pone a la historia en un segundo plano, considerándola como el compendio de todos los crímenes y locuras de la humanidad; esta será la gran debilidad de la interpretación que intentarán subsanar los posteriores liberales. La sumisión del hombre a la ley va a ser aplicada por este autor a todas las ramas de esta, logrando edificar uno de los edificios teóricos más importantes de todo el siglo XIX. El propósito del autor, al emprender esta tarea, es más crítico que descriptivo, y más censor que expositivo, en todas las ramas de la ley se distingue un método técnico y uno natural, que se define en términos de utilidad, esta va a ser la única base que pueda hacer obligatoria la acción, y por lo tanto efectiva a la ley.

Al igual que en los escritos de Locke la seguridad en la propiedad ocupa aquí un destacado lugar, es, ni más ni

menos, la mayor condición para lograr la máxima felicidad; sin embargo incluso a Bentham le parece que este es un principio demasiado conservador, por esto lo amplía diciendonos que el fin de la ley es tender a la mejor distribución de la riqueza tratando de lograr al mismo tiempo la seguridad y la igualdad entre los individuales. El desarrollo de la teoría de la legislación de este pensador continúa con una interesante disquisición sobre la teoría de los castigos dentro del derecho penal, Todo esto refleja su enorme amor por el orden y la eficiencia y un sincero deseo de mejora del régimen penitenciario. Sin lugar a dudas es su máxima contribución a la teoría del procedimiento legal y de la organización judicial que, junto con la aportación de John Austin, va a instaurar la llamada jurisprudencia analítica en Norteamérica y Gran Bretaña durante el siglo XIX. A pesar de que las ideas de Bentham en el terreno jurídico no fueron nunca aplicadas sistemáticamente no cabe duda de que su influencia se hizo notar a lo largo de toda la centuria.

Hemos hablado hasta ahora, fundamentalmente, de la aportación jurídica del primer liberalismo inglés, pero hay que señalar que al mismo tiempo se desarrolla toda una doctrina económica del "laissez faire", encarnada en las ideas de D. Ricardo. No vamos a tocar, sin embargo, este punto dado que nos desviaría en demerita de nuestro objetivo; si nos interesa, sin embargo, detenernos en la teoría política de este liberalismo, y es lo que vamos a hacer a continuación. Por desgracia la formulación política de estos autores es mucho menos significativa que la vertiente económica o jurídica dado que el principio del "laissez faire" deja muy

poco espacio a la acción gubernamental. A pesar de esto el mismo Bentham transpone sus ideas jurídicas al terreno político, la principal afirmación de este es que de ningún modo hemos de equiparar un gobierno liberal a un gobierno débil. Una sociedad liberal debe tener como institución primordial un Parlamento en el que resida la soberanía legal y que se asiente sobre una opinión pública ilustrada. El Parlamento ha de ser representativo, por lo que se propone la instauración del sufragio universal con algunas restricciones en base al nivel de educación. Para que el Parlamento esté siempre junto a su electorado, lo tenga presente y sea responsable ante él, Bentham propone la reducción de cada legislatura. En definitiva este pensador transpone las ideas de la Ilustración a la sociedad liberal, el buen funcionamiento del gobierno, de la vida política, depende de la existencia de un pueblo ilustrado, consciente de sus derechos, de sus deberes y de sus decisiones. Se trata, pues, de una forma encubierta de elitismo mezclada con una alta dosis de idealismo.

Uno de los más fieles seguidores de Bentham, y a la vez una figura importante dentro de la historia del pensamiento es James Mill, cuya obra principal "Essay on government" expone muy claramente las ideas políticas, a diferencia de lo que hizo su maestro. Las ideas políticas de Mill no muestran una diferencia con las de Bentham, aunque quizá pueda apreciarse una mayor influencia de Hobbes. El postulado de que el hombre tiene una pasión constante por el poder muestra este hecho claramente. Mill rechaza todo gobierno autoritario y tiene como principal objetivo el lograr

el auge de la clase media industrial, para ello construye un sistema teórico que combina con la teoría egoísta de la motivación y la natural armonía de los intereses humanos. A partir de aquí concluirá que el bien común es la unión del máximo de intereses individuales, y por lo tanto lleva a la necesidad del sufragio universal.

La importancia de los "Philosophical Radicals" reside en que, no formando nunca un partido o asociación de tipo político, llegan a lograr una enorme difusión de sus ideas durante todo el siglo que ayuda a conseguir el cambio substancial que sufrió la legislación durante estas décadas. Es innegable, por ejemplo, su influencia en la reforma de 1832. Las deficiencias en su pensamiento son, sin embargo muy grandes, la negligencia de las instituciones y de su crecimiento histórico les lleva a trabajar en base a una concepción esquemática de la naturaleza y las motivaciones humanas. Por otro lado carecen de un espíritu de autocritica que ayude a comprobar sus acepciones y deducciones. Los primeros liberales no tienen una teoría del conocimiento propia a la cual recurrir, y al mismo tiempo que mantienen un pretendido empirismo no comprueban casi nunca sus propias premisas por medio de la observación y postulan un sensacionalismo derivado de Hobbes. Todos estos defectos hacen que su planteamiento sea objeto de una fácil crítica por parte de las generaciones posteriores, al tiempo que algunas de sus ideas, como la de construir una teoría política negativa, se ven rechazadas por la historia, que en lo que se refiere a nuestro ejemplo, exige una intervención del estado cada vez mayor.

Hacia 1846 los éxitos legislativos del radicalismo filosófico marcan también su declinar, la sociedad inglesa ha cambiado enormemente y necesita una transformación paralela en las ideas sociales y políticas. La nueva sociedad industrial hace aparecer unos nuevos grupos sociales cuyos intereses ya no coinciden con los de las clases tradicionales, las denuncias de la situación social se hacen cada vez más numerosas y se exige un aumento de la legislación social. Ante estos hechos el liberalismo se pone a la defensiva, enfrentándose al dilema de abandonar algunos de sus principios o desaparecer; lo interesante del hecho es que tuvo la suficiente flexibilidad y visión de futuro para optar por la primera alternativa. En este momento se produce una amplia reacción contra los principios de la economía liberal, se hace cada vez más generalizado el sentimiento de que una economía y un comercio incontrolados son una amenaza a la estabilidad social. Se trata, pues, de comenzar a poner trabas al "laissez faire". A partir de aquí es cuando el liberalismo va encaminándose hacia un nuevo objetivo: convertirse en una ideología y en una política nacional; para conseguirlo necesita romper con algunos de los principios del radicalismo filosófico, y sobre todo con su aislamiento insular. El nuevo liberalismo va a dejarse influir por otras corrientes de pensamiento, incluso por algunas continentales, y va a relacionarse con los avances en los nuevos campos de investigación. Esta revisión va a realizarse en dos décadas: en primer lugar tenemos la etapa caracterizada por el pensamiento de J. Stuart Mill y de H. Spencer, y en segundo lugar la de los filósofos idealistas de Oxford; vamos a ver cuáles son los puntos de diferencia y de contacto entre ambas.

John Stuart Mill (7) es una de las figuras más sobresalientes de toda la tradición liberal, y en particular de este momento de renovación; educado por su padre, James Mill, en las ideas de los "Philosophical Radicals" y sobre todo en el pensamiento de Bentham, va a tratar de modificar el empirismo en el que fué criado tomando en cuenta la filosofía kantiana y postkantiana de origen alemán. Únicamente este intento de acercarse a las corrientes de pensamiento continentales supone un gran avance en relación con sus predecesores. Sin embargo le va a faltar la originalidad suficiente para llevar a buen término esta gran obra, su pensamiento es típico de un periodo de transición, planteándose problemas que exceden al aparato construido para darles solución. J.S. Mill se debate entre dos épocas y va a ser incapaz de llevar a cabo una total separación de la filosofía en la que fué educado, de todos modos por el mero hecho de dedicarse a una revisión de la tradición utilitaria su pensamiento es muy importante, además de ser uno de los claros eslabones en el desarrollo del pensamiento positivista ligado a la tradición liberal.

Al igual que Bentham va a partir planteando una teoría ética que acepta el principio de la máxima felicidad para el mayor número de su antecesor; muy influido por la obra de Comte va a diferenciar la lógica de la teoría del conocimiento; la primera es la que formula las leyes del comportamiento inductivo de las ciencias empíricas. Como buen positivista para él esta establece la sucesión constante de acontecimientos; para él, la ciencia, por lo tanto, se reduce a una mera búsqueda de las modificaciones de los hechos, de las conformidades, diferencias y cambios. En

resumen no es sino un empirista que, al mismo tiempo, mantiene posturas claramente asociacionistas y un utilitarismo que se deja translucir en la expresión de sus ideas éticas. Hemos hecho un breve paréntesis para presentar algunos rasgos de la teoría del conocimiento de Mill, pero ahora volvemos a nuestro tema central: su ética. Partiendo de tesis benthamianas diferencia entre placeres con cualidad moral superior o inferior, esto da lugar a una contradicción en los términos, ya que recurre a un estándar para medir otro estándar, lo que reduce su utilitarismo a una pura indefinición. Pero lo que verdaderamente hace importante a la ética de este autor es el abandono del egoísmo que caracterizaba a sus predecesores liberales: el bien es un problema de todos los hombres y por lo tanto tiene una dimensión social fundamental, y tanto la libertad, como la integridad, el autorrespeto y la distinción personal son bienes queridos por todos con independencia de su contribución a la felicidad individual o colectiva.

Se va a poner un énfasis especial en el tema de la libertad política e intelectual que es altamente beneficiosa tanto para el individuo como para la sociedad; prueba de este interés es su ensayo "On Liberty", publicado en 1859. El fin de la sociedad y del gobierno va a ser la realización, la garantía de que se cumple dicha libertad, y tanto uno como otro han de participar activamente en esta tarea. A pesar de que su teoría sobre la libertad sigue siendo aún negativa ya que nunca se enfrenta con los problemas de la libertad, y no marca los límites de la legislación, da un paso adelante al comenzar a tomar en cuenta las institucio-

nes dentro de su esquema explicativo, de este modo va a reconocer que las instituciones políticas son parte de un contexto social más amplio, y han de ser tenidas en cuenta si se quiere estudiar este último. El gobierno también va a ir tomando forma en su análisis, al tiempo que abandona la idea del *laissez faire* económico; el gobierno es una entidad positiva que encuentra como intermediarios entre él y el individuo aislado a la sociedad y la comunidad. Así el liberalismo de J.S. Mill va avanzando y adaptándose a las nuevas exigencias que plantea la sociedad industrial inglesa, por todo ello acepta de buen grado la necesidad de un desarrollo de la legislación social así como abandona la idea de la existencia de leyes económicas naturales y el dogma de un sistema económico autorregulador y competitivo. Sin embargo en este constante esfuerzo por mantener principios del primer liberalismo a la par que se trata de insertar nuevas ideas dentro del esquema anterior, es inevitable que no se pueda encontrar un pensamiento original y renovador que carezca de lagunas y defectos de coherencia.

Cuando J. Stuart Mill pasa a considerar más de lleno el tema político van a ser notorios los mismos defectos, y esto aparece claramente en el ensayo que dedica a este tema: "Representative Government". En este va a reconocer que los dos grandes defectos de los viejos utilitarios son, por un lado, que no han reconocido la importancia de las instituciones, y por otro que han atribuido muy poca importancia al factor histórico de crecimiento y desarrollo de las sociedades. Estas consideraciones le llevan a plantearse

la necesidad de una teoría general de la sociedad, al estilo de Comte, que de cuenta tanto de los aspectos dinámicos de la sociedad como de los estáticos, parece que Mill aceptó la "ley de los tres estadios" del pensador francés, y compartió con él la idea de que la ciencia reemplazará a la especulación en el estudio de la sociedad, así como en la nueva sociedad a venir. En realidad el pensamiento comtiano encajaba plenamente en la tradición liberal, ya que expresaba su viejo convencimiento de que las relaciones humanas son inteligibles, y por lo tanto controlables, por la razón humana. Aunque no lo diga en estos términos piensa que las sociedades avanzan en una progresión lineal que las lleva a un estadio superior de organización social, el positivo. Aparece, pues, por primera vez en el pensamiento liberal británico la firme convicción de la necesidad de una ciencia general de la sociedad junto a la esperanza de aparición de una filosofía de la historia acorde con su línea de pensamiento. De este modo J.S. Mill logra superar el estrecho psicologismo de los antiguos liberales estableciendo un empirismo a una *escala* mucho mayor, al tiempo que integra una rama importante del pensamiento social europeo dentro de la corriente de pensamiento más puramente británica. Esta es la gran aportación y el gran logro de Mill, y el que a nosotros nos interesa resaltar en estas páginas, dejando, quizá injustamente, otros aspectos importantes de su pensamiento algo de lado.

Paralelamente al pensamiento de J. Stuart Mill va desarrollándose, en la misma Inglaterra, el discurso de otra gran figura, la de H. Spencer, creemos haber hablado suficien-

temente de ella en el apartado dedicado al positivismo ,por lo que no vamos a hacerlo aqui de nuevo.Solo queremos notar que su Contribución,junto con la renovación del primitivo liberalismo encarnada en la figura del autor al que nos referíamos anteriormente cambia totalmente algunas de las facetas más significativas del pensamiento liberal.

Pero la historia del liberalismo anglosajón del siglo pasado no se acaba a mediados de siglo;dando signos de un enorme vigor intelectual y de una gran adaptabilidad a las nuevas circunstancias el liberalismo va a sufrir un nuevo proceso de revisión en las dos últimas décadas del siglo.Durante estos años un grupo de intelectuales,llamados los "idealistas de Oxford",y capitaneados por Thomas Hill Green (8) ,en un movimiento paralelo al que tuvo lugar en Norteamérica con el pragmatismo de John Dewey (9) ,van a tratar de introducir la filosofía postkantiana en la tradición liberal anglosajona.El hincapié fundamental de este idealismo se va a centrar en la reconstrucción de un verdadero sistema de filosofía,abandonando por tanto el propósito político como objeto de interés primordial.Este valioso intento va a librar al pensamiento inglés del yugo de la psicología asociacionista y de sus consecuencias lógicas. Hemos dicho que el principal interés se desplaza del ámbito político ,pero ello no quiere decir que suceda lo mismo con la temática social,aun por el contrario esta ocupa un lugar primordial al afirmarse que la realización personal del individuo se consigue encontrando una parte significativa a jugar en la vida social.De este modo los grandes problemas de la escuela idealista van a ser la na-

turalidad de la personalidad, la de la comunidad social y la relación entre ambas. Sin embargo, y a pesar del evidente interés de esta corriente de pensamiento, sus aportaciones no tuvieron la repercusión de la de otros autores, dado que, por su alto grado de abstracción, siempre quedó reducida a ámbitos estrictamente académicos. En la obra de su máximo representante, Hill Green, hemos de destacar el importante papel que ocupa el tema de la libertad, que, en una definición totalmente positiva, aparece como el objetivo principal que ha de llevar a cabo cualquier gobierno que se precie de ser liberal. Igualmente en el pensamiento de este autor el estado comienza a jugar un rol positivo, no tan limitado como en el caso de sus predecesores.

Así pues, hemos asistido a la progresiva transformación del pensamiento liberal, todo a lo largo del siglo pasado, en una impresionante demostración de como una misma línea de pensamiento puede irse adaptando a las exigencias que le plantea una sociedad que, en estos años, lleva un ritmo de cambio inimaginable. Al final de este proceso nos encontramos con un liberalismo que pasa a ocupar un lugar entre otras ideologías fundamentales de nuestro tiempo: el conservadurismo y el socialismo; el contacto con ambas dará lugar al surgimiento de corrientes liberales que se acercan más a una o a otra, desdibujando las fronteras entre las tres. Lo que tenemos que tener siempre presente en nuestra posterior lectura de otros capítulos de nuestro trabajo, son las características permanentes del liberalismo y los diferentes cambios que va sufriendo, de forma que podamos descubrir cual es su influencia en el discurso de

los clásicos del elitismo, así como las distorsiones que estos van a ocasionar en esta tradición de pensamiento.

II.9. LA RUPTURA: LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL.

El estallido de la Primera Guerra Mundial en Julio de 1914, junto con las consecuencias de la contienda en toda la sociedad europea, no podían dejar de hacerse sentir en el ámbito del pensamiento social, así como en todas las demás esferas de la cultura. La generación de 1890-1900 se hallaba en plena madurez intelectual, y sus obras iluminaron toda la época de la preguerra, pero ve ahora como, junto al cambio radical de la situación va a surgir una nueva generación de escritores más jóvenes que van a ir paulatinamente arrebatándoles el liderazgo en la escena intelectual. Estos nuevos escritores y pensadores comienzan a publicar sus obras hacia 1905 y van a ser los transmisores de las ideas de sus predecesores a un nuevo grupo de pensadores ya claramente de postguerra; por lo tanto las grandes figuras del pensamiento social europeo de fines del siglo XIX van a mantener su actualidad y seguirán siendo los "productores" de las grandes ideas y corrientes intelectuales hasta la década de los años 20.

La nueva generación, la que podríamos llamar de "guerra", se inicia intelectualmente en un momento de grandes cambios políticos y de una efervescencia europea casi sin precedentes, con los años de la primera revolución rusa y de la primera crisis marroquí. Europa ya no es el continente firme y seguro de fines de siglo, sino que durante todos estos años la perspectiva de un conflicto armado se hace cada vez más cercana; es esta perspectiva del servi-

cio de guerra la que separa a estos jóvenes de sus mayores. La primera característica de estos, y sin duda la más importante, como expondremos posteriormente, va a ser su postura abiertamente irracional e incluso antirracional; habíamos visto como los pensadores de la generación de 1890-1900 habían recuperado el tema del inconsciente en un reto claro frente al racionalismo dieciochesco, y ahora, de nuevo, se va a producir otra confrontación, y serán los jóvenes los que llevarán al extremo lo que antes habían iniciado sus maestros.

La situación es diferente según las naciones consideradas, pero en todas ellas hallamos pruebas de la existencia de este movimiento. En Alemania, por ejemplo, la influencia de Nietzsche se hace cada vez más fuerte, mientras que en Italia va apareciendo una enorme reacción contra el positivismo y el nacionalismo capitaneada por el poeta D'Annunzio. En Francia, en la misma línea, se está formando una nueva generación de bergsonianos cuyos representantes más conocidos son los novelistas A. Gide y A. Fournier. Este resurgir del irracionalismo y del nacionalismo va parejo con una decadencia de la influencia del pensamiento de Marx, y en definitiva del socialismo. En resumidas cuentas se puede afirmar que la nueva generación es más reaccionaria que la anterior. Esta vuelta a la nación, esta reacción conservadora se hace notar también en un retorno al sentimiento religioso, muy patente en Francia donde, en esta época se lleva a cabo una política anticlerical; este sentimiento religioso es muy claro en obras como las del filósofo Maritain o del escritor Claudel. La nueva generación es

igualmente ambigua como la de sus predecesores, pero su ambigüedad tiene bases diferentes y está centrada en la contradicción que supone el mantener el respeto a la autoridad al tiempo que se hace un culto de la creación espontánea. De algún modo podemos notar un retorno hacia el interior de la persona, un cierto intimismo que se refleja en el abandono parcial de los temas políticos y sociológicos. Este hecho se observa claramente cuando pasamos a fijarnos en el panorama intelectual de la Europa de la preguerra; mientras que en los decenios anteriores las máximas figuras habían surgido en el campo de las ciencias sociales, en estos años predominan los novelistas. Van a ser precisamente ellos quienes, en sus obras, reflejan los cambios de ideas y la aparición de nuevas tendencias. Así, pues, nos interesa fijarnos en las obras de algunos de estos novelistas del momento.

Charles Péguy es un claro discípulo de Bergson a la vez que es uno de los compañeros intelectuales de Sorel; como vemos su formación intelectual es más amplia que la meramente literaria, lo que le convertirá en un verdadero eslabón entre la literatura y el pensamiento social. Su postura política refleja muy bien la ambigüedad de estos años ya que al mismo tiempo que ha sido definido como uno de los mayores profetas del nacionalismo francés no cesa de proclamar su republicanismo y sus aspiraciones sociales. La verdad es que se ha exagerado mucho al hablar del nacionalismo de Péguy, habiéndolo convertido en una verdadera bandera nacional, y más aún cuando tuvo la mala fortuna de caer en el campo de batalla en los primeros meses de la guerra.

Creador de los "Cahiers de la Quinzaine", que recogieron la publicación de algunas de las obras más importantes de este momento, Péguy va adoptando cada vez más una postura conservadora, prueba de la cual es el hecho de que en 1908 se convierte al catolicismo y posteriormente, en 1912, rompe definitivamente con Sorel. La magnífica poesía de Péguy revela a la vez un gran desprecio por la forma del lenguaje y la aplicación sistemática de la metafísica bergsoniana.

Otro novelista que se encuentra en la misma línea que Péguy es Alain Fournier autor de una magnífica novela "le grand Meaulnes" (1) .A pesar de su amistad con Péguy y de que tiene una vida muy parecida a la de este, muriendo también en los primeros meses de la guerra, Fournier no tiene el mínimo interés por la política, dedicándose exclusivamente a la literatura. El tema de su única obra refleja una de las grandes preocupaciones del momento; la búsqueda de la inocencia, búsqueda que se hallara asimismo en la obra de otro gran escritor, A. Gide. Junto a este tema central en el libro de Fournier encontramos una peculiar concepción del tiempo que está muy influida por la idea bergsoniana de la duración, y que aparecerá también en los escritos de Proust.

André Gide, otro de los grandes escritores de la época, participa de esta corriente, y a lo largo de sus escritos muestra una constante preocupación por el tema de la inocencia, por una vuelta al estado más puro de nuestra vida: la infancia. En Gide se observa constantemente la influencia de su origen protestante, toda su obsesión es el examen de

conciencia constante y la búsqueda continuada de la gracia perdida. Su gran problema es el del conocimiento de la verdad y este hecho da lugar a que tenga que luchar constantemente para exponerla. Este choca con su pronto reconocimiento de sus tendencias homosexuales que descubre en Africa en plena juventud, el sentimiento de culpa lo inunda, y a la vez trata desesperadamente de reconcilarse con su propia naturaleza. Ya maduro, a los cincuenta años, confiesa públicamente su homosexualismo, hecho que escandalizó a toda Francia. El problema político y social desaparece y se plantea únicamente el tema ético, lo que Gide pretende demostrar públicamente es que se puede ser "inmoral", es decir no adecuarse por naturaleza a las normas sociales establecidas, y a la vez vivir con dignidad y responsabilidad; toda su vida fué un constante esfuerzo para tratar de mostrar que ello era posible,

De todos modos, y a pesar de que, como vemos, la tendencia de este nuevo grupo de intelectuales está más dirigida hacia posiciones individuales y a una posición ética más que política, existen notables puntos de contacto con los discursos de sus maestros. En el último escritor del que hemos hablado, Gide, es notable la convergencia con Weber, con el que comparte el interés obsesivo por la ambigüedad de la conducta humana. Es cierto, de todos modos, que los escritores imaginativos de estos años van a acentuar un gran relativismo precisamente aquel que negaban los pensadores sociales. El interés por el tema de la moral en el comportamiento individual va a ser compartido por todos los grandes novelistas y escritores del momento; es curioso obser-

var como cuatro figuras como las de Gide, Hesse, Pirandello y Mann, autores todos ellos que son considerados como clásicos de la literatura europea, reconocen lo "inmoral" como fuente de vitalidad y de creación; es clara, pues, la influencia de Nietzsche en este punto. Hemos de aclarar, de todos modos, que inmoral no se identifica aquí con una vida digna sino que se entiende como quebrantación de las normas de moral consuetudinarias, que comienzan a ponerse en solfa. La búsqueda, la reflexión que va a dar lugar a la posterior creación no se vuelve, pues, hacia los objetos del mundo externo, sino que se lleva a cabo toda una labor de introspección en el propio yo, No interesa ahora lo ajeno al ser, sino los sentimientos, las vivencias, los impulsos que mueven a este; el mundo, los objetos externos van a aparecer bañados por esta luz del yo, siendo en definitiva reflejo de los diferentes estados de ánimo del sujeto. Para llevar a cabo dicha tarea son muy importantes las ideas y las técnicas aportadas unos años atrás por los principales redescubridores del fenómeno del inconsciente, en concreto Freud, Jung y Bergson. Pero hemos de tener cuidado al marcar la relación entre ambos grupos de autores, mientras que los últimos llevaron a cabo una labor de investigación plenamente científica los escritores de preguerra están únicamente interesados en el aspecto poético y literario del tema.

Dentro de esta búsqueda interior no es de sorprender que uno de los temas que más atención provoca sea el de la duración; las peculiaridades y la relación entre el tiempo objetivamente mensurable y la duración subjetiva, tema que como veíamos había sido tocado por Bergson, va

a ser el "leit-motif" de tres obras tan importantes como son "Le Grand Meaulnes" de A. Fournier, "La montaña mágica" de T. Mann y "En busca del tiempo perdido" de Proust. Para acabar con la exposición de la situación de preguerra podemos señalar que Mann en muchos aspectos muestra unas inquietudes y un desarrollo intelectual parecido al que encontrábamos en Gide, comparte con él por un lado la inquietud constante por el problema del relativismo, quizá agudizado, y nuevamente coincide con él en una cierta tendencia al homosexualismo.

El conflicto mundial que trastorna a Europa durante gran parte de la primera década del siglo, es entendido de muy diferente manera por los intelectuales europeos. Durante la contienda las diferentes lealtades políticas y las distintas nacionalidades de estos determinan su participación en uno u otro bando, pero el verdadero conflicto va a plantearse al final de la guerra. Los años 1918 y 1919 son años de un resurgir intelectual enormemente vigoroso, la guerra había parado la aparición de numerosas figuras en el panorama intelectual, al tiempo que paralizaba la publicación de muchas obras; se da, pues, una gran agitación e innovación en el mundo cultural marcado por el surgimiento de nuevos talentos y la aparición de nuevas obras. Este proceso de renovación va unido a la paulatina desaparición de la mayoría de los grandes maestros, en los años posteriores al armisticio. En este momento es cuando se publica un libro que va a tener una difusión y una resonancia impresionante en toda Europa, nos estamos refiriendo a "La decadencia de occidente" de Spengler, que ve la luz

en 1918. Escrito a comienzos de la contienda su éxito estaba asegurado en una Europa hundida por los efectos de la guerra, y sobre todo en una Alemania irritada y anlastada por los acuerdos del Tratado de Versalles; sin tener en cuenta estos factores es muy difícil entender el por qué de la aceptación de un libro como este. La obra exponía una concepción cíclica de la historia, que no era ninguna novedad ya que había aparecido en autores anteriores (3), y lleva a su último extremo las posibilidades relativistas del pensamiento histórico tradicional alemán. Su dogmatismo y determinismo son absolutos, y concluye anunciando el inicio de una nueva era para la civilización occidental que estaría marcada por una progresiva restricción de la libertad individual, por una reavivación de la fe religiosa en oposición al racionalismo anterior, y por un claro aumento del uso de la fuerza. No es de extrañar que con tales predicciones y con un esbozo de exaltación de la raza germana, la obra se convirtiera en uno de los libros de apoyo para la ideología nacional que se irá apuntando en Alemania en los años posteriores.

Al mismo tiempo los años de postguerra marcan el éxito de tres narradores ya conocidos antes de la Primera Guerra Mundial, pero que habían sido leídos por círculos muy minoritarios. En 1919 se van a publicar el "De sion" de He-
sse, "En busca del tiempo perdido" de Proust (5), causando un gran entusiasmo entre el gran público europeo; lo mismo ocurre dos años más tarde con la publicación y representación de las principales obras de Pirandello. Los puntos de unión de los escritos de estos tres autores son numerosos

siendo los principales una gran dificultad en su lectura, un gran psicologismo y por último un pesimismo y un desencanto que parece flotar en todo el ambiente de sus escritos. A diferencia de T. Mann o de Gide, ninguno de estos entrará en la obra de Freud, sin embargo en Hesse si se aprecia una cierta influencia de Jung, del mismo modo que se halla un reflejo del pensamiento de Bergson en Proust.

Hemos apuntado anteriormente que durante los años 1918 a 1923 van a ir desapareciendo las máximas figuras de las que hemos denominado la generación de 1890-1900; Durkheim había muerto antes, y fallecen entonces Sorel, Pareto, Weber y Troeltsch; el resto de sus compañeros de generación harán gala de una gran longevidad. Se produce, pues, una ruptura en el desarrollo del pensamiento social europeo, que ya es definitiva con el fin de la obra del más importante de los supervivientes en la década de los años veinte, es entonces cuando se puede dar por finalizada la obra de Mosca, Croce, Gide, Pirandello, Freud etc.. Paralelamente y al tiempo que van a seguir siendo considerados como dirigentes intelectuales hasta su muerte asistimos al inicio del rechazo de sus planteamientos.

El fin de la contienda y el comienzo del periodo de entreguerras marca el surgimiento de nuevos intereses filosóficos en distintos países europeos. En Alemania la neoortodoxia religiosa de K. Barther, junto al neomarxismo de Lukács van a dar fin al ambiente de tolerancia y escepticismo. Al tiempo aparecen dos figuras tan relevantes como son la de Husserl y Heidegger, iniciadores de dos corrien-

tes de pensamiento que marcan todo el desarrollo posterior de la filosofía de nuestro siglo: el existencialismo y la fenomenología. En Gran Bretaña el panorama cambia también radicalmente, es entonces cuando vemos aparecer a uno de los hombres que más han marcado el devenir de la historia occidental, B. Russell, progenitor de la filosofía analítica en el continente europeo en los años de las postguerra. Su pensamiento tendrá un enorme impacto en el incipiente "círculo de Viena", y en particular en el discurso de R. Carnap. En la misma Inglaterra los escritos de Wittgenstein harán surgir el llamado positivismo lógico.

El panorama filosófico ha variado, y otro tanto va a suceder con el estudio de la cuestión social; dos grandes acontecimientos van a alterar todo el pensamiento en este campo: la revolución rusa de 1917 y el triunfo del comunismo en la URSS, y por otro lado el surgimiento, desarrollo y triunfo del fascismo italiano. La sociedad europea ve ensancharse las divisiones políticas y este hecho va a plantear a los intelectuales la necesidad del compromiso político. En Francia, Inglaterra e Italia las diferencias darán lugar a que distintos grupos intelectuales se adscriban a la defensa de sus respectivas ideologías, pero en Alemania el panorama es más complejo. Allí se va a producir un conflicto colectivo entre la tradicional tendencia del intelectual al individualismo y la exigencia creciente de un compromiso político; este hecho da lugar a que una gran parte de los intelectuales opten por el exilio o el encierro interior, mientras que la nación alemana se ve abocada a uno de los regímenes más represores y sangrientos de todos los tiempos. De entre todos los pensadores y escritores de

estos años sólo E. Mann se alza como una figura aislada al combinar la actividad política con la literaria.

Esta necesidad de redefinir el papel de los intelectuales en los años veinte y treinta surge claramente en numerosas obras, para no aburrir al lector y no apartarnos mucho de nuestro tema sólo vamos a ocuparnos de unas pocas y de una manera muy general. "La montaña mágica" (6) de T. Mann muestra claramente este hecho; el protagonista, joven recluido en un sanatorio de tuberculosos, se ve sometido a la influencia de dos enfermos que simbolizan las posturas vitales y políticas de su época, y duda constantemente entre una gran ambigüedad de valores. De este modo una novela como la de este autor adquiere un valor propagandístico, un aspecto público importante, que refleja la difícil situación de la juventud intelectual del momento. La obra finaliza sin dar una solución definitiva al problema. el joven marcha a la guerra, pero parece inclinarse por el triunfo de los valores de la Ilustración. Una tesis parecida se mantiene en la novela de Mann, algo posterior a la primera "Mario y el Mago" (1930) (7). La temática resurge en los escritos de J. Benda y en particular en la obra "La traición de los letrados" (1927) (8); esta representa la voz de alarma ante la crisis de los valores de la Ilustración y la fragilidad de estos. En la misma línea surge una obra maestra de la sociología "Ideología y Utopía" de K. Mannheim (9), el libro, que dedica algunos capítulos al estudio concreto del papel de los intelectuales en la sociedad occidental industrializada, puede considerarse también como una defensa, aunque velada, de los valores de la Ilustración. Este in-

tento se une al esfuerzo por reconciliar con la filosofía racional ciertas tendencias irracionales de su época.

De este modo finaliza toda una época en la que el pensamiento de los miembros de la llamada generación de 1890-1900 marcó el desarrollo de la vida intelectual europea; su influencia, aunque patente hoy en día en muchos aspectos, comienza a declinar en la década de los años treinta, cuando nuevos problemas avucian a la vida política y social de sus respectivos países. Tras haber tratado de analizar algunos de los hitos fundamentales en esta evolución, con objeto de enmarcar a los teóricos de las élites, podemos concluir señalando cuales fueron sus características sobresalientes. Parece evidente que es durante estos años cuando se realiza el primer intento de acomodación del pensamiento social a un nuevo concepto de realidad. A partir de aquí se transforma toda la problemática de investigación y el método con el cual se aborda. La conciencia emerge como único vínculo existente entre el hombre y el mundo de la sociedad y la Historia; la naturaleza de la realidad no es una totalidad coherente, y por lo tanto no es accesible totalmente al pensamiento humano. Sin embargo todavía se mantiene la esperanza de que la sociedad, su estudio, su conocimiento, es un objeto accesible a la mente humana. La generación del último decenio de siglo inicia una revuelta contra el positivismo que será completada mucho más tarde; los precursores de este proceso no tienen materialmente la posibilidad de finalizarlo, y por lo tanto siguen manifestando una fé en el positivismo en numerosos campos, uno de los más importantes es su confianza en los pro-

cedimientos de las ciencias exactas, el cual se habrá de quebrar años más tarde.

La cuestión crucial, en la cual habrán de mantenerse en una cuerda floja sin fin es, sin duda alguna, la de la racionalidad; los dos abismos entre los cuales se mueven son, por un lado la tradición dieciochesca y el positivismo, y por otro lado los errores de la razón y el pensamiento emotivo. Ante este estrecho paso para la fe en la razón las respuestas son muy diferentes según los autores considerados.

Hemos tratado de mostrar cual es la situación del pensamiento social a fines del siglo XIX, época en la que se enmarcan tanto Pareto como Mosca y Michels; pensamos que era necesario hacerlo para lograr una mayor comprensión del significado e implicaciones de la teoría de las élites. La exposición quizá se haya alargado en demasía y ha aburrido en ocasiones al lector, pero le proporciona dos herramientas valiosas para la lectura de los capítulos que siguen a este: el conocimiento, aunque somero, de algunas de las corrientes de pensamiento que influyeron en el planteamiento de nuestros pensadores, y el momento, el ambiente intelectual en el que estos se ven inmersos. Esperamos haber cumplido con nuestro cometido.

NOTAS.CAP.II.LA SITUACION DEL PENSAMIENTO SOCIOLOGICO.

- (1) HUGHES, H.S.: "Conciencia y Sociedad. La reorientación del Pensamiento sociológico. (1890-1930).", Ed. Aguilar, Madrid 1972.
- (2) DARWIN, Ch.: "El Origen de las Especies por medio de la Selección natural.", Ed. Grijalbo, México 1961.
- (3) MARX, K.: "La Sagrada Familia", y "La Cuestión Judía", en "Obras Escogidas de Marx y Engels", Ed. Fundamentos, Madrid 1975.
- (4) BERGSON, H.: "Ensayo sobre los Datos inmediatos de la Conciencia", Felix Alcan, Paris 1889.
- (5) Notese el especial tratamiento del tiempo por parte de:
 ALAIN-FOURNIER, H.: "Le Grand Meaulnes",
 PROUST, M.: "A la Recherche du Temps perdu", (3 vol.), Gallimard, Paris 1954.
 MANN, T.: "La Montaña mágica", 1927
- (6) DILTHEY, .: "Introducción a las Ciencias del Espíritu", 2ª ed., F.C.E., México 1949.
- (7) SCHUMPETER, J.: "Capitalisme, Socialisme et Democratie", Ed. Payot, Paris 1963.
- (8) MACH, E.: "The Science of Mechanics." (1883)
 "Contributions to the Analysis of Sensation" (1897)
 "La Connaissance et l'Erreur." (1905)
 POINCARÉ, H.: "La Valeur et la Science.", E. Flammarion, Paris 1939.
 "Science et Méthode", E. Flammarion, Paris 1947.
 VAHINGER, H.: "The Philosophy of 'as if'. A System of Fictions of Mankind.", Routledge and Keagan Paul, London 1965.
- (9) BURNHAM, J.: "Les Machavéliens défenseurs de la Liberté.", Calmann-Lévy, Paris 1949.
- (10) HUGHES, H.S.: Op, cit.

- (11) SOREL, G.: "Reflexions sur la Violence.", 3ª ed., Librairie des Sciences Politiques et Sociales, Paris 1912.
(Traducción española en Alianza Editorial).
- (12) POPPER, K.: "El Desarrollo del Pensamiento Científico .Conjeturas y Refutaciones", Ed. Paidós, Buenos Aires 1979.
- (13) SOREL, G.: "Reflexions sur la Violence", citado en BURNHAM, J. op.cit., pg.134.

II.5. MAX WEBER.

- (1) WEBER, Marianne: "Max Weber. Ein Lebensbild.", Heidelberg 1950.
- (2) WEBER, M.: "Ensayos sobre Metodología sociológica", Ed. Amorrortu, B.Aires 1973.
- (3) Idea que compartirá con Pareto, como veremos más adelante.
- (4) WEBER, M.: "La Etica Protestante y el Espíritu del Capitalismo.", Ed. Península, Barcelona 1975.
- (5) WEBER, M.: "The Religions of the East Series.", (1852-58).
- (6) WEBER, M.: "Economía y Sociedad.", 2 vol., F.C.E., México 1977.

II.6. LA INFLUENCIA DE NIETZSCHE.

- (1) HUGHES, H.S.: op.cit.
- (2) NIETZSCHE, .: "Citado en ABAGNANO, "Historia de la Filosofía", Tomo III, Montaner y Simón S.A., Barcelona 1973.

II.7. EL POSITIVISMO.

- (1) KOLAKOWSKI, L.: "La Filosofía Positivista", Ed. Cátedra, Madrid 1979.
- (2) BACON, R.: "The Advancement of Learning.", J.M.Dent and Sons.

E.P.Dutton and Co., Lechworth Temple Press, London
and New York 1950.

- (3) OCKHAM, W.: "Opera Politica", Buttler and Tamser, London 1940-1946.
- (4) HUME, D.: "Tratado sobre la Naturaleza humana", 2 vol., Editora Nacional, Madrid 1977.
- (5) COMTE, A.: "Oeuvres", Anthropos, Paris 1968-71.
- (6) BERNARD, C.: "Introducción a la Medicina Experimental", (1865).
- (7) SPENCER, H.: "Principios de Sociología", Imprenta Moderna, Madrid 1882.
- (8) MACH, E.: op.cit.
- (9) AVENARIUS, R.: "Kritik dei reinen Erfahrung".
- (10) POINCARÉ, H.: "La valeur de la Science", Flammarion, Paris 1939.
"Science et Méthode", Flammarion, Paris 1947.
- (11) DUHEM, P.: "Le Système du Monde. Histoire des Doctrines Cosmologiques de Platon à Copernic", Hamann, Paris 1958.
- (12) LE ROY, E.: "Dogme et critique", (1907).
- (13) PEIRCE, Ch.S.: "Cómo clarificar nuestras Ideas" (1878)
- (14) JAMES, W.: "The Origins of Pragmatism", Macmillan, London 1968.
- (15) DEWEY, J.: "La Búsqueda de la Certeza", FCE, México 1952.
"La Experiencia y la Certeza", FCE, México, 1948.
- (16) WITTGENSTEIN, L.: "Tractatus Logico-Philosophicus". (1922)
"Investigaciones", (1963)
- (17) CARNAP, .: "Introduction to symbolic Logics and its Applications", Dover Publications, New York 1958.
- (18) POPPER, K.: "La Miseria del Historicismo", Taurus, Madrid 1961.
"La Sociedad abierta y sus Enemigos", Paidós, Buenos Aires 1967.

II.8.EL LIBERALISMO.ORIGEN,DESARROLLO Y CRISIS.

- (1)HALIFAX,Primer Marqués de.:"Obras Completas",ed.por Walter Raleigh,Oxford 1912.
"The Character of a Trimmer."(1684).
"A Rough Draught of a New Model at Sea" (1694).
- (2)LOCKE.:"An Essay concerning Human Understanding.",J.M.Dent, Lechworth Temple Press,London 1948.
"Two Tracts on Government.",Cambridge Univ.Press,1967.
"Carta sobre la Tolerancia",Grijalbo,México 1970.
- (3)HUME,D.:op.cit.
- (4)BENTHAM,J.:"A Comment on the "Commentaries" and "A Fragment on Government",The Athlone Press,London 1977.
- (5)RICARDO,D.:"Principles of Political Economy and Taxation" (1817)
"Proposals for an economical and secure Currency", (1816)
"The Plan for a National Bank.", (1824)
- (6)MILL,J.:"Essays on Government,Jurisprudence,Liberty of Press and Law of Nations.", (1825),A.M.Kelley, New York 1967.
- (7)MILL,J.S.:"Consideraciones sobre el Gobierno representativo."Herrero,México 1966.
"Utilitarianism,Liberty,Representative Government." Everyman's Librarie,London 1964.
- (8)GREEN,T.H.:"Introducción" al"Tratado de la Naturaleza Humana" de D.Hume,(1874)
"Prolegomena to Ethics", (1883)
- (9)DEWEY,J.:op.cit.

II.9.LA RUPTURA.LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL.

- (1)ALAIN-FOURNIER,H.:op.cit.

- (2) SPENGLER, O.: "La Decadencia de Occidente.", Espasa Calpe.
Madrid 1947-50.
- (3) en Pareto, por ejemplo.
- (4) HESSE, H.: "Demian" (1919).
- (5) PROUST, M.: op. cit.
- (6) MANN, T.: "La Montaña Mágica", (1927).
- (7) MANN, T.: "Mario y el Mago", (1930).
- (8) BENDA, J.: "La Traición de los Letrados.". (1927).
- (9) MANHEIM, K.: "Ideología y Utopía.". Ed. Aguilar, Madrid 1973.

CAP.III.EL NUEVO ENFOQUE DE LA TEORIA DE LAS ELITES.

Notas.

III. EL NUEVO ENFOQUE DE LA TEORIA DE LAS ELITES.

Entramos, por fin, en el tema central de nuestro trabajo, y comenzamos presentando el pensamiento de Pareto, Mosca y Michels, el discurso de los llamados teóricos de las élites, dentro de la tradición del pensamiento elitista. Hemos dedicado los dos capítulos anteriores a situar el marco histórico en el que se mueven estos, las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, y a tratar de analizar el ambiente intelectual de la Europa de estos años, para intentar ver cuales pudieron ser las influencias y los movimientos que empujaron a la aparición de dicho pensamiento. Ahora tenemos que explicar cómo y por qué surge dicha teoría, al igual que afirmábamos que todo discurso teórico viene determinado por los acontecimientos políticos económicos y sociales que se desarrollan en torno a él, y del mismo modo que es innegable que las diferentes corrientes de pensamiento de cada momento se influyen mutuamente, aunque sólo sea para contradecirse y atacarse, podemos estar también seguros de que todo discurso tiene un por qué que explica su aparición, a la vez que entronca con una tradición de pensamiento determinado. Esta es la labor que hemos de desarrollar en este Capítulo: por un lado ver que el argumento elitista, tan antiguo como la existencia del pensamiento político, está intimamente ligado, en su resurgir decimonónico, con una tradición de elitismo que ha ido evolucionando a lo largo de la historia de la humanidad. Y por otro lado explicar por qué, tanto Pareto, como

como Mosca y Michels se ven empujados a retomar este argumento y en que sentido lo utilizan.

Como decíamos no podemos considerar a la nueva corriente elitista que surge a fines del siglo pasado como un descubrimiento original que sea radicalmente innovador en el desarrollo del pensamiento social europeo, el argumento elitista es terriblemente antiguo y ha ido apareciendo a lo largo de la historia del pensamiento bajo numerosas versiones y diferentes interpretaciones, pudiéndose casi considerar como una constante del pensamiento político europeo, al menos hasta los inicios del liberalismo. Este hecho salta a la vista con gran claridad cuando constatamos la etimología de la palabra *élite*. Derivada del verbo latino "eligue" que significa elegir una parte, se aplicaba ya en la antigüedad clásica para designar la "flor" de una nación, de una cultura etc.. Inicialmente, sin embargo tuvo un significado mucho más vulgar, y comercial al referirse al acto de elegir la mejor parte de determinados bienes ofrecidos en venta o de algunos objetos con un cierto valor o mérito para ser seleccionados. En el siglo XVIII el término vuelve a recuperarse en Francia, con un sentido más general y pasando a tomar su sentido actual: el de un grupo de personas que en una sociedad determinada ocupan puestos o desempeñan funciones importantes. El concepto, tal y como lo utilizamos hoy en día, tiene un claro origen francés y siempre conlleva la connotación de "los mejores", en cualquier rama o actividad de la que se trate. De todos modos sólo recientemente la Real Academia de la Lengua (1) ha aceptado dicho término como perteneciente a la lengua castellana.

De este modo vemos como la tradición elitista viene de lejos; los primeros antecedentes pueden encontrarse en el pensamiento de la Grecia clásica, y en particular en Platón. Pareto hace repetidas referencias a las ideas platónicas vertidas en la "República", recogiendo algunas de sus ideas pero rechazando gran parte de su pensamiento. Recordemos como en la República perfecta que imagina el gran filósofo griego los individuos, mejor dicho los ciudadanos son divididos en diferentes categorías según su capacidad, dando lugar a la formación de auténticas castas cerradas a las que se atribuyen funciones rígidamente determinadas; como veremos más adelante la teoría de las élites de fines del siglo XIX no recoge ni la idea de grupos sociales tan cerrados ni tampoco la insistencia platónica en que la educación se presenta como el medio de transformación más importante de la naturaleza y el carácter de los hombres. Mientras que la República de Platón es planteada por su autor como una utopía realizable en un futuro probable, el pensamiento de Pareto y de sus compañeros parte de la convicción de que la división de la sociedad en élites es un hecho permanente a lo largo de la evolución de las sociedades humanas, siendo la tarea del investigador la de dar cuenta de este hecho y no la de concebir ningún tipo de los ideales para pensar una sociedad del futuro.

Aristóteles retoma el tema de las élites en una de sus obras "La política" (2), continuando así la idea platónica, sin embargo su planteamiento es radicalmente diferente al de su maestro, y en cierto modo esta más cercano al de nuestros pensadores. Este autor se centra en este escrito en el problema de la dirección de una comunidad, inter-

pretandolo desde el punto de vista de la función a la que sirve esta dirección. Su análisis es mucho más realista, y por lo tanto más riguroso que el platónico; una vez planteado el problema del liderazgo en la comunidad pasa a distinguir entre funciones sociales generales y el mecanismo social particular para llevar a cabo estas funciones. El estudio de los mecanismos gubernamentales, como lo denominamos en la actualidad, le lleva a preconizar la necesidad de una élite que maneje las riendas del gobierno; no importa la forma de gobierno que se desarrolle, una élite es imprescindible para cumplir las funciones de este, ya que las élites, para Aristóteles, son mucho más duraderas que las formas institucionales particulares. De este modo Aristóteles lleva a cabo un análisis mucho más "funcional" que el platónico, buscando ante todo un elemento que garantice la estabilidad social y gubernamental fundamental para la buena marcha de un estado, vinculando así la existencia de las élites a las necesidades morales y materiales de la comunidad. Pareto en el segundo tomo de "Les systèmes socialistes" (4) se refiere a este análisis aristotélico, contraponiéndolo al de Platón, y dando un juicio mucho más favorable al planteamiento del discípulo que al del maestro. Aristóteles simboliza, pues, el pragmatismo frente al idealismo platónico, e igualmente supone un avance al adoptar una visión pluralista de los fenómenos en lugar del unitarismo que prevalecía en el pensamiento anterior. Pareto aprecia asimismo en Aristóteles su preocupación por los temas económicos y políticos, verdaderos ejes para el inicio de un verdadero estudio científico de lo político, y abandonando definitivamente las preocupaciones por los temas morales. Por todo

ello, para nuestro autor, puede considerarse a Aristóteles como uno de los principales iniciadores de la investigación en el campo político, basada en la aplicación del método experimental frente al uso de los principios metafísicos.

El argumento elitista va a ir reapareciendo en muchas ocasiones siempre ligado a la concepción de que el buen funcionamiento del estado requiere la constitución de un núcleo de personas especialmente capacitadas para ejercer las funciones de gobierno; lo que variará será la forma de plantear la composición y formación de este grupo minoritario. Se trata, pues, de un tema común, que jamás va a desaparecer, pero que no contiene las connotaciones particulares que tendrá más adelante. Es importante señalar también que el inicio de las corrientes democráticas y liberales no va a hacerlo perder importancia, sino que por el contrario algunas de estas ideas contribuyen a dar al elitismo el carácter que adquiere a fines del siglo XIX. Como pudimos observar cuando hablabamos del liberalismo en el capítulo anterior, es un error asociar el concepto liberal con el de democracia, tendencia que todos tenemos y que deriva de una nueva aceptación de la idea de liberalismo, bastante reciente, que lo identifica con la postura de la defensa de un régimen democrático en contra de todo totalitarismo. Este error ha llevado a algunos estudiosos de la teoría de las élites a caer en inexactitudes en la valoración del significado del pensamiento de estos autores, durante una buena parte del siglo pasado las doctrinas liberales no fueron democráticas, al menos en el sentido

que hoy le damos al término, sino que muy por el contrario abogaban por diferentes formas de elitismo. Prueba de ello es el hecho de que cuando triunfarán las doctrinas liberales en Gran Bretaña lo que se va a instaurar es una forma de sufragio restringido y no el universal; el liberalismo es, llevando las cosas al extremo, en un principio una doctrina de reacción contra las consecuencias de la Revolución francesa, y como tal no se inclina desde un comienzo por las ideas plenamente democráticas. Van a ser los propios acontecimientos los que habrán de impulsar, años más tarde, a una paulatina renovación del pensamiento liberal, que acabará por adoptar numerosos principios democráticos. Esta separación entre liberalismo y doctrinas democráticas tiene su importancia en este trabajo, ya que como veremos más adelante nuestros teóricos de las élites van a distinguir tajantemente ambos temas; a la vez que acaban recordando con nostalgia los logros del liberalismo, van a ser siempre críticos de todo lo que tenga que ver con la democracia, tal y como aparece en la Europa de las últimas décadas del siglo pasado.

Aunque quizá nos apartemos un poco del tema propuesto en esta primera parte del capítulo, hemos de señalar también que en la historia de las ideas van a surgir formas de democracia que llevan casi directamente a la defensa de gobiernos de tipo dictatorial; esto no es ninguna novedad y ha constituido el tema de una magnífica obra de Talmon titulada "El origen de la democracia totalitaria" (5). El hecho de que determinados discursos que defienden explícitamente posiciones que, a primera vista, parecen ple-

namente democráticos, tengan en si mismos un germen totalitario, en principio opuesto a lo que parece representar la idea democrática, tiene su importancia para nosotros. No son pocas las ocasiones en que Pareto, Mosca y Michels van a atacar a los sistemas democráticos preceisamente en este punto, en que presentando aparentemente la promesa de una sociedad en la que se garantizan los derechos del individuo, su igualdad y sobre todo la participación de la mayoría en los asuntos de gobierno, esconden en verdad , bajo esta palabrería, una realidad mucho más cruda, la del gobierno de la minoría que, en estos casos, al ser oculto, puede llevar a extremos mucho más peligrosos los efectos nocivos que acarrea el monopolio del poder político por unos pocos. La doctrina de un filósofo tan notable como es J. Jacques Rousseau parece poder incluirse dentro de este grupo; para un autor tan versado en este tema como es Talmon, al que hemos citado hace poco, la oposición a una democracia representativa lleva directamente a la instauración no reconocida de una forma de dictadura. En este sentido nos dice:

"Ahora bien, en el fundamento auténtico del principio de la democracia indivisible y en la esperanza de la unanimidad está implicada la dictadura, como la historia nos ha demostrado muchas veces. Si se hace un constante llamamiento al pueblo, como a un todo, no a un cuerpo de representantes, y al mismo tiempo se pide unanimidad, no hay escape para la dictadura." (6)

Hay que tener, pues, constantemente presente esta nueva cara de la teoría democrática, mucho menos conocida

que la otra, a la hora de evaluar el sentido de la crítica a esta, que desde luego está presente en la obra de todos nuestros autores, como podremos apreciar más adelante.

La defensa de la necesidad de la existencia de una élite especializada y con determinadas cualidades que la hacen idónea para el manejo de los asuntos públicos no se encuentra solamente en pensadores que podamos encuadrar dentro de una corriente de pensamiento conservadora o tradicional(7), sino que, incluso en pleno siglo XX, y dentro del llamado socialismo utópico, encontramos pruebas evidentes de que el tema está siempre presente. Un exponente muy claro de lo que venimos de decir se encuentra al asociarse a los escritos de uno de los grandes precursores de lo que más tarde se denominará el socialismo científico: H. de Saint Simon (8). En toda la obra de este pensador se hallan evidentes muestras que nos permiten afirmar que se trata de otra nueva versión, en este caso sumamente original, del argumento elitista. No vamos a entrar aquí en un intento de estudio detallado del pensamiento saintsimoniano, ya que ello está fuera del campo de trabajo que nos hemos marcado, pero si nos interesa resaltar que lugar ocupa la élite en su planteamiento, y como encaja en esta corriente de pensamiento.

Es bien sabido, y la propia denominación de socialismo utópico lo demuestra, que Saint Simon dedica gran parte de su esfuerzo intelectual a presentar lo que él piensa que va a ser la nueva fase en la que se están adentrando las sociedades: la sociedad industrial. Al igual que muchos

pensadores sociales de su época, el que ahora nos ocupa tiene una visión evolucionista de la historia de las sociedades humanas que, de este modo, nos aparecen avanzando en una línea recta de progreso de estadios inferiores, tanto en lo que a su organización social se refiere como en lo que respecta al estadio de desarrollo de la mente humana, hacia fases superiores que suponen un progresivo perfeccionamiento y un mayor acercamiento hacia un supuesto objetivo ideal. Así, al igual que A. Comte, Saint Simon tras haber marcado cuales han sido las fases por las que han atravesado las diferentes sociedades, va a pasar a pintar lo que, para él, va a ser el estadio último de avance de las comunidades humanas: la sociedad industrial. No nos detendremos en exponer cuales son las características de esta nueva forma de sociedad, pero si resaltaremos que junto a la construcción de un tipo de grupo que podría ser definido como comunal, Saint Simon marca la inevitable aparición de una élite gubernamental. La especialización de las funciones, hecho común a este tipo de sociedades, da lugar a que emerjan tres tipos de funciones sociales claramente diferentes e igualmente imprescindibles para la buena marcha de la sociedad: en primer lugar estaría la función de inteligencia que es aquella encargada de la planificación de la acción social; en segundo lugar tendríamos la función motora que se ocuparía de la realización del trabajo industrial, y por último la función sensorial que tendría que satisfacer las necesidades espirituales que son comunes a todos los hombres. Dejando a un lado la curiosa analogía organicista, muy propia de la época, podemos resaltar el hecho de que dentro de cada uno de los grupos se

va a formar inevitablemente una élite; si estas no aparecieran no existiría ningún elemento que asegurara la buena marcha del organismo social, y se produciría su disolución de un modo irremediable. Aparece, pues, la importancia que para este socialismo utópico tienen estas minorías; hemos de señalar, sin embargo, que el puesto que les atribuye es puramente funcional, siendo su existencia relativamente independiente de la de las clases sociales. En este sentido el análisis saintsimoniano nos recuerda mucho al llevado a cabo, un siglo después, por los sociólogos funcionalistas norteamericanos, de los que tendremos ocasión de hablar a su debido tiempo.

Hemos estado viendo, desde el comienzo de este capítulo, como el argumento elitista se ha ido presentando casi desde las primeras obras del pensamiento político y social conocidas por nosotros, y en definitiva hemos querido mostrar que la idea de la necesidad y a la vez de la inevitabilidad de la existencia del gobierno de una minoría sobre una mayoría no es original del siglo XIX, sino que constituye una constante a lo largo de la historia del pensamiento humano, siendo retomado hace unos cien años por los que hoy denominamos teóricos clásicos de las élites. Igualmente hemos tratado de exponer que no se puede identificar, en esta evolución que venimos observando, al argumento elitista con una postura ideológica determinada; es decir, no se puede afirmar, como han hecho algunos autores que pecan de un exceso de simplificación, que el elitismo haya estado siempre unido a la vertiente conservadora, por llamarla así, del pensamiento político y social europeo, la verdad es otra,

y hemos creído demostrarlo presentando algunos casos que muestran como la idea elitista ha aparecido en autores de muy diversa intencionalidad política; por ello no nos es lícito calificar con uno u otro epíteto la postura de nuestros teóricos de la élite, sin antes haber llevado a cabo un estudio profundo de toda su obra.

El lector ya habrá advertido, sin duda, que hemos dejado intencionalmente a un lado a un autor que ha sido señalado innumerables veces como predecesor inmediato y directo de Mosca, Pareto y Michels; nos referimos, evidentemente, a Maquiavelo (9). Si antes hemos tratado de demostrar la existencia de una tradición elitista que viene desde muy antiguo, ahora si podemos decir que el pensador que centra nuestra atención es realmente uno de los que más ha influido, por no decir el que más, en el planteamiento del resurgir de la teoría de las élites. La relación entre el pensamiento de Maquiavelo y la obra de esta nueva corriente, ya que no creo que podamos considerarla propiamente como una escuela, ha sido objeto de numerosos estudios dando lugar a las más variadas opiniones y a no menos controversias, siendo aún objeto común de referencia entre los actuales estudiosos de estos temas. Según bastantes eruditos Maquiavelo habría influido no solo en el hecho de plantear el problema del dominio de una minoría, sino fundamentalmente en la orientación metodológica, y en algunos de los postulados claves que caracterizan a estos autores. Quizá sea la obra del sociólogo norteamericano James Burnham "Les machiavéliens défenseurs de la liberté" (10), la que plantea más audazmente el alcance de esta relación

La obra, por otro lado, ha sido objeto de numerosas críticas y objeciones, ya que quizá presenta a un Maquiavelo demasiado manipulado para adecuarse mejor al nuevo planteamiento elitista; pero nos va a servir como un útil punto de apoyo para trabajar esta cuestión. No hay que olvidar, por otro lado, que Burnham es uno de los estudiosos que han retomado este argumento elitista dando lugar a nuevos planteamientos que en su día tuvieron un gran impacto en el ambiente intelectual de las ciencias sociales actuales. Es cierto que la admiración que sienten, sobre todo Mosca y Pareto por la obra de Maquiavelo es muy grande y no faltan las constantes referencias a la gran labor de este. Hay que notar finalmente que el Maquiavelo que nos presentan estos autores es esencialmente el del "príncipe", dejando un poco en el olvido la otra gran obra de este pensador "Discursos sobre las décadas de Tito Livio", (M) que según los eruditos aporta elementos novedosos que amplían el conocimiento de sus postulados.

La primera supuesta gran influencia de Maquiavelo es, sin duda, el propio planteamiento del autor a la hora de enfrentarse con una investigación. Dicha actitud queda reflejada por las palabras que él mismo nos presenta en un pasaje de su libro más conocido:

"Siendo mi propósito escribir una cosa útil para quien la comprende he tenido por más conducente seguir la verdad real de la materia, que los desvaríos de la imaginación en lo relativo a ella; porque muchos se imaginaron repúblicas y principados que no se vieron ni imaginaron nunca. Hay tanta distancia entre saber como viven los hombres y

saber como deberían vivir, que quien, para gobernar, abandona el estudio de lo que se hace, para estudiar lo que sería más conveniente hacerse, aprende más bien lo que debe obrar su ruina que lo que debe preservarle de ella, supuesto que un Príncipe que en todo quiere hacer profesión de ser bueno, cuando en el hecho está rodeado de gentes que no lo son, no puede menos de caminar hacia su ruina. Es, pues, necesario que un Príncipe que desee mantenerse en el poder, aprenda a poder no ser bueno, y a servirse de esta facultad, según las circunstancias lo exijan."(12).

En esta cita, entre otros puntos que comentaremos más adelante, se descubre una de las características que han hecho sobresalir el pensamiento maquiavelista y le han aportado una mayor fama y notoriedad: el intento de llevar a cabo un estudio "realista" de lo político. Maquiavelo se plantea directamente, desde el comienzo, la necesidad de estudiar los fenómenos que hoy llamamos políticos, desde una perspectiva simplemente "factual", que no tome en cuenta para nada los hechos de otros ámbitos, y en particular del campo de la moral. Será este empeño el que le confiera a toda su obra un sello tremendamente utilitario; la política ha de estudiarse para saber como hay que gobernar de hecho a los hombres, no importando para nada qué es lo que pueda ser considerado como la mejor forma de gobierno ideal, dado que estas disquisiciones pertenecen más bien al terreno de los moralistas, y no van a aportarnos ninguna conclusión útil y válida para nuestro objetivo. Este es el gran mérito que se le ha reconocido a Maquiavelo, que ha sido considerado como el gran precursor de la ciencia política de

hoy en día. Burnham nos dice al respecto:

"Machiavel a séparé la politique d'une certaine espèce de morale, d'une morale transcendente. Mais il l'a fait pour mettre la politique et la morale plus étroitement d'accord et pour les situer toutes deux dans le monde réel de l'espace, du temps et de l'histoire, seul monde sur le quel nous sommes informés." (13)

De este modo Burnham hace una precisión para nosotros importante acerca del pensamiento de Maquiavelo; este ha sido acusado en innumerables ocasiones de predicar un pensamiento amoral, es decir de despojar a la política de todo elemento ético, convirtiéndola, de este modo, en un estudio posibilista de los modos de lograr y mantener el poder, sin que intervengan en este tema consideraciones de cualquier otro orden. Es a partir de esta concepción, ciertamente vulgarizadora, como el concepto "maquiavélico" ha tomado la significación peyorativa que, aún hoy en día, le atribuimos. Así Maquiavelo ha sido visto como un monstruo durante muchos siglos, que en definitiva predicaba la ya tan conocida máxima de "el fin justifica los medios"; veremos, más adelante, si podemos hacer algunas precisiones sobre este tema. Pero Burnham, y en cierto sentido todos los teóricos de las élites, lo que van a señalar es otro tipo de aportación realmente de mucho mayor valor, aquella que lo convierte en el padre de la nueva disciplina de estudio de lo político. En este sentido la recuperación del pensamiento de Maquiavelo, que tuvo lugar en la Italia del Risorgimento, lo que hará es ligarlo con una concepción muy particular de la ciencia política. Se trata de un estudio

centrado unicamente en la observación de los hechos, del ser y no del deber ser; por esta causa no se excluye la moral del campo de investigación sino que, por el contrario, esta va a ocupar el mismo puesto que otro objeto de estudio cualquiera anulando, así, la tendencia a conferirle un puesto de privilegio que tenían las obras de numerosos pensadores del momento. Sin embargo esta no es toda la aportación de Maquiavelo, el mismo hecho de plantear de un modo muy peculiar el estudio de lo político lleva a que su objeto de trabajo posea unas peculiaridades dignas de consideración.

Maquiavelo se centrará en el estudio de la política, que puede muy bien diferenciarse de "lo político". Siguiendo la distinción que tan brillantemente estableció Max Weber podemos afirmar que la política es aquella rama que intenta comprender la acción de los individuos dentro del campo de los asuntos públicos, el principal centro de interés va a ser, pues, la conducta política dejando a un lado otros enfoques tradicionales dentro de este terreno de investigación, como pueden ser el jurídico, el institucional etc.. A Maquiavelo lo que realmente le interesa es la forma de actuación de los gobernantes; este enfoque que reduce, en cierto modo, lo político a la realización de una serie de movimientos y operaciones por parte de algunos individuos, en vistas de conseguir controlar la maquinaria gubernamental, va a ser recogido en su totalidad por los elitistas de fines del siglo XIX, que paralelamente entroncan con la llamada teoría de la acción social; corriente de pensamiento social que va a tener uno de sus máximos representantes en uno de sus contemporáneos: Weber. Lo que, sin du-

da, abandonan nuestros pensadores es la finalidad didáctica que persigue "El Príncipe"; ni Pareto, ni Mosca, y por supuesto tampoco Michels, pretenden dirigir sus escritos a la iniciación de una serie de individuos que pueden tener más posibilidades de acceder a los altos cargos de la política. Se ha acabado para ellos este sentido pedagógico que poseen muchas obras de sus antepasados y solamente se busca una mejor comprensión de los fenómenos políticos con vistas a un mayor conocimiento de la realidad, y por lo tanto una mayor posibilidad de llevar a cabo predicciones que nos orienten sobre el futuro que espera a nuestras sociedades. Se trata, pues, como veremos más tarde, de construir una verdadera ciencia política, y en este empeño es donde les va a resultar más útil la aportación de Maquiavelo. Este, a pesar de lo limitado del alcance de su obra, por este sentido pedagógico al que antes hacíamos referencia, avanza notablemente en este camino; es de destacar, por ejemplo, el constante empeño en utilizar el lenguaje de una forma que hoy llamaríamos científica, y que trata, ante todo, de conferir la mayor precisión posible al discurso, evitando todo tipo de ambigüedades y definiendo con rigor los términos empleados. Es notorio apreciar como Maquiavelo, en una gran labor de análisis y de síntesis, trata de presentarnos los elementos fundamentales del principado, aquellos factores que le confieren su carácter particular, y sin los cuales no podría funcionar la maquinaria política. Al tiempo nos muestra que es lo que es lo que ha de hacer el Príncipe para que dicha maquinaria funcione correctamente. Sin embargo, a pesar de que todo el discurso maquiavelista está particularmente marcado por el momento histórico en el que vive y por su situación personal concreta, y a pesar

de que "El Príncipe" es un escrito dedicado a un príncipe en particular (14), el autor no lleva a cabo un simple relato histórico, sino que su objetivo es el de analizar aquellos factores constantes en la vida política de una comunidad. Es en este sentido en el que su esfuerzo sistematizador va a ser sumamente valioso y va a servir de ejemplo a sus futuros seguidores, tomando este último término en el sentido más amplio.

Llevamos hablando ya de Maquiavelo durante algún tiempo y no hemos entrado todavía en uno de los puntos que más le han distinguido y que quizá haya tenido una mayor incidencia en el posterior desarrollo de la ciencia política: su concepción de la política. Habíamos dicho que Maquiavelo marcaba muy bien el objeto de la política, el de su estudio, este residía en la observación de la conducta política de los hombres; pero al mismo tiempo va a marcar-nos un elemento que delimita el terreno en que va a llevar-se a cabo dicha actuación: el del poder. Para Maquiavelo la conducta política de los hombres, y por lo tanto su estudio, va a resumirse en una única cuestión: "...L'étude des luttes pour le pouvoir parmi les hommes." (15). El origen, el fundamento y todo el desarrollo de toda la política tiene su base en la tendencia innata de los seres humanos a intentar obtener el máximo de poder que les sea posible; este es un hecho que ha caracterizado y que caracterizará a todas las sociedades humanas dado que es propio de la naturaleza de sus miembros, y por lo tanto es inmutable. Las teorías políticas que pretendan mostrarnos a los individuos movidos, tanto en la vida pública como en su existencia

privada, por otro tipo de impulsos como lo puedan ser la sociabilidad, el deseo de conseguir una sociedad mejor etc.. no transmiten más que puras falacias; el hombre, por suerte o por desgracia, tiene como principal objetivo en su existencia el lograr el máximo poder que le sea posible, y esto tanto en la esfera política, como en la económica, la de las artes y todas las demás que podamos nombrar; la perspectiva del poder es, pues, la única que puede escojer el estudioso de la conducta humana.

Este nuevo enfoque, que proporciona al discurso de Maquiavelo una alta dosis de originalidad, va a determinar todo el posterior desarrollo del mismo; en cierto modo, aun que el autor no lo diga tan claramente, supone la existencia de una comunidad de seres humanos en una perpetua lucha por el dominio del contrario, muy en la tradición homérica, y lleva directamente a la conclusión de la necesidad de la existencia de un poder político fuerte, monopolizado por aquel o aquellos que tengan las máximas aptitudes para llevar a cabo dichas funciones y que, de este modo, aseguran la permanencia de la sociedad, y en última instancia impidan su destrucción, al regular y controlar los afanes excesivos de determinados hombres. La existencia de un fuerte poder regulador es una condición esencial para la buena organización de una sociedad, desde el momento en que es el único medio para poder dominar los afanes del resto de los individuos. Maquiavelo, como vemos, no se plantea todavía la solución de un pacto o contrato mutuo entre los hombres, sino que, recordemos que escribe en el siglo XV, ve como única solución la instauración de un poder más fuerte que

el del resto de los individuos, bien sea el de un solo individuo, el Príncipe, o el de un grupo de ellos, la república. Esta concepción le arrastrará, por otro lado, a la consideración de las virtudes necesarias que ha de tener el hombre, o los hombres, para lograr adquirir y conservar este monopolio del poder. Va a ser esta concepción del estudio de la política como estudio del poder la que va a llamar más la atención de los teóricos de las élites, los cuales la adoptarán como principio básico de sus razonamientos, y como único eje posible para la construcción de una ciencia de la política. Este es uno de los hechos fundamentales que han empujado a algunos autores, entre ellos a Burdham, a considerar a Pareto, Mosca y Michels como unos neomaquiavelistas. Hemos de señalar, por otro lado, que la toma en cuenta del fenómeno político desde el punto de vista del poder, movimiento en el cual puede incluirse a nuestros pensadores como unos verdaderos predecesores e impulsores, ha tenido una importancia fundamental en el desarrollo de la ciencia y la sociología políticas de nuestro siglo; las doctrinas inspiradas en este planteamiento muestran, por otra parte, una considerable variación en sus planteamientos, conclusiones y orientación ideológica.

Van a ser, pues, principalmente la actitud realista frente al hecho político y la visión de este como el estudio de la conducta política determinada ante todo por el afán de poder de todos los individuos, lo que da lugar a que todos los elitistas clásicos se refieran a Maquiavelo como a un verdadero precursor en la ardua tarea de sentar las bases de una verdadera ciencia política. Prueba de

ello es la opinión que G. Mosca nos presenta a continuación:

"Ciertamente (Maquiavelo), tuvo grandes aptitudes para crear esta ciencia (la ciencia política) y tuvo, a este propósito, dos felicísimas intuiciones: vió que en todas las sociedades existen tendencias políticas constantes y que estas pueden ser descubiertas estudiando la historia de los varios pueblos. Guiado por estas dos intuiciones se esforzó por sentar los fundamentos de la ciencia política, pero no pudo conseguirlo porque le faltaban los materiales históricos necesarios." (16)

Esta opinión de Mosca nos abre el camino para señalar otro de los aspectos fundamentales del pensamiento de Maquiavelo que van a recoger los teóricos de las élites, y que, al tiempo, constituye una de las mayores aportaciones de este autor: su idea de la historia. En toda la obra de Maquiavelo vemos que la historia ocupa un lugar fundamental, a la vez que no podemos considerar a sus escritos como la obra de un historiador en el sentido clásico de la palabra. Aparece, entonces, una peculiar utilización del conocimiento histórico, el cual se pone al servicio del estudio de la política, apareciendo como un elemento imprescindible que posibilita a este. En su afán por presentarnos una verdadera teoría de la política Maquiavelo siente la necesidad de recopilar, con un cierto grado de sistematización, un gran número de hechos que le permitan, y esto es quizá lo más importante, extraer una serie de hechos generalizables, o leyes, que nos den cuenta de los elementos permanentes en la vida política. ¿Pero dónde encontrar esta serie

de hechos de los que podamos extraer las generalizaciones que buscamos? Evidentemente, planteado de esta manera, el tema sólo tiene una única respuesta: de la historia de la humanidad. De este modo Maquiavelo parece aplicar al estudio político el método de observación de los fenómenos para, a partir de estos, y sólo a partir de estos, extraer leyes generales explicativas; la empresa tiene grandes ambiciones, pero como es lógico, como bien señala Mosca, va a quedar limitada por la escasez de material histórico ante el que se encuentra este pensador y por las estrechas miras de la mayor parte de los escritos históricos de su época.

A pesar de estas inevitables limitaciones la Historia ocupa un lugar importante en la obra de Maquiavelo, al tiempo que esta aparece conteniendo una peculiar concepción de la historia que nos interesa resaltar, dado que, de algún modo, resume los puntos esenciales de su pensamiento. Maquiavelo tiene el gran mérito de haber mantenido una visión de la vida política no estática, sino esencialmente dinámica; el mundo del hombre está plagado de acontecimientos que cambian constantemente, y el gran problema que se le plantea al investigador es el de hallar elementos de uniformidad que sean la base de una futura ciencia. Estos elementos los va a encontrar nuestro autor al afirmar que el cambio es siempre más o menos reiterado y cíclico, por lo que siempre podemos encontrar una línea de desarrollo histórico en la aparente diversidad de los acontecimientos. Esta visión cíclica del acontecer histórico volverá a adquirir su importancia a fines del siglo XIX, cuando será retomada por algunos autores, contándose entre ellos los

teóricos de las élites, Sin embargo, y es curioso resaltar este punto, junto a esta idea de un perpetuo retorno encontramos también la noción de que existe un orden en estos ciclos; es decir, los estados nacen, se desarrollan e inevitablemente entran en un periodo de decadencia que les conducirá, finalmente, a su desaparición. La degradación total es retardable pero de ningún modo evitable. Será este esquema, que para Maquiavelo se repite en todo tiempo y lugar, el que permite la construcción de una ciencia de la política, dado que proporciona la base para poder crear uniformidades, leyes que den lugar a la comprensión de la realidad política. El retorno permanente de los fenómenos políticos está fundado en la esencia de la naturaleza humana, la apetencia de poder, y por ello constituye un elemento permanente que jamás podrá ser alterado. Como veremos más adelante todas estas ideas ocuparán un lugar destacado dentro del pensamiento de Pareto y de Mosca, reforzando de nuevo la idea de que existe un lazo de unión a tener en cuenta, entre los postulados de estos y el pensamiento, muy anterior, de Maquiavelo.

Junto a estas notas fundamentales en su idea de la historia el autor añade otras también interesantes de destacar. Para él la vida política, guiada como hemos dicho por el afán de poder que es común a todos los individuos, contiene lo que, hoy en día, denominamos un elemento de azar muy considerable. El término correcto a utilizar sería el de "Fortuna"; esta es la que, en última instancia, guía todos los asuntos humanos, la que posee la última palabra acerca de los asuntos políticos. Es interesante observar como, junto a un intento muy importante por construir una

verdadera ciencia política, Maquiavelo todavía necesita recurrir a algo que pueda explicar acontecimientos que, en principio, no se ajustan a las uniformidades establecidas. Se podría aventurar, quizá arriesgándose demasiado, que la Fortuna de Maquiavelo no es sino el elemento irracional que todo pensador encuentra dentro de la vida política y que se resuelve, según los casos, de una u otra manera. Junto a esta nota apteciamos también la aparición de un tema que va a ser muy querido por los positivistas del siglo XIX, el de la religión; este autor no trata el tema de la religión desde una perspectiva moral o ética, sino simplemente a partir de la consideración de su utilidad social y política. En este punto es increíble considerar que nos estamos refiriendo a unos escritos fechados en el siglo XV, al observar la total frialdad con la que sopesa el posible beneficio o perjuicio que conlleva para una sociedad la práctica religiosa. Maquiavelo es, en este sentido, rotundo: la religión y el mito son indispensables desde el punto de vista político, por lo que sellega a la conclusión de que el estado deberá de fomentar su existencia y práctica, como medio de mantener su poder en la sociedad. Durante algunos siglos no vamos a volver a encontrar una visión tan fría y certera, tan desprovista de consideraciones extraexperimentales, como esta que ahora presentamos; va a ser tras la influencia de la Ilustración, y bien entrado el siglo XIX, cuando, en boca de los grandes teóricos del positivismo fundamentalmente, se vuelven a encontrar argumentos parecidos. Por último hay que decir que Maquiavelo toca el tema del mejor gobierno posible; es curioso observar que, al mismo tiempo que escribe su obra fundamental con el tema

del gobierno del Príncipe, y dedicada a uno de ellos, mantenga que el mejor tipo de gobierno preconizable es aquel que da lugar a la formación de una "comunidad", es decir la República. Pero una cosa es lo que sea mejor teóricamente, y otra muy distinta lo que se pueda hacer en cada momento, y lo que convenga a un grupo humano determinado.

Estas son, pues, las líneas fundamentales por las que atraviesa el pensamiento de Maquiavelo, y los principales puntos que van a rescatarse durante el Risorgimento italiano, en el esfuerzo por redescubrir una verdadera tradición nacional. Será, pues, la nueva toma en consideración del pensamiento de este autor lo que va a hacer posible que su obra sea conocida por los teóricos de las élites, y, en consecuencia, estos puedan inspirarse en muchos de sus principios. Sin embargo todavía no hemos hablado de algunos aspectos que quizá han hecho más conocido a este autor a ni el "popular", nos referimos evidentemente a las consideraciones acerca del gobierno del Príncipe. Vamos a ver cual cual es su línea discursiva en este terreno, aunque sólo sea muy brevemente.

El autor parte de una afirmación esencial, el pesimismo antropológico; como nos dice en el "Príncipe": "...porque los hombres son siempre malos a no ser que los impulsen a ser buenos." (17). Dado que ningún individuo se encuentra impulsado a obrar según normas y valores que una consideración moral calificaría como de "buenos", un gobierno que marque los límites de sus acciones se hace imprescindible. Es evidente que la mejor sociedad pensable es

aquella en la cual los individuos actúan y se comportan bondadosamente, y forman una verdadera comunidad en la que puede aparecer un gobierno común: la república; pero dado que esto únicamente ocurre en ocasiones muy particulares y bajo circunstancias excepcionales, en la mayoría de los casos la forma de gobierno más idónea es la de uno sobre la mayoría, es decir la del Príncipe o el soberano. Únicamente este sistema político va a ser capaz de controlar el potencial de maldad de los ciudadanos, poniendo, en cambio, al servicio de la comunidad toda la parte positiva que hay en ellos. La lucha por el logro del poder político hace, por otro lado, imprescindible la existencia de este dominio, apareciendo, en consecuencia, dos tipos de hombre político claramente diferenciados, el tipo gobernante y el gobernado. Esta afirmación tiene, para nosotros, una indudable importancia, y hemos de detenernos en su consideración. Maquiavelo nos dirá al respecto:

"...cette distinction réflete un fait fondamental de la vie politique, que la lutte politique active est menée la plupart du temps par une petite minorité d'hommes, et que la majorité est et demeure, quoi qu'il arrive, les gouvernés." (18)

Se introduce, pues, aquí, una distinción fundamental que va a marcar toda una corriente del pensamiento político y que desemboca, con toda su fuerza, en los autores que constituyen el centro de nuestro trabajo, la separación entre gobernantes y gobernados que no se atribuye a circunstancias históricas, a situaciones particulares, sino que, por el contrario, se postula como algo permanente en toda la vida política. Es evidente, casi una perogrullada, el afir-

mar que en todo tiempo y lugar, en toda sociedad política constituida como tal, hay siempre algunos que gobiernan y otros que son gobernados, pero no lo es el plantear que dicha separación es constitutiva de la política. Lo que nos propone Maquiavelo, punto que seguirán después los teóricos de las élites, es que por definición la política es un asunto de minorías. Si definimos a la política meramente como una lucha por el control del poder político, y al mismo tiempo suponemos que esta lucha es llevada entre individuos particulares, que pueden asociarse o no en grupos, pero que, en última instancia, aparecen como tales, habremos de llegar a la conclusión de que, entonces, lo que tiene que contar son las cualidades individuales de estas personas; y esto es lo que hace Maquiavelo. Serán aquellas personas que poseen las características, las virtudes necesarias para convertirse en líderes políticos las que serán las figuras fundamentales, los verdaderos actores del combate político; y por lo tanto, cuando este se resuelva en uno u otro sentido, van a ser ellos los que logren conseguir el monopolio del poder político. A pesar de que todos los hombres tengan un afán de poder la mayor parte de ellos no poseen las virtudes que hacen posible su logro; por ello siempre existe una mayoría que se encuentra sometida al poder de los demás, no participando jamás plenamente en el centro de la verdadera lucha política; en todo caso toman partido por uno u otro bando, pero siempre bajo la dirección de un jefe. Igual que para Pareto, Mosca y Michels, para Maquiavelo la masa carece de una fuerza propia de acción, su verdadero poder se revela cuando llega a unirse bajo la dirección de un líder.

"...la multitude sans chef est une chose inutile.." (19)

Una vez demostrada la necesidad de un líder, el problema que se plantea ahora es el de ver cuales son las características que hacen un buen líder de un individuo, y por lo tanto un buen gobernante. Esto se consigue cuando en una sola persona se logran reunir todas aquellas virtudes que definen al león y al zorro (20). El gobernante tipo ha de poseer, sobre todo, la "virtu", es decir energía, valor y por encima de cualquier otra cosa la ambición; pero todas estas inclinaciones no darían fruto si esta persona no fuera fuerte marcialmente, y al mismo tiempo estuviera dispuesta a utilizar esta fuerza contra los demás y en favor de sí mismo. La utilización de la fuerza es esencial en el pensamiento de Maquiavelo, pero siempre aparece matizada por otros aspectos; la fuerza bruta no logra, en todas las ocasiones, los resultados apetecidos, por lo que ha de ser combinada por el gobernante con el engaño (la "ruse"). El jefe tiene que ser capaz de utilizar este engaño en todas aquellas ocasiones en las que el mero recurso a la fuerza no le garantiza los logros por él deseados. Por último no hay que olvidar que lo que el gobernante ha de poseer, por encima de todo, es la capacidad de adaptarse a su época, viendo cuales son los medios más apropiados en cada momento para lograr los fines que se propone.

Estas cualidades del Príncipe se dan en las dos formas de gobierno que se pueden definir si tomamos en cuenta unicamente su forma, la monarquía, o gobierno de uno, o la "comunidad" o gobierno y soberanía de más de uno. En

el primer caso nos encontramos con una forma de gobierno independiente del ascendente social o de la subordinación del pueblo, mientras que en el segundo los dos tipos de hombre, los gobernantes y los gobernados, se encuentran en todas las clases. El gobierno de estas dos formas se basa o bien en las leyes o bien en la fuerza. Aquí Maquiavelo distingue, de nuevo, entre el ser y el deber ser; es evidente que los hombres han de ser regidos por leyes, ya que esto es lo que le conviene a la naturaleza humana, pero al mismo tiempo también es evidente que la misma naturaleza humana hace que si un Príncipe quiere mantener su dominio haya de recurrir a la fuerza; la política es esencialmente poder y no hay ninguna duda de que el poder implica la fuerza.

"Es menester, pues, que sepais que hay dos modos de defenderse: uno con las leyes y otro con la fuerza.

El primero a menudo no basta, es preciso recurrir al segundo. Le es, pues, indispensable a un Príncipe saber hacer uso de uno y otro, enteramente juntos"

(21)

El tema del recurso a la fuerza ha sido uno de los puntos más estudiados y a la vez más criticados del pensamiento de Maquiavelo; se ha querido ver una loa a la dictadura unipersonal de un monarca en su obra principal, al tiempo que, saltando por encima de toda consideración moral, permitía y hasta alentaba el recurso a medios viciosos si el fin a lograr, la conservación del poder, así lo exigía. Todo esto aparece claramente en su obra y prueba de ello es la cita que a continuación presentamos, aún a riesgo de caer en un exceso de referencias, dado que creemos que es sumamente interesante para aclarar este punto.

"Pero no tema (el Príncipe) incurrir en la infamia aneja a ciertos vicios, si no puede sin ellos conservar su estado; porque si se pesa bien todo, hay una cierta cosa que parecerá ser una virtud, por ejemplo, la bondad, la clemencia, y que si la observas, formará tu ruina, mientras que la otra cierta cosa que parecerá un vicio, formará tu seguridad y bienestar si la practicas." (22)

Es evidente que estas líneas expresan claramente la idea de que el fin justifica los medios, y realmente, desde una posición puramente ética, parece injustificable esta aserción; sin embargo siempre es muy peligroso hacer juicios de valor sobre un pensamiento cualquiera sin tener en cuenta el tiempo y el lugar en que este se ha desarrollado. Esto es lo que se ha hecho en muchas ocasiones con el pensamiento de Maquiavelo, que, por ello, ha aparecido como el gran defensor de la dictadura, que para mantenerse a sí misma puede recurrir a todas las artimañas y malas artes que sea necesario. Hemos de pensar en la Italia en la que vive nuestro autor, en su situación personal y en el objetivo último que guía toda su obra: la consecución de la unidad italiana (postura que, por otro lado da lugar a que su pensamiento sea muy valorado en la época del Risorgimento). Maquiavelo no duda, en ningún momento, de que el mejor gobierno es aquel que cuenta con el apoyo del pueblo, y en el cual se cumple la ley, pero para él parece ser evidente que no existe una separación entre las buenas leyes y las buenas armas. La situación política de la Italia del momento era tal que no era posible concebir un buen estado que no contase con armas para defender su constitución, tanto con-

tra los peligros externos, como contra los internos. La importancia de Maquiavelo, en este aspecto, reside en haber señalado la enorme importancia de la fuerza como un elemento inseparable del poder; esta idea va a mantenerse latente en toda la historia del pensamiento político, hasta volver a resurgir, con toda su fuerza, a fines del siglo XIX, con nuestros teóricos de las élites. Toda la corriente de la ciencia política que surge en estos momentos va a dividirse en dos fracciones claramente opuestas; una de ellas retomará el argumento que dibuja a la sociedad humana como conjunto de fuerzas en lucha constante por la consecución del dominio sobre sus semejantes, de aquí que la idea de la violencia física cobre mucha relevancia.

Sin embargo, a pesar de que Maquiavelo insista constantemente en todos estos factores, no es menos cierto que gran parte de sus escritos están dedicados a la defensa de un ideal de libertad; una libertad muy peculiar para nuestra mentalidad del siglo XX, pero al fin y al cabo libertad. Para él el objetivo último de toda su obra va a ser el de contribuir a la creación de Italia como un Estado nacional, apareciendo, por primera vez este concepto en la historia del pensamiento político, en el que se lograra llevar a cabo un ideal de libertad. En él esta libertad supone la necesidad de la creación de la fuerza pública que garantice la independencia, es decir la ausencia de sujeción externa a otro grupo de individuos. Dicha fuerza pública será el único medio de erigir un gobierno basado en la ley y no en la voluntad arbitraria de un individuo aislado; de este modo la libertad de Maqui-

velo está basada en el equilibrio de fuerzas opuestas, algo parecido a lo que los futuros liberales denominarán "gobierno mixto": "La liberté ne peut découler que du choc continu de groupes opposés"(23)

Esta es la gran aportación de Maquiavelo, y estas son las principales ideas que nos vamos a encontrar en los teóricos de las élites; no hemos pretendido exponer todos los aspectos de pensamiento de este gran autor, sino únicamente algunas que pensamos que tienen una mayor incidencia en posteriores formulaciones teóricas, y que, en definitiva han pasado a convertirse en algunos de los pilares de la ciencia contemporánea de la sociedad. Burnham, como apuntábamos anteriormente, ha sido uno de los estudiosos que más se ha ocupado del tema, planteando la tesis de que se puede hablar de una escuela neomaquiavelista que surgiría a fines del siglo pasado, siendo sus máximos representantes Sorel, Pareto, Mosca y Michels. La idea ha suscitado numerosas controversias dado que, sin duda, se trata de una hipótesis aventurada; otro estudioso de estos problemas, Meisel (24), piensa, por ejemplo, que la imagen que Mosca tiene de Maquiavelo no responde para nada con la que nos proporciona Burnham. Al no ser unos verdaderos expertos en el tema nosotros no podemos dar una respuesta definitiva que lo zanje de una vez por todas; pensamos, de todos modos, que es sumamente arriesgado hablar de una verdadera escuela neomaquiavelista en el sentido más absoluto del término. No hay duda de que los teóricos de las élites, entre otros, forman parte de un movimiento de redescubrimiento de la importancia de las ideas de este pensador

,pero al mismo tiempo existen otras muchas influencias que hay que tener en cuenta,y que pesan mucho,tanto o más,según los casos,que las tesis de este autor.El considerar a los teóricos de las élites como a discípulos directos de Maquiavelo es a la vez acertado y limitado;limitado si no se tienen en cuenta otras aportaciones,y acertado porque es evidente que existen puntos fundamentales claramente maquiavélicos en sus respectivos planteamientos.Entre estos quizá el más importante,y que va a constituir el centro de nuestro análisis más inmediato,es la firme voluntad por crear una ciencia de la política utilizando unicamente "elementos de análisis científicos" y dejando de lado aquello que se considera como elementos subjetivos o encubridores de la realidad.Hemos de tener cuidado,a pesar de todo,cuando hablamos de que se trata de reducir el estudio a una perspectiva "realista",en la que sólo se consideren los fenómenos políticos y sociales tratando de apartar los elementos encubridores de esta,no estamos afirmando que se desprecien los factores morales,religiosos etc...,muy al contrario estos se tienen muy en cuenta,sino que estos se toman como otros fenómenos más que es necesario estudiar sin recurrir en ningún momento a los juicios de valor o a los argumentos éticos y morales.Hay que estudiar el ser de las cosas,nos dirán,y no el deber ser; este último queda fuera del ámbito de la investigación científica.Esta pretensión de suma cientificidad,no cumplida como es lógico,en numerosas ocasiones proporciona un carácter muy particular a los escritos de nuestros autores,hecho que será objeto de un posterior análisis.

Hemos tratado de estudiar, en las páginas anteriores, los principales antecedentes de la teoría de las élites, tanto en lo que se refiere a las formulaciones elitistas más lejanas como a los que pueden ser considerados como los predecesores más inmediatos. A lo largo de nuestra exposición hemos insistido en el nexo de unión existente entre estos teóricos de las élites y un autor fundamental para el inicio de una verdadera ciencia de la política: Maquiavelo. Como vemos el tema del supuestos neomaquiavelismo de estos pensadores no es tan simple como parece a primera vista y exige su reconsideración en muchos de los puntos que hemos de tratar más adelante en nuestro trabajo. Lo que ahora nos interesa es intentar marcar el significado de la élite o clase gobernante para estos autores y en este momento histórico. Antes de entrar en un análisis más detallado del modo en que se presenta en cada uno de los autores este problema, queremos ver cuáles serían las características generales de este planteamiento, y que puesto ocupan dentro del pensamiento social de su momento. Del mismo modo nos gustaría ver cuál es la utilización "práctica", que tipo de conexión existe entre la teoría elitista y la postura que cada uno de los autores adopta ante la situación política y social que le toca vivir.

A pesar de que hemos dedicado todo un primer capítulo a exponer los principales acontecimientos históricos que enmarcan el resurgir del elitismo, es necesario que enquadremos de nuevo la aparición del argumento elitista clásico en las grandes transformaciones que sufre la Europa del siglo XIX. Ya no nos referimos aquí a los hechos histó-

ricos concretos, sino que hemos de sopesar las grandes transformaciones del Estado moderno durante estos años, que, sin duda, afectan al pensamiento de todos los teóricos sociales del momento. El tema de la transformación de la antigua forma de Estado, superando incluso todas las teorías y previsiones liberales, ocupará a un gran número de pensadores durante estos años, y los que a nosotros nos interesan no son una excepción. El gran fenómeno que llama la atención de todos ellos es el de la fuerza ejecutiva que va unida a la aparición y engrandecimiento de un gran aparato burocrático de administración en la mayoría de las naciones europeas. El estado va convirtiéndose, de este modo, en una gran maquinaria y dependerá cada vez en mayor medida de su organización para poder lograr los fines que se marca. Pero al tiempo que esta burocracia va a contribuir al ideal constitucionalista del "gobierno por la ley", convirtiéndose en la eficaz organizadora del poder, constituye una amenaza para la antigua concepción del reparto del poder del estado, y en resumidas cuentas para la idea liberal de este. Dos grandes temas de discusión van a centrar la atención de los estudiosos: el propio tema del análisis del fenómeno burocrático como tal, y la evaluación de los efectos de la progresiva ocupación del proceso de toma de decisiones y de la dirección de la política, de la propia autoridad política. Aparecen numerosos trabajos sobre este problema, entre los cuales uno de los más importantes es el que lleva a cabo Weber en su gran obra "Economía y Sociedad" (25). El traslado del centro político real con la aparición de las grandes organizaciones, como por ejemplo los propios partidos políticos, van a ser los temas preferidos de los teóricos po-

líticos del momento. Los teóricos de las élites reflejan también esta preocupación en todos sus escritos; Pareto dedica una de sus obras más conocidas "La transformación de la democracia" (26) al análisis de este aspecto, centrándolo en la evolución de esta forma política y las transformaciones ya citadas, mientras que Michels en su obra maestra "los partidos políticos" (27) toma como punto central de su investigación la incidencia del fenómeno en las organizaciones partidistas que se autodefinen como democráticas.

De este modo la tecnificación del aparato del estado, que da lugar a que el conocimiento técnico se convierta en el requisito esencial para ejercer el poder político, será uno de los puntos claves de interés de los teóricos del estado; tanto si se inclinan por la concepción liberal de este como si adoptan una postura más conservadora, han de cambiar sus concepciones y análisis acerca de este. Al mismo tiempo, y como vimos en el capítulo anterior, los últimos años del siglo XIX constituyen un periodo de profundas alteraciones políticas y sociales que se hacen sentir en la teoría política. El gran auge que va adquiriendo el tipo de organización socialista inspirada en la ideología marxista, y la extensión de su ideología dará lugar a un amplio movimiento de las clases medias que tratan, por todos los medios, de acallar la propaganda de la izquierda revolucionaria, como único medio de acabar con todas las profundas dudas que le acometen como clase. Es en este clima en el que va a aparecer la teoría de las élites, que se presenta como una doctrina defensiva más contra

el optimismo de la Ilustración del siglo anterior que como oposición a las ideologías revolucionarias de su tiempo. Todas estas doctrinas, en último término, tratarán de atacar los principios burgueses que habían servido para reclutar a la clase trabajadora contra la nobleza; por todo ello los dos puntos de constante ataque de los elitistas clásicos, como veremos más adelante, van a ser, respectivamente, el socialismo y las doctrinas democráticas.

Es curioso observar, y creo que lo hemos mencionado con anterioridad, como se va a establecer, en esta corriente, un agudo ataque contra la democracia que se diferencia radicalmente de lo que ellos conciben como liberalismo. Esta distinción, sobre la que hemos de volver más adelante, dará lugar a una "formalización" y a una "tecnificación" del concepto de democracia, concibiéndose esta como mera técnica de elección de representantes y despojándola de todas las connotaciones ideológicas que la acompañan. Va a ser esta misma idea de democracia la que recuperarán algunos pensadores elitistas de nuestro siglo como es el caso de J. Schumpeter; Bachrach, en una obra que dedica al estudio de la crítica elitista a la democracia, nos dice al respecto:

"En armonía con la tradición tocquevilliana prevaleciente, establecieron ambos (Pareto y Mosca) un agudo contraste entre liberalismo y democracia, abrazando el primero y viendo en la segunda, pese a su carácter de mito, un vehículo eficaz para el gobierno demagógico." (28)

Se ha descrito numerosas veces el pensamiento

de los teóricos de las élites como un claro antecedente del fascismo, quizá halla en ello algo de verdad, aunque es evidente que el problema es más complicado, pero se ha olvidado muchas veces el aspecto liberal de dicho planteamiento, que, para nosotros, tiene una importancia esencial. No hay que pasar por alto que Mosca, a pesar de plantear todo un discurso acerca de la clase gobernante acaba su vida exaltando los aspectos positivos del régimen liberal frente a la dictadura mussoliniana. El mismo sentido tienen las últimas páginas de "Los partidos políticos" de Michels en las cuales, a la vez que se reconoce la imposibilidad de la democracia en una sociedad o en cualquier tipo de organización, se afirma que, a pesar de ello, es el mejor sistema a seguir, aún teniendo en cuenta sus indudables limitaciones. Pero es en la obra de Pareto en la cual encontramos esta nostalgia por la antigua sociedad liberal siempre presente; un liberalismo aristocrático y antidemocrático reinó en la Europa de gran parte del siglo pasado, y que se presenta como el único sistema capaz de asegurar el gobierno de los mejores sin caer en una firme dictadura e instaurando, por último, el verdadero reino de la libertad. G. Bussino, un gran estudioso de la obra de Pareto, resalta precisamente esta misma vertiente de su pensamiento:

"La mort de la vieille société libérale et aristocratique de sa jeunesse, le dépérissement de la classe sociale à la quelle il appartenait, l'avance du socialisme constituaient autant d'expériences sentimentales que Pareto tente vainement de rationaliser ou de surmonter par une construction intellectuelle"(29)

Así pues, una parte importante de la argumentación de los teóricos de la élite se ve marcada por esta nostalgia de una era de felicidad pasada, que parece no poder recuperarse nunca más. Aunque ninguno de nuestros pensadores se dedica a imaginar un tipo de sociedad que pudiera ser definida como ideal y perfecta, ya que piensan que dicha tarea cae fuera de la ciencia política que ellos quieren edificar, queda bastante claro que, en cierto modo, vuelven a la sociedad liberal del siglo XIX como mejor modelo posible. Será, a partir de estas premisas, como surgirá el concepto de élite política y se conformará todo un cuerpo de doctrina alrededor suyo que dará lugar a la llamada teoría de las élites. En capítulos posteriores estudiaremos paso a paso cada uno de los puntos concretos de esta, pero en este momento hemos de ver cual es la base que permite la construcción de esta teoría y como aparece en el panorama de las ciencias sociales del momento. Creo haber señalado con anterioridad que, en realidad, parece que no puede hablarse propiamente de una escuela de las élites, si se tiene en cuenta que las diferencias entre los autores que la compusieron son casi tan numerosas como sus puntos en común; se trata más bien de una corriente de pensamiento con unas pretensiones y unos presupuestos básicos comunes y con desarrollos particulares que reflejan las características concretas de cada uno de los autores. Sin embargo, a pesar de estas diferencias, existe una base compartida que es en la que queremos fijarnos en este momento, aunque después nos detengamos con más calma en cada uno de los puntos tratados. En primer lugar existe un conjunto de puntos compartidos por los cuales se ha conferido la denominación de

neomaquiavelistas a estos autores, Burnham expone esta tesis a lo largo de su obra ya citada, y tenemos la plena convicción de que es sumamente interesante el referirnos a estos puntos en este momento para poder ir avanzando más adelante en una mayor profundización de estos asuntos.

1. Todos estos pensadores están de acuerdo en la posibilidad de la existencia de una ciencia objetiva de lo político y lo social, que es comparable, en sus métodos, con las demás ciencias empíricas. A partir de aquí va a construirse toda una teoría de la ciencia social, o de la ciencia política en algunos casos, que se presenta como disciplina dedicada a la correlación de hechos sociales y a la formulación de hipótesis para el futuro.

2. El objeto principal de la ciencia política es, simplemente, la lucha por el poder en sus diferentes formas, reconocidas o disimuladas. En este punto es donde coinciden fielmente las enseñanzas de Maquiavelo, inaugurando una corriente dentro del estudio de la política que tendrá una indudable importancia en nuestro siglo.

3. La imposibilidad de descubrir las leyes de la vida política o social, si se toman al pie de la letra las creencias y las palabras de los hombres. Un tema muy importante en estos pensadores es la idea de que los individuos actúan no lógicamente en muchas ocasiones, casi en la mayoría, pero tienen la tendencia de recubrir con un argumento lógico esta ausencia de logicidad. De este modo el investigador que se detiene en estas formas de legitimación racio-

nal no logra jamás llegar al fondo de los asuntos. El interés por el tema de la justificación es doble: por un lado exige al estudioso ir por debajo de ella a descubrir las verdaderas motivaciones y el sentido real de la acción, y por otro lado la misma justificación constituye un importante objeto de estudio que el investigador ha de tener siempre presente. Dentro de esta temática van a destacar la formulación de las "derivaciones" de Pareto, y la de la "fórmula política" de Mosca, de las cuales volveremos a hablar en siguientes capítulos.

4. Intimamente ligado con el tema anterior nos tomamos con una idea importante que, por otro lado, ha dado lugar a numerosos errores de interpretación del discurso de estos autores. Como decíamos anteriormente aparece la opinión de que la acción racional, es decir aquella que adecua lógicamente los medios empleados al fin que se ha de lograr, es mucho menos frecuente en el ser humano que el otro tipo de acción que podríamos denominar ilógica. Sin embargo, y hay que tener este punto muy claro, no hemos de olvidar que la definición muy estrecha de lo que es la acción racional da lugar a que se encuadren dentro de la otra categoría un amplio espectro de acciones, muchas de las cuales no pueden definirse como ilógicas. El autor que más va a desarrollar este tema es, sin duda, Pareto.

5. Para comprender la estructura social de las diferentes comunidades hay que recurrir a una distinción social fundamental: la que se establece entre la clase gobernante que siempre es una minoría y la clase gobernada, es decir

la división entre poseedores y desposeídos del poder político. De nuevo es palpable en este punto el papel primordial que ocupa el concepto de poder político en estos autores; a partir de aquí la división de la sociedad en grupos en base a su posición económica pasa a tomar un lugar secundario, aunque no se va a rechazar en ninguno de los discursos que consideramos. Estas ideas nos llevarán a un posterior estudio sobre las relaciones de la teoría de la élite y el enfoque marxista del estado y la sociedad.

6. Evidentemente si se divide a los componentes de una sociedad determinada en gobernantes y gobernados no hay duda de que la historia de estas sociedades tendrá como eje esencial el relatar el nacimiento, desarrollo y declinar de estas élites o clases dirigentes. De este modo asistimos también a la formación de una verdadera concepción de la historia entre estos teóricos, cuya importancia se acrecienta aún más si tenemos en cuenta que para ellos la ciencia política, y en definitiva la ciencia de toda la sociedad es básicamente una ciencia histórica. Ello no es de sorprender, por otro lado, si tenemos en cuenta que el final del siglo XIX es la época del gran descubrimiento de la importancia de la historia, que aparecerá en numerosas ocasiones como la ciencia madre de todas las disciplinas sociales.

7. Toda sociedad está dividida en dos grupos, a partir de la consideración de quienes son los detentadores del poder político, y la principal característica que define a la clase gobernante es el deseo de mantener su situación; es decir el afán por no perder su poder y su privilegio.

El poder se convierte, por lo que vamos viendo, en el eje de todo el análisis político a la vez que en el motivo principal de todo el actuar del hombre en sociedad. Con estas premisas no nos ha de extrañar que todos los teóricos de las élites dediquen largas páginas a investigar las causas de la pérdida del poder por las élites que se ven superadas, y los modos idóneos que estas han de utilizar para lograr mantener su dominio.

8. La supremacía de una élite se basa, en todos los casos, en su forma de utilización de la fuerza o la astucia, según las circunstancias.

9. La estructura social de cualquier comunidad está siempre resumida y sostenida por una fórmula política normalmente ligada a una religión, un ideal o un mito, admitido por la mayoría. En este punto se aprecia la enorme importancia que para estos autores adquiere el elemento ideológico. Va a ser este el que, en definitiva, proporcione el eje que permite mantener la estabilidad social en un grupo humano cualquiera, lo que supone en este discurso mantener el poder político de una clase determinada. Pero lo más importante es resaltar que lo que mantiene unido a un grupo social no es la mera fuerza de los gobernantes sino más bien una forma de legitimación creada por la élite, pero que es admitida por la mayor parte de la comunidad. Tanto Pareto como Michels hacen referencia a este fenómeno, pero es, sin duda, Mosca con su "teoría de la fórmula política", quien va a presentar una formulación más perfecta y lograda de este argumento.

10. La dominación de la élite siempre coincide más o menos con el interés de las masas. A pesar de que existe, por lo general, una oposición entre ciertos elementos de esta, que puede llegar a ser muy peligrosa para la élite en el poder; pero nunca va a poder existir una oposición total entre la mayoría y la minoría, ya que esto llevaría inevitablemente al derrocamiento de la última y su sustitución por una nueva. Por ello es importante que esta esté siempre vigilante para no hacer insoportable su dominio y para proporcionar ciertas compensaciones a la mayoría por su situación de privilegio.

11. Las sociedades, en este perpetuo juego entre élites y masas mantienen una constante oposición y equilibrio entre dos tendencias opuestas: por un lado la tendencia aristocrática que tiende a perpetuar hereditariamente a los componentes de la minoría, y por otro lado la tendencia democrática que impone un movimiento de renovación del personal de la élite, que, de este modo, logra asimilar a los elementos más sobresalientes de la masa, evitando así la formación de un grupo de oposición que pueda poner en peligro su situación de privilegio. Dado que las sociedades son siempre dinámicas es evidente que a la larga prevalece siempre la segunda tendencia, no encontrándose nunca una sociedad totalmente estática. Por todo ello la teoría de las élites se separa de una supuesta concepción aristocrática de la sociedad, marcando así la diferencia entre la idea de élite y la de casta.

12. Por último, junto a la idea de que la historia

de las sociedades se resume en los cambios sucedidos entre las élites, aparece la idea de revolución, como el conjunto de aquellos fenómenos que se dan cuando suceden los periódicos cambios rápidos en la composición y estructura de la élite, provocados por el declinar de la vieja minoría en el poder, y el surgimiento de una nueva mucho más acorde con la situación de la comunidad.

Estos son los puntos que unen a nuestros tres autores en una empresa común dirigida, en resumidas cuentas, a un mismo objetivo, y centrada en un mismo punto: la idea de la élite. Esta es la idea que queremos estudiar ahora, tras habernos desviado un poco para marcar las bases del análisis. Quizá el lector pueda pensar que reincidimos demasiado en los temas, dando a nuestra exposición una cierta lentitud que hace más difícil su lectura, sin embargo pensamos que no nos es posible adentrarnos en los aspectos que tienen un mayor interés para nosotros, sin antes haber presentado las líneas generales de todo el análisis. Nuestra metodología parte del nivel más general para, posteriormente poder acercarnos a consideraciones mucho más particulares, y remontarnos por último, de nuevo, al nivel de la generalidad; el cual, tras todo el estudio anterior se verá enriquecido con la aportación de nuevos elementos de comprensión. Esto es lo que intentamos hacer cuando nos detenemos, en este punto de la investigación, en consideraciones muy generales y que el lector puede entender como superficiales.

En los puntos que hemos considerado anteriormente

ha quedado claro que el centro de interés para estos autores está en el análisis de la estructura de poder de la sociedad, que se concreta en la consideración del tema de la minoría gobernante o élite. Toda esta perspectiva no hace sino reafirmar de nuevo la extraordinaria influencia del pensamiento de Maquiavelo en su argumentación. A este respecto afirma un autor que no puede ser tachado, como quizá sucediese en el caso de Burnham, de parcial ante el tema: Hughes:

"Como sociólogos especulativos, Pareto, Mosca y Michels eran igualmente maquiavélicos en su insistencia sobre la separación tajante entre gobernantes y gobernados, sobre el necesario papel de la fuerza y el fraude en el gobierno y sobre la degeneración inevitable de todos los grupos e instituciones de carácter político. A estas doctrinas pesimistas unían, sólo en desarmonía aparente, un deseo, igualmente maquiavélico, por la libertad." (30)

A partir de estas premisas estos pensadores van a tratar de construir una verdadera ciencia de la política, cuando tratemos a cada autor en particular habremos de analizar cada una de sus concepciones de ciencia, pero ahora, para introducir el concepto de élite, nos limitaremos a sus rasgos fundamentales. En primer lugar encontramos en todos ellos un claro propósito de realismo que les lleva a proponerse hacer coincidir lo "normativo" con lo empírico, todo ello teñido, como vemos, en un claro matiz positivista. El análisis se presenta, pues, claramente cerrado ya que el campo de juicio se reduce a un contexto de hechos sin tomarse en cuenta que se podría evaluar el marco en el

cual estos hechos se van dando. Pero, imbuidos por un gran positivismo inical, todos ellos respetan lo que acontece, los fenómenos son el único material con el cual ha de trabajar el estudioso, dado que la ciencia no puede salirse del ámbito de lo fenoménico, sin el riesgo de caer en una pura metafísica. De este modo, cuando se asoman a la realidad, van a tomar las situaciones dadas como definitivas, todo lo cual resta, en muchas ocasiones, fineza a su análisis y rigor a sus conclusiones. El positivismo es, pues, el punto de partida de la teoría de las élites, siendo muy clara su formulación en el caso de Pareto y en el de Mosca; Michels no toca demasiado el tema al ceñirse, casi exclusivamente, a aplicar las conclusiones obtenidas por los otros dos teóricos a un caso particular: el de las organizaciones democráticas, y en concreto los partidos políticos. Esta postura dará lugar a que el modelo original en el que se encuadra toda su teoría social se tome de las modernas y metodológicamente sofisticadas ciencias físicas de fines del siglo pasado; por esta causa, en muchos casos, el marco metodológico adolece de una extrema rigidez que causa la aparición de un análisis formal y parcial de los hechos sociales.

Pero dejemos a un lado, por el momento, el tema de la concepción de la ciencia, una vez marcadas sus líneas generales, y ciñámonos al problema del surgimiento del discurso elitista, unido a la necesidad imperiosa que sienten de delimitar una nueva ciencia de lo político y lo social. Hemos hablado ya de que las transformaciones del estado contemporáneo, sobre todo en lo que se refiere al incremento del poder burocrático y al fenómeno del adveni-

miento de la nueva sociedad de masas, se refleja, a su vez, en la aparición de una democracia de masas que extiende enormemente los medios de participación popular, trastornan todo el orden establecido y dan lugar a que las antiguas teorías sobre la sociedad y el estado desaparezcan como totalmente caducas a los ojos de una serie de pensadores nuevos. Muchos de ellos, y este es un fenómeno muy característico del momento, llegan a la política desde otras disciplinas afines, tal es el impulso que va adquiriendo la política y lo político en estos momentos de graves crisis y cambios. Va a existir, impulsado por esta serie de acontecimientos, una voluntad compartida de crear una ciencia de lo político acorde con la nueva situación, explicando y dando fe de las causas y consecuencias de todos estos acontecimientos. Es esta la línea en la que van a inscribirse los teóricos de las élites que mantendrán vivo este objetivo a lo largo de todos sus escritos, y como la política se resume en el poder será el estudio de la naturaleza de este el que va a convertirse en el centro del análisis de los elitistas; bajo esta luz es como van a enfocarse los diversos temas tratados sucesivamente. En realidad el fin último de los estudios acerca de las élites será el examen de la estructura del poder de las comunidades sociales, preguntándose en todo momento acerca del modo en que este se reparte entre los individuos, y queriendo, al tiempo, probar que este se reúne siempre en las manos de una minoría. Al mismo tiempo se plantea otra gran preocupación, la de ver si hay un desarrollo inevitable o meramente contingente en esta distribución del poder, todo ello para tratar de esclarecer el tema central: el de la naturaleza del poder político. De

este modo todo el propósito de formular una verdadera ciencia de la política que proporcione una descripción exacta y sistemática de los hechos sociales, que permita establecer las leyes que expliquen la correlación de estos hechos, y que, por último, por medio de estas correlaciones nos sea posible la predicción de los hechos futuros con una cierta probabilidad, está encaminada al tratamiento del tema central: el del poder político; la élite, pues no va a ser sino la forma en la que este poder va a distribuirse en la sociedad. El hecho, como apuntábamos anteriormente, de que se conciba a la ciencia social según un modelo clásico tomado de las ciencias físicas, dará lugar, en consecuencia, a que se busque frenéticamente un punto de uniformidad a lo largo de la evolución de las sociedades humanas, que de pie a la formulación de leyes de interpretación general y por lo tanto a futuras predicciones; la uniformidad va a encontrarse en la minoría gobernante, y por ello se predea su aparición en todo tipo de sociedades humanas habidas y por haber. A partir de este punto el análisis va a "reificarse", haciéndose terriblemente estático y despreciándose o dejando de lado todos los posibles factores de diferenciación y cambio.

Perspectiva de poder y empeño en separar a la verdadera ciencia política de los intentos moralistas e ideológicos anteriores, serán los dos rasgos que caractericen el empeño de los primeros teóricos de la élite; estos se van a imponer la tarea de acabar con todo el discurso ideológico que ha venido ocultando los verdaderos hechos que conforman a la ciencia política.

"They set out to destroy the many illusions which they believed had hampered the discovery of political "reality".(31)

Es esta decisión la que va a dirigir los trabajos de estos pensadores en dos frentes simultáneos; en primer lugar se trata de analizar los fenómenos políticos de un modo plenamente científico, para ello, y al mismo tiempo constituye el segundo gran objeto de estudio, es necesario limpiar todos estos hechos de los mitos e ilusiones que los recubren deformándolos. Se trata, pues, de una labor que es, al tiempo, constructiva y destructiva; y por ello sus grandes obras comienzan casi siempre dedicando algunas páginas a desmontar las construcciones teóricas anteriores, limpiando así el terreno antes de comenzar a edificar su propio sistema. Todo ello confiere a sus escritos un tono polémico que les distingue muy claramente. Es curioso observar que, igual que afirmábamos que su trabajo se desarrolla en dos frentes, vamos a encontrar que las grandes aportaciones de estos pensadores también van a darse en dos campos: por un lado en el intento de sentar las bases de una nueva ciencia de la política, y por otro lado en las aportaciones que hacen al tema de la importancia social de los mitos e ideologías que encubren, pero a la vez legitiman, la verdadera situación política de un grupo humano cualquiera. El avance de estos pensadores en la tarea que se han impuesto a sí mismos se basará, pues, en una concepción de la ciencia claramente positivista que la concibe como mero método sistemático para resolver los problemas que se plantean, y no separando, por lo tanto, las ciencias naturales de las llamadas ciencias sociales.

¿En que situación se encuentra la ciencia política y la sociología cuando Pareto, Mosca y Michels planteen las ideas que acabamos de exponer? Es evidente que, en estos momentos, la ciencia política y la sociología, en definitiva todas las ciencias sociales, se encuentran en una situación muy delicada, en la cual las fuerzas que tienden a su evolución están totalmente enfrentadas a aquellas que, desde una perspectiva mucho más tradicional, frenan de alguna manera el posible avance de estas disciplinas. Totalmente insertas en la lucha entre el positivismo y el idealismo, las ciencias sociales lucharán por encontrar sus propios métodos, técnicas y enfoques que hagan posible la continuidad de su avance y desarrollo. Es el momento clave, tanto en una como en la otra disciplina que acabamos de nombrar, a partir del cual podemos comenzar a hablar de ambas como campos de estudio autónomos, que van a ir dando sus frutos de un modo paulatino, a pesar de que los problemas epistemológicos y metodológicos sigan creando graves problemas, hasta a los estudiosos actuales. No queremos decir con esto que no haya existido una ciencia política o una sociología hasta el siglo XIX, mejor dicho hasta sus últimas décadas, pero sí se puede afirmar que es a partir de las aportaciones de los teóricos de este momento cuando podemos hablar en realidad de la constitución de estas ciencias en disciplinas plenamente autónomas y con intentos de crear una metodología y un cuerpo de conocimientos propios.

Es evidente que, a pesar de las críticas que se le pueden hacer a los enfoques positivistas que tanto priman durante estos años, y que actualmente se encuentran total-

mente superados, al menos en lo que se refiere a sus primeras manifestaciones, no se puede negar que en estos momentos iniciales cumplieron un papel esencial. La entrada del positivismo dentro de la esfera de estudio de lo social supone la ruptura definitiva con los enfoques teóricos tradicionales, teñidos de moralismo o historicismo, y la reivindicación del hecho político desnudo como objeto de estudio de una verdadera ciencia al estilo de las ciencias físicas o naturales. Y dentro de este gran movimiento creemos que los teóricos de las élites jugaron un papel importante. Dejando a un lado las implicaciones políticas del argumento elitista, de las que hablaremos más adelante, no cabe duda de que el enfoque de estos autores supuso un gran paso hacia adelante en el empeño por la construcción de un verdadero estudio científico de la política, y aportaron un legado que ha sido muy importante, y aún sigue siéndolo, para los tiempos que corren en la actualidad. Es de sumo interés el observar como su aportación será recogida perfeccionada y superada por muchos estudiosos de este siglo, que, sin embargo, en muy pocas ocasiones reconocen su deuda con los teóricos de las élites. En realidad, y a pesar de sus abundantes errores e imprecisiones, pueden ser considerados como unos verdaderos precursores e iniciadores del camino que ha seguido la ciencia política contemporánea. Creo que está claro que para cualquier investigador es muy difícil separar esta aportación de todo el desarrollo posterior de esta teoría que irrita profundamente al lector de sus obras por las implicaciones antidemocráticas y a veces casi antihumanas que poseen sus discursos. Sin embargo, si queremos ser imparciales en nuestro juicio y preten-

demostramos llevar a cabo un estudio de este fenómeno que posea un cierto grado de seriedad no tenemos más remedio que deslindar ambos aspectos, no quitando ningún mérito ni negando ningún defecto a ambos.

En el momento en que nuestros pensadores empiezan a tomar interés por la problemática del estudio de lo político, tratando de llevar a este terreno los métodos sólidos y comprobados de las ciencias físicas, el estudio empírico en esta disciplina estaba siendo impedido por dos enfoques entonces predominantes, el jurídico y el histórico. El estudio de lo político, entonces, se concebía de estas dos formas; por un lado estaba el llamado "método jurídico", de gran prestigio y totalmente aceptado en el ambiente intelectual del momento, ya que contaba con una larguísima tradición. Este mantenía la convicción de que los fenómenos políticos habían de ser observados siempre dentro de las formas, de las construcciones a las que daban lugar; de este modo las instituciones, las formas sociales más estables, se convertían en el centro del estudio de la política. No hay que profundizar mucho en esta idea para darse cuenta de que esta perspectiva de análisis reduce toda la riqueza de la vida social y de sus múltiples aspectos, al mero juego entre las instituciones y a su estudio particular, no tocando sino un aspecto muy reducido del campo de lo político, y presentando, además, una visión sumamente estática y formalista de esta realidad. Junto a este punto de vista nos encontramos con otro, que también gozaba de una gran tradición y popularidad en el momento al que nos referimos, el denominado "método histórico"; hemos de recordar

que nos estamos refiriendo a unos años durante los cuales la corriente de pensamiento que se ha llamado historicismo está triunfando en todos los ambientes intelectuales europeos. Los historicistas niegan la posibilidad de llevar a formar una verdadera ciencia en el campo de lo social y lo político; en una profunda oposición a posturas anteriores se esfuerzan en rechazar las falsas generalizaciones de los positivistas ochocentistas. Habiendo, pues, negado la posibilidad de formular leyes generales fuera del campo estricto de las ciencias físicas o naturales, los pensadores que se adhieren a esta corriente de pensamiento se vuelcan en el estudio de lo individual, único posible dentro de este terreno. La corriente positivista significa, pues, en este contexto, una enorme reivindicación de la posibilidad de encontrar elementos de uniformidad en el estudio de lo político y lo social, que nos permitan plantear hipótesis, y más tarde leyes generales que proporcionen los elementos para una cierta previsión de los hechos futuros. De aquí la importancia de esta perspectiva y el importante lugar que, dentro de ella, van a ocupar los teóricos de la élite.

Para cumplir este plan de trabajo Pareto tratará de elaborar un sistema general de interpretación que sea un modelo simplificado comparable al de la mecánica racional; para él este es el único modo de llegar a construir una verdadera ciencia política y una sociología que respondan a las características que se le exigen a las ciencias, al tiempo que encuentran su verdadero objeto de estudio. Existe, en todos estos pensadores, un afán por llegar a definir el verdadero tema de estudio de esta ciencia,

como si ello les resolviera el problema de la delimitación con otras ciencias; en este sentido hemos de reconocer que los teóricos de las élites realizan un gran esfuerzo por sistematizar todo lo que se refiere al marco temático, el conceptual etc.. que pueden incluirse dentro de las ciencias sociales. Es esta labor de sistematización, como veremos más adelante, la introducción de algunos conceptos fundamentales, lo que ha de quedar en la historia de estas disciplinas como una de sus principales contribuciones. A pesar de que sus convicciones y las conclusiones de su estudio pueden no convencer a muchos, e indudablemente han sido superados, no hemos de dejar de reconocer que impresionan la decisión y el rigor con el que emprenden la tarea. En este sentido sí pueden ponerse como ejemplo para las futuras generaciones de estudiosos.

El esfuerzo más sistemático por resolver los problemas relativos a la formulación del concepto de ciencia fue el llevado a cabo por V. Pareto, primero en su "Manuel d'Economie politique" (32), y más adelante en su obra más importante, el "Traité de Sociologie" (33); mientras que Mosca toca el tema entrando de lleno en la problemática de la ciencia política, Pareto, más sociólogo e interesado en los más diversos temas, dedica muchas páginas a reflexionar sobre el problema de la ciencia, la cual, y recordemos que su base es claramente positivista, aparece como única y aplicable a las diferentes ciencias particulares. El tema es apasionante y ya lo hemos dejado entrever en este capítulo, quizá en demasiadas ocasiones, y nos es necesario tocarlo aquí

muy brevemente ya que, de su concepción de ciencia deriva toda su visión de la ciencia política y, en última instancia, el papel de la élite como instrumento básico de análisis en esta disciplina. Sólo nos interesa, por el momento, apuntar que Pareto marca la diferencia entre el conocimiento y la acción de un modo muy tajante, la ciencia nos proporciona el primero y al tiempo es totalmente ineficaz como guía de la conducta humana. Dado que la mayor parte de las acciones de los hombres están guiadas por el sentimiento la ciencia, en último término, va a carecer de todo aspecto "utilitarista", en el sentido de que no va a poseer la más mínima utilidad práctica a la hora de querer marcar el sentido de la acción de los hombres. La ciencia política, por ejemplo, nos va a mostrar las leyes por las cuales las sociedades distribuyen siempre de forma desigual el poder político, este es un hecho inevitable y podemos prever que en el futuro seguirá ocurriendo lo mismo; sin embargo, aún y cuando se piense que podríamos alcanzar un estado mejor en las sociedades humanas si esta distribución fuera igualitaria, opinión que, por otro lado, se saldría fuera del campo de la ciencia ya que está basada en el sentimiento y no en la razón, entrando en el campo de la moral; pues bien, aunque se pensara esto, la ciencia no puede convertirse en una guía para la acción humana y no se podría convencer a los hombres, de un modo racional, a que obrasen en este sentido. Por todo ello quizá se pueda afirmar que todo el discurso de los teóricos de las élites carece de este sello de utopía y de dirección moral que impregnó las obras de pensadores anteriores, incluso la de un autor como Maquiavelo. Del mismo modo este rechazo

propio de Pareto, ya que expone el tema con mayor precisión y claridad que otros autores, pero que, en definitiva, es compartido por sus compañeros, si es que podemos denominarlos así, da un matiz de pesimismo y a la vez de impotencia al lector que se enfrasca en la lectura de sus escritos; esta es una de las causas que explican que sus opiniones hayan sido objeto de críticas sumamente irritadas por parte de numerosos estudiosos.

El fin del estudio está claro: crear una ciencia política realmente como "ciencia, y el enfoque comienza a ser conocido dado que anteriormente hemos expuesto los lazos de unión entre estos pensadores y Maquiavelo; la metodología también la hemos caracterizado al trabajar la evidente influencia del positivismo. Sin embargo, a pesar de que esta sea una nota definitoria, no es menos cierto que el método es lo que menos importa a un autor como Pareto, con tal de alcanzar el fin que se ha marcado desde el comienzo y que para él es evidente que es correcto, y mientras se cumplan una serie de reglas que garantizan la "cientificidad" del proceso, da igual el camino que se siga. En este sentido nos dice Pareto:

"Occupons-nous de chercher les relations entre les faits sociaux, et laissons donner à cette étude le nom qu'on voudra. Peu importe la méthode par laquelle on acquerra la connaissance de ces relations. Le but seul nous importe; peu et même pas du tout les moyens qui permettent de l'atteindre"

(34)

Con esta declaración de intenciones inicia Pa-

reto la obra que le ha valido el convertirse en una gran figura de la sociología, y con esta idea que nunca abandonará se lanza a la tarea de construir un gran sistema de interpretación social. Hemos de decir que Parero puede ser considerado como el más "sociólogo" de los tres teóricos de las élites, a pesar de que a medida que se adentra en estos temas su interés por las cuestiones puramente políticas va acrecentándose rápidamente; por ello y porque a nosotros nos interesa en este momento ver el puesto de la teoría de las élites dentro de este esfuerzo común para desarrollar las ciencias sociales, es por lo que hablamos indistintamente de ciencia política o de sociología. En aquellos años las diferencias no estaban tan marcadas, no había una especialización tan grande como la actual y realmente es muy complicado tratar de delimitar ambos campos, precisamente en esta época; en su momento estableceremos las diferencias oportunas entre los intereses y el enfoque de estos tres pensadores.

Una vez expuesto el panorama de la ciencia política en las últimas décadas del siglo pasado, y habiendo visto cual es el empeño de los teóricos de las élites en este campo, unido al cual está su particular concepción de la ciencia, podemos pasar a tratar de evaluar la aportación y la importancia de su discurso en este terreno. El tema no está nada claro, entre otras razones porque los estudios que se han hecho sobre su pensamiento son, en su mayor parte, muy parciales; es sumamente interesante ver como entre la enorme multitud de investigaciones que se han ido publicando durante todo el siglo acerca de la teo-

ría de las élites, muy pocas de ellas tratan el tema de una manera global, en un intento de evaluar la significación de esta. Cuando nos propusimos hacer este trabajo quedamos abrumados por la ingente cantidad de literatura que encontrábamos sobre el tema, no hay que olvidar que tras la segunda guerra mundial hubo lo que podríamos llamar un "boom" de la teoría elitista que dió lugar a que se acumulara una gran cantidad de bibliografía sobre este . . . A pesar de esto los aspectos tratados han sido relativamente repetitivos, siendo más escasas las grandes obras de interpretación; todo ello unido a que durante una época se trabajó con el sambenito de acusar a estos pensadores de haber sido claros precursores del fascismo, lo cual, durante la segunda década de los años cuarenta y los cincuenta implicaba, como es lógico, el partir con graves prejuicios que quedaban reflejados en las investigaciones. Dentro del grupo selecto de los autores que han presentado interpretaciones con pretensión de globalidad encontramos una aportación interesante en una obra del socialista italiano N. Bobbio acerca de los orígenes de la ciencia política en Italia, y en la cual se recogen algunos ensayos sobre Pareto y Mosca. En ese pequeño libro Bobbio afirma:

"La teoria della classe politica o delle "elites", nonostante una certa rozzezza nella formulazione e la carica polemica che l'animava (....), ha avuto il merito di segnare il passaggio dallo studio prevalentemente istituzionale del fenomeno politico ad uno studio più rispettoso della "verità effettuale, dal diritto pubblico, appunto, della scienza po-

litica"(35)

Bobbio plantea en esta obra, y este punto de vista queda claramente reflejado en la cita, la idea de que la teoría de las élites marca un punto decisivo en la evolución de la ciencia política, y por ello ha de ser tomada en cuenta y ha de reconocersele, al fin, lo importante de su contribución. Quizá Bobbio peca en algunas ocasiones de una cierta exageración, al aumentar lo original de este nuevo enfoque, pero por otro lado si parece evidente que con estos autores, y sin olvidar las obras de otros contemporáneos suyos, se abre una nueva fase en el estudio de los políticos. Y no es solamente el hecho de que se tenga el pleno convencimiento de que es posible conocer la realidad social y política y hallar en su multiplicidad reglas de uniformidad que puedan dar lugar a leyes totalmente comparables a las de las ciencias naturales; es, también, que, sobre todo en Pareto y Mosca, encontramos no únicamente una mera declaración de intenciones sino toda una construcción teórica global que pretende dar cuenta de la realidad política y social en su conjunto. Cuando dedicamos un capítulo a hablar del marco, del ambiente intelectual en el que se movían estos autores afirmábamos que uno de los rasgos definitorios de su generación, la que llamábamos de 1890-1900, era una tendencia a abandonar los estudios particulares para centrarse totalmente en una labor mucho más ambiciosa, y a la vez de un mayor alcance: la formulación de sistemas teóricos de interpretación general que trataban de dar explicaciones e interpretaciones totales de la realidad, al tiempo que constituían un eslabón más en la tarea de crear un aparato conceptual y metodológico para las ciencias so-

ciales; es dentro de este ambiente, dentro de este esfuerzo común donde van a insertarse los miembros de la teoría de las élites, siendo esta ambición suya la causante a la vez de sus numerosos defectos y de la indudable grandeza de su contribución a la ciencia política y a las ciencias sociales en general. Realmente en el caso de Pareto y de Mosca, (el de Michels, como veremos más adelante es un caso más particular), se puede afirmar que son ellos quienes, por primera vez, presentan una investigación, un esfuerzo teórico que realmente puede encuadrarse dentro de la ciencia política tal y como la conocemos hoy en día. La superación de la estrechez del punto de vista jurídico, y al mismo tiempo del pretendido alcance del historicismo inaugura una nueva perspectiva de estudio: la del realismo de los hechos, y paralelamente ofrece una perspectiva mucho más dinámica del enfoque de lo político, aspecto que, sin duda, se halla muy influido por el marxismo.

Es preciso, pues, hacer un esfuerzo para diferenciar lo que por un lado es el contenido propiamente dicho de la teoría de las élites, punto que constituirá el tema de otro capítulo y la aportación general de estos autores al panorama de la ciencia política. A partir de este momento el enfoque del poder y el empeño en ver la política como el estudio de un aspecto particular de la acción social van a convertirse en predominante. Lo que importa es examinar detenidamente como se comportan los hombres en el terreno de los asuntos públicos, y como se distribuye el poder derivado de estos dentro de la sociedad; la política se convierte, así, en el juego entre diferentes fraccio-

nes y grupos para monopolizar el dominio, y en el equilibrio entre las diferentes fuerzas sociales que pugnan por compartirlo y que da lugar a una situación permanentemente inestable que confiere una amplia movilidad y cambio a las sociedades. Las instituciones, las organizaciones etc.. serán vistas desde la perspectiva de esta lucha por el poder, como resultado de este.

Esta misma postura es la que va a transformar el significado de la historia para las ciencias sociales, desplazando su lugar tradicional y dándole, a la vez, una importancia que antes no tenía; la historia se convierte así, para estos autores, en una ciencia auxiliar fundamental, al tiempo que se marca claramente su autonomía y diferencia con respecto al resto de las ciencias sociales. Para ellos mientras que la historia parte del pasado y nos sirve para iluminar el presente, proporcionando os numerosos datos que son vitales para que el politólogo pueda cumplir su tarea; pero la ciencia social tiene un objetivo radicalmente diferente ya que parte del presente para iluminar el futuro. De este modo la historia sirve, de alguna forma, como almacén de datos al que ha de asomarse el investigador para poder formular las leyes y uniformidades de la sociología y de la ciencia política, pero simplemente es una ciencia de ayuda. Cada una de estas disciplinas tiene una multiplicidad de intereses distintos a pesar de que todas tienen como objetivo último de estudio los aspectos de la actividad y del ser del hombre; de esta división, de esta diversidad de intereses surge una diversidad de fines y, por lo tanto, de metodologías, siempre intercambiable. Así, pues, va

dibujandos, a la vez, la unidad y la diferenciación entre las ciencias sociales, tal y como aparecen hoy en día; interdependientes pero autónomas.

En estos últimos párrafos hemos tratado de presentar al lector una de las grandes aportaciones de la teoría de las élites, su contribución a la formación y desarrollo de una ciencia de la sociedad, y muy en particular de una ciencia de la política; para ello hemos pasado rápidamente revista a las corrientes predominantes de la ciencia política del momento y a la noción de ciencia de estos pensadores, sobre la que habremos de insistir inevitablemente en algún capítulo posterior. Sin embargo el lector estará pensando que hemos olvidado el punto esencial que es, en definitiva, el que ha dado un puesto importante entre los teóricos sociales a estos autores: el tema de la élite. Decíamos al comienzo de este capítulo que, tremendamente influidos por la tradición maquiavelista, los teóricos de las élites enfocaban su estudio desde la perspectiva de la acción social, y en particular desde el poder. La lucha política se resumía, pues, en la pugna entre diferentes individuos o grupos para monopolizar el poder político, y por lo tanto gozar de los privilegios que este supone; de este modo la división fundamental de la sociedad es aquella que se establece entre gobernantes y gobernados. La tesis que caracteriza a todos ellos, y que en definitiva es la que les proporciona su denominación, es la constatación de que, en todo tiempo y lugar el poder se ha distribuido de una forma desigual en las sociedades; por lo tanto siempre nos encontramos con una minoría gobernante y una mayoría gobernada. Las socie-

dades se caracterizarán, pues, por estar divididas en dos grupos de diferente tamaño y fuerza, en base a la posesión y monopolio de los resortes de poder por uno de ellos. A pesar de que, como veremos, no se niega la existencia de diferencias económicas que dan lugar a la formación de grupos sociales de base económica en las distintas sociedades, el elemento económico no es el predominante ya que no se encuentra siempre relacionado de un modo directo con el hecho de la distribución del poder político; es esto lo que enfrenta, en principio, a los teóricos de la élite con los pensadores de la corriente marxista. La aparición de esta élite, clase gobernante o clase política, las denominaciones son diferentes según los autores considerados y las etapas de evolución de su discurso, constituye, así, el principal factor de uniformidad que permite al investigador la formulación de leyes políticas y, en última instancia, le da la posibilidad de crear una ciencia política. La élite es, pues, el concepto fundamental que permite el análisis político y la comprensión de la realidad; es el núcleo alrededor del cual se va a ir formando la compleja red de relaciones y conceptos que da, por fin, la imagen de una teoría global de la sociedad. La siguiente cita refleja muy bien las ideas que acabamos de exponer:

"For Mosca and Pareto the necessary existence of ruling elites was one of the laws of politics which social science had uncovered, one of the constants which social science must seek. Nature, including human social nature, was uniform, men were moved by the same passions and interests in the pre-

sent as they had been in the past. As a consequence, patterns of social and political conduct were, in essentials, repetitive." (36)

Es innegable la importancia del concepto de élite dentro de esta teoría, al igual que lo es como punto inicial que va a condicionar todos los demás aspectos de este discurso. La afirmación de la existencia de una élite en todas las sociedades da lugar a una concepción muy particular de la historia, que, de este modo, encuentra un hilo conductor, un elemento de clara repetición, en el hecho de la minoría gobernante; igualmente esto lleva a una sobrevaloración de los factores políticos e ideológicos por encima de los económicos, y a una particular visión de la naturaleza humana y del futuro de las sociedades. En última instancia todos sus argumentos se ven afectados por esta afirmación, sobre todo lo que se refiere a las implicaciones primordiales de este discurso.

En consecuencia nos encontramos con la aparición de unas teorías acerca de la sociedad que se oponen a los enfoques ya institucionalizados en la ciencia política, y que eran aquellos que ponían una mayor incidencia en los aspectos jurídicos y en una faceta historicista de la realidad social; y al mismo tiempo postulan la idea de la élite como el concepto núcleo de este nuevo análisis de lo político y lo social, enfrentándose abiertamente con las ideas marxistas que preconizaban a la clase social como elemento esencial del estudio. Se abren, de este modo, toda una amplia gama de posibilidades de desarrollo del pensamiento en el campo de las disciplinas sociales. No dejaremos de insis-

tir en que es esencial diferenciar entre el contenido y las implicaciones de la teoría de las élites y el hecho de que su formulación abre nuevos horizontes para la investigación. Es inevitable reconocer que esta nueva vía ha dado importantísimos frutos en el siglo actual; no hay que pensar sólo en los elitistas más reconocidos, sino en todos aquellos estudiosos que han introducido algunas de las enseñanzas de los elitistas en sus teorías. A pesar de que tenemos la intención de dedicarnos más profundamente al estudio de estos temas, no podemos dejar de citar ahora a autores tan sobresalientes como J. Schumpeter, T. Parsons, Galbraith, J. Burnham, R. Aron y un largo etcétera, todos los cuales, si no reconocen abiertamente su deuda con Pareto, Mosca y Michels, no pueden ocultar evidentes influencias en algunos aspectos de su pensamiento.

Tanto Pareto como Mosca y Michels eran conscientes de la innovación que suponía su enfoque, y ello se hace notar continuamente en el tono polémico y a veces agresivo que adoptan en sus escritos. También es muy posible que sus excesivas pretensiones, el hecho de que se impongan una tarea superior a sus fuerzas, haya restado, en ciertas ocasiones, rigor y eficacia a su discurso, pero también es cierto que es precisamente esta misma ambición la que ha permitido que su aportación sea tan rica y duradera. Tanto Mosca como Pareto van a llegar a la formulación de la teoría de la clase política a causa de una crisis doctrinal; en el caso de Mosca, quien inicia su carrera académica como jurista, el enfoque propio de sus colegas le resulta demasiado formalista y puramente mecanicista. Por su

parte Pareto trata, por medio de su sociología, de superar los límites de la economía pura tradicional; a Mosca el derecho constitucional no llegaba a explicarle la crisis del estado parlamentario, y a Pareto la economía no era capaz de aclararle el triunfo de la ideología por encima de las leyes económicas; es, pues, una verdadera reacción contra las versiones institucionalizadas de explicación de la realidad social, la que da origen a la teoría de las élites.

Es evidente, pues, que la teoría de las élites supone el inicio de una nueva corriente en el estudio de la política, que, si no tuvo muchos discípulos directos, si esparce su influencia sobre un buen número de escuelas de nuestro siglo. De algún modo dicha corriente, al menos en origen, sería el inicio de una teoría contrapuesta a la que surge a partir del análisis de Marx. El tema de la relación entre los primeros elitistas y el marxismo ha sido objeto de múltiples estudios, y aún sigue ocupando a determinados círculos de intelectuales; pero no nos preocupa, por el momento, el ver si hay o no enfrentamiento entre ambas posturas, o si, por el contrario, se trata de diferentes versiones de un mismo pensamiento; lo que sí está claro es que la idea de élite y la de clase social originan corrientes de pensamiento que, en ocasiones, pueden ser totalmente opuestas. Lo que no es menos cierto es que, a pesar de la mayor popularidad y extensión de la segunda, no hay que despreciar a la primera como un valioso instrumento de análisis que pueda dar lugar a interesantes investigaciones y a resultados esclarecedores para las ciencias

sociales. Está claro que no podemos utilizar en la actualidad el concepto de élite tal y como lo concibieron Pareto y Mosca, del mismo modo que también el concepto de clase social ha ido evolucionando desde que lo formularon Marx y sus antecesores por primera vez; pero el hecho de que el discurso de los clásicos del elitismo esté teñido de implicaciones totalmente inaceptables para muchos de nosotros, no es óbice para que podamos aceptar que en determinadas ocasiones la idea de élite es un instrumento de análisis tremendamente útil. En este sentido nos dice Bottomore, uno de los autores que ha recogido más inteligentemente la tradición elitista:

"The superiority of the concept of the "ruling class" lies in its great fertility and suggestiveness and in its value in the construction of theories." (37)

Este gran interés es el que justifica en buena medida el tema de nuestra investigación; creemos haber dicho que existe una numerosa bibliografía acerca de la obra de nuestros tres pensadores pero también es cierto que, salvo muy honrosas excepciones, hay bastantes estudios que se limitan a aspectos muy parciales de la teoría elitista, siendo de gran interés los que intentan presentar una visión e interpretación del conjunto de esta; entre estos últimos hay que destacar, tanto por su originalidad como por lo acertado del enfoque, el que lleva a cabo T. Parsons en su "Estructura de la acción social" (38), en la que dedica dos capítulos a Pareto, mostrando la adaptación de su sistema de interpretación al nuevo funcionalismo, y su gran contribución a esta corriente. Sin embargo, a pesar de este inte-

rés e importancia, y a pesar también de sus implicaciones positivas, tampoco podemos olvidar que los teóricos de las élites formulan todo un discurso que, en su contenido, puede ser aprovechado, y de hecho lo fue, por los sectores más reaccionarios dentro del campo sociológico y político. En una última parte de este capítulo tenemos la intención de pasar revista a las principales implicaciones "prácticas" de la teoría de las élites. Es esta doble vertiente de estos pensadores la que ha asustado a muchos estudiosos, dando lugar a que aparecieran numerosas interpretaciones poco acertadas sobre ellos.

Antes de pasar a examinar las conexiones entre la teoría elitista y las situaciones políticas concretas de su época, queremos hacer algunas advertencias al lector. Hasta ahora hemos hablado de la filosofía de estos autores como un bloque de pensamiento unificado, pero ello dista mucho de ser correcto. Si queremos llevar adelante un análisis fino y riguroso no tenemos más remedio que reconocer que la teoría de las élites, mejor dicho el discurso de los tres autores que la componen, dan muestras, junto a bases esenciales similares, de diferencias en ocasiones de gran importancia que originarán que la intencionalidad y el alcance de su pensamiento se dirija a objetivos dispares. Es evidente que los puntos de coincidencia son numerosos y afectan a los puntos fundamentales del discurso; sin embargo no lograremos captar toda la riqueza de la teoría de las élites si no somos capaces de tomar en cuenta en todo momento estas disparidades. Podría escribirse todo un tratado acerca de los puntos de divergencia que separan a

estos tres autores, pero es evidente que este no es nuestro propósito, por el contrario en este trabajo lo que nos proponemos es marcar las grandes líneas que unen a estos y que hacen posible que se pueda hablar de una teoría de las élites como un conjunto agrupado y homogéneo de ideas. Las diferencias parten principalmente de la distinta procedencia social y cultural de cada autor y de los distintos objetivos que estos se imponen.

Comencemos por el caso de Gaetano Mosca. Existe una famosa polémica entre Pareto y Mosca acerca de quien de los dos formula por primera vez la teoría de las élites, y es esta misma discusión la que hace que no exista una comunicación entre ambos autores, sino, por el contrario, constantes ataques y controversias. Es probable que si ambos autores hubieran superado unas diferencias basadas en el amor propio la teoría de las élites se hubiera beneficiado enormemente por esta colaboración. De todos modos parece que es cierto que fue Mosca el que planteó inicialmente su teoría de la clase gobernante en la primera edición de sus "Elementi di Scienza Politica" (39) en 1896, no apareciendo hasta más adelante las formulaciones de Pareto; el problema se complica, sin embargo, dado que las ideas de Pareto tuvieron una difusión más amplia que las de Mosca, reducidas estas últimas al ámbito de la Italia académica. Pero esta limitación no supone, en modo alguno, que su discurso sea inferior al de su oponente; muy al contrario, en ciertos aspectos su análisis es mucho más profundo y certero que el de Pareto. Sin embargo este último tiene la superioridad de presentar un sistema teórico más amplio y de mayor envergadura, al tiempo que se dirige a

un público mucho más amplio. No queremos entrar aquí en una exposición detallada de cada una de las características de sus sistemas, ya que ello será objeto de otra parte de nuestra investigación, pero si nos parece interesante ver como plantea cada uno de ellos su trabajo de un modo diferente para tratar de completar de algún modo este capítulo acerca del significado de la teoría de las élites.

Gaetano Mosca, hijo de una familia acomodada de Palermo nace en esta ciudad el 1 de Abril de 1858, estudiando derecho y dedicándose particularmente al derecho constitucional. Tras una tesis doctoral sobre el factor de la nacionalidad va a centrarse plenamente en los temas constitucionales versando sus primeras obras sobre estos problemas. La vida de Mosca estuvo siempre ligada a la docencia universitaria, comenzando en 1884 como profesor de derecho constitucional de la Universidad de Palermo, pasando cuatro años más tarde como libre docente a la universidad de Turín, donde conseguirá una cátedra años más tarde. Al final de su vida, cuando ya es una figura conocida en toda Italia, obtendrá la plaza de la Universidad de Roma. Vemos, pues, como los orígenes del pensamiento de Mosca aparecen encuadrados en aquella corriente jurídica y formalista de la que habíamos hablado anteriormente, por otro lado este rasgo se hace notar en sus primeros escritos: "Teoría del gobierno y gobierno parlamentario", "Apuntes sobre la libertad de prensa", "Cuestiones Constitucionales" etc..(40). De todos modos desde muy pronto el joven profesor va a sentirse demasiado encerrado entre estos estrechos límites y comenzará a buscar nuevos hori-

zontes, es en esta primera época cuando va a volcarse bajo la dirección de uno de sus antiguos maestros, A. Labriola, en el estudio del marxismo. Dos temas le preocupan principalmente, por una parte la destrucción del estado parlamentario, o mejor dicho las grandes transformaciones que este estaba sufriendo, y por otro lado, e intimamente ligado a la primera cuestión, la posibilidad de levantar, de construir una ciencia de los fenómenos políticos que pudiese llegar a dar una explicación coherente de todos estos fenómenos. Pero Mosca es consciente desde un primer momento de que para llevar a cabo dicha tarea ha de salirse del marco del derecho en el cual se encontraba inmerso al comienzo. Estos serán pues, los objetivos a lo largo de su vida, que cumple brillantemente en una serie de obras y de artículos de gran altura teórica, y que le proporcionan un puesto importante entre los intelectuales italianos del momento. Son, pues, estas preocupaciones las que le llevan a formular la teoría de la clase gobernante o de la clase política en su libro fundamental, los "Elementi di scienza politica" que se publican por primera vez a fines del año 1895 (41). En este escrito Mosca va a sentar las bases de su discurso y las líneas rectoras de su futuro desarrollo que se mantendrán, con escasas variaciones, en sus obras posteriores. Aquí es donde surge la idea de una clase política minoritaria poseedora del monopolio del poder político como rasgo común de todas las sociedades y de todos los tiempos. Mosca, a pesar de ello, nunca lleva sus conclusiones a posiciones tan extremas como las de Pareto, aunque reconoce el fenómeno del elitismo como factor uniforme de la historia de las sociedades humanas, y aún cuando manifiesta la

misma visión peyorativa de la capacidad de actuación de las masas desprovistas de líderes, Mosca va a permanecer fiel, en última instancia, y como observaremos posteriormente, a los fundamentos del gobierno constitucional liberal que tuvo su auge a mediados del siglo XIX. Toda su obra va encadenada a este objetivo de ver como se pueden conciliar estas dos tendencias en principio dispares y hasta opuestas: la formación de una clase política minoritaria como hecho consustancial a la naturaleza de las sociedades humanas, y la necesidad imperiosa de lograr alcanzar un estado donde se garantice la máxima libertad de los individuos; un estado de "garantía jurídica" como él lo denomina. El hecho de que esta necesidad se hace cada vez más imperiosa para el autor se hace notar cuando analizamos los cambios que introduce en la segunda edición de su libro "Elementi". Mosca estuvo siempre muy ligado a los problemas políticos del momento, siendo un fecundo autor de artículos y comentarios sobre los más variados temas; en estos se pueden también encontrar pruebas de esta paulatina evolución hacia la defensa de los principios del estado liberal. Al igual que numerosos contemporáneos suyos Mosca distingue el método democrático del liberalismo, siendo un profundo crítico del primero; prueba de ello es el hecho de que, siendo diputado en 1908 fue uno de los pocos que votaron en contra del sufragio universal. A pesar de ello y siendo senador en 1919 fue oponiéndose gradualmente a la dictadura mussoliniana, apareciendo como pilar de la defensa del sistema liberal durante todo este periodo; curiosamente su gran prestigio político le valió el gozar de un gran respeto bajo el régimen fascista.

A través de esta breve exposición de la trayectoria intelectual de Gaetano Mosca podemos observar el significado que toma el argumento elitista en este autor, como superación del formalismo jurídico y como medio de explicación de las transformaciones del estado constitucional de estilo liberal. Esto dará lugar, como veremos más adelante, a que el análisis de Mosca sea considerablemente más dinámico y flexible que el de Pareto. Al mismo tiempo podemos observar como en este caso concreto la formulación de una versión particular de la teoría de las élites se une con la defensa de los principios del gobierno parlamentario y constitucional que propuganaron los liberales del siglo XIX.

La formulación de la teoría de las élites en Pareto va a tener un significado bastante diferente, tanto por el camino por el cual este autor llega a ella como por lo objetivos y fines que este se plantea. Pareto nace en París en el año 1848, es decir diez años antes que Mosca, hijo de un marqués italiano que tuvo que exilarse de su país a causa de sus simpatías mazzinistas, y de una protestante francesa. Toda su primera educación fue claramente francesa, lo que deja un tinte europeísta a todo su pensamiento. La formación superior de este pensador fue totalmente técnica y muy marcada por el positivismo que triunfaba en aquellos años en las universidades italiana, y en particular en la de Turín en donde Pareto se hizo ingeniero. Nuestro autor, al terminar sus estudios, se trasladó a Florencia como ingeniero con grandes esperanzas reformistas y con la idea de que únicamente el avance técnico po-

dría salvar a Italia del caos en el que se encontraba sumergida. Pero aquí comienzan toda una serie de fracasos que marcarán toda su vida y que darán ese tinte de ironía y a la vez de amargura a todos sus escritos; sucesivamente Pareto se ve repudiado por la aristocracia a la que pertenecía por nacimiento, por la nueva aristocracia burguesa industrial que no ve con buenos ojos sus avanzados proyectos industriales, y finalmente cuando quiere reinsertarse en el mundo universitario muy cerrado en la Italia del momento, no encuentra ningún lugar en el que se le acepte. De este modo este autor va sufriendo sucesivos exilios de su clase y de su mundo que acaban por convertirlo en un personaje extraño, estrambótico y solitario en sus últimos años de vida. Durante el periodo en que su fe en el poder de la técnica comienza a derrumbarse Pareto entabla amistad con el que habrá de ser uno de sus únicos amigos, el economista italiano Pantaleoni; su correspondencia constituye una de las fuentes principales para el estudio de este teórico de la élite (43). Pantaleoni será quien inicie a Pareto en un nuevo campo de estudio que durante largos años atraerá toda la atención de este, la economía. Seguidor directo del economista Walras, Pantaleoni ayuda a adentrarse a su amigo en esta disciplina. Pareto se dedicará plenamente a la economía durante un periodo de su vida, llegando a suceder a su maestro Walras en la cátedra que este ocupaba en la universidad de Lausanne. Su contribución a este campo de las ciencias sociales tiene igual importancia a la que le hace ser conocido en la sociología, siendo su obra económica muy amplia (44). Sin embargo Pareto, encerrado ya en su villa de Céligny, comienza a interesarse por otros temas;

al igual que Mosca llega a la teoría de las élites al superar y encontrar límites demasiado estrechos en las disciplinas en las que se movía con anterioridad, Pareto, por su lado, ya en su "Manuel d'Economie Politique"(45) plantea los principales temas que desarrollará con posterioridad, pero mientras Mosca llega a la ciencia política y a la doctrina de la clase gobernante superando los rígidos marcos del derecho constitucional que no podía explicar plenamente el tema que a él le interesaba, la transformación del estado parlamentario, Pareto va a darse cuenta de que la economía no puede explicar más que una pequeña parte de las acciones humanas: aquellas que siguen plenamente las normas de la lógica. Es, pues, a partir de la constatación de que, en campos tan importantes como son el político y el social, la mayoría de las acciones humanas son claramente ilógicas lo que le llevará a adentrarse en el campo de la sociología, y a plantear su famosa versión sobre la teoría de las élites; este origen determinará el sesgo psicológico que se puede rastrear en todos sus escritos.

Ya en el "Manuel d'Economie Politique", verdadera introducción a su obra sociológica cumbre el "Traité de Sociologie Générale"(46), vamos a ver planteadas las principales tesis que habrá de desarrollar más adelante; aquí, y en algunos artículos sueltos fechados con anterioridad, va a surgir por primera vez el tema de la élite, aún en germen pero con las mismas connotaciones que tendrá más adelante; el estudio en profundidad de este desarrollo, y con todas sus implicaciones será el objeto de un apartado posterior. Al igual que Mosca, y tenemos gran interés en sub-

rayar este punto, Pareto jamás deja de seguir paso a paso los acontecimientos políticos de su época y ello es comprobable al asomarse a los innumerables artículos que publica a lo largo de su vida, tanto sobre temas económicos y sociales como sobre múltiples aspectos políticos del momento. En todos estos podemos seguir una clara línea de pensamiento que parte de la defensa a ultranza de los principios liberales, su batalla por la instauración del libre-cambio en Italia es un buen ejemplo de ello, para ir avanzando hacia posturas más conservadoras y reaccionarias. Pareto, como apuntábamos antes, es un hombre profundamente amargado por los sucesivos rechazos de los que fue objeto, y esta amargura se transluce en una actitud de ataque feroz y despiadado hacia los principios del mundo que así lo ha tratado. Poco a poco el interés por los temas políticos se hace más patente, hasta llegar a ocupar, al final de su existencia, el lugar primordial; es evidente que, a pesar de presentarnos un sistema sociológico de gran envergadura, el mismo enfoque de este le conduce irremediablemente a conceder un puesto privilegiado a los fenómenos políticos. Una de sus últimas obras "La Transformation de la Démocratie" (47) es un claro ejemplo de hasta donde ha llegado su dedicación a este tipo de problemas.

De este modo, la teoría de las élites se presenta en Pareto como el punto cumbre de la formulación de una aguda crítica a la sociedad de su tiempo, y a las pretensiones humanitaristas y democráticas que prevalecen en esta. Lo extremado de su postura y la enorme ironía y fuerza de sus ataques han sido los rasgos fundamentales que

han llevado a que sea presentado como una de las máximas figuras que se opone a la democracia y sobre todo al socialismo; en una época se llegó a hablar de Pareto como del "antimarx". Todo ello es cierto, y también lo es el hecho de que cuando Mussolini llega al poder hay ciertos escritos que prueban que Pareto piensa que un líder que sepa manejar con fuerza a la nación y que goce de un gran apoyo popular puede dar fin al caos de la Italia del momento. Pero Pareto muere en 1923 y por lo tanto no tuvo la oportunidad de asistir al desarrollo del fascismo en Italia como Mosca; no es posible, pues, saber cual hubiera sido su opinión acerca de los acontecimientos que siguieron a su fallecimiento; lo que es indudable es que este régimen atentó contra algunos de los puntos que él consideraba como intocables, siendo el de la libertad, y sobre todo el de la libertad de expresión, uno de ellos. Este autor, en el mismo sentido que Mosca, pero quizás llevando sus conclusiones mucho más lejos que él, dedica todo su esfuerzo a la crítica de la sociedad italiana, y en general a la europea, de su tiempo. Es una sociedad, nos dirá, en plena decadencia y en la que se han ido perdiendo los valores que proporcionaron su grandeza a la sociedad y a la civilización europeas; el ataque paretiano va dirigido contra una élite, la de la burguesía industrial de fines del siglo XIX y comienzos del XX, que no ha sabido mantenerse en el poder conservando todas las virtudes que le proporcionaron su acceso; el modelo al que se vuelve, como ejemplo de lo que debiera de llegar a ser la sociedad europea del futuro, es el propuesto por los liberales de mediados del siglo pasado. De este modo Pareto vive inmerso en una perpetua nostalgia de épocas de

grandeza ya caducas, y en un estado de constante sobresalto y horror ante los nuevos acontecimientos que transtornan y desvirtúan cada vez más las grandes virtudes de los tiempos pasados. Ante todo esto su teoría de las élites aparece como el planteamiento que permite prever lo que ocurrirá en un futuro no muy lejano, y aplicar las medidas necesarias para poder llegar a instaurar un nuevo régimen tan idóneo como el anterior. En este camino, por supuesto, la fuerza ocupa un lugar muy preponderante. vemos, pues, que Pareto es mucho más duro y sin dudas más reaccionario, en un cierto sentido, que Mosca, su extremismo le lleva a que, en muchos casos, su análisis pierda finura y precisión en favor del de Mosca; sin embargo, aunque oculto tras una verborrea elitista y conservadora, encontramos las mismas posturas de defensa y valoración del estado liberal y las mismas críticas a la democracia; la nostalgia y el recuerdo del liberalismo se hacen más patentes cuanto más nos acerquemos a los últimos años de la vida de este autor.

Robert Michels puede ser considerado, al tiempo, como el más moderno del grupo de los tres primeros elitistas, y el que se plantea objetivos más modestos en su investigación, por lo que quizá su influencia hay sido más duradera y siga aún vigente en algunos puntos. Michels, alemán por parte de padre y francés por parte de madre, una curiosa coincidencia con Pareto, puede ser considerado como el más cosmopolita de los tres elitistas clásicos, ya que desde muy pronto pasará a vivir en Italia, país que llegará a adoptar como su segunda patria. Michels estudia en diferentes universidades alemanas y durante su juventud

recibe la influencia de M. Weber, que marcará toda su obra. Al igual que Pareto va a llegar a la sociología a través de un profundo estudio del socialismo pero a diferencia de este Michels será, durante algunos años, un socialista convencido. Es el hecho de su militancia en la SPD el que le veta la entrada en el mundo académico alemán, que, como comentábamos anteriormente, era enormemente cerrado; este rechazo origina el comienzo de un periodo de desencanto que le aleja paulatinamente del socialismo y lo hace ir adoptando posturas cada vez más reaccionarias. Nuestro autor logra ocupar una plaza de profesor en Turín e inicia una larga amistad con Mosca que le encamina a adoptar poco a poco las posturas que acabarán por encuadrarlo dentro del grupo de los elitistas. En realidad Mosca, a diferencia de Pareto y Mosca, nunca pretende construir una verdadera teoría social general, el afán de dar una explicación global a los fenómenos de la realidad social se transforma en él en la aplicación de una teoría ya construida a un ejemplo muy concreto. Michels toma quizá más la versión elitista de Mosca que la de Pareto, aún teniendo a este siempre presente en sus escritos; también, y este es otro punto importante de paralelismo entre todos ellos, se hace notar un progresivo acercamiento a posturas cada vez más liberales a medida que pasan los años. De todos modos, según numerosos autores, Michels fue el que mostró un mayor entusiasmo por el régimen de Mussolini, no apartándose de la política activa como Pareto, ni mostrando una clara oposición como Mosca. De entre los tres fue el que puede decirse que es el que estuvo más ligado con el fascismo italiano; pero de todos modos en ninguno de los tres casos se puede hablar de un fascismo activo.

Michels hace suya la formulación elitista de su maestro Mosca y va a aplicarla a un caso muy particular que le interesa especialmente, la comprobación de la adecuación de las tesis elitistas a esta situación le llevará posteriormente a generalizar su validez a otras esferas que él ya no ha estudiado directamente. Señalábamos antes que Michels había recibido las enseñanzas de Weber y que su huella, junto con la del marxismo, no se había borrado nunca de sus escritos. Va a ser uno de los temas que son tratados con un mayor interés por Weber, junto con otros muchos estudiosos de la época, el que va a convertirse en el centro del estudio de Michels, el tema de la organización y de la burocracia. En su obra fundamental y que le valió el ser conocido mundialmente, "Los partidos políticos" (48), mantiene la tesis de que una de las características esenciales de la sociedad contemporánea es el aumento del número y de la importancia de las grandes organizaciones, y por lo tanto, el hecho de que dentro de ellas se produzca un evidente proceso de burocratización y jerarquización. Hasta aquí el argumento no tiene nada de novedoso, lo que le proporciona toda su originalidad es el hecho de que se afirme que el proceso de burocratización es totalmente incompatible con la democracia. En este sentido si afirmamos que la burocracia es un elemento inseparable de la vida de las sociedades contemporáneas, y a la vez mostramos que este proceso niega la posibilidad de la democracia, llegaremos ineludiblemente a la conclusión de que la democracia no puede existir de modo alguno en nuestras sociedades, que cada vez se encuentran más sometidas al poder de las grandes organizaciones. Esta hipótesis es la que Michels pretende probar

tomando como ejemplo una organización que, por encima de las demás, debería de llevar el sistema democrático hasta sus últimas consecuencias: un partido socialista, y concretamente el partido socialista más importante de la Europa de aquel momento que era el que él conocía más de cerca la SPD alemana. Así, pues, toda su obra va a dedicarse a mostrarnos como el mero hecho de la existencia de una organización supone la aparición del fenómeno del liderazgo, y unido a este la formación de minorías que controlan el poder; es la llamada ley de bronce, o de hierro según los autores, de la oligarquía.

Vemos, así, como Michels en esta obra principal, y en otros escritos menos conocidos, como por ejemplo su "Introducción a la sociología política" (49), mantiene el argumento elitista, sin variarlo sustancialmente. Lo que pretende es demostrar la imposibilidad del triunfo de la democracia en nuestras sociedades actuales, y más aún en lo que se refiere a la instauración del socialismo, el dominio de una minoría, y veremos más tarde por que razones, es una constante en las comunidades humanas. Michels no se preocupa por estudiar lo que ha ocurrido en anteriores momentos históricos, ni en tratar de formular las características de la forma de gobierno que considera ideal, únicamente constata un fenómeno inevitable y con el que los hombres han de contar. En este sentido es menos ambicioso y menos determinista que sus compañeros de escuela; pero al mismo tiempo, al final de su obra, reconoce que, aunque irrealizable, la democracia es la mejor de las formas de gobierno, la lucha de los hombres por su logro no tendrá jamás un éxi-

to completo, pero no ha de ser abandonada nunca ya que los logros pequeños y parciales ayudan a que en las sociedades y en las organizaciones los fenómenos de dictadura y de tiranía se hagan cada vez menos frecuentes, aunque sabemos que nunca van a desaparecer por completo.

Esta breve exposición de las diferencias de cada uno de los primeros teóricos de las élites, en lo que respecta al significado particular que hay en cada uno de sus escritos, el objetivo final al que se dirige el argumento elitista, nos ha servido para mostrar dos hechos principales: en primer lugar es que la nueva formulación elitista aparece guiada por distintos tipos de planteamientos y de objetivos, a pesar de que existan algunos puntos en común, tales como el asombro y el disgusto que experimentan ante las transformaciones del estado parlamentario y la valoración negativa de la capacidad de acción de las masas que no poseen un líder. A partir de perspectivas diferentes y de inquietudes intelectuales dispares se llegan a convicciones muy similares. En segundo lugar hemos podido apreciar que la significación de la primera formulación de la teoría de las élites contemporáneas no es tan sencilla como pretenden hacernos creer aquellos autores que simplemente la definen como precursora directa del fascismo; en todo momento hay que tener en cuenta, si se quiere hacer un juicio sobre su obra, el puesto de los elementos liberales y el sentido de su crítica a la democracia y al socialismo, que es realmente digna de estudio.

Hemos planteado, pues, el modo como aparece esta teo-

ría de las élites en los tres autores, y como al mismo tiempo esta teoría supone un esfuerzo para crear una nueva ciencia política. Antes de entrar en un capítulo dedicado al planteamiento concreto de este discurso, no queremos olvidarnos de presentar al lector el modo en que estos autores, y algunos seguidores suyos, van a utilizar estas ideas para evaluar un momento histórico determinado. Con esta intención presentamos la siguiente parte de nuestra exposición.

Hemos tratado de dar una visión lo más imparcial posible del significado de la teoría de las élites para el momento en que se encontraba la ciencia política a fines del siglo XIX, al tiempo que distinguíamos entre las intenciones de los tres autores al presentarnos sus planteamientos; llegábamos, así, a la conclusión de que el concepto de élite política cumplía un papel muy importante en el nacimiento de una ciencia de la política moderna, y con ello vislumbrábamos la complejidad de la intención con la que se presentaba dicha teoría por parte de cada autor. Hacíamos, durante toda la exposición anterior, una gran insistencia en que teníamos que separar, para nuestro estudio, la aportación que nos legaron cada uno de ellos de las implicaciones prácticas que tuvo, para ese momento histórico determinado, su estudio. Todo ello nos hacía ver como el argumento elitista había dado lugar, ya en nuestro siglo, a desarrollos que podrían ser calificados de dispares desde un punto de vista ideológico. Sin embargo ha llegado el momento de tener en cuenta también lo que significó

la aparición del argumento elitista en el panorama ideológico de fines del siglo XIX, y en este punto no tenemos más remedio que admitir que se trata realmente de una contribución de signo propiamente reaccionario.

Cuando a fines del siglo pasado la revolución industrial estaba triunfando, en el momento en que se percibían los progresos de la sociedad europea, y mientras comenzaban a surgir toda una serie de movimientos revolucionarios de oposición al sistema establecido, cuando los movimientos de cariz progresista inundaban toda Europa, el elitismo se sitúa entre las corrientes reaccionarias que se oponen a todas estas transformaciones y apelan al retorno de una era de felicidad pasada. La idea de progreso y evolución que tanto había cuajado entre los ilustrados del siglo XVIII y que había sido retomada por los positivistas decimonónicos es rechazada brutalmente por estos que no ven en la situación del momento más que los signos de una regresión y de la pérdida de todo aquello que había constituido la grandeza de la Europa de siglos pasados. La teoría elitista es nostálgica, y por ello en cierto modo contraria a todo progresismo; la historia se repite en ciclos sucesivos de esplendor y decadencia, y ellos piensan que tienen la desgracia de vivir en uno de estos últimos.

La evaluación de la situación contemporánea es francamente negativa, es un momento de caos completo que se nos presenta como un retorno a la feudalidad a partir de un desmembramiento de la soberanía del estado. En este sentido nos dice Pareto:

"Nous avons aujourd'hui, sous une forme différente, une nouvelle féodalité, qui reproduit en partie le fond de l'ancienne. Aux temps de celle-ci les seigneurs rassemblaient leurs vassaux pour faire la guerre, s'ils remportaient la victoire ils les récompensaient par le butin. Aujourd'hui les politiciens, les chefs des syndicats agissent de la même façon, et rassemblent leurs troupes pour les élections, pour accomplir des actes de violence contre leurs adversaires et gagner de cette façon des avantages dont jouit ensuite le camp victorieux"(50)

De este modo la situación de fines del siglo XIX se valora muy peyorativamente; mientras que Mosca se fija ante todo en la decadencia del estado parlamentario, Pareto va a señalar tres causas que marcan la nueva época: en primer lugar el debilitamiento de la soberanía central y el reforzamiento de los factores anárquicos, en segundo lugar la rápida progresión del ciclo de la plutocracia demagógica, y por último la transformación de los sentimientos de la burguesía y de la clase que aún gobierna. Es, pues, una época de total desmembramiento de la élite en el poder, que cae en los peores vicios que implican su fin definitivo: el humanitarismo y el abandono de la fuerza por la astucia y la corrupción.

Lo que tratan de rechazar estos pensadores no es tanto a la propia democracia como a las convulsiones y cambios que sufren las sociedades al convertirse en sociedades de masas; la participación de la mayoría en los asuntos públicos no puede más que llevar a situaciones de de-

gradación, al ser la masa una fuerza incontrolable y perjudicial para el buen gobierno de la comunidad. El elitismo no sólo supone la constatación de que es una minoría la que detenta el poder, sino también la profunda convicción de que este hecho es beneficioso ya que supone siempre, de una u otra forma, el gobierno de los mejores, al partirse de la idea de que las cualidades están distribuidas de una manera desigual entre los individuos. A pesar de que encontramos diferentes formulaciones en las teorías de la élite, siempre va a estar presente esta idea de la élite como formada por los elementos más aptos de la sociedad; lo que va a variar será la base que se toma para calificar esta aptitud, en unos casos se habla de cualidades psicológicas innatas entre los individuos, y en otros casos se hablará de que los mejores son aquellos con una mayor capacidad de organización y que representan a las fuerzas sociales más características de una sociedad determinada, pero siempre habrá un elemento diferenciador entre la élite y la masa.

El elitismo va a basar su rechazo de la sociedad de masas no sólo en una pretendida superioridad de la minoría, sino también en una calificación peyorativa de la masa. Esta siempre aparece como incapaz de autogobernarse y movida por impulsos violentos que le impiden tomar en cuenta friamente todos los pros y los contras a la hora de tomar una decisión; por todo esto el gran número es una fuerza incontrolada hasta que no se dota de un líder que sepa dirigirla en cada momento. Este desprecio a la capacidad del gran número enfrenta definitivamente al elitismo

con la democracia y también con el socialismo, y refleja sobre todo una visión pesimista del género humano. Hay que tener cuidado en no equivocarse al hablar de la visión elitista de las masas, no es que estos autores no crean en la existencia de la fuerza de las masas, muy al contrario, pero lo que sí consideran es que se trata de una fuerza incontrolada y sin dirección alguna que necesita de un jefe para poder alcanzar fines concretos; en el momento en que esta se dota de un mando su fuerza es inmensa. Por esto los elitistas tendrán siempre muy en cuenta la imperiosa necesidad que tiene la élite de contar con el apoyo de de una parte, lo más grande que sea posible, de la mayoría. Es evidente que en el momento en que un líder, o un grupo surgido de la mayoría tome las riendas de la dirección de las masas, el dominio de la vieja clase minoritaria tendrá sus días contados. No es de extrañar, por lo tanto, que cuando Mussolini llega al poder en Italia apoyado por un amplio movimiento popular, los elitistas vean en él al dirigente de la nueva élite que habrá de sacar a su nación de la desastrosa situación en la que se encontraba inmersa. Este análisis sobre la sociedad de masas occidental y el papel y la fuerza del gran número en esta, van a tener una importancia considerable, dado que los teóricos de las élites se encuentran entre los primeros autores que tocan el tema de la psicología de las masas. y los medios de control y de propaganda de estas, que luego serían tan utilizados por los totalitarismos europeos, durante las décadas de los años treinta y cuarenta.

La tesis de la incompetencia de las masas tiene,

además otra implicación de suma importancia, la idea de la irracionalidad predominante en la conducta humana, y sobre todo del gran número. Pareto, en su análisis de las acciones lógicas y no lógicas, es el autor que tratará más claramente y de un modo más sistemático este tema, pero a la vez es evidente que, aunque de un modo más solapado Mosca y Michels participan también de estas ideas. La conducta racional que adecua de un modo lógico los medios necesarios para lograr fines objetivos es bastante rara entre los hombres, por lo general estos se dejan guiar por sus sentimientos e impulsos, que en todos los casos les llevan a efectuar acciones no lógicas, que solamente en algunos casos pueden ser calificadas de ilógicas. Esto es lo que queda lugar a que cuando se reúne un gran número de personas la tendencia a actuar movidos por impulsos y sentimientos se hará aún más grande; esto constituirá, al mismo tiempo, la gran debilidad y la gran fuerza de la masa. La gran debilidad porque es totalmente incapaz de plantearse el alcanzar metas previamente planteadas siguiendo un plan racional, y al mismo tiempo la gran fuerza porque en el momento en que asume un mito o es fiel a un sentimiento nada puede pararla o desviarla del camino que ha escogido. Así pues, de aquí se deducen dos conclusiones importantes, en primer lugar que el líder de la élite ha de recurrir siempre a mitos o sentimientos para poder dominar al gran número, los argumentos racionales no valen de nada a la hora de querer dirigir a la mayoría; de ahí que sea terriblemente importante la base ideológica sobre la que la clase gobernante legitima su dominio, (la fórmula política de Mosca), y de aquí también el gran papel

de la propaganda en las sociedades contemporáneas. En segundo lugar, y este es quizá un punto más importante, esta incompetencia de las masas va a llevar a que se niegue la posibilidad del sistema de participación política mayoritaria, en decir de una democracia, al tiempo que aumenta la importancia de los elementos irracionales en la vida política. Veremos más adelante la opinión que tienen los teóricos de la élite acerca de la democracia, aquí sólo nos interesa apuntar que el postulado de la incompetencia de las masas empuja a proclamar al elitismo, al gobierno de la minoría, como único sistema político realizable. Esto es lo que nos quiere decir Plamenatz, un estudioso de las teorías de la clase dirigente, en un artículo dedicado a este tema:

"(en la sociedad de masas occidental)...la minorité détient, bien que tout le monde juge de croire le contraire, un pouvoir incontrôlable, et constitue, de ce fait une classe dirigeante, ou, si l'on préfère une élite dirigeante. Ce que l'occident appelle démocratie n'est qu'une oligarchie d'un type particulier"(51)

Esta misma incompetencia de las masas da lugar a que se confiera un lugar de gran importancia a los elementos irracionales en la vida política, como dijimos ya antes; será, en definitiva el comienzo del irracionalismo que tanto primará en las justificaciones de los totalitarismos de los años veinte y treinta en Europa.

Dentro de esta valoración de la sociedad de masas occidental ocupa un lugar importante el tema del aumento de la burocracia. Aunque Pareto y Mosca también lo tienen en

cuenta en sus escritos no hay duda de que va a ser Michels el que le conceda una mayor importancia en sus escritos. El aumento del poder de la burocracia en los estados contemporáneos va a ser un argumento importante que se utiliza para reforzar más aún la idea de que la única forma de gobierno posible es la de una élite. Aunque los primeros teóricos de la élite comienzan viendo con gran desconfianza el aumento de lugar ocupado por la burocracia dentro del gobierno de los estados, no es sino un síntoma más de la degeneración del viejo estado liberal parlamentario, pronto no tienen más remedio que reconocer que es un rasgo inseparable de la evolución de las sociedades; en definitiva Michels ve en ella el elemento máximo de racionalidad y eficiencia de la organización estatal, al tiempo que la maquinaria burocrática satisface el reclamo de puestos seguros por parte de los miembros educados de la población. De todos modos burocracia significa especialización de funciones y jerarquización y es, aún más todavía, una gran traba para la posible instauración de un sistema democrático en estas comunidades humanas. Pero al tiempo que ven en esto una prueba más que confirma sus tesis, los teóricos de las élites no pueden sino oponerse a una nueva forma de desarrollo de los estados europeos contemporáneos, al suponer dicha evolución una grave transgresión a los principios del liberalismo decimonónico. Así pues, también en este punto es observable de nuevo la tendencia a tratar de dar marcha atrás a la historia, volviendo a recuperar las grandes virtudes que hicieron de la sociedad occidental uno de los ejemplos de mayor gloria en toda la evolución de la humanidad. El incremento del poder burocrático da lugar a que todo lo que podía haber de iniciativa individual y de libertad personal en el tratamiento de los asuntos

políticos en manos de la clase gobernante queda rigidamente formalizado y sometido a normas rigurosas que marcan su ejecución. De este modo un proceso de burocratización lleva, finalmente, a la degeneración de la élite dentro de la cual se produce este fenómeno. Es sumamente indicativo que el elitista que habíamos definido como el más "moderado" o avanzado de los tres, nos formule una opinión como la siguiente:

"La burocracia es el enemigo jurado de la libertad individual y de toda iniciativa audaz en materia de política interna. La dependencia de autoridades superiores, característica del empleado medio, suprime la individualidad y da a la sociedad donde predominan los empleados, un sello estrecho de pequeños burgueses y filisteos"(52).

Queda, pues, demostrado que nuestros autores, una vez más, no pudieron comprender la importancia del fenómeno burocrático, ni el significado que iba a tener para las futuras sociedades occidentales. Su estrechez de miras dió lugar a que sólo apreciaran en el incremento de la burocracia una comprobación de sus tesis de la imposibilidad de poner en práctica el sistema democrático, y una prueba más del estado de degeneración en el que se hallaba inmerso el mundo de su tiempo.

Un tercer punto que muestra muy claramente hasta que punto los tóricos de las élites dejaron de comprender bien cuales eran las grandes fuerzas sociales que iban a dirigir el mundo contemporáneo es su valoración de la democracia, y sobre todo del gobierno parlamentario; en este punto es donde, además, queda muy definida la tendencia a mirar a una época

muy determinada del liberalismo como máximo ejemplo para las sociedades del mundo contemporáneo; democracia y liberalismo quedan, pues, debidamente separadas. En primer lugar hemos de apuntar que la visión inicial de la democracia que tienen los teóricos de las élites es realmente una visión muy deformada, llenos de una gran aversión por el socialismo y horrorizados ante la evolución que iban tomando los acontecimientos, estos autores conciben a la democracia como un estadio en la "revuelta de las masas" que lleva, de un modo directo e inevitable, al triunfo del socialismo. De este modo, al tiempo que combaten la democracia contemporánea, creen arremeter contra las posibilidades de instauración y éxito del socialismo que se convierte, así, en la causa principal de la ruina del mundo clásico. Nos interesa, aún corriendo el riesgo de caer en un exceso de citas, presentar la opinión de un gran sociólogo, y un magnífico estudioso de estos temas, R. Aron:

"La théorie italienne de la "classe dirigeante" a, dans l'histoire des idées modernes, une double fonction, elle est critique à la fois de la démocratie formelle et de la démocratie réelle. Elle rappelle aux uns la loi d'airain de l'oligarchie, elle rappelle aux autres la permanence du pouvoir et de la politique, l'impossibilité d'une société sans pouvoir, l'impossibilité de la fusion totale de la société et l'Etat"(53)

Realmente Aron manifiesta aquí una opinión bastante favorable y halagadora para los teóricos de las élites, sin embargo el tema es complejo y necesita un análisis detallado. Es indiscutible que la crítica a la democracia in-

cide en algunos puntos muy interesantes en aspectos del marxismo y de la teoría democrática clásica que hacía falta develar, y en este sentido es importante la contribución de los elitistas, pero no es menos cierto que en muchas ocasiones llevan el argumento a extremos que desorbitan el problema, dando una idea falsa de la verdadera noción de democracia, y reduciéndola a un mero concepto formal. De todas maneras este punto tiene para nosotros un gran interés, dado que la noción elitista de la democracia ha sido uno de los aspectos de su pensamiento que ha tenido mayor influencia en el pensamiento sociológico actual. Lo que pretenden los elitistas clásicos es deshacer todo el mito que se ha ido entretejiendo alrededor de esta idea para dejarla reducida a una mera técnica de selección de representantes, que además no cumple los requisitos de situar a los mejores en los puestos de poder; de esta forma al atacar a la democracia se pretende apuntar al mismo tiempo contra toda la mitología que rodea al socialismo y al liberalismo democrático.

Así pues, en el elitismo clásico se une el tema de la democracia con el del gobierno de las masas, al arremeter contra uno pretenden hacerlo además contra el otro; lo que no pueden aceptar es la idea de la selección para elegir a los representantes de la mayoría. El gobierno de la mayoría, de la masa, como decíamos antes, tiene el gran defecto de ser una utopía irrealizable por el mero hecho de que la masa es incapaz de autogobernarse, y por lo tanto siempre surgirá una élite que domine a este gran número. La democracia no tiene valor más que como mito que encubre el monopolio del poder por parte de la minoría haciendo creer a los

individuos desposeídos del poder político que toman parte en las decisiones concernientes a los asuntos públicos. En este sentido sería aceptable la noción de democracia, pero el problema reside en que, en la época en que ellos escriben existen una serie de doctrinas que creen firmemente en la participación popular en estos asuntos como medio de alcanzar la más alta sociedad que uno pueda imaginarse, la extensión de estas ideas y su aceptación masiva da lugar a que la élite en el poder vea coartada su capacidad de dar respuesta a los problemas que se le plantean y no pueda utilizar la fuerza con toda la amplitud y en todos los casos en que debiera. Este proceso origina una degeneración de una élite corrompida por lo que Pareto denomina "los sentimientos humanitarios", acabando con todos aquellos factores que habían supuesto la grandeza de esta comunidad, en épocas anteriores. La verdadera democracia para los primeros elitistas, no será pues, el gobierno de la mayoría, sino aquella situación en la cual la abolición de todos los privilegios diera lugar a que existiera la posibilidad real de que los mejores, los más capaces accedieran a los puestos sociales de mayor responsabilidad, sin que en ello intervinieran factores tales como la herencia o el poder económico. En lenguaje de Pareto se podría afirmar que la democracia más perfecta se lograría al permitir la máxima circulación de las élites:

"...una verdadera democracia sería también una verdadera aristocracia!"(54)

Es curioso observar como esta idea de la sociedad más perfecta como aquella donde desaparecen todas las trabas para que pueda darse el gobierno de los mejores, maximi-

zando de este modo el factor de la competencia, va a ser recogido más adelante por los sociólogos y los teóricos políticos más representativos del funcionalismo norteamericano tras la Segunda Guerra Mundial.

A partir de estas ideas nuestros teóricos de las élites van a entrar a tocar el tema del sufragio y de la participación electoral en un sistema pretendidamente democrático. El sufragio y la elección de representantes aparecen como medios que posee la clase política para controlar el acceso de nuevos miembros al grupo dominante, y al tiempo convencer al grueso de la población de que se les otorga una participación en los asuntos de gobierno. De este modo el representante no es elegido por los votantes sino que, en la mayor parte de los casos, se hace elegir por ellos; existen un gran número de mecanismos que permiten que una persona obtenga el apoyo necesario y los votos suficientes para lograr ser miembro de una cámara de representantes. La primera crítica, pues, va dirigida contra el propio sistema electoral; es inevitable que en cualquier elección, aunque se trate por todos los medios de que esta sea lo más perfecta posible, se den fenómenos de manipulación, ya que ello es propio de la naturaleza humana. Por un lado, ya en la propia formación de candidaturas intervienen factores que seleccionan a quienes van a participar como candidatos en las elecciones; por lo general es muy raro que una persona se presente a unos comicios de un modo totalmente independiente y sin el apoyo de un grupo de personas influyentes. Así pues, ya en este primer paso se observa como una minoría organizada impone su voluntad a una minoría desorganizada. Michels hará notar que

este fenómeno se hace más agudo una vez que los grandes partidos políticos y los sindicatos se convierten en los verdaderos y únicos actores de las contiendas electorales; en este momento se puede hablar de la dictadura real sobre la presentación de candidaturas, y por lo tanto sobre los individuos que, en principio, tienen alguna posibilidad de llegar a convertirse en los supuestos representantes de la mayoría. En el momento en que se restringe tanto la libertad de opción de los electores la democracia representativa comienza a perder todo su sentido.

"Alludiamo al fatto evidente che i memebri di una Camera elettiva non sono mai scelti liberamente e spontaneamente dalla maggioranza dei loro elettori, perché questi non hanno che una limitatissima libertà di opzione tra i pochissimi candidati, la riuscita dei quali presenta una certa probabilità. Certo questa contraddizione flagrante tra il fatto e il diritto, fra il base giuridica del mandato politico e la sua pratica esplicazione, è una debolezza grandissima di qualunque sistema rappresentativo." (55)

Vamos viendo paulatinamente como los primeros teóricos de las élites emprenden el camino de destruir el significado tradicional del concepto de democracia, y lo van a hacer siguiendo dos caminos: destruyendo la llamada democracia real, al tiempo que muestran la falacia de la democracia formal o representativa. La democracia real es imposible por dos hechos, por un lado porque los hombres tienen cualidades diferentes, no todos ellos poseen las que son necesarias para pertenecer al grupo de los gobernantes; y en segundo lugar porque, aún si encontráramos una sociedad en la cual la mayo-

ría de los individuos poseyera dichas cualidades, el gran número de personas, la masa, es totalmente incapaz de organizarse, y por lo tanto de tomar las decisiones necesarias que garanticen la buena marcha de la maquinaria del estado, y la consecución de los fines propuestos. La única democracia pensable es aquella que se da entre un pequeño número de individuos con características excepcionales; este sería, por ejemplo, el caso de Atenas; y como nos decía Mosca hace poco ya estamos hablando de una aristocracia y no de una democracia en el sentido que se nos presenta en el mundo contemporáneo.

Desde un comienzo, pues, la libertad de elección de un individuo queda restringida y ya determina el que no pueda darse una democracia perfecta. Hay un punto fundamental, además de los ya citados, en el que se basan estos autores para continuar su feroz ataque, si partimos del supuesto, comprobado por otra parte, de que ya antes de la elección existe una restricción en el abanico de posibilidades por el cual puede optar el elector, tendiendo este además a utilizar el "voto útil", ya no nos es posible pensar que la persona que es posteriormente elegida pueda ser considerada como representante de la mayoría. La elección no supone más que una forma de legitimación para la clase gobernante; una vez que los diferentes miembros de esta se encuentran reunidos en la cámara de los representantes, y tienen, por así decirlo, su puesto asegurado, la mayoría no cuenta para nada, no existiendo casi nunca una interrelación entre los electores y los elegidos. Por ello el hablar de que la democracia representativa no es sino el gobierno de la mayoría es, a la vez, una falsedad y una ironía. En ningún caso se puede afirmar que

el elector participa en los asuntos políticos, desde el momento en que su intervención se reduce a un momento muy concreto, el de la elección, que, como hemos visto, está limitado también. Por lo tanto lo único que se consigue mediante la elección es reforzar la seguridad con la que los miembros de la élite en el gobierno van a encontrarse en sus puestos, y, en última instancia, darles la posibilidad de que puedan contar menos con la opinión de los gobernados, dado que cuentan con su apoyo inicial.

"...in any large and complex society (...) democracy can only be representative, not direct, and that the representatives are a minority who clearly possess greater political power than those whom they represent, since the influence of the latter is confined to passing judgement, at fairly long intervals, upon the activities of minority." (56)

En realidad el análisis de la democracia de estos primeros teóricos de la élite no nos dice nada nuevo sino que amplía, y a la vez ratifica las premisas que se plantearon cuando formularon sus respectivos postulados iniciales. Queremos decir con esto que es evidente que se se parte de la idea de que el gobierno de una minoría selecta es una constante en la historia de las sociedades, y al mismo tiempo se justifica este hecho afirmando la incompetencia de las masas por diferentes razones, según los autores; la democracia ha de ser vista solamente como una mera técnica de elección de los representantes, que, por otro lado, no cambia prácticamente la composición de la élite que surge legitimada por los comicios, al darse toda una serie de maniobras para manipular dichas elecciones. Si llevamos esta línea argumental hasta

sus últimas conclusiones poríamos incluso decir que no hace falta ya la manipulación, dado que las minorías están dotadas de toda una serie de cualidades psicológicas, de organización etc.. que hacen muy probable su elección y tremendamente difícil la de elementos sueltos de la mayoría. La democracia sólo es una técnica política y, en todo caso, lo único que podría conseguir es diferenciar el apoyo popular que tienen las diferentes fracciones que pueden encontrarse dentro de una clase política, si es que se acepta una visión pluralista de la élite, señalándonos cual de ellas es la que cuenta con un mayor respaldo de la mayoría, y puede tener la primacía dentro del núcleo dominante.

Por otro lado, junto con esta idea de democracia como técnica política, aparece la opinión de que la democracia, entendida en el sentido más amplio como ideología político y social es, junto con el socialismo, el gran mal que aqueja a nuestra época, y uno de los principales causantes de la decadencia del mundo occidental. En todo tiempo y lugar ha existido, nos dicen, alguna forma de legitimación del poder de la minoría, que en la mayor parte de las ocasiones se presenta como mitos o leyendas que hacen aceptable e incluso deseable una situación dada para la mayoría de la sociedad. Así pues, casi todas las doctrinas políticas que encontramos a lo largo de la historia del pensamiento humano, han sido, no intentos de comprender y explicar la realidad política y social, sino ideologías justificatorias de el dominio de una élite o clase social en particular. La democracia no es sino otro eslabón en esta gran cadena que no parece tener fin, al no moverse ni convencerse los individuos por argumentos racionales sino por impulsos y sentimientos. El problema reside

en que cada una de estas "fórmulas políticas", según la terminología de Mosca, tienen un momento histórico determinado y también poseen sus ventajas y desventajas; la democracia, sobre todo para Pareto, es esencialmente perniciosa ya que al entender la idea de participación popular restringe enormemente el campo en el que la élite puede utilizar la fuerza, que, como hemos apuntado anteriormente, es un factor predominante y muy beneficioso para el mantenimiento de la élite en el poder y para el buen gobierno de una sociedad. De este modo nos encontramos en un momento histórico en el cual la clase política ha perdido toda su energía y se ha visto reducida a un grupo débil, lleno de sentimientos humanitarios, e incapaz de gobernar una sociedad, que poco a poco va haciéndose más caótica e inestable. No es, pues, únicamente que la democracia no pueda funcionar como medio de elección de los representantes de la mayoría, sino que, como ideología, aporta elementos muy perjudiciales para cualquier tipo de sociedad,

En un momento en el que la sociedad europea sufría profundas convulsiones en todos los órdenes, cuando se estaban consiguiendo importantes victorias para asegurar un mejor nivel de vida, una mayor participación política, una igualdad en derechos y deberes etc.. para grandes capas de la sociedad que hasta este momento se habían visto reducidas a ser actores secundarios en la historia, cuando se estaba luchando por lograr una sociedad más justa e igualitaria, a pesar de todas las críticas e imperfecciones de este movimiento, que no hay duda pueden ser muchas, el argumento elitista acerca de la democracia es, sin duda alguna, profundamente reaccionario, y no ha de asoabrarnos que pudiera ser

adoptado por las fuerzas más conservadoras del panorama europeo. Los teóricos de la élite a pesar de que, como ya vimos, varían sus opiniones al final de su vida, no se suman a este movimiento de avance, entre contradicciones, indecisiones y errores, pero avanza al fin y al cabo, del mundo occidental, sino que se sumergen en una crítica destructiva, aunque muy certera en algunos puntos, que pretende volver hacia estadios anteriores. Prueba de este deseo de retorno es esta opinión de Pareto acerca de la evolución de la democracia:

"Mais l'histoire ne s'arrete pas au terme de l'évolution actuelle et si l'avenir ne doit pas être complètement différent du passé, à l'évolution actuelle succédera une évolution en sens contraire"(57)

Pero, y esto es lo que desespera continuamente al estudioso de estos temas, junto a afirmaciones tan rotundas encontramos declaraciones en un sentido radicalmente opuesto que muestran como, a pesar de todo lo dicho anteriormente, los primeros teóricos de las élites piensan que, en último término y con una buena dirección, la democracia es el mejor de los males posibles, que tiene una gran virtud: la de evitar que los fenómenos oligárquicos lleguen a extremos inaguantables, y el garantizar, en cierta medida, una continua renovación entre los miembros pertenecientes a la élite, que habrá de redundar en su propio beneficio. Así nos va a decir Michels, tras haber dedicado cientos de páginas a demostrarnos la permanencia e inevitabilidad de los fenómenos oligárquicos y la imposibilidad de la democracia, aún en aquellas organizaciones que mantienen un credo político progresista y claramente democrático:

"La democracia es un tesoro que nadie descubre"

jamás por la búsqueda deliberada, pero si continuamos nuestra búsqueda al trabajar infatigablemente para descubrir lo indescubrible, realizaremos una obra que tendrá fértiles resultados en el sentido democrático." (58)

Cuando comenzamos nuestro estudio y nos dirigimos a las obras de los pensadores que habían dedicado libros o artículos a estos temas, nos sorprendió como una característica común a todos ellos era que frecuentemente hallábamos signos que mostraban una gran irritación por parte de estos autores, irritación que ahora comprendemos ya que es realmente desesperante ver que es prácticamente imposible presentar una exposición simple y lineal de su pensamiento cuando constantemente nos estamos topando con rectificaciones, contradicciones y vueltas atrás que complican en gran medida el estudio, y sobre todo la posibilidad de alcanzar un número determinado de conclusiones. Por ello no es posible dar una imagen simple de lo que significó el pensamiento de estos autores, no podemos tacharlos ni de reaccionarios o fascistas, ni de liberales, ya que son al tiempo un poco de cada cosa y nada totalmente. Cuando se intenta ver cual ha sido su influencia en el desarrollo posterior de las ciencias sociales nos asombra ver como muchas ideas cuyas han sido recogidas por autores de muy diverso signo ideológico y con intereses tremendamente divergentes.

Esto mismo es lo que sucede al tocar la relación entre el argumento elitista y el democrático, creo que un punto que nos puede aclarar mucho nuestras ideas, y sobre el que hemos de insistir, es el tener siempre presente que las

críticas más amargas de estos autores van dirigidas contra la situación política de su momento histórico. Por ello cuando arremeten contra el estado parlamentario, contra la democracia, contra el sufragio universal, lo que en realidad están diciendonos es que no pueden soportar la situación de caos y desorden que reina en su momento y que creen consecuencia de todos estos fenómenos. Es muy interesante observar como varía el tono de su discurso cuando se refieren a hechos que tienen que ver con su situación histórica concreta o por el contrario tratan los mismos fenómenos de un modo totalmente abstracto y separado de toda referencia concreta a la realidad. Es por todo esto por lo que hemos querido hacer hincapié, a lo largo de estas páginas, en el hecho de que el pensamiento de los teóricos de las élites está marcado por una profunda dualidad que da lugar a que sea muy distinto considerarlo simplemente desde el punto de vista de su aportación teórica a la sociología y a la ciencia política, que tratar de ver su relación y sus posibles repercusiones sobre la situación política europea, y en particular la de la Italia de aquellos años. Por todo ello es evidente que una cosa es ver la crítica a la democracia, que ciertamente es muy certera en numerosas ocasiones, de un modo abstracto, que inscribirla en los años en que Italia se debatía entre consolidar un régimen de democracia parlamentaria o caer, como desgraciadamente ocurrió, en una dictadura totalitaria.

En este último contexto es claro que la doctrina elitista es totalmente regresiva, y lo es aún más cuando se ensaña con los regímenes parlamentarios; sin embargo tam-

co es correcto mantener la idea de que lo que pretendían estos autores era que Italia tuviese el desarrollo histórico que luego tuvo, muy al contrario hemos visto que, quizá salvo Michels, la postura de Pareto ante el fascismo no es nada clara, mientras que la de Mosca acaba siendo de total oposición. En realidad, y esta es la tesis que venimos manteniendo desde el comienzo de este capítulo, lo que representan los teóricos de las élites es la nostalgia de un pasado glorioso liberal, que en la realidad tampoco existió jamás; ello explica que ante el cariz que van tomando los acontecimientos todos ellos vayan derivando hacia posturas mucho más liberales y flexibles. Pareto, por ejemplo, permanece siempre como el aristócrata liberal que considera a las instituciones parlamentarias como un mal que podría ser atenuado por los hombres ilustrados, pero jamás apuesta a favor de una dictadura totalitaria tal y como las que después habrían de aparecer en varios países europeos, dado que por encima de todo, mantuvo un altísimo sentido de la importancia de la libertad humana que estaba siendo coartada por el enorme desarrollo del aparato estatal y administrativo. Lo que no comprendió fue que la vuelta a un régimen de plena libertad individual, asegurado por el dominio de los mejores, era algo irrealizable y que en verdad era mucho más utópico que lo que proponían aquellas ideologías que él tanto había criticado por apartarse de la realidad concreta. Los primeros teóricos de las élites no logran darse cuenta de lo que realmente está ocurriendo en su tiempo, como muy bien dice Heisel cuando se fijan en la élite parlamentaria y critican sus pretensiones y su actuación son incapaces de reconocer que algo ha cambiado, y que bajo la forma

tradicional liberal se esconden nuevos valores sociales cuyas formas definitivas no se han descubierto aún, y tardarán varias décadas en aparecer bajo su forma definitiva. Realmente no se percatarán nunca de que están en una época de transición en la cual, bajo moldes antiguos, se ocultan nuevos contenidos que aún no han madurado; los cambios y transformaciones, por ello, no aparecen como avances hacia nuevas situaciones sino, por el contrario, como degeneraciones de situaciones ya caducas e irrecuperables.

Es por este sesgo, tremendamente característico de los elitistas clásicos, por lo que es inexacto hablar de ellos como precursores del fascismo, sino más bien como últimos representantes de una idea liberal que ya no podrá cuajar en Europa, desde el momento en que la misma situación político y social la había superado por completo. En realidad se ven envueltos por el drama del liberalismo decimonónico, una corriente de pensamiento que ha de renovarse constantemente porque el ritmo de las transformaciones se hace cada vez más rápido, y que en este mismo esfuerzo de puesta al día va viendo como sus ideas se hacen obsoletas antes de que su aplicación pueda haber dado los resultados apetecidos. Por todo ello tanto Pareto como Mosca y Michels pueden muy bien encuadrarse en una corriente de pensamiento muy característica que, a partir de 1880, se esfuerza en diferenciar la democracia de la libertad; pero lo que ha elevado a su doctrina muy por encima de esta corriente es la precisión de su análisis y sus certeras críticas, que han dado origen a que sus tesis hayan tenido una gran influencia en el

pensamiento de su época y su repercusión ha permanecido mientras que los discursos de la mayor parte de sus contemporáneos que mantenían opiniones similares han sido totalmente relegados.

Es este aferrarse a mantener algunas de las ideas claves del liberalismo, al tiempo que se desesperan por la evolución que sufren las sociedades, da lugar a que, a lo largo de todos sus escritos hay algunos puntos que permanecen inmutables y que nos revelan el verdadero carácter de su discurso. Pondremos, por ejemplo, dos casos sumamente significativos: el tema de la libertad de expresión y el de la centralización de las actividades estatales. Comencemos por el primero; sería lógico pensar que si se postula que el dominio de una minoría es un hecho inevitable en las sociedades humanas, y al tiempo se asiste a la creciente complejidad de la organización de la sociedad y a la progresiva diferenciación de actividades, se llegue a la conclusión de que lo idóneo sería que la élite monopolizara al tiempo el poder político y concentrara todas las actividades gubernamentales y administrativas para garantizar el buen funcionamiento del estado. En realidad esta sería la conclusión lógica de la teoría elitista y verdaderamente este fue el camino que siguieron los totalitarismos de nuestro siglo. Pues bien, esto es, por el contrario, lo que los elitistas consideran como uno de los mayores desastres que pueden ocurrirle a nuestra civilización. Salvo Michels, que es el único que acepta este proceso de centralización y de burocratización de las actividades de gestión a todos los niveles como un rasgo consustancial a este nuevo estadio de la socie-

dad, los otros dos autores permanecen fieles a los principios liberales. Poniendo su discurso en un lenguaje más político y actualizado lo que preconizan es un proceso de descentralización social que permitiera a amplias capas de la población, cultas y educadas, participar en la vida pública, a pesar de que el verdadero centro de poder quedara siempre en manos de un pequeño núcleo. Este sentido tiene, y ya lo estudiaremos más adelante, la importancia que Mosca otorga a la nueva clase media como elemento de apoyo de la élite. En realidad Pareto y Mosca se rebelan contra una nueva forma de dominio que piensan que es mucho peor que las anteriores, y que se acerca con enorme rapidez, empujada por estos dos procesos de centralización y burocratización. En este sentido se podría llegar a afirmar que estos elitistas que comenzaron por oponerse a todo el legado de la Ilustración, acaban por volver a su seno, presentando una nueva formulación de sus viejos principios.

El otro punto en el que se nota nitidamente la influencia liberal es la terrible insistencia en el gran valor de la libertad de expresión; el dominio ideal es el de una minoría ilustrada que garantice la libertad de todos los individuos y sobre todo la libertad de expresar ideas y opiniones. Es realmente impresionante ver la cantidad de alusiones y de artículos que van dedicados al tema de la defensa de las libertades individuales, entendidas estas siempre desde una perspectiva típicamente liberal y por lo tanto formal e individualista. Pareto es, en verdad, un obseso de este tema y llega incluso a escribir sobre temas como el de la libertad sexual y la falsa propaganda de los pretendidos

abstemios, temas, por otra parte, muy de moda en la época.

"Il suit de là que pour juger de la vérité d'une théorie, il est presque indispensable qu'on puisse la combattre librement. Toute restriction, même indirecte, même lointaine, mise à qui veut la contredire, suffit pour en faire douter. Par conséquent la liberté d'exprimer sa pensée, même quand elle est contraire à l'opinion du plus grand nombre ou de tous, même quand elle froisse les sentiments de quelques uns ou de beaucoup, même quand elle est généralement tenue pour absurde ou criminelle, tourne toujours à l'avantage de la vérité objective (accord de la théorie avec les faits). Mais il n'est point ainsi démontré que cette liberté soit toujours favorable à la bonne organisation de la société, à l'augmentation de sa prospérité politique, économique... Cela peut être, cela peut ne pas être, suivant le cas, c'est une question qui reste à examiner" (59)

Esta no es la opinión, evidentemente, de un teórico del fascismo, aunque hay que fijarse detenidamente en las dos últimas frases; en ellas Pareto expone una de sus ideas principales: la diferencia entre verdad y utilidad social, sobre la que habremos de volver más adelante. Sin embargo, y a pesar de esta salvedad, no podemos pensar que una persona que expone estas ideas pueda llegar a sentirse plenamente identificada con un régimen como el de Mussolini, aunque, en un principio pueda llegar a pensar que puede ser beneficioso para un estadio determinado de la evolución social. Mosca, que por ser el que más tiempo vivió, es el que expone una postura más clara ante el tema, ve al fascismo, en primer lu-

gar, como el fruto de la democracia de masas y no cesa en su empeño de proclamar la necesidad de reconstruir la antigua influencia del régimen liberal; en este empeño ocupa un lugar fundamental la tarea de edificar una nueva economía europea que permita la rehabilitación de la clase media. Todos estos puntos son una clara muestra de que Mosca sigue manteniendo una profunda fue en un régimen normativo de valores totalmente opuesto al del fascismo. El tema sigue, sin embargo, en pie y nosotros nos podemos detenernos más tiempo en él al reclamarnos otros asuntos que hemos de pasar a estudiar. Por ello nos proponemos seguir avanzando adaptando la misma postura que expresa G. Busino al referirse a Pareto:

"Que Pareto ait été fasciste ou non, peut être cela n'a-t-il pas beaucoup d'importance. Ce qui importe c'est de savoir si le système parétien, avec son indifférence envers les valeurs, avec son mépris pour le contenu moral des doctrines, avec son sarcasme pessimiste, avec son anarchisme aristocratique, pouvait être habilement exporté par ceux "sur le blason desquels il y avait plus de place pour le lion que pour le renard, et pas de place pour la colombe". "(60)

Y en realidad, a pesar de que las relaciones entre los elitistas y el fascismo no están muy claras, no hay duda de que, en algunos puntos, el fascismo se apoyó en la teoría de las élites para basar su doctrina particular; de todos modos, y así terminamos, no parece ser que estos puntos sean los principales, y los que más caracterizan a la ideología fascista.

NOTAS.CAP.III.EL NUEVO ENFOQUE DE LA TEORIA DE LAS ELITES.

- (1)REAL ACADEMIA DE LA LENGUA:"Diccionario de la Lengua Española.",Ed.de
- (2)PLATON:"La República",Espasa Calpe,12ª ed.,Madrid 1975.
- (3)ARISTOTELES:"La Política",Espasa Calpe,13ª ed.,Madrid 1978.
- (4)PARETO,V.:"Les Systèmes Socialistes",Tomo V de sus "Oeuvres Complètes",Librairie Droz,Génève 1965.
Tomo 2,pg.12 y sg.
- (5)TALMON,J.:"Los Orígenes de la Democracia Totalitaria"
Ed.Aguilar,Madrid 1956.
- (6)TALMON,J.:op.cit.,pg.50
- (7)Tenga el lector en cuenta que en este capítulo sólo nos ocupamos de los que consideramos antecedentes de la doctrina de las élites.El estudio de las diferentes formas de elitismo en el siglo XIX será el objeto de otro capítulo en nuestra investigación.
- (8)SAINT SIMON,H.:"Le Système Industriel",en "Oeuvres Complètes.",6 vol,Ed.Anthropos,Génève 1977.
- (9)MAQUIAVELO,N.:"El Príncipe.",Ed.Iberia,Barcelona 1970.
- (10)BURNHAM ,J.:"Les Machiavéliens..",op.cit.
- (11)MAQUIAVELO,N.:"Discursos sobre las Décadas de Tito Livio",
Ed.italiana,G.B.Paravia,Torino 1953.
- (12)MAQUIAVELO,N.:"El Príncipe",op.cit.,pg.73-74.
- (13)BURNHAM,J.:op.cit.,pg.49.
- (14)Lorenzo de Medicis a quien Maquiavelo dedica "El Príncipe."
- (15)Citado en BURNHAM,J.,op.cit.,pg.51
- (16)MOSCA,G.:"Historia de las Instituciones Políticas",Ed.Re-
vista de Derecho Privado,Madrid 1941,pg.92

- (17) MAQUIAVELO, N.: "El Príncipe", op.cit., pg. 115.
- (18) BURNHAM, J.: "Les Machiavéliens..", op.cit., pg. 61.
- (19) MAQUIAVELO, N.: Citado en BURNHAM, J., op.cit., pg. 63.
- (20) Es interesante ver como la metáfora de los leones y los zorros es retomada por Pareto para designar el mismo fenómeno.
- (21) MAQUIAVELO, N.: "El Príncipe", op.cit., pg. 84.
- (22) " " " " " " ", pg. 75.
- (23) BURNHAM, J.: op.cit., pg. 81
- (24) MEISEL, J.A.: "El Mito de la Clase Gobernante", Ed. Amorrortu, Buenos Aires 1975.
- (25) WEBER, M.: "Economía y Sociedad", Op.cit., Tomo I, Parte I, III sobre "Los Tipos de Dominación".
- (26) PARETO, V.: "La Transformation de la Démocratie", Tomo XIII de sus "Oeuvres Complètes", Librairie Droz, Gênevè 1970.
- (27) MICHELS, R.: "Los Partidos Políticos", 2 vol., Ed. Amorrortu, Buenos Aires 1979.
- (28) BACHRACH, P.: "Crítica a la Democracia Elitista", Ed. Amorrortu, Buenos Aires 1973, pg. 31.
- (29) BUSINO, G.: "Introduction a une Histoire de la Sociologie de Pareto", en los "Cahiers Vilfredo Pareto", nº 12 Librairie Droz, Gênevè 1967, pg. 71.
- (30) HUGHES, H.S.: "Conciencia y Sociedad", op.cit., pg. 186.
- (31) PARRY, G.: "Political Elites", George Allen and Unwin Ltd, London 1969, pg. 23.
- (32) PARETO, V.: "Manuel d'Economie Politique", Tomo VII de "Oeuvres Complètes", Librairie Droz, Gênevè 1966.
- (33) PARETO, V.: "Traité de Sociologie Générale", Tome XII de

"Oeuvres Complètes", Librairie Droz, Genève 1968.

- (34) PARETO, V.: "Traité...", op.cit., pg.1.
- (35) BOBBIO, N.: "Saggi sulla Scienza Politica in Italia.", Universale Laterza, Roma 1977, pg.7.
- (36) PARRY, G.: op.cit., pg.35.
- (37) BOTTOMORE, T.B.: "Elites and Society", C.A. Watts & Co. Ltd. London 1964, pg.32.
- (38) PARSONS, T.: "La Estructura de la Acción Social", 2 vol. Ed. Guadarrama, Madrid 1968.
- (39) MOSCA, G.: "Elementi di Scienza Politica", 1ª ed., Fratelli Bocca, Roma 1896.
- (40) MOSCA, G.: "Teoría y Gobierno Parlamentario" (1883)
 "Apuntes sobre la Libertad de Prensa" (1884)
 "Cuestiones Constitucionales" (1884)
- (41) MOSCA, G.: "Elementi...", op.cit., 1ª ed.
- (42) MOSCA, G.: "Elementi...", 2ª ed., 1922
- (43) PARETO, V.: "Lettere a M. Pantaleoni.", Luigi de Luca, Roma 1960.
- (44) Entre otras obras podemos citar:
 PARETO, V.: "Cours d'Economie Politique", en "Oeuvres Complètes", Tomo I, Librairie Droz, Genève 1964.
 PARETO, V.: "Ecrits sur la Courbe de la Répartition de la Richesse.", en "Oeuvres Complètes", Tomo III, Librairie Droz, Genève 1965.
 PARETO, V.: "Statistique et Economie Matématique", en "Oeuvres Complètes", Tome VIII, Librairie Droz, Genève 1966.
 PARETO, V.: "Marxisme et Economie Pure", en "Oeuvres Complètes", Tomo IX, Librairie Droz, Genève 1966.
- (45) PARETO, V.: "Manuel...", op.cit.
- (46) PARETO, V.: "Traité...", op.cit.

- (47) PARETO, V.: "La transformation..", op.cit.
- (48) MICHELS, R.: "Los partidos políticos.", op.cit.
- (49) MICHELS, R.: "Introducción a la Sociología Política", Ed. Paidós, Buenos Aires 1969.
- (50) PARETO, V.: "Traité..", op.cit., pg.1050, &1714.
- (51) PLAMENATZ, J.: "La Classe Dirigeante.", en "Revue Française de Science Politique", n°1, Paris, Février 1965, pg.28.
- (52) MICHELS, R.: "Los Partidos Políticos", op.cit. pg.217, vol.
- (53) ARON, R.: "Catégories dirigeantes ou Classe dirigeante?", en "Revue Française de Science Politique", vol.15, n°1, Paris 1965, Pg.9.
- (54) MOSCA, G.: "Los Principios aristocráticos y democráticos". Citado en MEISEL, op.cit., pg.159.
- (55) MOSCA, G.: "Elementi..", op.cit, 1ª ed., pg.308.
- (56) BOTTOMORE, T.B.: "Elites..", op.cit., pg.109
- (57) PARETO, V.: "Manuel..", op.cit, pg.144, Cap.II.
- (58) MICHELS, R.: "Los Partidos..", op.cit., vol.2, pg.193.
- (59) PARETO, V.: "Traité..", op.cit., pg.306, &568.
- (60) BUSINO, G.: "Introduction à..", op.cit., pg.82.

CAP.IV.EL PUNTO DE PARTIDA DEL ANALISIS.

IV.1.EL INTENTO DE CONSTRUCCION DE UNA CIENCIA DE LA SOCIEDAD O DE LA POLITICA.

IV.1.1.Pareto y la ciencia lógico-experimental.

IV.1.2.Mosca y el método histórico.

IV.1.3.El tema de la utilidad en Pareto.

IV.2.LA CIENCIA DE LOS HECHOS POLITICOS Y DE LAS ACCIONES HUMANAS.

IV.2.1.Pareto y los elementos esenciales de la ciencia social.

IV.2.1.1.Las acciones lógicas y no lógicas.

IV.2.1.2.Los residuos.

IV.2.1.3.Las derivaciones.

IV.2.1.4.Los residuos, las derivaciones y la forma de la sociedad.

IV.2.2.Gaetano Mosca.

IV.2.3.Breve referencia a Robert Michels.

IV.3.LA DIVERSIDAD DE ENFOQUES DEL ESTUDIO DE LO HISTORICO-POLITICO.

Notas.

IV. EL PUNTO DE PARTIDA DEL ANALISIS.

IV.1. EL INTENTO DE CONSTRUCCION DE UNA CIENCIA DE LA SOCIEDAD O DE LA POLITICA:

Ya hemos comentado en algunas ocasiones que uno de los principales objetivos de los teóricos de las élites es el de llegar a la construcción de una verdadera ciencia de la sociedad; es sumamente significativo el hecho de que los primeros capítulos de sus obras más importantes se dediquen al tema metodológico, y es una prueba suficiente del interés y de la importancia del tema. Como decíamos también en un capítulo anterior esta especial preocupación por los temas de la metodología y la epistemología de la ciencia corresponde muy bien a la época en la que escriben estos autores y se inscribe dentro de la preocupación común por dar unas bases sólidas y una autonomía propia a las ciencias sociales. Hemos de tener también presente el hecho de que nos encontramos con unos pensadores que pretenden, ante todo, construir sistemas globales de interpretación de la sociedad y no llevar a cabo meros estudios parciales sobre temas más o menos relevantes. Va a ser, pues, esta pretensión de globalidad la que confiere un puesto muy relevante a sus teorías sobre la ciencia; en último término podría afirmarse que no es posible comprender todo el desarrollo argumental de la teoría de las élites sin antes haber captado las bases en las que se asienta todo su análisis; es por ello por lo que hemos decidido dedicar este capítulo a este te-

ma, antes de entrar propiamente en el estudio de los postulados centrales del elitismo clásico.

El esfuerzo por crear una verdadera ciencia de la sociedad, superando y rechazando todos los intentos anteriores es, pues, uno de los puntos que contribuyen a realzar la importancia de esta corriente de pensamiento, al tiempo que constituye una de sus mayores contribuciones. Recordemos, pues, dos puntos fundamentales que ya tocamos y que nos servirán de preludio para nuestra exposición: en primer lugar habíamos dicho que era necesario tener en cuenta la profunda relación existente entre el pensamiento de Maquiavelo y el de los teóricos de las élites, habiéndose llegado incluso a considerar a estos últimos como los discípulos del gran pensador renacentista; el tema está ya tratado, pero lo que queremos resaltar en este momento es la idea de que es evidente que la perspectiva bajo la cual es considerada la política tiene mucho que ver con la visión realista de los fenómenos políticos de Maquiavelo. Este es un punto que no podemos olvidar. En segundo lugar es evidente que si a fines del siglo XIX un grupo de pensadores decide embarcarse en esta empresa, la línea de pensamiento a la que tendrá que acudir inevitablemente es al positivismo. A pesar de todas las críticas que se le puede hacer a este, el positivismo supone una de las únicas vías posibles de elección que tiene cualquier científico que pretenda llevar a cabo una renovación en el campo de su disciplina particular; en concreto la ciencia social se encuentra en estos momentos entre el dilema del positivismo o el idealismo, corriente totalmente enfrentada a la primera y que proporciona una solución radicalmente diferente a la pregunta de si es posible

construir una disciplina científica de la sociedad; la alternativa estaba en optar por una u otra vía, o bien lograr una síntesis que salvara la diferencia entre ambas, empresa realmente difícil y que sólo una mente privilegiada como la de M. Weber supo realizar durante aquellos años. Es evidente que nuestros teóricos de las élites optaron por la vía positivista, y en ella continuaron hasta el fin de sus días; sin embargo se trata ya de un positivismo avanzado, muy deformado y claramente en vías de superación.

Son estas particularidades de su positivismo la que nos interesa estudiar en este momento y para ello hemos de recordar, aunque sea muy brevemente puesto que ya hablamos largamente de ello, cuales son los rasgos esenciales de esta corriente. En primer lugar decir que puede entenderse como positivismo una corriente filosófica relativa al saber humano que nos proporciona un conjunto de reglas y de criterios de juicio acerca del conocimiento humano, aunque pueda decirse que no resuelve "sensu strictu" los problemas relativos al modo de adquisición del saber. Se trata, pues, de una colección de reglas acerca del saber humano que tiende a reservar el nombre de "ciencia" a las operaciones observables en la evolución de las ciencias modernas de la naturaleza. No entraremos en cuales son sus rasgos característicos esenciales sino que nos centraremos en cual es su idea acerca de la ciencia. Como muy bien dice Burnham en una definición muy clara y concisa:

"...la science n'est, en effet, qu'une méthode systématique pour résoudre les problèmes qui se posent"(1).

A partir de esta concepción de ciencia queda perfectamente claro que es posible construir una ciencia de la política y de la sociedad; en realidad es esta posibilidad, que negaba en parte el idealismo, la que impulsa a los teóricos de las élites a adscribirse dentro de esta corriente. Desde este momento los fenómenos sociales son tan objeto de una verdadera disciplina científica como lo puedan ser los hechos naturales, y a partir de su observación y por medio de la experimentación nos es posible llegar a formular verdaderas leyes que nos expliquen lo que ocurre en la realidad, y que al mismo tiempo nos permitan prever lo que ocurrirá en el futuro. A "grosso modo" y quizá muy superficialmente esto es lo que les permite el positivismo a nuestros pensadores, y desde esta base desarrollarán todo su sistema de pensamiento. Esperamos que el lector haga una constante referencia al apartado en el cual expusimos los principios básicos de esta corriente de pensamiento para que así pueda seguir mejor nuestra exposición y a la vez pueda discernir aquellos puntos que pueden ser definidos como totalmente positivistas, y los numerosos aspectos que se apartan de este, captando, de este modo, mucho mejor la originalidad de la aportación elitista en este terreno.

Por todo lo que venimos diciendo esperamos que haya quedado claro que la teoría elitista se inicia con la pretensión de sentar las bases, conceptos y metodología, de una verdadera ciencia de la sociedad y de la política; este empeño supone, a la vez, un gran esfuerzo de análisis teórico y presupone un rechazo a los anteriores logros alcanzados en esta disciplina. Cuando leemos las obras de estos pen-

sadores, y muy particularmente la de Pareto, nos asombra que en muy escasas ocasiones se expresan claramente los antecedentes de los cuales han tomado determinadas ideas, o la deuda de gratitud que sienten hacia un pensador determinado; en la mayor parte de las ocasiones lo que se encuentra, por el contrario, es una crítica mordaz y un rechazo a la mayor parte de las contribuciones en el campo que a ellos les interesa. Realmente es notable, y volvemos a repetir que sobre todo en el caso de Pareto, la conciencia que tienen de estar rompiendo con toda una tradición del pasado e iniciando una nueva senda en la cual no quieren reconocer los más mínimos lazos de unión con el pasado; existe en verdad una voluntad de ruptura evidente y un deseo de renovación que sólo se rompe al hablar de unos pocos autores, como pueden ser Aristóteles, Maquiavelo o Marx, entre otros. En general todos los intentos anteriores de sentar las bases de una ciencia de la sociedad se ven como inmensas construcciones metafísicas que logran más bien justificar una situación de hecho por medio de lo que hoy denominaríamos un relato mítico-ideológico, antes que tratar de llegar a la clave que permita la comprensión de la realidad social. Salvo raras excepciones para los teóricos de las élites la historia de las ideas políticas y sociales es la historia de una larga serie de mitos y legitimaciones en lugar del intento de crear una ciencia que explique los fenómenos sociales. El gran error, para ellos, de todos estos pensadores predecesores suyos reside en su dedicación al estudio del deber ser en lugar de centrarse en el único objeto posible de una ciencia, el estudio del ser de las cosas. Lo único a lo que puede aspirar un investigador, sea cual fuere su campo de estudio, es a

comprender lo que son las cosas y como aparecen a lo largo de la historia, pero de ahí a tratar de descubrir su deber ser hay un abismo infranqueable que no podemos saltar si queremos permanecer en un terreno científico. No es que Pareto, que es el que más va a ocuparse de estos problemas, piense que no tiene importancia la faceta moral, el como tendrían que ser las cosas en una supuesta sociedad ideal, muy al contrario les confiere un puesto muy considerable para el funcionamiento de las comunidades humanas; pero lo que si afirma rotundamente es que este es un aspecto que supera totalmente el ámbito de la ciencia. No es que ni siquiera pueda decirse que se trata de algo no científico, ya que son dos aspectos tan diferentes de la realidad de un mismo hecho que no podemos medirlos por el mismo baremo; sería, por ejemplo, absurdo y completamente inútil el pretender demostrar la científicidad del cristianismo o de otra religión cualquiera, cuando, por definición, toda religión está totalmente fuera del campo de la ciencia. No podemos tratar de verificar empíricamente un hecho o una hipótesis relativa al campo de los hechos si suponemos que podemos hacerlo con los medios con los que hemos de acercarnos a las realidades extra-experimentales; es, pues, un contrasentido, de igual manera, pretender actuar científicamente con un aspecto que no se atiene a lo que denominamos fenómenos reales.

De este modo la crítica que se le hacen a las numerosas teorías políticas que han pretendido dar respuestas universalmente válidas a unos temas que entran claramente en los dominios de la moral, de la ética o de otros temas

parecidos es el no haberse dado cuenta de que son cuestiones radicalmente dispares y que sobre todo no han de ser mezcladas; lo que jamás puede hacerse es pretender incluir dentro de teorías científicas aspectos del "deber ser" de las cosas, dado que esto supone la destrucción de la ciencia. Así pues, el punto de partida del discurso de los primeros elitistas reside en la separación radical de estos dos campos marcando su labor como estrechamente limitada por los marcos de la experiencia y de la observación; los temas morales gozarán de su debida atención pero se tratará de no incluirlos jamás dentro de este esfuerzo inicial. Para ellos esta es la única forma de conseguir una verdadera ciencia de la sociedad,

La crítica que vamos a ir encontrando en contra de numerosos autores y escuelas de pensamiento estará dirigida siempre en este sentido; el peor insulto que se puede dedicar a estos innovadores es el de "metafísicos". Es, pues, necesario, o al menos así lo creen ellos, llevar a cabo, ante todo, una limpieza de esta disciplina; los únicos autores a los que se pondera y que, en definitiva, se toman como precursores de su propio pensamiento son aquellos que han tratado de ceñirse al estudio experimental de los hechos que se presentan ante los sentidos, entre ellos Pareto y Mosca destacarán la singular figura de Aristóteles, aunque siempre con reservas:

"Aristote est le précurseur des savants qui, après un hiatus de plusieurs siècles, appliquent maintenant la méthode expérimentale (...) mais on ne saurait prétendre la trouver chez lui pure de tout

alliage métaphysique"(2).

A partir de estas premisas se irá desarrollando toda la concepción de la ciencia de nuestros autores; es evidente que desde un primer momento quedan claros los límites de la empresa y la imprecisiones de la misma. Una ciencia definida de este modo es inevitablemente una disciplina muy restringida que no llega nunca a satisfacer al investigador; sin embargo ninguno de los primeros elitistas se deja engañar por el hecho y exponen claramente lo reducido de sus posibles conclusiones y la precaución con la que deben de seguirse las investigaciones. Pero van a ser estas mismas limitaciones las que dan lugar a que les sea muy difícil mantenerse dentro de ellas; de este modo no ha de extrañar que tras haber edificado todo este sistema teórico, al tratar los temas concretos que les interesan, se salgan frecuentemente fuera de él. La imparcialidad absoluta del investigador, la exclusión de todos los hechos extraexperimentales, la experimentación y la observación como únicos métodos de análisis van a ser trabas excesivas para la ambición de sus investigaciones; todo ello da lugar a que, a medida que avanzan en ellas, intenten empujar al positivismo hacia nuevas fórmulas que hagan más flexible a este, si es que ello es posible,

IV.1.1. Pareto y la ciencia lógico-experimental:

Desde sus primeras obras Pareto trata con mucho interés y con gran profundidad el tema metodológico, siendo

una de sus grandes aportaciones su teoría de la ciencia lógico-experimental que desarrolla plenamente en su obra más conocida, el "Traité de Sociologie Générale". En realidad es, entre sus dos compañeros, el autor que más tiempo y esfuerzo dedica al estudio de estos temas, que parecen interesarle por derecho propio y no como una simple introducción para poder tratar más adelante aspectos de mayor importancia. Cuando el lector se enfrenta por primera vez, y no es poco su mérito, con las casi dos mil páginas del Tratado se queda asombrado ya que, en definitiva, una gran parte de este escrito se dedica a tratar aspectos directos o indirectamente relacionados con la posibilidad de crear una disciplina científica en el campo social. Existen dos aspectos fundamentales en este intento que queremos resaltar aquí: en primer lugar las ideas acerca de la ciencia lógico-experimental, y más adelante la diferencia y caracterización de las acciones lógicas y no lógicas, dado que dedicamos este primer apartado a intentar exponer el intento de construcción de una ciencia de la política o de la sociedad, dejaremos el segundo aspecto para un apartado posterior.

El tratamiento que da Pareto al tema de la ciencia lógico-experimental es tremendamente largo y, en muchas ocasiones muy complejo; por ello, para intentar que la explicación sea lo más clara posible, y para que, al mismo tiempo, puedan quedar reflejados todos los matices y la finura del análisis, hemos pensado que la mejor forma de llevar a cabo esta tarea es ver como en sus diferentes escritos, tomados en un orden cronológico, aparece y se desa-

rolla el tema, para concluir con una evaluación global de este y con algunas opiniones de determinados estudiosos muy especializados en este asunto y que aportan elementos de juicio que pueden sernos valiosos para nuestra comprensión.

Pareto comienza a estudiar el tema que ahora nos ocupa en una obra que tiene para nosotros un particular interés ya que supone el inicio de sus estudios sociológicos, aunque estos todavía se encuentren subordinados al problema económico, el "Manuel d'Economie Politique"(3). Esta obra, que ha sido estudiada muy detenidamente por todos los interesados en la teoría elitista, muestra ya perfectamente dibujadas las líneas fundamentales por las que habrá de discurrir, en posteriores escritos, todo su discurso; en ella encontramos todos los puntos y opiniones que le conferirán su celebridad a nuestro autor: el tema de la utilidad social, el del equilibrio social, la circulación de las élites etc.. Y precisamente en una obra que todavía pretende dedicarse a la investigación y exposición de los aspectos más sobresalientes de la economía política, el primer capítulo está dedicado, bajo el título de "Principes Généraux", a nuestro objeto de estudio actual: el metodológico.

El libro se inicia con una reflexión sobre los fines de estudio de la economía política y de la sociología, las dos disciplinas fundamentales dentro de la ciencia social, al menos para él en este momento, y ya desde las primeras líneas el autor va a marcar tajantemente la distinción entre el fin de la ciencia que es el conocimiento puro, sin

búsqueda de utilidad alguna, y otros puntos de vista que intentan alcanzar una utilidad individual o social como objetivo de sus investigaciones. El tema de la diferencia entre utilidad y verdad experimental es lo suficientemente importante como para que nos interese dedicarle un espacio para él solo, pero lo que queremos resaltar es que también con esta afirmación Pareto va a marcar una de las ideas que determinan todo el posterior desarrollo de su estudio y que no variará a lo largo de sus escritos: la idea de que el conocimiento científico en nada tiene que ver con la posible dirección o impulso del hombre a la acción. De nuevo se repite aquí que el estudio del ser, el único y verdadero objeto de la ciencia, en nada tiene que ver con las indagaciones que los hombres quieran hacer acerca del deber ser de los hechos o acontecimientos. El ideal del científico de Pareto, y quizá hallamos empleado mal el término dado que no es un ideal sino lo que ha de ser el científico para poder llamarse así, es el del hombre únicamente preocupado por el saber en sí mismo, sin tener en cuenta en ningún momento si la adquisición de este conlleva beneficios para sus semejantes o para sí mismo. Al mismo tiempo aparece la posibilidad de que el descubrimiento de la verdad sea perjudicial, en algún sentido, para los hombres, opinión que es totalmente contraria a la que habían mantenido, por poner un ejemplo, los Ilustrados del siglo XVIII, que concebían todo avance en el conocimiento como un progreso en la evolución de los hombres y de las sociedades tanto en un sentido espiritual como en el puramente material, ya que estos dos aspectos aparecen íntimamente ligados para todos ellos.

El conocimiento se busca en sí mismo, y por lo tanto nada debe desviar la atención del investigador de este objetivo; por muy ardua que sea la tarea este ha de proponerse este fin ante todo lo demás, y por ello ha de extremar los cuidados para que, tanto los conceptos como el método que vaya a utilizar, sean lo más rigurosos y exactos posibles. Hay que tener muy en cuenta que Pareto muestra un gran interés, que a veces se torna en obsesión, por los problemas del lenguaje; a pesar de que jamás toca el tema lingüístico según los procedimientos tradicionales en esta disciplina es indudable que se percata del gran poder de la palabra y esto le lleva a detenerse en numerosas ocasiones en su consideración. Para lo que ahora nos interesa nos basta con decir que, por el mero uso de la lengua en el campo de la ciencia a través del tiempo, y a causa de los distintos significados que se han ido atribuyendo a un mismo concepto por muy diferentes autores, una palabra determinada lleva una inmensa carga de indeterminación y un significado que se le atribuye ya mecánicamente que puede llegar a confundir al investigador. A partir de esta constatación la primera tarea que ha de imponerse este, antes siquiera de haber iniciado su estudio, es la de definir lo más rigurosamente posible los conceptos y escoger cuidadosamente los que va a utilizar en su discurso. Este empeño en aclarar sucesivamente todo lo que va a decir, explicando el sentido en el que se dice, y diferenciándolo de otros posibles usos que pueda tener, y el hecho de que Pareto, extremadamente tozudo cuando hace una afirmación de principio, siga esta norma al pie de la letra, dan lugar a que en todos sus escritos nos vayamos encontrando con determinados conceptos, de uso corriente, que son

utilizados de un modo muy particular, y que hay que aclarar para comprender su pensamiento. Evidentemente esta extremada meticulosidad convierte el estilo de Pareto en algo pesado, retorcido, ante lo cual el lector ha de prestar un gran esfuerzo de atención y de constancia para poder acabar de leer sus escritos.

Una vez marcadas estas recomendaciones iniciales, que veremos repetirse al inicio de todas sus obras, Pareto entra por fin en el tema que nos ocupa: la consideración de si es posible construir una verdadera ciencia de lo social. Quizá el lector piense que nos podíamos haber ahorrado el estudio del "Manuel", puesto que en definitiva no se trata de una de las obras de mayor importancia de Pareto, y seguramente todo lo que nos va a decir lo repetirá en el libro que resume todas sus ideas, el Tratado. Es verdad que nuestro autor va a mantener una línea bastante coherente y sistemática a lo largo de su vida, sin que nos sea posible descubrir verdaderas rupturas o discontinuidades dignas de consideración, pero también es innegable que junto a una cierta evolución que hemos de seguir de cerca, existe un planteamiento muy particular en el "Manuel" que es necesario destacar ya que nos muestra lo avanzado y particular del positivismo paretiano.

El hombre se enfrenta, con una clara conciencia de que lo único que hay que buscar es el conocimiento por él mismo, con la realidad y ante él se presentan una serie de hechos que aparentemente no poseen ni orden ni concierto y que abruman al observador que quiere extraer algo de

ellos; en realidad es únicamente esto lo que le proporciona la realidad al individuo y en esto se quedaría si no fuera capaz de dar un paso más hacia adelante.

"Si on n'admet pas qu'il y ait des uniformités, la connaissance du passé et du présent est une pure curiosité, et on ne peut rien deduire pour l'avenir."(4)

Es decir, existe un paso cualitativo que el hombre debe dar si quiere hacer realmente ciencia; cuando se enfrenta a la realidad ha de suponer que existen uniformidades en los fenómenos que pueden dar lugar a la formulación de leyes. Por lo tanto si se parte de la idea de que en el mundo no existe ningún principio de orden es impensable toda actividad científica. La existencia de regularidades, de uniformidades, o mejor dicho la propia convicción del investigador de que estas existen realmente, es la que sienta las bases para el desarrollo de una disciplina científica. Lo realmente interesante en todo este argumento es que Pareto no nos presenta a la realidad o a la experiencia como único punto de partida de la ciencia; esta se inicia, por el contrario, con una hipótesis del individuo que podríamos denominar extraexperimental, previa al enfrentamiento del hombre con la realidad. Por lo que respecta a las ciencias sociales es la suposición de que existen regularidades en las acciones humanas lo que da pie a la posibilidad de un estudio científico en este campo. Notese como, ya en una obra de principiante, por lo que al terreno sociológico se refiere, Pareto tiene muy claro que la sociología es esencialmente la disciplina que se ocupa del estudio de las acciones humanas.

La verdadera importancia de la existencia de uniformidades en las acciones humanas reside en que es el único hecho que permite plantearnos leyes científicas, y por lo tanto posibilita las deducciones del porvenir, uno de los fines fundamentales de la ciencia, y de este modo llegamos a uno de los conceptos que tiene un mayor interés dentro del discurso paretiano: la definición de ley científica. Vemos en ella como, por un lado, es una definición tremendamente restringida, y como por otro va a ser esta misma estrechez de la definición la que va a hacer que se convierta en un concepto extremadamente riguroso y útil para los fines que pretende, a pesar de dejar muchas lagunas en su aplicación. Al mismo tiempo es interesante observar que, a pesar de que su argumentación es plenamente positivista, la noción encierra una gran dosis de relativismo. En primer lugar hemos de decir que la ley es una mera descripción de las uniformidades que se llegan a observar en la realidad, y nunca va más allá de ellas; constatamos simplemente la aparición de determinadas repeticiones, siempre bajo unas condiciones determinadas. Es esta subordinación a unas condiciones, junto al hecho de que la formulación de la propia ley supone una operación de abstracción de los elementos observables de la realidad, lo que da lugar a que Pareto afirmase que las leyes científicas no tienen una realidad objetiva, son meras hipótesis formuladas por encima de la realidad a partir de un trabajo de observación, que van a ser contrastadas posteriormente y verificadas mediante la experimentación para determinar si realmente llegan a explicar determinados fenómenos que suceden en torno nuestro.

"Une loi ou une uniformité n'est vraie que sous certaines conditions, qui nous servent précisément à indiquer quels sont les phénomènes que nous voulons détacher de l'ensemble."(5)

La formulación de toda ley científica supone, pues, en principio, el planteamiento de una hipótesis que puede ajustarse o no a la realidad, pero aún en el caso de que lo haga, sólo logra explicar ciertos factores y aspectos de esta. Incluso si formulamos una ley acerca de un fenómeno podemos estar seguros de que no puede explicarnos todas las facetas de este, sino simplemente aspectos muy concretos y siempre sometidos a determinadas condiciones. Por ello podemos afirmar que, en su actividad científica, el hombre, a pesar de atenerse únicamente a las reglas de la observación y la experimentación, se eleva por encima de la realidad, y ha de hacerlo necesariamente si quiere formular hipótesis para llegar a extraer leyes científicas. De este modo el positivismo de Pareto se acerca más al planteamiento de un cierto cariz flexible y avanzado, que a una afirmación mucho más grosera que no pretende salirse de la observación y la experimentación en la realidad sensible.

Al mismo tiempo Pareto, ya en el Manual, conoce perfectamente la limitación de su propio pensamiento, y el alcance del conocimiento científico. Plantea de un modo muy crudo y directo que las imperfecciones del espíritu humano, que de por sí es muy limitado a pesar de que siga normas y reglas de conocimiento correctas, llevan a que no podamos pensar en conocer un fenómeno concreto en todos sus detalles. Aunque logremos formular leyes científicas acerca de un fe-

nómeno en particular, una ley sólo nos explica una parte muy concreta y fraccionaria de este y jamás refleja toda su totalidad. En realidad sólo se podría esperar conocer globalmente algo si sumamos las experiencias y las aportaciones de campos de estudio muy diferentes, y quizá ni aún así lograríamos tal objetivo. Por todo ello, puesto que no conocemos nunca enteramente ningún fenómeno concreto, nuestras teorías acerca de ellos son simplemente aproximaciones, en los casos en que las disciplinas científicas han incidido más y han logrado mayores avances el conocimiento alcanza un mayor ámbito del objeto pero nunca el todo.

Tenemos, pues, que a partir de nuestra observación de la realidad y por medio de una operación de abstracción llegamos a la convicción de que existen uniformidades en determinados hechos, y que desde estas somos capaces de formular leyes científicas. Cuando ya tenemos estas leyes en nuestro poder se da un paso más allá, el de la construcción de teorías, es entonces cuando poseemos realmente un instrumento que nos explica determinados aspectos de la realidad y que nos permite prever el curso futuro de determinados acontecimientos. Pero ya en este estudio hemos de preguntarnos cual es el alcance y las características de estas teorías a las que hemos llegado tras un largo camino de trabajo. Está claro que si se ha afirmado que nos es imposible conocer un fenómeno en su totalidad no nos queda otra alternativa, y esto es lo que hace nuestro autor, que suponer que las teorías son simplemente aproximativas y nunca pueden proporcionar una explicación absoluta de un fenómeno. En esto se diferencia la ciencia de la religión

o de otras ideologías, mientras que estas últimas pretenden aportar un conocimiento absoluto y totalmente invariable de un determinado hecho, es decir creen poseer la verdad absoluta de este, la ciencia siempre se mueve por aproximaciones, cada nueva teoría parece aproximarse más que la anterior a este conocimiento, pero en realidad nunca lo va a alcanzar plenamente, y siempre sabe que ha de ser superada en cualquier momento:

"Nous n'oublions jamais qu'une théorie ne doit être acceptée que temporairement; celle que nous tenons pour vraie aujourd'hui, devra être abandonnée demain, si on en découvre une autre qui se rapproche d'avantage de la réalité. La science est dans un perpétuel devenir." (6)

Por todo ello las teorías son medios de conocer y estudiar los fenómenos, pero siempre con la certeza de que los fines que ha logrado son tremendamente limitados, y con la plena convicción de que el destino de la ciencia implica una constante superación de los antiguos planteamientos y una repetida formulación de nuevas hipótesis y teorías que superen a las anteriores. Es este mismo hecho de que una teoría solamente suponga una mera aproximación al ser absoluto de los fenómenos lo que da lugar a que se plantee una relación muy particular con la experiencia. Es evidente que, y Pareto no deja nunca de afirmarlo, el único camino que tiene el científico es el de recurrir a la observación y la experimentación, pues si actúa de otro modo se sale fuera del terreno de la ciencia, pero ello no significa en ningún caso que exista una relación directa y unívoca entre la experiencia y la teoría. Es decir que ninguna teoría resis-

te jamás la prueba del total sometimiento a la experiencia, ya que todas ellas, de uno u otro modo se apartan de la realidad; es imposible suponer la existencia de una construcción teórica que pueda ser absolutamente confirmada y corroborada en su totalidad por la experiencia, puesto que ello significaría que hemos alcanzado un conocimiento completo de un objeto, y esto, como hemos visto, no parece, en principio, poder ser posible. De modo que lo que el científico busca es aquella teoría que se acerca más a la realidad, siendo consciente de que no va a producirse nunca una total adecuación entre ambas; la labor del investigador, por lo tanto, siempre es limitada y este ha de ser consciente de las barreras que no ha de franquear. Sorprende este realismo de Pareto que, en cierto modo, despoja a la ciencia de toda esa gran mitología que se había construido en torno a ella y que la presentaba como una fuerza omnipotente que podía garantizar a la humanidad un conocimiento total y absoluto del universo que la rodea, y, de este modo, proporcionarle también el control de este mundo; pero esta visión tiene la ventaja de ser algo seguro que permite al individuo moverse y actuar consciente de lo que puede sacar de cada situación. Sin embargo hay y habrá siempre grandes áreas que permanecerán en la sombra por las que el hombre caminará muy inseguro. El único consuelo que le queda al hombre es esperar que si persevera en su tarea, cada vez serán menos estas zonas de no conocimiento y al mismo tiempo se iluminarán más aquellas en las que ha podido penetrar.

El investigador se encuentra con una amplia gama de teorías que pretenden explicar un mismo hecho, ya ante ello

es evidente que se siente desconcertado, pero hay una regla muy simple que le permite avanzar en su tarea, escoger la teoría que más se acerca a la realidad y que, por lo tanto, tiene un mayor valor. Sin embargo lo que debe evitar en todo momento es aferrarse a la teoría que ha escogido en un primer momento, la ciencia se encuentra en un perpetuo devenir y las teorías se abandonan cuando son superadas una tras otra al cabo de un cierto tiempo; por lo tanto el científico ha de hacer gala de una constante predisposición a abandonar la postura que escogió, en el momento en que vea que hay otra que la supera y que puede proporcionarle mayores beneficios en su trabajo. Aquí Pareto parece caer en su propia trampa al plantear dos postulados que se contradicen mutuamente: en primer lugar nos dice que un mismo fenómeno puede ser explicado por varias teorías dado que la propia limitación de nuestra mente impide que podamos pensar en alcanzar un conocimiento absoluto e unívoco de un mismo fenómeno; esto implica, en principio que el investigador puede optar entre diversas teorías. Pero, en segundo lugar, afirma que hay una cierta jerarquía en el orden de estas teorías al haber unas que se acercan más que las otras a la realidad, debiendo escoger el científico aquellas que objetivamente muestren una mayor adecuación con esta. Lo que nosotros, sin embargo, no vemos nada claro, es cual va a ser el criterio que nos puede señalar el grado de aproximación de una u otra, si antes se ha afirmado que ninguna teoría resiste por completo la prueba de la confrontación con la realidad. Se trata, pues, de que en principio se postula una gran libertad de elección para el investigador, que después se reduce al aparecer un criterio que en nada

queda claro para nosotros. ¿O es que siguiendo el razonamiento de Pareto no podría darse el caso de que dos teorías explicaran aspectos radicalmente diferentes de un mismo objeto de la realidad, oponiéndose en sus premisas y conclusiones, y siendo, por ello, prácticamente imposible determinar cual de ellas se ajusta más a la realidad?

"D'une manière plus générale, on peut observer qu'établir une théorie revient en quelque sorte à faire passer une courbe par un certain nombre de points déterminés. Une infinité de courbes peuvent satisfaire cette condition." (7)

Lo que, en todo caso, queda claro es que el esfuerzo de la ciencia ha de ser constante y ha de operarse mediante el método de aproximaciones sucesivas a este fin último, y en principio inalcanzable, de la verdad absoluta de un fenómeno. Así pues el estudioso tiene la necesidad de comparar constantemente el fenómeno subjetivo, la teoría, con el objetivo, el hecho experimental; todo avance en el camino de la ciencia sólo se llevará a cabo si se sigue este continuo ir y venir que garantiza, por otro lado, que nunca se pueda caer en una visión de los hechos a través de nociones a priori, e irse separando, de este modo, cada vez más, de la realidad.

A partir de aquí Pareto, que se da cuenta de que su construcción tiene algunos fallos comienza a plantear nuevos puntos para completarla. Por ello introduce la distinción entre ciencias naturales y ciencias sociales, las primeras son aquellas que estudian los hechos directamente, mientras que las segundas muestran una gran obstinación

por razonar sobre estos mismos hechos. Pero, de todos modos, incluso en el primer tipo de ciencias, encontramos una diferencia fundamental por lo que al método empleado se refiere, en primer lugar están unas ciencias que pueden recurrir tanto a la experiencia como a la observación, como son la física, la química etc.; junto a ellas, y manteniendo su status de ciencia, tenemos a otro grupo que no puede, a causa de su particular objeto de investigación, recurrir con tanta facilidad, a veces no puede hacerlo en ningún caso, a la experiencia, por esto existen una serie de ciencias que unicamente emplean la observación, entre ellas se encuentran la astronomía, la meteorología etc.. El autor se da perfecta cuenta de que, aunque siga postulando la unidad esencial de la ciencia y de su método, existen diferencias esenciales entre ellas que provienen en su mayoría del propio objeto de estudio, y que dan lugar a que existan ciencias más desarrolladas y con mayores o menores éxitos en sus respectivos campos de estudio.

Una vez hecha esta salvedad Pareto necesita volver a profundizar en una de las cuestiones que tocó anteriormente, pero que tampoco quedó plenamente estudiada: la abstracción y su puesto en el conocimiento científico. Decíamos antes que junto al empeño en reducir el método de estudio a la observación y experimentación, encontrábamos que junto a estos entraba en juego otro factor totalmente extraexperimental, pero con una función fundamental, dado que era la que hacía posible el inicio del conocimiento científico. Así pues, para Pareto la abstracción es la condición preliminar e indispensable para todas las ciencias. En este

punto el autor recoge la tradición de pensamiento que, con poca exactitud, podríamos denominar positivista, que inició Galileo al plantear su esquema de investigación. El gran problema de la abstracción reside en que, inevitablemente, introduce un elemento subjetivo en el estudio que puede llegar a falsear todo el objetivo de la tarea científica; y sin el cual no se puede pasar el investigador. Todo ello da lugar inevitablemente a la introducción de un factor de arbitrariedad e inexactitud en el pensamiento científico. La abstracción supone una elevación desde el objeto concreto de estudio que conlleva una división de este en partes para así llegar a una visión global de este; es como si se diseccionase el objeto a fin de lograr comprender mejor los elementos que lo componen y su mutua interrelación. Vemos, tal y como expone el proceso Pareto, la evidente analogía con el procedimiento de las ciencias naturales. Pero tras este movimiento de elevación es necesario volver hacia lo concreto para reunir todas las partes de estudio y así conseguir una visión de conjunto de este, a la vez que en esta nueva vuelta a lo concreto, lo real, se va a realizar la verificación con los datos experimentales. Con un lenguaje y una intención diferente este es el mismo procedimiento que nos presenta Marx cuando, en la "Introducción a la crítica de la economía política" (8) nos plantea el método que va a seguir en sus investigaciones, y es este constante movimiento de abstracción a partir de lo concreto y la vuelta a este con los conceptos y leyes previamente contruidos lo que garantiza el buen resultado de nuestras investigaciones. El problema se resume pues, en la distinción de dos elementos esenciales en el trabajo científico: el mo-

mento del análisis, o diferenciación y estudio de las partes del objeto a investigar, y un paso posterior, el de la síntesis en el cual se vuelve a recomponer el objeto antes diseccionado, que así queda explicado en su conjunto, y en la medida de lo posible. En la práctica además de este doble movimiento, el investigador tenderá a reunir diversas teorías parciales, en vista a utilizarlas para el fin concreto que guía todos sus esfuerzos.

Pareto va a moverse entre lo imperioso de demostrar la unidad del método científico y por lo tanto la posibilidad de construir una verdadera ciencia de la sociedad, y la evidencia que no puede despreciar de que existen notables diferencias entre las ciencias sociales y las naturales. En cualquier caso la verdad de una teoría reside en el acuerdo de esta con los hechos, y por supuesto esta verdad experimental es la única que existe, por lo que no surgen diferencias entre las ciencias desde este punto de vista. Pero al mismo tiempo reconoce que hay ciertos procedimientos que ha de utilizar solamente la ciencia de la sociedad, puesto que la peculiaridad de su objeto de estudio así se lo impone. En el caso de la sociología, por ejemplo, el recurso a la experimentación sólo se da en casos muy aislados y relativamente poco frecuentes, en la mayoría de las ocasiones el sociólogo ha de recurrir a otros métodos paralelos que le ayudan a superar esta carencia. El estudio de la evolución de las sociedades y de los fenómenos sociales en la historia cercana, por ejemplo, le es sumamente útil, mucho más por ejemplo, que el estudio de los orígenes de estos. Si se actúa de esta manera se logra substi-

tuir la experiencia directa, y al mismo tiempo se facilita el descubrimiento de las uniformidades en la evolución de dichos fenómenos, lo cual nos capacita para extraer conclusiones del pasado para encarar el futuro. En este tema de los instrumentos a utilizar para alcanzar los fines establecidos Pareto es tremendamente flexible, llegando incluso a afirmar que "el fin justifica los medios"; en cualquier ciencia hay que utilizar todos los métodos que tengamos a nuestro alcance para llegar al descubrimiento de las uniformidades, y no ha de importarnos que estos métodos sean numerosos o a veces parezcan mutuamente excluyentes. En el caso de las ciencias sociales este autor hace particular referencia a la utilidad de la metodología histórica, así como a la conveniencia de contar también con los métodos inductivo y deductivo.

Esta relativa flexibilidad a la hora de contemplar los contenidos y los métodos científicos no implica, sin embargo, que los principios de los cuales hemos hablado antes vayan a transformarse o incluso a cambiarse; en el "Manuel" Pareto sigue siendo profundamente positivista en lo que respecta a la definición básica de la ciencia y de sus objetivos:

"La science ne s'occupe que des propositions x, qui sont seules susceptibles de demonstration, tout ce qui n'est pas compris dans cette catégorie x reste en dehors de la science." (9)

La posibilidad de demostración, de verificación empírica de estas proposiciones es la que las hace científicas, diferenciándolas del resto de las proposiciones de

otros ámbitos; de este modo se quiere remarcar la idea de que entre la ciencia y la fe no existe nada en común. Aquí aparece también el profundo empeño de Pareto por distinguir radicalmente el campo de lo verdaderamente científico de lo que no lo es, la confusión que se ha establecido entre las ciencias sociales, al distinguir entre proposiciones científicas de las que pertenecen a otros tipos, por ejemplo el moral, es la causa principal del retraso de esta, y el principal obstáculo para su avance. Por todo ello la principal tarea de un sociólogo o de un politólogo va a consistir en delimitar ambos tipos de proposiciones para poder comenzar a edificar un nuevo edificio teórico a partir de bases puramente científicas. Lo que se necesita realmente, sin ningún menosprecio para ninguno de los dos campos, es conseguir que la ciencia no invada los terrenos de la no ciencia y a la inversa. Siendo perfectamente consciente de los límites de la ciencia, tal y como él los presenta, no duda, sin embargo, en proclamar que es el único camino por el cual el individuo puede lograr alcanzar verdades seguras, aunque parciales, y un conocimiento cada vez mayor de la realidad que lo rodea, sobre todo en uno de los campos más retrasado en lo que a este tema se refiere, el de las ciencias sociales. Para llegar a estos fines que se propone lo más seguro es limitarse a los métodos puramente científicos entre los cuales los más importantes son los de la observación y la experimentación; sin embargo se admite la posibilidad de llegar a proposiciones científicas aún partiendo de métodos tales como la intuición y la invención. En todos los casos las proposiciones que de ellas se derivan habrán de ser demostradas por la experiencia, para po-

der considerarlas como plenamente científicas.

Hemos visto, pues, como en el primer capítulo de una de las obras iniciales en el terreno sociológico, el "Manuel d'Economie Politique", Pareto va exponiendo lo que más adelante serán sus tesis principales de su gran construcción sociológica; el análisis irá transformándose y complementándose, pero siempre encontraremos estas mismas ideas básicas como fundamento de todo su discurso. Decíamos al comenzar este apartado que Pareto mostraba un particular interés por el tema de la ciencia y de su metodología, este hecho vuelve a comprobarse cuando nos asomamos a otra de sus grandes obras "les Systèmes Socialistes" (10), posterior al Manual pero también anterior al Tratado.

La obra está escrita en un momento en el que el interés de Pareto era ya plenamente sociológico, especialmente cuando nuestro autor se encuentra centrado en el estudio y la crítica del marxismo. Como su título indica "Les Systèmes Socialistes" tiene como tema central la investigación crítica del pensamiento socialista y en particular del marxismo, y más aún se detiene a examinar las realizaciones concretas de esta corriente de pensamiento. Por todo ello resulta que el tema metodológico, y más en concreto el lugar reservado al estudio de la ciencia, será más reducido que en otros escritos, pero de todos modos creemos interesante hacer algunas precisiones que pueden servirnos para ir viendo cual es la evolución de su pensamiento.

Al igual que en el Manual Pareto vuelve a insistir

en que el verdadero y único fin de la ciencia es el descubrir las relaciones entre las cosas, entre los fenómenos, y ver las uniformidades que presentan dichas relaciones; pero a continuación añade un nuevo elemento que antes no aparecía, la ciencia, nos dice, es el estudio de las causas. Lo que centra la atención del investigador ha de ser el problema de las relaciones de causalidad entre los diferentes fenómenos que se dan en la experiencia, y sólo en ella. Hemos de tener cuidado cuando utilizamos la palabra causa en este contexto, ya que Pareto deja siempre bien claro que las causas primeras, y en general todas las entidades que sobrepasan los bornes de la experiencia quedan más allá del dominio de la ciencia. Cuando él nos habla, pues, de que la ciencia es el estudio de las causas, a lo que se refiere es a que lo que estudia son las relaciones entre los fenómenos tal y como pueden aparecer ante nuestros ojos, por medio de la experiencia, conociendo, pues, las uniformidades que se dan entre estos, pero en ningún caso podemos conocer el ser, la esencia de un fenómeno y objeto pues evidentemente ello cae fuera del ámbito de esta experiencia, y por lo tanto de la ciencia. De este modo queda profundamente marcada la línea divisoria entre la razón y el sentimiento, entre la fe y la ciencia.

A continuación Pareto tratará temas muy similares, aunque más rápidamente, que los que encontramos en el Manual y que ya hemos expuesto, por lo que no vamos a repetirlo por miedo a aburrir al lector. Sin embargo también hace hincapié en algunos temas que hemos de resaltar, por ejemplo el que se refiere al determinismo científico. Pareto se

centra en el problema del determinismo científico al hablar de la constatación de la existencia de las uniformidades entre los hechos sociales; sin embargo hemos de tener mucho cuidado cuando tocamos este tema y este concepto; en realidad no se afirma la necesidad absoluta de dichas uniformidades sino el hecho de que estas han sido constata-
das por un observador cualquiera. Existe, pues, la tendencia por parte del investigador a ver como movimientos necesarios aquellos que ha observado en la realidad, y que son los únicos elementos con los que puede funcionar y construir sus teorías, pero la ciencia no puede llegar nunca a afirmar la necesidad de determinados fenómenos, sino simplemente señalar que estas regularidades aparecen con una cierta frecuencia y bajo determinadas condiciones en la realidad a la que él se enfrenta.

Son, pues, estos movimientos de la realidad el verdadero objeto de una investigación y el único material con el que se cuenta; pero Pareto, cuyo objetivo, y esto no debemos olvidarlo nunca, es lograr el desarrollo de las ciencias sociales se da cuenta de que si se atiene sólo a los movimientos reales que ocurren en las sociedades humanas restringe enormemente el campo de estudio de estas disciplinas, dado que existen muchos aspectos de la realidad social a los que no se puede aplicar la experimentación. Nuestro autor idea, entonces, un nuevo método de estudio, cuya primera formulación aparece en esta obra, y que va a ser el que él utilice constantemente a lo largo de sus estudios: los movimientos virtuales. Se trata de que el investigador imagine posibles regularidades que de hecho él no puede obser-

var en la realidad, pero él supone, con un cierto grado de certeza, que se van a dar; son, pues, acciones posibles que el investigador plantea como hipótesis de trabajo para poder extraer de ellas proposiciones y leyes. Una vez formuladas estas lo único que ha de hacer el estudioso es proceder del mismo modo que hacía anteriormente, cuando tomaba en consideración movimientos reales, es decir verificar constantemente estas proposiciones y leyes con la realidad para determinar su grado de científicidad. Evidentemente Pareto resuelve, de esta manera, un gran problema que se le planteaba a todo científico del momento: el como solucionar el que los fenómenos sociales no pueden ser sometidos a la experimentación y a la observación en la misma medida que los fenómenos naturales; por lo que, en principio, parecería desprenderse que es imposible construir una verdadera ciencia de lo social en el mismo nivel que las ciencias naturales. Fueron numerosos los intentos de solucionar este problema, siendo uno de los más conocidos, aunque partiendo de premisas muy distintas que las de Pareto, la teoría de los tipos ideales de M. Weber.

Por último, y antes de pasar al estudio de la obra que más nos interesa: el "Tratado General de Sociología", queremos simplemente apuntar la aparición de otra idea que tendrá importantes repercusiones en el pensamiento paretiano, y que también encontramos aquí por primera vez. Pareto ya ha resuelto el tema de como aplicar los métodos propios de las ciencias naturales al campo de las ciencias sociales, pero aún le queda un problema esencial por considerar: como suponer la existencia de uniformidades en las acciones

humanas. Para ello el autor no tiene más remedio que dar por supuesto el hecho de que en la conducta de los individuos se dan ciertas regularidades, es decir que ante determinados impulsos los hombres reaccionan de una determinada manera, y que frente a condiciones y circunstancias similares reproducen más o menos los mismos esquemas de comportamiento, por supuesto teniendo en cuenta que la influencia de determinadas variables puede cambiar el resultado de este proceso de causa y efecto. Y es exactamente esto lo que postula cuando nos dice:

"Une même cause produit les mêmes effets, seule la forme sous laquelle ces effets se manifeste est différente." (11)

Este argumento, que Pareto necesita si quiere realmente que todo su sistema anterior funcione, y que se produzca el desarrollo esperado en el campo de las ciencias sociales, será el origen de una idea de la naturaleza humana que, de este modo, aparece como algo inmutable a lo largo del tiempo, y que constituirá la base de la antropología parretiana determinando muchas de sus conclusiones en otros campos.

Entramos, por último, en la obra definitiva y cumbre de nuestro autor, el "Traité de Sociologie Générale" (12), y, de nuevo, nos volvemos a encontrar con el mismo esquema del Manual, un primer capítulo dedicado a la metodología de la ciencia, y en particular de la ciencia social. Lo que sobresale, nada más iniciar la lectura, es que en este escrito el interés de autor se centra en la sociología y ya abandona el estudio de otras disciplinas afines, como por ejem-

plo el de la economía. Hemos de hacer notar, sin embargo, que cuando Pareto habla de sociología se está refiriendo a la disciplina que estudia la sociedad, englobando aspectos que hoy consideramos desgajados de ella, como pueden ser la psicología social o la sociología política; por ello, al referirnos a la sociología en Pareto el lector habrá de entender el término en su sentido más amplio.

Desde la primera página de esta ingente obra su autor se preocupa por el tema de la definición de la sociología; es sumamente interesante apreciar la importancia que se le concede a este problema, parece como si se pensase que en el momento en que se logre aclarar el objeto de estudio de esta disciplina gran parte de todos los problemas que impiden su verdadero desarrollo quedarán resueltos, quedando en un segundo plano los problemas de la metodología. Como decíamos anteriormente parece como si el fin justificase los medios.

"Occupons-nous de chercher les relations entre les faits sociaux, et laissons donner à cette étude le nom qu'on voudra. Peu importe la méthode par laquelle on acquerra la connaissance de ces relations. Le but seul nous importe; peu et même pas du tout les moyens que permettent de l'atteindre." (13)

De aquí se desprende que la sociología, materia todavía confusa es la ciencia que se ocupa del estudio de la sociedad humana en general, es decir que tiene por objeto descubrir las uniformidades que aparecen en los fenómenos sociales. Decíamos anteriormente que se trata de una definición muy amplia y que, a pesar de todo, deja muy confuso

el verdadero objeto de estudio de esta disciplina, más aún si consideramos que en ningún lugar aparece una noción clara de lo que se entiende por fenómeno social, que en realidad parece ser sinónimo de acción social. La sociología es, pues, aquella ciencia que se ocupa del descubrimiento de regularidades y de la formulación de leyes relativas a los fenómenos sociales.

De esta manera tan simple Pareto engloba el problema de la sociología dentro del tema de la definición y de la metodología de la ciencia en general; no olvidemos que se trata de un pensador que postula la unidad fundamental del método en la ciencia. Lo primero que habría que hacer, en este terreno, es superar la falta que hay de una definición rigurosa de las ciencias, en el momento en que se tuviese esa definición, y cuando se hubiera logrado ver que es lo que realmente puede ser considerado como científico habríamos allanado el camino para que todas las disciplinas científicas pudieran avanzar en armonía y sin obstaculizarse ni interferir en su marcha las unas con las otras.

Necesitamos, pues, ante todo llegar a definir lo que se entiende por ciencia para poder seguir pausadamente por este camino de progreso. Para ello Pareto retoma fundamentalmente los dos mismos argumentos que encontrábamos en el Manual: la necesidad de diferenciar la ciencia de lo que el ahora, mucho más duramente, denomina metafísica, y la observación y experimentación como únicas vías para llegar a formular leyes científicas. Se trata, pues, de no tomar ningún principio a priori como verdad demostrada, para, a par-

tir de aquí inferir que todas sus consecuencias son verdades demostradas, sino que, por el contrario, tomar a estos mismos principios como hipótesis que han de ser demostradas comparando sus consecuencias con los hechos, y por lo tanto pudiendo verificarse la verdad o la falsedad de dichos principios. Es decir, siempre hay que tender a explicar las ideas mediante los hechos, y no a la inversa como lo han hecho numerosos pensadores a lo largo de la historia del pensamiento. Existe un aspecto en la actitud de Pareto que creo no hemos comentado todavía, y que hemos de resaltar, puesto que nos enseña muy bien que es lo que pretende y sobre todo cual es su talante ante estas cuestiones. Pareto jamás habla como si estuviera en posesión de una verdad absoluta; no podemos negar que es un científico de una gran altura, al tiempo que un hombre extraordinariamente culto y experto en los más diversos campos, y como tal ha superado la fase del ignorante o incluso del principiante que está absolutamente convencido de que lo que hace y como lo hace es la única vía que puede elegirse. Muy al contrario Pareto consciente de los límites del método científico, sabe muy bien que el camino que ha tomado es uno de entre los muchos que pueden elegirse y que incluso dentro de este mismo camino existen una gran variedad de opciones que el investigador puede escoger. Aunque no renuncia en ningún momento a atacar a las otras opciones, y hemos de reconocer que en materia de ataque y de crítica es un verdadero maestro, siempre deja bien claro que el tomar una vía de investigación determinada no implica la negación del valor de las demás; lo que si exige es que una vez que se ha decidido por una hay que cumplir los requisitos y las normas que esta nos impone

y no inmiscuirse en terreno ajeno ni pretender importar de otros campos aportaciones que el escogido no necesita. Es por todo esto por lo que Pareto jamás critica la obra de los que él denomina pensadores metafísicos en si misma ni las religiones o ideologías, lo que si rechaza rotundamente es la pretensión de estas de presentarse como doctrinas científicas, puesto que es evidente que no lo son. No se puede consentir, por lo tanto, que se quiera presentar una sociología dogmática cuando lo que se busca es crear una disciplina científica que explique la realidad social, del mismo modo que es inconcebible que existan postulados metafísicos, por ejemplo, en la Física.

Tras estas consideraciones, que creemos útiles para el lector, podemos adentrarnos en lo que para Pareto va a constituir un punto fundamental en el Tratado, el estudio de las teorías; una teoría es aquella construcción a la que llega un autor tras haber conseguido formular una serie de leyes que, en principio, ha contrastado con la realidad, cuando nos referimos a una teoría científica. En su sentido más amplio una teoría es todo intento de explicación coherente de una serie de aspectos de la realidad. El estudio de las teorías que han sido formuladas a lo largo de la historia sobre los más diversos temas que tengan que ver con los fenómenos sociales, tomados estos también en su sentido más amplio, es una de las tareas principales a las que se dedica nuestro autor en el Tratado. Lo interesante es que, en un capítulo dedicado al método de las ciencias, se introduzca una diferencia que resultará fundamental. Decíamos anteriormente que Pareto pensaba que la ciencia era una de

las vías que podía escogerse para comprender la realidad en la que vivimos, y, como vamos viendo, este pensador no suele hacer afirmaciones en vano; por ello sería totalmente absurdo que tomáramos un único baremo para evaluar las diferentes teorías que vamos encontrando a lo largo de la historia, ya que es evidente que algunas no pueden calificarse ni siquiera de precientíficas. Por ello se instituyen tres formas distintas de estudiar estas teorías, en primer lugar tenemos el punto de vista objetivo que es aquel que pretende evaluar la logicidad de estas, y en consecuencia su posible carácter científico; pero el hecho de que se concluya que una determinada doctrina o pensamiento no tiene el menor valor lógico no significa que no pueda ser estudiado desde otras perspectivas. Por ejemplo, en segundo lugar podemos tener en cuenta el aspecto subjetivo de las teorías, es decir ver quien es quien las produce y quien las acepta o las rechaza; es evidente que podemos encontrarnos con doctrinas con un escaso valor científico que poseen un importante valor subjetivo. Por último se puede tener en cuenta el tema de la utilidad de una teoría, y esta utilidad puede ser vista desde dos perspectivas radicalmente diferentes. Se puede evaluar si los sentimientos expresados en una teoría son útiles o nocivos a quien los produce y a quien los admite, pero también hay que distinguir otro aspecto, el ver si la teoría es útil o nociva también para quien la produce y para quien la recibe. De este modo surge la consideración de las proposiciones y de las teorías bajo tres aspectos fundamentales: la objetividad, la subjetividad y la utilidad tanto para el individuo como para la sociedad.

El lector quizá piense que a qué viene una exposición tan larga de un tema que en principio parece apartarse de nuestro principal interés en este apartado; sin embargo hemos de recordar que con esta diferenciación tan simple estamos distinguiendo la verdad de una teoría de su utilidad. El tema es de tal importancia y tiene tantas implicaciones para el pensamiento de los elitistas clásicos que hemos preferido reservarle un apartado para él solo, únicamente hemos querido incluir estas consideraciones aquí porque creemos que aclaran mucho la postura paretiana ante el problema de la ciencia.

A partir de aquí, y habiendo afirmado que existen dos tipos de proposiciones radicalmente diferentes, las científicas y las no científicas, se infiere inmediatamente la relatividad de los conceptos de verdad y de falsedad según si se refieren a uno u otro tipo. El problema es, pues, el de marcar los límites de cada campo, y operar en cada uno de ellos con las normas que les corresponden sin infravalorar a ninguno de los dos, puesto que se trata de ámbitos radicalmente diferentes que tienen fines dispares y utilidades distintas.

Una vez marcada esta distinción fundamental Pareto volverá, en este primer capítulo, a centrarse totalmente en el tema de la ciencia, y en particular en el de la ciencia social. Se parte de la negación de todo conocimiento a priori, este se adquiere únicamente por medio de la experiencia; por ello lo que interesa es encontrar un modelo que haya seguido esta pauta al pie de la letra para aplicar!

lo a la sociología, y de este modo facilitarle el camino a seguir. El modelo que Pareto va a tomar prestado para esta tarea es el de la ciencia física o el de la química, disciplinas muy avanzadas en su tiempo, y a las que Hegel y los idealistas en general llamaban no-ciencias. Es por ello por lo que nos dice:

"Quand à moi je veux justement m'occuper ici de non-science, et je désire construire la sociologie sur le modèle de la mécanique celeste, de la physique, de la chimie et d'autres semblables non-sciences, laissant entièrement de côté les sciences ou la science des methaphysiciens"(14)

La sociología ha de construirse, pues, sobre el modelo de las ciencias experimentales, y por lo tanto ha de ser consciente de las limitaciones que esto entraña, ha de tener siempre presente todo investigador que la ciencia experimental no llega a conocer nunca la esencia de las cosas, sino que, por el contrario se limita a sus manifestaciones; por ello todo conocimiento extra-experimental queda radicalmente fuera de su ámbito. La sociología ha de comenzar siempre intentando conocer las cosas, para llegar más adelante, y a partir de ello, al conocimiento de los principios generales. Se trata simplemente de recorrer justamente el camino opuesto al que siguen las disciplinas "metafísicas", que daban por sentados una serie de principios generales que iban aplicando sucesivamente al conocimiento de los fenómenos.

Lo que le interesa ahora a nuestro autor es indicar las pautas de conocimiento científico para acabar definiendo

do lo que va a denominar la ciencia lógico-experimental. Cuando el investigador se encuentra ante un hecho determinado que necesita estudiar, si quiere hacerlo siguiendo un método científico ha de cumplir ciertos requisitos para lograr su objetivo; en primer lugar hemos de separar las partes de este objeto mediante el análisis para discernir su composición y el modo en que se relacionan estos diferentes elementos, posteriormente se considerarán las diferentes teorías que han aparecido sobre hechos análogos para ver si alguna de ellas sirve o encaja con lo que nosotros vamos encontrando, y finalmente cuando hemos realizado las dos operaciones anteriores hemos de volver a reconstruir la unidad del objeto para, así, poder proporcionar una visión lo más global posible de este. Vemos, pues, como Pareto desarrolla mucho más sistemáticamente que en el Manual la idea que ya vertía en esta obra de la necesidad de hacer un doble camino de lo concreto a lo abstracto, y después la vuelta a lo concreto, para, de este modo, verificar las conclusiones que se extraían del análisis. Este método nos afirma, según él, más aún en la convicción de que existe una radical separación entre el conocimiento científico y el ámbito de la fe, siendo estas dos formas diferentes de conocimiento y dando dos versiones distintas e irreconciliables de la realidad. El problema se plantea, como veremos más adelante, cuando nos damos cuenta de que existe una supremacía del tipo de conocimiento y de creencia derivado de la fe en las sociedades actuales, las consecuencias de este hecho las irá estudiando nuestro autor mucho más detenidamente cuando entre en el tema de la distinción entre las acciones lógicas y las no lógicas en nuestra sociedad.

Con todo lo dicho anteriormente y siguiendo su discurso, Pareto se encuentra en condiciones de definir lo que entiende por ciencia lógico-experimental radicalmente diferenciada de otros tipos de conocimiento. A lo largo de todo el Tratado son constantes las referencias a lo que significa esta, pero creemos que lo interesante es recoger la primera definición, si es que puede llamarse así, que también se encuentra en este primer capítulo.

"Nous l'avons déjà dit, si l'on veut conserver rigoureusement leur caractère aux sciences logico-experimentales, il faut envisager ce qu'on appelle des principes généraux (&55), comme des simples hypothèses ayant pour but de nous faire connaître une synthèse de faits, de les relier par une théorie, de les resumer. Les théories, leurs déductions sont entièrement subordonnées aux faits, et n'ont d'autre critère que de bien les représenter" (15)

La ciencia que Pareto denomina lógico-experimental es realmente aquella que sigue todas las normas y los procedimientos que venimos exponiendo, es decir aquella que emplea la hipótesis como medio de deducción subordinando todos sus resultados a las verificaciones de la experiencia. De aquí se infiere que los principios generales son meras hipótesis que permiten al investigador seguir toda la línea de procedimiento científico que antes apuntábamos; por ello los principios quedan enteramente subordinados a los hechos y tienen como criterio de verdad la buena representación de estos. Dado que la ciencia lógico-experimental es el medio más idóneo para aplicarlo al estudio de la sociedad y conseguir, así, elevarlo a la categoría de disciplina plena-

mente científica; por ello y como la ciencia lógico-experimental encuentra el límite de su conocimiento en el estudio de las cosas, no pudiendo ir más allá de la cosa misma, el individuo objeto de estudio de la sociología ha de ser considerado como una cosa, y lo mismo ha de ocurrir cuando se toma en cuenta a un conjunto de individuos, lo que, en ningún caso es igual a la suma de estos, sino que poseen sus propiedades particulares diferentes a las de los individuos. De este modo Pareto se propone llevar a cabo una obra que convierta a la sociología en una ciencia lógico experimental, al mismo tiempo que no olvida nunca los elementos no lógico-experimentales que intervienen en esta.

Hemos reducido mucho la exposición de las ideas de Pareto en el primer capítulo del Tratado puesto que, en muchas ocasiones el autor repite razonamientos que ya encontramos en el Manual. Se aprecia, al concluir esta tarea, como el autor mantiene básicamente las mismas ideas que antes expusiera en relación con el contenido de la ciencia, el carácter de las leyes, el puesto de la observación y de la experimentación etc.; pero insistiendo mucho más en algunos puntos y sobre todo dirigiendo su análisis más hacia la sociología. Por ello nos interesa analizar cuáles van a ser los objetivos del autor al acabar este estudio del tema de la ciencia y cuando ya va a adentrarse claramente en un análisis puramente social. Pero antes de entrar en este punto queremos ver, aunque sea muy brevemente, como va surgiendo este mismo problema de la ciencia a lo largo de su obra. Decíamos al comienzo de este apartado que nos interesaba centrarnos principalmente en el primer capítulo del Tratado

ya que era en este donde encontrabamos reunidas la mayor parte de las ideas acerca de este punto, y así lo hemos hecho, pero al mismo tiempo esto no quiere decir que no vayan apareciendo constantes referencia a este tema en capítulos posteriores en medio de otros análisis.

En toda su inmensa obra Pareto estará particularmente obsesionado por marcar las características fundamentales de la ciencia lógico experimental y sobre todo por señalar las diferencias entre esta y otros campos de conocimiento. Para ello va a introducir la idea, que ya encontrabamos en el Manual pero que no aparecía en el primer capítulo del Tratado, de que las ciencias lógico-experimentales se encuentran en una situación de constante desarrollo siendo superadas continuamente las unas por las otras:

"Les sciences logico-expérimentales sont constituées par un ensemble de théories analogues à des êtres vivants, qui naissent, vivent et meurent, les nouveaux remplaçant les anciens, tandis que la collectivité seule subsiste. La durée de la vie est inégale pour les théories.... La foi et la métaphysique espèrent atteindre un état définitif, éternel, la science sait qu'elle ne peut arriver qu'à des états provisoires, transitoires; chaque théorie accomplit son oeuvre, et il n'y a rien à lui demander de plus." (16).

El esfuerzo desarrollado en la ciencia lógico-experimental es, pues constante y no parece tener un fin predeterminado, sino que implica una perpetua tensión por llegar a formas de conocimiento más perfectas de la realidad circun-

dante. En este empeño por depurar todo lo relativo a la ciencia lógico-experimental Pareto se para detenidamente en numerosas ocasiones para, perfeccionando y al tiempo desarrollando la inclusión de la sociología dentro de esta, lograr que ella adquiriera definitivamente un estatus científico; para ello uno de los principales problemas que ha de superar es el de convertir a los fenómenos sociales en objetos que puedan ser aprehendidos por medio de la experiencia y la observación. Por ello nos va a decir:

"Les manifestatiosn de la pensée sont des faits
aussi bien que les actions des hommes"(17)

Afirmaciones semejantes que tratan de reificar todas las manifestaciones de la vida social vamos a encontrarlas a lo largo del Tratado, y no tiene sentido que aburramos al lector con citas inscabables que demuestran la verdad de nuestras afirmaciones. Creemos que ha quedado claro el sentido fundamental del discurso paretiano, así como sus peculiaridades, cuando tratemos otros puntos iremos apreciando como aparece reflejada toda esta concepción en las ideas que se van vertiendo. Lo que queremos considerar ahora sobre todo es el plan de trabajo que se fija el autor para llevar a cabo su gran propósito: convertir a la sociología en una ciencia verdaderamente lógico-experimental.

Nuestro autor que, como vamos apreciando, es un hombre terriblemente sistemático por lo que a la exposición de su discurso se refiere, no quiere dejar ningún cabo suelto y nos plantea, antes de entrar en materia, cuáles son los pasos que quiere seguir para llevar a buen puerto su tarea. Quizá el lector piense que el tratar esta cuestión en un

apartado dedicado a la ciencia lógico-experimental queda un poco fuera de lugar, pero a nosotros nos interesa incluirlo aquí por dos razones diferentes, en primer lugar porque es una buena oportunidad para ver como Pareto aplica toda su concepción de ciencia a la materia que le interesa, y en segundo lugar porque el presentar aquí este tema nos va a ser muy útil más adelante para poder apreciar si en realidad cumple todo lo que se ha propuesto o bien se desvía en alguna medida de su objetivo. Así, pues, remitimos al lector a la página nº27 del Tratado, &69, en la cual hallará la exposición sistemática del plan de su obra.

Pareto se hace la firme promesa de dejar a un lado todas las cuestiones relacionadas con la búsqueda de la verdad intrínseca de cualquier religión, fe o metafísica, dado que ello queda fuera del ámbito de la ciencia. Sin embargo si le interesa estudiar, desde el punto de vista subjetivo y de la utilidad social, el nacimiento, desarrollo y la relación con otros fenómenos sociales de estos. El método con el que trabajará se resume exclusivamente en la observación y la experimentación, siendo muy curioso notar que no distingue la una de la otra en lo que se refiere a su aplicación a los fenómenos sociales, puesto que, como ya vimos anteriormente, estas materias son muy reacias a la utilización del segundo método de análisis. Con este método, y habiendo marcado los límites precisos de su investigación, nuestro autor pretende pasar a estudiar los hechos para componer teorías, se buscan las uniformidades que aparecen en esos hechos, pero en ningún caso pretende ser conocida su esencia. De este modo las leyes que podamos formular serán siempre hipótesis

que resumen una serie de hechos, pero en ningún caso son fenómenos necesarios. Por todo ello, y en este punto creemos haber insistido ya en muchas ocasiones, el autor es plenamente consciente de lo limitado y contingente de su empresa, que sólo supone un paso en el largo camino de la ciencia, paso que, por otra parte, ha de ser superado irremediablemente en el momento en que se planteen hipótesis más adecuadas a la realidad. Todo lo expuesto anteriormente implica que el único objeto de estudio sea el de los objetos, dejándose completamente de lado los sentimientos o impulsos que estos objetos pueden provocar en nosotros. Si queremos construir una verdadera ciencia de la sociedad no podemos contar más que con los fenómenos que surgen en esta realidad, y no con nuestras construcciones mentales. Pareto, finalmente, termina esta declaración de principios insistiendo en dos puntos que antes comentamos al referirnos al Manual: la necesidad de construir un vocabulario lo más ajustado posible al objeto que nos hemos fijado, y al mismo tiempo el procedimiento que ha de seguir el investigador que es el de irse acercando por aproximaciones sucesivas al fin que se ha marcado previamente. Encontramos, pues, resumidas en esta página, en lo que el propio autor llama el plan de su obra, todos los puntos fundamentales que hemos ido analizando a lo largo de las obras de Pareto; es por ello por lo que nos va a ser extremadamente útil tenerlos en cuenta a la hora de fijarnos en otras partes importantes de su teoría.

La repercusión de la teoría paretiana acerca de la ciencia lógico-experimental ha sido grande en todos sus aspectos, esto no nos puede extrañar ya que constituye la base

de todo el edificio que más adelante habrá de ir construyendo este; por ello son numerosos los autores que han aportado su opinión a este tema. Talcot Parsons, por ejemplo, ha dedicado dos capítulos de su obra "La Estructura de la Acción Social" (18) al análisis del sistema teórico paretiano confirmando una gran importancia a sus ideas acerca de la ciencia. Parsons va a resaltar esencialmente dos hechos que le parecen del máximo interés, por un lado se fija en que, a pesar de ser un sistema lógicamente cerrado, la teoría de Pareto en ningún caso puede considerarse como un sistema empíricamente cerrado, ya que cuando se pasa a la fase de su aplicación empírica nunca nos va a proporcionar necesidades sino meramente probabilidades, lo cual da lugar a que pueda ser considerado como un sistema abierto. Por otra parte el gran sociólogo americano tiene un gran interés en resaltar las bases que Pareto tomó para edificar su sistema teórico; hemos de tener siempre presente que la formulación de juventud de Pareto fue esencialmente científica, y en particular muy técnica, este es un hecho que él mismo no va a olvidar y que se refleja en todas sus construcciones. Es evidente que el modelo general de la teoría paretiana, y en concreto su concepción de la ciencia se basan fundamentalmente en las modernas y metodológicamente sofisticadas ciencias naturales o físicas; ciencias que él consideraba como ejemplo de todas las demás. Pero tampoco hay que pasar por alto que durante largos años nuestro autor se dedica casi exclusivamente al estudio de la economía, y que es la teoría económica pura la que le proporcionó el principal eje de una ciencia de la conducta humana que ha desarrollado una teoría abstracta para su aplicación a los fenómenos sociales. Será

la ciencia económica la que le suministrará el punto de partida para su análisis sustantivo.

Es notable el hecho de que Pareto mantenga firmemente sus principios a lo largo de su vida, sin abandonar jamás una actitud serena y desapasionada, a veces irritante, a la hora de enfrentarse con los acontecimientos que van ocurriendo alrededor de él. Así Bobbio, en una obra que recoge algunos ensayos sobre la teoría de la élite, y sobre la que hemos hablado con anterioridad (19), se asombra de como este hombre permanece impasible ante uno de los periodos más trágicos de la historia humana, convencido en todo momento de que era imprescindible para su tarea mantener una actitud de observación científica ante todo fenómeno social que se le presentase. A pesar de que su obra esta llena de contradicciones y puntos que no sabemos como explicar, aunque también podamos encontrar en ellas aspectos que en realidad no corresponden a un análisis plenamente científico, sino más bien a una perspectiva ideológica, con la que tanto se ensañaba, no podemos negar que Pareto permanece siempre fiel a su doctrina y a pesar de los pesares intenta cumplir en todo momento los principios que había planteado al inicio de sus obras. Esta frialdad, por otro lado, exaspera en muchas ocasiones al lector que espera que el autor tome partido por una u otra cuestión, en lugar de permanecer impasible como si se hallase por encima del bien y del mal.

IV.1.2. Mosca y el método histórico:

Creemos haber dejado ya suficientemente claro que entre los tres componentes de la teoría de las élites Pareto es el que más tiempo y esfuerzo dedica a los temas metodológicos, y en realidad es el que aporta un análisis más riguroso y al tiempo más original acerca de este fenómeno. Hemos expuesto todos sus argumentos, al menos los principales, y vemos como se interesa no solamente por aquellos aspectos que tocaban más de cerca al campo de las ciencias sociales sino que, en principio, planteaba una teoría general para, más adelante, ir concretándola en la sociología. Gaetano Mosca, en cambio, se ciñe desde el principio al tema que ha elegido, el del método en la ciencia política; al igual que su compañero de pensamiento pero al tiempo enemigo dedica el primer capítulo de su obra más conocida, los "Elementi di Scienza Politica" (20), al tema metodológico. Decíamos antes que Pareto es un hombre con múltiples intereses intelectuales, con una cultura enciclopédica, y que a lo largo de su vida dedica su atención a diferentes campos científicos previamente a concretarlo en la ciencia social; y quizá sea también esa apretensión de abarcar lo global y lo general ante todo lo que hace que su análisis pierda profundidad en ciertas ocasiones. Mosca, por el contrario, en toda su obra es un autor mucho más centrado en los temas políticos y, a pesar de haber trasladado su centro de interés desde el derecho constitucional hacia la ciencia política siempre conoce muy bien los límites de su investigación y quizá por esto mismo sabe perfectamente cuales son las cuestiones que le interesan. Por todo lo expuesto anteriormente no nos vamos a encontrar en Mosca con un discurso sobre los problemas de la ciencia en su conjunto, sino con el análisis del me-

todo de conocimiento científico en la ciencia política.

G. Mosca, siguiendo una línea de análisis muy característica entre los teóricos de las élites, comienza intentando fijar el objeto central de la ciencia política frente a los intentos anteriores a los que critica. De este modo Mosca diferencia dos campos de estudio en la política, en primer lugar tenemos el campo que inicia Aristóteles y que considera al fenómeno social como efecto de tendencias psicológicas constantes que determinan la acción en la masa humana. A partir de aquí es el estudio de la política el que se centrará en la consideración de las leyes y de la modalidad que regulan la acción de estas tendencias. En segundo lugar tenemos una línea diferente iniciada por Maquiavelo que ve en la política el arte por el cual un hombre o un grupo de personas puede disponer del poder en una determinada sociedad y la forma en que logran defender este contra las acciones de quienes quieren arrebatárselo. Es evidente que las dos líneas de pensamiento darán lugar a concepciones diferentes de la política, y por lo tanto a corrientes de pensamiento de la ciencia política que casi nos atreveríamos a definir como divergentes. En la línea tradicional de la ciencia política, que es la que este autor tiene la intención de atacar, va a ser el primer campo el que predomina, dando lugar a la aparición de una serie de ideas claves que podemos rastrear a lo largo de la historia de las ideas políticas; la primera de estas ideas básicas es la de que las regularidades de las acciones humanas nos permiten formular leyes; a partir de aquí las leyes referentes a fenómenos sociales se definen como la descrip-

ción de dichas regularidades. En segundo lugar la otra gran idea que se cavierte en una de las bases de esta corriente de estudio de la política es que el origen de tales constancias, de la conducta de los individuos, se encuentran en los elementos psicológicos de las masas; es decir se supone la existencia de constantes psicológicas en los individuos que constituirán el elemento unificador de la diversidad a lo largo de la historia.

Mosca no rechaza esta corriente de la ciencia política, sino que, por el contrario pretende unirla con la línea derivada de Maquiavelo que para él contiene factores esenciales a tomar en cuenta si queremos desarrollar una verdadera ciencia de la política. A partir de la línea de pensamiento iniciada por Aristóteles la ciencia política va a definirse como el estudio del ordenamiento de los poderes políticos, y al mismo tiempo hace necesario unir el estudio de la política con el de la economía política, que es considerada como la ciencia social más avanzada y que puede convertirse en un buen modelo para la ciencia política. Pero lo que olvida toda esta corriente es un hecho fundamental que nos permite definir con precisión el verdadero objeto de estudio de los fenómenos políticos que se halla en la base del pensamiento de Maquiavelo: la política definida como la lucha por el poder entre los individuos. La ciencia política sería, así, el estudio de los fenómenos de poder en una sociedad determinada.

Cuando antes hablabamos de la terminología que uti-

lizaba Pareto nos referíamos al concepto de sociología diciendo que debíamos tener un especial cuidado dado que dentro de esta ciencia el autor pretendía englobar toda una serie de fenómenos que ahora incluimos dentro de otras disciplinas más particulares. Algo parecido nos ocurre con la idea que tiene Mosca de la ciencia política; este autor prefiere hablar de ciencia política en lugar de sociología porque piensa que es una denominación mucho más precisa. Este último concepto, el de sociología, para Mosca posee una significación muy ambigua, siendo una disciplina muy globalizadora que reúne una parte de los estudios que entrarían dentro de la ciencia política. Se produce, pues, el fenómeno inverso que observamos en el caso de Pareto, por lo tanto lo único que hemos de tener en cuenta es que tanto si hablamos de Mosca o de Pareto, y cuando hacemos referencia a la sociología o a la ciencia política, lo que estos pensadores están tratando de decirnos es que se refieren a una ciencia de la sociedad con una dimensión general, pero a la vez bien definida. Este problema de la necesidad de definir correctamente el objeto de la ciencia a desarrollar también es compartido por ambos pensadores que confían en superar una buena parte de las dificultades que les asedian una vez que han logrado marcar los límites de su propia investigación.

Una vez definido el objeto de la ciencia política, el estudio de los fenómenos de poder, Mosca ya si se plantea cuestiones relativas a la metodología de la ciencia en general, coincidiendo con Pareto en su tendencia positivista. Mosca también confiará en la unidad del método de la ciencia; para él todo procedimiento científico va a partir de una

serie de axiomas que se presentan como verdades indiscutibles, es mediante la coordinación y la relación de diferentes axiomas como se va a conseguir demostrar teoremas sencillos. Pero aquí no se detiene la sed de saber del hombre que tiende a combinar estos teoremas sencillos con nuevos axiomas para, así, poder demostrar teoremas mucho más complicados; aquí es cuando la ciencia se vuelve realmente especializada, ya que cualquier persona puede comprender un axioma e incluso puede demostrar un teorema sencillo, pero lo que no son capaces de hacer más que los más iniciados en las diferentes ramas de las ciencias es ver la verdad de estos teoremas más complejos. De este modo los diferentes y sucesivos descubrimientos, y por lo tanto el desarrollo de cualquier disciplina, estará ligado al descubrimiento de nuevos axiomas que son los que en realidad permiten a los individuos llegar a demostrar nuevos teoremas cada vez más complejos.

Esta es la formulación básica de Mosca acerca del procedimiento de la ciencia que, como vemos, es bastante diferente de la que estudiábamos en Pareto; en realidad mientras que este último tomaba como modelo a las ciencias físicas para construir su sistema científico, Mosca encuentra su modelo en las matemáticas y va a tratar de transportarlo a las nuevas ramas de la ciencia, teniendo siempre en cuenta que, a pesar de que el método va a ser siempre el mismo, este habrá de adaptarse a la creciente complejidad de otras ramas de la ciencia, al añadirse nuevos elementos a sus respectivos objetos de estudio.

"Una scienza risulta sempre da un sistema d'osservazioni fatte sopra un dato ordine di fenomeni con speciale cura, con appropriati metodi e coordinate in modo da giungere alla scoperta di verità indiscutibile, che all'osservazione volgare e comune sarebbero rimaste ignote." (21)

Con esta definición Mosca nos introduce en la temática de la concepción de ciencia que, como vemos, tiene, como en el caso de Pareto, muchos elementos de coincidencia con la corriente positivista; se subrayan en estas breves líneas la importancia de la observación, la elección del objeto y la necesidad de definir rigurosamente los métodos empleados en esta tarea. Sin embargo introduce algunos puntos que es preciso resaltar. Para Mosca las ciencias naturales se desarrollan a partir de hipótesis verificadas tanto por medio de la experiencia como por la observación, pero, en realidad, van a ser estas hipótesis felices las que posibilitan la posterior explicación de numerosos fenómenos, creando la nueva ciencia. De este modo al igual que Pareto, Mosca realiza una doble maniobra, en primer lugar sienta bien la relación entre la ciencia y las bases de la experiencia, no va a haber conocimiento posible si nos apartamos de la realidad y tomamos en cuenta los fenómenos extraexperimentales, los únicos objetos que podemos conocer son aquellos que aprehendemos por medio de la observación y de la experiencia. Pero al mismo tiempo esto no quiere decir que el proceso del conocimiento científico no contenga elementos muy importantes totalmente desligados de la experiencia, esto es lo que ocurre con el verdadero inicio de este conocimiento, son las hipótesis que plantea el investigador las que

hacen posible que se lleguen a conocer los hechos, es evidente que estas hipótesis no parten directamente ni de la observación ni de la experiencia, sino que lo que realmente ocurre es que estas van a estar supeditadas a las hipótesis que inicialmente plantea un individuo sin saber si van a tener algún tipo de concordancia con la realidad experimental.

"Da quanto abbiamo detto si deduce facilmente che non basta per ottenere dei veri risultati scientifici che, sopra un dato ordine di fenomeni se proceda col sistema dell'osservazioni e dell'esperienza" (22)

La experiencia y la observación son los primeros pasos de una ciencia hasta que se logran formular las primeras hipótesis que posibilitan el desarrollo de la ciencia, pero hay que ser conscientes en todo momento de que están supeditadas a esta "invención", por llamarla así, del individuo; ninguna de las dos bastará para la construcción de una verdadera disciplina científica. Una vez que hemos establecido que lo fundamental para el desarrollo de cualquier rama de esta lo que importa es que tanto la observación como la experimentación sean usadas en la "dirección correcta" para no dar lugar a errores; es decir, estar plenamente supeditadas al "punto de vista" que adopte el investigador. Este no puede enfrentarse así como así a la realidad sin antes tener una hipótesis que le indique cuales son los fenómenos que ha de estudiar y en qué dirección; sin tener estas guías su esfuerzo será inútil y sólo dará lugar a enfrentarse con un caos del que no sabrá como salir ni que partes escoger. Estas ideas profundizan más en el tema del

procedimiento científico que las que veíamos en Pareto, dando la impresión de que nos hallamos ante un autor que nos proporciona una visión más flexible desde su positivismo inicial, pero esto sólo ocurre en parte ya que en otros muchos aspectos adopta posiciones mucho más rígidas que las del otro pensador que hemos estudiado, esto se refleja, por ejemplo, en la afirmación de que el fin de toda ciencia es encontrar una verdad indiscutible.

Pero es evidente que Mosca no puede trasladar una concepción tan rígida cuando entra en el terreno de la ciencia política, aquí va a tratar de mantener la idea de la unidad del método de la ciencia y al mismo tiempo marcar las diferencias que se pueden encontrar con las ciencias naturales. La ciencia política se encuentra, en esta concepción, a medio camino en el esfuerzo por intentar alcanzar el estadio que ahora ocupan las ciencias naturales, por ello no nos puede ofrecer un complejo de verdades indiscutibles y también por esta misma causa no ha adquirido un método de indagación seguro y universalmente aceptado. Las principales razones de este retraso son fundamentalmente dos: en primer lugar la mayor complejidad del objeto de estudio, los fenómenos políticos, lo que da lugar a que sea mucho más dificultoso avanzar por el camino de la ciencia, y en segundo lugar la falta de conocimiento acerca de las sociedades pasadas, lo cual lleva a que sea muy complicado llegar a establecer leyes que expliquen las uniformidades de los hechos políticos. Sin embargo este obstáculo podrá ser rápidamente superado desde el momento en que ha ocurrido una revolución en el conocimiento de la historia a todo lo lar-

go del siglo XIX, este gran desarrollo va a contribuir en gran medida al avance de la ciencia política. El método con el que ha de contarse para el estudio de la política es, pues, esencialmente el método histórico.

"Qualunque possa essere n ell'avenire l'efficacia pratica della scienza politica e indiscutibile che i progressi di questa disciplina sono tutti fondati sullo studio dei fatti sociali e che queste fatti non si possono cavare che dalla storia delle diverse nazioni. In altre parole, se la scienza politica deve essere fondata sullo studio e l'osservazione dei fatti politici, e all'autico metodo storico che bisogna tornare." (23)

Hemos querido reservar un capítulo de nuestro trabajo para el estudio de las concepciones de la historia de los teóricos de las élites; sin embargo ello no es óbice para que apuntemos aquí que Mosca considera que el método a utilizar en la ciencia política es el método de la historia. Ello no quita para que esta disciplina siga estando inserta dentro del conjunto general de la ciencia, pero también Mosca reconoce, no explícitamente sino al hablarnos de la importancia de la Historia, que la observación y la experimentación son dos métodos de análisis muy difíciles de llevar a cabo en este campo. El único modo de poder llegar a formular leyes a partir de la constatación de uniformidades está, pues, en estudiar los hechos del pasado para, de esta forma, localizar las regularidades que van apareciendo a lo largo de las sociedades humanas. La historia, pues, surge como una ciencia auxiliar esencial en el desarrollo de la ciencia

política, y por ello Mosca le confiere tanta importancia a que haya tenido lugar durante todo el siglo XIX un gran avance en la ciencia histórica, y, por lo tanto, un aumento muy considerable tanto en el volumen de datos como en su fiabilidad, los que, en definitiva, van a ser los hechos con los que pueda ir operando la verdadera ciencia de la política.

Quizá el lector se extrañe cuando compruebe que no hacemos la menor referencia al pensamiento de Michels en esta parte de nuestra investigación, aún cuando lo consideramos como una de las grandes figuras de la teoría de las élites. Vamos a explicar el por qué de esta omisión. Creo que ya nos hemos referido a que Michels centra su atención en el estudio del factor elitista o de la formación de una minoría dirigente en el seno de las grandes organizaciones contemporáneas, aunque escriba algunas obras de carácter mucho más general como su conocida "Introducción a la Sociología Política" (24). Pero en todo caso la gran tarea que va a emprender este autor es la de aplicar los postulados básicos de la teoría de las élites a las investigaciones mucho más concretas que las de sus maestros que él mismo lleva a cabo, con el fin de comprobar su veracidad y su utilidad a la hora de enfrentarse con los grandes problemas de las sociedades contemporáneas. Michels asume los postulados básicos del pensamiento de Mosca, al que considera su maestro, y toma muy en cuenta las ideas de Pareto, pero en ningún momento va a tratar de formular su propia teoría sobre asuntos tales como el objeto y el método de la ciencia. Su aportación dentro de esta línea de pensamiento, e in-

cluso para la sociología y la ciencia política contemporánea es fundamental, pero en el campo que ahora nos ocupa no podemos señalar ninguna contribución lo suficientemente original y diferenciada de la de Pareto y Mosca que necesite ser expuesta separadamente. Nos volveremos a encontrar con la figura de Michels cuando tratemos otros aspectos de nuestro trabajo.

IV.1.3. El tema de la utilidad en Pareto:

Cuando hemos tocado el tema de la ciencia lógico-experimental en los escritos de Pareto nos hemos ocupado muy brevemente de un punto que llamaba particularmente nuestra atención, habíamos dicho que Pareto tenía como principal objeto de estudio el deslindar radicalmente el ámbito de la ciencia del resto de los tipos de conocimiento que se pueden encontrar, y a partir de esta diferenciación se dividían las teorías que formulan los hombres sobre los fenómenos que los rodean en dos tipos diferentes: las teorías lógico-experimentales y las teorías no lógico-experimentales. Es evidente que las dos proporcionaban a los individuos tipos de conocimiento diferentes que no podían ser medidos con el mismo baremo dado que pertenecían a áreas de conocimiento sin el menor tipo de conexión entre ellas. Se afirmaba, pues, rotundamente que el hombre tenía varios caminos por los que poder explicar el mundo que le rodeaba y que podía escoger cualquiera de ellos para hacerlo; lo que si se rechazaba violentamente era que pudiera haber intromisiones de un campo

en otro que no se le asemeja en nada. Es, pues, desde esta demarcación de las diferentes formas de conocer como van a formularse diferentes modos de evaluar las distintas teorías, es decir diferenciar la verdad de la utilidad.

Gran número de autores habían mantenido que todo conocimiento es positivo para el desarrollo de las sociedades humanas, y que, por lo tanto, la verdad de una proposición implicaba también su utilidad y bondad moral; no podía concebirse que el conocimiento de la verdad pudiese ser nocivo para un individuo ni para una comunidad. Se partía del supuesto de que toda ampliación de los conocimientos humanos implicaba un paso más hacia el fin ideal que todo hombre y toda sociedad debía alcanzar algún día, y hacia el cual estaban destinados todos los esfuerzos humanos. Un buen ejemplo de que tipo de pensadores mantenían estas tesis puede proporcionarnoslo la gran corriente de optimismo y de fe en el progreso que caracterizó la mayor parte de los intelectuales, si es que podemos llamarlos así, de la Ilustración, y también a muchos positivistas y evolucionistas decimonónicos, contra los que arremetieron los teóricos de las élites;

La diferenciación entre utilidad y verdad de Pareto puede ser vista, pues, como un ataque más contra gran parte de la tradición sociológica que le precede, entre cuyos máximos enemigos Pareto distingue a los evolucionistas y a los partidarios del optimismo ilustrado. Cuando Pareto, en su trabajo más importante, el Tratado, nos dice que existen tres formas diferentes de juzgar a una teoría cualquiera nos está dando la clave del problema. En el momento en que un in-

investigador estudia una teoría puede considerar sus aspectos puramente objetivos, lo cual nos dará una idea de si esta teoría se ajusta o no a la realidad experimental, es decir si puede ser considerada como plenamente científica. Según esta consideración nosotros podemos dividir a las teorías en lógico-experimentales, es decir aquellas que poseen la verdad experimental, y no lógico-experimentales, es decir las que son falsas desde el punto de vista empírico. Pero esta no es la única división que nosotros podemos hacer, podríamos, en segundo lugar, ponderar a las teorías desde el punto de vista subjetivo, viendo quien es el que formula esta teoría y quien es el que la acepta. Lo que Pareto nos dice es que no existe una relación entre un criterio de evaluación y otro, podemos muy bien encontrarnos con una teoría totalmente no lógico-experimental que sea aceptada por un número mucho mayor de personas que las que se adhieren a una teoría rigurosamente científica. Además, en tercero y último lugar, encontramos otro criterio que nos es de suma importancia: el de la utilidad de una teoría; a partir de este el investigador puede evaluar el grado de utilidad que posee una teoría, o bien los efectos psicológicos que esta produce, tanto en el individuo que la idea como entre quienes la aceptan. Y en este caso si que no hay correspondencia alguna entre el aspecto objetivo de una teoría y su utilidad.

"Associer l'utilité sociale d'une théorie à sa vérité expérimentale est justement un de ces principia a priori que nous repoussons."(1)

¿Qué significa esta afirmación? Sencillamente que una teoría determinada puede no estar para nada de acuerdo

con los hechos y sin embargo tener una gran utilidad para la sociedad que la acepta; y a la inversa puede darse el caso de que una teoría plenamente lógico-experimental sea completamente nociva para un momento y una sociedad determinada.

"Il faut distinguer l'accord avec les faits d'une doctrine ou d'une théorie et leur importance sociale (...) Une théorie peut ne pas correspondre à des faits objectifs, être entièrement fantaisiste à ce point de vue, et correspondre à des faits subjectifs d'une grande importance pour la société."(2)

¿Qué importancia tiene esta formulación? Realmente va a implicar gravísimas consecuencias, ya que trastorna radicalmente toda una gran corriente de pensamiento anterior que parecía marcar toda la evolución del pensamiento social. En primer lugar Pareto rompe con esta formulación la idea de la igualdad entre progreso material y progreso espiritual que, por ejemplo, aparecía en la obra de Comte. El avance de los conocimientos de los hombres no va a tener un paralelismo con el supuesto progreso o avance material de las sociedades, puesto que puede muy bien darse el caso de que los descubrimientos que se han dado durante toda una época sean particularmente nocivos para el desarrollo de una sociedad. Al mismo tiempo esta separación ayuda a que se vaya destruyendo poco a poco la noción optimista de progreso que había predominado en el siglo anterior al de Pareto, y que constituía una gran parte de la tradición del pensamiento occidental en el terreno de lo social. Pero dejemos este tema que hemos de estudiar con mayor detenimiento en otra parte.

Por otro lado esta diferenciación entre verdad experimental y utilidad social nos sirve muy bien para introducir otro gran tema del pensamiento de Pareto, sobre el que versará el apartado que sigue a este: la importancia del sentimiento y de lo irracional en la vida del hombre. Es evidente que si estamos planteando que existen teorías que son absolutamente desacordes con la realidad, y por lo tanto no tienen ningún elemento, o casi ninguno, de científicidad, pero al mismo tiempo poseen una gran utilidad tanto para los individuos como para la sociedad estamos, de algún modo, subrayando la importancia de los factores no racionales en el pensamiento y la actividad humana, en contra de la acción de una razón pura que conduciría a los hombres a conclusiones plenamente lógicas y concordantes con la realidad experimental. Como habremos de ver más tarde, pero creemos haber apuntado ya algunos indicios de este hecho, Pareto concede una mayor importancia a los factores que derivan de la fuerza del sentimiento que a los puramente lógico-experimentales, como motivadores de la conducta humana; es un modo como otro cualquiera de introducir el elemento no racional, que no es lo mismo que el irracional, en un lugar destacado de las sociedades humanas. Esta opinión va a tener una gran influencia en todo el pensamiento de Pareto que, de este modo, acaba ya por separar definitivamente el camino de la ciencia del de los factores que de algún modo influyen en la conducta de los hombres. Así la motivación fundamental de esta va a ser puramente sentimental. La labor del científico y del político que quiere influir en las actividades de los ciudadanos de un estado o en las de los miembros de una comunidad van a ser totalmente divergentes; se acabó la idea del científ-

fico-político que tan importante papel jugó en muchas utopías y doctrinas a lo largo de la historia de la humanidad.

Seguiremos incidiendo sobre estos aspectos en posteriores momentos de nuestro trabajo, y también consideraremos mucho más detenidamente el estudio de la utilidad por separado, que es, asimismo, un aspecto característico del pensamiento paretiano; aquí solo hemos pretendido no acabar nuestro apartado sobre el lugar de la teoría de la ciencia en el pensamiento de nuestro autor sin plantear este importante aspecto que hemos de tener siempre presente si queremos comprender otros aspectos de su teoría.

IV.2. LA CIENCIA DE LOS HECHOS POLITICOS Y DE LAS
ACCIONES HUMANAS.

Dentro de este capítulo dedicado al estudio del punto de partida de los teóricos de las élites habíamos comenzado por dedicar un apartado a la concepción general de la ciencia de estos autores, y más en particular a ver como iban a plantear el tema de la ciencia social. Habíamos dicho ya, en repetidas ocasiones, que uno de los principales objetivos de estos autores, al menos en lo que respecta al inicio de sus obras, es el intento de crear una verdadera ciencia de la sociedad que explicase toda la realidad política y social que rodea al hombre; por ello nos interesaba ver cuales eran los rasgos característicos de cada una de sus concepciones de la ciencia y como se insertaba la idea de ciencia social dentro de este conjunto general. Una vez estudiado detenidamente este tema podemos seguir adelante acercandonos cada vez más al problema que nos ocupa, el planteamiento elitista y sus diferentes formulaciones; sin embargo todavía no estamos en condiciones de abordar el tema directamente dado que nos faltan por examinar todos los eslabones que unen a esta teoría de la ciencia con su resultado final: la idea de que el dominio de las élites es algo propio de la naturaleza humana y común a todas las sociedades y momentos históricos. Se trata, pues, de estudiar en este nuevo apartado como se van a desarrollar en los escritos de estos autores el concepto de ciencia, cuales van a ser las ideas esenciales que aparecerán en sus argumentos y que sirven, al tiempo, de nexos

de unión, a la vez que son el verdadero fundamento para la formulación total de la teoría de las élites.

Para llevar a cabo esta tarea seguiremos los pasos que nos hemos marcado desde el principio del capítulo, con vistas a presentar una exposición más clara y comprensible, por lo tanto comenzaremos estudiando la aportación de Pareto y pasaremos después a la de Mosca, tratando en ambos casos cronológicamente las diversas aportaciones que se encuentran en sus obras, para considerar también, a la vez, las opiniones y críticas que otros autores han planteado al tema.

IV.2.1. Pareto y los elementos esenciales de la ciencia social:

IV.2.1.1. Las acciones lógicas y no lógicas:

Cuando Pareto acaba de presentarnos todo su discurso acerca de la ciencia lógico-experimental ya nos ha dado pistas suficientes para prever cual iba a ser la continuación de su planteamiento; habíamos visto como el autor había marcado muy claramente los límites de la ciencia y el tipo de planteamiento cognoscitivo a la que esta nos podía conducir, y observábamos también como el autor reservaba un lugar central al sentimiento dentro de las acciones humanas. La obra en la que se desarrollaban todos estos temas es, sin lugar a dudas, el Tratado de Sociología, pero en todos sus

escritos anteriores se dejaba notar perfectamente que ya existía el germen de todo su planteamiento, aunque aún sin desarrollar, es por esta causa por la que esta va a ser la obra en la que hemos de centrarnos principalmente, a pesar de hacer una constante referencia a los otros escritos anteriores.

En realidad en el Tratado puede resumirse una gran parte del asunto en una simple constatación, la prevalencia de las acciones no lógicas en la conducta humana; planteada esta hipótesis va a tratar de verificarse por medio del examen de un material que los sociólogos han solido dejar de lado, las que él denomina teorías lógico-experimentales. Este examen crítico va a ser el que permita más adelante la individualización y la clasificación de los elementos pertenecientes a un mismo sistema social, que darán lugar a la construcción de un sistema de equilibrio social, el momento que simboliza la síntesis. Todo este edificio viene a ser rematado por la constante verificación que proporciona la prueba histórica, es decir el sometimiento de los datos observados y de las teorías ideadas a los acontecimientos de las sociedades pasadas que nos son conocidos. No es, pues, necesario comenzar con el análisis de las acciones no lógicas para poder llegar a comprender más adelante su ligazón con la formulación de una teoría general de la sociedad, lo que propiamente se denomina la teoría de las élites. Por todo lo dicho anteriormente podemos muy bien sumarnos a la opinión de Bobbio acerca de la obra paretiana.

"L'opera di Pareto è, in primo luogo, un trattato delle passioni; ammodernato quanto alla metodologia

e alla nomenclatura;e scritto da un fervido credente nel metodo sperimentale"(1)

De este modo todo el edificio del Tratado,y por lo tanto de su teoría sociológica,va a reposar sobre una base muy estrecha,el tema de la oposición de lo lógico y no lógico.Tengase siempre presente que cuando Pareto habla de algo no lógico debemos entender que ello no es nunca sinónimo de lo ilógico;lo lógico se define en este autor como todo aquel actuar que persigue fines objetivos utilizando los medios más idóneos para ello,que han sido escogidos mediante un detenido razonamiento;cualquier tipo de acción que no cumpla uno de los requisitos implícitos en la definición anterior no puede ser considerada como lógica,pero es evidente que dentro de las que se salen de esta existen muchos casos en los que no se puede hablar de ilogicidad.La afirmación de que la mayor parte de las acciones humanas no se pueden encuadrar dentro de este conjunto,argumento que analizaremos muy detenidamente a continuación,será la base esencial que le permitirá a nuestro autor mantener y justificar sus ideas más características acerca de la incompetencia de las masas,la necesidad de la fuerza y de la astucia en el gobierno y sobre todo su opinión base,la necesidad de un gobierno minoritario en todo tiempo y lugar.Pero para fundamentar,a su vez,la idea del predominio de las acciones no lógicas Pareto ha de mantener,sobre todo,un postulado básico acerca de la naturaleza humana;es evidente que la idea de antropológica paretiana no nos puede presentar a un hombre racional sino más bien a uno cuya naturaleza es tal que la conducta no puede ser motivada siempre por el razonamiento,sino que,por el contrario,está más atraído por los senti-

mientos y los impulsos no racionalizados dando así lugar a que su conducta sea en muy raras ocasiones completamente lógica. A partir de esta afirmación la idea de que los hombres actúan fundamentalmente guiados por el sentimiento y no por el razonamiento se convierte en una idea clave, en una convicción constante que va a guiar todo el estudio de Pareto; esta será la que le pinche y le impulse en todo momento, determinando todo su estudio de las teorías y de los hechos sociales, hasta acabar por edificar el inmenso monumento del Tratado.

Pero no hay que creer que esta es una nueva idea de Pareto que aparece por primera vez en esta obra, sino que, por el contrario existen indicios de su existencia a lo largo del Manual y en los Sistemas Socialistas; lo que ocurre es que va a ser en esta última obra donde Pareto va a dar una forma más sistemática a sus anteriores convicciones convirtiendo esta hipótesis en el eje central sobre el que va a descansar todo su discurso. Realmente es esta convicción la que lo alejará del estudio de la economía al que se había dedicado durante largos años y que le había conseguido su puesto como profesor en la Universidad de Lausanne; Pareto se siente muy estrecho dentro de los límites de una disciplina que solo toma en cuenta un tipo muy particular de acciones humanas, las más puramente lógico-racionales. La economía no puede convertirse, por ello, en ciencia base de una verdadera ciencia de la sociedad puesto que deja fuera de su campo de mira la mayor parte de las acciones humanas, y, por lo tanto, no puede proporcionarnos, en ningún caso, una visión global y completa de los fenómenos sociales. Por es:

ta causa Pareto traslada su interés a una nueva disciplina: la sociología que va a definirse como aquella ciencia que pretende alcanzar el estudio lógico de los elementos no lógicos en la conducta humana. Este peculiar punto de vista conferirá un sesgo claramente psicologista a toda su formulación sociológica; desde el momento en que se define a la sociología como aquella disciplina que se ocupa principalmente de las acciones humanas, y cuando además se afirma que la mayor parte de estas acciones no están motivadas de un modo lógico o racional, se aumenta mucho la importancia de la psicología dentro de las ciencias sociales. Pero al mismo tiempo se marcan claramente la diferencia en el objeto de estudio entre ellas, la sociología está basada sobre la psicología pero no se inmiscuye en los fenómenos puramente psicológicos, es decir que cuando considera una acción determinada no va a buscar los elementos psicológicos de esta, sino que quiere descubrir sus repercusiones sobre la realidad social. Al menos Pareto pretende marcar las diferencias entre ambas, siendo más dudoso el determinar si lo consigue realmente o no, en numerosas ocasiones lo que se le ha reprochado es que se ha basado sobre un psicologismo extremadamente limitado que ha dado lugar a que toda su sociología estuviera impregnada de este, siendo además excesivamente formalista. En todo caso iremos viendo poco a poco la influencia de esta en todo el argumento paretiano relativo al predominio de las ciencias sociales en el actuar humano, que, por otro lado, nunca alcanzará extremos plenamente irracionalistas como en el caso de otros contemporáneos suyos. Pareto jamás pierde la fe en la posibilidad de dar una explicación lógico-racional de los fenómenos sociales ni abandonará su convicción

en la base empírica de la ciencia; la mezcla de elementos tan dispares dará lugar al surgimiento de una teoría sumamente original y novedosa, que, aunque plagada de agudas contradicciones, ha tenido una gran repercusión en el pensamiento sociológico de nuestro siglo.

En el Tratado nuestro autor comienza el capítulo siguiente al metodológico tratando ya de lleno la cuestión de la logicidad de las acciones, utilizando para ello, según él, el método inductivo; es decir procediendo a la descripción, la clasificación y el estudio de las propiedades de los hechos para intentar extraer las uniformidades que puedan ir apareciendo en sus relaciones. Es, pues, por medio de un proceso de observación de este tipo como va a llegar a una primera conclusión que impulsará todo su estudio posterior, la distinción entre el conocimiento y la acción. Cuando antes apuntábamos la interesante teoría paretiana acerca de la diferenciación entre verdad experimental y utilidad apuntábamos como una implicación de dicha afirmación era negar la relación entre el conocimiento y la acción; pueden existir avances muy considerables en los niveles de conocimiento de los hombres que no tengan reflejo alguno en su forma de vida, y es más que sean profundamente nocivos para este. Además, y entramos ya en el postulado central, si el conocimiento científico es esencialmente lógico-racional y por otro lado se niega desde el principio que la acción racional tenga una gran importancia en la conducta de los hombres, estamos afirmando, al fin y al cabo, que los argumentos científicos o racionales tienen poca o ninguna repercusión en el actuar de los individuos. Esto nos lleva a colocar en dos ámbitos total-

mente separados a la acción de la ciencia, quedando esta última totalmente desprovista de todos aquellos factores que podían presentarnosla como guía de la acción o como indicador de aspectos éticos o morales que tendrían que seguir los individuos.

Como decíamos, Pareto inicia el capítulo refiriéndose a la distinción entre dos tipos de acciones, las acciones lógicas que son operaciones lógicamente unidas a su fin tanto en relación a su sujeto como en relación a los demás sujetos que tienen un mayor conocimiento, es decir en este caso el fin objetivo de la acción se corresponde con el subjetivo; por otro lado, sin embargo, tenemos aquellas acciones no lógicas, que son todas las demás en las cuales no existe coincidencia entre el fin objetivo y el subjetivo, pero que no son necesariamente ilógicas.

"Cela dit une fois pour toutes, nous appellerons "actions logiques" les opérations qui sont logiquement unies à leur but non seulement par rapport au sujet qui accomplit ces opérations, mais encore pour ceux qui ont des connaissances plus étendues, c'est à dire les actions ayant subjectivement et objectivement le sens expliqué plus haut. Les autres actions seront dites "non logiques", ce qui ne signifie pas illogiques. Cette classe se divisera en plusieurs genres." (2)

Pareto, así, comienza definiendo a la acción no lógica de un modo totalmente negativo, es decir afirmando que son todas aquellas que no son lógicas; por otro lado va a ser la coincidencia entre la relación objetiva y la subje-

tiva de los medios y de los fines la que va a implicar que la conducta sea determinada por el razonamiento. En este caso nos encontramos ante una definición puramente formal de los factores de la logicidad de una acción; dejando a un lado el hecho de que razón se hace sinónimo de lógica, vemos que sólo se toma en cuenta la forma externa del silogismo para determinar su inclusión en uno u otro grupo, no sopesándose otros factores. T. Parsons se dedica intensamente al estudio del puesto de la acción lógica en el sistema paretiano haciendo algunas observaciones al respecto que nos interesa resaltar:

"El concepto de acción lógica de Pareto se formula en términos de lo que se ha llamado norma "metodológica". La acción es lógica en la medida en que se conforma, en ciertos aspectos específicos, a una norma derivada de la metodología de la ciencia. Lo importante es que este modo de definir el concepto se libra de cualquier compromiso relativo a la naturaleza del "mecanismo" por el que se produce la conformidad con la norma" (3)

Se comprende, pues, tanto por la definición de Pareto, como por la interesante opinión que nos proporciona Parsons, que la acción lógica del sistema paretiano está indisolublemente unida con la peculiar formulación de la teoría de la ciencia de este autor, y por lo tanto es un concepto puramente formal definido a priori, antes de haber entrado en la consideración de los elementos fundamentales de su sistema. El criterio diferenciador entre la acción lógica y la no lógica se reduce, pues, a una mera cuestión de comparación de los resultados de la observación desde el punto de vista

objetivo y subjetivo. En muchas ocasiones toda esta formulación nos recuerda a la teoría de Weber acerca de las acciones lógicas. Sin embargo, aunque Pareto comienza definiendo la acción no lógica de un modo totalmente residual a partir de la definición previa de acción lógica, esta última va a pasar a ser el verdadero concepto secundario dentro de su teoría, ya que tras haber dado una definición muy precisa de la misma la abandona casi por completo. A Pareto lo que le ha interesado es utilizarla pragmáticamente de modo a poder acercarse al estudio, definición y clasificación de algunos elementos de la acción que el análisis de la teoría económica había descuidado, pero en ningún caso nos vamos a encontrar con un verdadero estudio sistemático de las acciones lógicas. Como afirmábamos anteriormente el verdadero objetivo de nuestro autor es el análisis lógico-racional, y por lo tanto científico, de los elementos no lógico-racionales de la acción. Y este va a ser el tema de una parte importantísima, que prácticamente ocupa la mayor parte de su gran obra, el Tratado.

Decíamos antes que Pareto comienza a presentarnos a las acciones no lógicas de un modo totalmente residual, a pesar de que más adelante va a convertirse en uno de los elementos más importantes de su sistema; este hecho va a impulsarle a detenerse mucho más profundamente considerando los diferentes géneros de acciones que aparecen si tenemos en cuenta únicamente dos variables: la logicidad del fin objetivo y la del fin subjetivo. A partir de aquí, y combinando-las, vamos a tener cuatro géneros de acciones; en el caso en que ambos fines sean lógicos la coincidencia entre la re-

lación subjetiva y la objetiva de los medios y de los fines implica que la conducta va a estar determinada por el razonamiento, y por lo tanto por la lógica. Pero nos quedan aún otros cuatro tipos de acciones que hay que estudiar y que son diferentes, a pesar de que todas ellas entran de hecho en el grupo de las acciones no lógicas; entre estas tenemos un primer caso en el cual ni el fin objetivo ni el subjetivo son lógicos, y un tercero en el cual, a pesar de existir un fin lógico objetivo no existe uno subjetivo, para Pareto estos dos casos posibles en los cuales no se descubre un fin lógico subjetivo son rarísimos en las sociedades humanas ya que, como veremos más adelante, una de las características básicas de la naturaleza humana es el hecho de que se tiende siempre a conferir una logicidad a las acciones, a pesar de que esta no existe. Cuando existe un fin lógico objetivo pero no hay un fin lógico subjetivo nos encontramos con un tipo de acciones muy características que se llaman intuitivas y cuyo caso más normal es el que nosotros denominamos hábito; el individuo realiza una determinada acción, que en realidad tiene un por qué que puede ser explicado racionalmente, no porque tenga en cuenta este, sino porque así ha de hacerse en determinadas circunstancias, sin saber realmente los motivos y las consecuencias de su acto. Para nuestro autor este es el tipo más puro de las acciones no lógicas; en este podría suponerse con cierta certeza que el individuo aceptaría el fin objetivo si llegase a conocerlo claramente.

Existe también otro tipo de acción no lógica, radicalmente diferente a la anterior, pero que también posee

su importancia, esta es en realidad casi lo contrario al hábito; aquí no va a existir en ningún caso un fin objetivo, pero si encontramos siempre algún tipo de fin subjetivo. Se trata de todas aquellas acciones mágicas y rituales que para el actor que las lleva a cabo tienen realmente un sentido muy claro y objetivos concretos, pero que en realidad no le van a llevar a nada ya que no poseen ningún fin objetivo que pueda ser descubierto. Aquí podríamos pensar que hemos acabado con la clasificación de las acciones no lógicas, al haber cubierto todas las combinaciones posibles con las dos variables que presentamos al comienzo, sin embargo Pareto añade una nueva particularmente interesante para nosotros. Se trata, curiosamente, de unas acciones no lógicas en las cuales existe un fin, tanto objetivamente como subjetivamente, pero a pesar de ello no pueden ser consideradas como lógicas. En este grupo entrarían la mayor parte de las acciones procedentes de la tradición, o de la supuesta misión que se atribuyen a si mismos un grupo o un individuo determinados; asimismo es aquí donde encontraríamos todas las reglas generales que los hombres se dan a si mismos, es decir la moral, la costumbre, el derecho etc..

Los cuatro tipos de acciones no lógicas serían los siguientes, según el esquema que presenta el autor:

¿Tienen un fin lógico?		
<u>Géneros</u>	<u>---Objetiv.</u>	<u>---Subjetiv.</u>
1º	NO	NO
2º	NO	SI
3º	SI	NO
4º	SI	SI

Una vez definidas, mejor dicho clasificadas dado que nunca encontramos una verdadera definición, las acciones no lógicas Pareto recurre a una diferenciación entre los dos tipos que ya no va a venir marcada por las consecuencias de su método científico, sino que se asienta sobre bases totalmente distintas. Las acciones lógicas, ahora, son aquellas que son el resultado de un razonamiento, mientras que las no lógicas resultan de un determinado estado psíquico. Encontramos, pues, de nuevo aquí un punto de contacto importante entre la sociología y la psicología, desde el momento en que se sitúa la base de la mayor parte de las acciones humanas en los impulsos y sentimientos ocultos tras el estado psíquico del individuo; en cierto modo el autor contrapone la psicología a la idea de razón, englobándose en la primera todos aquellos componentes del ser humano que no tienen nada que ver con la capacidad de raciocinio, sino que están intimamente ligados a lo instintivo, lo no pensado. Pero a pesar de que Pareto sitúa, de este modo, a la psicología en la base de cualquier disciplina que trate de lo humano. al mismo tiempo, y como dijimos antes, diferencia tajantemente el estudio de una y otra, tanto en lo que se refiere a su objeto como a su método, aún reconociendo ciertos puntos comunes.

"Les actions logiques sont, au moins dans leur partie principale, le resultat d'un raisonnement, les actions non logiques proviennent principalement d'un certain état psychique: sentiments, subconscience etc..., c'est à la psychologie de s'occuper de cet état psychique. Dans notre étude, nous partons de cet état de fait, sans vouloir remonter plus haut." (4)

Se admite, pues, que el objeto de estudio de la sociología esté directamente determinado por el estado psico-

lógico de los hombres, es decir por sus instintos, impulsos y sentimientos, pero al mismo tiempo se afirma categóricamente que el sociólogo no debe entrar en la consideración de esos estados sino tomarlos como algo dado, y observar únicamente la inferencia de las acciones impulsadas por estos en la realidad social.

Tras haber estudiado y delimitado claramente los campos que corresponden a ambos tipos de acción nuestro autor va a pasar a centrarse directamente en la consideración de las acciones no lógicas, abandonando el otro tipo, que al comienzo parecía tener una mayor importancia. En realidad parece que lo único que ha pretendido es justificar por qué los actos de los hombres pueden tener cabida en una ciencia de la sociedad, y cual es su lugar dentro de esta; para ello se ha servido de la acción generada por el razonamiento, y tras conseguir su objetivo la abandona por completo, puesto que la incidencia que va a tener en los fenómenos sociales será mínima. El centro de estudio se desplaza al campo de las acciones no lógicas, y a sus elementos más singulares, estudio que ocupa casi la mitad del Tratado.

Hemos de darnos bien cuenta de lo que nos está planteando el autor con todo este cúmulo de clasificaciones y de definiciones, tan al gusto de este y tan reveladoras de toda su formación científico-técnica; lo que está afirmando sencillamente es que existe un gran abismo entre el ámbito de la ciencia, y por lo tanto del razonamiento lógico racional, y el campo en el que se llevan a cabo las

acciones humanas, en donde predominan los elementos sentimentales e instintivos. El campo de lo político se diferencia, por lo tanto radicalmente del ámbito en el que se mueve el investigador, cuya tarea, como hemos dicho anteriormente, consiste en tratar de explicar racionalmente todos los elementos no lógico racionales que priman en la vida social. De esta manera se explica la teoría a la que ya hicimos referencia de la diferencia entre verdad experimental y utilidad social. Si en embargo cuando nosotros nos enfrentamos a la vida de todos los días no encontramos rasgos de esta suprema ilogicidad, o mejor dicho no logicidad, que nos presenta Pareto. ¿Cómo puede este, entonces, justificar que existe tal cantidad de no racionalidad en el actuar humano? Hay que tener en cuenta, sobre todo, la definición de la conducta lógico-racional y no pretender aplicar otras definiciones a este tema, tomando en cuenta, además, un nuevo factor que Pareto introduce para resolver este dilema. Es evidente, al menos para el autor, que ningún hombre podría aceptar el hecho de que su vida está guiada por argumentos y reglas absolutamente no lógicas y azarosas basadas en los instintos, por lo tanto todo individuo trata de dar una apariencia de lógica, una justificación racional a estas acciones suyas. Este es un elemento constante en la naturaleza humana que da origen, además, a la aparición de una ingente cantidad de este tipo de teorías legitimadoras y racionalizadoras de algo que no es tal. La existencia de este cúmulo de teorías es lo que ha cegado a un gran número de pensadores que no han sabido, o no han querido levantar el velo para ver lo que había detrás de ellas; este elemento oculto es lo que, en realidad, ha de ser el objeto de estudio para la ciencia so-

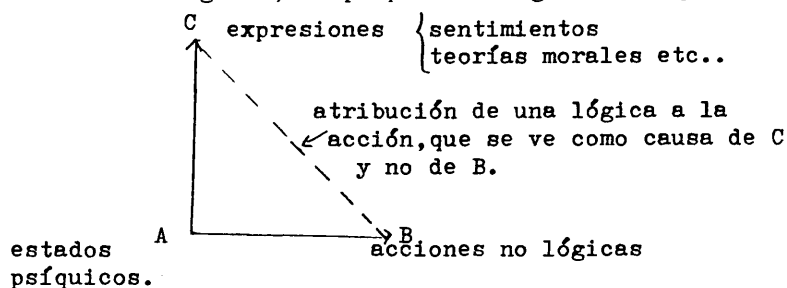
cial. Pareto critica, de este modo, a sus predecesores en la historia de las ideas políticas y sociales, que se habían limitado a tomar las legitimaciones racionalizadoras de la conducta humana como verdaderas motivaciones de esta no queriendo, o no pudiendo descubrir que se trataba de formas de ocultar el predominio de los factores no racionales en la vida del hombre. Muy pocos han sido los pensadores, nos dirá, que han descubierto, o al menos intuido, el papel de lo no racional en la vida social, pero aún han sido menos los que se han atrevido a predicarlo, no escondiéndose tras estas legitimaciones falsificadoras. La evolución del pensamiento hasta fines del siglo XIX, dirá nuestro autor, ha de ser rota por completo, y es necesario iniciar un nuevo camino ya que se trata de un edificio construido sobre falsos cimientos cuyo fin es ocultar la verdadera realidad del ser humano.

Pero en realidad aquí no acaban las implicaciones de este planteamiento paretiano, que aún va a seguir llevando sus postulados mucho más lejos; la separación entre los elementos lógico-racionales y los sentimientos en la vida individual y social del individuo, supone la negación de la posibilidad de introducir factores racionalizadores en la vida política y social de una comunidad, y por lo tanto acaba con la fe en el progreso de las sociedades humanas. Son todos estos temas que queremos estudiar con mayor detenimiento, pero al mismo tiempo queremos señalar aquí algunas de sus principales consecuencias, entre las cuales podemos destacar que se descarta toda idea de un posible gobierno de la sociedad por parte de aquellos que poseen más altos conocimientos, dado que no se puede influir sobre las acciones humanas

más que por el sentimiento y no por la razón. Esta afirmación separa en un principio los caminos de la ciencia y del desarrollo social, veremos más adelante y con más calma todas sus graves implicaciones.

Pareto, para explicar todo su sistema, parte de la existencia de un cierto estado psíquico que da origen a la aparición de acciones no lógicas. Al mismo tiempo este mismo estado psíquico determina la construcción de determinadas expresiones de sentimientos, de teorías morales etc.; estas expresiones van a ser las que atribuyan una supuesta lógica a la acción, que se ve, entonces, como resultado de estas y no como determinada por las acciones no lógicas. En todo este esquema, que muy bien se puede determinar, mejor dicho representar en la forma de un triángulo, como nos lo muestra Pareto, existe una constante tensión entre el deseo de realizar las acciones y las expresiones morales que aprueban o castigan su ejecución; todo ello da lugar a diferentes resultados según el valor de las fuerzas que concurren en el proceso.

Pareto, para explicarnos mejor el funcionamiento de las acciones no lógicas, nos propone el siguiente esquema:



Queda, pues, muy claro que los hombres actúan movidos, no por razonamientos, sino por sentimientos; piense el lector en las consecuencias que dicha afirmación va a tener sobre la teoría política. Por poner sólo un ejemplo puede inferirse de este que la determinación no lógico-experimental de los fines introduce una libertad de la sociedad en relación al medio natural, en todo caso la influencia de esta únicamente estará inscrita en los sentimientos o instintos, pero en ningún caso va a contar en la constante toma de decisiones de los hombres sobre los más variados asuntos. Por todo ello habrá que comprender el funcionamiento de la sociedad sólo en base a los sentimientos y a sus manifestaciones más importantes, que nosotros tomaremos en cuenta más adelante. Por otro lado, y como creemos haber señalado con anterioridad, esto mismo lleva a plantear dos temas esenciales para la ciencia social: en primer lugar el estudio de los hechos reales despojados de su velo legitimador, y en segundo lugar la toma en consideración de las teorías que justifican estas acciones, no desde el punto de vista de la objetividad, ya que ello es imposible, sino sopesando su utilidad social.

Para demostrarnos la importancia de estas teorías que pretenden atribuir una lógica a lo que no lo tiene, Pareto, en una actitud que le es muy característica, nos abruma con ejemplos y datos históricos referentes a la enorme cantidad y relevancia de las explicaciones mágicas y las basadas en la superstición que existen en la historia griega y en la romana. En todos estos ejemplos se pone de manifiesto la enorme erudición de Pareto en lo que a temas históricos

se refiere, que parece no detenerse en ninguna época y en ningún tema. Se trata, más que de razonamientos históricos o explicaciones, de una acumulación, en muchos casos excesiva, de relatos, hechos y anécdotas tomados de las más diversas fuentes y en muchos casos poco fiables, según afirman algunos eruditos. La lectura del Tratado se hace, pues, penosa en muchas ocasiones, puesto que el lector se encuentra con páginas y páginas de relatos históricos que le apartan del tema central y a veces le hacen perder su línea conductora; al mismo tiempo es indudable que algunas de las anécdotas que relata Pareto son muy curiosas y proporcionan un momento de distracción al esforzado lector de tan voluminosa obra. Los ejemplos, además, no se reducen a la Edad Antigua, aunque quizá sean estos los más numerosos, sino que abarcan todas las épocas históricas, incidiendo especialmente en nuestro propio tiempo y fijándose, en este caso, en la importancia de la opinión pública, como principal fuente que translada los prejuicios y las creencias generalizadas al nivel de la ley y el derecho.

Pero no vayamos a creer por esto que Pareto pierde su hilo conductor, en ningún momento vamos a encontrarnos una sola contradicción en su discurso debida a estas divagaciones, por lo que su línea expositiva es llevada de un modo sistemático, exponiendo un tema, descomponiéndolo en sus elementos principales, estableciendo múltiples clasificaciones, y encontrando las relaciones entre ellos. El procedimiento se continúa mediante la presentación de hechos que confirmen el fenómeno analizado, para finalmente reconstruir el objeto de estudio y presentarnoslo de nuevo globalmente y

completamente explicado. En este aspecto no se puede decir que nuestro autor no haya cumplido con lo que prometía en la primera parte de su obra, al tratar del método científico con el que iba a desarrollar todo su análisis.

Habiendo presentado la diferencia entre acciones lógicas y no lógicas, dándonos después una clasificación de estas y presentándonos el fenómeno de la atribución de un carácter lógico a lo que no lo tiene, y finalmente reforzando toda esta construcción mediante numerosos ejemplos históricos, el autor ha de entrar ahora en el estudio del modo en que las acciones no lógicas toman una forma lógica, es decir ha de descomponer el fenómeno que antes nos ha presentado en todos sus elementos. A partir de un nudo no lógico compuesto por la unión de determinados actos y palabras se pasa a la aparición de unas ramificaciones de interpretaciones lógicas que adoptan en cada momento las formas más usuales del periodo histórico en el que se producen; estas van a reforzar, a su vez, la creencia en esas acciones no lógicas o harán nacer otras del mismo tipo. De este modo, una vez legitimadas por un argumento que les confiere un cierto grado de logicidad este tipo de creencias se arraiga mucho más en las sociedades, siendo grande su supremacía y difícil su substitución. Sobre todo lo que no se va a dar practicamente nunca es el cambio de una noción de este tipo por un argumento plenamente racional, puesto que este no atraerá la atención de las grandes masas que constituyen la población.

De esta manera Pareto va a poder dar el salto que le lleve del estudio de las acciones no lógicas al de la

sociedad y sus manifestaciones; el estudio de las acciones no lógicas, mejor dicho el de sus manifestaciones más importantes, va a ser el elemento que nos permita conocer la composición y las características de los elementos de la sociedad. Pareto dice ya en este capítulo que el estudio de este tipo de acciones no es sino la reflexión más acertada acerca del carácter de las élites de una comunidad determinada, el estudio de su estado psíquico en cada momento. Cuando logremos conocer, a través del análisis anteriormente mencionado, las características psicológicas de esta élite conoceremos al mismo tiempo el estado de la sociedad puesto que, en todos los casos, la masa no es más que el reflejo de dicho estado, hasta el momento en que algo le haga rechazarlo. Pareto nos muestra así, al final del capítulo II, como va a lograr unir su teoría acerca de las acciones carentes de fundamento racional con una particular concepción de la sociedad; se apunta ya la definitiva teoría de las élites, a pesar de que sólo se aprecian algunos indicios, dado que el autor no puede permitirse la libertad de saltarse el método inductivo que se ha propuesto seguir paso a paso.

Recojamos, pues, en palabras del propio Pareto sus ideas acerca del tema:

"De l'étude précédente, on déduit clairement les caractères suivants (§514):

1º. Il existe un noyau non logique formé simplement par l'union de certains actes, de certaines paroles, qui ont des effets déterminés(...)

2º. De ces noyaux partent des nombreuses tamifications d'interprétations logiques (....)

3º. Les interpretations logiques assument les formes les plus en usage aux temps ou elles se produisent (...)

4º.(...)L'action purement non logique ne s'est pas transformée en une action à forma logique;elle subsiste en même tempos que les autres actiones qui en dérivent (...)

5º.Certainement à la longue,le degré d'instruction des hommes en général influe sur le phénomène;mais il n'y a pas de relation constante (...)

6º.(...)C'est au contraire ces actions non logiques qui ont napsé les artifices logiques,pour leur explication.Ce qui n'empêche pas qu'à leur tour ces artifices aient pu renforcer la croyance dans les actions non-logiques,et même la faire naître là ou elle n'existait pas."(5)

Realmente a partir de estas afirmaciones tan rotundas,que resumen muy claramente toda la explicación que nos venimos planteando sobre el tema,el problema central que se va a plantear . Pareto,o al menos uno de los mayores,va a ser resolver la cuestión del grado de inteligibilidad que puede alcanzar una ciencia de las conductas humanas,que el lleva bajo las normas de la racionalidad y de la lógica propias a toda disciplina científica,y que,al mismo tiempo, reconoce que su objeto de estudio ni es lógico ni racional. Este es el dilema entre la necesidad de construir una verdadera ciencia de la sociedad y el reconocimiento de la preponderancia de lo no racional en la conducta humana;será él el que marca a toda la generacion a la que pertenece nuestro autor,y será este mismo problema el que estará en

la base de otras grandes construcciones teóricas de los padres de la sociología contemporánea: E. Durkheim y M. Weber. De todos modos, y para acabar este apartado, nos vamos a permitir hacer ciertas consideraciones acerca del punto de vista paretiano. En primer lugar sorprende, y a la vez interesa, el hecho de que se encuentre situado a caballo entre dos disciplinas sociales, la psicología y la sociología, sin decidirse, por el momento, a adoptar plenamente ninguna de las dos. Ni se dedica a estudiar profundamente los fundamentos psicológicos de la conducta humana, ni deja a estos en un segundo plano no ocupándose más que de los fenómenos puramente sociales; este titubear dará lugar a que se note en todo su discurso sociológico un alto grado de formalismo que nunca llega a superar. Este mismo hecho se hace notar en lo que se refiere a una consideración puramente externa de la conducta no lógica, lo cual, según Hughes (6), le hará caer en una forma de behaviorismo particularmente estéril. Realmente Pareto deambula un poco entre las ciencias sociales, hecho que, sin duda, está determinado por su convicción de que la sociología es fundamentalmente una ciencia globalizante y generalizadora; basado en su firme creencia en la unidad del método de la ciencia y en un sistemático seguimiento de las normas del método científico su gran erudición le empuja a picotear constantemente en los más diversos campos y disciplinas, con vistas a recoger datos para probar sus hipótesis. Es esta gran diversificación, que a veces le hace perder profundidad a su análisis, la que lleva a Aron, gran estudioso de la obra de Pareto, a afirmar:

"La méthode de Pareto n'est ni proprement psychologique ni spécifiquement historique, elle est géné-

ralisatrice."(7)

Queda, pues, planteados estos interrogantes y dudas que auizá vayan perfilandose y solucionandose a medida que vayamos penetrando más y más en el pensamiento de nuestro autor.

IV.2.1.2. Los residuos:

Si siguiéramos el mismo orden que Pareto en el Tratado no tendríamos que tocar ahora este punto, sino que deberíamos de analizar la aparición de las manifestaciones de las acciones no lógicas a lo largo de la historia, es decir las teorías no lógico-experimentales, y tendríamos que presentar las primeras nociones que nos presenta sobre el tema del equilibrio de la sociedad y la forma de esta. Sin embargo, por razones expositivas, para lograr una mayor claridad y la máxima precisión, hemos preferido pasar directamente al tema de los residuos y las derivaciones y dejar las precisiones que antes comentábamos para introducir el tema central de nuestro análisis, la teoría de las élites de V. Pareto. No hay que pensar, sin embargo, que el hilo del discurso vaya a quedar roto, por el contrario a partir de las ideas acerca de las acciones no lógicas se puede pasar perfectamente a considerar el tema de los residuos.

Antes de comenzar exponiendo los principales puntos que, a nuestro juicio, definen este tema, queremos hacer algunas precisiones importantes para comprender bien todas las ideas que vamos a ver. En primer lugar hemos de advertir al

lector que junto a la formulación del tema elitista la teoría de los residuos y las derivaciones es uno de los aspectos que han caracterizado más el pensamiento de nuestro autor y que le han dado la fama de la que goza; son innumerables, pues, las reflexiones de los grandes eruditos que se han ido publicando acerca de este tema. A la vez que punto cumbre del razonamiento acerca del predominio de los factores no lógicos en la conducta humana, el tema de los residuos supone el inicio del planteamiento paretiano acerca de la sociedad, y más particularmente aquí van a encontrarse las primeras ideas básicas del argumento elitista. No es, por lo tanto, por mero afán de erudición o de engrosar el número de páginas de que consta nuestra investigación por lo que tocamos este tema, sino porque sin entender bien el sentido de la teoría de los residuos dentro del pensamiento paretiano, así como el de las derivaciones, no nos es posible adentrarnos en el centro de nuestro trabajo. Siguiendo el ejemplo de Pareto pretendemos reflejar en nuestra redacción el hilo conductor que ha guiado nuestro estudio, para hacer comprender bien al lector tanto el sentido como el objeto de esta. Por último debemos de recordar, una vez más, que Pareto es un hombre que pretende construir un vocabulario propio en el cual la utilización de los conceptos no pueda dar nunca lugar a equívocos, por esta causa introduce palabras como "residuo" o "derivación", que, en ningún caso, han de ser entendidas según su significado corriente en castellano, sino que el lector ha de hacer un esfuerzo por atenerse simplemente a la definición que nos proporciona Pareto, sino nos será imposible comprender el sentido de todo su discurso.

Pareto, que proclama constantemente que su método de análisis es el inductivo, va a llegar aplicándolo cuidadosamente, a partir del estudio de las conductas humanas a las expresiones de los sentimientos, los residuos, y las justificaciones pseudoracionales de estos, las derivaciones. De este modo se vuelve a repetir aquel esquema en forma de triángulo que presentábamos en nuestro apartado anterior; a partir de un estado psíquico determinado se manifiestan externamente ciertos sentimientos, y al mismo tiempo aparecen unas justificaciones que pretenden conferir el status de racionalidad a los fenómenos que carecen de ellas. Por ahora nos limitaremos a la consideración del primero de estos hechos: la expresión de los sentimientos, lo que Pareto denomina residuos. Como muy bien nos dice T. Parsons, a cuyo comentario sobre la obra de este autor nos hemos referido en numerosas ocasiones, el concepto de residuo es una categoría de análisis operativamente definida, es el resultado al que se llega siguiendo un determinado procedimiento, y tras haber ido recogiendo toda una serie de datos que son un cuerpo de teorías asociadas a la acción; es decir a partir de la división de las acciones humanas en lógicas y no lógicas según el criterio lógico-experimental que antes tomábamos en consideración, Pareto va a rechazar las acciones que se ajustan a este criterio y, teniendo las otras clasificadas y analizadas, va a descomponerlas en dos elementos: el constante y el variable. Los residuos corresponden al primero de ellos.

Es decir, el camino seguido por Pareto, verdaderamente ejemplar como rigurosidad metodológica dentro de las ciencias sociales, y que él mismo expone antes de entrar de lleno

en el tema de los residuos en el &850, es el siguiente: hemos de partir de la existencia de determinados instintos en el hombre que, según las observaciones que se han hecho parecen ser elementos casi constantes, y por lo tanto podríamos decir que "innatos" de la propia naturaleza humana. A partir de aquí, y por medio del método deductivo, el investigador ha de considerar el trabajo realizado por el espíritu humano para dar cuenta del fenómeno anterior, estos razonamientos serán siempre mucho más variables que los instintos humanos y reflejarán, en todo caso, el trabajo de la fantasía de los individuos; de todos modos podemos encontrar una amplia gama de ellos que va desde el razonamiento más puramente lógico hasta el puro instinto y la fantasía. Son, pues, dos temas radicalmente diferentes de estudio los que aquí han de tomarse en cuenta a partir de la consideración de las acciones no lógicas; en este apartado estudiaremos únicamente el primero de ellos: el elemento constante, la expresión de los sentimientos: el residuo.

Si observamos detenidamente los instintos humanos que dan lugar a la aparición de acciones no lógicas, veremos que dentro de ellos podemos encontrar toda una gama de motivaciones para la acción, entre las cuales podemos destacar los apetitos, los intereses etc.. Son todos estos elementos los que, más adelante, tendrán una gran influencia en la organización social, aunque veremos que existe una mutua determinación en la que la organización social influye sobre los tipos de instintos que parecen, y a la inversa, reforzándose mutuamente ambos elementos. Entramos, así, de lleno en la consideración de los residuos que corresponden a determinados

sentimientos de los hombres, pero hay que diferenciar de los principios científicos que tienen alguna semejanza con ellos. Hemos de hacer, pues, dos precisiones, la primera es que la indeterminación de los residuos es la causa de que no puedan dar lugar a premisas de razonamientos científicos y por lo tanto se diferencien de las proposiciones plenamente científicas; la segunda precisión, sobre la que Pareto insiste mucho, vamos a conocerla por boca del propio autor:

"Il faut bien prendre garde de ne pas confondre les residus (a) avec les sentiments, ni avec les instincts auxquels ils correspondent (&1689 et sv.) Les residus (a) sont la manifestation de ces sentiments et de ces instincts, comme l'élévation du mercure, dans le tube d'un thermomètre, est la manifestation d'un accroissement de température" (1)

Por lo tanto los residuos no son iguales ni a los sentimientos ni a los instintos, sino que son la manifestación de estos, lo que nosotros podemos observar en la realidad. De esta manera Pareto vuelve a marcar la diferencia entre el estudio psicológico y el sociológico; mientras que a la primera disciplina le interesaría estudiar tanto los instintos como los sentimientos, a la sociología no le toca ocuparse en ningún momento de ellos tomando como punto de partida para su estudio únicamente los que pueden ser considerados como fenómenos sociales, es decir las manifestaciones de unas fuerzas que permanecen ocultas, no interesándole al científico más que conocer su existencia. Los residuos se toman, así, como el origen de todas las acciones humanas, las motivaciones que impulsan a los hombres a actuar de un modo determinado. Si además, y esto es muy importante, presuponemos que

los instintos de los hombres son basicamente inalterables, esto nos conduce a afirmar que las motivaciones para la acción son siempre las mismas, aunque consideremos épocas y sociedades diferentes. Los residuos van a ser, pues, en la teoría de Pareto, aquellos elementos constantes que nos permiten extraer regularidades y a partir de aquí, formular leyes científicas. Para Pareto la búsqueda del origen de los acontecimientos sociales es y ha sido, en último término, la búsqueda de los residuos, es decir de los elementos practicamente inalterables dentro de la multiplicidad de lo social y de lo humano.

El estudio de los residuos en Pareto es terriblemente complejo y está lleno de precisiones que por el momento no hemos de tocar; recordemos que no estamos dedicados ni a un estudio exhaustivo de la obra de este autor ni a una investigación acerca de los residuos, estos unicamente nos interesan en cuanto que van a intervenir, ocupando un puesto muy importante, en el análisis de las élites. No entramos, pues, más que en aquellos aspectos que nos vayan a ser útiles para nuestras siguientes exposiciones.

El punto central que hay que tener siempre en cuenta es que el residuo constituye el factor constante de la conducta humana, proporcionandonos el hilo conductor que nos permite separar lo variable de lo permanente en la evolución de las sociedades humanas. Al mismo tiempo el presuponer que existen ciertas motivaciones permanentes para la acción dará lugar a que aumente mucho la importancia de los elementos estáticos frente a los dinámicos en la acción social. El gran

problema que se le planteará a Pareto es el del conocimiento de estos residuos que nunca aparecen ante los ojos del investigador como tales sino recubiertos bajo la forma de derivaciones o de "derivadas", como las llama el autor; por lo tanto la labor de este ha de remontarse siempre desde estas últimas hasta tratar de descubrir el residuo que se esconde tras ellas.⁴ La búsqueda cronológica de cuando aparece el residuo es una tarea sumamente compleja que no siempre proporciona buenos resultados. Por ello la dificultad de explicación histórica de los fenómenos sociales le conduce a plantear una de las ideas que se irá repitiendo a lo largo de todo su análisis: la de que el pasado ha de ser explicado por el presente, ya que es en este donde podemos extraer los elementos necesarios para nuestro conocimiento; el camino inverso sólo puede ser seguido cuando tenemos bastantes datos sobre el tema que hemos de investigar. Por ello se deja a un lado la importancia del conocimiento de los orígenes, puesto que no es demasiado útil en la búsqueda de las condiciones del equilibrio social.

Una vez definida la naturaleza del fenómeno en estudio, nuestro pensador sigue la misma línea de investigación que le es característica; es decir pasa al tema de la clasificación completa de los residuos. Con la obsesión de hacer constantes clasificaciones en tipos generales y subgéneros Pareto nos presenta una complejísima jerarquía de los diferentes tipos de residuos; remitimos al lector a la clasificación completa que se encuentra entre las páginas 466 y 468 del Tratado, y comentaremos aquí solamente las clases más generales. Pareto divide a los residuos en seis cla-

ses, ya clásicas, dentro de las cuales va a diferenciar varios tipos; sólo nos interesa tratar las clases en general, observando cuales son las manifestaciones de los sentimientos que para él tienen una mayor importancia y que, al tiempo, resumen las características psicológicas y las motivaciones principales para la acción de los individuos,

1. El primer residuo que distingue el autor es el llamado instinto de combinaciones. ¿Qué significa este término? Pues simplemente que en todos los individuos encontramos una propensión a llevar a cabo combinaciones entre diferentes elementos, buscándose siempre las mejores combinaciones y creyendo firmemente que estas tienen una eficacia que garantiza al individuo ciertos beneficios. Se trata de la tendencia que tienen todos los individuos, en mayor o menor medida, a ir tras lo novedoso, a cambiar el orden en el cual aparecen combinados los elementos para formar nuevos conjuntos con ellos que posean una mayor eficacia y utilidad para las sociedades humanas y para las personas particulares. En todo caso este primer residuo supone la aparición del factor innovador en las comunidades, puesto que tiende a cambiar las situaciones de hechos, presentándose en forma pasiva cuando los hombres sufren las combinaciones, o en su forma activa cuando se mira desde la perspectiva del individuo que intenta hacerlas nacer y la interpreta.

2. En segundo lugar aparece otro residuo fundamental que, con el primero, va a ocupar un lugar preferente en el análisis paretiano: la persistencia de los agregados. Si el primero suponía todo lo innovador que puede existir en una

comunidad, este, por el contrario resume toda la propensión de los hombres a mantener el statu quo y a no variar las situaciones de hecho. Es, pues, todo lo que supone lo estático dentro de la sociedad, comparandose en el Tratado con la inercia mecánica. Dentro de esta segunda clase de residuos van a incluirse las relaciones de la familia y la colectividad, por ejemplo los lazos de sangre, el apego que tienen los individuos a los lugares, la tradición histórica etc., es decir todos aquellos elementos que contribuyen a mantener a las colectividades sin profundas y constantes modificaciones.

3. La tercera clase de residuos, según nuestro autor, es aquella que engloba la manifestación de un sentimiento, es decir aquel impulso, o sentimiento, que nos empuja a hacer públicos nuestros sentimientos en determinados actos externos. Se observa que en todos los tiempos y lugares los sentimientos más potentes se ven acompañados por determinadas acciones externas, que a veces no tienen una relación directa con ellos, pero que tratan de mostrar a los demás que un sujeto cualquiera los está sintiendo. Dentro de esta clase el más claro ejemplo que se puede encontrar es el de la exaltación religiosa.

4. Los residuos relacionados con la sociabilidad son los que se encuentran en la cuarta clase, ocupando un lugar fundamental entre todos los diferentes tipos que se mentan en dicha clasificación, y van a ser todas las expresiones de los sentimientos en estrecha relación con la vida social y con la disciplina que se considera intimamente ligada con

la sociedad. Al presentarnos esta cuarta clase Pareto acepta el axioma aristotélico de que el hombre es, por naturaleza sociable, siendo rarísimo y casi antinatural el encontrarse a individuos no reunidos en sociedad, sino aislados por completo. En su amplia clasificación de las subclases de este residuo el autor expone cuatro puntos que basan esta idea de sociabilidad, en primer lugar la necesidad de uniformidad que se manifiesta en todos los seres vivientes, incluso en los animales, y que se traduce en los procesos de imitación claramente presentes en todas las comunidades y sociedades. En segundo lugar se tocan aquí todos los temas relacionados con la piedad y la crueldad entre los hombres, tema con el que está intimamente ligado la tendencia de los seres humanos al sacrificio, importante fundamento de la vida social. La "bienvieillance" recíproca entre los individuos, la tendencia a exponerse uno mismo a un mal para lograr conseguir un bien para el otro es una de las bases sobre las que se funda toda comunidad social. En último lugar los sentimientos de la sociabilidad, entre los hombres se demuestran en los sentimientos de jerarquía, también comunes a animales y a hombres, y que son un elemento permanente aún en aquellos grupos que proclaman la igualdad entre los individuos.

5. La quinta clase de residuos, en los que se fija Pareto, va a llamarse la integridad del individuo y de sus dependencias, y para él es el complemento de los residuos de la sociabilidad. En esta están agrupados todos aquellos sentimientos que impulsan al individuo a efectuar actos que restablezcan la integridad del individuo tras una causa cualquiera que le haya afectado, Operaciones muy caracterís-

ticas que nos muestran este hecho que aparece en todas las comunidades son, por ejemplo, los ritos de purificación en la sociedad de tipo antiguo, o la venganza y el duelo.

6. La última clase de residuos, en los que Pareto va a insistir mucho, son los residuos sexuales; curiosamente estos son los únicos en los que el autor no distingue ningún subgrupo. En definitiva lo que plantea es que no existe ningún poder moral o físico que sea lo suficientemente fuerte para poder dominar la verdadera vida sexual, que es esencialmente la misma a través de los siglos. El residuo sexual se encontrará en casi todos los actos humanos, y dará lugar a la aparición de numerosos fenómenos de tabús y de diferentes residuos, a lo largo de la historia de la humanidad; en determinados casos ha llegado casi a convertirse en una religión.

De este modo acaba Pareto con su clasificación de los residuos, tras haberle dedicado bastantes páginas al análisis de los diferentes subgrupos que se distinguen en ellos. Para una mejor comprensión del tema podríamos presentar el siguiente esquema:

Clases de residuos:

- I. Instinto de combinaciones.
- II. Persistencia de los agregados.
- III. Necesidad de manifestar los sentimientos por medio de actos externos.
- IV. Residuos en relación con la sociabilidad.
- V. Integridad del individuo y de sus dependencias.
- VI. Residuo sexual.

Nos es muy difícil determinar cual es el principio sobre el que se hace esta distribución en seis grupos principales y varios subgrupos; en realidad Pareto nunca explica cual es la causa que le lleva a decidir esta ordenación y cómo se llega a la conclusión de que con estos seis residuos se va a poder explicar todo sentimiento manifestado en las acciones humanas, y por lo tanto se podrá clasificar estas acciones en sus elementos constantes y variables. Quizá sea la esencia misma de la acción no lógica, que como veíamos tampoco quedaba claramente definida, la causa principal de esta indeterminación. De todos modos nos cuesta creer que, únicamente con estas seis clases, puedan resumirse las características de las acciones humanas, reduciendo así la enorme diversidad de la conducta humana a unas pocas pautas que expresan los elementos constantes. En realidad a lo largo de estos tipos de residuos parece haber dos principios generales de clasificación: el contraste entre el individualismo y lo colectivo, y la oposición entre tendencia progresistas o conservadoras. Se trata de encajar toda la multiplicidad de lo social en unos moldes que el autor pretende haber extraído de la realidad, que constituyen la base fundamental para poder formular uniformidades que puedan llegar a elevar a la sociología a la categoría de una disciplina plenamente científica. En todos los casos, además, salvo quizá cuando se refiere al grupo de los residuos sexuales, Pareto se fija principalmente en los aspectos de la actividad humana, y son estos mismos los que pretende atribuir a manifestaciones de unos sentimientos constantes. Es evidente que, de este modo, y al contar con una serie de elementos perfectamente definidos según las propias normas que él mismo ha marcado,

se encuentra en una situación idónea para ir aplicandolos a todos los fenómenos de la realidad que se le presente, y colocarlos en pequeños compartimentos que él mismo ha definido, logrando construir, al final del proceso, una realidad perfectamente ordenada y por lo tanto comprensible. Sólo le falta definir alguna de las características de los residuos para adentrarse de lleno en la labor que le preocupa realmente: la formulación de los principios generales que han de guiar el equilibrio social.

Nos encontramos, pues, en el momento en que Pareto comienza a dar forma a sus sistema conceptual, con el cual, al final del Tratado, penetrará de lleno en el estudio de los fenómenos sociales, y acabará presentandonos su teoría completa; estamos, pues, todavía en un momento que podríamos llamar metodológico. En medio de toda esta exposición encontramos casi constantemente largas disquisiciones acerca de acontecimientos históricos muy diversos, y una enorme acumulación de datos, por lo general también históricos, con los que el autor quiere demostrarnos como los diferentes tipos de residuos que nos va mostrando no son conceptos apriorísticos, sino, por el contrario, resultado de una profunda y larga observación de los acontecimientos sociales de diferentes épocas, que, evidentemente, se encuentran recopilados en el material que nos proporcionan los historiadores.

Lo realmente importante por lo que respecta al tema de los residuos es la idea de Pareto de que constituyen un elemento inmutable a lo largo de la historia, ello queda

perfectamente expuesto en la siguiente frase de nuestro autor:

"Mais nous avons vu que les résidus qui existaient au temps du paganisme, ceux que nous trouvons au moyen âge chrétien, ceux que nous observons actuellement, sont, en grande partie, d'une même nature, et que seules les dérivations ont beaucoup changé d'aspect, tout en conservant des développements analogues, notre étude n'est donc pas, exclusivement historique et elle nous permet d'étendre nos connaissances des phénomènes contemporains."(2)

Esta es una idea que realmente sorprende a quien se enfrenta por primera vez a los escritos paretianos y que indudablemente, tiene repercusiones muy importantes en su pensamiento posterior. Hay que darse bien cuenta de todo lo que implica afirmar que existen unos elementos permanentes en la naturaleza humana que pueden rastrearse a lo largo de los siglos, y que son el instrumento más adecuado para comprender el estado de una sociedad determinada. De este modo la principal tarea del investigador social va a residir en descubrir, en cada momento y en cada grupo humano, la clase de residuos que predomina en cada grupo social y la particular combinación de estos; evidentemente esto se desplegará, más adelante, en la afirmación de la no existencia de verdaderos cambios en la naturaleza de las sociedades, y mucho menos en la naturaleza humana, sino que todo va a reducirse a la distribución y la combinación de los diferentes residuos. Se comprende, así, las innumerables críticas que los numerosos estudiosos de la obra de Pareto hacen de esta psicología que se encuentra en la base de su estudio, y que nos presenta a

un hombre cuyas características fundamentales, los impulsos y los sentimientos que le mueven a la acción, son permanentes, variando únicamente la manera en que se presentan estas manifestaciones, que se adaptan a las circunstancias de cada momento. Lo que no se puede concebir es que, por ejemplo, un residuo cualquiera, como puede ser el que guía a los individuos hacia las manifestaciones religiosas, desaparezca; puede desaparecer una religión particular, pero en toda sociedad hemos de encontrar este elemento religioso, puesto que responde a una necesidad natural del hombre

"Les classes de résidus varient peu et lentement, c'est pourquoi on peut les ranger parmi les éléments qui déterminent la partie constante, presque constante, ou du moins peu variable des phénomènes. Les différents genres d'une classe de résidus varient bien d'avantage et de plus promptement que la classe elle-même." (3)

De este modo, a partir de las acciones no lógicas, nuestro autor ha pasado a considerar las dos partes en las que se puede dividir a estas, y al mismo tiempo las teorías a las que dan lugar, así, y siguiendo siempre su método de análisis inductivo, Pareto ha llegado a señalar aquellos factores constantes que conforman las uniformidades que pueden encontrarse en las acciones humanas, y que van a permitir la aparición de una ciencia de la sociedad que formula leyes que nos permiten conocer y explicar la realidad social. Ahora, y antes de entrar en esta segunda labor, lo que va a tener que hacer Pareto es estudiar los elementos variables, consecuencia de la tendencia que tienen los hombres de atri-

buir un fundamento lógico a sus acciones, a pesar de que estas carezcan de él. Entramos, pues, en el análisis de las derivaciones para después considerar la relación de los residuos con estas, y con la forma de la sociedad; es decir, ver la primera aplicación del sistema de interpretación paretiano a un objeto propiamente social.

IV.2.1.3. Las derivaciones:

Al igual que observábamos que Pareto comienza definiendo la acción lógica para después abandonarla por completo y centrarse en el estudio de los actos sin el menor fundamento lógico o racional, que son los que predominan entre los hombres, es curioso fijarse que, aunque Pareto en un principio, atribuye mucha más importancia a los elementos constantes en estas últimas acciones, acaba dedicando mucho más espacio y quizá una mayor atención a los que él considera elementos variables en las acciones humanas: las llamadas derivaciones. Veremos más adelante como incluso algunos escritores han visto en la teoría de las derivaciones la aportación más importante y original de este autor, y a la vez la que podría tener una mayor repercusión en toda la sociología posterior.

La idea de que todos los hombres quieren dar una apariencia de lógica a conductas que no lo son, y a la vez que la sociología, por lo tanto, es aquella disciplina que ha de ocuparse del estudio de estas acciones no lógicas que el

mismo individuo trata de coultar, es uno de los postulados claves del pensamiento de nuestro autor que aparece muy al comienzo, en el momento en que empieza a interesarse por los temas sociológicos. Ya en el Manuel encontramos claros indicios de que existe una tendencia innata en los individuos a representarse como lógicas las acciones que no lo son, que se convierte en una propensión, igualmente errónea, a considerar las relaciones entre los fenómenos como relaciones principalmente de causa y efecto, y no como ocurre mucho más frecuentemente, de mutua dependencia. Ante esta cadena de errores el científico social ha de realizar dos tareas fundamentales que creemos haber señalado con anterioridad; en primer lugar no tiene más remedio, si quiere cumplir su verdadera función, que desenmascarar los verdaderos hechos sociales que quedan ocultos tras estas mistificaciones, para estudiarlos tal y como son. Y en segundo lugar el propio argumento racionalizador se convierte en un objeto de estudio independiente, puesto que refleja muy bien la situación de la sociedad en la que se produce. Con este doble propósito, pues, es con el que Pareto se enfrenta al problema, pero es evidente que antes de reconstruir el verdadero objeto de estudio se necesita conocer el fenómeno que produce dicha deformación.

"L'homme à une si forte tendance à ajouter des développements logiques aux actions non-logiques, que tout lui sert de prétexte pour s'abandonner à cette chère occupation." (1)

Es, pues, la necesidad de dar un desarrollo lógico o pseudo-lógico a las acciones, que incluso se manifiesta en los mismos residuos, la causa principal del surgimiento de las derivaciones. En realidad estas pueden acercarse mucho a la

lógica puesto que pueden incluso proporcionar un razonamiento lógico correcto que explique el sentido de estas, pero al mismo tiempo, y esto quizá sea lo más frecuente, nos encontramos con legitimaciones que, sin duda alguna, son meros sofismas sin el menor asomo de lógica alguna. Por su parte su relación con la realidad experimental también puede ser muy variable, por un lado podemos encontrarnos con que una derivación mantiene una relación rigurosamente lógico-experimental con esta, pero con un defecto en sus premisas que hace que su relación no sea perfecta; en segundo lugar existen derivaciones con una relación sólo aparentemente lógica con la experiencia, y que, o bien tienen alguna relación lejana con esta o no la tienen en absoluto. Por todo esto el estudio de estas no ha de ser, en ningún caso, llevado desde un punto de vista objetivo, sino por el contrario, ha de sopesarse el aspecto subjetivo del tema, es decir su fuerza persuasiva, y el tema de la utilidad social.

Es esta tendencia a racionalizar todas sus actuaciones la que en realidad separa al hombre del animal, y ello es lo que da lugar a que exista, al menos, un germen de derivaciones, igual que nos encontramos también con los residuos, cada vez que aparece una acción o una teoría desprovista de carácter lógico-experimental entre los individuos. Y son todos estos fenómenos los que determinan que sean las derivaciones los hechos que se presentan ante los ojos del investigador, y que en muchos casos estos han tomado como el verdadero objeto de su estudio, trabajando, así, sobre mitos y legitimaciones, lo cual les ha hecho errar en su estudio. Las derivaciones aparecen, pues, cuando hay que dar algún

tipo de explicación de acciones o ideas, manifestando la necesidad de razonar que tiene el hombre, que se demuestra en la aparición de razonamientos lógicos, afirmaciones y manifestaciones de sentimientos. De este modo el gran peligro de las ciencias sociales es el de quedarse en el estudio de las derivaciones y no llegar a los residuos, reduciéndose, así, a una mera historia de los mitos o teologías. En este terreno, el de las derivaciones, la sociología ha de limitarse al estudio de la razón por la que un razonamiento erróneo de este tipo obtiene consenso, y no buscar por qué este razonamiento es erróneo, dado que este no pertenece al terreno de la lógica. Tampoco ha de centrarse el investigador en el tema de los orígenes de este razonamiento, puesto que, en la mayoría de los casos no contamos con los datos necesarios para llevar a cabo este estudio y se caería en un simple metafísica. Cuando se considera el problema de las derivaciones hay que tomar en cuenta principalmente, según Pareto, tres elementos; en primer lugar el fin hacia el que se dirige el residuo, en segundo lugar cuales son los residuos que dan origen a esta derivación, y por último habría que considerar a la propia derivación en sí. Este es el camino lógico, y el único que se puede seguir para el estudio, tal y como lo plantea nuestro autor. Sin embargo Pareto nos advierte constantemente de que no hemos de olvidar que tipo de objeto estamos estudiando, uno particularmente no lógico, ni racional; por lo tanto hay que tener un sumo cuidado al acercarse a este. Hacemos estas precisiones, que quizá le parezcan extremadamente extensas al lector porque pensamos que van a tener una gran importancia cuando nos acerquemos, por fin, al tema de las élites en Pareto. Es preciso comprender paso a paso el análisis

sis de este autor, para comprender, después, el significado de este discurso.

El problema que se le plantea ahora claramente a Pareto, y que repetidas veces hemos señalado como uno de los fundamentales para él, es el de como llevar a la práctica el estudio científico de fenómenos no lógico-experimentales; cuando por fin se enfrenta a ellos reconoce que es imposible reducirse al mero enfoque objetivo dado que nunca nos logrará explicar todo el fenómeno, en definitiva hay que tener en cuenta la lógica de los sentimientos, que no es la misma que la de la razón. En el caso concreto del estudio de las derivaciones este hecho va a manifestarse bajo varios aspectos. Pareto nos ha dicho que cuando aparece un residuo que impulsa a los hombres a actuar en un determinado sentido, suelen aparecer también uno o varios residuos que justifican, racionalizan esa acción; sin embargo, y aunque esto va en contra de las leyes de la razón, nuestro autor se encuentra frente al hecho de que en ocasiones se da la desaparición de un residuo determinado y no desaparece la derivación que le correspondería. En este caso, por ejemplo, nos encontraríamos con una serie de derivaciones que, en principio, carecen de todo fin; otro fenómeno que se puede dar con cierta frecuencia, y que Pareto toma en cuenta, es que mientras que en el razonamiento científico cuando se demuestra que la conclusión no procede lógicamente de las premisas esta se abandona, siendo substituida rápidamente por otra, pero cuando entramos en el campo de lo no lógico esto no tiene por qué suceder. Vamos viendo, pues, como la lógica de los sentimientos

no tiene nada que ver con la de la razón y por lo tanto en este objeto concreto de estudio existen muchos casos en los que la última no nos va a ser de ninguna utilidad. Otra ley de la lógica científica que se va a romper en el análisis de las derivaciones es que en el razonamiento no científico no se sigue la norma de que las conclusiones más fuertes son aquellas que tienen una mayor relación con la experiencia, sino que las derivaciones más fuertes son las que poseen una mayor correspondencia con los residuos más potentes. Por último, y ya damos por finalizada esta enumeración de algunas de las salvedades que nuestro autor ha de hacer a la hora de llevar a la práctica sus postulados, diremos que se puede dar perfectamente el principio de contradicción en este campo, no siendo nada raro que subsistan en una misma sociedad y en un mismo tiempo dos o más derivaciones que, en principio, serían totalmente opuestas y divergentes entre sí. De este modo Pareto nos muestra, de nuevo, que el método de la ciencia tiene claras limitaciones, siendo necesario, en algunos casos, recurrir a otros enfoques si queremos comprender totalmente algún fenómeno social que no entre propiamente dentro del campo de los factores lógico-experimentales. En el caso de las derivaciones es evidente que la demostración de una derivación es algo totalmente diferente de la razón que hace aceptarla.

Siguiendo el mismo esquema expositivo, y tras haber definido lo que son las derivaciones, y lo que significan para el análisis social, Pareto entra en sus temidas clasificaciones y de nuevo nos presenta toda una serie de clases y subclases mediante las cuales trata de explicar la compo-

sición, los diferentes elementos que entran dentro de estas. De nuevo, y siguiendo el mismo proceder que en el caso de los residuos, no vamos a perdernos en un examen detallado de todas las divisiones y subdivisiones que nos presenta en la página 799 (&1419), a la que remitimos al lector por si desea profundizar más en este tema. A nosotros sólo nos interesa ver cuales son los grandes grupos que se forman, para que, de este modo, podamos comprender mejor el fenómeno, y proceder más adelante a un examen más minucioso de su significación general en el sistema de interpretación paretiano.

En este caso la clasificación es algo más simple que cuando nos referíamos a los residuos, puesto que el autor sólo distingue cuatro grandes clases. La primera de ellas es aquella que reúne todas las afirmaciones, tanto de hechos experimentales o imaginarios, como de sentimientos; estos son simples relatos o indicaciones de uniformidades experimentales, que en cierto modo están subordinados a la experiencia, y que, al mismo tiempo, subsisten por su propia virtud ya que son derivaciones. Lo que el autor nos quiere decir aquí es que ante cualquier sentimiento o hecho el individuo siente la necesidad de afirmarlo tanto ante sí mismo como ante los demás, apareciendo toda una serie de discursos que refuerzan los residuos de los que derivan. y que, en cierto modo, están muy ligados al residuo de la expresión de los sentimientos. En segundo lugar estará la clase de derivaciones de autoridad que se utilizan bien como medio de persuasión o de legitimación; dentro de esta Pareto estudiará las diferentes legitimaciones de la autoridad, bien de la

tradición, los usos y las costumbres, o por ejemplo el tipo de autoridad de un ser divino o de una personificación. Gran parte de estas derivaciones están intimamente relacionadas con la segunda clase de residuos, la de la persistencia de los agregados. Pareto va a llamar la tercera clase de derivaciones la que expresa el acuerdo con los sentimientos o los principios; en el primer caso el acuerdo con los sentimientos puede producirse bien por respeto a la opinión de la mayoría o de personas con autoridad, o por miedo a que ocurran consecuencias desagradables, o por último por la acción de un imperativo "misterioso". En todos estos casos los residuos que tienen mayor importancia son los de la cuarta clase, es decir los de la sociabilidad. Pero también puede darse el acuerdo por el interés individual o colectivo o por la intervención de entidades jurídicas, metafísicas o sobrenaturales. Por último la cuarta clase reúne bajo su denominación a todas aquellas derivaciones que pueden ser consideradas como pruebas verbales; en esta categoría nuestro autor incluye cosas muy diferentes dado que entran desde las derivaciones verbales que ocurren por el uso de los términos en un sentido dudoso, equívoco, o no acorde con la realidad, hasta las metáforas, analogías o alegorías. De este modo Pareto acaba con su clasificación de las derivaciones; al igual que en el caso de los residuos no posee un criterio clasificador claramente determinado, es decir las cuatro clases de derivaciones son, en principio, tan arbitrarias como los seis tipos de residuos, puesto que el autor en ningún momento quiere presentarnos que es lo que le ha llevado a distinguir seis clases y no dos o diez. En todo caso todos los tipos que se exponen tienen una característica en

común: el uso arbitrario de algunas entidades extranjeras al domino experimental. Para acabar con la clasificación presentamos un esquema de los cuatro tipos antes presentados:

<u>Derivaciones</u>	<u>Clases</u>
I	Afirmación
II	Autoridad
III	Acuerdo con sentimientos o principios
IV	Pruebas verbales.

Con esta explicación de la clasificación que nos ha presentado nuestro autor, que evidentemente está llena de interrupciones provocadas por la inserción de pruebas históricas que ejemplifican y a la vez explican las divisiones que va haciendo, Pareto va a dar por terminado su primer estudio acerca de las derivaciones; dando, al mismo tiempo, por acabada su parte conceptual. Con todo ello espera haber construido su sistema conceptual que le va a permitir adentrarse en la aplicación de este a los temas que más le interesan, los relativos a lo que él denomina el equilibrio social. Pero antes de entrar de lleno en el tema de las élites va a hacernos ver como es muy posible el aplicar los dos tipos de acciones no lógicas, mejor dicho sus dos elementos, los residuos y las derivaciones, al estudio de la sociedad, extrayendo de aquí sus primeras conclusiones. Esto es lo que nosotros hemos de ver más adelante.

Por lo que respecta a las derivaciones ya decíamos antes que este punto había sido considerado como el centro

de su análisis por muchos autores. Por ello nos dice Hughes:

"En resumen (Pareto) fue incapaz de percibir que las "derivaciones", lejos de ser meras racionalizaciones, eran realmente la clave de todo el problema"(2)

Es verdad, y creo que lo apuntábamos anteriormente, que Pareto, en relación con otros temas, presta una excesiva atención al tema de las derivaciones dedicando un gran número de páginas a este problema. A nosotros en particular nos interesan las derivaciones en tanto que constituyen un elemento de especial importancia para el estudio de las élites, pero también es evidente que pueden ser el inicio de una teoría de la ideología sumamente interesante e innovadora. Tal es la importancia que algunos autores le han concedido al tema, por ejemplo N. Bobbio, que hemos optado por dedicar un capítulo a tratar el asunto de la relación entre la teoría de las élites y el análisis de la ideología. Apuntamos, sin embargo, aquí, esta vertiente importante del tema para no dejarlo algo cojo.

IV.2.1.4. Los residuos, las derivaciones y la forma de la sociedad:

Una vez conocidos los residuos y las derivaciones "en sí mismas", nuestro autor pasa a considerarlas como manifestaciones de las fuerzas sociales, y es realmente aquí cuando basa todo su sistema conceptual, para tenerlo listo para entrar ya definitivamente en el estudio del tema del equilibrio social. Pareto ha llegado a los residuos y las

derivaciones a través de las acciones no lógicas y ahora ha de demostrar como estos elementos son de la máxima utilidad para el descubrimiento de las regularidades en la evolución de las sociedades; son, pues, los dos factores fundamentales que hemos de manejar para poder construir una verdadera ciencia de la sociedad.

Dos son los problemas que se le plantean a todo investigador cuando se enfrenta con este problema, por un lado el tratar de ver cual es la forma de actuar de los residuos y de las derivaciones, y en segundo lugar encontrar la posible relación de su acción con el tema de la utilidad social. Para poder examinar cualquiera de los dos temas nos es necesario tener siempre en cuenta que los residuos son mucho más permanentes que las derivaciones, pareciendo, en un principio, que los primeros son causa de los segundos; aunque de un modo subordinado puede también darse el fenómeno inverso. El problema real, tanto de las derivaciones como de los residuos, consiste en poder llegar a una clara identificación de sus características, que nos permita identificarlos y distinguirlos cuando estemos dedicados a una investigación concreta. En el caso de las derivaciones Pareto vuelve a establecer una nueva distinción, cuando nos encontramos con una derivación hemos de separar por un lado la derivación propiamente dicha y por otro lado su manifestación; es decir hay que distinguir entre la pseudodemostración y el pseudo-teorema. Hemos de tener mucho cuidado porque mientras este último puede permanecer la derivación varía frecuentemente; sin embargo Pareto, tras haber establecido esta separación sigue manteniendo el nombre de derivación para desig-

nar ambos fenómenos. Pero mientras que la derivación propiamente dicha tiene como fundamento la necesidad de desarrollos lógicos, los residuos de la primera clase, y finalmente los demás residuos que le sirven de medios de persuasión, las manifestaciones de estas están directamente determinadas por los residuos. Vemos, pues, como Pareto siempre tiende a señalar dos niveles en los fenómenos sociales: el hecho en si y su manifestación; ambos, pero diferenciados, se convierten en el objeto de estudio para el científico.

Por lo que se refiere a los residuos tambien hay que distinguir la intensidad propia del residuo de la que proviene de la tendencia general del hombre a ser más o menos fuerte. Los residuos han de ser, pues, vistos siempre en relación a los seres individuales a los cuales pertenecen; existen variaciones según sea uno u otro hombre el que manifieste un determinado residuo. Dentro de este hemos de diferenciar entre la parte estática, es decir la que estudiará el reparto de los residuos en una sociedad dada, así como la distribución de estos entre las diferentes capas de la sociedad, y la parte dinámica del estudio que considerará como se produce cada fenómeno y la variación de los residuos en el tiempo, tanto viendo como cambian entre los individuos de una determinada capa social, como evaluando las transformaciones provocadas por las mezclas de las capas sociales. Vemos, pues, como poco a poco va emergiendo la idea de que el análisis de los residuos y de las derivaciones en la sociedad, tal y como aparecen en esta y considerando su distribución entre los diferentes grupos sociales pueden llegar a explicarnos la forma particular de cada sociedad. En este estudio siempre

tendrán mayor importancia los elementos más constantes de la sociedad, y por lo tanto se hará un mayor hincapié en los residuos que en las derivaciones. También, cuando comienzan a formularse estos primeros principios del análisis social, Pareto empieza a introducir la idea de que, al igual que ocurría en los fenómenos económicos, los fenómenos sociales muestran una gran tendencia a presentarse como fenómenos ondulatorios, es decir mostrando la existencia de un movimiento rítmico y recurrente que nos permite formular predicciones con una cierta facilidad ya que siempre podemos encontrar en ellos una fase ascendente, una de claro auge, y más adelante el inicio de un movimiento de descenso que llevará a un estado de total decadencia. Esta idea de la existencia de un movimiento cíclico aparece en Pareto tanto en lo que se refiere al análisis de los fenómenos sociales aislados, como al estudio de la evolución de la sociedad en su conjunto. Ya veremos más adelante como su teoría de la historia es fundamentalmente cíclica.

Con esta gran incidencia en el aspecto estático de los fenómenos que le caracteriza Pareto observa que en las sociedades históricas los fenómenos muestran muy pocas variaciones en el fondo, aunque el observador se ve engañado en sus apreciaciones porque observa una gran variación en la forma. Lo mismo que ocurre en los residuos y las derivaciones va a trasladarse al plano de lo social. Los movimientos de los residuos a lo largo de la historia son enormemente lentos y por lo tanto puede afirmarse con plena tranquilidad que constituyen el principal elemento que nos es útil para servirnos de medida de las variaciones que pueden tener

lugar en una sociedad determinada. Lo que ocurre es que cuando una serie de residuos aparecen en un momento dado de la evolución de una sociedad, es muy raro que ocurran bruscos cambios en su distribución, siendo también muy infrecuente que aparezcan nuevos residuos que substituyan a los antiguos. Sin embargo, si comparamos sociedades diferentes es evidente que encontraremos residuos distintos en cada una de ellas. Las principales diferencias, de este modo, se encuentran en la forma y la distribución de los residuos entre distintas sociedades, principalmente de la clase I y II que son las que poseen una mayor importancia para nuestro autor. A pesar de haber dedicado numerosas páginas a la compleja clasificación que antes comentábamos, en cuanto pone en relación el tema de los residuos con la forma de la sociedad casi no nos va a hablar más que de la dos primeras clases, la del instinto de combinaciones y la de la persistencia de los agregados; las demás clases parecen ocupar un lugar muy secundario por lo que respecta a la magnitud de su influencia sobre las sociedades. Va a ser, pues, la distribución de los residuos de estas dos clases en una sociedad, y su posible variación, la que determina la forma social, de igual modo que el ver como están distribuidos entre las diferentes agrupaciones humanas nos proporciona un índice seguro para comparar los distintos estados sociales que se pueden hallar.

La importancia de los residuos en el análisis de las sociedades es doble, por un lado la distinta distribución de estos en las sociedades da lugar a que el investigador pueda muy bien comparar la situación de diversos grupos humanos en lugares dispares, o la evolución de un mismo gru-

grupo social, a pesar de que esta última tarea es más compleja, puesto que, como vimos anteriormente, los residuos suelen variar muy lentamente. El segundo punto de vista que nos proporciona una importante parte del análisis de las sociedades es considerar la peculiar distribución de los residuos entre las diversas capas de la sociedad. Estudiaremos, cuando entremos definitivamente en el tema de la élite, la particular distribución de estos entre las capas sociales, encontrando elementos muy constantes por lo que se refiere a la forma de situarse los residuos de la clase I y de la II en la élite y en la masa, y las importantísimas consecuencias que tiene el hecho de que existan diferentes combinaciones en la proporción de cada uno de ellos, consecuencias que se apreciarán claramente reflejadas en el dominio de las élites y en sus características, solidez y duración.

Sin embargo, aunque a primera vista el análisis parezca extremadamente simple y formalista al reducir los complejos movimientos de la sociedad a meras combinaciones mecánicas entre distintos elementos, Pareto jamás mantiene estas ideas tan simples que son las que ha divulgado una versión muy vulgarizada de su pensamiento, sino que comprende que el funcionamiento de los fenómenos sociales es muy complejo. Para este autor muchos pensadores sociales han caído en una excesiva esquematización al pretender que los fenómenos sociales se encuentran relacionados según una estricta jerarquía, en la cual existe siempre un factor predominante, que es el que, en última instancia, determina a todos los demás; las teorías o doctrinas que se basan en esta idea no nos pueden dar nunca una verdadera visión de la realidad social, y este

es el caso, por ejemplo, del marxismo, puesto que los fenómenos sociales se encuentran siempre en una relación de mutua interdependencia, siendo muy raras las ocasiones en que se puede encontrar una verdadera relación unilateral de causa y efecto. De todos modos, en principio, entre los residuos si se da, en cierto modo, esta relación de causa y efecto, aunque muy limitada:

"Visant précisément à ce but, nous avons vu que les résidus étaient beaucoup plus constants que les dérivations; c'est pourquoi nous avons pu considérer qu'ils étaient en partie la "cause" des dérivations, mais sans oublier l'action secondaire des dérivations, qui peuvent être parfois la "cause" des résidus, ne fût-ce que d'une manière subordonnée"(1)

Hasta en este caso Pareto sigue su regla de mantener la multideterminación de los fenómenos, sin poderse considerar nunca que exista un factor predominante sobre todos los demás; en cierto modo, como apuntábamos antes, esta postura paretiana está muy influida por una aversión, y decimos conscientemente aversión y no posición porque llega a convertirse en algo visceral, contra una visión del marxismo enormemente vulgarizada y teñida por un gran economicismo. Es la interdependencia de los residuos y las derivaciones la que le va a empujar a considerar por un lado la acción de los residuos sobre otros residuos y sobre las derivaciones, y al mismo tiempo tomar en cuenta la acción de las derivaciones sobre los residuos y sobre ellas mismas. De todos modos, y observaremos esto más adelante cuando tratemos el tema de las élites, Pareto siempre acaba teniendo una tendencia a subrayar la importancia de los residuos para el estudio de los

fenómenos políticos,dejando en este campo un papel algo secundario a las derivaciones,a pesar de que estas ocupan el primer plano en otros temas.

Tras haber marcado la mutua interdependencia entre los residuos y las derivaciones Pareto va a pasar a considerar las relaciones de ambos con los hechos sociales para tratar de ver como puede marcarse la relación entre los hechos experimentales y los conceptos abstractos;el problema que va a surgir aquí es el de la relación entre los razonamientos humanos que han dado lugar a la creación de estos conceptos y los hechos,relación que desde el punto de vista teórico no se puede afirmar pero que se da en la realidad, teniendo unas consecuencias que concuerdan con los hechos en el día a día.Este acuerdo entre las consecuencias de los residuos con los hechos se da,simplemente,por la relación de los residuos y de las derivaciones con los fenómenos sociales.Nuestro autor observa un hecho curioso que salva el gran abismo que parecía existir entre los hechos experimentales y la aparente total ilogicidad,o mejor dicho no logicidad, de las acciones humanas;se va a producir un acercamiento tanto por parte de los residuos,como de las derivaciones,hacia un cierto grado de logicidad.Se afirma,de este modo,que existe un movimiento que empuja a los hombres,por un cierto instinto,hacia los hechos experimentales;por un lado los residuos se aproximan a ser la expresión de estos hechos,y por otro lado las derivaciones casi nunca se sitúan en el extremo de la no logicidad.Como nos dice Pareto.

"Cela se produit parce qu'en accomplissant des actions non logiques les hommes,poussés par l'ins-

—
tinct, se rapprochent précisément de ces faits expérimentaux (&l766) et, sans s'apercevoir, corrigent par un mauvais raisonnement les conséquences tirées d'un résidu qui s'écarte de la réalité"(2)

El predominio de las acciones no lógicas en el individuo no es, pues, óbice para que pueda darse un cierto acuerdo entre ambos, de modo que pueda pensarse que existe una cierta adecuación entre una y otra, pudiéndose explicar la una por la otra. Nuestro autor resuelve, así, de una manera que realmente no convence del todo, el principal escollo que se interponía en su objetivo fundamental: el tema de la determinación de las formas de los seres vivos y de las sociedades. Nuestro autor dedicará, pues, todo un capítulo de su gran obra a demostrar que a pesar de ser elementos de las acciones no lógicas los residuos y las derivaciones son buenos elementos para convertirse en instrumentos de análisis de la realidad social. Para ello Pareto utiliza dos razonamientos diferentes, en primer lugar nos trata de mostrar como tanto unos como otros nunca tienden plenamente a adoptar las formas más extremadamente no lógicas posibles, y por otro lado comienza a tratar de demostrarnos la importancia de los factores míticos e ideológicos en la conformación de la sociedad.

En realidad el capítulo que este autor dedica al tema es más bien una introducción y una mezcla de todo lo que irá desarrollando más adelante; aquí se formulan por primera vez postulados de gran importancia como los relativos a la forma y el equilibrio de la sociedad, o a la peculiar distribución de los residuos entre los diferentes grupos

de la élite. Pero sobre todo se dibujan las principales líneas de análisis de la sociedad, apareciendo una imagen de esta muy peculiar y característica de este autor. Un estudio detallado de este problema nos ocupará en un capítulo posterior, pero queremos ahora presentar la argumentación que empuja a Pareto a proclamar que los residuos y las derivaciones son los principales elementos que se necesitan para el análisis de lo social. El mantener que dos conceptos que representan, por un lado la parte constante y por otro la variable de la principal clase de acciones que encontramos entre los individuos, la acción no lógica, supone ante todo rechazar todas las corrientes de pensamiento que creían firmemente en la evolución de la sociedad, estableciendo estrechas analogías con la ciencia biológica. Pareto, sobre todo, se opone firmemente a las corrientes darwinistas y evolucionistas que predicaban numerosos contemporáneos suyos; la sociedad no evoluciona hacia un fin predeterminado de un modo totalmente lineal ni se produce una adaptación constante entre el ambiente y el organismo viviente. Pareto, y ya estudiaremos este tema con más tranquilidad, mantiene una visión cíclica del devenir de las sociedades, y admite una cierta adaptación entre formas sociales y condiciones de vida, pero observando siempre un cierto grado de posible desviación y no una determinación absoluta. Es curioso como nuestro autor rechaza todas aquellas doctrinas que implican el realizamiento de un factor cualquiera, dentro del gran espectro social, como determinante de todas las demás; ante todos los hechos que estudia propone, por el contrario, la idea de la multiterminación y de la pluralidad de relaciones de causa y efecto. Dado, pues, que no existe ningún elemento que pueda privile-

giarse sobre los demás para convertirse en el punto principal de explicación de lo que ocurre en el resto de la sociedad, nuestro autor recurre a dos elementos que él ha tomado como puntos básicos para despiezar el principal objeto de estudio de la sociología: la acción no lógica de los individuos. Todo su discurso va intentando acercarnos más y más a esta conclusión, la única posible y que nos puede proporcionar resultados algo fiables, según él. Es evidente que Pareto es consciente en todo momento de que este estudio no podrá tener nunca el grado de certidumbre que obtendríamos en el caso de enfrentarnos a acciones plenamente lógico-racionales con instrumentos totalmente adaptados a este fin; el recurso a los residuos y a las derivaciones es simplemente el método que nos acerca más al objetivo que, en un principio, se marcaba el autor, y constituye una solución puesto que conocemos ciertas propiedades de las normas sociales y de los residuos. Armados con este conocimiento inicial y con la certeza de que las derivaciones van siempre más allá de la realidad, pero nunca tienden a alcanzar el extremo menos lógico dentro de la gama de variación en la que pueden surgir, existe la posibilidad de que el hombre, guiado por los residuos llegue a conclusiones que puedan ser verificadas por los hechos experimentales. Para que esto pueda ser posible Pareto nos impone ciertas condiciones que han de ser cumplidas a rajatabla; se trata, pues, de mantener siempre un cierto equilibrio entre lo que nos dice la investigación de los residuos y las derivaciones y los límites que nos impone la experiencia; el investigador ha de estar siempre dispuesto a deducir una parte importante de las derivaciones que siempre sobrepasan la experiencia para intentar ajustarse lo más po-

sible a esta; en segundo lugar aunque es inevitable que se ponga a razonar acerca del estado de esta sociedad, hay que tener mucho cuidado de que este reflexionar sobre los fenómenos sociales no le aparte mucho de la realidad social; y, por último, es necesario tener muy claros los límites de este razonamiento lógico porque el llevarlo a su extremo nos separaría mucho de nuestro fin. Si el investigador logra encerrarse dentro de estos límites es muy posible que consiga llegar a conclusiones que puedan ser totalmente verificadas por los hechos experimentales.

Nuevos problemas y limitaciones se le presentan a todo estudioso cuando pretende continuar por esta senda que nuestro autor ha marcado previamente; Pareto ve, así, complicarse mucho el objeto de su estudio y ha de dedicarse por completo a intentar encontrar la manera de hacer encajar el sistema teórico anteriormente montado con la realidad que pretende estudiar. La tarea que se había marcado desde el inicio de su dedicación a la sociología se complica extraordinariamente dado que no es tan simple como parecía en un principio llevar a cabo un análisis de los elementos no lógicos de la acción humana en base a unos instrumentos de conocimiento que pretenden ser completamente científicos. Como Pareto trata de mantener, ante todo, un alto grado de rigor científico no tiene más remedio que sumergirse en una intrincada red que le permita mantener lo que se había propuesto desde un principio. Una vez habiendo demostrado, o al menos así lo piensa él, que los residuos y las derivaciones, pero sobre todo los primeros, nos pueden permitir llegar a un conocimiento de la realidad social al menos bastante ajustado

a esta última ha de encontrar de nuevo otra distinción, que quizá no hace sino complicar más el objeto a estudiar, la diferencia entre el conocimiento y la acción en las ciencias sociales. Es evidente que, si se parte de la idea de que en la vida política la mayor parte de las acciones de los individuos no se ajustan al patrón de la racionalidad ni la lógica que preconizaba toda ciencia lógico-experimental, habrá que inferirse que no puede haber una unión entre el conocimiento científico y todo lo que implique acción. A partir de aquí habrá dos campos radicalmente diferentes para el quehacer del investigador, que ha de convencerse de que ambos son igualmente fundamentales pero con implicaciones radicalmente dispares. Si queremos dedicarnos al conocimiento de la realidad social habremos de recurrir a los principios de la ciencia lógico-experimental, mientras que si lo que queremos es descubrir los principios de la acción humana tendremos que dirigirnos hacia los sentimientos que son los únicos que nos pueden proporcionar algún tipo de información sobre el tema. Por lo tanto cuando queremos extraer deducciones lógicas dentro de las ciencias sociales estas serán esencialmente analíticas y de pura observación apoyada en deducciones lógicas, mientras que si lo que queremos es obtener deducciones prácticas estas evidentemente serán sintéticas y estarán inspiradas casi exclusivamente en los residuos. Por todo ello, al igual que se mantiene la importante división entre las ciencias sociales y las naturales, dentro de las primeras existe una absoluta separación entre dos campos de estudio, con igual importancia pero con diferentes fundamentos y objetivos. Va a ser, pues, esta doble separación la que dará lugar a que las ciencias sociales, a pesar de lograr llegar a esta-

dio de ciencias lógico-experimentales, no vayan a ser nunca exactamente iguales que las llamadas ciencias naturales. Es la diferencia, dentro de las ciencias sociales, entre la teoría y la práctica la que origina este fenómeno.

De este modo plantea Pareto el tema de como los residuos y las derivaciones son los instrumentos fundamentales para el estudio de los fenómenos sociales. Sin embargo lo que a nosotros más nos interesa es ver la forma en que van a ser utilizados ambos en el análisis de la distribución del poder en la sociedad; cuando logremos llegar a este punto veremos con mucho mayor detenimiento como se concibe la forma de la sociedad y como se aplica el análisis de los residuos a la distribución de la sociedad en diferentes grupos sociales. Ahora queremos unicamente introducir el tema para dar por finalizado este apartado que trata de presentar el modo en que Pareto funda su teoría de las élites, y cuales van a ser los instrumentos conceptuales que introducirá para tal tarea.

Pues bien, a grandes rasgos y pecando quizá de una excesiva simplificación, se puede comenzar diciendo que nuestro autor parte de la idea de que la sociedad es fundamentalmente heterogénea, y lo es en cuanto que los individuos no son nunca similares ni moral, ni física, ni intelectualmente. Son, pues, estas diferencias innatas entre los individuos las que dan lugar a que podamos distinguir en todas las sociedades diferentes grupos de individuos, cuya fundamental característica es que se encuentran en una situación de competición perpetua por alcanzar el poder político en la sociedad

dad y los privilegios que ello implica. Este hecho de la pugna por el poder político, le permite al autor simplificar afirmando que en toda sociedad conocida hasta el momento siempre se han podido observar dos grupos sociales diferentes y encontrados, una mayoría desposeída y una minoría poseedora del poder político; en otras palabras una mayoría no gubernamental y una élite gubernamental. Pero no nos interesa en este momento entrar en una detallada disquisición acerca de las características del concepto de la élite en el pensamiento de Pareto, sino que queremos señalar el papel de los residuos y de las derivaciones en este discurso. Habíamos dicho que los residuos eran la manifestación de los sentimientos, y por lo tanto la parte más constante de estos, que se encontraban con variaciones mínimas en las diferentes sociedades a lo largo de la historia. En base a los residuos, su composición, distribución y poco cambio podríamos descubrir el sentido de la evolución fundamental de las sociedades humanas, puesto que se trata de una serie de uniformidades que existen a lo largo de la evolución de la historia de la humanidad. Pero lo mismo podríamos hacer con los grupos sociales, y por lo tanto los residuos se convierten en un factor básico en el estudio de lo político dentro de las comunidades humanas. Nosotros podemos apreciar las variaciones existentes en la composición de las élites, sus características, incluso el momento de la evolución en el que se encuentra, simplemente considerando la distribución de los residuos en cada uno de estos grupos. El hecho de que predominen o no una serie de sentimientos sobre otros en determinados grupos sociales nos muestra muy bien el tipo de actuación que tendrá el grupo en cuestión y puede incluso proporcionarnos

una información suficiente para predecir con un cierto grado de exactitud cual será el futuro de la élite o de la clase gobernante en cuestión. Pareto utiliza, pues, la distribución de los residuos en una sociedad determinada, y dentro de los grupos sociales que en ella se encuentran, como medio fundamental de descubrir la estructura, composición, y funcionamiento de las élites; el instrumento, al menos para nuestro autor, da tan buenos resultados que incluso basa toda su teoría del recambio en los grupos dominantes, es decir de la circulación de las élites, en la aparición o desaparición de ciertos tipos de residuos. Señalamos, por último, aunque no queramos entrar en más detalles, que los principales residuos utilizados para esta tarea son, una vez más, los de las dos primeras clases. Pero también las derivaciones ocupan un lugar fundamental en este discurso puesto que se convierten en el mejor instrumento posible para descubrir el tipo de legitimación que cada grupo dominante, cada élite utiliza para tratar de mantenerse en el poder, y para ser aceptados, al mismo tiempo, por las mayorías apartadas de este poder político. Por lo tanto entre los residuos y las derivaciones se logra construir una verdadera teoría de las élites explicando tanto lo que son, como funcionan y los mecanismos que desarrollan para crarse una imagen determinada y permanecer en su situación de privilegio. Esta es la causa principal de que hayamos tenido tanto empeño, y hayamos dedicado bastante espacio a presentar la doctrina de los residuos y las derivaciones de Pareto, verdadera base de su teoría de las élites.

IV.2.2. Gaetano Mosca:

El medio por el que llega Mosca a basar toda su ciencia de la sociedad y de la política es radicalmente diferente del que utiliza Pareto para tal fin, y en realidad es esta diferencia la que va a dar lugar a que sus formulaciones acerca de la teoría de las élites sean diversas en su concepción, aunque lleguen a plantear conclusiones muy parecidas acerca del problema de la dominación de las minorías en la sociedad. Creo que en algún momento anterior de nuestra exposición planteábamos las distintas actitudes que estos autores mantenían ante sus investigaciones; Pareto es el investigador enciclopédico, muy al estilo de siglos anteriores, que quiere tratar todos los temas y conocer todas las disciplinas, por lo que llena sus escritos de las referencias más diversas que podamos imaginar sobre todo tipo de acontecimientos, tratando de justificar aquellas opiniones que él mismo ha vertido anteriormente. Al mismo tiempo el análisis paretiano es casi siempre más complejo que el de Mosca porque el primero se mueve continuamente en dos planos diferentes pero paralelos y simultáneos: en primer lugar plantea los problemas acerca del proceder científico en general, pero ha de modificar, o al menos adaptar en parte sus conclusiones cuando entra en la parte que realmente le preocupa, la aplicación de los principios que ha formulado en el plano global al terreno particular de las ciencias sociales. Cuando se pretenden exponer los puntos fundamentales de la doctrina paretiana hay que estar yendo constantemente de un

plano a otro, siendo, por lo tanto, muy complicado el presentar claramente sus principales tesis. Mosca es casi todo lo opuesto, y por ello al tiempo que mucho más fácil de comprender para el lector, puede llegar a plantear sus ideas con más sutilidad y profundidad que Pareto, ya que la simplicidad y nitidez de sus planteamientos y objetivos le hacen ganar algunos puntos sobre su compañero y al mismo tiempo oponente. Podríamos acabar diciendo que mientras que a Pareto le pierde su afán de dar una explicación global del mundo que les rodea, lo cual es, en gran parte, la causa de la grandeza de su pensamiento, Mosca gana en ciertos aspectos porque reduce desde el principio su objeto de estudio y esto le permite profundizar en ciertos aspectos. Pero, a la vez, esta autolimitación que él mismo se impone dará lugar a que su influencia sea mucho más reducida que la de Pareto, al menos hasta después de la segunda guerra mundial y a nivel europeo.

G. Mosca se centra, pues, desde un principio en el ámbito de la ciencia política y aunque, como vimos antes, hace algunas referencias muy interesantes a los problemas de la ciencia en sus aspectos más generales siempre tiene muy claros los límites de su propio estudio y parece que no le interesa en lo más mínimo ir más allá de estos. Cuando hablamos acerca de la concepción de la ciencia, y en particular de la ciencia social, de los teóricos de las élites apuntábamos que Mosca se vuelve decididamente hacia el método histórico como el único que le puede servir para la nueva ciencia política que ha de desarrollar. La historia proporcionará a esta disciplina toda la serie de datos, de hechos históri-

cos que esta necesita para poder formular verdaderas leyes o manifestaciones de uniformidades que eleven a la ciencia política al status de una ciencia igual que las naturales. En este sentido podríamos afirmar que, en un principio al menos, Mosca mantiene una actitud mucho más claramente positivista que la de Pareto, aunque es un positivismo que va a quedar atemperado por todo su discurso histórico. Mosca, de este modo, se dedica por completo al análisis histórico y al mismo tiempo comienza a fundamentar los principales elementos de su sistema teórico; y de nuevo aquí nos encontramos con una gran diferencia en relación con Pareto. Mientras que este se dedicaba durante varios capítulos a la única tarea de construir los principales elementos conceptuales de su sistema conceptuales de su sistema teórico, que le permitirán más adelante referirse a los objetos de la realidad social, cuyo estudio constituye el fin último de todo su esfuerzo, Mosca no separa tan rigidamente los ámbitos de su investigación ni tampoco confiere tanta importancia a la construcción de un sistema de interpretación teórica que, como pretendía Pareto, nos sirviera para dedicarnos al estudio de cualquier rama de la ciencia, o al menos de la ciencia social. A Mosca le interesa exclusivamente la formulación de unos principios generales para el estudio de esta disciplina, principios que, además, nunca estarán tan claramente formulados ni analizados como en Pareto, sino que van surgiendo a medida que, en su investigación histórica, el autor los va necesitando para lograr sus objetivos. Por todo esto es muy difícil hablar de los fundamentos principales de una verdadera ciencia de la política en Mosca, puesto que es realmente cuando se halla plenamente sumergido en sus estudios sobre los temas de

lo político cuando pueden diferenciarse estos; ello da lugar a que, en este caso, nuestra exposición no pueda ser tan rica como la que le dedicamos a Pareto, aunque esperamos poder compensar este hecho cuando lleguemos a la verdadera exposición de las ideas de Mosca acerca de la clase política.

Ya dentro de esta misma teoría, que como hemos apuntado en alguna ocasión está casi toda recogida en las dos ediciones de su libro titulado "Elementi di Scienza Politica", y quizá en alguna medida en su "Historia de las doctrinas políticas", así como en numerosos artículos, encontramos dos principios, si es que así podemos denominar a los que pueden ser considerados como los principales para el estudio de la política, y en los que se irá basando el autor para llevar a cabo toda su tarea de fundamentar el análisis del dominio de la clase política en todas las sociedades y en todos los tiempos. Señalemos, además, que su estilo es mucho más ligero y entretenido que el de Pareto, porque, aunque seguimos encontrándonos con constantes referencias históricas, nunca lo son en tanta cantidad como las de Pareto, y al mismo tiempo se trata de unos ejemplos históricos menos sorprendentes y más razonados que los de este, no recurriendo en casi ningún caso a situaciones y fuentes totalmente desconocidas para el lector medio, sino teniendo una visión mucho más moderna de la Historia. De algún modo podría decirse que en este autor no se da una utilización del conocimiento histórico tan evidente como en el otro pensador, que recurre a ella meramente como un almacén de datos en donde probar todas sus hipótesis, sino que encontramos un análisis más

serio y más acorde con lo que nosotros entendemos como el verdadero puesto de la Historia en las ciencias sociales contemporáneas. Veremos más adelante, cuando dediquemos un capítulo a este tema, como el conocimiento histórico no se considera únicamente como fuente de datos acerca de lo que ocurrió en épocas pasadas, sino también se concibe como medio de estudio, de interpretación de los hechos sociales. Mosca no afirmará jamás, como lo hace Pareto, que el conocimiento del presente a través del pasado es imposible de llevar a cabo, y por lo tanto lo que hemos de hacer es volver al pasado, y una vez conocido este poder retornar a la época actual para, así, acabar de perfeccionar nuestro conocimiento acerca de este. El método histórico de Mosca es realmente un instrumento muy útil para la interpretación y posterior comprensión de los hechos sociales y políticos, siendo utilizado en este sentido a lo largo de todas sus obras.

El lector se estará preguntando en estos momentos por qué nos empeñamos en hablar del puesto de la Historia dentro del pensamiento de Mosca, cuando hemos anunciado que pensamos detenernos a considerar este fenómeno con mucha más profundidad; lo hacemos simplemente porque pensamos que en este autor esta disciplina ocupa un lugar muy importante, pero sobre todo porque podemos apreciar que hay una diferente utilización de esto, pudiendo distinguirse dos aspectos, uno de los cuales es el que pretendemos resaltar aquí. En primer lugar se puede afirmar que a través de los escritos de este pensador, al igual que en los del resto de los teóricos de las élites, existe una utilización muy peculiar de los datos que nos proporciona la Historia y del devenir y la evolución de las sociedades humanas a lo largo del tiempo; es realmente

este aspecto el que nosotros queremos resaltar en ese futuro capítulo que ahora anunciamos. Pero, de una forma paralela, en Mosca descubrimos que la Historia es realmente un elemento fundamental más con el que emprende la tarea de fundar su ciencia política, pudiendo ser perfectamente considerada como un principio más que hemos de tener en cuenta en esta nuestra tarea actual de tratar de formular las bases sobre las que se montará todo su edificio posterior; esta es la causa principal por la que nos empeñamos en destacar, aunque sólo sea muy brevemente el puesto de este factor en el estudio inicial del autor que ahora nos ocupa. Podemos, pues, dar por terminado el tema afirmando que, sin lugar a dudas, si pretendieramos enumerar aquellos factores que pudieran estar en la base de todo este intento de formulación, nos veríamos obligados a citar entre los más fundamentales a la historia.

Una vez habiendo dejado este tema muy claro hemos de pasar sin remedio a considerar otros puntos que vayan completando poco a poco el dibujo de los que, en una terminología poco sociológica, llamaríamos los "cimientos" de la teoría de Mosca. En primer lugar hemos de señalar una idea que marca una total coincidencia con el pensamiento paretiano, y es, al mismo tiempo muy característica del discurso de los clásicos del elitismo, ocupando un lugar central entre los postulados del autor que nos ocupa en este momento. Todos estos pensadores, pero sobre todo Mosca, nos muestran un dualismo muy peculiar entre una concepción unitaria de la sociedad y un pluralismo llevado hasta sus últimas consecuencias y que acabará por predominar sobre el anterior elemento. En

un principio parecería que los teóricos de las élites nos presentan una visión de la sociedad como un ente cerrado, basado sobre unos principios inmutables, y sobre todo como un conjunto de elementos reunidos cuyas características son radicalmente diferentes de lo que resultarían de la simple suma de estos elementos que la componen. Pero al mismo tiempo esta visión de una sociedad como un ente cerrado, sólido y en el que seguramente se dará el predominio de un único principio rector, se verá totalmente superada por la concepción pluralista de la sociedad. Decíamos antes cuando nos deteníamos en Pareto que este iba a postular la heterogeneidad social como característica esencial de todos los grupos humanos, que llevaba a que en todos existiese siempre una división en diferentes grupos sociales. Mosca va a mantener la misma actitud pero en cierto modo llevandola a su extremo, puesto que no sólo preconiza la existencia de la pluralidad en el plano social sino también, y este es el punto más característico de su discurso entre los demás elitistas clásicos, en el terreno político. Esta convicción absoluta lleva a nuestro autor a presentarnos una formulación del argumento elitista en el que este se conjuga con la afirmación de la existencia, más aún de la necesaria existencia de un conflicto, una constante heterogeneidad y una reunión de las fuerzas sociales más dispares en el seno de esta misma élite o minoría. La sociedad se concibe así, y en realidad en este punto se ve muy claramente la influencia del pensamiento liberal sobre el discurso de este autor, como una perpetua lucha y competencia entre fuerzas sociales divergentes, en el curso de la cual se va a conseguir un equilibrio que garantiza el mejor estado posible de la sociedad. Apuntamos ya

como este argumento va a ser decisivo a la hora de marcar la postura radical de oposición a cualquier forma de dictadura que anule este constante movimiento de la sociedad, el único que puede garantizar que la sociedad cumpla los fines para los que ha sido creada, entre los cuales uno de los principales es, sin duda alguna, la libertad de los individuos. Pero en este momento no nos interesa incidir en las consecuencias que tendrá esta opinión sobre el análisis político sino, por el contrario, hemos de hacer hincapié esencialmente en el hecho de que una visión pluralista de la sociedad es uno de los pilares básicos sobre los que se basará todo el discurso de Mosca.

Intimamente ligada con esta idea del pluralismo social nos encontramos con otra tesis que también constituirá un rasgo común entre los teóricos de las élites y que nos interesa resaltar aquí: el rechazo de todas las doctrinas que mantienen la unideterminación de los fenómenos por una única causa, afirmandose, por el contrario, que los fenómenos sociales se hayan en una situación de mutua interdependencia en la que es muy difícil, casi imposible, llegar a marcar cual es el elemento preponderante, mediante el cual podemos explicar todos los demás. Por ello nos dice Mosca:

"Puesto que no hay una causa única a la que se deban todas las enfermedades que afligen al cuerpo, así también resulta vano buscar el origen único y constante de todos los cambios de los organismos sociales, que nos es menos complicado que el individual." (1)

De este modo, al igual que ocurría con Pareto, Mosca

va a rechazar todas aquellas doctrinas que él llama deterministas, entre las que incluye al marxismo ocupando un lugar preponderante. Para este autor el predominio del factor económico sobre el resto de los factores sociales, es tan poco evidente como lo sería el proclamar que el hecho primordial es, por ejemplo, el religioso. No existe ninguna regla general que nos pueda dar la seguridad de que en todos los casos la influencia de un mismo factor es el que determina a todos los demás, sino que para ellos es mucho más lógico pensar que los fenómenos varían, y que en líneas generales existe una mutua dependencia entre los diferentes fenómenos, aunque en algunos casos se pueda apreciar la mayor importancia de uno de ellos sobre los demás. El argumento que Mosca repite una y otra vez para demostrar que la idea de la multideterminación es la única que logicamente puede adoptar cualquier investigador es la de la complejidad de la naturaleza humana. Si se observa detenidamente al hombre y a todas sus acciones y sentimientos hemos de llegar irremediablemente a la conclusión de que es imposible explicar esta intrincada red de elementos y relaciones por medio de un único factor explicativo. Si a partir de aquí consideramos que el organismo social, notese la clara analogía biológica, no es menos complicado que el humano no podemos sino reconocer que la interdependencia entre los fenómenos es el único argumento lógico y útil para llevar a cabo nuestros estudios. La gran crítica que Mosca dirigirá a la mayor parte de las doctrinas políticas es su tendencia a caer en una excesiva simplificación a la hora de tratar de encerrar toda la variedad de la organización social en un único principio explicativo, sea este cual fuere, la voluntad de Dios o la de-

terminación en última instancia del factor económico. Es muy curioso señalar que Mosca no solamente critica a las corrientes que siguen este camino por el hecho de que dan lugar a explicaciones demasiado simplicistas de la realidad, sino que insiste en que es precisamente por medio de este tipo de simplificaciones por lo que las doctrinas políticas llegan a predicar la tiranía y el totalitarismo como el mejor sistema de gobierno posible. De este modo la visión pluralista y que a la vez pretende tomar en cuenta la mutua relación entre las variables, a pesar de que el hecho de querer tomarlas a todas en cuenta pueda llegar a complicar enormemente el análisis, es el medio que permite lograr dos objetivos fundamentales: en primer lugar dar una explicación lo más ajustada posible a la realidad experimental de los fenómenos sociales y políticos; y en segundo lugar construir una doctrina política que tenga como consecuencia la garantía de la posibilidad de existencia de una sociedad lo más libre posible, y no un universo en donde reine la dictadura de unos pocos y la total sumisión y opresión de la mayoría.

De este modo podemos muy bien afirmar que, por un lado la Historia, y por otro la insistencia en mantener una visión lo más pluralista posible de la sociedad, son los dos pilares básicos para poder comprender el discurso de Mosca, y las peculiaridades que iremos apreciando en su teoría de la clase política... Sin embargo estos son los factores de base, los más puramente metodológicos, que hemos de destacar en el discurso de este pensador; junto a ellos tenemos a otros que no podemos dejar de lado y que hemos de recoger también en este apartado para poder estar en las mejores condiciones

condiciones posibles antes de adentrarnos en el punto central de nuestro estudio. Decíamos antes que la formulación de Pareto, que tomaba como elementos básicos en su análisis los residuos y las derivaciones, es decir las partes constantes y variables de la acción no lógica, iba a determinar que se apreciara siempre en su discurso, sobre todo en el tema de las élites, un sesgo psicologista que ha sido atacado por numerosos autores debido a que introduce un formalismo excesivo en el estudio sociológico. Pues bien, hemos de encontrar ahora, en Mosca, aquellos elementos que consideremos que han influido en un mayor grado en su concepción de la clase política. La labor es, sin duda, algo más compleja que en el caso del autor que estudiamos con anterioridad, ya que en este no aparecen con tanta claridad los elementos que pueden ser considerados como la base de su discurso; hemos de introducir, pues, el máximo cuidado en el examen de sus escritos para poder determinar cuales pueden ser estos. Hemos seguido este camino, llegando a la conclusión de que existe una idea en su discurso, con muchas ramificaciones posteriores que muy bien nos puede servir para determinar toda la posterior peculiaridad de sus planteamientos. Esta idea, que después se podría desdoblar en dos, es la de la importancia de la organización como medio imprescindible para obtener el monopolio del poder político.

Quando J. Meisel, un autor que ha escrito una magnífica obra sobre el pensamiento de Mosca, toca este tema nos dice en una frase especialmente significativa: "...el poder es siempre poder organizado." (2). Esta afirmación refleja muy bien todo el sentido del discurso de Mosca, y al mismo

tiempo nos sirve de introducción para poder definir muy claramente lo que significa en Moscú el concepto de organización; a pesar de que habremos de entrar más despacio en el tema cuando lleguemos a estudiar el pensamiento de su discípulo Michels. En este último la organización tiene ya el sentido, muy contemporáneo, de gran estructura administrativa que reúne a una serie de individuos que poseen el objetivo común de alcanzar un fin determinado; la organización prototipo para él será el partido político, la fábrica o la compañía de seguros, por poner tres ejemplos cualquiera; instituciones todas ellas que han alcanzado un tamaño considerable y hasta desmesurado en las sociedades industriales avanzadas, al tiempo que comienzan a erigirse como centros de poder reales de estas comunidades. Como veremos más adelante el gran tema estudiado por Michels va a ser el demostrar la acentuación del fenómeno de concentración del poder en manos de una minoría en el seno de estas grandes estructuras. Sin embargo en Moscú el término organización tiene un sentido mucho más antiguo, por decirlo así, y más simple a la vez, que es simplemente el que se deriva del verbo organizar; es decir es sinónimo de disponer, construir, establecer etc.. y de otros muchos verbos que no vamos a transcribir aquí. Lo que, en definitiva, nos quiere transmitir nuestro autor es la idea de que el poder en las sociedades quedará siempre en manos de aquellos que se sepan organizar de modo a conseguir sus fines frente a la desorganización y la incompetencia de las masas. Se trata de algo esencial a la naturaleza de las sociedades, y no de un fenómeno contemporáneo como el que trata Michels.

Por lo tanto cuando nos enfrentamos con el análisis de Mosca el principal factor que hemos de tener en cuenta a la hora de desentrañar el complicado sistema de pensamiento es el tema de la organización. De este modo Mosca nos dirá que existen dos factores de la naturaleza humana que diferencian a los individuos, en primer lugar la superioridad moral acaba siempre, a la larga, prevaleciendo sobre la indignidad; y en segundo lugar, y más importante aún, la organización triunfa siempre sobre un estado sin impulso ni voluntad. Si con estos instrumentos nos acercamos a la realidad social y mantenemos la idea básica de que la aparición de una minoría es un hecho constante de la naturaleza humana, que da lugar a la concentración del poder político en manos de unos pocos, nos encontraremos, al fin, con el discurso que caracteriza a este autor.

Sin embargo hemos de hacer de nuevo otro inciso para tratar de comprender el verdadero significado del concepto de organización en Mosca, distinguiéndolo y ligándolo, al mismo tiempo, con el de la burocracia. Es necesario tener un exquisito cuidado en este punto puesto que también en este autor parece haber un doble significado del concepto: por un lado está la capacidad de organización, de adecuar los medios a los fines, que es realmente la base del poder de las élites; pero al mismo tiempo en la concepción de la evolución de las sociedades también entra el concepto de organización Mosca, en cierto modo, acercándose en este razonamiento a las posturas de los evolucionistas de su tiempo, y más en contacto a los argumentos de otro gran sociólogo E. Durkheim, piensa que las sociedades siguen una evolución en

la que la integración es un proceso gradual pero constante, aumentando poco a poco la importancia de la organización. Se trata, pues, de un lento proceso de integración que, en el terreno político, es el que lleva a los pequeños grupos humanos hacia el máximo supergrupo conocido, el estado. De este modo Mosca reconoce el papel de la organización en un plano distinto al que le interesa principalmente, a pesar de que no llevará sus conclusiones tan lejos como su discípulo Michels. Del mismo modo tomará en cuenta el papel de la burocracia en la sociedad moderna, aunque nunca le interesará tanto el tema como para profundizar exhaustivamente en él. La burocracia en las sociedades contemporáneas es la única fuerza social que ha logrado ocupar el lugar predominante y que intenta convertirse en el germen de una nueva clase manejando el instrumento que le ha proporcionado su dominio, el conocimiento. Sin embargo para Mosca la burocracia tiene un poder demasiado especializado y a la vez diversificado para convertirse en una nueva clase, siempre se limitará a ser una gran fuerza de apoyo para el grupo que se encuentre en el poder. La burocratización, y creo que ya comentamos este punto con anterioridad, aparece al tiempo como un fenómeno necesario para las sociedades, pero también enormemente dañino si sobrepasa los límites prudentes en donde ha de estar confinado. El gran peligro de las sociedades contemporáneas reside, pues, en la posibilidad de la extensión de una burocratización excesiva que acabe con todos los valores de la sociedad occidental de tiempos pasados. Pero es imposible que se de este fenómeno, o al menos así lo espera cuando nos dice Mosca:

"...ciochè nessuna grande società troviamo nella storia, nella quale tutte le attività umane siano state completamente burocratizzate. E questo forse uno dei tanti indizii della grande complessità delle leggi sociali, la quale fra si che un tipo di ordinamento politico, che produce buoni risultati quando è applicato fino ad un certo punto, sistematizzato e generalizzato, riesce inaltuabile e donnosio." (3)

Así pues, con esta diferenciación entre los dos sentidos en que aparece el concepto de organización en Mosca, y el sentido que este le confiere a la burocracia en las sociedades contemporáneas, podemos afirmar que tenemos al menos clara una de las bases sobre las que este autor va a fundar todo su edificio teórico. La élite de Mosca no va a ser un grupo cuya composición, estructura y función se deduzcan de rasgos psicológicos, como en el caso de Pareto, sino que desde un principio sólo se justifica su poder y se mantiene en su lugar por el hecho de ser una minoría organizada; no se trata de que en ella se reúnan los elementos más capacitados de una determinada sociedad que son los que pueden crear un sistema de organización que asegure la consecución de los objetivos que se han marcado, sino que el problema se reduce simplemente a una cuestión de número. La masa, por el mero hecho de ser una reunión de una gran cantidad de personas, es incapaz de organizarse por sí misma, y por lo tanto no sabe ordenar sus acciones para conseguir un fin determinado. Aquí aparece, de nuevo, pero con una justificación distinta, un argumento común y al tiempo característico de los elitistas clásicos, la idea de la total incompetencia de las masas y de la subsiguiente necesidad de contar con un

líder o jefe que pueda guiarlos para que toda la potencia y la fuerza que en ella se concentra se pueda utilizar para algún fin provechoso. De este modo la incidencia en el tema de la organización va pareja al postulado de que las masas son incapaces de autogobernarse, y aún de actuar por sí solas en vistas a alcanzar ciertos objetivos. Armado con estas dos ideas Mosca se lanza al estudio de lo político, y es esta misma actitud la que le proporciona la fama de ser uno de los principales teóricos de la ciencia política italiana de fines del siglo XIX y principios del XX. En un último esfuerzo pensemos que solamente al considerar las bases con las que Pareto y Mosca inician sus respectivas investigaciones, podemos comenzar a vislumbrar las grandes diferencias que separan sus planteamientos, al tiempo que comienzan a emerger los principales puntos de contacto. Por otro lado, a pesar de que Mosca no formula tan sistemáticamente los principios de su análisis tal y como los encontramos en el discurso parretiano, si creemos que se puede afirmar a estas alturas que hemos logrado, quizá de un modo más superficial que en el caso de nuestro primer autor, pero también con un mayor esfuerzo, hacer explícitas las bases de su análisis, tarea que nos va a ser de una extrema utilidad una vez que nos adentremos en el tema central de su discurso.

IV.2.3. Breve referencia a Robert Michels:

Antes de dar por finalizada esta parte de nuestro

análisis queremos insistir de nuevo en el puesto que le reservamos a Michels en nuestra primera parte de la investigación; cuando hablamos de la ciencia en los teóricos de las élites decíamos que no entrábamos en la obra de Michels, mejor dicho no nos referíamos a ella explícitamente, porque considerábamos que no poseía propiamente una teoría del método científico a aplicar en las ciencias sociales. Decíamos, y volvemos ahora a ratificarnos en esta idea, que Michels puede ser considerado perfectamente como un discípulo de Mosca cuya tarea se centra en aplicar las principales tesis de su maestro a un fenómeno concreto que acabaría por probar la validez de los postulados expuestos con anterioridad. Por ello no se puede decir que Michels plantee en realidad una metodología de análisis propia, él no se preocupa como sus dos compañeros de escuela en dedicar una parte importante de su obra a fundamentar toda una serie de conceptos que le sirvan para emprender sus estudios. Michels entra directamente en el tema de la organización y sobre todo en el problema de ver como los fenómenos del liderazgo y de la formación de oligarquías son algo consustancial a esta, y por lo tanto totalmente inevitables en nuestra sociedad contemporánea, sin ningún tipo de preámbulo anterior. Sin embargo si podemos señalar, también, algunos puntos fundamentales que realmente pueden llegar a convertirse en los pilares fundamentales sobre los cuales nuestro autor basa todo su estudio; aunque tradicionalmente se le considera como un discípulo de Mosca, podemos muy bien decir que en todo su discurso se deja notar la influencia del otro de los grandes elitistas, Pareto. Este autor va a unir en sus estudios dos variables que cada uno de sus antecesores había toma-

do como base para todo su discurso: la variable de la organización de Mosca y la psicológica de Pareto. Antes decíamos que Mosca utilizaba el término organización de un modo muy diferente a como lo haría más tarde su principal seguidor, pero también es evidente que en numerosos puntos ambos autores adoptan los mismo puntos de vista, coincidiendo en numerosas cuestiones. A pesar de que Michels está especialmente interesado por el fenómeno de la organización, tal y como aparece en las sociedades contemporáneas, va a enfocar el tema desde la misma perspectiva del poder y de la necesidad de una organización eficaz para conseguir los fines que se ha propuesto la minoría que aspira al monopolio efectivo del poder político. De este modo será la propia necesidad que tiene esta minoría de crear un buen sistema de gobierno y de mantener su dominio, unido al hecho de que la tendencia al incremento de las organizaciones, y por lo tanto del aparato burocrático, es consustancial a la nueva sociedad, lo que dará lugar a que el problema de la compatibilidad de las organizaciones con los principios de la democracia sea uno de los principales temas que haya de plantearse el investigador social de nuestros días.

Pero junto a este enfoque Michels, en otra parte de su obra, se plantea también otro problema que encaja más en la onda de Pareto, la necesidad psicológica que posee la masa de contar con un líder, y al mismo tiempo la transformación psicológica que sufren los individuos una vez de alcanzan un puesto de liderazgo. En realidad Michels no toma del discurso paretiano más que la matemática, puesto que en ningún momento encontramos ningún concepto de los que utiliza este

para su análisis, en concreto los conceptos de residuos y derivaciones, y más aún la idea de que las acciones no lógicas son la base de la conducta humana y el principal objeto de estudio del investigador social, no aparecen para nada en el discurso de Michels. A pesar de todo lo que si vamos a encontrar es la idea de que el fenómeno del liderazgo tiene un fundamento psicológico muy importante, que hay que situar al mismo nivel del técnico y de la necesidad de organización que antes apuntábamos. El que aparezca la figura del líder dentro de la organización se debe a dos causas principales: en primer lugar al hecho de que las masas necesitan un líder ya que si no son incapaces de actuar por si mismas, y mucho más si tenemos en cuenta que en las sociedades contemporáneas la gestión de los asuntos públicos se hace cada vez más compleja; y en segundo lugar el hecho de que un líder, una vez situado en un puesto que implique el dominio y el monopolio de poder sufre una transformación psicológica notable que cambia radicalmente su personalidad. Pero, en definitiva el cambio de personalidad del jefe es, si podemos denominarlo así, un cambio a posteriori, que proviene de la nueva posición y de los nuevos privilegios de que goza; en realidad la causa principal del fenómeno del liderazgo, y por lo tanto de la concentración del poder en manos de unos pocos, para Michels, reside esencialmente en la organización y en todo lo que ella implica, burocracia y jerarquía ante todo.

Estas podrían ser, en líneas muy generales, las bases del análisis de Michels acerca del fenómeno del elitismo, y las bases esenciales sobre las que se asienta toda su investigación posterior. Queremos señalar, sin embargo, antes de

pasar a otro punto en nuestra exposición, que hay un hecho fundamental que distingue al análisis de Michels del de los otros dos teóricos de las élites y que, al mismo tiempo, lo hace mucho más moderno, acercándolo a lo que nosotros entendemos ahora por un estudio social. En Michels se van a dejar de lado las pretensiones, muy propias de los autores de fines del siglo XIX, de construir verdaderos sistemas teóricos de interpretación global y de aplicación universal a los diferentes campos de las ciencias sociales, y se inicia un proceder que será mucho más frecuente entre los investigadores de nuestro tiempo: el partir de una hipótesis cualquiera o de una teoría general, pretendiendo probarla totalmente tomando un ejemplo particular, pero a la vez especialmente significativo para el tema que les ocupa. De este modo se dejan a un lado las pretensiones globalizadoras para pasar a analizar poco a poco diferentes partes de una teoría a la luz de situaciones perfectamente conocidas. Esta diferente forma de proceder será la que de lugar a que la utilización de los datos históricos sea totalmente diferente en Michels, al tiempo que su método de investigación también se aleja del de sus predecesores. A Michels no le interesa la Historia en general, sino muy particularmente lo que ha ocurrido a lo largo de la evolución de una organización en particular: la SPD; va a ser este conocimiento de un momento y de un objeto muy concretos el que le sirve para apoyar sus tesis y sobre todo para, a partir de este, verificar en pequeña escala la teoría general a la que se ha referido constantemente, generalizando sus conclusiones y elevándolas al nivel de la totalidad de los fenómenos sociales que se asemejan, o al menos que

se encuentran en la misma línea que los que él escogió en un primer momento. Así pues, y ya incidiremos en este punto más adelante, el dato histórico se utiliza de un modo tan pragmático como el que encontrábamos en los discursos de Mosca y de Pareto, pero se trata de la historia de hechos y de momentos muy concretos y no de la historia en general como aparecía en estos; realmente Michels sólo se centra en uno de los pasos que Pareto nos indicaba dentro del verdadero procedimiento científico que debíamos de seguir en las ciencias sociales: el momento de la verificación de las hipótesis formuladas anteriormente para poder pasar con posterioridad a extraer de ellas leyes generales que nos sirvan para predecir el curso futuro de los acontecimientos. En Michels tanto la hipótesis como las conclusiones generales están establecidas de modo que él no hace más que plantear el ejemplo que verifique definitivamente lo que ya otros antes que él habían tratado de establecer.

IV.3. LA DIVERSIDAD DE ENFOQUES DEL ESTUDIO DE LO HISTORICO-POLITICO.

En este capítulo hemos intentado presentar las formulaciones básicas, el punto de partida del análisis de los teóricos de las élites, es decir todo el discurso anterior a la verdadera doctrina del dominio de la élite o de la clase política, y a la vez los puntos fundamentales sobre los que se basa. Para ello hemos creído conveniente distinguir dos aspectos en nuestra exposición, por un lado aquel que refleja el intento de construcción de una ciencia de la sociedad o de la política, y en segundo lugar los verdaderos fundamentos del análisis de lo político. Hemos de tener en cuenta que estamos tratando de tres autores que, aunque mueren ya entrado el siglo XX, pertenecen por tradición y por ideas a corrientes de pensamiento que predominan en la Europa del último cuarto del siglo XIX, y más en particular a lo que Hughes llama la generación de 1890-1900. Apuntamos este hecho para reflejar que se trata de unos autores, salvo Michels, que pretenden presentar no el mero análisis de un fenómeno concreto dentro del campo de lo social, la distribución del poder político en las sociedades, sino que tienen la firme intención, desde un comienzo, de construir una ciencia de la sociedad y de la política; por ello no nos era posible entrar directamente al tema de las élites, sino que nos era necesario analizar todo lo que le antecede, y que constituye la base sólida del análisis posterior. En el caso de Pareto estaba muy claro que teníamos que comenzar ana-

lizando lo que significaba para él la ciencia lógico-experimental, y cómo concebía la construcción de una ciencia de lo social, para pasar después a estudiar los residuos y las derivaciones, conceptos con los que emprenderá, después, el análisis del tema de las élites. Sin embargo en Mosca el tema era más delicado puesto que en este pensador no existe un esquema de explicación tan sistemático como en el caso de Pareto, ni tampoco hay un propósito tan definido de presentarnos un estudio extenso y global del problema de la investigación en las ciencias sociales. Esta es la causa que hizo que la tarea de extraer los fundamentos del análisis de lo político fuera algo más penosa, y quizá careciera del modo de la profundidad que poseía en el anterior autor. De todos modos es evidente que también en este autor existe, por un lado una profunda y aguda reflexión acerca del método a utilizar en las ciencias sociales, y en particular en el terreno de la ciencia política, y después existen ciertos principios o postulados básicos que marcan fuertemente todo el desarrollo posterior de su discurso. R. Michels fue el último autor al que nos referimos, y también aumentaron las dificultades con las que nos asomamos a su figura; el caso de Michels es el más particular dentro de la teofía de las élites y hemos de tenerlo en cuenta con suma cautela. Realmente lo que hay que pensar cuando uno se enfrenta a los escritos de este autor, es que nos encontramos ante un pensador que limita mucho más las pretensiones de su análisis que lo que hicieron sus dos maestros, y al mismo tiempo parece que va a utilizar un método de estudio que será después el preferido por una serie de numerosos estudiosos en este núcleo disciplinario, y que, en definitiva, le convierte

en el más moderno de todos estos pensadores, tanto por el modo de enfrentarse a la problemática del estudio social como por la manera incomparable de resolver las dificultades de esta. Prueba de ello es que el estudio acerca de los partidos políticos se sigue considerando como un clásico en la materia, y en realidad no se puede decir que haya sido superado en muchos de sus puntos.

A estas alturas el lector se estará preguntando por las razones de esta nueva disquisición, que, al mejor, convierta a nuestro estilo literario en algo tedioso y nos haga caer en repeticiones excesivas sin embargo tenemos una disculpa importante que quizá nos pueda justificar. Estamos plenamente convencidos de que el discurso de cualquier pensador tiene un indudable desarrollo lógico que le lleva desde sus primeras hipótesis hasta sus últimas conclusiones de un modo encadenado, hallando una verdadera interrelación entre unas ideas y las siguientes, por ello pensamos que es muy arriesgado entrar directamente en el tema central de nuestra investigación sin detenernos primero en aquellos puntos que basan este estudio y que contribuyen a darle su forma definitiva. No es que preconicemos que es necesario estudiar detenidamente uno por uno de los puntos y temas que va tocando un pensador cualquiera a lo largo de sus obras, la tarea sería ingente y no se lograría comprender jamás el sentido global de pensamiento de un autor cualquiera; pero de lo que si estamos seguros es de que es fundamental contar con una idea general, aunque sea superficial, acerca de las líneas generales y el sentido de la obra de este, de modo que podamos tocar un tema muy particular e insertarlo en el todo, única manera

de que este adquiriera su pleno significado y no caigamos en errores de interpretación derivados del hecho de sacarlos del conjunto en el que estaban insertos. En realidad esto es lo que hemos pretendido llevar a cabo en los primeros capítulos de nuestro estudio. Pero aún hay más, en nuestro caso concreto la teoría de las élites o de la clase política surge en Pareto y en Mosca como resultado y fin de todo un proceso anterior de reflexión y en base a haber planteado una metodología concreta de investigación científica y de haber construido un edificio teórico conceptual original en cada uno de ellos. Es todo este proceso de reflexión y las bases en las que se va a asentar su estudio lo que hemos creído necesario exponer y comprender en este capítulo.

Creo que esta labor no ha sido, en modo alguno, inútil, sino que, por el contrario, nos ha de proporcionar indudables resultados una vez que hayamos avanzado en nuestra tarea; el primer punto que podemos tocar inmediatamente es el que se refiere a considerar, a partir de lo anteriormente expuesto, cual va a ser el enfoque particular en cada uno de estos autores, del enfoque de lo político y de lo social, postura que habrá de reflejarse inevitablemente en la concepción que cada uno de ellos mostrará en su planteamiento elitista. Lo que queremos decir es que el particular enfoque metodológico y la concepción de las ciencias sociales se reflejará en su teoría de las élites dando lugar a un hecho que creo que ya expusimos anteriormente, la diversidad de enfoques de lo histórico-político de los teóricos elitistas, que da lugar a que sea necesario marcar las diferencias y las similitudes en su planteamiento con vistas a una buena

comprensión de esta teoría. Cuando, al principio de este trabajo, introducíamos a esta corriente de pensamiento, representada esencialmente por los tres autores de los que veníamos hablando, decíamos que existía un problema inicial que hacía más complejo el tratamiento de estos pensadores como formando un conjunto definido de pensamiento que se suele llamar Escuela, en el lenguaje propio de la teoría del conocimiento. Creemos firmemente que si tomamos este concepto en sus acepciones más restringidas nos es muy difícil considerar a los elitistas clásicos como tal, dado que, en realidad, no parece existir una verdadera unidad de pensamiento ni unas premisas comunes sobre las que basan su discurso. Lo que si existe es un objetivo común, la construcción de una disciplina plenamente científica, al estilo de las ciencias naturales, del estudio de la sociedad y de la política, y un enfoque político compartido, la idea de que la política es fundamentalmente poder u por lo tanto la vida política se reduce en su aspecto más importante a reflejar la perpetua competición de los individuos para lograr monopolizar este poder político. A partir de aquí estas premisas les llevarán a predicar como idea central de todo su análisis el hecho de que siempre fue, es y será una minoría la que va a triunfar en esta competición consiguiendo acaparar en sus manos el disfrute de este poder. En realidad son estas ideas fundamentales, junto con un punto de vista muy peculiar acerca del estudio de lo político lo que sirve de punto de unión entre estos pensadores. Las diferencias son, pues, importantes y es necesario tenerlas en cuenta a la hora de adentrarnos en nuestra investigación; sin embargo, si bien estamos totalmente dispuestos a considerar estas diferencias que separan, al tiempo que

particularizan la aportación de cada uno de estos autores, tampoco podemos dar la idea de que nos encontramos frente a un grupo de pensadores que sólo el azar ha querido reunir bajo una denominación común; estamos viendo, y seguiremos aportando nuevos hechos que refuercen esta opinión, que existen unos fuertes lazos que unifican el discurso de estos autores, aún dentro de su diversidad, y que justifican plenamente nuestra pretensión de presentarlos como un conjunto que inicia una importante corriente dentro de las ciencias sociales, que tendrá toda su repercusión en la segunda mitad de nuestro siglo, y que es necesario seguir recuperando para lograr un mayor avance en estas disciplinas, a la vez que para evitar caer en los mismos errores en los que ellos cayeron.

Si seguimos fijandonos en los puntos que pueden diferenciar a nuestros pensadores, podemos muy bien afirmar que existen dos grupos de estos a tener en cuenta, uno de ellos no va a ser considerado en este capítulo, puesto que, en realidad está compuesto por aquellas divergencias que se desprenden de la teoría particular de cada uno de ellos acerca de la minoría gobernante, y todavía no ha llegado el momento en que podamos enfrentarnos con este problema; sin embargo, lo que sí podemos considerar ahora son aquellas disparidades que se desprenden del planteamiento inicial que estos autores presentan acerca del modo de enfocar su estudio, y los puntos básicos de este, que hemos recogido en las dos primeras partes de este capítulo. Vamos a tratar, pues, de presentar la diversidad de enfoques de lo histórico-político, a partir del cual se lanzan a la tarea nuestros pensadores, complicando, pero a la vez enriqueciendo nuestro objeto de estudio.

Comenzaremos, pues, por reflexionar sobre los planteamientos de Pareto, el autor que nos los ha presentado más nítida y sistemáticamente y que, por esta causa ha ocupado un lugar predominante en el capítulo actual. Pareto se adentra en el estudio de los fenómenos sociales armado con un gran aparato teórico-conceptual con el que va a tratar de desenmarañar el caos aparente con el que se topa en su intento. Una vez que conocemos al menos los fundamentos y los principales elementos de este sistema, podemos tratar de reflexionar para dilucidar cual será el punto de vista que confiere a su estudio de este campo tan complejo. Evidentemente parece claro que en los enfoques que nuestro autor irá dando a los temas que considera sucesivamente el elemento psicológico va a ocupar un puesto destacado, o al menos así lo han considerado la mayor parte de los estudiosos de este tema. Sin embargo no creo que el concepto psicológico sea el más adecuado para comprender la actitud paretiana; en realidad a Pareto no le interesan nada las motivaciones internas de la conducta humana, sino que, por el contrario, fija su atención en las manifestaciones de estas motivaciones y en los tipos de acciones que utilizan los individuos ante situaciones muy determinadas. Está claro que cualquier autor que escoja como objeto principal de la sociología a las acciones humanas ha de recurrir, antes o después, a la idea de que existen unos impulsos que empujan al individuo a actuar de un modo determinado y, lo que es más importante, del mismo modo frente a impulsos o situaciones parecidas. La regularidad en las acciones humanas, el punto que en definitiva le interesa más a nuestro autor, ha de ser atribuida a causas psicológicas, pero ello no significa que después el pensador se si-

ga interesado por ellas y las continúe utilizando a fondo en sus escritos. Pienso, pues, que el principal problema que encontramos en el enfoque de Pareto no es el psicológico, ni mucho menos, quizá, por el contrario, una gran laguna que se hace notar en todo sus discursos es el hecho de que haya pasado por encima del tema de la psicología humana, sin atribuirle la importancia debida, ni presentándolo con toda su complejidad y profundidad, lo que, sin duda alguna, hubiese enriquecido enormemente el análisis paretiano. Lo que ocurre en realidad es que este pensador adopta una perspectiva excesivamente formalista que le impide, con demasiada frecuencia, llevar sus muy acertadas intuiciones hasta sus últimas consecuencias; parece evidente, además, que este formalismo puede tener una gran relación con la formación científico-técnica de Pareto, y con su obsesión por seguir lo más fielmente posible el método de la ciencia lógico-experimental. El lector que se enfrasca en sus escritos nota en repetidas ocasiones como si algo le faltara a su análisis, como si se quedara simplemente en la superficie de los hechos sin penetrar más profundamente en los aspectos más interesantes y beneficiosos para el estudio político y social. Este hecho es, por ejemplo, evidente si consideramos el tratamiento del problema de la acción, y sobre todo las definiciones de los dos tipos de acciones, la lógica y la no lógica, que toma en cuenta; a partir de aquí todo su sistema se funda sobre una base terriblemente formalista y que solamente considera una parte muy reducida de los aspectos sociales. Si tomamos en cuenta que va a ser este el único fundamento sobre el cual se monta todo el edificio teórico paretiano, llegando a la formulación de la teoría de los residuos y las derivaciones que antes

presentabamos, no debemos sorprendernos por el sesgo que se hacía notar en todo momento en el análisis del tema de las élites en Pareto, un psicologismo, aunque no nos guste nada esta denominación, teñido con un alto grado de formalismo. De todos modos el mismo autor encuentra estrecho, en algunas ocasiones, los límites que él mismo se ha marcado para su estudio, por lo que no es raro observar que añade otros enfoques al que seguirá siendo el central, para tratar de completar, así, la explicación de los hechos que le atañen. Antes de pasar a la consideración de los escritos de otro autor, recordemos que, desde un principio, Pareto no oculta su decisión de optar por el enfoque lógico-experimental en el estudio de los fenómenos políticos y sociales, así como también no duda en afirmar que esta misma elección restringe enormemente el campo al que se puede asomar cualquier investigador, que, sin embargo, ha de resignarse a no traspasar estas fronteras si quiere obtener buenos resultados fiables que puedan servir para una futura previsión de acontecimientos y hechos. Pero todo esto no es óbice para que el investigador pueda recurrir a otros enfoques complementarios, si quiere alcanzar una comprensión lo más global posible de los fenómenos sociales.

G. Mosca, como hemos apuntado en alguna ocasión, marca desde el comienzo unos límites muy concretos a su investigación, que darán lugar a que no caiga en el peligro de su contemporáneo de perderse en un estudio demasiado amplio, y al mismo tiempo se encuentra en muchas mejores condiciones para profundizar en los asuntos en los que, poco a poco se va adentrando. Esto da lugar a que en muchos puntos, su pensamien-

to sea más riguroso y acertado que el paretiano, pero, al mismo tiempo, limita la repercusión de su discurso a círculos mucho más estrechos que los que alcanzó el primero. Mosca, que no dedica tanto esfuerzo a una obsesión de rigurosidad científica, pero que a la vez lleva a cabo un análisis tremendamente detallado, entra muy pronto de lleno en los que él considera los principales temas de una ciencia de la política, y va a ser en el desarrollo de su pensamiento donde se van a ir descubriendo los principios de su pensamiento, al tiempo que se percibe el peculiar enfoque que impregnará todo el estudio del problema de la clase política. Decíamos antes que los dos conceptos fundamentales de su discurso son, sin lugar a dudas, los de la organización, y la idea, íntimamente ligada a la primera, de la incompetencia de las masas; pero junto a ellas podemos señalar un concepto que en realidad podía definir perfectamente todo su enfoque, el del poder. Mosca es, en verdad, el teórico de las élites que lleva adelante el estudio más perfeccionado de la distribución del poder político en la sociedad; desde el comienzo este pensador a sí mismo como un profesional del estudio de la política, y por ello no se aparta en lo más mínimo de esta línea a través de todos sus escritos. Mientras que Pareto y el mismo Michels comparten el interés por el estudio de lo político con el esfuerzo por comprender el funcionamiento de la sociedad, Mosca parte de la idea de que la política es el fenómeno fundamental en el estudio social, y más en particular en el estudio de la distribución del poder en esta. Junto a este enfoque del poder no podemos olvidar en ningún momento la importancia de la historia en este autor, y el primer plano en el que esta se encuentra constantemente en todos sus es-

critos. Historia, poder y política son, pues, la trilogía que define la línea básica de desarrollo de su análisis, sin dejar a un lado, en ningún momento, que es principalmente en este pensador donde vamos a encontrar una intención más clara de reforma política y social, es decir de luchar por conseguir detener el proceso en el que están sumergidas las sociedades europeas, para tratar de erigir un tipo de sociedad que, dentro de los límites posibles, pueda conseguir la máxima igualdad y libertad para los individuos.

En último lugar está Michels que, hasta el momento, está constituyendo la perpetua excepción en nuestra exposición; pero tampoco hay duda de que Michels aporta un enfoque particular y muy interesante a la teoría de las élites. Ya hemos dicho que es el autor que se dedica a aplicar el discurso de sus maestros a un tema muy concreto que despertó el interés de muchos de los pensadores de su época: el del surgimiento y desarrollo de las grandes organizaciones, que estaba intimamente ligado con el de la gran evolución de la burocracia y de su poder en las sociedades contemporáneas. Michels, por lo tanto, no plantea un sistema de interpretación global de la sociedad como Pareto y Mosca, sino que se dedica a tratar de mostrar como el fenómeno de concentración del poder en manos de una minoría es algo consustancial a la organización, y que, por lo tanto, el sistema democrático es algo impensable en una sociedad contemporánea, que se ve encaminada a estar totalmente sometida al dominio de las organizaciones. De este modo su aportación es doble, por un lado lleva a cabo uno de los primeros estudios rigurosos sobre este

tema, que será emulado, más tarde, por numerosos autores, y en segundo lugar lleva a la teoría de las élites al terreno de una investigación concreta, a pesar de que luego generalice sus resultados, como si el hecho de haber verificado la existencia de un fenómeno concreto bajo determinadas circunstancias nos permitiera poder extender su validez a otros ámbitos, en los que quizá no se lleguen a dar las mismas conclusiones que en el que había tomado como centro de su estudio. No existe una perspectiva característica de Michels acerca del fenómeno del liderazgo, al menos en el sentido en que aparece en el pensamiento de Pareto y de Mosca, pero si hay una nueva forma de tratar el tema, que, por cierto, será la que más adelante contará con más seguidores entre los investigadores de la segunda mitad del siglo XX. De todos modos, y a pesar de estas observaciones, no podemos dejar de señalar que Michels introduce una doble perspectiva de estudio, la cual, aunque inspirada en los escritos de sus maestros, contiene rasgos muy originales que habremos de tener en cuenta: una consideración del liderazgo en relación con la organización muy particular, y una justificación psicológica de la necesidad del liderazgo digna de tenerse siempre presente, y que, es curioso, aún no parece haber sido superada en su totalidad.

Con este breve análisis de nuestros tres autores pretendemos basar una opinión que antes lanzábamos: que al igual que es necesario contar con los puntos comunes que unen a nuestros teóricos de las élites, hemos de subrayar también sus innegables diferencias y puntos de divergencia, puesto que constituyen el centro de la verdadera riqueza de esta corriente, que al tiempo que permanece como algo unido ante

nuestros ojos, nos proporciona tres enfoques muy diferentes de estudio de los hechos históricos y políticos. Es, por otra parte, el particular planteamiento inicial de cada uno de estos tres pensadores, la manera en que conciben el método de las ciencias sociales y los fundamentos que han de basarla, lo que da origen a estas divergencias que tanto nos interesan aquí, puesto que se convierten en un buen preludio para el problema del dominio de las élites en el que no hemos de tardar ya mucho en entrar. Hasta el momento hemos estudiado el entorno y el fundamento de la teoría de las élites, y este mismo estudio nos ha permitido reflexionar y encontrar los enfoques que surgirán en la consideración de lo que, para los tres, es el tema central de su análisis, el estudio del hecho indudable de que la distribución del poder político en cualquier sociedad tiende siempre a concentrarlo en las manos de una monoría que se enfrenta, así, a una mayoría totalmente desprovista de este. Llegamos, pues, a que todo el planteamiento no tiene más que una salida, todos los elementos que han ido tomando en consideración y la forma en que lo han hecho les conduce a una única conclusión posible: el dominio de la élite en una sociedad es algo consustancial a la naturaleza humana y, por lo tanto, nada puede cambiar este hecho. Lo que hay que ver, ahora, son las diferentes formas bajo las que se plantea este hecho y cual será la más ideónea para cada circunstancia. Esta es, pues, la labor que se imponen a ellos mismos y que les va a ocupar en algunas partes fundamentales de sus obras. Pero recordemos, una vez más, que no podríamos haber llegado a este punto sin haber andado el largo y, a veces, tedioso camino que hasta ahora nos ha ocupado.

NOTAS.CAP.IV.EL PUNTO DE PARTIDA DEL ANALISIS.

- (1) BURNHAM, J.: "Les Machiavéliens..", op.cit., pg. 274.
- (2) PARETO, V.: "Les Systèmes..", op.cit., vol. 2, pg. 12.
- (3) PARETO, V.: "Manuel..", op.cit.
- (4) " " " " " , cap. I, pg. 6.
- (5) " " " " " , cap. I, pg. 9.
- (6) " " " " " , cap. I, pg. 11:
- (7) " " " " " , pg. 44
- (8) MARX, K.: "Contribución a la Crítica de la Economía Política.", Alberto Corazón Ed., Madrid 1976.
- (9) PARETO, V.: "Manuel..", op.cit., pg. 28
- (10) PARETO, V.: "Les Systèmes..", op.cit.,
- (11) " " " " " , pg. 137.
- (12) PARETO, V.: "Traité..", op.cit.
- (13) " " " " " , pg. 1.
- (14) " " " " " , pg. 12, & 20.
- (15) " " " " " , pg. 25.
- (16) " " " " " , pg. 1590, & 2400.
- (17) " " " " " , pg. 292, & 542.
- (18) PARSONS, T.: "La Estructura de la Acción Social", op.cit.
- (19) BOBBIO, N.: "Saggi sulla..", op.cit.,
- (20) MOSCA, G.: "Elementi..", op.cit., 1ª ed.

- (21) MOSCA, G.: "Elementi..", op.cit., 1ª ed., pg. 5
(22) " " " " " " , pg. 6
(23) " " " " " " , pg. 49.
(24) MICHELS, R.: "Introducción a la..", op.cit.

IV.1.3.El Tema de la Utilidad en Pareto:

- (1) PARETO, V.: "Traité", op.cit., pg 31, & 72
 (2) " " " " ", pg. 1002, & 1682.

IV.2.LA CIENCIA DE LOS HECHOS POLITICOS Y LAS ACCIONES HU-

- (1) BOBBIO, N.: "Saggi sulla..", op.cit., pg. 56.
- (2) PARETO, V.: "Traité..", op.cit., pg. 67, & 50.
- (3) PARSONS, T.: "La Estructura..", op.cit., tomo. I, nota 31, pg. 250.
- (4) PARETO, V.: "Traité..", op.cit., pg. 76, & 161.
- (5) " " " ", pg. 124, & 217.
- (6) HUGHES, H.S.: "Conciencia y Sociedad..", op.cit.
- (7) ARON, R.: "La Signification de l'Oeuvre de Pareto", en "Cahiers Vilfredo Pareto", n°1, Librairie Droz, Genève 1963, pg. 20.

IV.2.1.2.Los Residuos.

- (1) PARETO, V.: "Traité...", op.cit., pg. 461, & 875.
 (2) " " " " , pg. 1005.
 (3) " " " " , pg. 1489, & 2410.

IV.2.1.3.Las derivaciones.

(1) PARETO, V.: "Traité..", op.cit., pg. 92.

(2) HUGHES, H.S.: "Conciencia y Sociedad..", op.cit., pg. 196.

IV.2.1.4. Los residuos, las derivaciones y la forma de la sociedad.

(1) PARETO, V.: "Traité..", op.cit., pg. 1079, & 1732.

(2) " " " " , pg. 1113, & 1769.

IV.2.2. Gaetano Mosca.

(1) MOSCA, G.: "Historia de las Doctrinas..", op.cit., pg. 255.

(2) MEISEL, J.: "El Mito de..", op.cit., pg. 46.

(3) MOSCA, G.: "Elementi..", op.cit., 1ª ed., pg. 103.

IV.3. LA DIVERSIDAD DE ENFOQUES DEL ESTUDIO DE LO HISTORICO-POLITICO.

(1) HUGHES, H.S.: "Conciencia y Sociedad..", op.cit.



TP
1983
095-II

María Luz Morán Calvo-Sotelo



* 5 3 0 9 8 6 0 8 8 7 *
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

8-12-1984-2

EL ORIGEN HISTORICO Y GNOSEOLOGICO
DE LA TEORIA DE LAS ELITES

TOMO II



BIBLIOTECA

Departamento de Teoría del Estado y Derecho Constitucional
Sección de Ciencias Políticas
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología
Universidad Complutense de Madrid
1983

Colección Tesis Doctorales. Nº 95/83

© M^a Luz Morán Calvo-Sotelo
Edita e imprime la Editorial de la Universidad
Complutense de Madrid. Servicio de Reprografía
Noviciado, 3 Madrid-8
Madrid, 1983
Xerox 9200 XB 480
Depósito Legal: M-9850-1983

517

"EL ORIGEN HISTORICO Y GNOSEOLOGICO DE LA TEORIA DE
LAS ELITES."
(IIª Parte)

MARIA LUZ MORAN CALVO-SOTELO.

Tesis Doctoral dirigida por
Don Carlos Ollero Gómez, Catedrático de la Primera Cátedra de Teoría del Estado y Derecho Constitucional.

Departamento de Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense.

Madrid 1981.

CAP.V.EL DOMINIO DE LAS ELITES.

V.1.PARETO Y EL ANALISIS DE LA ELITE GOBERNANTE.

- V.1.1.La naturaleza del hombre y de la sociedad.
- V.1.2.La definición de la élite.
- V.1.3.La composición de las élites y su circulación.
- V.1.4.Las formas de dominio y de gobierno de las élites:

V.2.MOSCA Y LA CLASE POLITICA.

- V.2.1.Mosca y el carácter de la clase política.
- V.2.2.Historia y clase política.
- V.2.3.La clase política y las masas.
- V.2.4.La fórmula política.
- V.2.5.La defensa jurídica.

V.3.MICHELS Y LA LEY DE HIERRO DE LA OLIGARQUIA.

- V.3.1.Introducción.
- V.3.2.La organización.
- V.3.3.La necesidad psicológica del liderazgo.
- V.3.4.Consecuencias del análisis.
- V.3.5.Algunas consideraciones finales.

Notas.

CAP.V:EL DOMINIO DE LAS ELITES.

V.1.PARETO Y EL ANALISIS DE LA ELITE GOBERNANTE.

Por fin llegamos al punto que constituye el centro de nuestro trabajo, y al que hemos ido dedicando y dirigiendo todos los esfuerzos desde los capítulos anteriores: el tema de las élites; es decir, el modo particular en que cada uno de los tres clásicos del elitismo plantea su tesis fundamental, que en todas las sociedades humanas el poder político está monopolizado por una minoría de personas que lo utiliza para gobernar y para lograr determinados privilegios, quedando la mayoría de la población desprovisto de este. Al igual que hemos estado intentando hacer a lo largo de los capítulos anteriores, y con el fin de que la exposición quede lo más completa y ordenada posible, queremos separar en un principio, el discurso de cada uno de los autores, para analizar por separado sus discursos, y tener en cuenta lo más rigurosamente posible todas sus características e implicaciones. Seguidamente, al dar fin a esta tarea, estaremos en condiciones de poder presentar algunas conclusiones globales que resuman el sentido del argumento elitista. Por todo esto pensamos que sería absurdo romper ahora con el orden de presentación de los pensadores que estamos siguiendo, y por lo tanto, comenzaremos con el estudio del pensamiento de V. Pareto. Dado que, gracias a nuestra labor anterior, conocemos los fundamentos sobre los que ha basado todo su análisis y los conceptos que ha construido para este fin, podemos entrar di-

rectamente en el tema, enviando a nuestro paciente lector, en todos los puntos en los que puedan surgir dudas, al capítulo precedente, en el cual esperamos que pueda encontrar todas las respuestas que necesita para lograr una plena comprensión de nuestra exposición.

V.1.1. La naturaleza del hombre y de la sociedad:

En el capítulo anterior tocábamos toda la parte del discurso paretiano que se refería a su concepción de la ciencia, de la acción no lógica y de los principales elementos de esta, por medio de los cuales podíamos asomarnos al análisis de los principales hechos sociales. Dejamos deliberadamente a un lado lo que podríamos denominar la concepción de la naturaleza del hombre y de la sociedad en Pareto, es decir la idea que este tiene de como son los individuos y de como se forma la sociedad. ¿Para que introducir en este capítulo, cuyo fin es presentar la teoría de la élite en Pareto, un apartado con este título, se preguntará el lector?. Creemos que no estamos equivocados al suponer que unas breves líneas sobre el tema constituyen una excelente introducción al problema de la élite, y al mismo tiempo nos ayudarán a comprender mejor todo este complicado asunto. Por lo tanto no nos detendremos más en disquisiciones acerca de la conveniencia o no de este u otro apartado, y entraremos directamente en materia.

Hemos venido hablando, siempre que nos hemos referido a este autor, de que Pareto era una persona extremada-

mente rigurosa en la presentación de los temas que iba tocando a lo largo de sus escritos, tratando de seguir en todo momento el camino más próximo al que reflejara los pasos se- por los que transcurría su investigación, lo cual hacía tre- mendamente sencillo. en algunas ocasiones, la localización de los temas que nos interesaban y el seguir su razonaminto. Sin embargo, en este tema en particular no sucede lo mismo, no en- contramos ningún capítulo, o parte en sus escritos, que esté directamente dedicado al análisis de esta cuestión. Se trata, pues, de recoger las ideas que va vertiendo esporadicamente pero que, a pesar del desorden aparente, constituyen un con- jun- to coherente y acorde con el res. o del discurso paretiano.

La primera idea que queremos tocar, puesto que so- bre ella reposa todo el resto de su edificio teórico es la afirmación, que Pareto repite en numerosas ocasiones, de . que el hombre es por naturaleza sociable; la asunción de este pos- tulado aristotélico se deja notar desde muy pronto en todos sus escritos sociológicos pero tiene ya su plena confirma- ción cuando, en su clasificación de los residuos, el autor incluye una clase a la que denomina los residuos de la socia- bilidad. El individuo, pues, por naturaleza es un ser socia- ble que ha de vivir en comunidad, siendo excepcionales los casos en que encontramos a un hombre en aislamiento. Ya en el Manual nos dirá:

"L'homme qui ne vit pas en société est un homme extraordinaire, qui nous est à peu près, ou plutôt entièrement inconnu; et la société distincte des in- dividus ne répond à rien de réel." (1)

A partir de aquí se deduce logicamente que si el

hombre es por naturaleza sociable, la sociedad, por su lado, no es de ningún modo una construcción artificial, sino algo natural hacia lo que tienden todos los individuos y que aparece ya desde el principio, desde que tenemos noticias de la existencia del individuo sobre el globo. Todo esto da lugar a que sea lógico que la principal ciencia que se ocupa del estudio del individuo sea aquella que lo investigue dentro de la sociedad, ocupando el principal puesto dentro de esta, y en relación con todos sus demás elementos, la sociología; el resto de las disciplinas que se centran en el hombre aislado no son más que resultantes de unos procesos de abstracción, puesto que en rarísimas ocasiones nos vamos a poder encontrar con seres humanos aislados, y en realidad la situación de soledad absoluta corresponde más al reino de la ficción que al de la observación experimental. De aquí que Pareto desplaza el centro de atención desde la consideración del individuo hacia la sociedad, para volver después al mismo hombre, una vez que se ha tratado de conocer las principales características de las agrupaciones humanas. La sociedad paretiana será, pues, un conjunto radicalmente diferente de la suma de los elementos que la componen, poseyendo sus propios rasgos, que, en muchas ocasiones, pueden no coincidir con los de los individuos que la forman. Sin embargo, aún considerando que nos encontramos frente a un objeto de estudio claramente diferenciado y que posee sus propias características particulares que son las que debemos de estudiar, ello no es óbice para que hayamos de tener en cuenta algunos puntos que derivan de la composición de la sociedad y que, por otro lado, son fundamentales para la investigación de este fenómeno.

"Que cela plaise ou non à certains théoriciens, il est de fait que la société humaine n'est pas homogène. Que les hommes sont différents physiquement, moralement, intellectuellement."(2)

En esta rotunda afirmación que nos presenta el autor en el Tratado, está dibujada una de las principales peculiaridades del discurso paretiano acerca de la sociedad; esta es, ante todo, heterogénea, es decir, está compuesta por elementos diferentes, y en ningún caso puede afirmarse que pueda reducirse a un principio unitario que la englobe en todos sus aspectos. En una primera impresión el lector que toma en consideración esta idea puede extraer de ella algunas implicaciones importantes para el análisis de la sociedad, por lo general aquellos autores que mantienen la opinión de que la sociedad no es un grupo homogéneo, sino que, por el contrario, lo que realmente predomina en ella es la diversidad y la heterogeneidad, son aquellos que tienen una visión más flexible acerca de estos temas, en su pensamiento se destaca la importancia de todo lo que supone el cambio, lo dinámico, el conflicto, como factores beneficiosos para el desarrollo social. Pero no hemos de dejarnos engañar en ningún momento por el discurso paretiano que va dirigido hacia otros fines. Pareto predica la idea de la heterogeneidad social no por que crea que el elemento del cambio ha de tener una mayor importancia que el de permanencia en los grupos humanos, sino por una razón radicalmente diferente, por la desigualdad natural que existe entre los hombres que imposibilita la aparición de una sociedad de iguales, y, por lo tanto, homogénea. Vemos, pues, que, en un principio, aunque después sus implicaciones tengan un mayor alcance, las razones aducidas para mantener

esta tesis son bastante superficiales y también altamente formales. De todos modos hemos de considerar que Pareto necesitaba airmar ambas ideas al mismo tiempo: por un lado que no puede existir una sociedad totalmente homogénea en la que no se den fenómenos de conflicto y de cambio, y a la vez, si quería irse preparando el terreno para plantear su teoría de las élites, es evidente que no podía admitir la idea de que todos los hombres fueran iguales, puesto que ello acabaría con la suposición de que los miembros de las élites son los "mejores". La idea de que la sociedad es heterogénea por que los miembros de estas son distintos por naturaleza es tratada con toda su amplitud en el Tratado, pero tanto en el Manual como en los Sistemas Socialistas ya de deja apreciar como motivo de fondo. ¿Y en que se basa esta pretendida desigualdad entre los hombres? se estará preguntando a estas alturas nuestro esforzado lector. En realidad el autor no hace más que recordarnos aquellas diferencias que separan a los hombres, que son aceptadas por lo general en el mundo contemporáneo, pero que no implican necesariamente que pensemos que es inevitable la consiguiente desigualdad entre los individuos en otros planos, como, por ejemplo, puede ser el político o el social. Pareto se refiere a dos tipos de diferencias entre los hombres, por un lado las que se derivan de hechos físicos y que son muy evidentes, como pueden ser la fuerza, la edad, el sexo, la salud etc., pero junto a ellas existen otras, quizá menos evidentes, pero que de todos modos tienen una incidencia a veces incluso más importante sobre la distribución de los hombres en la sociedad. En este grupo podemos citar las cualidades intelectuales y morales, la inteligencia, el valor etc.. De este modo la heterogeneidad de

los componentes de la sociedad va a ser una de las causas principales que justifique el dominio de una minoría, la más cualificada, sobre la gran mayoría. En este sentido nos dirá nuestro autor:

"L'assertion que les hommes sont objectivement égaux est tellement absurde qu'elle ne mérite pas même d'être réfutée. Au contraire, l'idée subjective de l'égalité des hommes est un fait d'une grande importance, et qui agit puissamment pour déterminer les changements que subit la société. (3)

Con la segunda parte de la cita que acabamos de presentar entramos en la segunda parte de este razonamiento parietano que, en realidad, es la más peculiar de este. El hecho evidente sobre el que ha de basarse el observador que siga un método lógico experimental, es que los hombres difieren entre sí, y por lo tanto la sociedad que van a conformar no puede ser, en ningún caso, una sociedad homogénea, sino por el contrario totalmente heterogénea; pero que en la realidad esto sea así no quiere decir, ni mucho menos que ante los ojos de los individuos aparezca como tal. En realidad, empujados por los residuos, y en particular por el de la segunda clase, el de la persistencia de los agregados, y también por el de la sociabilidad, todos los individuos necesitan buscar una unidad en la sociedad, y es el esfuerzo por presentar esta imagen lo que da lugar a que se predique la igualdad entre los individuos. Los hombres buscan la uniformidad, y por ello castigan toda forma de desviación social, son diferentes y quieren parecer iguales; es realmente un sentimiento, una convicción, de que el exceso de heterogeneidad social les lleva-

ría al enorme peligro de desmembramiento de la sociedad, es el que les empuja a crear una unidad de pensamiento y de sentido dentro de sus grupos sociales. El investigador dedicado a estos temas, para nuestro autor, ha de llevar a cabo dos tareas simultáneamente; por un lado tiene que desentrañar la verdadera heterogeneidad social para poder apreciar correctamente la composición y el funcionamiento de los diferentes grupos sociales, y por otro lado tiene interés el estudio del aparato ideológico que construye en cada caso la agrupación humana para presentar la, en realidad inexistente, unidad social.

En todo caso todo lo expuesto con anterioridad se refiere a la concepción de los grupos sociales desde el punto de vista de su composición, es decir partiendo del estudio de los individuos que los conforman; existen, de todos modos, otros puntos de vista que también hemos de tener en cuenta a la hora de enfrentarnos a este tema. Por ejemplo se puede tratar de ver a la sociedad desde la perspectiva de las mutuas relaciones que mantienen entre sí los diferentes elementos que la componen, y que evidentemente no se reducen solamente a la población. Habíamos dicho anteriormente que, para Pareto, la sociedad no se reducía ni mucho menos a la suma de los elementos que la componían, sino que, por el contrario, se trataba de un conjunto diferente que surgía a partir de las relaciones recíprocas que mantenían entre sí los distintos factores que la componían. Esta idea nos lleva, pues, directamente a la de sistema, concepto que es asumido e incluido dentro del esquema interpretativo paretiano. Todos los elementos que componen la sociedad se encuentran en un estado de mutua interdependencia,

y, por lo tanto, constituyen lo que se puede denominar un sistema social, del cual Pareto pretende estudiar tanto la forma como las propiedades. El hecho de ver a la sociedad como a un sistema implica fundamentalmente que no nos es posible tratar de estudiar sus elementos de un modo aislado, sino en su interrelación y mutua influencia, puesto que será el resultado de toda esta compleja red de relaciones lo que se considerará, propiamente, como el grupo social, y no las características de cada variable aisladas.

"En tout cas, que le nombre des éléments que nous considérons soit petit ou grand, nous supposons qu'ils constituent un système, que nous appelons système social (&119), et nous nous proposons d'en étudier la nature et les propriétés."

Ce système change de forme et de caractère avec le temps; et quand nous nommons le système social nous entendons ce système considéré aussi bien en un moment déterminé que dans les transformations successives qu'il subit en un espace de temps déterminé." (4)

Pero Pareto, que en el Tratado ya había llegado, como estamos viendo, a la concepción de la sociedad como un sistema, había partido en el Manual, y en su segunda gran obra de carácter sociológico, de una base bastante diferente, aunque muy acorde con todas las corrientes de pensamiento de la época; la sociedad era, y en cierto modo lo sigue siendo hasta el final de su obra, un organismo social con grandes similitudes con el organismo viviente, es decir con el organismo biológico. La sociedad humana no puede ser considerada como un conjunto desordenado de átomos aislados, sino como un todo orgánico en el cual todos los elementos están sometidos a una serie de normas co-

mas comunes que son la base de su unidad; en el caso de que algún elemento se salga de los límites marcados por estas se producirán graves disfunciones con importantes consecuencias para el buen funcionamiento social, y que habrán de ser suprimidas lo antes posible so pena de convertirse en fuerzas desintegradoras de la unidad social. La perspectiva organicista, en la cual nuestro autor sólo se inscribe de forma muy parcial puesto que rechaza desde el comienzo algunos de sus puntos básicos, le proporciona seguramente el primer paso para poder llegar más adelante a la noción de sistema. Lo que le interesa en ambos conceptos es la idea, antes señalada, de que los distintos elementos de un organismo social cualquiera se encuentran en un estado de mutua conexión constante que es la que en realidad determina que se cumplan los fines para los cuales fue creado dicho organismo; y, en segundo lugar, le supone un punto de apoyo importante para basar su idea de la lentitud de los cambios esenciales dentro de la sociedad. Si partimos de la idea de un organismo social muy similar en su funcionamiento al biológico, tenemos que llegar inevitablemente a afirmar que cada uno de sus elementos cumple una función específica imprescindible para la supervivencia de dicho organismo; de este modo se mantendrá que los cambios en la estructura habrán de ser insignificantes y muy escasos, puesto que todos ellos suponen un trastorno básico en el sistema social, que tenderá a volver a su situación inicial para seguir cumpliendo sus objetivos. El hecho de que el cambio estructural sea prácticamente imposible no implica, sin embargo, que no existan continuos movimientos en las moléculas y que, al mismo tiempo, puedan producirse transformaciones en la forma del or-

ganización, que no afecten sin embargo, a su estructura. Esta idea implicará, evidentemente, en el discurso posterior de nuestro autor, que se atribuya una preponderancia excesiva a los factores estáticos dentro de la sociedad, frente a los dinámicos. Al mismo tiempo, la consideración de los diferentes elementos que componen la sociedad desde el punto de vista de su contribución a la buena marcha del sistema, va a ser una de las causas por las que este autor será uno de los preferidos de los nuevos sociólogos funcionalistas, esencialmente de los norteamericanos, que ven en él a uno de los grandes maestros de una nueva forma de estudio de los fenómenos sociales.

Realmente la dualidad en la consideración paretiana del individuo y de la sociedad que más nos interesa, y que creemos que es un punto en el que hemos de detenernos aunque sea muy brevemente, es la que se establece entre la visión pluralista de la sociedad y la visión unitaria. Creemos poder afirmar, sin temor a equivocarnos, que Pareto es uno de los pensadores que admite más abiertamente que la perspectiva desde la que hay que tomar en cuenta a los hechos sociales ha de ser, indudablemente, la que nos presenta a una sociedad heterogénea, puesto que únicamente desde esta perspectiva es como vamos a poder descubrir la verdadera realidad social de un modo lógico-experimental. Sin embargo, y ya esperamos haber insistido suficientemente sobre este punto, la verdad experimental no ha de coincidir necesariamente con la utilidad social, y prueba de ello es el hecho de que la idea de una sociedad homogénea no puede ser aceptada por los individuos desde un punto de vista científico, pero ha de ser mantenida de una manera subjetiva, ante el peligro de la desintegración social. Por ello,

nuestro autor también afirma que una visión unitaria de la sociedad es una garantía de la permanencia de la misma, a pesar de que no abandona su convencimiento de que esta idea no corresponde a la realidad. Prueba de que existe este sentimiento común entre los hombres lo tenemos en el hecho de que los residuos más fuertes y eficaces en la sociedad no pueden ser contrarios a la conservación de esta puesto que ello entrañaría su rápida destrucción. En realidad la mayor parte de los residuos, o al menos los más importantes, han de ser favorables a la comunidad, y tratarán de que exista una unanimidad entre los individuos, por lo que se refiere al respeto y la veneración de la propia sociedad y de los fines que persigue. Como veremos más adelante la religión ocupa un lugar fundamental en el logro de esta unidad social, que, en la terminología paretoiana, pertenecería por completo al reino de lo no lógico. Todo ello nos lleva a tener que subrayar que los hombres tienden naturalmente a vivir en sociedad, en el discurso de nuestro autor, y por ello surgen unos sentimientos que empujan a que la unidad de esta no se destruya.

"La vie en société a pour fondement nécessaire une bienveillance réciproque des individus." (5)

Unidad y pluralismo, homogeneidad y heterogeneidad son, pues, los principios que se enfrentan en la sociología de Pareto, sin que exista una victoria de uno de los dos lados, ya que ambos son imprescindibles en el buen funcionamiento social, por una parte, y para el conocimiento científico de la sociedad, por otro. Habíamos dicho, continuando con nuestra línea de exposición, que los individuos dentro de este discurso se definían principalmente por el hecho de ser diferentes en-

sí, lo que daba pie a Pareto a inferir que esta era la causa fundamental por la que se justificaba la formación de diferentes grupos dentro de la sociedad, y el predominio de uno de ellos, de la élite, sobre todos los demás. Pero, junto a este elemento de diversidad, como ya es habitual, aparece otro que marca la unidad y la homogeneidad, la inmutabilidad de la naturaleza humana y de sus manifestaciones sociales. Los hombres son diferentes, pero al mismo tiempo la naturaleza de estos permanecerá siempre igual, y esta constancia es la que le permite al investigador formular las leyes sociales que surgen de la existencia de estas uniformidades. Decíamos en el capítulo anterior que Pareto basaba su estudio sobre dos contrarios a partir de la constatación del predominio de las acciones no lógicas en la conducta humana: los residuos y las derivaciones. Tanto uno como otro, pero fundamentalmente el primero, se basaban en la idea de que el individuo posee unos instintos y unos sentimientos que no varían a lo largo del tiempo y que le hacen reaccionar del mismo modo ante fenómenos similares.

"Une même cause produit les mêmes effets, seule la forme sous laquelle ces effets se manifestent est différente." (6)

El hombre paretiano es uno, y siempre el mismo desde el principio de los tiempos, al recibir por naturaleza una serie de características que no van a verse afectadas en ningún momento por las circunstancias; de este modo nuestro autor desprecia o ignora olímpicamente todos los descubrimientos de los historiadores, sociólogos y antropólogos que, desde mediados del siglo XVIII habían ido estudiando el pro-

ceso de diferenciación social y los efectos del medio en las alteraciones de las respuestas humanas. Puesto que dichas respuestas sólo vienen determinadas por las capas más profundas de la psicología individual, y estas forman parte de una naturaleza inmutable, la historia de la humanidad no registrará ningún tipo de evolución apreciable, sino únicamente unos ciclos de auge, desarrollo y decadencia de las civilizaciones, causados porque los hombres se equivocan al actuar ante determinadas situaciones y acarrear la ruina de sus propias sociedades. Pero, en definitiva, y exagerando un poco, es exactamente igual considerar al hombre de la civilización sumeria de tres mil años antes de Cristo, que al ciudadano de un estado liberal decimonónico; encontrándose un fondo común inalterable bajo las apariencias que, esas sí, cambian a lo largo del tiempo. Aunque insistiremos en el momento apropiado, en las graves consecuencias que va a tener esta tesis, por ejemplo en su concepción de la historia, o en la de la élite, señalemos únicamente por ahora, que es esta absoluta simplificación de la naturaleza humana la que le permite a Pareto basar toda su teoría social, y por ello hemos de tenerla constantemente presente. Toda posibilidad de evolución o de progreso se cierra por lo que se refiere al propio hombre, a pesar de que las condiciones se transformen a lo largo de los años. Esto es, en definitiva, lo que le permite a Pareto, comparar en igualdad de condiciones una situación cualquiera ocurrida durante la época del Imperio Romano, con algún acontecimiento del siglo XIX europeo, o con la misma Revolución Francesa. La historia no avanza en una línea de progreso, sino que se repiten acontecimientos y situaciones de un modo cíclico, en las que ha de aprender el estudioso para poder dedicarse a una labor de predicción correcta.

Es así como Pareto comienza a oponerse a todo lo que tenga algún punto de contacto con las corrientes darwinistas o evolucionistas, que presuponen la existencia de un progreso, tanto de la sociedad como del ser humano, hacia formas superiores de organización y de conocimiento. En un momento dado, en los Sistemas Socialistas, parece aceptar la idea de la lucha por la vida o por el bienestar como uno de los fundamentos básicos de la existencia,⁽⁴⁾ pero nunca volverá a referirse a este tema en sus escritos posteriores, más que para criticar al darwinismo al que no reconoce más mérito que el haber señalado la influencia del medio sobre algunos acontecimientos sociales, aunque nunca estará de acuerdo con lo que él denomina el excesivo determinismo con el que plantea Darwin sus tesis. Los fenómenos sociales, además, no son nunca uniformemente crecientes o decrecientes, sino que siguen, por lo general, una forma ondulatoria; y es esto mismo lo que hace aún más difícil tratar de deducir el futuro a partir del pasado como hacen, o mejor dicho tratan de hacer, los historiadores contemporáneos. El pretender que las sociedades humanas o los conocimientos de los individuos aumentan de una forma regular no es sino otra legitimación que pretende atribuir al devenir histórico un carácter racional del que carece por completo; esta es la falacia en la que, para él, han caído numerosos pensadores e historiadores del pasado y del presente, y que hay que evitar a toda costa. Por mucho que le cueste al investigador debe admitir que este movimiento lineal es inexistente, y que ello mismo le complica enormemente su labor de estudio. Por otro lado, sin embargo, la convicción de que la naturaleza humana es totalmente inmutable le hace posible el adentrarse en el estudio de lo histórico. De aquí las enormes

críticas, que tocaremos más adelante cuando entremos en el capítulo dedicado a su concepción histórica, dirigidas a pensadores como Comte, Spencer o Saint Simon, de los que tomará, a pesar de todo, algunas ideas básicas en otras cuestiones.

Realmente, por todo lo que vimos diciendo, Pareto se ha preparado ya perfectamente el camino para exponer su teoría de las élites al completo, puesto que con una concepción antropológica como la que hemos venido estudiando, y con una idea de la sociedad a la vez unitaria y pluralista, no se podía inferir ningún tipo de sistema político que no fuera el de la sumisión de una mayoría, a la minoría en el poder. Al mismo tiempo, y este será un tema sobre el que habremos de volver a detenernos con mucho más detalle cuando consideremos el puesto del cambio y de lo estático en el discurso de los teóricos de las élites; será aquí cuando saltará a la vista que a Pareto le interesa más poner de relieve los factores de permanencia en las sociedades sobre los de transformación. Como bien nos dice Raymond Aron:

"En présentant une esquisse de l'organisation propre à toute société, elle tend implicitement, sinon explicitement, à réduire l'importance des formes diverses que dissimulent le fond commun ou constant." (8)

Habíamos dicho que el principal propósito de nuestro autor residía en el estudio de la forma social, y para ello se decide a considerar la forma en que se determinan mutuamente los elementos que accionan sobre ella; entre estos Pareto establece tres categorías fundamentales para ordenar los principales factores que intervienen en este juego de fuerzas: en primer lugar está el clima, la flora, la fauna etc..

,es decir los elementos materiales o fijos del sistema.En segundo lugar están los elementos exteriores,es decir las acciones de las otras sociedades sobre ella y las consecuencias del estado anterior de la sociedad;y por último una tercera categoría sería la de los elementos interiores,entre otros los residuos,el estado de los conocimientos,las derivaciones, las tendencias,las aptitudes al razonamiento etc..La mutua interacción de todos estos factores es la que va a dar lugar a la forma social,tomando en cuenta además que también intervienen las fuerzas que empujan hacia la conservación de la sociedad.Para conocer la forma social habrá que conocer,pues, todos sus elementos,ponderando cuidadosamente su importancia dentro del conjunto;si esto no es posible habrá que recurrir a un conocimiento indirecto de los elementos en base a los residuos.La unión de todos estos va a formar el sistema social,que, en opinión de nuestro autor,puede ser estudiado de dos maneras diferentes:por un lado considerandolo en reposo, y por otro lado tratando de ver sus transformaciones a lo largo del tiempo,tanto en lo que se refiere a la forma como a su características.

Pero en realidad el principal objetivo de Pareto reside en el estudio del sistema social en reposo,pero no en una situación estática cualquiera,sino en la que él denomina el equilibrio social.Muy influido por todo su bagaje cultural de científico natural y sobre todo de economista,nuestro autor piensa que si formamos una línea en el tiempo con todos los fenómenos que han ido variando en una sociedad,podemos apreciar que siempre existe un punto de equilibrio hacia el que tienden todos los factores,pudiendo dibujarse así una línea

de equilibrio en esta evolución. Lo realmente importante es que si la sociedad es apartada artificialmente de un punto x tenderá inmediatamente a volver a él. Se trata, pues, de un equilibrio estadístico en el cual las variaciones se compensan las unas a las otras. Y es este estado el que Pareto quiere estudiar, puesto que piensa que es el mejor modo de conocer los elementos de cualquier sociedad, sus mutuas relaciones y funciones.

Hay que tener siempre en cuenta que el sistema social es mucho más complejo que el económico, dado que en él entran acciones no lógicas que complican mucho el estudio. Además no hemos de dejar de lado que la imprecisión que acarrea el hecho de que haya que llevar a cabo el estudio con los residuos y las derivaciones, y sin recurrir directamente a los hechos sociales, separa una vez más la investigación sociológica de los otros tipos que podamos encontrar dentro de las ciencias lógico experimentales. El investigador que emprende el estudio de estos temas ha de tener siempre en cuenta que lo único que puede conocer directamente son las derivaciones, y que estas, en muchos casos, no corresponden con precisión a los residuos de los que provienen. Aquí surge la gran dificultad que existe en la construcción de una verdadera ciencia de la sociedad. En ocasiones parece no existir ningún tipo de correspondencia entre la derivación y el residuo, puesto que la primera sobrepasa el sentido y la realidad del residuo; además un mismo residuo puede dar lugar a diferentes derivaciones en distintas sociedades, y aún puede darse el caso de que permanezcan dos derivaciones contrarias en un mismo individuo o en una misma sociedad. Todo ello da lugar a que no podamos

tener nunca una idea clara del sistema social (habiendo de conformarse con meras eproximaciones al tema. Vemos, pues, como la idea que tiene Pareto acerca del sistema social encaja perfectamente dentro de todo su esquema teórico anterior, y como se reafirma la idea de la imposibilidad de un conocimiento científico pleno dentro de las disciplinas sociales, al partir de la base de que el objeto de estas es mucho más complejo que el de las ciencias naturales, y sobre todo que el camino que ha de recorrerse es mucho más arduo. Por todo ello la tarea del investigador social es sumamente complicada y presenta mayores escollos que los que ha de sobrepasar aquel que se dedica a otras disciplinas.

Todo lo dicho con anterioridad nos permite afirmar que la sociedad que nos presenta nuestro autor se encuentra en un punto intermedio entre dos tipos de sociedades abstractas que no se dan nunca en la realidad: por un lado una sociedad en la que sólo actúan los sentimientos y por otro lado una sociedad en la cual únicamente actúan los razonamientos lógico-experimentales. Por lo tanto en el momento en que se quiere conocer realmente la naturaleza y el funcionamiento de una sociedad real han de tomarse en consideración, ante todo, la circulación exterior, los sentimientos, las razones lógico-experimentales utilizadas para obtener la satisfacción de sentimientos e intereses, y finalmente las derivaciones que expresan estos mismos.

V.1.2. La definición de la élite:

Desde sus primeras obras de carácter sociológico el tema de la élite va a ser una constante en el pensamiento parretiano, y en realidad puede afirmarse que todo su sistema está dirigido hacia la afirmación de que el dominio del poder político ha estado y seguirá estando siempre en manos de una minoría de individuos, que por una u otra razón poseen una serie de cualidades que les hace ser superiores en una comunidad determinada. Todo el discurso de Pareto puede asemejarse a un rompecabezas en el que el autor va colocando poco a poco piezas, todas ellas dirigidas a dejar un hueco en el que sólo cabe una última de ellas: la teoría de las élites. Tanto en su teoría acerca de la ciencia lógico-experimental como en su estudio de las acciones no lógicas y de los residuos y de las derivaciones, como finalmente en su concepción antropológica y de la sociedad se vislumbra el objetivo final. Por esta causa es por lo que hemos considerado imprescindible plantear todos estos temas antes de entrar de lleno en la cuestión que ahora nos ocupa. Realmente la teoría de las élites o de la clase política, tanto para Pareto, como para Mosca y Michels no se reduce a ser meramente una parte más en el estudio de la realidad político o social, sino que, en verdad, se alza como el centro de todo su sistema de explicación, y más aún como aquella ley o regularidad fundamental de la ciencia política o de la sociología que los teóricos anteriores habían olvidado o habían dejado deliberadamente de lado al plantear sus discursos. De este modo todos sus esfuerzos anteriores se encaminan a poder definir esta gran constante de las sociedades humanas, y

ahora aunarán todos sus esfuerzos para poder llegar a estudiar a fondo este fenómeno, y sobre todo para examinar, a la vez, todo el resto de la realidad político y social desde esta óptica. La importancia de la teoría de las élites es, en estos autores, tan grande que no se reduce a aparecer como el eje de una teoría particular, sino que ellos mismos las consideran como punto central inamovible de cualquier estudio político o social que se pretenda llevar a cabo, puesto que sobre este ha de basarse cualquier intento de erigir una verdadera ciencia de la política o de la sociedad.

Hemos dicho en numerosas ocasiones, y lo volvemos a repetir ahora, que el argumento elitista tiene numerosos antecedentes en la historia de las ideas, no constituyendo ninguna novedad su aparición en un grupo de pensadores de finales del siglo pasado. Lo que sí será realmente novedoso, y nosotros hemos escogido este tema de investigación por esta causa, es la forma en la que se va a plantear el problema, y sobre todo las repercusiones que habrá de tener el argumento, al convertirse en la tesis básica de toda una corriente dentro de las ciencias sociales; en este momento de total renovación dentro de este campo se perfilan dos corrientes que representan dos visiones diferentes de la sociedad y de los fenómenos políticos, por un lado aquella que mantiene que la sociedad se divide en grupos en base al poder económico de cada uno de ellos, es decir la que cree en la existencia de clases sociales y en la posibilidad de la superación de su dominio. Y en segundo lugar aquella que corresponde a nuestros autores, que es la que tomando también como centro de su estudio el tema del poder político, considera que el dominio de una minoría sobre la mayo-

ría es un hecho indisolublemente ligado a la naturaleza humana y que continuará haciendo su aparición en todos los tiempos y lugares. Es por constituir el punto de partida de toda una serie de corrientes de pensamiento que dominan una parte importante del panorama intelectual de las ciencias sociales de nuestros días, por lo que el tema de las élites tiene para nosotros una importancia tan considerable.

Ante todo hemos de preguntarnos de dónde saca nuestro autor el tema de que la sociedad está siempre gobernada por una élite, es decir por una minoría que controla el resorte principal que garantiza el dominio del poder político. Hemos dedicado muchas páginas a tratar de poner en claro este punto, y creo que hemos dado ya suficientes vueltas al tema. Sin embargo por lo que se refiere al autor que en este momento nos ocupa hemos de señalar que pensamos que la base del argumento elitista de Pareto puede resumirse muy bien en una idea básica, la de la uniformidad de la naturaleza y sobre todo de la naturaleza humana. Puesto que los hombres están movidos, en lo esencial, por las mismas pasiones e intereses en el pasado que en el presente, las reglas que sigue la conducta política y social son las mismas, y si observamos que los individuos son diferentes por naturaleza encontrándonos siempre a un grupo con cualidades superiores o más idóneas para cada circunstancia, podremos deducir que el dominio de una élite fue, es y será una constante en la historia de las sociedades humanas.

Son, pues, todas estas ideas las que, formando un encadenamiento lógico, van a dar lugar a la particular formulación del

argumento elitista en el pensamiento de Pareto. Ya desde el "Manual de Economía Política" nuestro autor, que no pretende dedicar su obra al estudio de los fenómenos sociales ni políticos, sino a los puramente económicos, anuncia el tema de la élite. En verdad no podríamos decir que el tema esté tan trabajado ni aparezca con toda la riqueza y profundidad con la que lo hace en el Tratado, sin embargo sí que podemos afirmar sin temor a equivocarnos, que en lo básico no existen cambios importantes en su concepción e incluso en el primero de estos escritos se encuentran ya puntos que serán después esenciales y característicos en el discurso paretiano. Veremos, a lo largo de esta exposición, como Pareto se centra exclusivamente en la idea de la necesidad de una élite a causa de las diferencias existentes entre los hombres, y que, en lo que respecta a su capacidad de gobierno, son esencialmente psicológicas; los individuos están desigualmente dotados, y en cada circunstancia histórica se requieren unas personas dotadas con cierto tipo de cualidades que les conviertan en los "mejor dotados" para el arte de la gestión de los asuntos públicos. En principio, pues, y tal como se plantea, la teoría de las élites de este autor no señala necesariamente ningún sistema de gobierno idóneo, sino únicamente aquel que logre que los individuos más capacitados puedan acceder a los puestos de mayor responsabilidad en el gobierno de la sociedad. Pero hemos de advertir, antes de seguir adelante, que el argumento elitista no conlleva necesariamente esta diferenciación de las cualidades psicológicas entre los hombres, que, por otro lado hemos de tener cuidado de no confundir con ciertas formas de racismo. Evidentemente toda concepción elitista supone la convicción de que, de algún modo, los miembros de la élite son los "mejores", pero ello no

541 62

quiere decir, ni mucho menos, que esta valoración haya de hacerse en términos de unos pretendidos valores psicológicos, innatos o inmutables que seleccionan al individuo desde su nacimiento, como nos lo quiere hacer creer Pareto. Por ejemplo, y quizá nos estemos adelantando demasiado en nuestra exposición, en Mosca los miembros de la minoría gobernante no son los mejores, los que poseen determinadas cualidades o valores morales que les sitúan por encima de los demás, sino que son aquellos que representan mejor a las fuerzas sociales que predominan en una determinada sociedad, dado un momento histórico concreto.

Pero intentemos ir poco a poco en nuestra labor, para no perdernos ni hacer aún más compleja nuestra exposición, ya de por sí enrevesada y quizá algo tediosa para el lector. Decíamos que Pareto había comenzado planteando desde sus primeras obras sociológicas el tema de la élite, o mejor dicho el problema de la selección de los individuos en vistas al cumplimiento de determinadas funciones esenciales para la sociedad. En realidad es así como surge el argumento elitista en "Les Systèmes Socialistes"; en este escrito el autor se propone estudiar el tema de la selección de los mejores y de los más competentes en un grupo humano determinado para lograr una sociedad mejor gobernada en ciertos aspectos. Pareto quiere ver cuáles han sido los mejores métodos de selección a lo largo de la Historia, que han logrado situar a los elementos más convenientes en aquellos puestos que podían desempeñar con la máxima eficacia, contribuyendo así a la construcción de una sociedad mucho mejor; en bastantes casos la bondad de una cosa se confunde con su buen funcionamiento, con el cumplimiento

eficaz de sus fines. Ya desde este momento, en que se ve todavía la importante influencia de su formación técnica, Pareto, y esto es muy importante, rechaza rotundamente la herencia como medio de selección natural del individuo, y como camino para perpetuar las cualidades psicológicas en los hombres; nuestro autor piensa, por una parte, que las cualidades son psicológicamente inherentes a los individuos, y por lo tanto son innatas, lo que descarta la posibilidad de la transmisión hereditaria de estas de padres a hijos, a pesar de que reconoce un puesto importante a la educación en la formación de los individuos. Pero la educación no puede formar hombres virtuosos, nos dirá airadamente en una ocasión en la que arremete contra las pretensiones platónicas vertidas en la República, sino únicamente transforman algunas tendencias; los hombres son virtuosos o no desde el momento en que nacen por causas que no tienen nada que ver con una defensa a ultranza de un pretendido efecto de la herencia. Por todo ello la teoría de las élites se separa radicalmente, desde el inicio de sus planteamientos, de los postulados que caracterizan a las corrientes aristocráticas o partidarias de un sistema de castas, sino que, como veremos más adelante, no hay nada que este autor en particular considere con mayor interés y como más importante para el buen funcionamiento de la sociedad, que una renovación frecuente en los miembros de la élite. Lo que se necesita fomentar, pues, es el eficaz funcionamiento de aquellos métodos que, como la guerra, la legislación etc.. depuran a la élite de sus peores miembros, y permiten que ingresen en ella otros nuevos que la rejuvenezcan.

Por lo tanto ya desde el inicio de sus escritos acerca

de estos temas Pareto ataca duramente a todos aquellos sistemas o doctrinas que, preconizando una falsa igualdad de los hombres, impiden que se pueda producir este sistema de selección de los mejores, al pretender que todas las personas están igualmente capacitadas para llevar a cabo las tareas de gobierno. De esta forma lo que van a conseguir estas es que el proceso se lleve a cabo con poca eficiencia, surgiendo una comunidad mal gobernada, y, por lo tanto, alterada por constantes conflictos. Como el lector tendrá ya claro a estas alturas de nuestra exposición, el ataque va fundamentalmente dirigido en contra del liberalismo y del socialismo. Así pues:

"...l'utopie libérale negligé, ainsi que l'utopie socialiste, le problème du choix des hommes." (9)

De este modo la selección de los mejores se convierte, en el principal problema a resolver para garantizar el buen funcionamiento de la sociedad; no se tienen en cuenta ni las ideas ni las doctrinas, únicamente la característica que define a cada individuo, y que le atribuye un puesto muy determinado en la sociedad. Notese que Pareto no introduce, en ningún momento, nada que se pueda confundir con un juicio moral o una opinión acerca del sentido que haya de tener este dominio; aunque, como veremos más adelante, comentarios de este tipo irán haciendo su aparición en obras posteriores. Pero lo que nos llama la atención ahora es el hecho de que el supuesto propósito de realismo lleva al autor a desplazar su interés de consideraciones que a nosotros nos parecen fundamentales, pero que para él entran en el terreno del "deber ser". Nuestro autor parte, sin embargo de unas hipótesis no probadas por el método de la observación-experimentación, como son todas las que se refieren

a la inmutabilidad de la naturaleza humana. Pareto piensa que ,para comprobar una aserción de tal importancia y de tan grandes y graves implicaciones, basta con hacer un recorrido por los ejemplos más esotéricos que nos proporciona la historia, para extraer de ellos que el hombre siempre responde de la misma forma ante las demandas y las exigencias del medio. Evidentemente si esto se tiene como probado no nos queda más remedio que aceptar que, en última instancia, no hay nada nuevo bajo el sol, y que más vale garantizar los medios para que gobiernen los mejores, porque si no se hace esto acabará gobernando otra minoría, pero en este caso mucho peor que lo que habría podido ser la primera, lo cual perjudica a toda la comunidad. En verdad el discurso paretiano nos hace perder los nervios en algunos momentos puesto que no deja una salida posible por la que se pueda vislumbrar una mejora del individuo, una evolución de la sociedad hacia estadios mejores. Pero en esto nuestro autor es implacable desde el primer momento, y su pretendido realismo le lleva a extremos que rozan el más puro cinismo. Como muy bien dice Raymond Aron:

"Il enseigne, qu'il le veuille ou non, une acceptation, plus ou moins résignée du train des choses humaines et baptise presque automatiquement illusoires les efforts pour transformer l'organisation des sociétés dans un sens dit de justice." (10)

Las cosas relativas al hombre son como son y nada las hará cambiar en el fondo, aunque podamos observar variaciones poco importantes en la forma que no tendrán repercusión alguna en la estructura de los fenómenos, por lo tanto el individuo ha de realizar el enorme esfuerzo por llegar a aceptar lo que son en sí mismas, sin tratar de ocultarlas mediante

discursos justificatorios que tranquilizan la mala conciencia, y que, al mismo tiempo, hacen aceptables determinados hechos para la mayoría. En toda la concepción de las élites de Pareto se encuentra, pues, algo que no podemos denominar abiertamente pesimismo puesto que él no nos lo quiere presentar como tal sino como un enorme realismo pero, en definitiva, es una postura de derrota, de aceptación ante el mundo, que pretende superarse mediante el supremo sacrificio de la asunción de una verdad que ningún hombre puede tolerar crudamente; el hecho de que jamás será libre y podrá gobernarse a sí mismo, sino que habrá de estar sometido a perpetuidad, puesto que parece no haber alternativa alguna al dominio de una minoría que será la que adopte las principales decisiones que afectan a la marcha de la comunidad. Este será, pues, el tono del discurso de Pareto, en los momentos en que decide proclamar crudamente la verdad, aunque en la mayor parte de sus escritos mantenga una posición mucho más moderada o más bien calmada, cuando intenta conciliar este dominio inevitable de las élites con la mejor forma de gobierno posible. Pero lo que queda claro desde ahora, y creemos haber insistido ya en este punto, es que su teoría de las élites surge en una total contraposición a las teorías democráticas tradicionales que tanto auge estaban tomando en la época, y al mismo tiempo se enfrenta cara a cara con la corriente que estaba invadiendo el mundo durante aquellas décadas, el socialismo, y más en particular el marxismo.

Esperamos haber logrado introducir, de algún modo a través de nuestra anterior exposición el sentido con el que comienza a plantearse el argumento elitista en Pareto, desde un punto de vista cronológico, es decir fijándonos sucesiva-

mente en las primeras obras que tienen un carácter sociológico. Pero es verdaderamente en el Tratado de Sociología en donde se encuentra la formulación más conocida de este autor, y la que le ha hecho pasar a la historia del pensamiento sociológico como uno de los grandes elitistas. Es verdaderamente curioso observar como un autor que es conocido fundamentalmente por esta argumentación que ahora planteamos no dedica más que los tres últimos capítulos de esta su obra principal al tema de las élites, mientras que el resto de las mil setecientas páginas de este ingente trabajo se dedican a la construcción del sistema teórico de interpretación de la realidad social. Ha sido por esta causa, entre otras razones, por la que hemos pensado que era imprescindible seguir de cerca las intenciones del propio autor, y dedicarle un estudio detallado a esta parte que para nosotros es meramente introductoria, pero que, en realidad, puede tener tanta importancia como la que nosotros hemos escogido como tema de investigación, y que ha tenido amplias repercusiones en el pensamiento de teóricos sociales muy importantes en nuestro siglo. Por dar sólo un ejemplo podemos citar a T. Parsons que, en realidad, se fija más en todo el desarrollo del tema de la acción no lógico-experimental y de los residuos y las derivaciones que en el propio problema de las élites, inspirándose en gran medida en el primer desarrollo para basar toda su teoría de la acción social, una de las contribuciones de mayor valor para la teoría sociológica de nuestros días.

Pues bien, a pesar de que, como venimos diciendo, Pareto únicamente se centra en las élites en los tres últimos capítulos del Tratado, ello no quiere decir que no tenga presente

la idea desde que comienza a escribir. En realidad la inevitabilidad del gobierno de la minoría puede ser tomada como una línea maestra que inspira, aunque sin aparecer a la luz, todo su discurso desde el comienzo de sus escritos, para acabar culminándolo en su obra principal; pero ya desde la primera página de esta el autor nos hará partícipes de dos ideas fundamentales: en primer lugar la tan repetida de la necesidad del dominio de la minoría sobre la mayoría, y en segundo lugar el que en la primera parte del Tratado, es decir en todos aquellos capítulos que se dedican a la acción no lógica y a los residuos y las derivaciones, lo que se ha tratado, en última instancia, es de aprender el estado psicológico de esta élite a fin de poder prever cual será su respuesta ante determinadas circunstancias. Los dos conceptos fundamentales de su sistema teórico, los residuos y las derivaciones, serán utilizados con un doble fin, el de poder estudiar su distribución en diferentes sociedades, y para ver la distribución de los residuos en las distintas élites y el tipo de derivaciones que utilizarán estas para legitimar su poder. Como podremos apreciar más adelante será a partir de estos dos elementos de carácter psicológico como se va a emprender el estudio de las formas de dominio de la élite y de los motivos de sus auges y decadencias. Igualmente, desde el comienzo de su obra, el autor tendrá un especial interés por insistir sobre los aspectos dinámicos del tema, es decir en todo lo que él denomina la circulación de las élites, para, entre otras cosas, distinguir su discurso de determinados argumentos aristocráticos, o incluso hasta de casta, a los que se opondrá con tanta firmeza como la que emplea en su enfrentamiento con el marxismo.

Pareto, de este modo, deja caer ideas sueltas acerca del problema del dominio de las élites hasta que por fin llega el momento en que decide centrarse realmente en este, y es entonces cuando comenzamos a ver como se desarrolla con la misma precisión y sistematización que en casos anteriores todo su discurso; los temas tratados son el de la naturaleza de las élites, su composición, desarrollo, funciones, transformación etc.. A nosotros, en este apartado, nos preocupa principalmente el aspecto de la definición de las élites, es decir lo que son estas para nuestro autor, qué tipos existan dentro de esta categoría general, y cuales son sus principales rasgos comunes con vistas a poder establecer, más adelante, algún tipo de comparación con las concepciones de otros teóricos. Una vez habiendo visto la manera en que se va presentando el tema, no tenemos más remedio que entrar en un punto muy importante que ha dado origen a grandes controversias entre los estudiosos de su obra. Ha habido, y sigue habiendo toda una corriente de científicos sociales, predominantemente norteamericanos, que, después de la segunda guerra mundial, recogieron el discurso elitista, y plantearon, a su vez, una nueva argumentación en la misma línea, pero que desplazaba el centro de atención de lo político hacia otras esferas de actividad social. Para ellos las élites, concepto que piensan que encierra una gran utilidad para el estudio de la sociedad contemporánea, se definen principalmente por la referencia a la función que realizan dentro del conjunto social; es decir, se trata de definir por medio de este concepto a todos aquellos que, mediante sus cualidades personales o por otra razón cualquiera alcanzan los puestos más elevados en las diferentes ocupaciones que puedan encontrarse en una sociedad determinada. Esta élite funcional,

la reunión de todos aquellos que se encuentran en la cima, ha querido substituir al análisis de clase de origen marxista, y al mismo tiempo ha pretendido limpiarse de todo contenido político, puesto que se cree que dicha élite no tiene por qué monopolizar en su mano el poder político, y por lo tanto dirigir el gobierno de una sociedad determinada. Dejaremos a un lado la crítica a la que se puede someter todo este discurso funcionalista que ha tenido un gran auge durante las últimas décadas; lo único que hemos pretendido mostrar en estas breves líneas es que existe una definición de tipo funcional como mostrábamos, y una más restringida que toma en consideración únicamente el elemento de gobierno y de dirección de una comunidad en particular, es decir la que se fija en la élite política. Lo realmente curioso, es que Pareto, muchos años antes que sus seguidores, toca ambos aspectos, comenzando por el análisis de la que podríamos denominar "élite funcional", a pesar de que más adelante la abandone por completo. La extensión de su definición no nos puede impedir su presentación al lector.

"Supposons donc qu'en toutes les branches d'activité humaine, on attribue à chaque individu un indice qui indique sa capacité, à peu près de la même manière dont on donne des points aux examens dans les différentes matières qu'enseignent les écoles. Par exemple, à celui qui excelle dans sa profession nous donnerons un 10, à celui qui ne réussit pas à avoir un seul client, nous donnerons 1, de façon à pouvoir donner 0 à celui qu'est vraiment crétin. A celui qui a su gagner des millions, que ce soit bien ou mal, nous donnerons 10. A celui qui gagne des milliers de francs, nous donnerons 6. A celui qui arrive tout juste à ne pas mourrir de faim,

nous donnerons 1, A celui qui est hospitalisé dans un asile d'indigents, nous donnerons 0. A la femme "politique", telle l'Aspatie de Périclès, la Maintenon de Louis XIV, la Pompadour de Louis XV, qui a su capter les bonnes grâces d'un homme puissant, et qui joue un rôle dans le gouvernement qu'il exerce de la chose publique, nous donnerons une note telle que 8, ou 9. A la gourmandine qui ne fait que satisfaire les sens des hommes, et n'a aucune action sur la chose publique, nous donnerons 0. A l'habile escroc qui trompe les gens et sait échapper aux peines du code pénal, nous attribuerons 8, 9 ou 10, suivant le nombre de dupes qu'il aura su prendre dans ses filets, et l'argent qu'il aura su leur soutirer. Au pauvre petit escroc qui dérobe un service de table à son traiteur et se fait encore mettre la main au collet par les gendarmes, nous donnerons 1. Au poète comme Musset nous donnerons 8 ou 9, suivant les goûts. A un rimailleur qui fait fuir les gens en leur récitant ses sonnets, nous donnerons 0. Pour des joueurs d'échecs, nous pourrions avoir des indices plus précis en nous fondant sur le nombre et le genre de parties qu'ils ont gagnés. Et ainsi de suite, pour toutes les branches de l'activité humaine". (12).

Verdaderamente el modo de plantear el concepto de élite, la redacción empleada para ello, y todo el contenido de la definición prueban por si mismos el interés que tiene su transcripción; estas líneas son tremendamente conocidas y casi se ha convertido en una obligación para los estudiosos de Pareto citarlas en sus trabajos, empujados, ante todo, por la originalidad de las mismas. En primer lugar notemos, como apuntaba-

bamos anteriormente, que se trata de una visión de una élite puramente funcionalista sin que se toque para nada el tema de la vinculación de la misma con el poder político. Además en todas estas líneas no se hace referencia ni una sola vez a las supuestas cualidades morales o incluso intelectuales de los individuos, sino únicamente al puesto que pueden ocupar en cada rama de actividad si nos propusieramos atribuir una calificación a cada uno de ellos. Parece, pues, que no importan, en lo más mínimo, las posibles virtudes de los hombres, sino el lugar que puedan llegar a ocupar dentro del campo que han elegido, se trata, pues, de una clasificación llevada a cabo en base a consideraciones "de facto", que quizá presuponen, por debajo de ellas, la posesión de determinadas cualidades que permiten alcanzar fines y metas concretas y valiosas. En realidad la forma en que aparece dicha definición nos hace pensar que se parte de la suposición de la existencia de una sociedad en la cual los individuos se encuentran en una perpetua competencia que da lugar a que los más aptos para cada cosa ocupen el lugar que les corresponde. Al mismo tiempo todo el sentido de la afirmación paretiana se dirige hacia un nuevo tipo de ética, que aunque no explícita, baña todo su discurso, es una ética de los hechos que valora las consecuciones individuales en aspectos que podríamos denominar más materiales de la vida humana, sin que se haga la menor referencia a otro tipo de cualidades que podrían situar a los hombres en los puestos más elevados de la escala social. Se trata, pues, de lo que podríamos llamar, actualizando un poco nuestro vocabulario, una élite tecnocrática, en la que Pareto, salvo por una breve referencia al caso de los poetas, parece no dejar lugar alguno para actividades no directamente "productivas", si es que nos es lícito utilizar

este término aquí.

Toda la corriente de pensamiento funcionalista a la que antes hacíamos referencia, y entre cuyos máximos representantes podríamos citar a Keller, Dahl, Lazarsfeld, y a otros muchos, parece inspirarse bastante directamente en una concepción muy similar a la de Pareto en esta parte del Tratado. Sin embargo, y esto es lo realmente importante en este autor, sólo introduce el tema de las élites recurriendo a una definición funcional, y más adelante la abandona por completo, no únicamente al mostrar un mayor interés por el estudio de la élite política, sino que no vuelve a centrarse en el aspecto meramente funcional del fenómeno. Ocurre un poco lo mismo que con la definición de las acciones lógicas y no lógicas, tras haber concedido un lugar importante en su discurso al primer tipo de conducta humana, y habiendo definido a la acción no lógica de un modo residual y negativo, pasa a ocuparse casi exclusivamente de esta última, y ya parece no volver a acordarse de que existe otro tipo de actuación humana. La élite política o gobernante de Pareto será aquella que centre toda su atención a lo largo de su obra, pero sin embargo para llegar a ella parece que necesita basarse primero en el otro tipo de minoría social, para abandonar, después, por completo su estudio. En realidad, y como sucedía en el caso que anteriormente citábamos, no parece haber una definición propiamente dicha de la élite gubernamental, al menos tal y como aparece en el otro caso, sin que el autor nos introduce a ella del siguiente modo:

"Pour l'étude à laquelle nous nous livrons, celle de l'équilibre social, il est bon encore de diviser en deux cette classe. Nous mettrons à part ceux qui,

directement ou indirectement, jouent un rôle notable dans le gouvernement; ils constitueront "l'élite gouvernementale". Le reste formera l'élite non gouvernementale." (13)

De este modo Pareto subdivide en dos a la élite para encontrar en ella a la que cumple directamente funciones políticas en la sociedad, dirigiendo, por lo tanto, todo el aparato de gobierno. Lo que nunca se ve claramente en su discurso es la posible relación que puede haber entre una y otra capa de la élite, dado que Pareto parece olvidarse por completo de la que no cumple las funciones políticas en la sociedad. Como veremos con más detalle a medida que avancemos en nuestro estudio, la élite paretiana, basada en una pretendida superioridad de esta en determinados campos, a causa de la posesión de determinados rasgos psíquicos, siempre va a estar separada del resto de la sociedad, sin hacerse explícitos los vínculos que existen entre ella y el resto de los grupos sociales. Todas las comunidades humanas quedarán, pues, divididas en dos capas fundamentales: la mayoría o la clase inferior que no posee relación alguna con la élite, y la capa superior, esta élite, que a su vez se divide en la parte gubernamental y la no gubernamental. Lo realmente extraño es considerar por qué Pareto tiene tanto empeño en centrarse únicamente en el aspecto más puramente político de la sociedad, si podría haber llevado a cabo un estudio profundo de las múltiples funciones que puede realizar la élite en otros campos muy diferentes de la actividad social; en este sentido nuestro autor parece más bien encuadrarse dentro de los teóricos de la ciencia política, que entre los sociólogos más "puros", al menos en la acepción que manejamos hoy en día. Cuando, tras un enorme trabajo, llega

,por fin,a poder estudiar los factores que intervienen en la determinación del equilibrio social,es sumamente curioso comprobar como se centra casi exclusivamente en el tema de la distribución del poder político,característica que,por otro lado ,es común a todos los teóricos de las élites,el resto de los problemas con los que va a tropezar en esta investigación van a ser estudiados a la luz de este problema.Por lo tanto,y para acabar con este tema,ha de quedar claro que Pareto construye su concepto de élite haciendo derivar de la desigualdad de los individuos en cada rama de actividad dentro de la vida social,para abandonar más tarde este punto de vista y llegar al concepto que realmente le interesa:el de la élite gobernante.A partir de este momento dejaremos a un lado la primera acepción para volcarnos en lo que constituye el centro de atención de nuestro autor.

En realidad,por lo que se refiere al tema de la definición de la élite,al que dedicamos este primer apartado,queda poco que decir de nuevo,pero si hemos de pararnos a reflexionar acerca del verdadero sentido de estos conceptos en nuestro autor,aunque sólo sea brevemente.Lo realmente importante es tener siempre muy presente que para Pareto la élite es un grupo social perfectamente definido porque posee una determinadas características espirituales,sociales y políticas que la hacen,a la vez,superior y diferente al resto de la población; la base que determina la razón de ser de este grupo minoritario,en el caso de este autor,es claramente de raíz psicológica.Cuando decimos esto hemos de tener mucho cuidado de no confundir la idea propuesta por Pareto con las que suelen aparecer en las teorías racistas;lo que este pensador afirma

es que los hombres son diferentes por naturaleza, y por lo tanto siempre existen algunos de ellos que poseen más cualidades que les hacen tener aptitudes idóneas para mantener el gobierno de una sociedad. Sin embargo nunca llega a decir, sino que, por el contrario, rechaza estas ideas en numerosas ocasiones, que estas cualidades estén reunidas principalmente en un determinado grupo humano, ni que se transmitan por herencia; por otra parte ni siquiera se afirma que estos valores sean los mismos a través de la historia, sino que se admite, y se afirma que puedan ir variando poco a poco, según el período que se considera. En segundo lugar, y una vez marcados claramente cuales son los rasgos que han de definir a este grupo dominante, que hemos de estudiar posteriormente, hemos de apuntar que en todo momento la élite aparece como una capa privilegiada y dominante que, dentro de ciertos límites, va a ser aceptada por la mayoría de la sociedad y por lo tanto por los gobernados, los cuales, en la mejor de las situaciones imaginables, ven en ella la forma más óptima de gobierno que pueda existir. Para ello aparecen las fórmulas legitimadoras de su dominio a las que Pareto dedica una gran atención. Por último, y este es un punto realmente fundamental que hemos de tener siempre muy en cuenta, el dominio de estas minorías no se presenta como algo esporádico o propio de una época determinada, sino que constituye algo inherente a la propia naturaleza de las sociedades humanas; podrán darse modificaciones en la fuentes de autoridad que se manejen, y se podrá apreciar diferentes formas de relación de poder, pero, en última instancia, todos estos cambios estarán provocados por una renovación en el personal que conforma a la élite, y de ningún modo serán el reflejo de transformaciones estructurales profundas. Todos

estos puntos darán lugar a una concepción de la historia muy particular, que tenemos la intención de estudiar más adelante.

A partir de esta caracterización de la élite es evidente que surge ante los ojos del lector atento una imagen de la otra cara de la moneda, la mayoría dominada, que, aunque en muy pocas ocasiones está explícitamente dibujada, presenta unos rasgos que pueden inferirse con suma facilidad. Toda teoría de la élite, y más aún una que, como en el caso que ahora estamos estudiando, basa el poderío de la minoría en unos pretendidos rasgos psicológicos diferenciadores, descansa sobre dos supuestos básicos, el primero de ellos es que las masas son intrínsecamente incompetentes, es decir que no pueden autogobernarse, y en consecuencia necesitan de un líder o jefe que las guíe. En segundo lugar siempre va a postularse o bien que son materia inherente moldeable a voluntad, o en el peor de los casos que son ingobernables, haciéndose necesario que la minoría recurra a métodos radicalmente coactivos para lograr instaurar una sociedad bien gobernada y en equilibrio. En el caso de Pareto ambas ideas están presentes desde un comienzo, sobre todo la primera de ellas; en definitiva, se nos va a decir, la causa principal de la existencia de un gobierno minoritario no reside en la desenfrenada apetencia de poder de algunos miembros de la sociedad, sino en el hecho de que tiene que aparecer esta minoría para conseguir un buen funcionamiento de la comunidad social y no un estado de total decadencia o anarquía, que es la otra alternativa que se presenta. En este mismo sentido Hassner destaca como característica de la teoría clásica de la élite:

"...la tendance à substantifier ou à réifier" un des termes de la relation, en concevant l'élite comme un groupe réel, unique, conscient et organisé; et d'autre part, en ce qui concerne la masse, la tendance à la concevoir justement comme une masse dépourvue de caractéristiques, de subdivisions et d'initiatives propres, objet informe aux mains de la minorité dirigeante." (14)

Esta visión terriblemente peyorativa de la naturaleza de la mayoría de los individuos, de lo que ellos mismos llaman masa, va a ser uno de los puntos más compartidos que se establecerá entre nuestros tres teóricos clásicos del elitismo, y en consecuencia uno de los argumentos fundamentales que utilizarán para predicar la imposibilidad del sistema democrático en cualquier tipo de agrupación humana. Estas implicaciones, por otra parte, serán las que empujen a los modernos teóricos de las élites, si es que podemos llamarlos de este modo, a abandonar, al menos en parte, un tratamiento similar de este fenómeno. De todos modos ha de quedar bien claro que en cualquier discurso elitista, y el de Pareto no tenía por qué ser una excepción, no podremos definir el concepto de élites sin hacer una referencia a su contrario, y al tiempo complementario, la masa, la mayoría. En toda la exposición posterior de nuestro pensador, cuyos puntos principales tenemos intención de ir tocando paulatinamente, este tema no aparece con tanta importancia como el de la élite; claro está que, en ocasiones, no va a tener más remedio que referirse a ella e incluso estudiar algunos puntos de su funcionamiento y características, pero muy en su línea, deja caer una parte importante de su argumentación para volcarse plenamente en el estudio de la otra.

Antes de pasar a estudiar las formas de dominio de la élite queremos hacer una breve referencia al modo como surge la evolución de esta a través de la historia de las sociedades. Veremos en el siguiente apartado que las diferentes élites se distinguen entre sí por el hecho de poseer una distribución particular de los diferentes residuos, y será la particular forma de combinación de estos la que las caracterizará. Sin embargo, y dejando este aspecto de lado por ahora, tratando, al mismo tiempo de no entrar en el problema de la circulación de las élites, podemos marcar, a pesar de todas estas limitaciones, un factor de una importancia fundamental: la no variación del dominio de las élites a lo largo del tiempo. Con esto queremos decir, y aunque en algún momento hayamos hablado del tema nunca insistiremos demasiado en él, que no nos es posible concebir una sociedad en la que no exista un dominio de una élite, si seguimos al pie de la letra el discurso parietano. El fenómeno elitista, y hemos repetido este punto también en numerosas ocasiones, es por esencia propio a la naturaleza de las comunidades humanas, y a pesar de que varíen las formas en las que aparezca, siempre en el fondo de la cuestión el hecho es el mismo. La única variación posible está en las derivaciones, es decir en como se presenta ante la masa el monopolio del poder de esta minoría. Hemos hablado de todos estos puntos con anterioridad, pero lo que queremos destacar en este momento es que, por todo ello, la Historia en la concepción elitista se reducirá a meros cambios en la composición y las formas de dominio de las minorías, permaneciendo, sin embargo, las características esenciales de la misma.

V.1.3. La composición de las élites y su circulación.

Cuando, en el capítulo anterior, hablabamos del tema de los residuos y de sus propiedades, decíamos que Pareto los iba a utilizar de dos maneras diferentes; en primer lugar observaba la peculiar distribución entre las diferentes capas sociales, que es la que iba a determinar la forma y los rasgos peculiares de una élite mientras que, al mismo tiempo, se podía apreciar una diferente variación de esta distribución de los residuos a lo largo del tiempo en las distintas sociedades, y este segundo hecho es el que iba a dar lugar a lo que nuestro autor llamará la circulación de las élites. Sin embargo, en este primer análisis de la distribución de los residuos dentro de la clase gobernante y en el resto de la variedad de grupos sociales, nuestro autor no tiene en cuenta las seis clases de residuos que antes nos había presentado, y sobre las que había discutido largamente; por el contrario, a partir de ahora, practicamente sólo van a aparecer como elementos imprescindibles para el análisis las dos primeras clases de residuos, la número I o el instinto de combinaciones, y la clase II, la persistencia de los agregados. Bien es verdad que existen referencias esporádicas al resto de los residuos y el mismo Pareto nos advierte de la necesidad de tener siempre presente su existencia a la hora de llevar a cabo nuestro análisis; pero, de todos modos, siempre es evidente que estas dos clases son las más importantes y, en definitiva, su unión resume en cierto modo todo el resto de los residuos; por ello, para una primera aproximación al tema, nos basta con estos dos tipos. En realidad Pareto, que

parece decirnos que sería necesario un análisis posterior en el cual se harían intervenir todas las clases de residuos, aumentando, de este modo, la complejidad, pero también la exactitud del estudio, no llega nunca a llevar a cabo tal tarea, reduciéndose exclusivamente al estudio reducido que hemos presentado. Queremos hacer, además, una nueva salvedad antes de continuar con la exposición, Pareto nunca nos dirá que el principal objetivo de su investigación es el estudio de las élites, sino que parece advertirnos continuamente de que son dos los fines que se ha de alcanzar: en primer lugar encontrar las claves para poder explicar el equilibrio social en la historia, y en segundo lugar, y muy unido a este primer tema, está el de descubrir los principales elementos que conforman lo que él denomina la forma general de la sociedad. Es fácilmente observable que ambos objetivos apuntan más hacia un realzamiento del lugar de lo estático dentro del análisis social, que a subrayar los posibles factores de cambio o transformación que puedan constituir elementos fundamentales en el desarrollo de la sociedad. Pero todos estos puntos habrán de ser estudiados con mayor detenimiento en otro capítulo posterior, pretendiendo únicamente señalar en este momento que, subordinado a estos otros objetivos que parecen poseer una mayor relevancia para nuestro autor, el análisis de las élites no aparece expuesto de un modo lineal. Con esto queremos decir que, mientras que en otros temas, nos bastaba con seguir la línea de razonamiento absolutamente sistemática de Pareto, aquí, sin embargo, la tarea se hará algo más laboriosa puesto que hemos de ordenar nuestro material para presentarlo convenientemente ligado en sus diferentes partes, y pasar después a considerar sus particularidades.

"La proportion des résiduos de la I et de la II^e classe, change avec le temps dans les différentes couches sociales, et les changements sont assez importants pour la détermination de l'équilibre social"(15)

Se trata, pues, de observar que es la existencia de ciertos rasgos psicológicos constantes la que va a definir, en última instancia, las características de la élite, y aún más su relación con la otra parte de la sociedad, la mayoría. De este modo nuestro autor utiliza los conceptos fundamentales de su análisis teórico para determinar el modo en que se presenta dentro de las sociedades humanas uno de los fenómenos predominantes: la distribución del poder político y la consiguiente separación de esta en grupos heterogéneos que son la causa, al tiempo, de la estabilidad y del equilibrio sociales y de los cambios y las transformaciones periódicas que aquejan, con mayor o menor frecuencia, a las constituciones políticas. Cuando nuestro autor toca el tema del equilibrio social y el de la forma general de la sociedad hará, sin embargo, también referencia a toda otra serie de elementos que intervienen en este juego de fuerzas, como pueden ser las condiciones naturales, los intereses de los individuos etc.; no cabe duda de que el análisis de raíz psicológica es, a pesar de lo dicho anteriormente, el que posee una mayor importancia, o al menos es a él al que le dedica más tiempo y espacio en su obra fundamental, a la que tanto estamos refiriéndonos, el Tratado.

Va a ser, pues, el predominio de uno u otro tipo de residuos en la élite lo que dará lugar a la diferenciación que se establece entre esta y la masa, llegandose entonces a poder

definir cual es la distribución normal o la más frecuente de estos en los dos grupos sociales fundamentales, y también se puede incluso predecir la que puede ser considerada como la mejor forma de distribución, aquella que garantiza un mejor equilibrio social, y por lo tanto un óptimo funcionamiento del grupo social particular que goce de esta, llamemosla así, ventaja. Hemos de hacer, sin embargo, dos salvedades antes de atrevernos a continuar con nuestra exposición; en primer lugar, y esto lo deberíamos de haber advertido quizá desde el comienzo de nuestro estudio, Pareto no piensa nunca que la separación de la sociedad en dos grupos, la élite y la mayoría, y la posterior diferenciación de la primera según si se trata de una élite gobernante o no, sea la única manera de considerar la estratificación de una sociedad determinada. Aunque caiga en muchas ocasiones en simplificaciones y formalizaciones que, a nosotros, nos parecen excesivamente exageradas, no hay duda de que este pensador no deja ningún cabo suelto, y aún menos pasa por alto argumentos que pueden ser muy peligrosos, y aún demoledores de su discurso. Por ello Pareto afirma en alguna ocasión que la división de la sociedad en estos dos grupos no es más que un procedimiento simplificador que nos permite establecer comparaciones entre distintas sociedades, ya que presenta un fenómeno común a todos los grupos humanos; sin embargo junto a este hecho es también indudable que un análisis más riguroso nos demostraría la existencia de otros muchos grupos sociales dentro de las dos grandes categorías que se han trazado. De este modo el autor parece querer sustraerse a la acusación de simplicismo que él mismo dirigía contra la formulación marxista de las clases sociales, cuya relación con

el concepto de élite estamos dispuestos a estudiar más adelante, Pero, como sucede muchas veces con Pareto, estas apreciaciones parecen quedarse en meras declaraciones de principios, puesto que, a fin de cuentas, su análisis se centra en el tema de las élites, y en muy escasas ocasiones encontraremos un estudio más riguroso de la estratificación social de un grupo en concreto.

Se trata, pues, de distinguir quienes van a ser los futuros miembros de las élites y quienes permanecerán irremediablemente sumergidos dentro de la gran masa carente de voluntad; y para ello no se recurre al estudio de condiciones sociales determinada, de hechos políticos que han acarreado importantes consecuencias en las sociedades, o a otros aspectos a los que se suelen referir los científicos sociales, sino que se echa mano de unas pretendidas constantes psicológicas, de unas manifestaciones de los sentimientos que aparecen distribuidos según unas pautas constantes y difícilmente variables, puesto que en realidad están firmemente unidos a la naturaleza de los hombres. Todo ello va a llevarnos a que, en última instancia, se repitan a lo largo de la historia las cualidades y características que ha de poseer toda élite para ascender y mantenerse en la cumbre de la pirámide social. No se trata ya únicamente que se afirme que la aparición del gobierno de una mayoría sobre una minoría sea un fenómeno común en todo tiempo y lugar desde que se conoce la existencia de las primeras asociaciones humanas, sino que, en base a una pretendida inmutabilidad de la naturaleza humana y de sus manifestaciones sociales, se pretenda que esta élite, en última instancia, y sal-

vando posibles diferencias meramente formales, va a presentar siempre unas características y rasgos determinados que son los que le hacen ser el más cualificado para situarse en posiciones de gobierno. En este punto, pues, reside la gran originalidad del punto de vista paretiano, y al mismo tiempo he aquí el eje de su divergencia con el resto de los teóricos clásicos de la élite. Es evidente, también, que va a ser hacia este punto, quizá uno de los más débiles de todo su discurso, hacia el que se van a dirigir la mayor parte de los ataques de los grandes estudiosos de estos temas; la idea de un fondo psicológico inmutable que determina en última instancia todas las actividades del hombre y que da lugar a que no pueda existir una verdadera evolución en los fenómenos sociales sino una mera repetición cíclica, será difícilmente mantenible ya entrado el siglo XX.

Pareto, y volvemos a repetir un punto ya conocido, insiste en que son los residuos de las dos primeras clases los que tienen que ser tomados en cuenta en el estudio de las élites, y en general en todo análisis que toque el problema de la estratificación social; lo que hemos de tomar en cuenta en este momento es el verdadero significado de estos dos tipos de residuos, sobre todo en lo que se refiere a su aplicación social. En primer lugar hemos de decir que es evidente que, en líneas muy generales, estos dos residuos representan, de algún modo, dos grandes fuerzas en la naturaleza humana: la del progreso y la de la conservación. A pesar de que Pareto no llega nunca a denominarlas de este modo se puede afirmar que igual que él nos decía en cierta ocasión que el equilibrio de las sociedades estaba basado, en último término, en el resultado

de la acción de dos fuerzas opuestas: la que tendía a la conservación de la sociedad, y la que, por el contrario, se dirigía hacia su destrucción, en el análisis de las élites también surge esta visión dicotómica del movimiento social. Parece como si, en resumidas cuentas, la aparición y decadencia de determinadas élites, el surgimiento de otras nuevas en el seno de la masa, las diferentes formas de dominación, es decir todo lo que va encuadrándose bajo el título de "circulación de las élites", no fueran más que acontecimientos movidos por la pugna entre los elementos de una comunidad cualquiera que tienden hacia adelante, hacia la innovación, hacia el progreso, contra los factores que promueven la estabilidad, el reposo, el dejar las cosas como están. El instinto de combinación, es decir el residuo de la primera clase, representa esta fuerza de cambio; decíamos, cuando comentábamos la clasificación paretiana que en él se reunían todas aquellas manifestaciones de los sentimientos que impulsaban al hombre a probar nuevas combinaciones con los hechos, a intentar descubrir lo desconocido. Un grupo social en el cual predominen estos residuos será, pues, aquel que tienda a mirar siempre hacia el futuro, con el peligro evidente de despreciar lo actual. Los individuos que se encuadren dentro de un grupo de este tipo serán aquellos que encajen dentro de un prototipo de hombre que podríamos denominar el aventurero, con la terminología paretiana; sería aquel individuo poco dado a utilizar la fuerza bruta, prefiriendo siempre valerse de su astucia. Por el contrario, un grupo social en el cual despuntasen los residuos de la II clase, la persistencia de los agregados, sería un grupo con un gran apego por lo presente, y sobre todo que ve el presente como una continuación directa del pasado, la tradición, los usos, la costumbre

serían los valores que más marcarían a estos hombres. No son individuos emprendedores, sino que pisan sobre seguro, no les interesa arriesgarse, a pesar de que existan altas probabilidades de obtener un beneficio superior al que ganarían si permaneciesen inactivos. Todo ello trae como consecuencia que carezcan de toda iniciativa hacia el progreso, pero también hace que sepan guardar fielmente el presente, sin ningún miedo a recurrir a la fuerza, si ello fuera necesario, para obtener este fin.

A partir de esta distinción entre los diferentes residuos se plantea una diferenciación entre los grupos sociales en base al predominio de los individuos de uno u otro tipo; los residuos I y II aparecen como elementos que definen a personas totalmente contrarias e incluso excluyentes, a pesar de que se pueden marcar graduaciones en ambos es evidente que no existe ninguna relación posible entre los dos. Lo más interesante es que lo que nos plantea nuestro autor no es que se encuentren tipos de individuos que sean los que, por medio de su especial situación en los puestos de mayor importancia social, y por la correlación que se establece entre ambos, determinen el carácter de una sociedad encontrándose siempre a lo largo de la Historia formando combinaciones que se repiten, sino que lo que Pareto encuentra es una serie de uniformidades en esta distribución, en diferentes sociedades y tiempo, que pertenecen a establecer las pautas con las que los residuos se manifiestan de uno u otro modo en cada grupo social. Es decir, los residuos de la clase I, así como los de la clase II, tienden a ordenarse de una determinada forma en todos los grupos humanos

y aunque existan cambios en esta disposición, que son los que acarrearán las grandes transformaciones sociales, siempre existen unas mismas pautas que se repiten y que son las que, en definitiva, nos permiten recomponer el hilo conductor básico de las sociedades humanas. De nuevo el autor encuentra los elementos de estabilidad que le permiten seguir postulando la existencia de una verdadera ciencia de la sociedad que cumpla todos los requisitos de las disciplinas lógico-experimentales; sin embargo, como estamos viendo muy poco a poco ya que el tema es lo suficientemente complejo como para que no queramos correr el riesgo de equivocarnos por un exceso de prisa, la insistencia en este elemento de constancia que puede encontrarse en toda sociedad, va a hacerle perder paulatinamente de vista aquellos factores que constituyen la base de la heterogeneidad y la diversidad social, y que son los que dan lugar a los grandes cambios y rupturas existentes a lo largo de la historia de la humanidad. Por ello el elemento de cambio, lo que realmente distingue a un grupo social de otro, será dejado en un segundo plano, para resaltar lo que hay de igual en este movimiento.

Ni en la élite, ni tampoco en la masa no gobernante existen unos tipos de residuos permanentes, sino que, por el contrario, lo que vamos a encontrar es una serie de tendencias que denotan como a lo largo del tiempo los residuos que prevalecían en la élite son substituidos por otros diferentes al tiempo que sucede algo muy parecido en la no élite. Este hecho, el que no se pueda considerar la distribución de esta manifestación de los sentimientos de un modo estático, origina el tema de la composición de las élites y su estrecha relación

con el de su circulación, con el fenómeno de la decadencia de las élites y su substitución por otras nuevas; todo esto ha sido la causa que nos ha movido a agrupar a ambos fenómenos en un mismo apartado. Recordemos que decíamos que los residuos representan por un lado lo que podría denominarse el elemento dinámico y progresivo de la sociedad, y en el caso del residuo de la segunda clase el factor conservador; al mismo tiempo hemos de recordar que cuando nos enfrentamos al tema de las élites hemos de tener siempre presente que existen tres movimientos en los que podemos estudiarlas y que forman el ciclo de su dominio que ha de repetirse más adelante con una nueva minoría; son los momentos de su inicio, auge y decadencia. Dado que son momentos muy diferentes entre sí podemos pensar que en los tres no puede predominar el mismo tipo de residuos. Cuando Pareto nos habla de la circulación de las élites, aunque todavía estemos tratando de ver cual es su composición, nos dice que, en líneas generales, en el momento en que una minoría está dispuesta a tomar el poder, su composición denota un predominio de personas en las que existe una alta combinación de los dos tipos principales de residuos. ¿Y por qué se necesitan estos dos tipos de residuos en un mismo grupo?, se preguntará el lector. Sencillamente porque el autor piensa que en este nuevo grupo ha de haber unos individuos emprendedores que estén dispuestos a la innovación, pero al mismo tiempo ha de haber una gran proporción de aquellos (y quizá en algunos casos en mayor medida que los primeros) en los que los residuos de la persistencia de los agregados sean muy fuertes, porque una élite que pretenda llegar a monopolizar el poder político no ha de tener jamás ningún reparo en utilizar la fuerza bruta para lograr sus fines. Aquí Pareto desprecia los que lla-

ma "prejuicios humanitarios", al igual que lo hacía Maquiavelo. Sin embargo, cuando esta nueva minoría llega a adueñarse del poder las cosas cambian por completo y va produciéndose un movimiento paulatino que da lugar a que aumenten los instintos de combinaciones en ella. La élite ya tiene el poder asegurado y recurre cada vez más a la astucia y a las convenciones, en vez de usar de vez en cuando la fuerza. Cuando consideremos las formas de gobierno de la élite entraremos con más detalle en el tema de la utilización de la fuerza en la gestión de los asuntos públicos, pero ahora hemos de decir que, para Pareto, el incremento paulatino de los residuos de la I clase da como resultado la pérdida de todos aquellos valores que simbolizan la fuerza y el vigor de la élite, convirtiéndola en un grupo lleno de sentimientos humanitarios, el peor vicio que se pueda imaginar nuestro autor. Por su parte los cambios en los residuos que predominan en la mayoría no son tan palpables puesto que no existe una curva paralela de desarrollo, auge y decadencia, como la que aparecía en la minoría. Sin embargo si se pueden hacer algunas apreciaciones al respecto. La masa, la mayoría paretiana, es un grupo en el que existe la tendencia a que prevalezca el instinto de persistencia de los agregados; por naturaleza la mayoría alejada de las tareas de gobierno es grandemente conservadora y carece de este espíritu de iniciativa que posee la minoría, y que va acrecentándose poco a poco a lo largo del tiempo. De igual modo ese predominio de los residuos de la IIª clase también afectará a las cualidades de la masa, que, de este modo, se convertirá en determinados momentos en un enemigo muy peligroso para los que están en el gobierno; una de estas virtudes es el apego a la

situación existente, y sobre todo el valor y el recurso a la fuerza, no enturbiados por sentimientos humanitarios. El problema, o mejor dicho la cuestión, que se plantea a partir de este momento es el hecho de que cuanto más tiempo continúe esta evolución, mayor abismo se irá formando entre los dos grupos sociales, hasta llegar a un punto en el cual los residuos de la Iª clase que queden en la élite serán demasiado numerosos, sucediendo lo mismo con los de la IIª clase y la masa; este es el punto en que la historia da un vuelco total y se producen las grandes revoluciones. Es entonces cuando se puede hablar de un movimiento de circulación de las élites, pero de un modo brusco y radical, y no suave y sin grandes transformaciones como puede darse en circunstancias normales. Cuando toquemos más claramente el tema de la circulación de la élite, veremos como este sólo es el caso extremo, que puede ser evitado de muchas maneras. Notese, sin embargo, como aparece el tema de la revolución en Pareto, como una transformación radical muy esporádica causada por una gran alteración en la distribución de los residuos entre los diferentes grupos sociales, pero que va a dar lugar, con gran rapidez, a la substitución de una élite por otra nueva.

De todos modos, en lo que hemos de insistir cuantas veces sea necesario es en que la decadencia de una élite siempre está seguida por su substitución por otra nueva, y nunca por el gobierno de la mayoría; en todos los casos lo que se da siempre es un movimiento ondulante de compensación entre los dos tipos de residuos; la situación óptima es aquella en la cual la élite mantiene un equilibrio entre ambos, y en realidad es esta la situación que se va a dar a la larga

,puesto que,de uno u otro modo,los residuos del segundo tipo van a ser introducidos en ella.A este respecto nos dice el mismo Pareto:

"Le peuple chez lequel predominant les résidus de la persistance des agrégats les apporte dans la classe gouvernante,soit par infiltrations (circulation des élites),soit par secousses,au moyen des révolutions."(16)

En realidad,en términos más matemáticos que sociológicos,se podría decir que en cifras absolutas la suma de cada uno de los tipos de residuos en la sociedad es siempre la misma,lo que varía es la distribución de estos entre las clases,y cuando existe un desequilibrio excesivo es cuando realmente se pueden producir transtornos graves en el equilibrio social general.Nuestro autor,trate el tema que trate,tiene siempre la tendencia a presentarnos un juego de tensiones y relaciones entre diversos factores que acaba siempre por dar lugar a un equilibrio;equilibrio inestable,pero que vuelve siempre a reconstruirse a pesar de que pueda haber sido roto por graves transtornos en sus elementos.Aquí se unen,pues,las dos ideas que encontramos siempre en juego en nuestro autor:la homogeneidad y la heterogeneidad,el cambio y lo estático.Al mismo tiempo que nos presenta una sociedad que, en situación normal,está siempre en reposo,nos enseña que esta supuesta estaticidad no es más que el resultado de una lucha constante entre las diferentes fuerzas y elementos que concurren en las sociedades.El problema,pues,reside en distinguir cual de los dos elementos posee una mayor importancia en el discurso,y parece evidente que,aunque nunca se olvida

que existe una parte muy esencial de transformación y cambio en las sociedades, la resultante, el equilibrio social, es el tema en el que más centra su atención. Por ello lo que le interesará será ver el estado idóneo que ha de tener la élite para que no pueda llegarse nunca a estos desequilibrios, y es evidente que esta situación es la que resulta de una distribución homogénea entre ambos tipos de residuos en la élite, que aportan sus respectivas ventajas y se contrarrestan mutuamente sus defectos.

Somos conscientes de que el desarrollo lógico de nuestra exposición, o al menos aquel que daría lugar a que el discurso quedara más completo, nos llevaría ahora a tratar el tema de como pueden ser manejadas estas variaciones de los residuos de la élite, de modo que esta pudiera mantenerse en su posición hegemónica, y qué es lo que debe de hacerse para lograr este objetivo. A pesar nuestro tenemos que romper un poco esta dinámica ideal para introducir previamente algunas ideas que completen nuestro discurso sobre el tema de la composición de las élites, permitiéndonos pasar finalmente al análisis de la circulación de estas. Junto a toda esta argumentación acerca de la distribución de los residuos entre las diferentes capas de la sociedad, aparecen dos tipos de denominaciones que hemos de conocer, al menos, para podernos guiar en los escritos paretianos.

Antes de entrar en su consideración ha de hacerse otra aclaración, que aunque en cierto modo interrumpen el hilo del discurso, nos es fundamental para poder seguir la línea

de la investigación. Pero previamente a todo ello hemos de recordar al lector que no nos encontramos inmersos en un estudio que se centre exclusivamente en la obra de este teórico de las élites, y por lo tanto no podemos entrar en un estudio exhaustivo de todos los puntos que encontramos en su discurso, sino que simplemente exponemos algunos como mera introducción a aquellos que contribuyen de un modo particular al objeto central de nuestro trabajo: esclarecer el origen y la significación de la denominada teoría de las élites. Pero lo que en realidad queremos apuntar aquí es que, dentro de este tema concreto de la composición de las élites y de las masas, los conceptos de Pareto no están tan claramente definidos como desearíamos, lo que complica en gran medida nuestro trabajo; y ello es lo que nos obliga también a tener que realizar frecuentes avances y retorcidos para tratar de dejar explicados lo más claramente posible los fenómenos que vamos presentando. Este es el caso concreto de la distribución de los residuos de la Iª y de la IIª clase en la élite, y en particular de su significación; decíamos antes que simplificando podía decirse que el instinto de las combinaciones podía representar a todas aquellas fuerzas "progresivas" y emprendedoras dentro de la sociedad, mientras que la persistencia de los agregados designaba más bien los factores de estabilidad y de permanencia. Pero vamos viendo que la división no es tan tajante y que nos encontramos con interferencias y puntos que no coinciden plenamente con el significado que estamos acostumbrados a atribuirles a lo dinámico y lo progresivo y a lo estático y lo conservador en nuestro lenguaje habitual. Por esta causa advertimos al lector para que no utilice con de-

masiada ligereza estas denominaciones, y que tenga muy en cuenta los matices que han de introducirse en cada una de ellas, y que van surgiendo a lo largo de la exposición.

A lo que queremos referirnos ahora es al hecho de que, tras haber presentado el equilibrio social, y por lo tanto el dominio de las élites, como el resultado de las posibles combinaciones que pueden darse entre estos dos tipos principales de residuos, Pareto introduce dos caracterizaciones diferentes de hombres que también van a verse en un puesto importante de sus estudios. La primera de ellas es la que toma seguramente de Maquiavelo, aunque parece que también en Platón se puede encontrar también esta denominación; y es la que divide a los hombres, y fundamentalmente a los pertenecientes a la élite en los zorros y los leones. Los zorros serían aquellos individuos que dan muestras de un gran número de residuos de la I^a clase, y por lo tanto son los que se lanzan a las innovaciones; siempre pretenden ir más lejos, y sobre todo prefieren la astucia, e incluso la corrupción, como medio para lograr sus fines. Se trata, pues, en el esquema de evolución que presentábamos con anterioridad, de las élites que surgen ante todo cuando estas se encuentran en el auge de su dominio, y cuando, si no logran contrarrestar de algún modo sus tendencias se iniciará un declive inexorable. Pero, por otro lado, tenemos a los leones, estos son aquellos en los que se halla un altísimo porcentaje de residuos de la II^a clase, y son, por lo tanto, los prudentes, los que prefieren aferrarse a la sólida realidad que correr el riesgo de fracasar apostando por un futuro incierto. Además, y esto es lo importante,

son los que recurren sin ningún perjuicio a la fuerza como medio de obtener su poder, y también como instrumento para mantenerlo. Todo ello nos muestra que, a causa de lo explicado anteriormente, será siempre una élite en la cual los leones sean mayoría la que tendrá más posibilidades de arrebatarse el poder a una vieja, llena de zorros, y también será este tipo de minoría la que habrá de lograr su auge en el gobierno de la comunidad. Por esto es por lo que Pareto insiste en que es necesario tratar de mantener a una élite en la que exista un equilibrio entre ambos tipos de personas, del mismo modo que era muy beneficioso que existiese una compensación entre ambos tipos de residuos.

Pero, cuando podríamos muy bien pensar que nuestro autor había acabado con la caracterización de las élites, tanto desde el punto de vista de los residuos que en ella predominan, como teniendo en cuenta el tipo de hombres que surgen en ella, aparece una caracterización distinta a la de los leones o los zorros. Realmente no sabemos como explicar el porqué de esta clasificación, que en realidad no parecía necesaria, sino es porque existe una mayor incidencia en esta última en los aspectos económicos, mientras que en la primera sólo se tocaba el aspecto político y social. Pero dejemos que sea el propio autor el que nos la presente.

"Les deux catégories remplissent dans la société des fonctions d'utilité diverse. La catégorie (S) (especuladores) est surtout la cause des changements et du progrès économique et social. La catégorie (R) (rentistas) est, au contraire, un puissant élément de sta-

bilité, qui, en un grand nombre de cas, évite les dangers des mouvements aventureux de la catégorie (S). Une société ou predominant presque exclusivement les individus de la catégorie (R) demeure immobile, comme cristallisée. Une société ou predominant les individus de la catégorie (S) manque de stabilité, elle est dans un état d'équilibre instable, qui peut être détruit par un léger accident à l'intérieur ou à l'extérieur." (18)

Vemos, pues, como se repite el mismo argumento que antes, pero con una denominación diferente, en lugar de hablar de zorros y leones se refiere a especuladores y rentistas, pero, en definitiva se van a ver aparecer las mismas ideas que cuando al principio hablabamos de la distribución de los dos residuos en la sociedad. Lo que sorprende un poco cuando se vuelve a leer detenidamente la cita anterior es que Pareto parece referirse tanto a los miembros de la élite, como a los de la masa, mientras que al referirse a los zorros y a los leones se trata, más bien, de las personas pertenecientes a la minoría, o que tienen alguna posibilidad de ingresar en ella, por ser elementos destacados de la masa. También hay que destacar, y esperamos haber insistido suficientemente en este punto, que nuestro pensador no señala nunca a ninguna de las dos clases como idónea para el gobierno de la sociedad, sino que siempre da a entender que, en realidad, es el estado de equilibrio entre ambas fuerzas, la perfecta distribución entre los dos grupos, lo que garantiza una cierta estabilidad en el gobierno de una minoría. Es la resultante de las fuerzas contrapuestas, que antes señalabamos, lo que constituye una característica recu-

rente en el análisis paretiano.

En resumidas cuentas, y a pesar de que nuestro autor nunca es nada propicio a proporcionar soluciones ideales a los problemas que se le plantean en su investigación, de todo su discurso se puede deducir que existe una combinación óptima en la élite que, aproximadamente sería la siguiente: en primer lugar la existencia de fuertes residuos de persistencia de los agregados muy extendidos y activos en toda la masa, y al mismo tiempo la concentración en la minoría de un número considerable de personas con gran cantidad de residuos de la Iª clase. Pero en esta misma ha de haber, de todos modos, una respetable cantidad de individuos en los que los residuos de la IIª clase sean fuertes, para poder contrarrestar los efectos perniciosos que tiene el aumento excesivo de los primeros en un grupo social, y que ya apuntábamos hace poco. Por último, y esto es un punto que todavía no hemos tocado con la suficiente profundidad, y para el que reservamos la siguiente parte de esta exposición, es imprescindible que se de una circulación relativamente libre dentro de la élite, que pueda garantizar una asidua renovación de su personal, y por lo tanto un constante equilibrio entre los residuos.

¿Qué nos presenta Pareto con toda esta larga y complicada explicación acerca de la élite y de su composición? Esta es la pregunta que hemos de hacernos para tratar de llegar a algunos puntos de acuerdo sobre el verdadero significado y alcance del discurso que presentamos. Pareto, que es un autor extremadamente minucioso y que nos suele abrumar con numero-

rosos detalles, ejemplos históricos, relatos de todo tipo etc.. hace realidad en muchas ocasiones el conocido refrán de que "los árboles no dejan ver el bosque." Con esto queremos decir que el investigador se encuentra siempre ante el peligro de caer en el detalle y olvidar lo esencial; por ello creemos conveniente realizar este tipo de recapitulaciones cada cierto tiempo, y así poder poner en orden nuestras ideas. Todo el esfuerzo de Pareto por mostrarnos cuales son las características esenciales de las élites, las mejores combinaciones que pueden existir, y, en definitiva, lo que en realidad son y significan estos grupos minoritarios, se dirigen hacia un mismo punto: presentar una interpretación definitiva acerca de la forma de la sociedad, de lo que él denomina el equilibrio social, en este intento constante por presentar los fenómenos sociales como el resultado de la tensión entre fuerzas opuestas. Pero lo realmente interesante, o lo que en este momento llama nuestra atención son dos hechos diferentes: primero que no debemos olvidar jamás que Pareto parece querer reducir el análisis de la sociedad a una aproximación al tema de su estratificación, con un concepto en la mano que no abandonará nunca, el de la élite. El resto de los múltiples aspectos, a pesar de subrayarse su importancia y su contribución a la formación de este equilibrio social, se ven a través de la óptica de las élites; esta es, pues, una característica esencial, pero a la vez una gran limitación del discurso. En segundo lugar el postulado de la inmutabilidad de la naturaleza humana lleva a predicar un dominio perpetuo de las élites, y también supone la no variación de las características de esta; ello dará lugar a que, a partir del estudio de la composición de las élites se

pasar a ver su circulación, sus cambios y transformaciones, pero no todo queda así, sino que, sin abandonar esta misma línea, el principio de la inmutabilidad de la naturaleza humana permite resaltar y plantear una visión total de la Historia de las sociedades humanas, y en definitiva de la Historia del hombre reducida y "uniformizada" a una única línea explicativa. Así pues, cuando acabemos de estudiar estos puntos fundamentales de nuestro autor nos vamos a encontrar no ante una simple concepción de la forma y funciones de la sociedad sino con una verdadera interpretación cosmogónica de la naturaleza del hombre y de su evolución. Aquí reside, pues, la grandeza de Pareto, y al mismo tiempo estas enormes pretensiones van a ser las causas principales de los grandes fallos de su pensamiento. Pero es evidente que una empresa de esta envergadura, únicamente por lo que aporta a la teoría sociológica, justifica estos grandes errores, y lo sitúa dentro de los mayores teóricos de las ciencias sociales.

Cuando un estudioso se enfrenta con la obra de un pensador dentro de estas disciplinas que se han reunido bajo el nombre de ciencias sociales, uno de los principales temas que ha de estudiarse siempre es la postura que ante mantiene ante los fenómenos del cambio, puesto que ello constituye uno de los principales ejes de la teoría social. Nosotros lo hemos pretendido hacer a lo largo de todas estas páginas, mostrando la ambivalencia, en ocasiones desconcertante, de Pareto ante esta cuestión. Cuando parece que lo que realmente sobresale en su pensamiento es el aspecto de los fenómenos sociales, de repente incide en el tema del cambio y dedica agudísimos comentarios sobre el mismo. Esto es lo que nos hace ser tremendamente

escépticos cuando cualquier autor afirma rotundamente que Pareto ha de ser incluido dentro del grupo de los teóricos que conceden una importancia casi exclusiva a los factores estáticos dentro del análisis de la sociedad. Lo mismo nos ha ocurrido con el tema del análisis de las élites, tras haber presenciado una magnífica exposición acerca de los elementos constantes que caracterizan a estas minorías, y también a las mayorías sobre las que gobiernan, cuando podríamos pensar que se iba a dar fin a su discurso, el autor da un vuelco vertiginoso y afirma que el tema fundamental a investigar es el que él denomina el de la circulación de las élites.

"Les aristocraties ne durent pas. Quelles qu'en soient les causes, il est incontestable qu'après un certain temps elles disparaissent. L'histoire est un cimetière d'aristocraties." (19)

Esta es una de las afirmaciones más afortunadas de Pareto, que ha pasado a ser tremendamente conocida entre los profesionales de las ciencias sociales, y que incluso se ha convertido en un tópico que ha servido en muchas ocasiones para definir todo el pensamiento paretiano. En verdad esta aseveración nos permitiría, también, presentar el estudio de la Historia en este autor, pero dado que no hemos llegado todavía a este punto vamos a usarla como introducción al punto que ahora nos interesa: el de la circulación de las élites. Aunque las características psicológicas y las formas de actuar de los diferentes grupos sociales sean siempre las mismas, al estar determinadas en última instancia por las manifestaciones de los sentimientos, los residuos, que sufren escasas variaciones a lo largo del tiempo, es indudable que las élites, las aristocracias como a veces las llama Pareto, aparecen, se desarrollan, y después son derrotadas por otra nueva élite, y es este mo-

cíclico de cambio el que se denomina la circulación. Pero tengamos mucho cuidado con lo que afirmamos, no es simplemente el hecho de la sucesión de una minoría por otra lo que llama la atención de nuestro autor, sino sobre todo el continuo movimiento que hay, o al menos debería haber, entre la élite y el resto de la población. Es, en realidad, este vaivén que no supone una transformación radical de la minoría, sino simplemente una variación paulatina, a lo que Pareto llama "circulación de las élites". Una sociedad no es algo estático, sino que existe un perpetuo cambio entre los diferentes grupos sociales, que se refleja en las variaciones en la distribución de los residuos que antes comentábamos; y va a ser en el fondo este movimiento el que puede llegar a compensar la tendencia a la superabundancia de residuos de la Iª clase en la élite y la del tipo II en la masa; por ello es por lo que el fenómeno adquiere tanta importancia dentro del discurso paretiano. Se trata, entonces, no de variaciones bruscas en la composición de las élites, en el tipo de residuos que predominan en ellas, sino un movimiento natural que tiende a autorregular la distribución de estos residuos en la sociedad, y por lo tanto garantiza una máxima permanencia y efectividad en el dominio de las élites.

Es tremendamente curioso observar como cuando uno logra sumergirse en el pensamiento de un autor, hasta el punto de llegar a hacer propias las ideas de este y entrar en su modo de razonamiento, se da cuenta de que todo el razonamiento presenta una tendencia a seguir un mismo esquema de desarrollo. Es decir, lo que se aprecia cuando se alcanza este grado de compenetración con el autor en cuestión, es que sucesiva-

mente emplea un mismo modo de razonamiento y una mismíformula expositiva que llega a hacerse sumamente familiar para el investigador, y que este podría, incluso, repetir aún planteandose premisas radicalmente diferentes. Esto es lo que nos sucede, a estas alturas, con Pareto, y por ello nos detenamos en algunas ideas para recapacitar sobre el camino que está siguiendo en el tema concreto que toca en cada momento. Existen bastantes "vicios" paretianos de este tipo que podríamos resaltar ahora, pero uno de ellos se deja notar particularmente cuando el autor entra en el problema de la circulación de las élites. Hasta este momento el discurso seguía al pie de la letra las más estrictas reglas de la lógica científica, y a partir de sus premisas el autor ha ido construyendo su impresionante edificio teórico; pero llega un momento en que el esquema parece quedarse estrecho, o al menos necesita introducir otras variables para completarlo, y es este hecho el que da lugar a que surja una segunda fase en su estudio que podríamos denominar la de "flexibilización". En ella este pensador toma en cuenta todos aquellos fenómenos que podrían rebatir sus ideas y va adaptando toda su teoría a estas "excepciones"; es el momento de completar, de verificar con la realidad sus aseveraciones.

Justamente es un poco esto lo que hace cuando entra en el tema de la circulación de las élites; hemos hablado ya de los principios que mueven a esta formulación, y por lo tanto no lo vamos a repetir una vez más, pero si insistiremos en otros puntos. Uno de ellos, que vuelve a aparecer aquí, y al que creo que hacíamos también referencia cuando hablabamos de la definición de la élite en Pareto, es que el autor insiste

tremendamente en que la división de una sociedad en una élite gobernante y una mayoría no gobernante es, en realidad, una simplificación; una simplificación tremendamente útil porque es de la única forma que podemos llegar a plantearnos algunas de las principales uniformidades de la vida social, y que, por lo tanto, el investigador no puede abandonar. Pero lo que sí puede hacer, y aún más lo que ha de hacer, es no perder de vista que, de cuando en cuando, ha de pararse a recapacitar y a adecuar de algún modo todas sus conclusiones a este hecho. Por lo que a nosotros nos interesa en este momento, hay que insistir en el reconocimiento de la separación entre la élite y la no élite como una división arbitraria cuyos límites no pueden ser nunca fijados en la realidad; ello supone que la circulación de las élites, el que los individuos posean un cierto grado de movilidad entre los grupos humanos, es un fenómeno real, que no puede ser negado bajo ningún concepto. Por esto nos dirá Pareto:

"Nous devons aussi tenir compte de cet autre fait: que les classes sociales ne sont pas entièrement séparées, pas même dans les pays où existent castes, et que, dans les nations civilisées modernes, il se produit une circulation intense entre les différentes classes. Il est impossible de considérer dans toute son ampleur le sujet de la diversité des multiples groupes sociaux sociaux, et les façons si nombreuses dont ils se mélangent." (20)

La circulación de las élites es un hecho normal en todas las sociedades, porque la separación entre los grupos sociales no es algo tan rígido como el investigador plantea en su análisis, y por lo tanto es un hecho que todo estudioso ha

de tener en cuenta so pena de caer en una mistificación de la realidad que ha de estudiar. Pareto reconoce, pues, una vez más las indudables limitaciones del método de conocimiento científico y se prepara para introducir nuevos elementos en su estudio que completan su visión de la realidad. Al mismo tiempo notese como en la cita que acabamos de presentar el autor utiliza tranquilamente el concepto de clase social al referirse a la diversidad de grupos sociales que pueden existir en una comunidad humana, mientras que reserva a su propia denominación el término de "simplificación"

El problema de toda élite, al menos el problema fundamental, es indudablemente el de lograr mantenerse en el poder, pero como veremos más adelante a pesar de que el gobierno es siempre minoritario ello no implica que no esté sometido al peligro constante de ser substituido por el de otra minoría más fuerte. No es que nuestro autor se incline por uno u otro grupo dominante, sino que piensa que la estabilidad de un grupo en el poder es siempre más beneficiosa para la sociedad que el relevo constante que acarrea, sin lugar a dudas, una anarquía política a medio plazo. Es por esto por lo que se hace fundamental el conocimiento de los medios por los que se puede lograr dicha permanencia. Para conseguir esta estabilidad en el poder Pareto toma en cuenta dos tipos de medios muy diferentes: por un lado están todos los instrumentos de gobierno de los cuales hablaremos más adelante, pero por otro lado se encuentran una serie de mecanismos autorreguladores que, si son cuidados por la élite, dan lugar a una perfecta distribución de los residuos en la sociedad, y, por lo tanto, garantizan

, de este modo un buen gobierno de la sociedad. A estos movimientos es a lo que Pareto llama la circulación de las élites. Veíamos anteriormente que uno de los grandes peligros que perturbaban el equilibrio social, era la tendencia por parte de la élite a acumular en su seno un gran número de residuos de la Iª clase, mientras que, por su parte, en la masa se asistía a un proceso parecido de superabundancia de la otra clase fundamental de los residuos; si no se instauraba ningún mecanismo capaz de regular este movimiento no era difícil prever que en un breve plazo de tiempo caería bruscamente la élite en el poder, produciéndose lo que hoy denominamos revoluciones. El único medio de cortar esta tendencia estaba en lograr que se produjera en la sociedad un movimiento de autocompensación que fuera introduciendo a los elementos más capaces de la masa, aquellos que poseen una superabundancia de residuos de la IIª clase, dentro de la élite; y que, viceversa, los elementos inferiores dentro de la clase gobernante fueran descendiendo a la masa. Si se logra tener una sociedad que permita esta libre circulación de las personas, basada únicamente en sus propias aptitudes personales, se habrá asegurado, para Pareto, el equilibrio social tan importante para la buena marcha de toda comunidad. En cambio, si, por una u otra razón, la élite se cierra en sí misma impidiendo que se den este tipo de movimientos estaremos prácticamente seguros de que, antes o después, asistiremos a un periodo de profundas convulsiones sociales.

Recapitulemos un momento y reflexionemos acerca de lo que significa todo el planteamiento paretiano acerca de la circulación de las élites, antes de entrar en la continua-

ción de su discurso. Por medio de la idea de que es necesario un movimiento dentro de los grupos sociales nuestro autor introduce, evidentemente, un elemento de cambio dentro de su análisis; pero, en realidad, es un factor muy limitado y que tiende exclusivamente a garantizar las condiciones de la estabilidad social. Así pues, lo que se pretende evitar a toda costa es la aparición de profundas transformaciones sociales que perturben el desarrollo de la sociedad, y sobre todo que alteren bruscamente la distribución de la sociedad en la capa dominante y la dominada. El cambio, así, se reduce a un movimiento pequeño dentro de la estabilidad general, que no va a transtornar nunca las condiciones más profundas de la sociedad, lo que podríamos llamar su estructura, y en realidad ni siquiera van a variar los aspectos más formales, puesto que lo único que cambia un poco es la composición, es decir las personas concretas que componen en cada momento la élite y la mayoría. Las revoluciones y los grandes cambios sólo aparecen cuando la élite ha fracasado por completo en su gobierno. Y, de todas formas, nunca son cambios profundísimos dado que, en el fondo, siempre permanece inmutable todo lo que esta indisolublemente ligado con la naturaleza humana y que, en definitiva, es lo que determina los aspectos más esenciales de la forma social.

Pero no es únicamente las limitaciones inherentes a la concepción del cambio de Pareto lo que nos puede llamar la atención dentro de este discurso, el problema es aún más complejo e incluye aspectos a los que hemos de entrar. Cuando Pareto habla de la necesidad de una óptima circulación de

las élites lo que nos está diciendo, en el fondo, es que anhela una sociedad en la que los mecanismos de la competencia funcionen a la perfección, siendo únicamente las propias capacidades personales de los individuos y los resultados prácticos que estos alcancen en sus respectivas ramas de actividad las que cuenten para determinar el puesto que cada uno ha de ocupar dentro de la escala social. Evidentemente una sociedad de este tipo, libre de todas las trabas que confieren su status a los individuos en base a consideraciones ajenas a su capacidad individual, es una sociedad inexistente y bastante inconcebible en la realidad. Si Pareto hubiera puesto en funcionamiento a los otros cuatro tipos de residuos se habría dado cuenta de la imposibilidad, o al menos de la gran dificultad, de poner en práctica su idea; pretender que en la élite no surjan tendencias aristocráticas que impulsen a perpetuar su dominio en base a los mecanismos de la herencia es realmente algo impensable. Por otro lado nuestro autor no parece tomar en cuenta toda otra serie de factores que influyen tremendamente a favor de que la minoría se convierta en un grupo cerrado, al que tengan un acceso sumamente difícil todo el resto de los individuos de una sociedad; entre estos podríamos citar como uno de los más efectivos el de la educación, filtro tremendamente selectivo que siempre constituye un handicap para aquellas personas muy dotadas, pero no pertenecientes a la clase dominante. En definitiva Pareto parece pensar ingenuamente en la posibilidad de llegar a una sociedad en la que, aunque no desaparezcan las formas de dominio elitistas, la única discriminación existente entre los hombres sea la de su propia capacidad individual, que les permita situarse en los puestos que puedan desempeñar de un modo más idó-

neo. Se trata de una nueva versión de la utopía liberal de una sociedad autorreguladora en la cual, por medio de la competencia libre se llega a un estado de perfecto equilibrio que no debería de ser alterado, en ningún caso, por la intervención de fuerzas extrañas a las de la propia sociedad. Nuestro autor no nos dice, sin embargo, que haya que dejar desarrollarse libremente las tendencias propias a la sociedad, puesto que estas llevarían inevitablemente hacia una situación con graves trastornos sociales; por lo tanto se puede afirmar que es partidario de una acción reguladora por parte de la élite para mantener un buen estado de equilibrio. De todos modos la acción que le exige a la élite, presentándola como único medio de lograr este equilibrio efectivo, parece que va, en principio, en contra de lo que parece que sería la primera reacción de esta. Pareto le exige a la minoría que ha logrado situarse en el poder que renuncie al monopolio de este, que abandone la idea de que va a perpetuarse como élite, al menos en lo que respecta a los miembros que la componen, y que acepte la triste realidad que le dicta que se abra a la masa y mantenga una constante circulación de individuos, en los dos sentidos, si quiere permanecer en el poder. Por lo tanto, si se toman al pie de la letra estas indicaciones, no nos queda más remedio que reconocer que la élite paretiana no es una élite de personas, no es, pues, una aristocracia, sino que parece, más bien, una élite de intereses. Es decir, no importan los individuos que forman parte de ella, sino que permanezcan estables los rasgos que la han definido como minoría diferente a la que derrocó; en este caso lo que ha de permanecer inmutable es este "sello" que distingue a una élite de otra. Pero también

es evidente que, cuanto más particulares sean estos intereses que dan lugar a la formación de una nueva élite, más difícil será que no surjan tendencias a encerrarse en ella misma y a no permitir que entren nuevos elementos que puedan poner en peligro los intereses que pretende defender con su poder. Todo ello nos lleva, poco a poco, hacia la concepción de una sociedad ideal en la que la élite esté compuesta por los mejores, pero además los mejores objetivamente, es decir que sus intereses no sean excesivamente egoístas, sino que, por el contrario, puedan llegar a considerarse como intereses comunes a toda la sociedad. Pero ya trataremos de todos estos temas cuando hablemos acerca de las formas de gobierno de la élite, y no tenemos por qué repetir dos veces los mismos argumentos.

Se comprende, pues, que la circulación de la élite sea la única forma de conseguir un cierto equilibrio social que aleje la posibilidad de bruscos conflictos y transformaciones sociales; sin embargo estos últimos, aunque no son demasiado frecuentes, no pueden evitarse siempre en ninguna sociedad. La élite en todo tiempo y lugar, por lo menos hasta el momento, ha sido incapaz de comprender que tenía que estar abierta a nuevas formas de influencia y que debía de desembarazarse de aquellos elementos que la perjudicaban, y esto es lo que ha dado origen a las grandes transformaciones sociales. Como nos dice nuestro autor.

"Les révolutions se produisent parce que, soit à cause du ralentissement de la circulation de l'élite, soit pour une autre cause, des éléments de qualité inférieure s'accumulent dans les couches supérieures.

Ces éléments ne possèdent plus les résidus capables de les maintenir au pouvoir, et ils évitent de faire usage de la force, tandis que dans les couches inférieures se développent les éléments de qualité supérieure, qui possèdent les résidus nécessaires pour gouverner, et qui sont disposés à faire usage de la force."

(21)

Es precisamente en esta cita en donde aparecen varias ideas que queremos comentar puesto que pueden completar perfectamente nuestra exposición acerca de este tema; dejaremos, sin embargo, de lado, el tema de la fuerza que surge aquí con mucha claridad, para tratarlo más adelante. En primer lugar aparece la idea que tantas veces hemos repetido, de que las grandes convulsiones sociales están causadas por una degeneración en la élite que se ve inadida por los residuos de la Iª clase; pero de lo que no hemos hablado todavía es de lo que ocurre mientras tanto en el otro grupo de la sociedad que nos interesa, la mayoría. La masa es incapaz de actuar por sí sola, y este es un hecho que nada puede cambiar, pero ello no quiere decir que, ante la degeneración de una élite, ante el caos generalizado en el funcionamiento de una sociedad, no se produzcan movimientos de repulsa. Es evidente que estos movimientos no van a ser nunca protagonizados por la propia masa, sino por una serie de líderes, de personas con cualidades "superiores", como las denomina nuestro autor. Recordemos que en la masa van apareciendo paulatinamente elementos superiores, llenos de residuos de la IIª clase, que son los que necesita la élite, y que, ante una minoría cerrada que no los admite en su seno, van a ir formando una nueva minoría dentro de la masa. De este modo no es que vaya a producirse una revuelta de las

masas, ni por supuesto un intento de acceder al poder por parte de estas, lo que va a darse es la consolidación de todos aquellos elementos a los que no se les ha permitido ingresar en la élite, formando un nuevo grupo minoritario, que aprovechará la situación de debilidad de la vieja minoría para intentar hacerse con el dominio político. Como se da el caso de que estas nuevas agrupaciones tienen siempre, al comienzo, una gran abundancia de residuos de persistencia de agregados, lo que les hace utilizar la fuerza sin ningún tipo de escrúpulos; esto da lugar a que, prácticamente en todas las ocasiones, la vieja élite sea derrotada y substituida por una nueva. Si a esto unimos que, por lo general, la minoría surgida de la masa suele apoyarse siempre en la fuerza de esta hasta lograr alcanzar sus objetivos, el problema de quien resulta vencedor en el enfrentamiento tiene una fácil respuesta. Así es como Pareto va a plantear el tema de los grandes cambios en la historia de la humanidad, transformaciones que no son rupturas profundas, sino fines de un ciclo que, al tiempo, suponen el comienzo de otro nuevo; ello da origen a que, como apuntábamos antes, la historia sea un cementerio de élites. Hemos de darnos cuenta, a pesar de que no vayamos a entrar directamente en el tema, de la significación que posee esta teoría del cambio social, en la cual, a través de todos estos movimientos, la forma de la sociedad permanece sin cambios, puesto que está definida de un modo abstracto en base al dominio de una élite sobre la mayoría de la población. La significación de esta teoría de la circulación de las élites adquirirá su pleno sentido en el momento en que podamos llegar a entrar en el estudio de la teoría de la historia y del cambio en nuestro autor; pero nosotros hemos de considerar, ahora, el problema

de la forma de dominio y de gobierno de las élites.

V.1.4. Las formas de dominio y de gobierno de las élites.

Hasta este momento hemos tratado de estudiar, en primer lugar, la definición de la élite que aparecía en los escritos de Pareto, y, en segundo lugar, cual era la composición y sus variaciones a lo largo de la historia. Sin embargo, el lector pensará que hemos olvidado que la élite de este autor es fundamentalmente una élite política, cuya tarea principal es la de gobernar sobre la sociedad; pero nosotros, por el momento sólo hemos hecho unas breves referencias al tema del gobierno, y hemos de subsanar sin remedio este defecto. Si existe una élite en toda sociedad, es decir si se admite el punto de vista de Pareto es únicamente porque hemos adoptado la perspectiva del poder; como el mismo autor reconoce hay muchos modos de considerar la estratificación de una comunidad humana, pero la que divide a esta en dos grandes grupos, la élite y la no élite, es la que se basa esencialmente en la contemplación de la sociedad desde el punto de vista de la política, y recordemos que, en Pareto, la política es sinónimo de poder. Por lo tanto la función primordial de esta minoría será la de cumplir las tareas de gobierno y administración social, gozando, además de unos ciertos privilegios que conlleva dicha tarea; este hecho hace que, en principio, nuestro autor nos plantee que no existe ningún lazo de unión entre ambos grupos sociales. Hasta es capaz de afirmar cosas como la que sigue:

"..on peut observer que "grosso modo" la classe
gouvernante et la classe gouvernée son l'une à
l'égard de l'autre comme deux nations étrangères."

(22)

La función de gobierno queda, así, exclusivamente en
manos de una pequeña élite que controla todos los resortes de
poder y que no deja lugar para la más mínima participación de
la mayoría en este tipo de tareas, de modo que la sociedad se
escinde en dos partes entre las cuales parece no poder ha-
ber ningún tipo de comunicación. En realidad no debe sorpren-
dernos que se mantenga la idea de que el gobierno de una so-
ciedad determinada es asunto de una minoría puesto que este
aspecto es una de las características básicas del discurso
de las élites, la imposibilidad de la existencia de una mayo-
ría gobernante, y por lo tanto, la falacia que supone el predi-
car la posibilidad de un régimen democrático; sin embargo el
apouar un argumento de tipo elitista no supone, de ningún modo,
postular una total separación entre ambos grupos sociales, ya
que, en realidad, es muy difícil imaginar una forma de gobier-
no que no tenga para nada en cuenta a la masa gobernada. Ade-
más la radical separación entre ambos grupos no concuerda
con algunas ideas vertidas por Pareto acerca de la necesaria
circulación de las élites; por todo ello no es de extrañar
que el autor, en esta segunda fase que se encuentra en todos
sus razonamientos, dé una mayor flexibilidad a este argumento
tratando de conformarlo más a la realidad. Este cambio va a
notarse con claridad cuando comienza a exponer los servicios
que pueden prestar determinados miembros de la mayoría a la
minoría, y sobre todo cuando entra en el tema de las legitima-
ciones que necesitan las élites para hacer aceptable su do-

minio ante la mayoría. De todas formas, a pesar de esta flexibilización de su pensamiento, Pareto es, sin duda alguna, el teórico de las élites que está inclinado a dar un mayor énfasis a la división existente entre la élite y la no élite; como observan muchos estudiosos, y nosotros lo apreciaremos más adelante, esto no ocurre, por ejemplo, con Mosca ni con Michels, que están siempre muy dispuestos a mostrarnos las relaciones existentes entre ambos grupos y el modo en que estas pueden llegar a afectar al dominio de la élite. En este caso a Pareto le ocurre lo que comentábamos en otra ocasión, plantea con demasiada rigidez las implicaciones de su pensamiento, para tenerlo que suavizar a continuación al comprobar que, de hecho, las cosas no suceden del modo que a él le gustaría en ninguna sociedad. Y es esta permanente actitud la que le hace ser muy rígido en sus observaciones, perdiendo sutileza y alcance algunas de ellas. En un principio, pues, el gobierno es solamente un asunto de la minoría, en el cual no interviene para nada la mayoría.

Pero se nos vuelve a plantear otro problema cuando hablamos de la élite, recordemos lo que decíamos en el primer apartado de esta exposición acerca de la teoría de las élites de nuestro autor; al hablar de su visión de este fenómeno afirmábamos que, en un primer momento, comenzaba por presentar una definición puramente funcional de la élite, pero que iba a abandonar casi inmediatamente para centrarse en una noción plenamente política de la misma. Sin embargo siempre nos queda la duda de si realmente la élite se compone únicamente de aquellas personas que tienen una intervención directa en el gobierno

de las sociedades, o si también podemos incluir dentro de ella a individuos que destacan por sus aptitudes y que ocupan puestos importantes en la sociedad, pero sin tener una relación directa con el aspecto puramente político de esta. La distinción puede parecer a primera vista superflua, pero hemos de tener en cuenta la consideración de las formas de gobierno de la élite y su variación si adoptamos una u otra acepción. En el caso de que supongamos que existe una división dentro del grupo dirigente se podrían distinguir dos tipos de relación de poder con los gobernados y con todos aquellos que son miembros de la élite pero que no tienen un acceso directo a las fuentes e instrumentos del poder político; mientras que si se afirma que sólo hemos de considerar como élite a aquellos que gobiernan de un modo directo las relaciones de dominio serían mucho más simples. Insistimos mucho en este punto ya que creemos que aquí se ha producido uno de los errores de interpretación generalizado por parte de bastantes estudiosos de la obra paretiana, que ha contribuido a tergiversar uno de los aspectos más importantes de su pensamiento. Al igual que se ha afirmado tradicionalmente que la brecha que se establece entre las dos capas esenciales de la sociedad era algo insalvable, lo cual, como hemos visto, no es totalmente exacto, se ha llegado a mantener en numerosas ocasiones que la élite de Pareto era fundamentalmente política y como tal debía de ser considerada como un grupo homogéneo. En realidad estas afirmaciones son en parte ciertas, pero no en su totalidad, y no únicamente en un sentido sino en dos; en primer lugar es verdad que Pareto pasa de presentarnos una definición concreta de la élite al extremo opuesto, refiriéndose únicamente a la parte gobernante de la élite cuando nos habla de ella

en su totalidad. Pero, aunque Pareto siempre tuvo un gran empeño en afirmar que uno de los puntos en los que había que tener un mayor cuidado a la hora de iniciar una investigación de carácter científico, era el de construirse un perfecto vocabulario que se ajustase por completo a los fines y objetivos que nos hubieramos marcado, evitando todo tipo de posibles confusiones derivadas de una anterior utilización del mismo concepto con una acepción algo diferente; a pesar de todo ello él también comete errores de este tipo, y, en realidad, es esto lo que le ocurre a la hora de utilizar el término de élite. Cuando Pareto habla de la élite suele referirse, en la mayoría de los casos, a la élite gobernante, pero ello no significa que, en realidad, el autor no piense que dentro de ella no existan otras personas que cumplen funciones ajenas a las administrativas o gubernamentales. Por el contrario creo que, cuando hablamos del tema de la definición de la élite, dejamos suficientemente claro el hecho de que pueden encontrarse dos grupos distintos dentro de ella: la parte gobernante y la no gobernante. Pero no es este el único tema que nos interesa aclarar antes de entrar de lleno en la consideración del gobierno de la élite, existe todavía otra cuestión, quizá de mayor interés que la primera, que atrae nuestra atención, y es la supuesta homogeneidad o heterogeneidad de la élite en Pareto. De nuevo nos encontramos con toda una tradición de pensamiento que ha afirmado que, en este autor, la élite aparece como un grupo monolítico guiado por los mismos intereses y por los mismos objetivos, en el cual no se pueden dar ni conflictos ni luchas intestinas puesto que es un grupo solo y unido. Sin embargo no es cierto que sea

Pareto el que plantea una visión tan simplista de este fenómeno político frente a la actitud flexible de Mosca el cual sí distingue la existencia de diversas corrientes representativas de varias fuerzas políticas y sociales dentro de la clase política. Prueba de que Pareto está más cerca de la postura de Mosca de lo que podríamos pensar es la siguiente afirmación:

"La classe gouvernante n'est pas homogène. Elle même a un gouvernement et une classe plus restreinte ou un chef, un comité qui effectivement et pratiquement prédominent." (23)

La cita es lo suficientemente clarificadora como para que se reafirme la postura de Pareto; bien es verdad que después no vamos a encontrar ningún tipo de desarrollo de esta idea. No se analizan, por lo tanto, las tensiones que pueden existir dentro de la élite ni la influencia que este hecho puede tener en el dominio de la misma, y esto hace que en este tema el análisis paretiano pueda ser considerado inferior al de Mosca, o al menos más incompleto. Sin embargo, con esto hemos aclarado un equívoco que comunmente se encuentra en los estudios sobre la teoría de la élite paretiana; tengamos, pues, siempre presente que bajo el aparentemente monolítico discurso de este autor se encuentra la idea de heterogeneidad dentro de la minoría, o al menos la de división dentro de esta, lo que no dejará de tener sus consecuencias.

Entramos ya definitivamente en el tema del dominio de las clases gobernantes o de las élites. Pareto, al igual que el resto de los teóricos clásicos de las élites denominará a esta minoría de múltiples formas, sin jamás distinguir

entre ellas, o al menos precisar si realmente concede algunas características diferenciales a cada una de estas denominaciones, Y de nuevo nos encontramos con el tema de los residuos nada más entrar en el problema.

"...l'art de gouverner consiste en grande partie à savoir utiliser les résidus existants." (24)

Si las élites se caracterizan por una particular distribución de los residuos, y al mismo tiempo la masa también posee los suyos particulares, no ha de resultar sorprendente que nuestro autor recurra a ellos para mostrarnos la forma de gobierno de la minoría. Y aquí comienza la aportación más original de Pareto siempre en consonancia con la línea que ha seguido anteriormente en otros temas. Recordaremos que los residuos son las manifestaciones de los sentimientos que, al ser propias de la naturaleza humana, son prácticamente inmutables, o al menos sufren poquísimas variaciones a lo largo de la historia de las sociedades. A partir de aquí Pareto iba a convertir a los residuos en los elementos definitorios de la estratificación social, en el sentido en que era la distribución de estos entre los distintos grupos sociales y la distribución en las diferentes sociedades la que iba a determinar el curso que seguiría el dominio de una élite en concreto. En realidad esto no es sorprendente si consideramos que, nuestro autor consideraba, por un lado, que los residuos eran las motivaciones más hondas de los pensamientos humanos, y, por otro lado, que una mala distribución de los residuos en la sociedad daba lugar al derrumbamiento de una élite y al surgimiento de otra nueva, a lo que Pareto, en términos quizá demasiado dramáticos, llama revolución. Pero lo que, en definitiva hemos de estudiar aquí es la concepción de gobierno,

de lo que se llama la política en oposición a lo político, que se desprende de la afirmación que presentabamos anteriormente, es decir que el gobierno de la élite consiste fundamentalmente en la utilización de los residuos. Si nos remontamos a la primera definición del residuo vemos que este es la manifestación de un sentimiento, ello nos lleva, queramoslo o no, a que la política práctica que ha de hacer la élite consiste esencialmente en utilizar, en definitiva manipular, estas manifestaciones de los sentimientos. Realmente es muy curioso, y a la vez esclarecedor, que se defina a la política como manipulación; en definitiva lo que tendrá que hacer la minoría es saber usar tanto sus propios residuos como los que existen en la masa, para poder sacar el máximo provecho posible de esta acción. Además Pareto, que ha dedicado un larguísimo espacio a considerar el tema de la circulación y la composición de estas, pasa muy por alto todos los aspectos concretos de la política. Parece como si pensara que con haber postulado algunos principios de la composición y funcionamiento de las élites hubiera marcado todos los movimientos que se pueden encontrar en la política concreta de estas; de ello se deduce que la consideración, el estudio de los residuos es el único elemento cognoscitivo, que al tiempo nos proporciona toda la información necesaria acerca de estos temas. El estudio social se reduce, de este modo, al juego entre las distintas relaciones, combinaciones, oposiciones etc.. que se pueden formular entre los distintos tipos de residuos.

Así pues, la política, el arte de mantener el monopolio del poder político, se sitúa en las esferas más irracionales, o mejor dicho no propias a la razón, de la actividad huma-

na;este hecho se acrecienta cuando consideramos que Pareto nos dice, en relación con los métodos que ha de utilizar la élite para influir en la masa, que, por un lado la minoría ha de saber utilizar los residuos existentes en la sociedad, pero, por otro, necesita recurrir a las derivaciones que tiene a su alcance para tratar de legitimar su poder. Como bien sabemos los argumentos racionales no tienen ninguna utilidad ni sirven para apoyar a los individuos en la acción; por ello las minorías han de echar mano de discursos ideológicos para que la masa acepte su dominio.

"L'histoire nous apprend que les classes dirigeantes ont toujours essayé de parler au peuple le langage qu'ils croyaient non pas le vrai; mais celui qui convenait le mieux au but qu'elles se proposaient." (25)

Existen algunas ideas importantes contenidas en esta formulación que hemos de resaltar. En primer lugar, y como decíamos anteriormente, aquí ya está perfectamente claro que no existe un dominio de la élite completamente separado de las masas, sino que, por el contrario, parece que la necesidad de una fórmula de legitimación de su poder supone que, de algún modo, la masa tenga que "dar su aprobación" al tipo de gobierno de la minoría, o al menos no expresar públicamente su descontento que puede hasta llegar a derrocar a la élite en el gobierno. Ante esta amenaza es la propia minoría la que ha de comprender la necesidad de recurrir a todos los instrumentos que tenga a su alcance para mantener su situación de privilegio; y está muy claro para Pareto que lo que llega mejor a los hombres, lo que les motiva de un modo más claro para la acción, y lo que puede ser más eficaz si se pretende lograr un buen

afianzamiento de la élite es el recurso a los sentimientos. Por un lado se recurre a la manipulación de los residuos, intentando conseguir, por medio de la circulación de las élites y con otros instrumentos a su alcance, su mejor distribución en la sociedad, pero, al mismo tiempo, esta manipulación de los sentimientos se hace muy eficaz mediante el recurso a las diferentes fórmulas que proporcionen una visión del mundo basada sobre este dominio de las élites, presentándolo como un hecho necesario y a la vez beneficioso para la sociedad; pero sobre todo ha de hacerse hincapié en su inmutabilidad al presentarse como eje de toda la construcción del universo. En definitiva el equilibrio y la decadencia de una élite, así como el surgimiento de otra nueva en el seno de la masa dependerán, esencialmente, de la capacidad y el éxito con el que esta pueda apelar a los sentimientos dominantes en las masas. Aparece, pues, la idea de que la masa es totalmente pasiva en la recepción y retención de estos sentimientos que son prácticamente inmutables, lo que da la oportunidad a la élite de mostrarse como el elemento activo en la manipulación de dichos sentimientos, usando fórmulas cada vez más ingeniosas. Aquí se une, por lo tanto, la capacidad de la minoría para crear este tipo de discursos justificatorios y el hecho de que la masa se entienda como un grupo informe, incapaz de tener reacciones propias, pero que es especialmente apta para recibir todo aquello que le presente el grupo de individuos que la gobiernan. De este modo Pareto inicia, con las derivaciones y su particular concepción de la política en la práctica, un tema que desarrollará mucho más profundamente y con mayores repercusiones otro teórico de las élites, G. Mosca, cuya teoría acerca de la "fórmula política" habrá de ocupar un pues-

to fundamental en nuestra exposición. En Pareto el tema del discurso legitimador del poderío de la minoría aparece en algunas ocasiones, pero por desgracia nuestro autor no parece advertir las importantísimas implicaciones que podrían inferirse de una mayor profundización en este campo, y deja simplemente dibujado una parte de su discurso que, según varios autores entendidos en el tema, podría haber sido una de sus aportaciones más originales y con mayor entidad.

Pero, aunque Pareto siempre deja en primera línea la fuerza de los sentimientos y la necesidad de utilizarlos en la política, es evidente que no está nunca convencido de que es aquí donde se acaba el campo de los instrumentos que puede utilizar la élite en su gobierno. Existe un instrumento fundamental que no hay que olvidar en ningún momento y que, desgraciadamente, ocupa cada vez un lugar más pequeño en el análisis de los estudiosos contemporáneos; como el lector podrá haber adivinado a estas alturas nuestro autor se está refiriendo. Cuando tocamos, en un capítulo anterior, la relación entre Maquiavelo y los teóricos de la élite quisimos dejar sentado que existían una serie de puntos básicos de coincidencia entre ellos que había que tener siempre presentes a la hora de enfrentarse al discurso de los elitistas clásicos, entre ellos citábamos como dos de los más fundamentales la idea de que la política es esencialmente la lucha por el poder entre diferentes grupos de individuos, y muy ligada a ella la convicción de que el Príncipe, o en general el gobernante, ha de usar tanto la fuerza como la astucia si quiere mantenerse en el gobierno. Pero lo que caracteriza tanto a Maquiavelo como a Pareto es la firme convicción de que el

recurso a la fuerza es algo imprescindible en todo tiempo y lugar, que ha de ser usado sin el más mínimo tipo de escrúpulos puesto que es algo consustancial a la naturaleza de las sociedades y también del hombre. La esperanza de lograr alcanzar una sociedad en la cual se hubiera desterrado toda acción coactiva no es sólo ilusoria, sino que entraña a la larga graves prejuicios para la población, dado que transforma a una minoría fuerte y vigorosa en un grupo de hombres débiles con una gran cantidad de sentimientos humanitarios que llevan ineludiblemente a las sociedades a un periodo de decadencia y de crisis que no se resolverá más que con la aparición de una nueva élite vigorosa que derroque a la antigua. En el lenguaje paretiano la renuncia a recurrir a la fuerza física hace aparecer una minoría de zorros que carece, por completo de los leones que le son imprescindibles; van a ser, pues, estos últimos quienes tendrán más posibilidades de tomar el poder político.

"..si la classe gouvernante ne sait pas, ne veut pas, ne peut pas faire usage de la force pour réprimer les transgressions des uniformités dans la vie privée, l'action anarchique des gouvernés y supplée." (26)

El recurso a los sentimientos garantiza la uniformidad en la vida social, y una buena circulación de las élites mantiene una óptima distribución de los residuos dentro de la sociedad, pero siempre queda un resquicio por donde puede aparecer la desviación social, y es aquí donde los miembros de la élite han de utilizar la fuerza, la coacción, si quieren conseguir que no se acabe su dominio. La fuerza física es, pues,

el recurso que han de tener siempre presente los miembros de la minoría dominante, para utilizarlo en los momentos en que el equilibrio social amenaza con derrumbarse. Un punto curioso del discurso de Pareto es la diferenciación que establece entre las desviaciones, las transgresiones del orden material, meramente individuales o colectivas; en el primer caso, siempre se recurre más a la coacción física, aún en las sociedades más modernas y civilizadas, y el empleo de la fuerza no está tan mal visto como en el caso de las transgresiones colectivas que tienen como objeto la consecución de ventajas colectivas; en este campo es más recomendable emplear la astucia o incluso la corrupción, puesto que la fuerza bruta podría llegar a crear graves tensiones dentro de la masa que, a la larga, perjudicarían a los de arriba. El uso de la coacción, para Pareto, no está limitado por ningún tipo de derecho individual no por consideraciones de tipo moral, aquí lo único que cuenta son las ventajas que la élite puede obtener al optar por uno u otro medio de restablecer la uniformidad social; los gobernantes no tienen por qué tener en cuenta el propio interés particular de los individuos aislados, que no entra para nada en el terreno de la política. De todos modos, aunque Pareto suele presentar un panorama realmente desgarrador y sombrío, por lo que se refiere a la situación del individuo dentro de la sociedad, no hay duda de que, en otros lugares, el mismo insiste con mucha fuerza en que una sociedad gobernada por una élite idónea sería aquella que garantizase el máximo de libertad posible a los ciudadanos. Pero Pareto cae frecuentemente en una serie de "errores" de exposición, si es que podemos denominarlos así, que dan lugar a

equivocos casi constantes en la interpretación de su pensamiento. Es como si la obsesión por seguir el ritmo lógico de la investigación, acorde con la concepción de la ciencia, le impidiese llevar hasta el fin sus argumentos; el lector poco experimentado, cuando se enfrenta por primera vez a sus escritos puede pensar que incurre en continuas contradicciones; nosotros pensamos que, en realidad, no se puede hablar propiamente de contradicciones, sino de rupturas voluntarias en su línea argumental, que vuelve a retomar cuando acaba de cerrar y de estudiar todas las implicaciones de un tema cualquiera. Esto es, ciertamente, lo que le sucede al hablar de la forma de gobierno de la élite, y en concreto del puesto de la fuerza dentro de esta; está claro que nuestro autor nunca piensa en abandonar su idea de que la coacción física es un instrumento de gobierno necesario, y hasta imprescindible, para llevar a cabo la tarea que asegure el buen funcionamiento de la sociedad y la consecución de los fines del gobierno, pero, al mismo tiempo, también es cierto que ello no le impuso a afirmar rotundamente que sólo la fuerza es el único instrumento de gobierno existente, y que la sociedad que resulte de su utilización haya de ser una comunidad totalmente sometida al despotismo y a la tiranía de una serie de individuos. Muy por el contrario Pareto intenta conciliar los ideales más puramente liberales con sus argumentaciones anteriores. Es un error absoluto considerar que el gobierno elitista preconizado por este autor pueda ser comparable con una dictadura del tipo de las que ha conocido la Europa del siglo XX; muy por el contrario el elitismo paretiano responde mucho más a toda la tradición liberal decimonónica. En este sentido hemos de re-

cordar que uno de los puntos en los que hicieron gran hincapié los liberales ingleses de esta época es en el hecho de que un estado liberal no implica, de modo alguno, la idea de un estado débil, el que pensase que la no intervención del gobierno en muchos campos era mucho más ventajosa que el intervencionismo no supone que los gobiernos no poseyesen el derecho, y aún el deber, de penalizar, incluso llegando a ser extremadamente coactivos, las transgresiones a las normas establecidas. El extraño liberalismo de Pareto queda muy de manifiesto, además, cuando advertimos el cuidado con el que distingue entre una falta individual contra el orden social y una falta colectiva; como ya dijimos sólo en el primer caso es recomendable el uso de la fuerza para que "la oveja vuelva al redil". Nuestro autor tiene también mucho cuidado en marcar sus límites cuando habla de la violencia; existen dos tipos de violencia distintas, al igual que había dos tipos de transgresiones del orden material; una es la violencia, por así llamarla, privada, que es la que desarrollan los individuos en el momento en que ven atacados sus intereses particulares, y la otra es la violencia que él llama legal, es decir la que la sociedad utiliza en contra de aquéllos que vulneran sus reglas. Del mismo modo que en el caso anterior Pareto tiene mucho cuidado en discernir una de la otra, y en marcar que los efectos de ambas son totalmente contrapuestos, en lo que se refiere al beneficio que pueden acarrear a cada grupo humano. Nuestro autor no podía llegar a hacer una apología de la violencia porque se daba perfecta cuenta de que si la elogiaba, sobre todo en su aspecto individual, no podía mantener ya en pie las bases de su sociedad; si se parte de la idea de que existe un sentimiento de sociabilidad que es el

que mantiene unidos a los hombres en grupos más o menos numerosos, no se puede afirmar, al mismo tiempo, que la violencia mutua, como medio para solucionar los posibles conflictos entre los individuos, sea favorable al mantenimiento de la unidad social. Ha de restringirse, pues, el campo del uso de la violencia dentro del grupo humano, del mismo modo que se había hecho con la fuerza, por lo tanto la única violencia que se puede justificar, e incluso que puede considerarse como totalmente beneficiosa para la sociedad es aquella que se realiza en nombre del gobierno, y siempre con vistas a salvaguardar el interés común de la sociedad, es decir el mantenimiento de su uniformidad y equilibrio. Lo que Pareto nos dice, a fin de cuentas, es que en el momento en que un grupo social establece unas reglas que intentan ordenar su modo de vida social, en este mismo instante surge un aparato coactivo: la fuerza, como único modo de mantener a salvo esta situación de hecho, que puede ser altamente perjudicada por la transgresión de las normas. Se trata, pues, de una violencia comunitaria o estatal, por así llamarla, y no la admisión del recurso a ella por parte de los individuos particulares en vista a resolver sus asuntos personales.

En realidad el análisis paretiano es mucho más profundo y tiene mayores consecuencias de las que nosotros podemos prever en un primer momento; se trata de toda la culminación de una teoría acerca de la vida social, y en particular de la actividad política. Hemos dicho en muchas ocasiones que nuestro autor presenta su imagen en toda su obra como la de un hombre plenamente dedicado al estudio de la verdad

experimental, en oposición a la labor realizada por algunos teóricos anteriores, y que, por lo tanto, asume como una de sus principales obligaciones el desenmascarar todos aquellos mitos e ideologías que han ocultado durante muchos siglos la verdadera realidad social. El caso de la utilización de la fuerza y de la violencia en la sociedad es uno de ellos; Pareto no puede concebir la existencia de la organización social sin la aparición de la violencia y de la coacción porque el hecho de establecer unas reglas que mantengan la unidad social implica que ha de existir algo que empuje al individuo a cumplirlas, y sobre todo a no transgredirlas. El estado es, pues, violencia coacción, y va a ser únicamente por medio de estos dos como se va a poder asegurar el cumplimiento de los objetivos que marcó la clase gobernante cuando accedió al poder en una determinada sociedad. En este aspecto Pareto es, indudablemente, mucho más crudo y realista que la mayor parte de los autores de su época, y no hay que despreciar el paralelismo de esta concepción de la violencia y la coacción como intrínsecas al estado con el punto de vista marxista sobre el tema. Además ha llegado un momento en que se ha producido una institucionalización de esta fuerza, es decir se ha construido todo un inmenso aparato de normas y procedimientos que logra determinar los casos y modalidades del uso de esta fuerza; en definitiva esto es lo que significa el derecho. El derecho tiene su origen en la fuerza de individuos aislados, y ahora, en las sociedades modernas, necesita de este para hacerse plenamente efectivo. No hay, por lo tanto, sociedad, minorías ni derecho si no admitimos, de una vez por todas, que su existencia implica ineludiblemente el empleo de la fuerza física. Para llevar a cabo todo esto, la clase gobernante recu-

rre siempre a una serie de capas de la mayoría excluida del gobierno, a las que encarga la constitución del brazo ejecutor de las decisiones de gobierno. La siguiente opinión de Pareto es sumamente esclarecedora al respecto:

"Pour se maintenir au pouvoir, la classe gouvernante emploie des individus de la classe gouvernée; on peut les diviser en deux catégories, qui correspondent aux deux moyens principaux par lesquels on assure ce pouvoir. Une catégorie fait usage de la force, ainsi les soldats, les agents de police, les "bravi" des siècles passés. L'autre catégorie emploie l'artifice, et, de la clientèle des politiciens romains, arrive à celle de nos politiciens contemporains." (27)

El gran problema de la época actual, tal y como lo ve nuestro autor, reside precisamente en toda una serie de doctrinas que se empeñan en despreciar la importancia del uso de la fuerza de la sociedad, y aún más, predicán que es posible lograr edificar una sociedad en la cual sepueda llegar a no tener que emplearla. Todo ello, nos dirá Pareto, no es sino una falacia más que trata de encubrir lo que realmente ocurre en la sociedad; los sentimientos humanitarios, que son aquellos que principalmente contribuyen a difundir estas falsas ideas, no solamente suponen una vuelta atrás en el camino que ha de ir escalando toda ciencia social para alcanzar el verdadero status de ciencia lógico-experimental, sino que, al mismo tiempo, acarrearán la decadencia de una sociedad en la cual la élite no es capaz de cumplir con la misión que se le ha encomendado. Como hemos visto, una élite que no esté dispuesta a utilizar la fuerza en algunos momentos fundamentales es un grupo plagado de individuos con un fuerte predominio de los resi-

duos del primer tipo, que está destinada, inevitablemente, hacia su más completa ruina.

Los cambios en el equilibrio social causados por estas variaciones los relata muy detenidamente nuestro autor en los &2178 y &2179; vamos a ver qué es lo que nos dice al respecto. Como venimos apreciando Pareto funda la existencia de la sociedad en el mantenimiento del residuo de la sociabilidad en los individuos, sin embargo el gran problema que se plantea es el de la debilitación de este residuo que aumenta enormemente la fuerza, mejor dicho las innumerables fuerzas que amenazan de forma constante con la disolución de la sociedad. El movimiento constante en las sociedades indica un perpetuo fluctuar entre los dos extremos, y es el que hace que las comunidades humanas sean heterogeneas por esencia; el diferente grado de uniformidad entre uno y otro extremo es el que lleva a que haya que utilizar la fuerza para lograr mantener un equilibrio más o menos permanente entre los dos extremos. Por lo tanto el empleo de la fuerza puede ser usado de dos formas diferentes: a) por parte de la clase gobernante para mantener la unificación existente, y b) por parte de la clase gobernada para romperla. Por todo ello hemos de tratar de considerar el fenómeno desde ambos puntos de vista.

1. Cinco hechos en relación a los gobernantes:

-a) El aumento de los residuos humanitaristas en esta clase da lugar a que la violencia de un pequeño número de individuos sobre todos los que no la emplean, acabe con dicho grupo.

-b) Cuando esto está en vías de ocurrir la clase gobernante puede recurrir a otros medios, transformándose en un grupo de zorros. Es el momento en el que los instrumentos pre-



feridos son el fraude, la corrupción y el engaño.

-c) De este modo vamos asistiendo, como ya sabemos por anteriores explicaciones, a un aumento excesivo de los residuos de la Iª clase en la élite y de la IIª clase en la masa. Cuando el equilibrio llegue a ser destruido por completo, aparecerán las grandes revoluciones.

-d) La principal consecuencia de este movimiento en la clase gobernante es una caída de la preocupación por el futuro que se traduce en que el individuo prevalece sobre la familia, el ciudadano sobre la nación y los intereses materiales se anteponen a los ideales. Todos estos rasgos muestran claramente, al menos para nuestro autor, que esta es la fase de mayor decadencia que puede darse en un grupo social.

-e) Por último Pareto señala que los mismos fenómenos pueden muy bien ocurrir en las relaciones internacionales.

2. En relación con los gobernados también se pueden señalar otros cinco hechos:

-a) La existencia de una minoría dispuesta a utilizar la fuerza dentro de esta mayoría, lleva a la probable desposesión de la clase gobernante. Evidentemente este hecho se dará con mayor facilidad si paralelamente la élite está sufriendo un proceso de claro aumento de los sentimientos humanitarios.

-b) Para la clase gobernada es mucho más difícil desposeer a una clase gobernada compuesta por zorros, y aún más aumenta esta dificultad en el caso de que estos sepan asimilar a los individuos gobernados ricos en residuos de combinación de agregados (tipo I).

-c) Por este mismo hecho suele ocurrir que un descenso muy pronunciado de este tipo de residuos en la clase gobernante, como ya apuntábamos cuando nos referíamos a los pri-

meros hechos en relación con la clase gobernante, en el momento en que la distribución de los residuos llegue a un punto máximo ocurrirá una revolución.

-d) Pero, en ningún caso, una revolución dará lugar a un acceso de la mayoría a los puestos de gobierno, sino, por el contrario, dará paso al dominio de una nueva élite muy rica en residuos de persistencia de agregados, que posea una gran fé y mucha preocupación por el futuro.

e) Igual que ocurría con los hechos de la clase gobernante, en las relaciones internacionales podemos asistir a una repetición de estos mismos fenómenos. Por lo general los pueblos con un gran incremento de los residuos de la clase I son fácilmente vencidos por aquellos muy ricos en residuos de la clase II. Esto demuestra que siempre prevalecen los ideales sobre los intereses materiales concretos.

Con esta exposición en la que hemos reproducido los puntos que creíamos podían tener un mayor interés, Pareto pretende aclarar de una vez por todas lo que él piensa acerca del uso de la fuerza, al tiempo que deja bien sentado como la opción de utilizar un tipo u otro de instrumentos de dominio, o mejor dicho el hecho de renunciar a uno de ellos, determina por completo la suerte que correrá una minoría y el modo en que va a llevar su dominio a la práctica. Por todo ello estos puntos son también de mucho provecho para acabar de presentar los temas de la importancia de los residuos en las élites, y el fenómeno de su circulación.

Pero, si el uso de la fuerza es imprescindible para toda élite gobernante que quiera mantener su dominio, no vamos a creer tampoco que nuestro autor es tan simple que

no ve los peligros que entraña su empleo.

"Si l'on remarque que les gouvernements qui ne savent pas ou ne peuvent pas se servir de la force tombent, on remarque aussi qu'aucun gouvernement ne dure en faisant exclusivement usage de la force."(28)

Como siempre, tras la cruda presentación de los fenómenos que tienen lugar en la realidad, va a venir, después, la matización y la reflexión acerca de las excepciones que pueden aparecer y el tema de la fuerza y de la violencia no tenía porque ser una excepción en esta tónica. Pareto siempre tiene la tendencia a inclinarse hacia aquellas soluciones que supongan un equilibrio entre las fuerzas que concurren en la sociedad, y esto mismo ocurre en este tema. Si antes se decía que una élite basada únicamente en el uso de la astucia no podía ser algo duradero, tampoco lo es aquella minoría que no emplea más que la fuerza bruta, es decir que es absolutamente imprescindible que en cada momento se escoja el instrumento más idóneo para poder lograr nuestros fines, y ello implica que la minoría sea lo suficientemente flexible para poder amoldarse a las circunstancias, y que sepa, al mismo tiempo, cuales son los límites que puede alcanzar en cada situación. Por otra parte estamos dejando también a un lado un hecho importante del cual no hemos hablado aún, pero que modificará la idea que tenemos del empleo de la fuerza. Del mismo modo que los hombres no pueden aceptar que la mayor parte de sus acciones no tengan un carácter lógico-racional, e igual que los gobiernos debían de presentar una fórmula que legitimara su gobierno, el uso puro y simple de la fuerza no será aceptado jamás por la mas. Las derivaciones concurren también en este campo y ocultan los verdaderos hechos, por

ello encontramos que van apareciendo una serie de doctrinas que sancionan el uso de la violencia por una y otra parte. Este es el caso, por ejemplo, de la doctrina del derecho divino del monarca o más aún la que preconiza la revolución proletaria. No encontraremos, pues, jamás, con una minoría que utilice sólo la fuerza para su gobierno y que permanezca en el poder, ni asistiremos a actos en los que se emplea la fuerza en los cuales no surja un argumento justificatorio de dicho proceder.

Con estas precisiones dejamos ya el tema de la forma del dominio de la élite y de la utilización de la fuerza y de la violencia, así como el de la astucia, para entrar en la consideración de otra idea que aparece en el discurso parietano y que tenemos interés en presentar en nuestro trabajo. Se trata de la forma en que se plantean aquí las diferentes formas de gobierno posibles para la élite. Comenzaremos diciendo que, para nuestro autor, el régimen político es un fenómeno intimamente ligado con la naturaleza de la clase gobernante, pero que, a la vez, recibe la poderosa influencia de otros muchos fenómenos sociales; en definitiva parece que se afirma que el sistema económico y gubernamental de un pueblo es el resultante de las características de este, lo cual no es igual que la suma de los rasgos de los individuos que la componen, pero, al mismo tiempo, este sistema modificará dichas características, produciéndose un sistema de equilibrio entre las diferentes fuerzas, en lugar de un fenómeno que pueda reducirse a una causa única y a sus efectos. Como es habitual, nuestro autor dedica un gran esfuerzo a a taca a las teorías sobre la forma política, a las que considera únicamente como una reunión absurda de mitos y de derivaciones

,y se propone iniciar la tarea de estudiar a fondo el fenómeno teniendo en cuenta siempre la composición de la clase gobernante y la influencia de otros fenómenos sociales.A través de este estudio Pareto advierte una tendencia común en los pueblos civilizados a poseer una forma de gobierno en la cual el poder para hacer las leyes pertenece en gran parte a una asamblea elegida por los ciudadanos,tendiendo a aumentar esta parte a través del tiempo.Sin embargo,bajo esta forma general se ocultan amplias diversidades en el fondo.Pero evidentemente el hecho común que une siempre a todas las sociedades es que,vayamos donde vayamos,y aunque nos remontemos mucho en el tiempo se nota perfectamente la existencia de una clase gobernante y de una gobernada,Pareto mismo nos expone este hecho muy claramente marcando las diferencias que pueden existir dentro de esta línea general.

"A part des exceptions qui sont en petit nombre et de peu durée on a partout une classe gouvernante peu nombreuse,qui se maintient au pouvoir,en partie par la force,en partie avec le consentement de la classe gouvernée,qui est beaucoup plus nombreuse.Au point de vue du fond,les différences résident principalement dans les proportions de la force et du consentement,au point de vue de la forme,dans les manières dont on fait usage de la force et dont on obtient le consentement."(29)

Partiendo de esta definición,podemos inferir que, en realidad se puede decir que es factible suponer la existencia de dos tipos extremos de gobierno;por un lado tenemos al gobierno que se basa totalmente en el consentimiento sin

recurrir jamás a la coacción, tipo que jamás ha existido ya que entrañaría un gran desequilibrio en la sociedad muy difícil de mantener. Y por otro lado estaría aquel gobierno que utiliza únicamente la fuerza sin mantener ninguna forma de consentimiento de la mayoría; aunque también es muy complicado que pueda durar un régimen de este tipo, en este caso si encontramos varios ejemplos de él en la realidad. Los diferentes tipos de regímenes políticos que podemos observar a lo largo de la historia de la humanidad son aquellos que se sitúan en la línea, en el continuum que podemos establecer entre ambos extremos ideales. Por lo tanto la clasificación que pueda hacer Pareto de los regímenes de gobierno no va a tener en cuenta, como en el caso de otros autores, las tradicionales formas de gobierno de la tradición aristotélica, existiendo una base común: el gobierno de una minoría; las diferencias residirán en el modo de utilización de estos dos principales recursos: la fuerza y el consentimiento.

Lo que si es interesante, en medio de este discurso paretiano que parece volver a mezclar los antiguos elementos que empleaba en otras partes de su análisis, es la gran insistencia que hace en que siempre se puede encontrar una clase gobernante, aunque parezca que existe el gobierno de una única persona, un déspota o un monarca. Esta clase gobernante, esta élite va a mostrarnos diferentes grados de homogeneidad según sea el régimen político que predomine; en el caso de encontrarnos con el gobierno de un príncipe o de un déspota hemos de estar seguros de que, por debajo de este, existe una capa social, la clase dominante o gobernante, de la cual él es el jefe. Por el contrario, cuando el dominio de la élite

está mucho más compartido, esta es más homogénea; pero siempre, en última instancia, podríamos diferenciar entre una élite más amplia y dentro de ella un núcleo central que es el que maneja directamente los resortes de poder. Creo, por cierto, que ya comentamos algo de esto en un apartado anterior, por lo que no vamos a insistir demasiado en ello.

Para acabar con este repaso a las distintas formas de gobierno que pueden ir apareciendo a lo largo de la evolución de las sociedades humanas Pareto se vuelve, como es natural en él, hacia la historia y nos presenta un interesante cuadro de los tipos de gobierno que han aparecido en los diferentes grupos humanos dignos de tomarse en consideración; ello nos será de gran utilidad para comprender cual es su idea acerca del tema. Los dos tipos de gobierno, además, van a corresponder a la clasificación que antes nos presentaba. Pues bien, si nosotros nos volcamos en la historia podemos observar, primero, que existen unos gobiernos que utilizan por excelencia la fuerza material de los sentimientos religiosos y de otros análogos; entre ellos destacan, por ejemplo, el caso de Esparta y de la Roma de Augusto. En ellos existe una clase gobernante con predominio de los residuos de la IIª clase, y la circulación de las élites es muy lenta. Se trata, pues de sociedades poco innovadoras lo cual se refleja, por ejemplo, en el campo de la economía en donde la mayor parte del aumento de la riqueza se va a conseguir mediante las conquistas. Frente a este tipo hay otro opuesto en el cual se usa preferentemente la astucia y el artificio; dentro de él nuestro autor incluye a todo un grupo de sociedades, dentro del cual diferencia a dos tipos: el primero es el que emplea to-

das sus artimañas sobre los sentimientos de los individuos, dando lugar a la aparición de gobiernos de tipo teocrático, mientras que otros gobiernos las usan para influir en los intereses y, a partir de ellos, tenemos tanto los gobiernos demagógicos como los que hubo en Atenas, como los que plantean los especuladores de la época actual. En ambos casos, como es obvio, se trata de sociedades dirigidas por unas clases gobernantes con claro predominio de los residuos de la Iª clase, pero, a diferencia del tipo anterior en el cual la circulación de las élites siempre era lenta, aquí encontramos dos situaciones diferentes. En la primera, es decir en los gobiernos teocráticos, la circulación es muy lenta, pero en la segunda, en los gobiernos demagógicos o de especuladores, se va haciendo más rápida, alcanzando una velocidad máxima en el caso de los especuladores. También las características de los dos tipos van a ser diferentes, puesto que los gobiernos teocráticos tienen siempre una duración muy corta, al no favorecer el desarrollo económico, y al no volcarse para utilizar la fuerza en la conquista; ello da lugar a que sucumban, o bien empujados por su propia decadencia, o bien aplastados al ser conquistados por otro pueblo mucho más rico en residuos de la II clase. En el caso de los gobiernos de especuladores, o los demagógicos, suele haber una gran producción económica que garantizaría su permanencia, pero su gran peligro sigue estando en su escasa utilización de la fuerza, lo que les lleva a sucumbir rápidamente a la violencia y sobre todo a la exterior. Estos son, pues, los dos grandes grupos en los que Pareto cree poder encuadrar todos los que han ido apareciendo a lo largo de la historia. Sin embargo aún reconoce la existencia de un tipo de gobierno al que denomina

mixto, que es el más duradero, al combinar elementos del gobierno del primer tipo, el del caso de Esparta, y tomar también características de los gobiernos demagógicos y de especuladores.

Realmente Pareto no nos dice mucho más acerca de las diferentes variaciones que se pueden encontrar dentro de los gobiernos, teniendo siempre presente el hecho invariable de que existe una minoría en el gobierno y una mayoría no gobernante. Con estos pocos elementos piensa que podemos analizar la evolución de las sociedades desde el punto de vista político a lo largo de la Historia. Notese que el único factor que el autor toma en consideración cuando quiere presentarnos una clasificación, es la forma de la élite, a partir de los residuos que predominan en ella va a inferir los medios que esta utiliza para su gobierno, el tipo de circulación que existe y la repercusión de su dominio sobre el estrato económico de la sociedad. Como recuerdo a su anterior dedicación, Pareto dedica en su Tratado la última parte, después de tratar el tema de los regímenes políticos a lo largo de la historia a recordar como el movimiento ondulatorio de los fenómenos y de los periodos económicos tiene una gran relación con los movimientos políticos de una sociedad. Pero en lo que queríamos insistir es que nuestro autor en su consideración de la forma política de las sociedades deja totalmente a un lado el tratamiento de toda una serie de factores que tradicionalmente vienen tomando una parte fundamental en el análisis político; nos referimos, por ejemplo, al estudio de las instituciones políticas, a la toma en cuenta del grado de participación

de la masa en los asuntos públicos, la forma de organización territorial de los estados etc..Queda, pues, definitivamente sentado que lo único que le preocupa a Pareto es el fenómeno de la distribución del poder en las sociedades, y la forma en que este se ejerce, recurriendo a un esquema muy simple: la mayor utilización de la fuerza o del consenso de la minoría gobernante. Entendiendo, por supuesto, que el consenso va a lograrse no por medio de argumentos racionales, sino echando mano de las derivaciones.

V.2.MOSCA Y LA CLASE POLITICA.

G.Mosca, otro de los teóricos importantes de la corriente elitista del pasado siglo, nos ofrece una visión radicalmente distinta de la teoría de las élites. Quizá el término radical sea demasiado exagerado, puesto que también existen numerosos puntos de contacto entre los discursos de los tres autores, como vamos viendo a lo largo de nuestra exposición, pero lo que sí es cierto es que la versión de Mosca se distingue en muchos puntos de la de Pareto, y por ello es por lo que entramos ahora en su análisis. Vimos ya en algún capítulo anterior que Mosca, jurista de profesión y de tradición, nos presenta un discurso con un carácter mucho más marcadamente político que el del autor que antes tratábamos; este hecho, y la mayor limitación en las perspectivas de su análisis dan lugar a que, en muchos temas, su punto de vista sea mucho más profundo y enriquecedor que el psicologismo y formalismo, excesivo en ocasiones, de su compañero y oponente. Pero no vamos a adelantar aquí temas sobre los que nos volcaremos más adelante, sólo nos queda por decir antes de entrar de lleno en el problema que el argumento elitista de Mosca se formula casi desde los inicios de su producción intelectual, siendo de destacar sobre todo las dos ediciones de los "Elementi di Scienza Politica", en donde se contiene todo el núcleo de su pensamiento acerca de estas cuestiones. Tiene mucho interés resaltar, cosa que haremos a su debido tiempo, los cambios que se introducen en la segunda edición para observar la evolución que sigue el pensamiento del autor; por úl-

timo digamos que hay que tener también presente, cuando se comienza a estudiar este problema, que en otras obras encontramos precisiones muy importantes para nuestro estudio, pudiéndose destacar entre ellas la "Historia de las Doctrinas Políticas."

V.2.1. Mosca y el carácter de la clase política.

Lo primero que llama la atención al lector que comienza a leer estas páginas es el hecho de que el concepto de "élite" vaya a aparecer en muy contadas ocasiones, lo cual contrasta fuertemente con lo que sucedía con Pareto. Mosca habla casi siempre de la clase política, pensando que es un concepto mucho más preciso que el de élite, a pesar de que hallamos en este autor la misma imprecisión que caracterizaba a los demás teóricos de las élites. Recordemos, puesto que hemos insistido antes en este tema, que una de las grandes dificultades de estos autores, que da lugar a que, en muchas ocasiones, sea muy complicado precisar bien su estudio, es el hecho de que nunca llegan a definir claramente el concepto central de todo su sistema teórico. De este modo, en estos tres pensadores aparecen repetidas veces como intercambiables y sinónimas las palabras: élite, clase política, clase gobernante, aristocracia etc.. En Mosca, sin embargo parece que la que goza de una mayor aceptación es la de clase política, concepto que el autor prefiere al de élite, puesto que no entraña la ambigüedad de incluir dentro de un mismo grupo a categorías diferentes de personas; así pues, Mosca salva

el problema de distinguir entre una élite funcional y una élite política que posee un acceso directo a los centros de poder político, y que los maneja y controla. En principio, pues, nuestro autor trata de precisar más los temas, pero ello no quiere decir que, a la larga, no vaya a referirse a la misma idea al hablar indistintamente de élite y de clase política en sus escritos.

Hemos de tener, pues, un exquisito cuidado, cuando nos enfrentamos a la obra de este autor, en lo que a cuestiones de terminología se refiere; de todas maneras, en su estilo, Mosca es un autor tan sistemático y riguroso metodológicamente como veíamos que lo era Pareto. Es evidente, y creo que es conveniente hablar de ello antes de pasar a discurrir cuáles son las características y la naturaleza de la clase política, que Mosca, mejor dicho las obras de Mosca son muchísimo más amenas que las de Pareto; y no es simplemente consecuencia de una mayor soltura de estilo o de una gran facilidad de dicción, puesto que en estas lides Pareto era también un maestro; las diferencias en el estilo entre ambos pensadores no se deben sólo a diferentes cualidades literarias, sino que responden a distintas concepciones del objetivo de su trabajo. Existe un fin central al que se subordinan todos los demás, que es compartido por ambos: la pretensión de fundar una emergente ciencia de la política que estuviera basada sobre cimientos plenamente científicos, el lograr edificar una verdadera disciplina que formulase las leyes y previese la futura evolución de las sociedades humanas. Este esfuerzo es el que une a todos los elitistas clásicos, pero se va a diferenciar en cada uno de los autores que pretende llevar-

lo a cabo, a pesar de basarse sobre una misma premisa: el hecho de que en las sociedades el poder político siempre está distribuido del mismo modo, con una minoría en el gobierno y una mayoría desgobernada. En el caso de Mosca las limitaciones de su propia empresa están siempre claras desde un comienzo, y además no se conciben como limitaciones en un sentido peyorativo, es decir restringiendo en exceso el campo de estudio del investigador, sino que surgen como las fronteras del interés del propio autor. De este modo el investigador no se encuentra encerrado en un pequeño campo que muchas veces se muestra demasiado estrecho para sus objetivos, como le sucedía a veces a Pareto, sino que se interesa únicamente por una serie de fenómenos y se vuelca por completo en ellos, consiguiendo, de este modo, fructíferos resultados. Por lo tanto el análisis de Mosca, más restringido quizá, posee una mayor riqueza en su estudio, y logra una mayor profundidad y sutileza en sus conclusiones que el resto de los elitistas clásicos. Todo ello hace que sea lamentable la escasa repercusión que ha tenido hasta el momento en el campo de las ciencias sociales.

Como apuntábamos anteriormente Mosca dedica casi todo su libro "Elementi di Scienza Politica" al tema del análisis de la clase política; tras un capítulo dedicado a presentarnos su concepción de la ciencia y en particular de la ciencia política, el resto trata, casi exclusivamente, de la naturaleza de la clase política y de las diferentes consecuencias que tiene su existencia dentro de las sociedades humanas. Al igual que sucedía con Pareto, aunque desde perspectivas

más ligadas a la ciencia política desde un comienzo, Mosca cree firmemente que la Historia es el único método posible, que proporciona buenos resultados, para el análisis de los fenómenos políticos. Por ello también aquí hallaremos una constante referencia a hechos y acontecimientos históricos que nos sirvan para alumbrarnos y aclararnos en la consideración del campo de la ciencia política. Pero tampoco aquí encontramos esa insistencia obsesiva paretiana en cubrir todo aplastándonos con interminables casos y ejemplos históricos. Mosca es siempre más moderado en sus impulsos, y además tiene una idea más precisa de lo que puede alcanzar con el conocimiento, con el uso del método histórico; por ello parece que su movimiento es distinto. En lugar de utilizar los datos del presente para estudiar el pasado, usa los que le proporciona el conocimiento histórico para lo que a él realmente le interesa: el desentrañar la realidad del presente, que es el único objetivo real de una ciencia de la política. Al mismo tiempo nuestro autor se muestra mucho más interesado que los otros dos elitistas clásicos en ligar estrechamente toda su teoría de la clase política con los acontecimientos políticos que sacudían a la Europa de aquellos años, y sobre todo con un hecho que a él le parece fundamental: la decadencia del Estado liberal parlamentario en las diferentes naciones europeas. Son, pues, estas dos cuestiones las que, principalmente, determinarán la dirección que va a seguir toda la argumentación de Mosca.

El autor inicia su discurso tratando de encontrar la naturaleza y el carácter de la clase política, y ya desde un principio nos va a hacer una declaración que es la que lo

sitúa dentro del grupo de los elitistas más puros.

"Fra le tendenze ed i fatti costanti, che si trovano in tutti gli organismi politici, uno ve si è la cui evidenza può essere facilmente a tutti manifesta: in tutte le società, a cominciare da quelle più mediocrementemente sviluppate e che sono appena arrivate ai primordi della civiltà, fino alle più numerose e più colte, esistono due classi di persone, quella dei governanti e l'altra dei governati. La prima, che è sempre la meno numerosa, adempie a tutte le funzioni politiche, monopolizza il potere e gode i vantaggi, che ad esso sono uniti; mentre la seconda, più numerosa, è diretta e regolata dalla prima, in modo più o meno legale, ovvero più o meno arbitrario e violento, e ad essa formisce, almeno apparentemente, i mezzi materiali di sussistenza e quelle alla vitalità dell'organismo politici sono necessari." (30)

De este modo Mosca afirma claramente su posición inicial sobre la que va a basar todo su análisis posterior; en todo tiempo y lugar, sea cual sea el grado de desarrollo de una sociedad, existe un fenómeno constante, la división de la sociedad en dos grupos diferentes, uno minoritario que monopoliza en sus manos el poder político y todos los privilegios que este conlleva, y otro mayoritario que se ve totalmente desposeído de este. Un rasgo curioso que aparece en esta definición es que se afirma rotundamente que es la mayoría la que le proporciona los medios materiales necesarios a la minoría para garantizar su subsistencia. Así se marca la idea de que la clase política o la minoría gobernante es un estrato, por

así decirlo, "parasitario" y dependiente de la gran masa, que contribuye a mantenerla, a cambio de la dirección política que le proporciona la primera. De este modo, ya desde el comienzo de su obra el autor comienza a mostrarnos que han de existir claras relaciones entre ambas cosas, que aparecen en un estado de mutua interdependencia; este aspecto, como veremos mas adelante, estará mucho más marcado que en Pareto. Pero lo que realmente es importante, y en definitiva lo que hace que se hable de que Mosca es uno de los grandes teóricos de las élites, es el hecho de que se postula que la aparición de una minoría dirigente es uno de los fenómenos permanentes de todas las sociedades humanas, del cual no parece que podamos librarnos nunca puesto que se trata de algo íntimamente ligado con la naturaleza de estas comunidades. Va a ser, pues, la diferenciación de estos dos tipos de personas, es decir la existencia de una minoría gobernante y de una mayoría gobernada, lo que se constituye en el punto central de todo el análisis, y en base al cual se van a ver todo el resto de los fenómenos sociales. Realmente es curioso, y ello da muestras de la importancia que se le atribuye al fenómeno, que sea esta definición la que encabece el capítulo dedicado a la clase política de la primera edición de los "Elementi", sin antes haber aclarado otros temas básicos. Hay, además, otra razón fundamental que va a explicar el por qué de la insistencia en describir el fenómeno elitista como una tendencia constante e inmutable en todas las sociedades humanas: el problema de la construcción de una verdadera ciencia de la política. Recordemos que Mosca también partía de una base profundamente positivista, por lo cual tenía que afirmar la necesidad

de construir leyes en base a regularidades observables en los fenómenos; esto da lugar a que se busque desesperadamente un principio de uniformidad sobre el cual poder basar, a continuación, todo el resto de la teoría. Evidentemente el principio del elitismo proporciona una base muy sólida para el objetivo de nuestros autores, y en particular, por lo que aquí respecta, de Moscú. La tendencia permanente a encontrar una minoría gobernante se convierte, de este modo, en el pilar básico de todas sus posteriores argumentaciones teóricas, y es, a la vez, la clave de la posibilidad de desarrollo científico en el campo disciplinar en el que se encuadra.

Mosca comienza, pues, definiendo a la minoría como a una clase de gobernantes, siempre más pequeña que el resto de la sociedad, encargada de la ejecución de las funciones políticas que hay que llevar a cabo en todo grupo humano; el hecho de que esta tarea se le confiera únicamente a este grupo, da lugar a que aparezca un verdadero monopolio del poder político, que, además, acarrea el disfrute de otra serie de ventajas que están íntimamente ligadas con este. Por lo tanto Mosca apunta, desde el comienzo de su discurso, al hecho de que la clase política va a monopolizar, o al menos a poseer en gran medida, otros bienes y honores especialmente cotizados en cada comunidad, por el solo hecho de ser la ejecutora de todas las tareas políticas. Ello lleva a que, en este autor, como habremos de estudiar con posterioridad, sea el que marque una relación muy peculiar entre la clase política y la clase social, no haciendo una diferencia tan tajante como en el caso de Pareto. Hay otro punto, además, que ya comienza a aflorar y

que, más adelante, va a convertirse en una de las principales características del discurso de este pensador: el tema de la relación entre la clase política y la masa. Esta tendencia constante de Mosca tiene una causa y a la vez un origen fundamental: la jerarquía como rasgo básico de toda organización política. Nuestro autor no se refiere, como lo hará Michels, al fenómeno de la burocracia o del incremento del tamaño y la fuerza de las organizaciones en la sociedad contemporánea, sino que señala otra constante en la evolución de las sociedades humanas: el hecho de que toda organización política suponga la aparición de una división de funciones dentro de ella, y por lo tanto separa a los hombres según el puesto que ocupan dentro de esta. Dos conclusiones se pueden extraer de esta consideración, en primer lugar vemos como apunta una teoría de que el origen de las desigualdades humanas, dejando a un lado las que provienen de la propia naturaleza de los individuos, derivan del factor político y no del económico como preconizaban toda otra serie de corrientes de pensamiento de aquellos años. Por otro lado, y en segundo lugar, la insistencia en que toda organización política significa jerarquía, y da pie a que comience a montarse toda la base del ataque a las doctrinas democráticas.

Es tremendamente curioso observar como Mosca enseña sus cartas antes de comenzar la partida; la expresión puede no ser demasiado ortodoxa, pero muestra claramente la actitud del autor; antes de dar paso al desarrollo de sus teorías, ni a un análisis más detallado expone ya todos los elementos, así como las principales ideas que va a ir utilizando en este.

La táctica tiene dos resultados opuestos, por un lado, en ocasiones se advierte una cierta repetición en su discurso, que, en realidad, no es tal ya que se trata de retomar una idea presentada con anterioridad para tratarla con mayor profundidad, y por otro lado esta previa exposición de los temas que toca facilita mucho la tarea del lector que se enfrenta con un discurso muy claramente desarrollado, en el que ningún elemento aparece descolgado, o sin una justificación, insertándose perfectamente y de un modo pausado dentro del cuerpo que acabará formando la teoría de Mosca. Esto es lo que ocurre, en cierta medida, con algunos rasgos en los que entraremos a considerar ahora, quizá de un modo algo superficial; la disyuntiva que se nos presenta es la de dejarlos para un momento posterior del análisis en el que ellos adquirieran su pleno significado, pero tomar este segundo camino equivaldría a dejar sin exponer las características generales de la clase política y los rasgos que la definen. Como es esto último lo que nos interesa hacer por el momento, no dudamos en escoger la primera alternativa, aún a riesgo de entorpecer el desarrollo de nuestra exposición, y dar la sensación de que llevamos a cabo un estudio superficial del tema.

Pero volvamos de una vez a lo que estábamos diciendo hace poco, la idea de que la jerarquía es algo consustancial a todas las comunidades refuerza, de algún modo, el argumento elitista y, al mismo tiempo, introduce en él algunos rasgos muy peculiares a tomar en cuenta. Cuando nos detenemos en el examen de las diferencias sociales, o de las particularidades que distinguen entre sí a las sociedades, nos dirá Mosca, observamos la existencia de dos hechos que nos son

imprescindibles para nuestro estudio: en primer lugar vemos que siempre hay un grupo de personas que se encuentran en la cima de la jerarquía de la clase política, aunque, en realidad, no sean las que legalmente detentan el poder supremo; se introduce, pues, la idea de jerarquía dentro de la propia minoría en el poder, y esto dará lugar a que la élite de este autor contenga amplias notas de heterogeneidad, que llevarán a una parte importantísima del análisis acerca de las fuerzas sociales, las divisiones y los conflictos que pueden encontrarse dentro de esta misma minoría. Al tiempo, dentro de esta línea, hemos de resaltar el modo en que nuestro autor introduce la diferencia entre el poder de hecho y el de derecho, al decirnos que no siempre es la misma persona la que detenta el poder real y la que legalmente tendría que hacerlo. En resumidas cuentas la clase política no puede ser considerada como un grupo homogéneo absolutamente monolítico, en el que no se pueden encontrar jerarquías, diferencias y contradicciones. En segundo lugar, y una vez aclarada esta primera cuestión, hemos de detenernos en una serie de afirmaciones que dibujan las líneas maestras por las que va a discurrir el pensamiento de Mosca en el complejo tema de la relación entre la élite y la masa. Habíamos visto como Pareto había pretendido plantear, en el primer momento, la radical independencia de la élite frente a la masa, para después tener que rectificar y admitir, a duras penas, un cierto nivel de interdependencia; por el contrario Mosca no sólo reconoce desde el comienzo la existencia de una interdependencia entre ambas capas, sino que, al mismo tiempo, le confiere un lugar fundamental dentro de su teoría. Para Mosca en toda organización política la presión del descontento de la masa de los gober-

nados puede llegar a ejercer una gran influencia en la dirección de la clase política; esto significa que, bajo ninguna circunstancia, se puede decir que la minoría puede gobernar a su entero gusto, sino que ha de tener en cuenta las presiones de la mayoría. La clase política no se encuentra en ese lugar privilegiado de por vida, ni tiene su poder totalmente garantizado, muy por el contrario siempre ha de estar terriblemente atenta ante la posibilidad de ser derrocada por una nueva minoría surgida entre los elementos más dotados de la masa. Por lo tanto la interrelación entre minoría gobernante y masa va a ser otro de los grandes temas de estudio de nuestro autor, que tendremos que analizar con todo detalle a su debido tiempo. La peculiaridad del elitismo de Mosca llegará hasta el extremo de afirmar la necesidad de la existencia de una clase de apoyo para la clase política, sin la cual no podría existir el dominio de la primera.

Va a ser en base a estas ideas maestras con lo que Mosca tratará de llevar a cabo una nueva clasificación de los organismos políticos, punto que será otro de los principales objetivos de su empeño, puesto que se trata de un rechazo total de las disciplinas políticas anteriores. Mosca, al igual que Pareto, rechaza la tradicional clasificación de las formas de gobierno que parte desde Aristóteles, para mantener que la única base factible para dicha tarea es la que toma en cuenta el ordenamiento político de cada clase política. Se trata, pues, de cambiar radicalmente toda la base de lo que, hasta el momento se había considerado una verdadera ciencia de la política.

Pero, una vez visto el tono general del planteamiento de este autor y la dirección hacia la que están encaminadas sus opiniones, hemos de volver de algún modo al tema que nos ocupa fundamentalmente en este apartado: la consideración de la naturaleza y el carácter de la clase política. Cuando nos dedicamos al estudio de la obra de Pareto decíamos que las élites iban a definirse esencialmente por una serie de rasgos psicológicos, unas constantes en la motivación de las acciones humanas que el propio autor había estudiado con detenimiento con anterioridad: eran los residuos; lo que queremos ver ahora es si con Mosca se pueden encontrar también algunos elementos que nos definan lo que son realmente estas minorías en el gobierno. Hemos señalado claramente, o al menos así lo esperamos, que Mosca es un pensador mucho más centrado en un único tema de estudio, el terreno político, que Pareto, autor, con el que estamos constantemente estableciendo una comparación porque es, al mismo tiempo, uno de los más importantes teóricos clásicos del elitismo, y el único del cual hemos estudiado, por el momento, el desarrollo de su discurso. Por todo ello Mosca, al marcar desde un comienzo su campo de estudio, deshecha la idea de entrar en otras disciplinas para encontrar los elementos necesarios para su labor. Esto trae como consecuencia el hecho de que todos los factores explicativos de este autor sólo pueden encuadrarse dentro del campo teórico de la ciencia política.

Nuestro pensador escoge los elementos que son los van a caracterizar a las élites, y a la vez aquellos que lo gran fundamentalmente su teoría acerca de la élite; estos factores son, por un lado la organización de la minoría, y por

otro su superioridad moral; con estos dos únicos elementos va a lograr definir lo que para él es la clase política. Demos cuenta, antes de entrar en la consideración de la significación de cada uno de ellos, que, en este caso, no tenemos problemas para definir, en principio y de un modo general, a la minoría a la que se refiere nuestro autor, ya que este nos dice muy claramente que se trata de aquel grupo de personas que ocupan los puestos más elevados dentro de aquellos aparatos que resuelven las funciones políticas existentes dentro de una sociedad; se excluye, pues, a priori, lo que denominábamos, en el caso de Pareto, la élite funcional, es decir la reunión de aquellos que se encuentran en la cima de las diferentes ramas y sectores de actividad en una comunidad. La élite, por llamarla así, en Mosca, es pura y simplemente política y nada más. Sin embargo, aún en este caso, el autor necesita justificar de algún modo por qué llega a dominar este pequeño número de personas sobre el grueso de la población; y es por ello por lo que recurre a los elementos que antes señalábamos.

En primer lugar está lo que Mosca llama el factor de la "organización". Creo haber señalado en algún momento que era necesario diferenciar esta consideración de la organización de la que después nos presentara Michels. Como considero de especial interés este tema no dudo en insistir una vez más en él, aunque muy rápidamente para no caer en un exceso de repeticiones en nuestra exposición. Cuando hablabamos de lo que Hughes (31) denominaba la generación de 1890-1900, decíamos que uno de sus rasgos esenciales era que prácticamente todos los autores encuadrados en ella reconocían como una

característica básica de las sociedades contemporáneas el aumento de poder y fuerza de la organización y el paralelo incremento de la burocracia en el aparato del Estado; prueba de esta gran preocupación eran los estudios de M. Weber sobre el tema (32), y sobre todo, para lo que aquí nos interesa, las tesis mantenidas por R. Michels en "Los Partidos Políticos" (33), que luego tendremos ocasión de comentar. Pero, en realidad Moscú, aunque consciente de este fenómeno, no dedica una gran atención al tema, o al menos no llega a estudiarlo en profundidad; por ello el significado del concepto organización en él es totalmente diferente al que acabamos de señalar, y hemos de tener mucho cuidado en no confundirlo nunca. Veamos, pues, lo que nos quiere decir nuestro autor cuando habla de ello:

"Nel fatto è fatale la prevalenza di una minoria organizzata, che obbedisce ad unico impulso, sulla maggioranza disorganizzata, che si trova in uno stato che chiameremo discreto. La forza di questa minoranza è irresistibile di fronte ad ogni individuo della maggioranza, il quale si trova solo davanti alla totalità della minoranza organizzata, e nello stesso tempo si può dire che essa è organizzata appunto perchè è minoranza. Certo, che agiscono sempre di concerto e d'intesa gli uni cogli altri, trionferanno su mille presi ad uno e che non avranno alcun accordo fra loro, e nello stesso tempo sarà ai primi molto più facile l'agire ei concerto e l'avere un'intesa, perchè son cento e non mille" (34).

En esta larga cita queda explícitamente marcado

el conjunto de los principales puntos que marcan la idea de Mosca en este campo: el de la organización. Antes de nada diremos que queda muy claro que el autor utiliza el verbo organizar como sinónimo de disponer, estructurar, establecer un orden; se trata, pues, de la capacidad que tienen algunos órganos o personas de disponer las cosas de tal modo que su funcionamiento tenga un máximo de efectividad. Evidentemente aquí organización implica la noción de orden, eficacia y buen funcionamiento; y es esta organización la que se predica como un rasgo innato a la minoría, que es la que, en realidad, está en la base de su dominio. La clase política, se nos dice, está siempre organizada frente a una mayoría que, a su vez, nunca puede lograr un mínimo de organización, sino que está permanentemente desorganizada. Aparece, pues, de nuevo, la idea de una minoría eficiente, con voluntad propia y capaz de plantearse en todas las ocasiones los medios más adecuados para lograr los fines que se propone, frente a una gran masa que no puede hacer nada, a menos que sea dirigida por un líder o un jefe. La superioridad de la clase política se basa, de este modo, en dicha eficacia, y en que puede plantearse fines y marcarse un camino, por medio del cual logra alcanzarlos, mientras que una masa informe se balancea incapaz de hacer lo mismo. Es por esta causa por lo que la masa como tal nunca amenazará a la minoría, sino únicamente otra minoría surgida de la propia masa, y superior a ella por el mero hecho de su organización. Sin embargo en este caso no podemos decir que se establezca un predominio psicológico de un tipo de hombres sobre otros, puesto que en ningún momento el autor afirma que existan una serie de rasgos psicológicos que hagan que determinados individuos se coloquen

por encima de otros y mantengan, por esta causa, su predominio; aunque se hable, como veremos después, de una superioridad moral, ello no implica, como en el caso de Pareto, que predomine una afirmación de una diferenciación innata entre los individuos. En realidad el que una minoría pueda dotarse de un alto grado de organización y la mayor parte de la comunidad no, responde a un problema exclusivamente de número. La organización es posible en la minoría simplemente por el hecho de ser tal, es decir de contar con un pequeño número de miembros; minoría y organización son, pues, en Mosca dos conceptos indisolublemente unidos. De este modo el autor parece no admitir la posibilidad de la organización de amplios grupos de individuos para la consecución de fines concretos, y esta aseveración nos revela muy claramente el significado de este concepto dentro del discurso que ahora estudiamos. Parece que Mosca se refiere a una verdadera organización sólo en el caso en que se da una conjunción de voluntades participantes y activas en el logro de determinados objetivos, y esta unión de determinaciones individuales que sepa con certidumbre como engarzar medios y fines en vistas a la consecución de unas metas comunes que previamente les ha unido, sólo puede darse entre un pequeño número de personas. En el momento en que aumente este número, lo que camos a encontrarnos es a una minoría que dirige a una mayoría sumisa, a pesar de que esta pueda participar en los fines generales de la asociación en la que se encuadra es dirigida por un núcleo central que es el que realmente toma las decisiones importantes. En definitiva lo que nos dice Mosca es que la toma de decisiones, si quiere ser rápida y efectiva, es siempre una cuestión de minorías.

Tal es la importancia que el autor atribuye al número, que llega a afirmar que cuando aumenta considerablemente el tamaño de una sociedad se producen dos fenómenos fundamentales: por un lado disminuye la proporción existente entre la minoría y la mayoría, puesto que mientras que la primera nunca puede sobrepasar un tamaño muy pequeño la masa no hará más que aumentar. Al mismo tiempo, y esta es la segunda consecuencia que deriva de este hecho, disminuye la posibilidad de que la masa logre organizarse, y por lo tanto reaccione frente a la clase política. De todo ello parece poderse deducir que el aumento del tamaño de las sociedades, característica, por ejemplo, de los estados contemporáneos europeos, no hace sino reforzar el dominio de una minoría gobernante, cada vez más reducida en relación al tamaño total de la sociedad, y hace mucho más pequeña tanto la posibilidad de control de este poder por parte de la masa, como las ocasiones que pueden surgir para derrocar a esta. En un lenguaje poco riguroso podría llegar a decirse que se entra en una sociedad más despótica, o al menos con un gobierno mucho más cerrado en comparación con lo que sucede en las comunidades de un tamaño mucho menor. Todo esto refuerza nuestra idea de que la organización es un punto esencial en el análisis de Mosca, estando basada su primera diferenciación entre mayoría y minoría en una mera cuestión de número. Parece, incluso, como si existiera un número límite para la clase política, que esta no puede sobrepasar para funcionar como tal, y por lo tanto para organizarse.

Pero hemos dicho que existe otro factor que también explica el dominio de la minoría en todas las socie-

dades aparte del elemento de organización que ya hemos comentado; es lo que Mosca denomina el factor de la superioridad moral de la clase política.

"Pero oltre al vantaggio grandissimo, che viene dall'organizzazione, le minoranze governanti ordinariamente sono costituite in maniera che gl'individuo che le compongono si distinguono della massa dei governati per certa qualità che danno loro una certa superiorità materiale ed intellettuale . od anche morale, oppure sone gli eredi di coloro, che queste qualità possedevano: essi in altre parole devono avere qualche requisito, vero od apparente, che è fortemente apprezzato e molto valere nella società nella quale vivono." (35)

Así pues, Mosca marca que la dominación de la minoría se debe a dos causas fundamentales, en primer lugar la causa principal: la organización, que es la que hemos estudiado, y en segundo lugar una causa importante: el que los miembros de esta posean determinadas cualidades particulares. Sin embargo no debemos confundir en ningún momento esta idea con la defensa de una postura parecida a la patética, es decir predicar una radical separación de los individuos en base a características psicológicas propias de cada grupo. En primer lugar hemos de decir que este autor nunca habla de ciertas tendencias constantes propias de grupos humanos determinados que sean las principales causantes de su dominio; la idea de una naturaleza psicológica inmutable como base de la diferencia entre las personas, y por lo tanto como fundamento del poder de una clase política, que, además, se caracteriza y se diferencia de otras por la

posesión de unos rasgos particulares no aparece nunca en Mosca. Lo que este nos dice es que una característica importante de la minoría, pero en modo alguno la fundamental, es el hecho de poseer lo que él llama superioridad sobre la masa, una superioridad que puede ser tanto material como intelectual o moral. Pero esta superioridad en ningún caso será absoluta, sino que simplemente refleja el hecho de que los miembros de la clase política son portadores de una serie de requisitos, de cualidades que son fuertemente apreciados en la sociedad en la que se da su dominio. Esto quiere decir, por otro lado, que van a variar según el grupo humano que consideremos. Es evidente que las cualidades que eran objeto de admiración en los estados feudales, y que, en cierto modo se exigían a los poseedores del poder político, no van a poder ser las mismas que las que se aprecian en la Italia de fines del siglo XIX. De este modo se puede apreciar como la posición de este autor es mucho más flexible y a la vez más acorde con una visión de la historia de la humanidad y de la naturaleza humana menos formalista que la de Pareto, logrando, en su aplicación posterior unos resultados mucho más ricos que los de su compañero de corriente y a la vez contrincante. La minoría es siempre una minoría política, y por ello el término que más le conviene es el de clase política, y al mismo tiempo no podemos olvidar que su poder se basa en su capacidad de organización; el poder para Mosca es siempre poder organizado, como nos recuerda Meisel en una obra muy importante dedicada al pensamiento de este autor (36). La posesión de determinadas cualidades coyunturales, además, es un hecho importante a tener en cuenta, pero en todo momento subordinado al primero que hemos

citado. Por todo ello el punto de vista de nuestro autor es quizá menos sorprendente y rico en nuevos conceptos que el de Pareto, pero aporta una firme base para el posterior desarrollo del discurso; y es esta segunda consecuencia la que nos interesa primordialmente.

V.2.2. Historia y clase política.

El título de este apartado quizá comience desconcertando un poco al lector, cuando hemos anunciado en repetidas ocasiones que íbamos a dedicar un capítulo aparte para estudiar el tema de la concepción de la Historia de la teoría de las élites introducimos subitamente una exposición que parece entrar de lleno en esta temática. Sin embargo hemos de aclarar que en este momento realmente no pretendemos tomar en consideración la visión de la Historia en Mosca, sino más bien como plantea el tema de la circulación de las élites, si se nos permite utilizar la terminología paretiana. Es decir considerar la manera en que se va a concebir la evolución de la clase política a lo largo de la Historia. Es muy interesante resaltar que tanto Pareto como Mosca conceden un lugar prioritario al tema del cambio, de la transformación de las élites a lo largo del tiempo; a la vez que se mantiene la idea de que el gobierno de las élites es algo consustancial a la naturaleza de las sociedades y del propio individuo, se hace acuciante la necesidad de plantearse el modo de su evolución, y la manera en que su cambio afecta a la sociedad en general.

Mosca comienza afirmando, al igual que Pareto, el postulado de que todos los hombres son sociables por naturaleza, y sumándose así a la tradición aristotélica acerca del tema. Es natural que donde haya hombres aparezca una sociedad, y lo que es más, que cuando exista una sociedad surja un gobierno. Toda comunidad social implica la organización de las funciones para que la agrupación pueda cumplir sus objetivos, y como hemos visto en capítulos anteriores, ello conlleva la formación de una minoría dirigente que asume las funciones más importantes para la buena marcha de esta sociedad: la clase política. De este modo nuestro autor explica y justifica al mismo tiempo la tesis de la permanencia de una élite o minoría en el poder, frente a una mayoría no organizada. Aún no recurriendo a postulados tan radicales como los de Pareto, el cual dedicaba una parte importante del Tratado a mostrar el modo en que la naturaleza humana era esencialmente inmutable, Mosca llegará a conclusiones muy similares acerca del gobierno de la sociedad, partiendo únicamente de la idea de que el hombre es naturalmente sociable. Se deja, pues, de un lado el que posea instintos o sentimientos permanentes a lo largo del tiempo para centrarse exclusivamente en la idea de que la sociedad implica organización, y esta última jerarquía, por lo cual es imposible encontrar un grupo humano en el cual las funciones políticas se encuentren repartidas entre la gran masa de la población. Planteado así el tema, es imprescindible pasar a considerar como cambia o como permanece el gobierno de una minoría mientras se transforman otras condiciones de esta misma sociedad.

Nuestro autor, y este es un tema en el que no queremos entrar de lleno por el momento, mantendrá siempre la idea de que existen tendencias universales y constantes en la Historia, a pesar de que se admiten las contratendencias que desvían su curso de cualquier fin predeterminado e inexorable. De este modo Mosca juega con factores que darán lugar a un gran determinismo en su visión histórica, pero al mismo tiempo se niega rotundamente a admitir que la Historia de la humanidad posea un fin preestablecido que vaya dirigiéndola en todas sus acciones. Por lo tanto sí se puede afirmar que se trata de una teoría monolineal y positivista de la Historia, como veremos más adelante, pero son rasgos muy peculiares que la hacen sobresalir sobre otras doctrinas de esta misma clase. Se parte, pues, de una visión muy completa de qué es la Historia, para llegar inmediatamente a definir cual es el elemento constante que puede proporcionarnos la clave para la comprensión del pasado, y por lo tanto para preveer el futuro de las sociedades humanas. Por ello nos dice:

"Si può dire anzi che tutta la storia dell'umanità civile si riassume nella lotta fra la tendenza, che hanno gli elementi dominatori a monopolizzare le forze politiche ed a trasmetterne ereditariamente il possesso ai loro figli, e la tendenza, che pure esiste, verso lo spostamento di queste forze e l'affermazione di forze nuove che produce un continuo lavoro di endosmosi ed esosmosi fra la classe alta e alcune frazioni de quelle basse." (37).

En estas breves líneas se encuentran condensadas todas las principales ideas que caracterizan el pensamiento

de Mosca en lo que se refiere al tema del cambio en la clase política, y a la visión de la evolución de las sociedades humanas. Como entraremos en cada uno de estos puntos con mucho mayor detenimiento vamos a insistir ahora solo en las notas más características y centrales. En primer lugar notese que, al igual que Pareto, nuestro autor va a reducir el cambio en las sociedades a la tensión que se produce entre una vieja minoría y otra nueva que se quiere hacer con el poder. A pesar de que Mosca introduce aquí algunos elementos enriquecedores del análisis, como es la intervención de fuerzas sociales que representan los diferentes grupos, no hay duda de que, en última instancia, su posición es muy parecida a la de nuestro anterior pensador. Sin embargo este punto entrará de lleno en la consideración de la postura de Mosca ante la historia y el cambio, y a nosotros lo que nos interesa resaltar aquí es como surge también la necesidad, en esta construcción teórica que ahora analizamos de introducir la idea del recambio en el personal que compone la minoría dirigente, como algo esencial para la sociedad, e incluso beneficioso. Es evidente que nuestros autores no son, en ningún caso, unos ignorantes que desprecien por completo lo que ocurre en la realidad, y por ello sería absurdo pretender demostrar que no ha existido cambio alguno en las minorías dirigentes o políticas a lo largo de la Historia de la humanidad. Pero lo que si es factible, y es lo que ellos pretenderán, es mostrar por un lado que el cambio de la minoría es imprescindible por diversas razones, y además que el anquilosamiento de esta llevará siempre a las peores formas de gobierno que podamos encontrar, y al mismo tiempo, afirmar que este cambio se reduce a una mera reposición del

personal de la clase dirigente, sin que afecte en lo más mínimo a la estructura interna de las sociedades, la cual permanece, en lo esencial, inmutable a lo largo de la Historia. Es evidente que es en Pareto donde todos los elementos de esta construcción aparecen más nitidamente, pero no es menos cierto que, dentro de un análisis más sutil, y en ocasiones profundo, Mosca va a mantener, en última instancia, tesis similares.

Muy apegado al método de conocimiento histórico, nuestro autor, antes de entrar de lleno en el estudio de las formas de dominio de las diferentes clases políticas y de las causas de su auge y decadencia, comienza por tratar de ver cual ha sido el desarrollo, a lo largo del tiempo, de estas minorías, y para ello va a fijarse en uno de los requisitos que antes definíamos como características esenciales de estas élites. Recordemos que Mosca, al definir a su clase política, nos decía que en primer lugar lo que las separaba del resto de la población era su gran capacidad de organización que les llevaba a ser capaces de planear perfectamente como alcanzar determinados fines escogiendo los medios más adecuados; pero, además, las minorías poseen siempre unas cualidades o unos requisitos fuertemente apreciados por la sociedad en la que predominan. Pues bien, mientras que el potencial de la organización es algo siempre constante en todos los grupos humanos, y por lo tanto no puede ser escogido como baremo del cambio sufrido por las clases políticas a lo largo del tiempo, si podemos observar el modo en que han variado estos valores propios de cada sociedad, que serán los que nos muestren el cambio en el tipo de minoría di-

rigente en cada una de estas sociedades. Esta es, pues, la primera labor a la que se entrega nuestro autor. En las primeras sociedades que se conocen, es decir en las comunidades primitivas, la cualidad más apreciada era indudablemente la del valor, por el mero hecho de ser una sociedad que tenía que subsistir a base de la fuerza y de la violencia física tanto para conseguir los elementos que aseguraran su subsistencia, como para defenderse frente a los pueblos extraños. Esto da lugar a que la política fuera predominantemente el coto de una clase militar que, al tiempo que cumplía sus tareas de defensa tiende siempre a acaparar la propiedad de la tierra, casi la única, y por lo tanto la principal, fuente de producción y de riqueza de dichas sociedades. Señalemos que Mosca incluye dentro de este grupo a todas las sociedades agrícolas que se conocen, y por lo tanto a lo que hoy denominamos el estado feudal. El segundo paso que apunta nuestro autor es el que lleva a una transformación social que convierte a la riqueza en el valor fundamental de todo este tipo de sociedades. Aquí el aspecto más importante para las élites será el de garantizar la propiedad práctica por medio de la fuerza real de la ley, aparece, pues, el Estado burocrático. Es muy curioso ver como Mosca establece una serie de excepciones, las sociedades que para él son muy avanzadas están fundadas en principios morales que no tienen nada que ver con la riqueza de sus clases políticas; el ejemplo que nos pone, sorprendentemente, es el de los Estados Unidos de América y el de China, dos sociedades, para él con una clara base igualitaria. Pero aquí no acaban las sociedades que pueden diferenciarse a lo largo de la His-

toria, y por lo tanto también existen otros tipos de clase política. Existen en todo tiempo y lugar, por ejemplo, sociedades con grandes creencias religiosas en las cuales la clase política es fundamentalmente una aristocracia sacerdotal; este puede ser el caso de los grandes imperios agrarios de la Edad Antigua, o incluso de ciertos estados medievales en los que el poder real está verdaderamente en manos de una clase de sacerdotes. En realidad si se siguiera un orden cronológico veríamos que tras la élite caracterizada por la fuerza física el aumento de las necesidades intelectuales y morales es lo que da lugar a la aparición de una nueva fuerza social y una nueva élite: el clero. Después de esto la aparición de la ciudad será la que cree una nueva fuerza social con el auge del comercio y del poder económico. Por último Mosca comienza a mostrarnos como estas transformaciones de las fuerzas sociales en las comunidades más avanzadas y con un mayor grado de civilización, aquellas en las que los conocimientos especiales y la posesión de una verdadera cultura científica se convierten en las fuerzas políticas más importantes en este estado tan avanzado de desarrollo, surgen, así, nuevos requisitos que se le exigen a la nueva clase gobernante; sobre todo un alto grado de conocimientos científicos, no tanto en lo que podríamos llamar su vertiente más pura como el saber sus aplicaciones prácticas más eficaces; lo que, en definitiva, Mosca denomina pericia. De este modo es el conocimiento, la posesión de un verdadero arte de gobierno el que caracteriza a determinadas clases y lo que hace que sean socialmente idóneas para el gobierno de las sociedades.

Así pues, es mediante un estudio fundamentalmente histórico como Mosca nos presenta que realmente las minorías van evolucionando a lo largo del tiempo dando lugar a que, a la vez, cambien los rasgos esenciales de una comunidad dada, y se transformen también los rasgos que ha de poseer una minoría, y por lo tanto nos encontremos con diferentes tipos de minorías gobernantes; se produce, pues, una total adecuación entre una sociedad dada y la clase que detenta el poder político, nuestro autor habla de que la clase política representa a unas fuerzas sociales determinadas, y en el momento en que son estas las que predominan en una sociedad se produce el benéfico acuerdo que garantiza la máxima eficacia en el funcionamiento de la maquinaria del gobierno. Por lo tanto aquí no se recurre, como veíamos en Pareto, a unas supuestas características psicológicas que, mediante su combinación, daban siempre lugar a las mejores formas de gobierno, siendo, en última instancia inmutables a lo largo del tiempo. En Mosca cada situación histórica da lugar a un sistema de gobierno particular y, en consecuencia, aparece un grupo de individuos idóneos para manejar el timón del aparato político; el enfoque es, de este modo, mucho menos formalista que el de nuestro anterior teórico de las élites. Sin embargo, a pesar de esta aparente diversidad en el gobierno elitista, podemos encontrar ciertos elementos de continuidad y permanencia que son los que nos permiten hablar de una verdadera teoría de la aparición y decadencia de la clase política en este autor.

Nuestro autor está plenamente convencido, aunque no lo exponga tan claramente como Pareto ni con la misma termi-

nología, que las sociedades muestran un mismo movimiento de auge, y decadencia que da lugar a la aparición de una nueva civilización. Notemos que Mosca parece preferir el término civilización al de sociedad, quizá porque da una idea más global de todos los factores y elementos que componen a toda una comunidad humana a lo largo del tiempo. Para él además, las causas que dan muerte a una civilización son las mismas que acaban con el dominio de una minoría, de este modo vemos repetirse la idea de que toda sociedad se define por el tipo de gobierno que posee, y por lo tanto la élite que lo detenta, la toma de decisiones y la puesta en práctica de las cuestiones políticas son los elementos definitorios de esta. En el momento en que cae una élite política para ser substituida por otra es porque la sociedad ha variado y se necesita otra nueva dirección política más acorde con la nueva situación. De todos modos, y esto lo veremos con más detalle posteriormente, el movimiento se da siempre en el mismo sentido: en primer lugar ocurren las transformaciones en la sociedad, y es la falta de acuerdo entre la situación de hecho y el dominio de derecho lo que empuja a que se forme una nueva minoría que acabará por derrocar a la antigua, y que se presenta plenamente adecuada a las nuevas circunstancias. Pero dejemos un momento la consideración de los elementos que dan lugar a que una clase determinada caiga en su más completa ruina y veamos como concibe Mosca la evolución general de la sociedad. Recordemos que una de las principales preocupaciones de los autores de estos años dentro de las disciplinas sociológicas, por llamarlas así, residía en el tema de la burocracia; Mosca no es una excepción dentro de esta línea y esto se refleja claramente en su

concepción de la evolución de las sociedades. Para él a lo largo de los siglos se ha ido produciendo un progresivo aumento del tamaño de las comunidades humanas que lleva, inevitablemente, al incremento del aparato burocrático tanto en su magnitud como en su esfera de acción. Poco a poco, por lo tanto, la clase política estará más fuertemente condicionada por la necesidad de tener en cuenta el poder burocrático, lo cual da lugar a que, progresivamente el conocimiento técnico sea un requisito indispensable para llegar a monopolizar el poder político, y esto lo veremos sin duda alguna cuando nos detengamos a considerar, con mayor profundidad, el modo en que Mosca presenta la evolución de las sociedades a lo largo del tiempo. Por lo tanto la evolución general de las sociedades, a pesar y al mismo tiempo de mostrar un movimiento ondulatorio de nacimiento, desarrollo, auge y decadencia, si da muestras de una progresión lineal hacia la integración; asistimos, así, a un proceso gradual de evolución hacia la organización. Y es este mismo movimiento de integración el que ha dado origen a que se pase desde una pequeña comunidad autónoma, independiente al supergrupo, el Estado nacional, que, además, ya en el tiempo de Mosca parecía comenzar a ser superado por los grandes sistemas de alianzas que dictaron gran parte de la política europea del siglo XIX. Este es el marco general en el que hemos de insertar el particular punto de vista de nuestro autor acerca de la evolución histórica de las civilizaciones, y sobre todo su opinión de las causas del auge y la decadencia de las clases políticas. Todavía quedan varios puntos por comentar, y algunos aspectos sobre los que podemos profundizar, pero este no es el momento de emprender esta tarea, sino es

para introducir algunos de sus aspectos básicos que nos son fundamentales para comprender el resto de su discurso.

Entramos, pues, en nuestro tema central, el de las causas y el modo por el cual las minorías son derrocadas de su situación de privilegio y son substituidas por otras nuevas, que surgen normalmente de la masa desprovista de toda función política. Para ello hemos de tener siempre presente las dos características generales que antes apuntábamos y que son las que garantizan el acceso de una élite al poder: la organización y la posesión de determinados valores o cualidades particularmente apreciados en cada grupo humano. Pues bien, existe una tendencia, mejor dicho dos, que son las que determinan en última instancia el movimiento constante a lo largo de la Historia de la desaparición de las antiguas minorías y el surgimiento de otras nuevas, como recogimos en una cita de los "Elementi", la Historia para Mosca puede ser resumida en la lucha entre dos tendencias: por un lado el hecho de que las clases dominantes tratan de monopolizar siempre el poder político, impidiendo, o tratando de impedir el desarrollo de las fuerzas sociales, y a la vez intentando lograr su propia transmisión hereditaria; y por otro lado la tendencia contraria a la aparición de nuevas fuerzas en las clases bajas, es decir en la masa, desarrollando así fracciones organizadas que luchan por imponerse a las antiguas. A pesar de que el equilibrio entre ambas puede mantenerse durante un cierto tiempo es inevitable que, a la larga, impere la segunda tendencia y asistamos a una renovación de la clase detentadora del poder político. De este modo, aunque en base a razonamientos muy diferentes, Mosca llega a la

la misma conclusión que la que mantenía Pareto, un equilibrio social que se mantiene por medio de una tensión constante entre fuerzas opuestas, que siempre acaba por romperse para dar paso a una renovación de la clase política, y, por lo tanto a una nueva forma de dominio. Notese, al margen, que por el momento nuestro autor no ha hablado para nada de los mecanismos que puede utilizar la minoría para mantenerse en el poder, lo cual se logra en Pareto por medio de su "teoría de la circulación de las élites."

La primera tendencia que tenemos que tener en cuenta es la que empuja a las minorías a no querer abandonar su poder a nuevos elementos, transmitiéndolo hereditariamente. Mosca nos dice al respecto.

"Su questo proposito dobbiamo permettere due osservazione, la prime è che tutte le classe politiche hanno la tendenza a diventare di fatto, se non di diritto, ereditarie. In fatti tutte le forze politiche hanno quella qualità, che in fisica si chiama forza d'inerzia, cioè la tendenza a restare nel punto e sullo stato in cui si trovano." (38)

Mosca se da cuenta perfectamente de que en el momento en que un grupo de hombres accede al poder es ya muy difícil pretender que en ellos exista la flexibilidad de saber cuales son las transformaciones que les convienen más, y que no se cierre en banda para tratar de que su poder se transmita hereditariamente y no entren nuevos individuos en el reparto que pueden por acabar de dar al traste con todo el edificio que se ha montado. Es la llamada tendencia aristocrática sobre la que Pareto hace también hincapié, y que

inspira a Michels para formular su idea de la transformación psicológica de los líderes. Es muy curioso ver como Mosca, que hasta el momento, al menos en la superficie, parece no tener muchos puntos de contacto con los otros elitistas clásicos, participa profundamente de una misma idea y hasta recurre a las mismas analogías. Creemos recordar que la metáfora de la "fuerza de la inercia" aparece también en Pareto y refleja, indudablemente, una fuerte influencia positivista que se traduce en reverencia hacia las ciencias físicas y sobre todo hacia la propia Física, la ciencia reina por excelencia. Pero en lo que hemos de insistir es en que el esfuerzo por marcar siempre un elemento de equilibrio enfrentado a uno de cambio, cuyo resultante será, a la larga, un cambio muy limitado, y sólo reducido a aspectos meramente formales y nunca estructurales. Las élites tienen, pues, una clara tendencia a que su poder se transmita hereditariamente y es evidente que esto ha de chocar con la evolución de las fuerzas sociales, y también con las pretensiones que pueden llegar a tener algunos miembros de la mayoría organizada, de acceder a los altos puestos del poder político. Pero Mosca, que siempre tendrá en cuenta todos los pros y los contras de los asuntos, no va a dejar de advertir que también hay ciertos factores que refuerzan estas tendencias aristocráticas y que darán lugar a la vigorosidad de la fuerza de la herencia, mayor aún de lo que podríamos pensar en un principio. Antes de nada hemos de darnos cuenta de que la riqueza, el valor militar y la cultura, los valores que han sido rasgos característicos de los grupos minoritarios en una u otra época, tienden a cultivarse en núcleos muy cerrados de las comunidades huma-

nas. De este modo no puede extrañarnos el hecho de que los valores más preciados en una sociedad determinada se transmitan en grupos muy pequeños, siendo mucho más raro que un individuo perteneciente a la mayoría los posea; es evidente que la transmisión de estos rasgos más cotizados en una sociedad se transmita, en principio, de un modo terriblemente selectivo. Sin embargo, aunque esta es una fuerza importante para la conservación del dominio en manos de la minoría no es menos cierto que Mosca rechaza radicalmente toda idea que afirme una pretendida herencia de cualidades políticas o morales dentro de la clase política. Ningún elitista clásico acepta las doctrinas racistas, y nuestro autor no iba a ser menos; se niega la herencia orgánica como factor relacionado con el dominio de las minorías, este hecho no ha existido y seguramente no existirá jamás, dado que es contrario a la naturaleza humana la existencia de una raza o clase de individuos que se caracterice por la posesión en exclusiva de determinados rasgos que lo convierten en superior en ciertas circunstancias. Por lo tanto, en cierto modo se plantea la idea de una desigualdad relativa de los hombres, o al menos de la no determinación del surgimiento de rasgos peculiares según las razas o grupos sociales particulares; las diferencias, que indudablemente existen, se deben básicamente, o al menos así nos lo transmite nuestro autor, a desigualdades en la transmisión selectiva de ciertos valores culturalmente apreciados. De todos modos, a la larga, siempre será terriblemente difícil mantener el monopolio de estos valores, y en todo caso, como la transformación de las civilizaciones es un hecho imparable van a ir surgiendo nuevos valores que acapararán otros grupos sociales diferentes a los que mante-

nían el poder, que, entonces, podrán ser derrocados.

La tendencia a monopolizar el poder por parte de un determinado grupo que trata de convertirse en una aristocracia se transforma, pues, en el primer factor a tener en cuenta, tanto en lo que respecta al fenómeno de auge y decadencia de las élites, como si consideramos la forma de dominio de una minoría. Por esto nos interesa ver en que forma Mosca nos presenta el dominio de las minorías. Para él es evidente que siempre aparece primero el estado de hecho que el de derecho, es decir comienza a dominar una clase política mucho antes de que toda la sociedad cree mecanismos para aceptar este poder y surjan las legitimaciones. Sin embargo está claro que cuando surge el dominio de una nueva élite es cuando se han desarrollado en la sociedad toda una serie de nuevas fuerzas sociales que tienen el poder y la suficiente energía para ser mucho más importantes que las anteriores, ya caducas, y para determinar la forma de una nueva sociedad que se erige frente a la antigua. Pero lo que nos quiere decir Mosca, y en esto se parece mucho a algunos razonamientos que presenta Marx acerca del mismo tema, es que el dominio de una nueva clase política suele comenzar mucho antes que el montaje de todo el aparato ideológico, transformándose y adaptándose este a la nueva situación con posterioridad. Vemos, pues, el modo en que nuestro autor comienza a conceder una gran importancia a las fuerzas ideológicas en el dominio político de una comunidad dada, es decir que, aunque es evidente que para que se mantenga un determinado grupo social en el poder tienen que haber una situación de dominio de hecho, ello no es óbice para que se reconozca la importancia

de todos los elementos que justifican y legitiman este poder. Y todas estas fórmulas que legitiman su dominio van a aparecer después compartiendo todas ellas una característica común, la tendencia a legitimar el dominio hereditario de la minoría en cuestión. En realidad Mosca está insistiendo aquí en dos aspectos diferentes: por un lado introduce el tema de la existencia de todo un aparato legitimador del poder político que va a ser tan importante para su mantenimiento como el mismo poder de hecho de la élite, y que él mismo habrá de investigar muy a fondo al hablar de su teoría de la fórmula política. Y por otro lado introduce este mismo tema para mostrarnos como funciona la tendencia de la clase política a convertirse en una casta hereditaria. No sólo se produce el monopolio de todos aquellos aparatos que puedan contribuir a monopolizar la transmisión de los valores socialmente apreciados como puedan ser la educación, la instrucción en el arte de las armas etc..., sino que también, al tiempo, aparecerán toda una serie de construcciones teóricas que tienden a convertir a la minoría en una aristocracia, y sobre todo a hacer aceptable este hecho ante los ojos de la mayoría. Es así como se puede afirmar que todo dominio de una clase política es justificado en base a un principio moral de orden general.

Pero estamos hablando mucho de lo que se puede denominar el "elemento estático" dentro de la lucha de fuerzas que se establece dentro de todas las sociedades, y todavía no hemos empezado a hablar del otro factor, de la tendencia dinámica. Decíamos que Mosca, en una visión extraordinaria-

mente dinámica de la sociedad, planteaba toda transformación en la sociedad, por ejemplo el paso de una economía de base agraria a un sistema económico fundado en el comercio, en el desarrollo de una serie de fuerzas sociales que pugnan por su representación en el gobierno. En la terminología de nuestro autor esto significa que existen nuevos sectores de la sociedad, que surgen a partir de estos cambios y que mantienen intereses que cada vez van pareciendo más prioritarios, haciéndose necesario el lograr su representación en el estrato político, es decir participando de algún modo en las decisiones políticas que afectarán a la larga a sus propios intereses. El problema surge desde el momento en que la élite se niega a aceptar que estos nuevos sectores sociales se vean incluidos en las más altas esferas de la política, reduciendo, así, el ámbito de su poder, y pudiendo dañar seriamente a sus propios intereses; lo normal es que en ese momento la minoría que hasta el momento había desempeñado un papel progresivo en la sociedad, dado que representaba a las fuerzas sociales dominantes que impulsaban a la sociedad hacia su evolución, se cierran hermeticamente no admitiendo los cambios que ya han tenido lugar en la comunidad y que han transformado radicalmente las bases sobre las que se asentaba. Se produce, entonces, un periodo regresivo en el que, a pesar de la férrea oposición de la minoría, las nuevas fuerzas sociales van desarrollándose sin el mínimo reconocimiento a nivel político, y se pretende mantener el viejo dominio, cada vez más desfasado, y unos mitos legitimadores que ya no responden a la realidad. Evidentemente el resultado final va a ser que el contraste entre la realidad y la situación política e ideológica se hará tan fuerte que

se produce una ruptura más o menos violenta que reserva los puestos políticos decisivos a aquellas capas que encarnan las nuevas fuerzas sociales. El proceso se repetirá, pues, indefinidamente dado que las sociedades se encuentran en un perpetuo movimiento y siempre surgirá una nueva minoría progresiva que, en un principio, luchará por el poder, y a la larga habrá de ser superada por los acontecimientos y se verá vencida por otra más joven. Este es el movimiento básico de las sociedades, que estudiaremos más detenidamente en un capítulo posterior; y esencialmente este es el movimiento de las minorías, que, en realidad, representa el movimiento más importante dentro de las comunidades humanas. Creemos que Mosca no rechaza de ningún modo la idea de Pareto de la circulación de las élites, puesto que, en definitiva, la clase política perfecta sería aquella que fuese aceptando paulatinamente las incorporaciones de nuevas fuerzas sociales, repartiéndose el poder proporcionalmente según la importancia relativa de cada una de ellas, y logrando, de este modo, un perfecto equilibrio social a lo largo del tiempo. Pero, en la realidad, esto es imposible puesto que en el momento en que consideramos la importancia del factor estático dentro de la sociedad, es decir la tendencia a monopolizar el poder y a transmitirlo hereditariamente entre las minorías, nos damos cuenta de que es prácticamente imposible encontrarnos una clase política que actúa en contra de este hecho. Todo ello da lugar a que verdaderamente no podamos hablar de la existencia de una verdadera circulación de las élites al estilo paretiano, en la realidad, lo que no signifique que el autor no esté de acuerdo en su extrema conveniencia.

A medida que íbamos exponiéndolas ideas de nuestro autor acerca de la evolución de las sociedades y la forma en que aparece este elemento dinámico de las comunidades en todas las civilizaciones, nos íbamos percatando de que, en realidad, este análisis tiene numerosos puntos de contacto con algunas de las ideas de otro pensador que, en principio, parecería no tener nada que ver con Mosca, nos referimos a K.Marx. En verdad carecemos de las pruebas suficientes para poder llegar a afirmar que existe una verdadera relación o incluso una influencia entre Marx y Mosca, pero lo que tampoco podemos olvidar es el hecho de que, durante unos años muy importantes para su formación intelectual, Mosca, bajo la influencia de uno de sus maestros, estudió detenidamente la obra del padre del llamado socialismo científico. A pesar de que nuestro pensador rechaza gran parte de los postulados del marxismo puede ser posible que, igual que Pareto acepta y asume el postulado de la lucha de clases, él mismo tome algunas de las ideas básicas de la concepción marxista de la Historia. No nos sería nada difícil retraducir todo el discurso anterior a la terminología de Marx, notese la utilización de Mosca del concepto de fuerzas sociales, y casi nos encontraríamos con todas las ideas relativas al paso de un modo de producción a otro, y a la permanencia de la superestructura ideológica y jurídico política una vez que la estructura económica ha cambiado y han aparecido nuevos sectores de la población que lucharán, para triunfar al final de la contienda, por conseguir el dominio total, y derrocar a las antiguas y obsoletas oligarquías. Evidentemente, no se puede afirmar bajo ningún concepto que el fin hacia el cual dirigen sus discursos ambos au-

tores tengan algo que ver, pero si parecen poder encontrarse ciertos puntos de contacto en el modo de presentarse el problema de la evolución de las sociedades, y la postura que adoptan las minorías dominantes ante este hecho. Pero tendremos tiempo, cuando nos dediquemos al estudio de las relaciones entre las teorías clásicas del elitismo y el marxismo, de tocar este y otros muchos puntos.

Con el examen de estas dos tendencias Mosca ha logrado, o al menos así lo piensa él, explicar como se va dando poco a poco el avance de las minorías, su dominio y su decadencia, manteniendo en todo momento una idea esencial: que las fases por las que atraviesa una civilización son paralelas a las diferentes clases políticas que las gobiernan, y que, al mismo tiempo, no puede concebirse la caída de una de ellas sin el surgimiento previo de otra nueva, no pudiendo ser substituido este hecho, bajo ningún concepto, por un supuesto gobierno de la mayoría de la población. La proporción entre la mayoría y la minoría gobernante en una sociedad dada puede ser más o menos alta según las circunstancias, pero nunca se encontrará un gobierno mayoritario. Por lo tanto el análisis de Mosca es, en todo momento, mucho más flexible y menos formalista que el paretiano, no recurriendo en ningún momento a supuestas tendencias psicológicas constantes de los individuos, sino a un análisis histórico de los fenómenos de la distribución del poder ocurrido en las diferentes sociedades en las que nos es posible adentrarnos gracias a la ciencia histórica.

Como ya sabemos Mosca acostumbra a presentar primero un bosquejo histórico que afirma gran parte de su teoría, para pasar más adelante a extraer toda una serie de consecuencias que establezcan una serie de normas generales que constituyen las regularidades de su sistema teórico, y por lo tanto las piezas esenciales de este. Lo mismo ocurre en este tema, y es ahora, tras habernos mostrado los principales elementos de la evolución histórica de las sociedades, cuando pasa a tratar en abstracto el tema de la decadencia de las clases políticas. Dado que la organización es un rasgo consustancial a toda minoría lo lógico sería pensar que este fenómeno esté en relación con el otro factor que constituye una parte fundamental de la minoría: la posesión de determinadas cualidades muy apreciadas en una comunidad en particular. En realidad la decadencia puede tener lugar por dos hechos diferentes: en primer lugar porque la minoría en cuestión pierda las cualidades que le han llevado al poder, y por lo tanto sea substituida por otra que si las posea; y en segundo lugar esto mismo puede suceder porque exista una transformación en la sociedad que de origen a que estas cualidades o valores, que habían erigido a una minoría al poder, se hagan caducas y aparezcan otras nuevas que sean representadas por nuevos grupos sociales. Como nos dice el mismo Mosca:

"Decadono poi immancabilmente le classi politiche ogni qual volta non possono più essercitare le qualità per le quali arrivarono al potere, o queste perdono ogni importanza nell'ambiente sociale in cui vivono..."

Por lo tanto el recambio de una minoría gobernante a causa de la decadencia de esta y la aparición de otra nueva tiene lugar porque se da o bien una verdadera degeneración moral de la élite, o a causa de un cambio en la sociedad que hace anticuada a esta. Son estas, pues, las principales razones que dan lugar a que asistamos a un cambio, un recambio en las clases dirigentes. Este punto de vista lleva, inevitablemente, a una concepción cíclica del movimiento de la sociedad, desde el momento en que es la clase política y sus transformaciones el factor que se toma casi exclusivamente para estudiar el cambio y la transformación en las comunidades humanas. Por lo tanto no debe sorprendernos que Mosca afirme, en medio de sus explicaciones acerca de las causas de la decadencia de la clase política, que este es un hecho inevitable que refleja la existencia de dos fases en la historia de las sociedades que se repiten a lo largo del tiempo, a primera de ellas está marcada por una clara tendencia a la inmovilidad que es reflejo de la cristalización de una nueva minoría en el poder, y en la que se asiste a la formación y propagación de las fórmulas legitimadoras de su dominio. En el momento en que la minoría refleja por completo a las fuerzas sociales más significativas de la sociedad es cuando asistimos a estos fenómenos. A continuación, con un lapso de tiempo más o menos largo según los casos, se va a pasar a una fase de tendencia al cambio en la que la gran pugna es la de la renovación de la clase política. Como explicamos antes es el momento del desfase entre el dominio de la vieja clase política y el afianzamiento de toda una serie de fuerzas sociales que prueban que, al haber cambiado la sociedad, la forma del poder político no

puede ya ser la misma. Este cambio, según las circunstancias, puede ser causado, o bien por fuerzas endógenas o bien por fuerzas exógenas a la propia sociedad, pero en realidad el estudio de tales fenómenos queda ya fuera del ámbito de interés de Mosca que no pretende estudiar casos concretos, sino formular reglas más o menos generales. Esta tendencia al cambio, y sobre todo la existencia de dos fases diferentes en el dominio político de una minoría sobre una sociedad, son movimientos inevitables, que se van repitiendo una y otra vez en el tiempo, y que sin duda seguirán dándose, siendo los que, en realidad, conforman la verdadera historia de la humanidad. De ahí la importancia de tenerlos siempre en cuenta.

Damos así por finalizado este pequeño apartado en el que hemos querido exponer algunas de las ideas fundamentales de nuestro autor acerca del movimiento de las clases políticas, y los rasgos y causas principales de su auge y decadencia. En nuestras primeras líneas comenzábamos diciendo que quizá el lector se extrañara de que apareciera la historia encabezando un apartado incluido dentro de un capítulo dedicado a las formulaciones más características de los teóricos de las élites, esperamos que a estas alturas nuestro paciente lector habrá comprendido la importancia del tema de la Historia en Mosca y a la vez se dará cuenta de la casi imposibilidad de separar su estudio de aspectos como los que acabamos de tocar en estas páginas.

V.2.3. La clase política y las masas.

Entramos, ahora, en un tema que nosotros creemos fundamental tanto en el discurso de Mosca como en el de todos los teóricos clásicos del elitismo: la relación entre la élite gobernante o la clase política. Cuando nos volcamos en el estudio de Pareto, el primer autor del que analizamos a fondo todo su discurso, no dudamos un momento en detenernos a ver como se planteaba este problema, a pesar de que, en realidad, no surge una formulación sistemática de este en ninguno de sus escritos, y ahora pasamos a hacer lo mismo con Mosca. Tengamos en cuenta, además, que esta problemática acerca de el modo en que se conciben las relaciones sociales en general, y sobre todo la manera en que se piensa que es la élite internamente resume una parte muy importante de la teoría social de nuestros pensadores. Pero dejemonos ya de introducciones y pasemos directamente al centro de la cuestión.

Al igual que Pareto, y comenzamos a pensar que esto puede ser visto como una característica común a la teoría clásica de la élite, Mosca va a presentarnos una visión de la sociedad sumamente contradictoria a primera vista, pero que, en realidad, esconde una importante dualidad que no podemos perder de vista. Por un lado es evidente que se mantiene una visión unitaria de la sociedad, desde el momento en que todo el análisis social se lleva a cabo en base a un único aspecto, la división de la comunidad en dos grupos, uno mayoritario que cumple una serie de funciones que no inclu-

yen a la política, y el minoritario detentador del poder político; esta perspectiva da lugar a la visión de una sociedad unitaria que se divide en dos grupos, excluyendo la posibilidad de introducir nuevos elementos en el análisis. Pero, al mismo tiempo, y sin abandonar este punto de vista, que es el que, a fin de cuentas, caracteriza a estos autores, se mantiene una perspectiva pluralista de la sociedad, desde el momento en que el autor piensa que la condición indispensable para el equilibrio que produce el óptimo estado de una comunidad, la llamada defensa jurídica, es la existencia de una multitud de fuerzas políticas en juego. De nuevo surge, pues, la idea de que el equilibrio inestable en el que se encuentran todas las sociedades es el resultado de la contraposición de fuerzas de diferente signo, por lo tanto cuantas más fuerzas existan más repartidas estarán las diferencias tendencias y se podrá lograr un equilibrio más sólido y duradero, con consecuencias extremadamente beneficiosas. Pero notemos que Mosca lleva tan lejos este argumento que no separa únicamente en el aspecto político, sino que llega a preconizar un verdadero pluralismo político como estado perfecto para las comunidades humanas. Reflexione el lector, además, sobre la indudable relación que existe entre esta visión de los teóricos elitistas y el postulado del liberalismo decimonónico que afirmaba la autorregulación social basada en el mecanismo de la libre competencia en todos los ámbitos sociales. De este modo diremos, antes de pasar a otro tema, que Mosca necesita de las numerosas fuerzas políticas, pero, al mismo tiempo, no puede prescindir del principio de la unidad de la clase política.

De este modo vemos como se van introduciendo en el discurso toda una serie de nuevos elementos que tendrán fundamentales consecuencias para la consideración de la relación entre la minoría y la masa no gobernante, Pero, como decíamos ya antes, no se trata sólo de que Mosca asuma el doble aspecto de enjuiciamiento de la realidad, propio de los elitistas sino que, en su caso, lleva a este argumento hasta conclusiones mucho más radicales; Mosca se negará siempre a considerar a la élite y a la mayoría como a dos fuerzas totalmente separadas y nonolíticas, en las que no se pueden encontrar fisuras de ningún tipo, sino que su estratificación social muestra muchos grupos representativos de fuerzas sociales muy diversas y con diferente importancia, que, desde un punto de vista absolutamente simplificador, y teniendo unicamente en cuenta el tema de la distribución del poder, pueden dividirse en los dos grandes grupos que antes señalabamos; clara muestra de esta postura la tenemos cuando nos dice el autor:

"E da notare infine che qualunque ordinamento politico semplicista, basato sopra un principio assoluto, il quale fa sì che tutta la classe politica sia organizzata sopra unico tipo, rende malagerole la partecipazione alla vita pubblica di tutte le influenze pociali e più malagerole ancora il controllo, che le une possono sulle altre essercitare."(40).

Es necesario, pues, tener siempre en cuenta que hay que partir de la idea de que cualquier comunidad política está basada en el concurso de diversas fuerzas políticas, que dan lugar a que se establezca un equilibrio peculiar en cada una de ellas, y no a un principio político único que

sería el que caracterizara a la élite o a la minoría gobernante. Lo que nos quiere decir el autor es que las sociedades humanas son tan complejas que realmente no podemos caer en un análisis simplista que nos presenta a una minoría monolítica basada únicamente en un sólo principio y no ver, realmente, que incluso dentro de esta misma minoría, se produce un enfrentamiento y una tensión constante de fuerzas políticas, las más representativas dentro de la sociedad, que da lugar a la supremacía temporal de una sobre las demás; siendo esta última la que los estudios simplicistas presentan como la única característica de los grupos gobernantes. Por todo ello hay que tener en cuenta, tanto dentro de la masa como en la clase política, la peculiar relación de fuerzas que puede ser cambiada en cualquier momento y que es la que determina la forma de gobierno en cada tipo de sociedad. Elite y masa son heterogéneos y este es el tema que hemos de estudiar a continuación.

Este planteamiento de la participación de numerosas fuerzas políticas en la vida social, y sobre todo política, tiene, sobre todo, dos importantes consecuencias en el pensamiento de Mosca: por un lado da lugar a que la relación entre la élite y la masa se plantee de un modo muy peculiar y en segundo lugar nos presenta a una élite política totalmente diferente a la que nos mostraba Pareto. Y son estos dos puntos los que prestan esencialmente un sello peculiar al elitismo de nuestro autor, colocándolo como uno de los clásicos más sobresalientes de la teoría de las élites en su versión de fines del siglo pasado. Fijémonos sobre todo

en como, a diferencia de los otros autores de la misma corriente, el propósito esencial y único de Mosca reside en el estudio de la vida política en la sociedad, se dejan, pues, de lado todos los demás aspectos sociales o psicológicos que pudieran intervenir en la investigación; es decir en Mosca unicamente encontramos una teoría de la política que, aunque es concebida de un modo muy omnicomprendivo, no puede ser realmente considerada como una teoría global de la sociedad como en el caso de Pareto. Desde un principio este autor se encuadra dentro de la ciencia política y nunca se saldrá de los límites que marca esta disciplina.

Pero, dejandonos de comentarios generales acerca de los problemas que rodean a esta temática, hemos de centrarnos de una vez por todas en el asunto que nos ocupa, y como hemos señalado dos aspectos dentro de este hemos de tratar de abordarlos separadamente. Por ello, para intentar ordenar un poco nuestra exposición tenemos que empezar, mejor dicho hemos escogido comenzar por el tema de la heterogeneidad dentro de la clase política y las repercusiones de esta idea en el pensamiento de Mosca. La clase política de nuestro pensador está formada por todos aquellos individuos que cumplen una función política dentro de la sociedad en la que se encuadran; es decir es el grupo de personas que mantiene alguna relación con la toma de decisiones a nivel político y también con su puesta en práctica. Pero lo que hemos de comprender es que el hecho de que la clase política forme esta unidad, el que pueda ser considerada como un conjunto desde el punto de vista de la ejecución de las tareas

políticas en una sociedad determinada no tiene nada que ver con la idea de que existen distintos grupos que pueden ser examinados dentro de ella e incluso diferentes niveles según si tomamos en cuenta el grado de aproximación que tiene cada individuo con los verdaderos centros de poder. Según estas dos clasificaciones podemos encontrar distintas divisiones dentro de este bloque. En primer lugar podemos decir que en la élite gobernante se encuentran, o al menos así debería de suceder en una situación ideal, todas aquellas personas que por las características que poseen representan, por decirlo así, a las fuerzas más importantes dentro de la sociedad. El centro de la cuestión reside en que estas fuerzas rara vez son únicas en una comunidad, sino que, por el contrario, existe casi siempre una amplia gama de ellas; por lo tanto esto significa que dentro de la clase política habrá no sólo un tipo de individuos, sino varios de ellos, según las fuerzas sociales más importantes que podamos encontrar en cada una de las sociedades consideradas. En realidad lo que nos está diciendo Mosca es que en una sociedad de tipo industrial, como puede ser la nuestra actual, en la minoría política hallaremos, aparte de los representantes de los sectores industriales básicos, otra serie de individuos que también cumplen funciones importantes, como pueden ser las comerciales, o incluso las intelectuales. Es por todo esto por lo que nunca podremos afirmar que el poder político está en manos de un grupo totalmente homogéneo y con una perfecta cohesión interna. Evidentemente si se parte de la idea de la existencia de diferentes grupos dentro de este núcleo, ello implica el surgimiento de toda una serie de problemas y de consecuencias que no podemos dejar de lado

bajo ningún pretexto. La sociedad para Mosca, igual que para todos los teóricos de la élite no es nunca un ente estático, aunque siempre se marque una tendencia hacia el equilibrio, sino que, en todo momento surgirá el tema del conflicto; pero en este autor la contradicción y el conflicto no quedan ya reducidos a las relaciones que se pueden establecer entre la élite y la masa, sino que se adentran incluso dentro de la misma minoría. Si se supone que hay una diversidad de fuerzas sociales, y por lo tanto de intereses dentro de esta, no se puede evitar el pensar en la posibilidad de que, en ocasiones, surjan factores que lleven a una gran inestabilidad.

Es así, pues, como el gema del equilibrio va a volver a aparecer en el tratamiento del problema de la élite; una vez más se nos va a mostrar el modo que, partiendo de una gran tensión que se establece entre las diferentes fuerzas de una sociedad, se puede llegar a un estado de equilibrio inestable, que es, al mismo tiempo, el único punto de llegada, y el estado más idóneo que se puede alcanzar, puesto que, como veíamos anteriormente, el punto que surge de la tensión de diferentes elementos es el único que puede garantizar el buen funcionamiento de la sociedad. Por lo tanto un detenido estudio de la naturaleza y las funciones de la clase política nos revelará una continua competencia por la supremacía absoluta entre las diferentes fuerzas, que pugnan por ver correctamente representando su verdadero peso específico en términos de influencia política. Es a causa de este mecanismo como, por un lado, se observará que, a fin de cuentas, es la fuerza social más característica de un momento

histórico la que llega a ocupar un puesto más destacado, las posiciones sociales claves en el terreno de la política, y como por otro lado surgen los desajustes de los que dábamos cuenta en el apartado anterior, para presentar el modo en que ocurriría el proceso de renovación dentro de la minoría. En realidad la situación perfecta es aquella en la que los individuos más representativos de las fuerzas sociales y con mayor peso social ocupan los puestos álgidos dentro de la clase política, pero estando sometidos en todo momento a un rígido control y a las limitaciones que les van a ir imponiendo el resto de los miembros de la minoría; en ningún momento se puede pensar en un dominio absoluto de una fracción sobre todo el resto. Los problemas comienzan a aparecer en el momento en que se da algún tipo de de desequilibrio en esta distribución, y esto puede ocurrir por dos causas diferentes. En primer lugar existe una tendencia evidente, que ya hemos comentado largamente, por la cual los diferentes miembros de una clase política se esfuerzan en convertir su dominio en hereditario, con lo cual se niegan a aceptar la inclusión de nuevos elementos en el momento en que por haber ocurrido una serie de transformaciones sociales, aparecen nuevas fuerzas que exigen ser representadas dentro del grupo hegemónico. Vimos antes que la negativa a realizar tal absorción da siempre lugar, al cabo del tiempo, a un derrocamiento de la antigua minoría y a su substitución por otra nueva que refleja mejor el estado social. Por lo tanto este primer caso es el que, en definitiva, marca el proceso normal de renovación de las élites; sin embargo también, para nuestro autor, pueden ir surgiendo otros conflictos, quizá con consecuencias menos drásticas, pero que ocupan asimis-

mo un lugar fundamental en el desarrollo social, este segundo caso se da cuando, por la misma tendencia que antes apuntábamos, la fracción dominante dentro de la clase política no quiere dejar su puesto a un nuevo grupo representativo de nuevas fuerzas sociales más predominantes. Es evidente que las tensiones que van a surgir a partir de este momento, afectando al normal desarrollo de la vida política de la sociedad, pero no recordamos que Mosca afirme en ningún momento a lo largo de sus escritos que dicha situación pueda llevar a la destrucción definitiva de la minoría gobernante; parece que siempre, al final, se logra establecer una situación de pleno equilibrio, y a partir de aquí vuelve a empezar de nuevo el juego de fuerzas.

Vamos viendo, pues, que la versión de Mosca es totalmente diferente que la que nos presentaba Pareto, y por lo tanto sus repercusiones y conclusiones son también muy distintas. La élite de Mosca no es un grupo colocado por encima de la sociedad que dirige por poseer unas cualidades psicológicas determinadas, sino que es la reunión de una serie de grupos que representan en todo momento la situación particular de su comunidad, variando, o debiendo de hacerlo, al tiempo que esta. Se introduce, de este modo, el concepto de representación, aunque no en el sentido exacto al que le atribuye la ciencia política de nuestros días, sino señalando una perpetua adecuación entre la situación social y la clase dirigente; es por ello, y a la vez a causa de esto, por lo que podemos afirmar que, sin lugar a dudas, el análisis de este autor es esencialmente histórico. Este mismo rasgo nos lleva a considerar el especial papel que atribuye al

cambio y al conflicto dentro de su análisis; es evidente que, en lo que se refiere al estudio de la ciencia política, el dinamismo es mucho mayor y el papel que cumple el cambio es más predominante que en el caso de Pareto; sin embargo, como es característico de los elitistas clásicos, esta perspectiva quedará reducida a la consideración del "aspecto interno" de la sociedad, es decir todo lo que tiene relación con la naturaleza de la clase política y sus puntos de contacto con los demás grupos sociales, abandonándose en gran parte cuando se empieza a tocar otro tipo de problemática como la evolución general de las sociedades, o el papel del cambio en la historia. En resumidas cuentas, Mosca acaba teniendo la misma tendencia a subrayar los elementos estáticos que ya señalábamos en Pareto, y todo ello quedará totalmente explicado cuando entremos a estudiar su concepción de la Historia.

Pero no acaban aquí las implicaciones que tiene la idea de que dentro de la clase política existen distintas fracciones que pueden llegar a una situación de mutua competencia o incluso de enfrentamiento; el planteamiento de la heterogeneidad dentro de la clase política tendrá también gran repercusión en el modo en que se concibe su relación con la masa. Decíamos antes que Mosca describía a la clase política como a aquel conjunto de individuos que llevaba a cabo las principales funciones políticas dentro de una sociedad, siendo aquellos individuos que representaban, de algún modo, las fuerzas sociales con una mayor fuerza dentro de la comunidad; y veíamos también como se planteaba, entonces, la posibilidad de la existencia de un conside-

rable heterogeneidad en este grupo surgiendo distintas fracciones que podrían entrar en colisión unas con otras. A partir de estas ideas Mosca inferirá que se pueden distinguir dos capas dentro de la clase dirigente que cumplen, cada una de ellas, una función muy importante, e igual de primordial la una como la otra; en primer lugar estaría la verdadera minoría, es decir aquel pequeño grupo de "jefes superiores" que se sitúan en las posiciones sociales claves y cumplen las tareas políticas de mayor relevancia. Pero, para nuestro autor, en realidad esta pequeña minoría no podría cumplir todas las tareas que se le encomiendan en una sociedad, es necesario, pues, que aparezca incluso dentro de la propia minoría un estrato inferior que cumpla dos cometidos básicos: en primer lugar resolver muchos de los problemas que se le plantean a la capa superior y que esta no tiene tiempo de resolver, y en segundo lugar, y esto es fundamental, facilitar una buena relación y comunicación entre la minoría y la masa. Hay momentos en los que el lector no puede distinguir claramente si en realidad esta amplia capa inferior en la que ha de apoyarse la pequeña minoría se encuentra realmente incluida dentro de la clase política, o por el contrario se trata de un estrato intermedio entre ambos grupos sociales; en ocasiones parece que nuestro autor se inclina por la segunda solución, pero creo que tienen más valor las ocasiones en las que se incluye a ambos grupos dentro de la clase política; como es por esta versión por la que se inclinan también los estudiosos de la obra del autor, va a ser la que adoptemos de aquí en adelante. Existen, pues, dos capas dentro de la clase política, una de las cuales está compuesta por "los más selectos personajes"

de la comunidad, aquellos que van a ocupar las posiciones más elevadas y a la vez de mayor responsabilidad, y por otro lado esa capa intermedia, pero en ningún caso secundaria, y a la que Mosca asigna la tarea de dirigir activamente la vida cotidiana.

Hasta aquí el lector puede no haber comprendido la gran importancia, el puesto fundamental que asigna nuestro autor al segundo estrato de la élite; a primera vista parece ser un grupo de apoyo de la pequeña minoría que cumple unas funciones muy subsidiarias, y que, aunque es necesario para el mantenimiento del dominio de la élite siempre ocupará lugares muy secundarios. Aunque en cierto modo todo esto es cierto también lo es que el gobierno de la minoría reposa totalmente sobre la existencia de esta capa y en su buen funcionamiento. Quizá sea mejor comenzar con las propias palabras de Mosca para apreciar totalmente el puesto que se le atribuye a este estrato.

"La stabilité d'un organisme politique quelconque dépend donc du niveau de moralité, d'intelligence et d'activité morale auquel atteint cette seconde couche." (41)

De este modo se postula la imposibilidad de concebir el dominio de una minoría sin tener en cuenta a esta amplia capa secundaria, en un principio, pero que en realidad constituye el gran punto de apoyo de la primera. El ejercicio del poder de la minoría se transforma, así, en algo radicalmente separado de las masas y sin apenas relación alguna con ellas, en el ejercicio de una función política basada y determinada en todo momento por la situación del resto de

la sociedad. Esto da lugar a que sea imposible pensar en un dominio separado y sin ningún tipo de condicionamiento por parte de la mayoría de la población; evidentemente el hecho de que se afirme que ha de existir una cierta relación no significa, de modo alguno, que se pueda alcanzar nunca un gobierno de la mayoría, en el sentido en que lo entienden los grandes teóricos de la democracia. Lo que si se nos dice, en cambio, es que esta gran masa desorganizada y totalmente incapaz de alcanzar el disfrute del poder si va a ejercer alguna influencia sobre los miembros de la minoría más selecta, que han de tener en cuenta las transformaciones ocurridas en la sociedad y las demandas de esta si quieren permanecer en el poder. Por ello tiene tanta importancia la aparición de una capa intermedia que relacione a ambos grupos sociales, y que establezca un nexo de unión entre las demandas de la mayoría y las actuaciones del estrato superior de la clase política. En cierto modo Mosca parece decirnos que los individuos que ocupan los puestos más elevados en la escala social necesitan que alguien se encargue de hacerles conocer la situación social; es como si fuera imprescindible insentar un mecanismo articulador entre dos partes que, sin este, nunca llegarían a tocarse. Es, pues, la posibilidad de establecer tales relaciones la que garantiza, en última instancia, la buena marcha de las funciones gubernamentales, y asegura, por lo tanto, el mantenimiento de la estabilidad social; si, entonces, vemos que es la capa inferior de la clase política, comprenderemos que razones llevan a nuestro autor a conferirle un puesto de tanta importancia dentro de su discurso.

Digamos, entonces, atreviéndonos a extraer algunas conclusiones de todo este análisis, que estamos exponiendo el hecho de que, con la introducción de la idea de la heterogeneidad dentro de la élite o minoría, el elitismo de Moscú queda totalmente transformado. Se podría llegar a afirmar que este autor, al tiempo que mantiene explícitamente todos los principios que caracterizan la visión más puramente liberal de la sociedad, introduce la convicción de la imposibilidad de una participación mayoritaria en las tareas políticas, pero sin abandonar en ningún momento las ideas del credo liberal. Es por ello por lo que la vida política en una sociedad se concibe como un sistema de equilibrio entre fuerzas opuestas y factores en un principio contradictorios que dan lugar a un estado en el cual todos los elementos se encuentran en una situación de mutua interdependencia, siendo cada uno de ellos tan importante e imprescindible como el de al lado; por lo tanto el investigador no puede despreciar ninguno de ellos en su análisis, puesto que corre el peligro de dejar incompleto su análisis. Por lo que respecta en concreto al estudio del fenómeno de la distribución del poder político en la sociedad, es, pues, inconcebible a primera vista basar el estudio sobre un único principio, como es el de la élite, sin tener en cuenta la concurrencia de otros elementos, que, aunque en un principio puedan parecer secundarios, cumplen funciones primordiales en la consecución del equilibrio social; es por esta causa por lo que la capa inferior de la clase política ocupa un lugar tan preponderante en su discurso, y veremos un poco más adelante como la masa también cumplirá un papel fundamental.

Unicamente a modo de "muestra" adelantamos una breve opinión de nuestro autor, sumamente representativa de lo que acabamos de decir:

"El estrato superior de la clase gobernante depende del inferior, ambos dependen, a su vez, de la gente común; si esta es vigorosa, la clase gobernante puede lograr maravillas; si se abusa de ella, finis imperii."

(42)

La teoría de las élites de Mosca juega, pues, con tres elementos: las dos capas de la clase política y la masa, para acabar por construir todo su sistema basandolo en las múltiples relaciones entre estos e en sus respectivos condicionamientos. Pero antes de pasar a estudiar el papel de la masa dentro del amplio esquema que ahora presentamos, nos interesa resaltar un aspecto que ha sido objeto de múltiples comentarios por parte de los estudiosos de la obra de Mosca: en repetidas ocasiones cuando este autor habla de la capa inferior de la clase política y apunta todas sus características y su importancia nos dice que, en realidad, se trata de una amplia clase media. Se ha querido ver en esta afirmación de nuestro autor una clara muestra de sus inclinaciones fascistas, o al menos que, de algún modo, sienta las bases para el surgimiento de una concepción de la sociedad de corte fascista. Es evidente, o mejor dicho esta ha sido una tesis mantenida por numerosos expertos, que el descontento de la clase media italiana fue uno de los factores principales sobre el que se basó el movimiento fascista para lograr todo su auge, llevando a cabo una labor de exaltación de dicho grupo social. Sin embargo no creo que el sentido que le confiere Mosca a su amplia capa social

de apoyo de la minoría sea en realidad el mismo que parecen conferirle los pensadores fascistas. A fin de cuentas Mosca va buscando un tipo de sociedad en la cual la distribución del poder adquiriera una forma perfecta lograndose, al mismo tiempo un buen gobierno de la clase política y una máxima garantía de los derechos individuales de los ciudadanos; de este modo una amplia clase media, es decir, un grupo situado en medio, entre los dos extremos opuestos, puede ser muy bien considerado como un factor de estabilidad, y sobre todo de moderación, dado que se convierte en un punto de equilibrio, en el que se pueden llegar a ajustar las excesivas pretensiones de ambos bandos. La clase media de Mosca no tiene, pues, el sentido regresivo que han pretendido atribuirle los estudiosos del fascismo, sino que emerge como el elemento central de la moderación que necesita una sociedad como la italiana en el tiempo en el que vivió nuestro autor. Somos plenamente conscientes de la imposibilidad, y a la vez de la arbitrariedad que supone el pretender separar radicalmente el discurso de un autor de su momento histórico, y esto se hará notar aún más desde el momento en que estamos dedicados al estudio de un autor eminentemente político, lo que nos obliga a tener siempre presente la consideración de los acontecimientos políticos que sacudieron a la Italia de fines del siglo XIX. En una situación de tal desorden político, y contando con que, evidentemente, Mosca es un pensador profundamente conservador, no nos puede extrañar que encontrase en la clase media el remedio más eficaz para contrarrestar tanto los vestigios aristocráticos que pugnaban por no desaparecer, como las nuevas pretensiones de determinadas capas sociales, en las que la idea del so-

cialismo había hecho mucha mella. Pero una cosa es admitir la tendencia conservadora de este autor, y otra muy diferente el situarle, por este hecho, dentro del grupo de los pensadores fascistas. A pesar de que lo que vayamos a decir pueda considerarse como una gran aberración, para nosotros es evidente que este autor está mucho más cerca de toda la tradición liberal decimonónica que del fascismo italiano de las primeras décadas de nuestro siglo.

Decíamos también con anterioridad que existían dos puntos de interés a estudiar, por un lado estaba el tema de la introducción del elemento de la heterogeneidad dentro de la élite que daba lugar a todo el complejo discurso que venimos analizando acerca de la existencia de diferentes fuerzas sociales dentro de la minoría, y de las dos capas dentro de esta; y en segundo lugar esta idea dentro de la heterogeneidad de esta capa va a plantear el tema de la relación entre la clase política y la masa en unos términos sumamente interesantes que hemos de tratar de estudiar aquí. Hemos de recordar el modo en que la construcción teórica de Mosca iba planteando, poco a poco, un sistema complejo en el cual los diferentes elementos se encontraban en una situación de mútua interdependencia cumpliendo cada uno de ellos un papel esencial para la sociedad, todo esfuerzo de simplificación o de exclusión de uno de ellos del estudio daría lugar a un error que llevaría a la falta de comprensión del tema investigado. Pues bien, esta formulación junto con la idea de la interdependencia de la clase política con respecto al resto de la sociedad, y sobre todo a los cambios que en esta van ocurriendo nos empuja directamente a la con-

cción de una íntima relación entre la plebe y la minoría que afecta muy directamente al dominio de esta última. Existen basicamente dos formas por las que se puede apreciar la influencia de la masa sobre la élite, o mejor dicho la interdependencia de estas, en primer lugar Mosca plantea claramente el hecho de que el dominio de la clase política se apoya siempre, de una u otra forma, sobre la élite. En Pareto también se plantea a el problema de la relación entre ambos grupos sociales, y veíamos como, si bien al final del razonamiento se llegaba a aceptar una cierta dependencia mutua, el dominio de la élite aparecía siempre como algo muy desligado de la masa, únicamente tenía que ser tomada en cuenta para tratar de garantizar una mayor estabilidad en el dominio de la élite, pero sobre todo para evitar su decadencia. Aunque realmente, en última instancia, podría llegar a decirse que los discursos de ambos autores coinciden, es evidente que Mosca plantea desde el primer momento mucho más claramente la importancia de la masa como sostén del ejercicio de poder de la minoría. En definitiva es la propia mayoría la que asegura el apoyo que necesita la clase política para llevar a buen término las funciones que se le han encomendado, evitando, de este modo, la aparición y el desarrollo de nuevas fracciones que puedan poner en peligro toda su dominación. La masa se convierte, así, al mismo tiempo, en el instrumento que puede asegurar en último término la permanencia de un tipo de dominio, y en el elemento decisivo que proporciona la victoria a las revoluciones, es decir a los grandes cambios en la dirección política de una comunidad humana. Todo esto nos da idea de la relevan-

cia de este factor dentro del pensamiento de Mosca, y nos muestra sobre todo la necesaria dedicación que ha de tener toda minoría para asegurarse de que cuenta con el apoyo de esta importante capa de la población; veremos más adelante que la forma más segura de lograr este último propósito se consigue mediante la utilización del mito o de la "fórmula política", como la denomina nuestro autor.

"Dappertutto poi dove una frazione della classe politica, o perché convertita ad una nuova formula politica, o per altre ragioni, aspirera a rovesciare il governo legale, usa sempre di appoggiarsi sulle classi inferiori, che facilmente la seguono quando sono nemiche od indifferenti verso l'ordine di cose costituito. E per questa alleanza, così spesso conclusa, che noi vediamo la plebe strumento necessario di quasi tutte le sommosse e rivoluzioni e così spesso stare a capo dei movimenti popolari, nomini di una condizione sociale superiore." (43)

A pesar de su capacidad para la organización, y por lo tanto aún sabiendo que es imposible que la masa en tanto que tal llegue a formar un amplio movimiento para la consecución de determinados objetivos, no se desdeña el papel que cumple en los grandes movimientos sociales y sobre todo la necesidad de contar con ella en cuanto a querer mantener un determinado estado de cosas se refiere. El tema, además, va cobrando una mayor importancia desde el momento en que reconocemos que las sociedades europeas están entrando en la era de las masas, entonces se hace más necesario que nunca tener siempre presente su existencia, sus demandas y mantener un gobierno que propicie un algo grado de satis-

facción para todo el pueblo. Con estas premisas parece que el despotismo o la dictadura más absoluta quedan borrados de la mente de nuestro autor, tanto como formas de gobierno deseables como gobiernos duraderos, puesto que la fuerza de la masa descontenta, unida a la dirección de una nueva fracción organizada, que surge dentro de ella, acaba antes o después con esta forma de dominación. Mosca construye, poco a poco, y lo estamos viendo con mucho detenimiento, una teoría del gobierno, que, aunque elitista, nos va cerrando las puertas paulatinamente hasta encaminarnos hacia una única salida posible, un gobierno de la minoría que responde a un modelo liberal muy clásico: la garantía de los derechos y libertades individuales que nos garantice el apoyo popular al gobierno.

El gran peligro que amenaza a la estructura política de las sociedades es el aislamiento recíproco de la masa y de la clase política, es, pues, la principal función de la capa inferior de esta última la de garantizar que se produzca una comunicación continua entre ambas partes, Cuando esta se bloquea por alguna razón se pueden producir dos tipos de consecuencias: la aparición de una fracción minoritaria en la masa desorganizada que puede, al cabo del tiempo, acabar con el dominio de la clase política; y paralelamente se puede producir una degeneración en esta minoría que haga más sencilla su pérdida del poder. Es sumamente interesante ver como tanto Pareto como Mosca insisten repetidas veces en la necesidad de mantener unos canales de comunicación perpetuamente abiertos, para conseguir el buen

funcionamiento de la sociedad. Era lo que antes llamabamos la "circulación de las élites" en Pareto, y todo lo que venimos diciendo ahora acerca de la capa inferior de la clase política en Mosca y de la relación entre ambos grupos de la sociedad. De este modo, al menos en Mosca, el gobierno de la élite no va a ser, en ningún caso, el dominio de un grupo despótico y aislado de la sociedad, sino un juego de equilibrio de fuerzas entre los diferentes elementos de un sistema, en el que todos los factores han de ser tenidos en cuenta. Por ello Meisel está en lo cierto cuando nos dice:

"La verdadera clase política de G. Mosca es la que nunca gobierna en la práctica, pero lo hará, a su tiempo y en forma indirecta. (...) Una vez más la doctrina de la clase gobernante se convierte en mito." (44)

V.2.4. La fórmula política.

Vamos viendo, pues, poco a poco como se va planteando el tema del dominio de la clase política en nuestro autor, pero aunque parezca que hemos tocado los puntos más característicos de su doctrina no hemos de olvidar que ahora entramos en uno de los fundamentales, y que para muchos autores consituye la aportación más original y a la vez la de mayor alcance de G. Mosca: la teoría de la fórmula política. No sé si hemos señalado ya, pero si no este es un momento idóneo para hacerlo, el importante papel que juega en la teoría clásica de las élites lo que podríamos llamar el factor ideológico en la consideración de aquellos elementos

que juegan un papel preponderante en la determinación de los fenómenos sociales, Tanto es así que algunos estudiosos han querido ver en este hecho una nueva forma de oposición al marxismo, o al menos a todas aquellas corrientes de pensamiento que ponderaban el factor económico frente al resto de los factores sociales. Sin embargo, aunque es indudable que en toda esta línea de pensamiento existe una crítica latente a un supuesto determinismo economicista que se identifica con las ideas relacionadas con el socialismo, no debemos de olvidar jamás que también existe un claro empeño por parte de estos autores para marcar el multideterminismo de los fenómenos sociales. Pero ello no es óbice para que el factor ideológico ocupe un puesto central en su pensamiento, y sobre todo para que sus discursos sobre este tema sean realmente dignos de ser tomados en cuenta, tanto en el tema de las derivaciones de Pareto como en el de la fórmula política de Mosca. Para que el lector tome conciencia del interés que entraña este asunto nos bastará con decir que se ha llegado a afirmar que la gran aportación de la teoría clásica de la élite reside en la construcción de una verdadera teoría de la ideología opuesta, pero a la vez con conexiones con la que formuló Marx; tal es la tesis que expone un importante autor como N. Bobbio, y sobre la que habremos de volver con posterioridad.

Cuando estudiamos el pensamiento de Pareto acerca de la distribución del poder político hallamos que un principio ajeno al propio dominio de la élite jugaba un papel fundamental en su discurso, era la tendencia que él había expuesto al hablar de los diferentes tipos de accio-

nes que tienen todos los individuos a conferir un aspecto de logicidad a sus propios actos, aunque estas carecieran por completo de tal atributo; esta idea será la que dará origen a una parte muy importante de todo el pensamiento paretiano, la teoría de las derivaciones. De este modo decíamos que el objeto de estudio del investigador se multiplicaba por dos: en primer lugar tenía que estudiar los fenómenos de distribución del poder y de su cambio en las diferentes sociedades, y en segundo lugar tampoco se podía olvidar que las fórmulas míticas o ideológicas son las que los hombres recubren y justifican estos hechos tenían también un gran papel a jugar en la determinación del equilibrio social. Algo parecido ocurrirá en la obra de Mosca, y es este segundo aspecto el que queremos constatar en este apartado, para este autor también es necesario diferenciar el dominio real de una clase política y la forma en que este fenómeno se presenta ante los ojos de la mayoría. Lo realmente interesante, y lo que ha suscitado el enorme interés de los estudiosos por este tema, es que tanto en Pareto como en Mosca parece que, en última instancia, lo que habrá de ocupar un puesto preponderante es este último factor; una vez más el elemento ideológico o mítico adquiere una mayor significación social que los mismos hechos de la realidad social estudiados bajo una perspectiva totalmente científica, y por lo tanto pretendidamente objetiva.

Para comprender completamente el sentido del concepto de la fórmula política en Mosca hemos de volver brevemente nuestra vista hacia aspectos que ya hemos tratado anteriormente. Decíamos hace tan solo unas pocas páginas

que uno de los aspectos más significativos del discurso de nuestro autor era la introducción del elemento de la heterogeneidad dentro de la clase política, y en consecuencia la peculiar relación que se establecía entre la minoría gobernante y la mayoría desorganizada. En definitiva, y sin entrar en detalles para evitar caer en repeticiones superfluas, veíamos como el dominio de la élite dependía en todo momento de la actitud de la masa con respecto a su dominio, una situación de descontento prolongado llevaría inevitablemente a la formación de una fracción organizada dentro de la masa, y por lo tanto acabaría, tarde o temprano, con la hegemonía de la vieja clase política. Si este tema se plantea de este modo, y se admite paralelamente que las demandas de la mayoría pueden tener una gran influencia en las formas de dominio de la minoría, es evidente que el autor no puede dejar de tratar el tema de como se plantean los instrumentos por medio de los cuales la élite puede conseguir una actitud favorable a su gobierno por parte de la mayoría de la población. En principio se pueden distinguir dos tipos de instrumentos diferentes para lograr este objetivo: por un lado es evidente que la minoría ha de tener en cuenta los deseos y necesidades de gran parte de los miembros de la sociedad, y ha de responder de algún modo a estas demandas asegurando y concediendo una parte de estas. Es decir, se trata del elemento material con el que se asegura el dominio y que implica que una clase política no puede gobernar únicamente en su propio beneficio, sino que ha de tener en cuenta en cierta medida las necesidades del resto de la comunidad. Pero para Moscú esto no es suficiente sino que ha de haber algún elemento más que asegure la adhe-

hesión popular al gobierno de la élite, y aquí es donde interviene el factor ideológico, la llamada fórmula política, es decir la justificación de una cierta forma de distribución del poder político en base a una concepción global del mundo.

Nuestro autor dedica numerosas páginas y un gran esfuerzo al tratamiento del tema, hemos de resaltar que no sólo agota su razonamiento en las dos ediciones de los "Elementi", sino que continúa profundizándolo en otros escritos. Es muy significativo el modo en que introduce su "Historia de las Doctrinas Políticas" con una frase que nos sirve a nosotros perfectamente para empezar a tratar de desvelar todo el sentido de estas ideas.

"Ahora bien, especialmente cuando un pueblo ha alcanzado un nivel intelectual relativamente elevado, ocurre casi siempre que las fuerzas materiales se esfuerzan por justificar su acción merced al auxilio de algunas, al menos, de las fuerzas intelectuales y morales, mientras que, a su vez, estas procurarán casi siempre conquistar el poder para realizar en la práctica aquel tipo de organización política que se proponen alcanzar." (45)

En estas breves líneas está prácticamente condensada toda la concepción de Mosca de la fórmula política, no se puede concebir el dominio de una clase política sin la aparición de un elemento discursivo legitimador que suele aparecer bajo la forma de una cosmogonía que introduce dicho dominio como factor inmutable y a la vez beneficioso

para esta sociedad. El poder político suele aparecer, así, como consecuencia necesaria de las doctrinas aceptadas en la sociedad, en la que ejerce su dominio. Se produce, pues, una adecuación entre instituciones políticas e ideas dominantes en cada comunidad que se refuerzan a sí mismas, siendo inconcebible la aparición de un elemento sin la del otro. Dicha relación, básica para el mantenimiento de toda organización social es la que permite a Mosca plantearse una particular visión de la Historia de las doctrinas políticas en la que auna el estudio de la organización política en una sociedad determinada con las doctrinas que se han formulado en aquella época y en aquel pueblo. Organización política e ideología, en el sentido marxista del término, son elementos indisociables que todo investigador ha de tener en cuenta conjuntamente a la hora de plantearse el conocimiento de los aspectos políticos de una comunidad humana en particular. Antes de continuar con nuestra exposición hemos de tener muy presente un problema que ha dado lugar a bastantes errores de interpretación del pensamiento de Mosca, no hay que pretender aunar racionalidad con fórmula política ya que, por lo general, ambos términos no tienen nada que ver, la fórmula política no es, en ningún momento, una explicación lógica y racional de la realidad, sino que, por el contrario, es más bien un relato mítico que da una visión de esta realidad adaptada a los intereses de la clase política. Por lo tanto la noción de verdad científica no tiene nada que ver con la de fórmula política, al igual que tampoco podíamos introducirla cuando hablabamos de las derivaciones de Pareto. Son dos aspectos diferentes bajo los que podemos considerar la realidad social, pero ambos son igual-

mente importantes para el estudio, lograndose así un conocimiento lo más completo posible del objeto de investigación.

Cuando una clase política determinada accede al gobierno en una sociedad tiende a justificar siempre su poder de hecho apoyandolo en un principio moral de orden general, esto da lugar a que inevitablemente se produzca una división entre el poder de hecho y el de derecho en todas las comunidades humanas llegando incluso a darse el caso en que los poseedores del poder de derecho no sean los mismos individuos que los que lo poseen de hecho. Pero lo que aquí nos interesa es la idea de que este relato, esta fórmula es un elemento esencial que permite mantener el gobierno de la minoría, desde el momento en que se parte de la existencia de un sentimiento general, de una necesidad de la naturaleza humana que surge en todo tiempo y lugar: la necesidad de gobernar y sentirse gobernado en base a un principio moral.

Es pues, sobre esta característica de la naturaleza humana como va a aparecer siempre esta necesidad de legitimar, de dar un sentido al dominio de una minoría sobre una mayoría, es, pues, algo parecido a las derivaciones de Pareto, pero siempre referido a la esfera política. De todos modos Mosca plantea que es necesaria la existencia de dos condiciones para la aparición de la fórmula política: en primer lugar siempre hay que contar con que la sociedad en cuestión sea algo numerosa y no se reduzca unicamente a un pequeño grupo de individuos; además siempre surgirá este

fenómeno en sociedades con un cierto grado de cultura, lo cual es un requisito previo para que pueda construirse una visión cosmológica que pueda alcanzar a amplias capas de la población. Encontraremos fórmulas políticas, pues, en lo que los sociólogos definen como sociedades, a diferencia de las pequeñas comunidades o los grupos humanos muy atrasados. Demos cuenta de que la fórmula política se plantea en Mosca como un elemento de cohesión y uniformidad política y social que asegura la existencia de una homogeneidad social, de una unidad básica de fines y objetivos, que es la verdadera base de la existencia de una sociedad cualquiera. De nuevo aparece la obsesión, porque realmente es algo más que una opinión o una idea, en los teóricos de las élites por lograr aprehender y exponer los factores que pueden llegar a hacer que el hombre pueda mantener una sociedad en equilibrio, en la que el conflicto social y la desviación se vean reducidos a su mínima expresión. Cuando en el apartado anterior hablabamos de que Mosca, en su concepción de la distribución del poder político en una sociedad, introducía profundos elementos de cambio y hasta de conflicto, decíamos que, en definitiva, este rasgo era el que daba lugar a que su análisis se destacase entre los del resto de los clásicos del elitismo; pero, aún sin dejar de tener en cuenta este hecho, tampoco podemos dejar de apreciar que nuestro autor necesita recurrir a un factor supremo de unificación que supere, al fin y al cabo, todas las tendencias centrífugas de las sociedades humanas. Este elemento lo va a encontrar nuestro autor en lo que, en terminología marxista, se podría denominar la superestructura ideológica, mientras que las fuerzas económicas, sociales e incluso políticas

pueden llegar a la desintegración de una sociedad, el elemento clave que permite que un grupo social se dote de un poder político unificado y logre alcanzar metas comunes, viene dado siempre por una visión del mundo creada por la minoría en el gobierno, y que, al ser aceptada por la mayoría, proporciona una base de uniformidad que asegura el funcionamiento de la sociedad.

La fórmula política es, pues, el elemento unificador, necesario para la existencia de un pueblo y de su organización política, y va a responder, en última instancia, a latencia natural a la unidad de las comunidades políticas, por encima de las fuerzas centrífugas que tienden a desintegrarla. Como nos dice Mosca:

"Questa base giuridica e morale, sulla quale in ogni società poggia il potere della classe politica, e quella che in altro lavoro abbiamo chiamato, e che d'ora in poi chiameremo, formula politica, e che i filosofi del diritto appellano generalmente principio di sovranità." (46)

De nuevo encontramos en esta cita de nuestro autor la idea, claramente expuesta, de una unión entre el estudio de la organización política de una sociedad y todos los elementos ideológicos que en esta aparecen, como decíamos antes teoría política e historia de las doctrinas políticas se unen en su pensamiento, sin que en ningún momento deje de esforzarse por introducir la disciplina del conocimiento histórico dentro de la ciencia que estudia los hechos políticos. Pero ya hemos hablado de este punto y ahora nos interesa resaltar otros aspectos del tema. Con la enunciación de la teoría de la fórmula política Mosca no

sólo pone de manifiesto la importancia del factor ideológico dentro del campo político y social, sino que también muestra como en este ámbito van a incidir elementos no racionales, o mejor dicho que en principio parecen ajenos a la decisión puramente política; tales factores son predominantemente los religiosos y los filosóficos. Es evidente que una clase política no se "saca de la manga" una fórmula política, sino que suele apoyarse en las creencias filosóficas o religiosas más difundidas en la época y que, por lo tanto, tienen mayores probabilidades de ser aceptadas por el grueso de los individuos. Es por ello por lo que Mosca insiste frecientemente en que la unidad social se logra mucho mejor en aquellas sociedades que cuentan con creencias de este tipo ampliamente aceptadas por la sociedad, y en las que no es necesario recurrir a nuevas construcciones teóricas que encontrarán una mayor resistencia a ser asimiladas. Política, religión y filosofía son, pues, inseparables a un cierto nivel, y aún más la primera necesita de las dos últimas para poder cumplir eficazmente sus funciones y lograr sus fines en una comunidad.

Las fórmulas políticas se apoyan, como hemos visto, en razonamientos de tipo religioso o filosófico, pero evidentemente no puede tratarse de cualquier tipo de razonamiento sino que siempre toda fórmula política ha de adelantarse en cierto modo a la situación social en la que se formula; Mosca tiene buen cuidado en resaltar siempre que toda fórmula política ha de adoptarse en un momento histórico dado. Demos cuenta de la importancia que encierra este tema ya que una legitimación poco adaptada a una

una sociedad en un momento histórico determinado, acarrea inevitablemente, antes o después, una caída de la clase política, dado que se llega a producir un rechazo en la masa; es necesario, pues, que no llegue a existir ninguna desadecuación entre fórmula política y situación histórica. Habíamos visto que la decadencia de una clase gobernante comenzaba, por lo general, en el momento en que nuevas fuerzas sociales tomaban puestos predominantes en la sociedad, y no eran representadas dentro de la clase política; pues bien, la manifestación más evidente de esta falta de adecuación no es sino el rechazo de la fórmula política por parte de la mayoría de la población.

El problema reside, como siempre, en el hecho de que la propia modificación de la fórmula política, llevada a cabo por la misma clase política es un fenómeno difícilmente realizable, por la tendencia antes señalada de la minoría a perpetuarse en el poder de un modo hereditario. La segunda característica que da lugar a una mayor efectividad en la fórmula política es su capacidad para satisfacer a un mayor número de pasiones, de sentimientos y de inclinaciones humanas, especialmente aquellas que están más difundidas y más enraizadas en la masa. Aparece aquí, pues, la misma idea que en Pareto, que la fuerza de una élite reside, ante todo, en su capacidad de manipular los sentimientos y las inclinaciones humanas, únicas cuerdas que pueden motivar a los individuos a la acción; el recurso al razonamiento es totalmente inútil, puesto que los hombres no se mueven nunca por motivaciones lógicas-racionales, sino por

pasiones e impulsos no racionales. Como ya hemos señalado en otras ocasiones estas ideas llevarán directamente a resaltar el papel de la manipulación dentro de la política, convicción que estuvo muy extendida durante las primeras décadas de nuestro siglo, sobre todo en los países más totalitarios. En tercero y último lugar Mosca nos dice que sigue siendo imprescindible una buenísima organización de la minoría para mantener y difundir al mismo tiempo el espíritu del discurso que sigue siendo el fundamento de su doctrina. Una de las principales labores de la clase política va a ser, usando una terminología muy contemporánea, la elaboración de un aparato de propaganda para poder potenciar y mantener viva una actitud favorable a su dominio. Evidentemente Mosca no plantea tan claramente las implicaciones de su pensamiento, pero sí está claro de donde surgen algunas de las tendencias de la política contemporánea. De hecho el consenso de la mayoría de la población acerca de un régimen político cualquiera depende principalmente del carácter de su fórmula política, y dentro de esto sobre todo de la disensión y del ardor con el cual la clase gobernante mantiene la fórmula política que la justifica en su poder. Una afirmación como esta no puede negar de ningún modo la importancia de los instrumentos de difusión de las bases ideológicas dentro de las sociedades.

Para ir terminando podemos decir que la fórmula política no es sino la racionalización y la justificación de la dominación y la estructura social que dirige la clase dominante, por lo cual la integridad de la fórmula política es esencial para la supervivencia de una so-

ciudad y de una estructura social dada. Toda variación en la estructura de la sociedad que de lugar a la aparición de nuevas fuerzas sociales, y no esté acompañada por una nueva reformulación del discurso justificatorio del dominio de una minoría cualquiera, dará origen a un descontento generalizado que empujará, tarde o temprano, al derrocamiento de la antigua minoría y a la hegemonía de una nueva. Las fórmulas políticas, además, a lo largo de la historia pueden ser variaciones del mismo tema ya que comparten mitos más amplios muy difundidos en varias sociedades. Por ello no nos puede extrañar que se repita una y otra vez el mismo argumento con diferentes significados dado que ciertas ideas básicas han ido repitiéndose a lo largo de la Historia para justificar diferentes formas de gobierno. A lo largo de la Historia pueden distinguirse, pues, dos tipos de fórmulas políticas basadas en dos tipos de principios diferentes: a) en creencias sobrenaturales, y b) en un principio de racionalidad, al menos aparente.

V.2.5. La defensa jurídica.

Hasta aquí hemos venido viendo todo el discurso de Mosca acerca del dominio de la clase política, es decir sobre la distribución del poder político en la sociedad; pero, en realidad, lo hemos hecho de un modo aséptico, sin tener en cuenta en ningún momento las inclinaciones y las tendencias del autor. Por una parte es evidente que esta actitud nuestra tiene la ventaja de poder llegar a analizar

en toda su extensión y profundidad el pensamiento de un teórico de la talla de Mosca, tratando de sopesar su posterior influencia en la evolución del pensamiento político y sociológico, y no dejándonos engañar por otros aspectos marginales; pero también es evidente que el notomar en consideración los impulsos internos que mueven a un autor a escribir sus obras, proporcionándoles un sentido y una dirección muy particulares, "mutila" un poco su discurso y no le confiere su plena significación. Por ello hemos creído necesario entrar en una parte del discurso de este autor que va a otorgarle su sentido y que, a fin de cuentas, nos mostrará lo que es verdaderamente su pensamiento, al tiempo que deshace numerosos entuertos e imprecisiones que se han ido forjando alrededor de esta figura. A lo largo de todo nuestro trabajo hemos venido exponiendo la idea, muchas veces refutada por estudiosos del tema, de que en una vertiente muy importante la teoría clásica de las élites podía ser considerada como un desarrollo muy particular del pensamiento liberal, que, en las últimas décadas del siglo pasado, se encontraba en una situación de grave crisis, ante la cual la única disyuntiva que se les planteaba a los miembros de esta corriente era la de la renovación o la muerte. Por numerosos rasgos que venimos destacando poco a poco a lo largo de nuestro estudio no creemos que sea demasiado descabellado el pretender ver en esta línea de pensamiento un particular desarrollo de los principios liberales ante una situación social que parecía contradecir todas las pretensiones liberales. Cuando estudiamos el discurso paretiano tratamos de marcar los elementos que podían llegar a probar dicha aserción, pero en el caso de Mosca el tema se he-

ce, a la vez, más complejo pero más interesante; cuando expusimos la trayectoria intelectual de este autor hicimos un particular hincapié en sus orígenes muy ligados al liberalismo y en su radical oposición al fascismo italiano en los últimos años de su vida, al mismo tiempo que pasaba a defender con ardor las bases de un tipo de sistema político que había florecido en Europa durante la anterior centuria. Pero no se trata únicamente, aunque este punto también tenga su importancia, de fijarnos en las valientes actitudes adoptadas por el profesor a lo largo de su vida, sino que esta inclinación es también muy explícita en todos sus escritos; en particular tras haber expuesto todo el complejo funcionamiento del sistema elitista o de la clase política el autor introduce una parte importantísima, la denominada teoría de la "defensa jurídica", que acaba por completar y culminar la compleja conexión del elitismo de Mosca con el pensamiento liberal. Este es el tema que queremos tratar en las siguientes páginas.

Tras habernos presentado su peculiar punto de vista sobre la estructura y la transformación de la clase política, su relación con la mayoría desorganizada y sus fórmulas legitimadoras o discursos que justifican el ejercicio del poder de esta haciéndolo aceptable para el mayor número, Mosca pasa a plantearnos lo que podríamos llamar, con cierta inexactitud, el aspecto "moral" de su discurso. Cuidémonos mucho de esta denominación que quizá no debíamos de haber introducido en este momento, puesto que no hay que pensar que Mosca vaya a caer en una exposición de los temas políticos teñidos con el viejo moralismo que tanto se re-

prochaba los clásicos de la historia de las doctrinas políticas; no es esto lo que hace nuestro autor, pero al igual que cuando estudiaba las fórmulas de legitimación del poder político nos advertía acerca de la importancia de los elementos religiosos e ideológicos en cada sociedad, ahora hace lo mismo con el tema moral. Una cosa es que el investigador que pretenda construir una verdadera ciencia de la política sepa que las consideraciones morales no han de entrar en su estudio, y otra muy diferente que no reconozca el importante papel de elementos como los morales en la vida política y social. Por lo tanto no se sale para nada del objeto de su estudio, el de un verdadero científico de la política, la reflexión acerca del puesto de la moral, y ante todo la consideración de cual será el tipo de organización política más beneficiosa para una comunidad que logre una mayor libertad de los individuos y una máxima eficacia en el funcionamiento de las instituciones políticas. Estos van a ser los principales temas que toca nuestro autor al referirse al problema de la defensa jurídica. Lo que a nosotros nos interesa más es apreciar la forma en la cual este ideal de sociedad, que no utopía, que el autor nos presenta va a coincidir en muchos aspectos con los valores que defendió el liberalismo durante todo el siglo XIX; estamos, pues, atentos a este hecho.

En la primera edición de los "Elementi di Scienza Politica", Mosca comienza por definir lo que él entiende por "senso morale" (sentido moral), un sentimiento, mejor dicho una serie de sentimientos comunes a todos los hombres y que harán que en la vida política se inmiscuyan elementos

que, en principio, según una consideración puramente lógico-racional quedarían al margen de esta. Se trata, pues, de contrarrestar los sentimientos que impulsan a todos los hombres a explicar sus actos y facultades, a satisfacer sus apetitos y los deseos de su voluntad y a mandar, a gozar, con las limitaciones que les impone su propia naturaleza, que les empuja a compadecerse por el daño ajeno y por el desplacer que puedan causar a sus semejantes. En definitiva es el freno del propio placer por medio del sacrificio por los demás. De este modo Mosca se aparta de determinadas corrientes utilitaristas que habían tenido un gran eco entre determinados sectores liberales, y que predicaban que lo único que impulsaba al hombre a la acción era la búsqueda del placer y la evitación del dolor; al igual que Pareto cuando resaltaba la enorme importancia del residuo de la sociabilidad, nuestro autor parece estar plenamente convencido de que este sentimiento de bondad mutua es un pilar fundamental para la conservación de la vida en sociedad. Esto dará lugar a que las consideraciones de tipo moral adquieran una gran importancia en el momento en que cualquier investigador pretenda evaluar los diferentes factores que toman parte en la determinación de la vida política y social. Existe, pues, un sentido común de justicia y de simpatía que condiciona todos los actos de las personas dentro de la sociedad.

A partir de aquí Mosca se interesa profundamente por el tema de la consideración del sentimiento moral, sobre todo en lo que se refiere a su relación con la evolución de las sociedades; para él este fenómeno puede ser considerado desde dos puntos de vista radicalmente diferentes, por

un lado puede pensarse que el progreso social es sólo intelectual y científico pero no moral, pero también hay pensadores que afirman que este sentido moral puede y debe progresar en base a la lucha por la existencia. Por lo que respecta a esta segunda opinión, Mosca va a dedicarle algunas críticas que están muy relacionadas con su rechazo a las teorías evolucionistas y en particular al darwinismo. En el caso en que se pueda admitir un supuesto proceso de selección entre los hombres, nos dirá, es evidente que el elemento moral no podría ser nunca considerado como un factor que favorece al individuo en este proceso. Las cualidades que se suponen necesarias para sobrevivir en esta selección serán la tenacidad en el propósito, la confianza en sí mismo y sobre todo la actividad, pero en ningún caso factores de orden moral. Por todo ello no se puede aunar bajo ningún concepto las cualidades morales de una sociedad con los elementos que pueden hacerla avanzar por la senda del progreso, vista esta bajo el prisma de una visión evolucionista de lucha por la existencia. De este modo nuestro pensador cree rechazar las ideas relacionadas con esta corriente de pensamiento, en el aspecto de la relación entre el progreso material y el moral en una comunidad humana cualquiera. Más cercano a la primera idea que ha planteado, Mosca comienza su exposición acerca de la defensa jurídica diciéndonos que parece haber existido una larguísima elaboración del sentido moral a lo largo de la historia, encontrándose un gran aumento en la disciplina moral en las consideradas como sociedades civilizadas.

Con estas críticas y puntualizaciones Mosca entra de lleno en el tema de la garantía jurídica que ha planteado ya en capítulos anteriores como el objetivo hacia el que deben de tender todas las formas de dominio; la sociedad más perfecta es aquella que logra alcanzar un máximo de garantía jurídica en la realidad. Esta garantía jurídica no es más que aquel conjunto de mecanismos que regulan el control disciplinario del sentido moral en una sociedad, y el grado de perfección está determinado por la organización que establece el carácter de las relaciones entre la clase gobernante y los gobiernos, y entre los diferentes niveles y sectores de la clase gobernante.

"I meccanismi sociali che regolano questa disciplina del senso morale formano ciò che noi chiamiamo la difesa giuridica. (...) E può darsi anche che la difesa giuridica si vada inflaciando e diversi meno efficace in società le quali sono in un periodo di progresso scientifico ed economico." (47)

Es muy curioso observar como Mosca afirma que la defensa jurídica, es decir la garantía de la permanencia de ese sentido moral que tiende a establecer la simpatía y la justicia como frenos a las tendencias de los hombres se hace menor en sociedades en pleno progreso científico y económico. Parece que se vuelve a la idea de la existencia de dos etapas en la evolución de las sociedades, un momento de avance y de progreso en el que se dan las grandes transformaciones de las sociedades, y un posterior estado de equilibrio en el cual se compensan las diferencias sociales; ambos momentos son igualmente necesarios y marcan la Historia de las sociedades, que, de este modo, parece seguir una mar-

cha ondulatoria. Es, pues, en una época de reposo cuando la defensa jurídica puede alcanzar sus cotas más altas; tengamos esta idea muy presente ya que si por una parte se mantiene que las sociedades siguen un movimiento cíclico en su marcha a través del tiempo, y al mismo tiempo se sigue postulando que en uno de los momentos de dicha evolución la defensa jurídica, la garantía del sentido moral descende, es evidente que, necesariamente encontraremos también un movimiento cíclico en la tan mentada defensa jurídica.

Pero dejaremos por el momento a un lado estas disquisiciones, y nos vamos a centrar en lo que Mosca entiende en realidad cuando habla de la "defensa jurídica", tema que no hemos tocado todavía en este apartado y sin el cual no podemos seguir más adelante. En toda sociedad, por las propias necesidades de la naturaleza humana, se ha tratado de mantener un grado mínimo de defensa jurídica, pero siempre en dos niveles diferentes: por un lado encontramos el elemento religioso y por otro la organización legislativa; en realidad son ambas emanaciones de este sentido moral colectivo, teniendo, según los casos, diferente grado de eficacia e imponiendo diversos tipos de sanciones. Por lo general en las sociedades antiguas ambos niveles aparecen muy unidos, mientras que dentro de nuestra civilización contemporánea sus diferencias se hacen mucho más grandes. Aparece, pues, la idea en nuestro autor de que la regulación de este sentido moral implica la creación de aparatos que posean, entre sus funciones esenciales la de impartir sanciones, y también recompensas, a las acciones de los individuos; la coacción emerge, de nuevo, como elemento esencial para

el mantenimiento de una organización política. Porque, no nos engañemos, la defensa jurídica tiene una gran relación con la organización política de una sociedad; Mosca no nos está hablando únicamente de que un determinado elemento tenga una mayor o menos importancia en la sociedad, sino que está tratando de analizar uno de los principales factores de la organización política en las civilizaciones humanas. Nuestro autor ya ha realizado una profunda labor de análisis al distinguir los diferentes elementos que participan en el sistema político global, y al descubrir sus principales leyes de funcionamiento; tras haber concluido esta labor pasa a ver como se justifica, en el nivel ideológico, una determinada forma de dominio para lograr que esta sea aceptada por la mayor parte de los miembros de una comunidad. Cuando ha recorrido todo este largo camino se da perfecta cuenta de que aún no ha logrado agotar su objetivo de estudio, dado que no ha llenado de contenido el sistema que antes había conseguido diseccionar con la máxima perfección; una organización política posee siempre un fin determinado y para poder llegar a evaluar tanto su eficiencia como el logro de sus objetivos, no podemos fijarnos en los intereses particulares de cada clase política puesto que al ser muy diversos nunca pueden llegar a proporcionarnos un buen baremo de comparación. Es, pues, imprescindible recurrir a un elemento "absoluto", cuyo sentido no varía a través del tiempo ni según los diferentes lugares y que, por lo tanto, nos sirva para efectuar dicha operación. Para ello nada mejor que recurrir, no a un principio moral que para nuestro autor no tendría la más mínima validez, sino a una característica básica de la naturaleza humana de la que pudieramos extraer

cuales son los gobiernos que cumplen mejor su función, y cuales son los que deberían de ser erradicados de la sociedad; el sentido moral, es decir el impulso de los hombres para limitarse y no causar daño alguno a sus semejantes lleva a Mosca a concluir que la simpatía mutua y la justicia son los puntos básicos que han de ser mantenidos en todas las sociedades por las clases políticas. Veremos, además, como el autor incluye la libertad individual atribuyéndole el valor de ser un rasgo esencial que ha de ser mantenido y potenciado por la clase en el gobierno.

Dependerá, pues, del tipo de organización política el grado de perfección que puede alcanzar la defensa jurídica en un pueblo, y sobre todo este hecho está en relación con dos aspectos muy concretos de la organización política; por un lado la relación de la clase política con la clase gobernada, y en segundo lugar las relaciones entre las fracciones existentes dentro de la propia clase gobernante. Recordemos que era precisamente sobre estos dos puntos en los que se basaba la buena o mala forma de gobierno de la clase política; y por encima de todo daban pie a poder determinar si la sociedad en cuestión en la que se daban ciertos tipos de relación entre ambos grupos podía ser vista como un grupo en equilibrio duradero, o por el contrario podía preverse, con relativa certeza, que iban a tener lugar acontecimientos que transformarían poderosamente la estructura de la sociedad y su organización política. Por lo tanto se vuelve a unir aquí el tema de la defensa jurídica con el óptimo en la organización política de una comunidad cual-

quiera. Una buena relación entre la masa y la clase gobernante y entre las diferentes fracciones de esta última, tal y como vimos que podían darse en determinadas sociedades, implica también un alto grado de moralidad en estas relaciones, y por lo tanto llevará a la instauración de una garantía jurídica considerablemente elevada en las sociedades en las que ocurra este hecho. Por el contrario si todos estos requisitos no se dan lo que surge es una situación de despotismo que, por lo general, da lugar a un relevo violento en la clase política, causado, como ya vimos, por la emergencia de una nueva fracción organizada dentro de la mayoría, que, además, cuenta con el apoyo de esta última.

Por lo tanto el despotismo, es decir aquel régimen que se opone por completo al reinado de la garantía jurídica aparece siempre cuando se da la preponderancia de una única fuerza política dentro de la variedad existente dentro de la sociedad, es decir cuando dentro de la clase política no se produce un equilibrio, a la vez que una representación de la totalidad de las fuerzas políticas existentes. Se trata, pues, de una organización política en la que se impone una visión simplicista de la organización estatal, y en la cual, en consecuencia, se encuentra la aplicación lógica de un sólo principio en el derecho público, en lugar de la conjugación de varios, que sería lo más apropiado. Para Mosca esta situación aparece siempre que se da una organización política basada en uno de los dos siguientes principios: el derecho divino o el principio de la soberanía popular. Ambos dan lugar a una sociedad totalmente despótica.

ca y contraria a la garantía jurídica. En este tipo de sociedades se da una práctica inexistencia de fuerzas sociales organizadas que puedan servir de freno a las que legalmente representan a la soberanía nacional, y es esta misma carencia la que conduce a la gran degeneración moral de la clase política, que hará que esta sea derrocada, antes o después, pero siempre inevitablemente, por una nueva minoría organizada. Note el lector el modo en que Mosca incluye dentro de los tipos de despotismo a todas aquellas organizaciones políticas basadas en el principio de la soberanía popular, es decir a aquellos regímenes que hoy llamamos democráticos; sin embargo dado que el autor plantea algunas especificaciones al respecto hemos de volver posteriormente a tratar este tema.

Habiendo ya definido cuales son los tipos de organización política que acarrearán la instauración de una menor garantía jurídica, y que por lo tanto son los menos recomendados para las sociedades, Mosca pasa a analizar seguidamente cual es la organización política que, por el contrario, alcanza un máximo de esta defensa y que, en consecuencia, parecería ser la más conveniente para las sociedades puesto que benefician tanto a todos los individuos particulares, como a la comunidad en su conjunto, logrando al tiempo el máximo bienestar colectivo y la mayor eficacia en el cumplimiento de las funciones políticas y sociales y en el logro de los objetivos comunes. Es curioso señalar la tendencia común de todos los teóricos clásicos de las élites a plantear primero una definición negativa, en este caso la del despotismo, para pasar después al aspecto

positivo, al que, además, dedican mucha más atención y un estudio detenido; pero es como si tuvieran que apoyarse siempre en el lado negativo, que dejan inmediatamente de lado. Pues bien, para nuestro autor la primera garantía de la defensa jurídica reside siempre en una organización política en la cual proliferan las fuerzas sociales organizadas y, por lo tanto, los frenos y los controles al dominio de la clase política. Se trata, así, una vez más de concebir el régimen perfecto a la imagen y semejanza, en cierto modo, del gobierno mixto de Aristóteles, y sobre todo de muchas de las corrientes liberales decimonónicas. La garantía del buen funcionamiento de la sociedad y del respeto de los derechos de los individuos reside, ante todo, en un sistema de equilibrios entre fuerzas mutuas, que llega a su máxima perfección en el momento en que se permite que la competencia funcione libremente; el fin de esta situación óptima estaría en el momento en que una única fuerza pretendiese controlar el juego recíproco de la heterogeneidad y de la diversidad, apareciendo la dictadura y el despotismo. En este sentido, pues, se puede considerar a Mosca como un pensador claramente liberal. Para él la solidez de las instituciones políticas depende siempre de una adecuada fusión y equilibrio entre las principales tendencias divergentes, pero contantes, que siempre surgen en las organizaciones políticas; y lo que es más importante es que dentro de esta diversidad siempre vamos a encontrar dos tipos de factores preponderantes que pueden ser fácilmente reconocibles y que ya intervenían cuando considerábamos el fenómeno de la sucesión de las clases políticas: la tendencia aristocrática, o a la permanencia hereditaria, y la democrática. De este

modo para Meisel, uno de los estudiosos más conocidos de la obra de Mosca (48), este autor se reconcilia definitivamente con Aristóteles, en esta doctrina del predominio áureo, que proclama que los gobiernos heterogéneos siempre son preferibles a los basados en un único principio. Esta opinión queda claramente reflejada en la siguiente apreciación:

"Del estudio objetivo de la Historia quizá se pueda extraer la consecuencia de que los mejores regímenes, o sea los que han tenido mayor duración porque durante largo tiempo han sabido evitar las crisis violentas que periódicamente—como ocurrió a la caída del imperio romano—han impulsado a la humanidad a la barbarie, son los mixtos. Es decir, aquellos en los que no prevalece de modo absoluto ni el sistema aristocrático ni el liberal, y en que la tendencia aristocrática es compensada por la renovación lenta, pero continua, de la clase dirigente, que de este modo logra absorber aquellos elementos de sano dominio que paulatinamente se afirman en las clases dominadas." (49)

En esta breve cita quedan perfectamente expuestas todas las opiniones que estamos analizando en este momento, y que constituyen el núcleo del discurso del autor acerca de la garantía jurídica. Se trata, pues, de ver ahora cuáles son los elementos necesarios que han de aparecer para que realmente podamos hablar de que en una sociedad se va a dar un verdadero régimen de garantía jurídica, yendo ahora más allá de las meras afirmaciones de tipo general como son las que señalan que el meollo del problema reside en la heterogeneidad de las fuerzas sociales. Mosca no se contenta,

pues, con quedarse en este nivel y descender a afirmaciones más pragmáticas que nos mostrarán, una vez más, cuanto tiene de influencia liberal el discurso de este profesor. En primer lugar, nos va a decir, es evidente que en el estadio en el que nos encontramos, para que una organización política alcance una verdadera defensa jurídicamente ha de darse una radical separación entre el poder laico y el religioso, para que no pueda llegar a fundarse el principio base de la autoridad temporal en argumentos de carácter sagrado e inmutable. Por medio de esta opinión nuestro autor rechaza, por una parte, toda la tradición propia del Antiguo Régimen, que, aún a finales del siglo pasado, se resistía a abandonar doctrinas como las del derecho divino del monarca, al tiempo que adopta una postura sumamente significativa si tenemos en cuenta que estamos hablando de un autor italiano en una época en la cual el problema de las relaciones entre el Vaticano y el gobierno italiano estaba en su auge. No hemos de olvidar que la cuestión religiosa siguió latente en el estado italiano hasta bien entrado el siglo XX, siendo el causante de numerosas situaciones conflictivas que agitaron considerablemente a dicha sociedad durante largas décadas. Postular, entonces, una radical separación entre el poder político y el religioso, era adoptar una postura sumamente avanzada en la Italia de fines de siglo. Este es un aspecto contradictorio más de los que tanto proliferan en el pensamiento de Mosca, que, al mismo tiempo, fue uno de los pocos senadores que votaron en contra del sufragio universal, pocos años antes de la subida de Mussolini al poder.

En segundo lugar nuestro autor confiere una gran

importancia a la distribución de la riqueza y de la fuerza militar dentro de las sociedades. En verdad va a ser este punto el que marque la diferencia entre el estado feudal, por ejemplo, y el estado burgués clásico, dándose en este último muy difícilmente la concentración del poder militar. Pero aunque si estudiamos a lo largo de la historia los diferentes tipos de organización política veremos que siempre se produce bien una desviación hacia un extremo u otro, lo que nuestro autor nos quiere decir es que la mejor de las sociedades realizables tratará de mantener un límite entre ambos puntos. Una vez más el "justo medio" es el argumento triunfador. Cuando existe una excesiva concentración de la riqueza en la clase política ello nos lleva directamente hacia su total decadencia; mientras que si el mismo hecho se produce con la fuerza militar estamos seguros de caminar hacia alguna forma de despotismo. Por ello es por lo que, en el plano social, Mosca cree que se va a lograr la mayor defensa jurídica cuando asistamos a un gran crecimiento de lo que, hoy en día, denominamos la clase media. Estamos seguros de que esta afirmación le habrá recordado inmediatamente al lector a la formulación de nuestro autor acerca de la necesidad de una capa inferior en la clase política, a la que también llamará clase media, que sirviera de enlace entre la minoría gobernante y la masa, y que llegaba a asegurar un perfecto dominio de la primera. Pues bien, el mismo argumento se vuelve a repetir aquí, aunque ahora con un fin diferente: la clase media sigue representando el justo medio, la situación de equilibrio entre dos extremos no deseables, y por lo tanto es el único medio de asegurar que la sociedad no va a correrse hacia uno de estos extremos.

Una clase media numerosa supone la existencia de un amplio grupo económicamente independiente de la clase política, y que, por lo tanto, no tiene una total sumisión con respecto a esta; además si se logra esta independencia económica ello supondrá que este grupo poseerá el suficiente tiempo para perfeccionar su cultura, y por lo tanto será al tiempo, un elemento valioso como apoyo de la minoría gobernante y un freno efectivo para los excesos que esta pueda llegar a cometer. Por último Mosca supone que la clase media cumplirá una función de servicio al país basada en su amor propio. Al hablar de la clase media nuestro autor sueña con un grupo social completamente irreal, con una independencia económica de la clase dirigente que no se ha observado en ningún grupo humano, puesto que desde el momento en que se supone que existe una minoría que toma o controla las principales decisiones económicas no se puede pensar en alguien absolutamente independiente en lo económico, y esta idea no es sino una de las convenciones básicas de los liberales que cayó por su propio peso al cabo de los años. Se supone, además, y aquí radica la importancia de su papel social, que es el elemento "imparcial" de la sociedad, que sitúa el bien general por encima de los intereses particulares del resto de los grupos sociales. Para Mosca su clase media estaría imbuida de ese espíritu casi aristocrático que impulsa a los hombres a servir a su propio país siguiendo el interés público y sin otra satisfacción que la que procura el amor propio. Es, pues, la clase de la moderación, del equilibrio que permitiría la más perfecta regulación de las distintas fuerzas sociales, y por lo tanto la consecución de los más altos objetivos, todo ello junto con la

realización de la garantía jurídica más completa. Vemos, pues, como Mosca sueña con una sociedad equilibrada en la cual se de un alejamiento completo de los dos grandes peligros de la sociedad contemporánea: por un lado la regresión que implica un predominio de la aristocracia, y por otro lado el desequilibrio que crearía un gran exceso de miembros de las clases proletarias; en cierto modo puede afirmarse que nuestro autor dió en el clavo al pronosticar la futura evolución de las sociedades europeas, siendo muy notable durante el siglo pasado el aumento de este grupo social, lo que ha originado la aparición de numerosas teorías sobre el poder de la clase media y la repercusión de este fenómeno sobre las teorías del cambio social que tuvieron más importancia durante el siglo XIX. (50). Pero, aunque reconozcamos que la idea de una clase media reguladora de los desequilibrios y los conflictos sociales se opone radicalmente a todas las teorías del cambio más progresistas en la época, ello no nos puede empujar tampoco a afirmar que, por ello hemos de encuadrar a Mosca dentro de los más directos precursores del fascismo.

Existe un punto importante que se viene dejando traslucir a lo largo de todo nuestro análisis, pero que no hemos tocado por entero; es el de la relación de la garantía jurídica con la idea de libertad. Aquí es, en realidad, donde va a adquirir todo su significado nuestra afirmación de que Mosca posee muchos puntos de relación con toda la corriente de pensamiento liberal. Cuando este autor empezaba por definir lo que él entendía por sentido moral nos decía que había dos tendencias de la naturaleza humana que

se podían encontrar en toda sociedad, una era la que empujaba a los individuos hacia una simpatía mutua, es decir el sentimiento que frenaba a los individuos cuando preveían que sus actos podían causar daño o perjuicio a un semejante, y por otro lado aparecía también un sentimiento innato de justicia. Pero, en realidad, la defensa jurídica, la idea de nuestro autor acerca de ella, se confunde en ocasiones con la de libertad. Una sociedad que logre alcanzar el máximo de garantía jurídica será aquella en la que se de una mayor libertad de los seres individuales, y por lo tanto también el máximo de libertad dentro de la sociedad. Mosca no da nunca una definición precisa de lo que él entiende en realidad por libertad, pero por todo lo que dice no es difícil asegurar que existe una gran coincidencia entre esta y la mantenida por los liberales decimonónicos. En definitiva lo que nos va a decir, siguiendo siempre metodicamente su línea de pensamiento es que el instituir toda esa serie de mecanismos que impiden que la sociedad sea regida bajo un único principio rector, el que la clase política no cuente con la mayoría en sus tomas de decisiones concretas, es decir todo lo que tienda a que se logre mantener un equilibrio entre numerosas fuerzas heterogeneas e incluso contradictorias, todos estos elementos son los que permitirán que se pueda afirmar que una sociedad goza de un alto grado de defensa jurídica, y por lo tanto de una máxima libertad tanto para sus miembros como para la sociedad en su conjunto. Por ello Meisel nos recuerda esta afirmación del autor:

"La libertad depende de que sea frustrada el ansia de control total que impulsa tanto a los que tie-

nen el poder como a aquellos a los que se les sigue negando el poder o una participación en él."(51)

La libertad en la sociedad se logra, de este modo, por medio del gobierno basado en la ley y en los procedimientos deseados, que son todos los que hemos venido exponiendo con anterioridad. Se trata, pues, de lograr la máxima concurrencia de fuerzas sociales en la vida política, lo que vuelve a sacar el tema de las relaciones entre el régimen representativo y la garantía jurídica. Decíamos hace pocas páginas que Mosca afirmaba que tanto los regímenes representativos, es decir aquellos basados en la soberanía popular, como aquellos que se fundaban en el derecho divino daban origen a organizaciones políticas de tipo despótico; pero cuando va avanzando paulatinamente en su análisis se da cuenta de que ha de profundizar un poco más en el tema que tiene la suficiente importancia para requerir un mayor detenimiento en el estudio. En realidad Mosca está convencido de que es innegable que el sistema representativo proporciona la posibilidad de que historia y sociedad participen en un régimen político controlando y limitando la acción de otras fuerzas que, a la larga pueden ser perjudiciales, como es, por ejemplo, la burocracia; en este sentido puede decirse sin temor a equivocarse que el sistema representativo podría llegar a proporcionar la mayor garantía jurídica posible a una sociedad en la que este fuera la base principal. La discusión pública que tiene lugar en las asambleas parlamentarias es uno de los mejores instrumentos para alcanzar tal objetivo. Nuestro autor, al igual que Pareto, pone un especial empeño en resaltar las innumerables ventajas que acarrea la libre discusión en una sociedad

y por ello es un ardiente defensor de la libertad de expresión, Esta será una de las causas por las que se opondrá desde un principio a la dictadura mussoliniana, la cual desde sus orígenes trató de acabar con todos los derechos y libertades básicas que habían sido tan duramente defendidos por los pensadores liberales en el siglo pasado. Pero verdaderamente el gran problema, nos dirá Mosca, reside en el hecho de que el régimen representativo no sólo posee estas consecuencias ventajosas, sino que, al mismo tiempo, mantiene unos principios que van totalmente en contra de lo que se puede considerar como el buen gobierno; por ello, porque son los elementos de esta segunda clase los que pesan más y los que llevarán a las sociedades hacia dictaduras y despotismos, es por lo que se hace necesario rechazar el predominio de un sistema representativo en cualquier civilización humana. Lo cual, y tengamos esto siempre muy presente, no significa de modo alguno que se pretendan anular las libertades y los derechos propios de un régimen liberal.

Con esta exposición podemos dar finalizado nuestro primer estudio de la teofía de la clase política en Mosca, aunque habremos de volver más adelante a considerar otros aspectos de su pensamiento con más detenimiento, en posteriores capítulos. Al final de esta exposición nos encontramos con un teórico profundamente interesante, ya que penetra en algunos aspectos mucho más profundamente que sus compañeros de escuela, pero a la vez no cabe duda de que se trata también de un personaje muy ambiguo que siempre está a caballo entre el más puro liberalismo y una actitud tremendamente conservadora. Esta dualidad es propia de su

pensamiento y ha dado lugar a que su discurso haya sido analizado desde ambos puntos de vista, para mostrar este hecho acabaremos presentando dos opiniones radicalmente diferentes de dos estudiosos de su obra, que, sin embargo, no han de ser consideradas como divergentes, sino como dos aspectos del mismo tema que han de ser unidos para obtener una visión global de este.

"Mosca fu conservatore non per la scoperta che fece o credette di aver fatto ma per il modo con cui si valse di quella sua scoperta nel giudicare gli eventi storici del passato, e nel prender partito di fronte alle cose del tempo suo."(52)

"Mosca supports a reform which had been central to much liberal thought of the nineteenth century. This was the decentralisation of government which would enable a large number of the educated middle class- Mosca's lower stratum- to participate in public life." (53)

"Mosca's elitism finally sheds its scientific clothing and is revealed as ideology - a political theory for the middle class."(54)

V.3. MICHELS Y LA LEY DE HIERRO DE LA OLIGARQUIA.

Entramos, por último, en la consideración del pensamiento del tercero de nuestros teóricos clásicos de la élite, R. Michels, y previamente a sumergirnos por completo en algunos de sus argumentos principales hemos de detenernos, aunque sólo sea muy brevemente, para aclarar al lector el sentido de la figura de este autor. En realidad a estas alturas el lector ha de ser consciente de que a lo largo de nuestro trabajo siempre hemos venido haciendo una excepción con el pensamiento de este, cada vez que lo poníamos en relación con el de Pareto y Mosca. Existen, pues, determinadas peculiaridades que es conveniente que salgan a la luz antes de tocar los puntos centrales de nuestro análisis. Mosca es, sin lugar a dudas, un verdadero teórico de las élites, y por lo tanto en su pensamiento encontramos la mayor parte de los puntos básicos que decíamos definían a esta corriente; sin embargo, al mismo tiempo, el hecho de que existan estos puntos de coincidencia no es óbice para que surjan también algunas divergencias que nos interesa resaltar y que son, en realidad, los que confieren el sello particular que caracteriza a la obra de este autor. Pero cuidado, no nos estamos refiriendo todavía a aspectos concretos que diferencian, como ya hemos visto, el discurso de nuestros tres autores, estamos hablando, por el contrario, de una actitud previa a la investigación particular que separa la figura de Michels de la de Pareto o Mosca; afirmamos, pues, que mientras que en los otros dos clásicos del elitismo parecía existir un propósito coincidente de estudio, ahora nos en-

contramos con un personaje que se enfrenta a su tarea con algunos presupuestos distintos, y que, por lo tanto, llega a resultados y a conclusiones muy diferentes. No se trata, pues, de comenzar intentando discernir lo que puede definirlo como un elitista clásico, puesto que, de hecho, lo es, ni tampoco pretendemos estudiar puntos concretos de su pensamiento, sino que queremos ver, antes de esto, como llega Michels a las formulaciones elitistas y por qué se adhiere a esta corriente de pensamiento.

La biografía de Michels ya nos revela la razón de algunas de estas disparidades, y por ello creemos interesante apuntar algunos de sus aspectos fundamentales. Es muy curioso resaltar la coincidencia con Pareto en el hecho de contar ambos con una madre francesa, lo que dará lugar a que, en ambos pensadores, se encuentren signos de un cosmopolitismo y un europeísmo que contrasta en bastantes ocasiones con el provincianismo de Mosca. Perteneciente a una familia industrial y militar de Colonia con ascendentes italianos Michels no sólo estudia en Alemania sino que su formación universitaria le hace recorrer distintos países y conocer las distintas corrientes del pensamiento social europeo del momento. Según sus biógrafos nuestro autor estudia en París, Munich, Leipzig, Halle y por último en Turín. Para este autor los años de formación universitaria son fundamentales puesto que van a ser los que marcarán no sólo toda su orientación intelectual posterior, sino que durante estos tienen lugar toda una serie de acontecimientos que señalan la posterior evolución de su existencia. Durante estos años nuestro pensador se hace integrante del ala sindicalista más radical

del Partido Socialista Alemán, al tiempo que recibe las enseñanzas del gran sociólogo alemán de estos años, M. Weber. y son estos dos hechos los que, a fin de cuentas, van a explicar todo su posterior desarrollo. El pensamiento weberiano, y sobre todo el especial énfasis que pone en el estudio del fenómeno de la organización y de la burocracia dentro de la sociedad occidental contemporánea, estará siempre presente en su discurso, y en verdad es el impulso fundamental que empuja al joven discípulo a centrar su atención en este tema de la organización. En segundo lugar, y habremos de volver más adelante sobre el primer punto, tenemos el hecho de que la militancia socialista de Michels no sólo deja en él profundas huellas de los postulados marxistas, que se pueden reconocer en los momentos en los que su elitismo se hace menos patente, sino que le supone la exclusión de los puestos académicos en el cerrado núcleo universitario alemán, y le empuja a abandonar su patria para instalarse en Italia. Vemos, pues, que cuando el autor llega al lugar en el que va a recibir la influencia de los primeros teóricos clásicos de las élites ya viene cargado con un gran bagaje intelectual, cuyas dos notas principales son la influencia weberiana y la marxista. Ya en Italia va a comenzar el proceso de desencanto de Michels, que le llevará a pasar de estas posiciones iniciales a una defensa a ultranza de los postulados elitistas, y por último a adherirse al régimen mussoliniano. De los tres teóricos elitistas clásicos se puede afirmar que Michels fue el que aceptó, e incluso alentó con mayor entusiasmo al movimiento fascista italiano, a diferencia de la oposición de Mosca y de la ambigüedad cortada por una muerte temprana de Pareto. De este modo nuestro autor va pasando

de mantener posturas claramente progresistas a una actitud de plena decepción que le lleva a ver en un régimen totalitario la única solución factible para la buena marcha de las sociedades humanas. Michels logra ser profesor de la Universidad de Turín y acaba adquiriendo la nacionalidad italiana; durante todos estos años parece alzarse como el principal discípulo de Mosca, aunque, al mismo tiempo jamás olvida la contribución paretiana a la teoría de las élites. Ya cuando ha formulado sus ideas acerca del predominio de las oligarquías dentro de las grandes organizaciones, y por lo tanto la imposibilidad de lograr una verdadera democracia, y en consecuencia el socialismo, es cuando, durante la década de los años veinte, se siente deslumbrado por el régimen mussoliniano; es entonces cuando el dictador le ofrece una cátedra en la Universidad de Perugia, reconociendo, así, su gran labor dentro del pensamiento sociológico italiano.

Sin embargo, y venimos repitiendo esta idea desde el comienzo de nuestro trabajo, las relaciones entre la teoría clásica del elitismo y el fascismo no son tan evidentes como han creído algunos autores; en este caso está claro que hay una gran admiración por parte de Michels hacia el nuevo régimen, que le parece la única solución posible para salvar a Italia del caos político y social en el que se hallaba sumergida, al tiempo que evitaba la gran amenaza del momento: el auge del socialismo que se iba extendiendo rápidamente por todas las naciones europeas. Pero el que los tres clásicos de las élites aplaudieran, en un primer momento, el surgimiento de un régimen de orden y disciplina no quie-

re decir que pueda hablarse de una influencia directa de esta corriente de pensamiento sobre el fascismo, A pesar de que se han planteado numerosas conjeturas acerca del tema nunca se ha llegado a probar la existencia de una relación directa entre la teoría clásica de las élites y el fascismo; y esto que venimos afirmando vale tanto para el conjunto de los elitistas como para el autor que aquí estamos tratando. Al igual que sucedía en los dos casos anteriores el adjetivo que podría definir en general la actitud de Michels es el de la ambigüedad. Su relación con las diferentes corrientes de pensamiento político, y en particular con la democracia europea es muy compleja; Michels hará gala, a lo largo de toda su vida de un individualismo extremo, que le lleva, en numerosas ocasiones, a mostrar una gran simpatía por el pensamiento anarquista. Partiendo de un enérgico antiautoritarismo en su juventud, este autor nunca logrará deshacerse del romanticismo que le confiere al ambiente familiar cosmopolita en el cual se desarrolló su infancia y gran parte de su juventud. Sin embargo estas influencias se entrelazan fuertemente con toda una educación tradicional e histórica propia del academicismo alemán que impregnaba el sistema educativo del momento. Son estas primeras vivencias las que empujarán a nuestro pensador a chocar violentamente con el autoritarismo derivado de la democracia de masas, el cesarismo; y este será el tema que se repite constantemente a lo largo de sus escritos y que le empuja a llevar a cabo una aguda crítica del socialismo y de la democracia, concebida dentro del marco de las grandes organizaciones. Desengañado y desilusionado por el cariz que iban tomando los acontecimientos políticos, y sobre todo por la dirección que pare-

cía seguir el movimiento socialista, Michels acaba por tomar partido por una aristocracia de cultura, en lugar de por la aristocracia sindicalista en la cual había estado sumergido durante sus años universitarios. Al igual que Mosca, Michels sigue siendo, como veremos más adelante, un ferviente creyente en la democracia a la par que reconoce la imposibilidad de ponerla en práctica en un mundo como el de la Europa contemporánea. Es por ello por lo que Michels planteará, en una postura muy semejante a la que mantenía E. Burke, que el mejor gobierno posible es el que está dirigido por una aristocracia abierta por completo hacia la cultura.

Este breve repaso acerca de la personalidad y los rasgos fundamentales de R. Michels nos sirve como introducción para poder captar las verdaderas peculiaridades de sus obras, que hemos de resaltar antes de dar paso a un estudio detallado, llegando, de este modo, a comprender mejor el verdadero significado de todo su pensamiento. Por un lado encontramos que nuestro autor se adentra en el estudio del campo político y social, cargado con toda una tradición de pensamiento de la que no podrá desprenderse jamás y que enmarca toda su línea de pensamiento; mientras que veíamos que Pareto llegaba a la teoría de las élites desde la ciencia económica y el positivismo, y Mosca lo hacía desde una postura positivista muy semejante pero impregnada del jurisdicismo de fines de siglo, Michels se coloca en el mismo punto de partida desde bases muy diferentes: el marxismo y la sociología weberiana fundamentalmente. En cierto modo, aunque contemporáneo de los otros dos teóricos de las élites, no creemos equivocarnos cuando afirmamos que Michels

pertenece a una generación intermedia entre la que Hughes llamaba de 1890-1900, y la que ve truncada su juventud por la Primera Guerra Mundial. Es cierto que, a fin de simplificar el análisis, es más correcto incluirlo dentro del primer grupo pero siempre haciendo algunas salvedades. En primer lugar no hemos de olvidar en ningún momento que, al ser un poco más joven, Michels se encuentra con una formulación ya casi acabada del elitismo; mientras que, realmente son Pareto y Mosca los verdaderos fundadores de la teoría clásica del elitismo, tal y como se nos presenta en su formulación clásica de fines del siglo XIX, Michels es al tiempo un discípulo directo de las ideas de estos autores, y un continuador de dicha teoría, puesto que es, en realidad, con su aportación con la que se puede considerar finalizada dicha corriente de pensamiento, adquiriendo la forma que nosotros conocemos en la actualidad. Michels llega, pues, cuando Pareto y Mosca han presentado ya sus principios fundamentales y su verdadera labor es la de aplicar estas ideas centrales a un campo que una gran parte de los pensadores sociales de este momento consideraba como fundamental y básico en las sociedades contemporáneas, el de la organización. Decíamos antes que no había que dejar de lado en ningún momento la influencia que ejerció Weber en todo el pensamiento de juventud de nuestro autor, sobre todo en lo que respecta a la importancia de la organización y de la burocracia en la sociedad contemporánea; el tema del predominio de las grandes organizaciones en los estados industrialmente avanzados y las transformaciones que este fenómeno acarrea en la esfera política y en la social, es el "leit-motif" que

se encontrará en todos los escritos de este. Al igual que Pareto y Mosca, aunque por medio de un camino bastante dispar, Michels quiere demostrar que la democracia es imposible en una sociedad como la que parece irse afirmando en todos los estados europeos, es decir que el sistema democrático no puede triunfar como forma de gobierno más que en unas supuestas comunidades que no poseyeran las características que observamos en estas. De este modo Michels logra un doble objetivo, por un lado trata de demostrar la plena validez de las tesis de los clásicos del elitismo, viendo como sus postulados más importantes coinciden plenamente con lo que ocurre en estas grandes organizaciones que dominan el mundo moderno. Un gobierno elitista y no democrático es el que habrá de prevalecer en todas las esferas sociales en las que exista alguna posibilidad de disfrutar del poder, puesto que lo que hay que hacer es no tender hacia un fin inalcanzable, sino lograr que este gobierno elitista sea lo mejor posible. De este modo al mismo tiempo Michels pretende llegar al pensamiento marxista, que para él está basado en la posibilidad de llevar a cabo una verdadera democracia dentro de las distintas esferas sociales, así pues el tema de la organización y del socialismo serán las dos grandes ideas que centrarán toda su atención y esfuerzo, contribuyendo, de este modo, de una forma sumamente original y valiosa al viejo empeño de los elitistas. Esta es, como veremos, la causa principal del gran auge e influencia del pensamiento de este autor sobre todo el desarrollo de la reflexión sociológica de nuestros días.

V.3.2. La organización.

La obra fundamental de R. Michels sobre la que se basan todas las interpretaciones acerca de la particular visión del elitismo de este autor es, sin lugar a dudas, "Los Partidos Políticos" (55), a pesar de que existen otros escritos, como por ejemplo su "Introducción a la Sociología Política", que también aportan claves fundamentales para la comprensión de su pensamiento. Por el carácter de esta obra principal es indudable que el alcance y la influencia del discurso de Michels ha sido mucho mayor que el de Pareto y el de Mosca, y aún sigue muy vigente en el panorama actual de las ciencias sociales; por todo ello nos es vital tratar de diferenciar campos de interés y de estudio que se unen en el discurso del autor. Hemos señalado que, quizá en demasiadas ocasiones, a fines del siglo XIX se abre una gran área de interés y de estudio social que irá creciendo tanto en amplitud como en profundidad a lo largo de nuestro siglo, se trata, como el lector habrá quizá adivinado, de los fenómenos de la organización y de la burocracia. Y es evidente que, dentro de este campo, Michels se presenta como uno de los principales precursores de este tipo de investigaciones. Durante estos años, y a partir de entonces, los estudios de estos fenómenos, estrechamente ligados con los de la evolución de los regímenes políticos europeos, y en particular con el de la democracia, han ido ocupando un lugar cada vez más primordial dentro de las ciencias sociales, hasta el punto de que hoy en día es corriente oír hablar, e incluso se puede encontrar un material bibliográfico considerable acerca del

asunto, de una rama diferenciada dentro de la sociología que se ha venido denominando la "Sociología de la organización". Es dentro de este terreno donde la figura de Michels adquiere su verdadera actualidad al haber planteado algunos postulados básicos que aún parecen no haber sido superados, y otros muchos que siguen siendo objeto de controversias entre los estudiosos de este campo. Está claro que a nosotros también nos interesan las principales aportaciones del autor en este terreno, ya que ello nos muestra la dirección en la que se fue moviendo la teoría clásica de las élites ya desde sus precursores, pero nuestro principal centro de interés seguirá residiendo siempre en el nexo de unión entre Michels y la formulación clásica del elitismo, es decir en su contribución a esta corriente de pensamiento. Por lo tanto el lector habrá de tener siempre presente que tendremos que tratar muy sucintamente algunos puntos que requerirían un análisis muy detallado desde el punto de vista de la sociología de la organización. En este trabajo, pues, Michels va a ser estudiado únicamente como uno de los fundadores, si podemos llamarlo así, de la teoría de las élites, objeto central de nuestra investigación.

Sin embargo, a pesar de las advertencias que venimos haciendo, no es menos cierto que nos va a ser muy difícil, realmente imposible en algunos casos tratar de desligar ambas facetas del autor, puesto que, en realidad, es esta dualidad la que le confiere toda su peculiaridad a esta figura, y al mismo tiempo esto es lo que da lugar a que, como ya tuvimos cuidado de indicar al comienzo de este apartado, nos sea necesario distinguir a Michels de sus dos principales

maestros, Mosca y Pareto. Pues bien, habiendo dedicado ya suficiente tiempo y espacio a aclarar la actitud del autor ante su tarea y el punto de vista que nosotros queremos adoptar en nuestra investigación, digamos antes de entrar definitivamente en el tema que para la exposición de los puntos fundamentales del análisis de nuestro autor vamos a seguir muy de cerca las ideas vertidas en su obra "Los partidos Políticos", completando estas, en los momentos en que sea necesario, con otros escritos suyos así como con las opiniones que, sobre diferentes temas, han vertido algunos de los principales estudiosos de su discurso. Además, para tratar de que nuestra exposición sea, a la vez, lo más completa y clara posible, hemos decidido dividirla en algunos apartados que permitirá al lector seguir más fácilmente la línea de nuestro discurso.

Decíamos que Michels centraba todo su pensamiento en la idea de organización, por lo cual hemos creído conveniente entrar directamente en la significación de dicho concepto para pasar, más adelante, a considerar aspectos relacionados o subordinados a este. Y para empezar queremos dejar bien claro el sentido en que se utiliza este concepto en Michels, y distinguirlo del que vemos aparecer en Mosca. Al igual que aquel al que él mismo considera como su más directo maestro, Michels comienza afirmando que la organización es el único medio existente para poder llevar adelante una voluntad colectiva; sin organización no se puede concebir una acción colectiva que llegue a alcanzar fines concretos y particulares en base a la elección de los medios más adecuados para ello. De este modo el autor se une

a una posición común entre los elitistas clásicos que, mientras que admiten la posibilidad de acciones de este tipo en los individuos particulares y aislados, ven siempre a la masa como a un conjunto informe de personas que necesitan un elemento cohesionador y en definitiva director para moverse en la dirección adecuada, y sólo cuando es más conveniente con vistas al logro de unas metas que han sido previamente formuladas. Vemos, pues, e insistiremos más en este tema en un apartado posterior, como al plantear el problema de la organización Michels también se adhiere al postulado elitista de la incompetencia de las masas y la necesidad de esta por parte de una minoría o un líder si no se quiere caer en el caos y la incompetencia.

"El principio de la organización es condición absolutamente esencial para la lucha política de las masas." (57)

Pero hasta aquí el lector estará pensando que Michels repite en lo fundamental los argumentos que veíamos aparecer en Mosca y que señalábamos como su aportación principal frente a la formulación de Pareto que habíamos considerado con anterioridad. Y es evidente que nuestro autor, que nunca negó la gran influencia que en él había ejercido el pensamiento del gran teórico italiano, toma como punto de partida esta idea de Mosca, pero lo que es más interesante y lo que lo distingue es que en lugar de quedarse en una mera repetición o incluso en una profundización de los principios postulados por su maestro los lleva mucho más lejos a un campo en el que este nunca osó adentrarse. Es cierto,

por un lado, que el discípulo se encontraba con que el maestro le brindaba un importante trecho del camino ya trillado y estudiado, pero ello no le restará mérito al joven y hemos de evaluar en toda su magnitud la importancia de la nueva aportación. Recordemos que cuando Michels se enfrenta por primera vez con la obra de Mosca, cuando sufre todo el impacto que para él supone haber encontrado el discurso de este, el autor no es, si podemos decirlo así, un pensador "virgen", sino que, por el contrario hay ya en él la huella de la gran aportación de un pensador fundamental, Weber; y es en realidad el impacto de todo su discurso el que le empuja a dar este paso decisivo del que hablabamos. Sidejamos, por el momento, de lado la influencia del marxismo en Michels no hay duda de que es el discurso weberiano el que ha de tomarse como punto de partida para tratar de explicar la nueva dirección hacia la que se mueve el pensamiento de este teórico de las élites. Existe, es evidente, una concepción primera de la organización que no puede dejarse de lado, que es la que entiende dicho concepto como la disposición, orden o estructura que han de adptar los grandes conglomerados humanos para poder actuar tanto en la vida política como en otras esferas de la vida social; es precisamente a este significado al que se refería Mosca cuando hablaba de la exigencia de la organización dentro de la clase gobernante o la clase política, como queramos llamarla. Pero, para Weber, y por lo tanto también para nuestro autor, existe un escalón aún más alto, el hecho de que se admita que el ordenamiento, la adecuación, la estructuración de las diferentes partes de un conjunto es un hecho imprescindible para lo que se supone que es llevar adelante una voluntad colec-

tiva, dará lugar inevitablemente a que estos conjuntos ordenados adquirieran una existencia más o menos permanente dentro de las sociedades, pasando a convertirse en partes primordiales de esta misma sociedad. La sociedad contemporánea, nos dirá el gran pensador alemán, es la sociedad de las organizaciones, de estos grandes conjuntos estructurados que van dominando paulatinamente todas las esferas de la vida del hombre en comunidad, por ello todo análisis social de la realidad ha de tener inevitablemente en cuenta este hecho si quiere proporcionar una visión lo más ajustada posible de esta. Es, pues, esta idea que venía flotando en todo el ambiente del pensamiento político y social de fines de siglo lo que recoge Michels fijándose sobre todo en la formulación weberiana. Es evidente que, a pesar de que el investigador siempre acaba encariñándose de manera bastante irracional con su objeto de investigación, no podemos dejar de reconocer que la aportación weberiana es infinitamente más valiosa para el desarrollo de las ciencias sociales en nuestro siglo que la de Michels, e incluso que la de los teóricos de las élites en su conjunto; pero ello no es obstáculo para que nosotros reconozcamos también que, en temas muy concretos, los elitistas, y en concreto Michels toma una idea weberiana y se dedica a desarrollarla e investigarla hasta sus últimas consecuencias, siguiendo siempre las directrices que vienen marcadas por su indiscutible adhesión a los postulados básicos de la teoría de las élites. Por último advirtamos como la decisión de centrarse en un punto tan concreto como el estudio de la adecuación de la teoría de las élites a una realidad definida casi exclusivamente por el predominio de las organizaciones, aleja a

nuestro autor de la pretensión de sus dos inspiradores de construir una ciencia de comprensión global de la realidad política y social, siendo su objetivo mucho más modesto. Por otro lado no hay que olvidar que dicha limitación en su objeto de estudio le confiere también a Michels una mayor precisión en el análisis y también más "modernidad", si es que podemos llamarla así, que explica en parte la gran vigencia de su pensamiento en nuestros días.

Así pues, nuestro autor, una vez aceptadas las principales ideas de los teóricos de las élites, y habiendo marcado como fenómeno central de su estudio en las grandes sociedades contemporáneas el de la organización, va a poder centrarse en su labor fundamental: mostrar que los principios y consecuencias principales del elitismo clásicos explican por completo lo que sucede en el seno de dichas organizaciones, y por lo tanto demostrar que se trata del único punto de análisis que puede llegar a proporcionar una visión correcta de los fenómenos contemporáneos. Para ello el autor ha de probar un hecho fundamental: la aparición del liderazgo, es decir de una minoría dominante, en el seno de todas las organizaciones, y por lo tanto la imposibilidad de una forma de gobierno democrático dentro de estas. Así pues, Michels translada el argumento elitista desde las esferas de la dirección política de las sociedades hasta los mismos conjuntos que van a conformar la vida social, reforzando así la afirmación de que la democracia es una forma de gobierno impracticable incluso a una escala mucho más reducida que la del propio estado. Al mismo tiempo, y fijese el lector en esta idea ya que más tarde apreciaremos toda su importancia,

ello implica que se niega de una vez por todas el triunfo del socialismo, dado que para nuestro autor democracia y socialismo son términos indisolublemente unidos. Para poder llevar a cabo toda esta inmensa tarea es evidente que Michels, que como hemos visto busca restringir su objeto de estudio en campos más concretos para, a partir de ahí, poder extraer amplias generalizaciones, ha de buscar un objeto de investigación particular en el que poder probar sus hipótesis y plantear otras nuevas. Para ello el autor busca una organización en la que el principio democrático tenga, en teoría, un papel primordial desde el momento en que se encuentre intimamente ligado con el objetivo central para el cual se ha formado dicha organización. ¿Y qué mejor caso que el del partido socialista más avanzado en la época para umplir todos estos requisitos? Michels, como habíamos visto, había sido miembro del ala más radical de la SPD durante su juventud, por lo cual ya se enfrenta con una organización cuya estructura y funcionamiento conoce muy a fondo, lo cual le facilita enormemente su tarea, pudiendo, al tiempo que desarrolla su labor científica, dar rienda suelta al odio y la animadversión que siente contra el socialismo, y en concreto contra el socialismo alemán. "Los partidos políticos" de este autor, es, pues, en principio un estudio detallado del partido socialista alemán, aunque, en realidad, esta organización aparece siempre como un ejemplo típico de lo que ocurre en todas las organizaciones, por lo cual el autor se permite una constante generalización a otros sectores de la sociedad que, en principio, él no estudia, pero que supone que responden al mismo esquema que el objeto analizado. Por todo ello tampoco se puede afirmar que la tarea

de Michels sea propiamente una investigación empírica, al menos tal y como lo entendemos hoy en día. Además, y es importante tener siempre presente este hecho, el escoger como centro de estudio un partido de masas le permite tocar constantemente uno de los temas más característicos de los teóricos de las élites: el de la distribución del poder político; por ello, aunque en un principio su análisis se nos aparecía restringido al aspecto más puramente social, Michels se une de nuevo con Mosca y Pareto en el interés primordial por los temas políticos, y por lo tanto de poder.

Pero para llegar a demostrar todo lo que se ha propuesto antes de dar inicio a su tarea es evidente que nuestro autor ha de comenzar por explicarnos que es lo que entiende por organización, y qué es lo que sucede dentro de esta para que nos sea lícito llegar a afirmar que siempre existe una oligarquía o minoría dominante en su seno que es la que, en definitiva, va a decidir la dirección que toma esta en cada cuestión particular. Antes de nada hemos de resaltar que para Michels cuando un investigador se enfrenta a la ardua tarea de estudiar lo que sucede dentro de una organización cualquiera, se da cuenta inmediatamente de que se trata de algo casi "viviente", aunque el autor no emplee esta misma terminología es evidente que cuando habla de un partido político o de otra organización cualquiera, siempre desea comunicarle al lector que no basta quedarse en una mera contemplación de sus reglas, estructura, funcionamiento etc.. sino que hay algo más que le hace aparecer como un conjunto diferente a la suma de sus partes, y que parece es-

movido por impulsos propios. Por ello nos dice:

"El partido político como tal tiene su propia alma peculiar, independiente de los programas y reglas que posee, y de los principios externos de que está dotado." (58)

Por ello no ha de extrañarnos nunca que este se refiera constantemente a la organización como a un "ser viviente" que no ha de ser comprendido únicamente por los meros datos que se presentan inmediatamente ante los ojos del autor. Esto es lo que le empuja al investigador a tratar de descubrir cuales son estos principios inmutables que pueden ser hallados en toda organización y que dan lugar a que, por encima de las innumerables diferencias que existen entre ellas, siempre se aprecie al aparición de fenómenos paralelos. Es igual que Pareto y Mosca encontraban este factor de permanencia y continuidad, que era en que, en realidad, abría la posibilidad de la existencia de una verdadera ciencia de la política o de la sociedad, en una distribución desigual del poder político entre los individuos miembros de una comunidad, sea cual fuere la época y el lugar considerado. Michels encuentra este mismo factor en el mismo fenómeno, pero siempre referido a una organización. En todos los partidos políticos, las organizaciones más representativas para él y que son los mejores ejemplos para lograr el fin perseguido, se halla siempre un pequeño núcleo de individuos que monopoliza el poder, es decir que controla la toma de decisiones y el funcionamiento del aparato de la organización, frente a una mayoría de sus miembros que se ven totalmente desposeídos de esta capacidad, y acaban por quedar en manos de la minoría que es la directora de las decisiones

y las acciones quehan de ser llevadas a cabo en cada momento.

"Toda organización partidaria representa un poder oligárquico fundado sobre una base democrática."(59)

Podría pensarse, sin embargo, que este hecho sólo sucede en aquellas organizaciones que no plantean entre sus principales fines el poder llegar a conseguir una participación mayoritaria en los asuntos comunes que afectan a todos los miembros de una agrupación dada; es decir, sería lógico pensar que en una asociación que se construye para la promoción de un líder totalmente carismático, no apareciese una organización basada en principios democráticos. Para acabar con este error, como nos dice nuestro autor, es por lo que este ha escogido a un partido político que pretende lograr una sociedad sin diferencias sociales o económicas de cualquier tipo, y en la cual todos los ciudadanos participen por igual en la resolución de los asuntos públicos: el partido socialista. En el momento en que se consiga demostrar que, ni siquiera en una organización de este tipo, se puede hacer que los miembros de esta participen conjuntamente en los asuntos que les interesan en principio, quedará demostrado que el procedimiento democrático es impensable e impracticable tanto en lo que se refiere al gobierno general de una sociedad como a la manera en que las pequeñas asociaciones fundadas en base a la consecución de objetivos particulares. La formación de oligarquías es un fenómeno consustancial a la organización, y queramoslo o no las organizaciones dominan en las grandes sociedades modernas de masas. Antes de continuar con el discurso del autor fijemosnos en el salto que nos quiere hacer dar el mismo: a partir de la

constatación de la falta de democracia en los asuntos internos hasta en aquellas organizaciones en principio más progresistas, se pretende afirmar que la aparición de las élites se va a dar en todas las esferas sociales, puesto que la sociedad, para Michels, no es sino un conjunto de organizaciones dedicadas a obtener distintos fines. Si no se puede obtener la participación de la mayoría en la toma de decisiones de asociaciones voluntarias, no es posible concebir, para él, una participación masiva en los asuntos más generales de la vida política y social.

La tesis básica del autor será que la organización, dentro de los partidos políticos y los demás tipos de asociaciones que podamos imaginar pasa de ser, en un principio, un instrumento de adecuación de medios a fines y de estructurar las fuerzas con las que cuenta toda asociación, a convertirse en la esencia vital del grupo en cuestión. De este modo se asiste a una transformación interna en la cual lo que era accesorio se convierte en fundamental y trastoca todas las relaciones que se habían establecido en su seno; la organización aparece como el principal fin a mantener y fomentar, lo que da lugar a que los fines, antes primordiales, pasen a un segundo lugar o se abandonen definitivamente. Esto es lo que ocurre, por ejemplo, nos dirá con las pretensiones revolucionarias y democráticas de los partidos socialistas, que al ser incompatibles, como veremos más adelante, con el hecho mismo de la organización, habrán de ser dejadas de lado, aunque formalmente se sigan manteniendo, puesto que son las que confieren un sentido a la existencia del grupo en cuestión. Es el relato de esta mutación

inevitable en todos los ámbitos de la sociedad contemporánea lo que da origen al relato de Michels, siendo este mismo hecho el que determina la afirmación del fenómeno oligárquico como rasgo inevitable al que han de someterse todo el resto de los objetivos humanos. Por todo esto el estudio fundamental que hemos de llevar a cabo es el de la organización para ver qué es lo que hay en ella que permite a nuestro autor alcanzar conclusiones tan drásticas acerca del modo de la distribución del poder dentro de los distintos sectores humanos, y sobre la participación de la mayoría en los asuntos públicos, incluso en aquellos temas por los que siente un verdadero interés, que ha empujado a muchos de ellos a afiliarse voluntariamente en grupos formados para la defensa y la consecución de tales fines. De este modo vamos a ver la dimensión que adquiere el concepto de organización en el discurso de este pensador, en contraposición, y ocupando un lugar mucho más fundamental que en el de los otros dos tóricos de las élites.

Michels, y creo que ya hemos insistido en este tema, hacía un claro énfasis en el hecho de que la organización era la única forma en la que los hombres podían llevar adelante una voluntad colectiva alcanzando los fines que se habían propuesto, y por lo tanto planteando en cada momento los medios más adecuados para dicha empresa. Por esta causa era inconcebible una sociedad en la cual grandes masas de la población entrarán en la vida pública, sin la aparición de unas grandes organizaciones que ordenaran y estructuraran las acciones y voluntades de estas. De este modo la principal característica de las sociedades contem-

poráneas, el hecho de que se conviertan en sociedades de masas, es decir que se pase de una situación que durante muchos siglos había reducido el protagonismo histórico a unas pequeñísimas capas de la población, a otra radicalmente diferente en la que grandes sectores de la sociedad parecen entrar definitivamente en las esferas en las que se dirimen los asuntos públicos, se contrarresta con el surgimiento de unos grandes complejos que ordenan este acceso, pareciendo que, en definitiva, se volviese a restringir el protagonismo en estas esferas. Si antes eran unos pocos individuos los que tenían acceso a los grandes centros de decisión, ahora tampoco se puede decir que son las masas las que llegan a este nivel sino unos inmensos aparatos que mediatizan este acceso. Antes las sociedades eran dirigidas por una élite de personas, mientras que en el mundo contemporáneo las mismas funciones serán realizadas por una élite de organizaciones. El lector podría objetar lógicamente que se trata de dos situaciones radicalmente diferentes puesto que, en un principio, la organización parece ser únicamente el instrumento que erigen los hombres para que sus fines se hagan realidad con una mayor prontitud y efectividad; la organización sería la representante de los grandes números por lo que si sería lícito afirmar que las masas habían alcanzado un nivel de protagonismo histórico. Pero es justamente en contra de esta opinión contra lo que Michels pretende luchar y oponerse ferozmente. El mero hecho de la aparición de una organización implica la formación de una minoría o grupo de liderazgo en su cima, que controla todas las decisiones y en definitiva regula el funcionamiento de la asociación impidiendo la participación directa de las masas en las funciones

rectoras de la organización de la que ellos han entrado a formar parte voluntariamente. El gran drama que nos presenta el autor es que la organización aparece inevitablemente en las sociedades contemporáneas, y a partir del momento en que esto sucede queda negada toda posibilidad de democracia, y por lo tanto de socialismo. Esta imposibilidad, y el paralelo mantenimiento del gobierno minoritario de una élite surgirán, en primer lugar, de la misma técnica que conlleva la organización, aunque veremos más adelante que también entran a formar parte elementos psicológicos que Michels tiene buen cuidado en estudiar con todo detalle. Pero en este apartado nos interesa principalmente tomar en cuenta el primer grupo de factores.

Cualquier organización, y aquí reside el centro del problema, implica irremediablemente el surgimiento de dos fenómenos íntimamente ligados: la jerarquía y la burocracia, y para el autor son estos dos, junto con las implicaciones que ellos acarrearán, los que van a determinar que se niegue la posibilidad de la democracia dentro de la organización. Será, pues, la naturaleza de esta última la que determinará toda esta secuencia de acontecimientos, mostrándonos su gran ambivalencia puesto que si, por un lado, es el alma esencial de la lucha de las masas, al tiempo es el punto de origen de todas las corrientes conservadoras de la democracia. Es, pues, esta dualidad la que habrá de marcar el fatal sino hacia el que se ven avocados los movimientos revolucionarios de masas.

Hagamos un pequeño inciso para ver el modo en que

Michels sigue el mismo camino que los otros dos teóricos de las élites, efectivamente también él necesita marcar los puntos, o mejor dicho el punto inmutable y esencial para la buena marcha de las sociedades humanas, que, al tiempo, será el elemento fundamental que permita plantear la idea de que existen una serie de rasgos esenciales inmutables a lo largo de la Historia que repiten indefinidamente el modo de distribución del poder político entre los hombres. Si para Pareto este elemento residía en una serie de constantes psicológicas de los individuos, y para Mosca en la incapacidad de organización de las masas, Michels ahora eleva a las grandes organizaciones a este estadio. La imposibilidad de la democracia, es decir del gobierno de las masas, dejando a un lado la vertiente psicológica, tiene su fundamento en una serie de razones técnicas o mecánicas que se derivan del hecho de que, dentro del gran número es imposible la forma de resoluciones efectivas. Así pues, cuando los hombres, impulsados naturalmente a agruparse para formar conjuntos amplios que logren fines efectivos, puesto que únicamente mediante una actuación de este tipo se puede asegurar su cumplimiento, se encuentran con que el gran número e incluso el número mediano impiden la toma de decisiones. Michels se coloca siempre en una posición de competencia entre las grandes organizaciones, para él siempre se da una perpetua lucha y competencia entre estas, por lo cual cada una de ellas necesita ser la más efectiva y la que responda con mayor rapidez al impulso que le plantea el medio exterior; y para él es evidente que esto no se puede lograr cuando se pretende que todos los miembros de un grupo determinado tomen parte en cada una de las decisiones. La democracia di-

recta es, así, imposible e impensable en todos los casos. Se hace, pues, imprescindible la delegación dentro de la organización, es decir se pasa de una democracia directa a una supuesta democracia representativa, aunque en ningún caso va a poderse dar esta última dado que en el momento en que hay representantes surgen unas minorías elegidas que sufren un rápido proceso de diferenciación de la masa acabando por convertirse en algo totalmente distinto y separado de esta. De este modo Michels acaba al tiempo con la posibilidad de la democracia representativa y con la de la democracia directa; es curioso observar, y hemos de apartarnos un poco de la línea central de exposición que hasta ahora hemos seguido, para aclarar este punto, como nuestro pensador considera como algo plenamente natural que las nuevas aristocracias se oculten bajo disfraces democráticos; para él es, pues, evidente que nos hallamos en una fase de la Historia de la humanidad que ha empujado a los distintos estados hacia la democracia. Ya no se puede concebir la existencia de un dominio de una aristocracia desenmascarado, sino que, ahora, predominan las tendencias democráticas, o mejor dicho las tendencias a encubrir el dominio de unas nuevas élites con esta nueva fórmula política. A pesar de que nuestro pensador jamás utiliza la terminología de Moscú si es posible encontrar latente la idea de que existe siempre algún tipo de razonamiento pseudo-científico o no lógico, como queramos llamarlo, que encubre los verdaderos hechos de la realidad. El papel del investigador, y en esto también coincide también con sus maestros, es predominantemente el de llegar a descubrir esta verdadera realidad anartando los velos que la ocultan a la mayoría. Pero lo que si

está claro en Michels es que en todo momento se evalúa correctamente la gran importancia que posee este elemento dentro de las sociedades contemporáneas, puesto que, a fin de cuentas, es el quien da lugar a la formación de las grandes organizaciones en la vida social, y sobre todo hace inconcebible la permanencia de un estado sin la concurrencia de los grandes partidos políticos de masas. En este sentido puede afirmarse que Michels es mucho más realista que Pareto o Mosca, siendo muy difícil encontrar dentro de su obra indicios de "nostalgia" hacia épocas pasadas que tanto resaltábamos en los otros dos teóricos de las élites.

Michels, reproduce, pues, al nivel de la organización el esquema que algunos pensadores sociales más brillantes dentro de su época vislumbraron en la sociedad. A partir de la constatación de un evidente aumento de número en estas comunidades humanas se pasa a afirmar que ello implica un inevitable incremento de la división del trabajo dado que se hacen cada vez más complejas y numerosas las tareas a realizar para lograr que haya un buen funcionamiento en dichas sociedades. Esta división del trabajo, cuyo aumento parece imposible parar puesto que para ello tendría que darse marcha atrás a situaciones históricas en las que las comunidades humanas estaban constituidas por un pequeño número de personas, y esto último no parece realizable, acarrea que cada vez existan mayores diferencias entre los individuos, desde el momento en que siempre habrán de existir tareas que sólo van a ser realizadas por unos pocos escogidos. Pero hasta el momento, aunque llegamos a aceptar toda la argumentación de Michels, no hemos encontrado todavía

el eje del razonamiento, es decir el criterio que da lugar a que exista una diferencia insalvable entre los hombres en base a las tareas que realizan; para nuestro autor este baremo es, sin lugar a dudas, el conocimiento. Y para comprender mejor el significado de dicha afirmación hemos de volver una vez más al tema de la organización. Para él la organización es el punto máximo de llegada que alcanza esta tendencia a la división de tareas, para lograr un funcionamiento más efectivo de la sociedad; la evolución de las sociedades humanas ha ido mostrando como paulatinamente han crecido los medios que posee el hombre para dominar al mundo que le rodea, y por lo tanto asistimos al crecimiento de las esferas en las que se ejerce este poder y a un aumento de los instrumentos que se utilizan para ello. Pero este proceso ha alcanzado un nivel tan alto que han surgido incluso organizaciones destinadas a alcanzar estos fines parciales que todos los individuos se han planteado a si mismos, y es dentro de estas donde el gran poder del conocimiento se ha ido haciendo más fuerte. Para que la organización llegue a ser lo que verdaderamente es, es decir la forma de unión de las voluntades de diferentes individuos que alcanza la mayor efectividad en sus acciones, y por lo tanto consigue, antes o después, los objetivos propuestos, es evidente que esta división del trabajo ha de llevarse hasta sus más altos niveles, y ello significa que existirá siempre un estrato de individuos que no sólo ejercerán las funciones más importantes, sino aquellas que un miembro normal de la organización no puede llevar a cabo porque no posee la especialización, los conocimientos y la información necesaria para hacerlo. Por lo tanto todo esto conducirá a que, dentro

incluso de la misma organización, se lleve a cabo una separación entre la minoría de los dirigentes y la mayoría de los dirigidos. Michels, por lo tanto, adopta prácticamente el mismo punto de vista que Weber al hablar de una organización, es decir presenta como sus rasgos fundamentales la jerarquía y la aparición de un cuerpo permanente de individuos dedicados exclusivamente a la resolución de los problemas que se le plantean a la organización, y a la toma de las principales decisiones, lo que denominamos el aparato burocrático. Si ello tiene importantísimas repercusiones en organizaciones del tipo del aparato de gobierno estatal, no van a ser menores estas cuando hablemos de organizaciones voluntarias en las cuales las divisiones entre los dirigentes y los dirigidos parecen ir, en principio, en contra de los objetivos que estas se plantean,

Por lo tanto hay que recordar que para Michels la organización significa fundamentalmente la jerarquización entre sus miembros, el hecho de que entre ellos exista una escala de mayor a menos importancia, que viene determinada, en lo esencial por criterios funcionales, es decir por el lugar que cada uno de ellos ocupa dentro de la distribución de tareas en su seno. Al mismo tiempo a medida que la organización se va haciendo más extensa aumentan sus necesidades, y por ello se llega a que la mayor complejidad en los asuntos que ella ha de resolver haga imprescindible la formación de un cuerpo de funcionarios altamente especializados en la resolución de los conflictos, y en definitiva en la conducción de esta maquinaria.

"La especialización técnica que resulta inevitablemente de toda organización extensa, hace necesario lo

que se ha dado en llamar la "conducción experta". En consecuencia, el poder de determinación llega a ser considerado como uno de los atributos específicos del liderazgo, y las masas lo pierden gradualmente mientras se concentra sólo en manos de los líderes."(60)

Así pues el poder de la minoría, del liderazgo como gusta en llamarlo Michels proviene esencialmente del hecho de que monopoliza el conocimiento necesario para el mantenimiento de la organización, y por lo tanto pasa a ocupar un lugar privilegiado convirtiéndose, al tiempo, en un grupo indispensable, insustituible e inalcanzable para una mayoría que ha de reconocer su necesaria sumisión a esta. Es muy interesante insistir en como Michels deja de hablar de una minoría que se mantiene en el poder en base a la fuerza o a la astucia, como hacían los otros dos teóricos de las élites, para reconocer que en una sociedad contemporánea el verdadero instrumento del poder y la dominación es la posesión del conocimiento. Fijémonos también en que ya en este autor se inicia la constatación de una separación que después será clave en los estudios sobre la burocracia y la organización en los sociólogos contemporáneos; se trata de reconocer que lo que realmente tiene importancia no es el conocimiento que tradicionalmente asociamos con la ciencia pura, sino por el contrario las aplicaciones prácticas de esta a los asuntos cotidianos. La burocracia se distingue del resto de la población por poseer un conocimiento técnico que es indispensable para solucionar los problemas que día a día retan a la organización y ponen en peligro su propia supervivencia. Es este tipo de conocimiento el que

poseen los miembros del grupo de liderazgo, y es esto lo que les separa del resto de los individuos, convirtiéndose en un núcleo muy cerrado al que es muy difícil el acceso. Pero lo que ahora nos interesa destacar del discurso de Michels es el siguiente paso que da para tratar de continuar con su razonamiento acerca de la necesidad e inmutabilidad de una estructura jerárquica en la organización. Hemos visto como la creciente complejidad de las tareas que ha de llevar a cabo una organización desde el momento en que aumenta el tamaño de un modo considerable dan lugar a que el conocimiento de determinadas técnicas para resolver los problemas divida a los miembros de una organización, tanto en base a estos conocimientos como por la realización de determinadas funciones, hecho que se deriva del primer requisito. Pero realmente esta constatación de una creciente división del trabajo no tiene todavía en si misma las connotaciones de negación de la democracia que nos presenta el autor; sería tener una idea demasiado estrecha de lo que es la verdadera democracia plantear su imposibilidad práctica desde el momento en que existe una división de las funciones entre los miembros de una comunidad cualquiera. Para que su argumentación tome forma Michels necesita dar un paso más adelante y mostrarnos cual es la siguiente consecuencia que entrañaría dicha división del trabajo, y en realidad no podemos negarle la lógica a su razonamiento, puesto que es evidente que el siguiente fenómeno que observamos es el hecho de que este grupo que monopoliza el poder, y por lo tanto el conocimiento técnico dentro de la organización, se convierte en un grupo permanente, es decir que no parece posible una renovación frecuente entre sus

filas. Es lo que Michels denomina el surgimiento del liderazgo profesional.

"Con la aparición del liderazgo profesional, sobreviene una mayor acentuación de las diferencias culturales entre los conductores y los conducidos." (61)

Para nuestro autor aquí reside el verdadero centro de la cuestión, aquí es donde queda claramente establecido el hecho de que la democracia dentro de la organización es algo impensable e irrealizable. Pero hay que profundizar algo más en los argumentos de Michels ya que, en verdad, el tema no es tan claro ni tan simple como él parece plantearlo. En principio un lector de su obra se está planteando a estas alturas una duda terriblemente lógica y que pone en serios aprietos a todo su discurso; se puede afirmar perfectamente que el hecho de que el ni el técnico sea imprescindible en la organización, y que por lo tanto haya que contar con un cuerpo de individuos altamente especializados cuya principal misión sea la de resolver los problemas que se le plantean a la organización no tiene nada que ver con la existencia de otro nivel dentro de ella, en este caso el partido político, que sería el meramente político en el que no tendría por qué entrar el ámbito técnico-burocrático. Así pues, puede llegar a establecerse que dicho procedimiento puede llevarse a cabo en el nivel político, por ejemplo en lo que respecta a la demarcación de las grandes líneas políticas que ha de seguir el partido durante un periodo de tiempo determinado. Es evidente que el ritmo que impone la sociedad contemporánea no permite la consulta permanente a los miembros de una organización acerca de los pasos a seguir en situaciones muy concretas, pero ello no se contradi-

dice con que las directrices de una actuación política a largo plazo si puedan ser tomadas por la mayoría de los miembros de una organización. Pero Michels también rechaza un argumento de este tipo considerandolo como una mera falacia por varias razones. En primer lugar contamos con las causas psicológicas, en las cuales no queremos entrar por el momento dado que reservamos este apartado del trabajo a los factores puramente técnicos u "organizacionales", los cuales pasamos a destacar. La idea punta alrededor de la cual gira todo el discurso de este autor en este terreno es principalmente la de que los líderes poseedores del conocimiento técnico, al convertirse en elementos imprescindibles no sólo se ciñen a las tareas específicas que se les han encomendado, sino que realmente forman un grupo cerrado con sus propios intereses que cuenta, y esto es lo más importante, con los medios necesarios para lograr que estos se cumplan. En el momento en que se reconoce que hay determinados elementos imprescindibles dentro de la organización es necesario aceptar que ello da lugar a una subordinación completa de esta a sus líderes, mientras que, al tiempo, estos últimos logran conseguir la realización de sus propios intereses, aún a costa de los de la mayoría. Pero, como veremos, no es en realidad que estos líderes utilicen la organización en su propio beneficio, sino más bien que el mero hecho de pertenecer a este grupo privilegiado transforma sus puntos de vista acerca de los fines de la organización y del modo de alcanzarlos, desviando, así, a esta de la senda que en un principio se había trazado.

"...la causa principal de la oligarquía en los par-

tidos democráticos habrá de encontrarse en la indispensabilidad técnica del liderazgo."(62)

Es, pues, la competencia especial del líder, su conocimiento de experto que él tiene en cuestiones inaccesibles para el resto de los miembros de la organización, lo que le proporciona una gran seguridad en su posición, lo cual para Michels desafía los principios básicos de la democracia. Se aprecia como, poco a poco, junto con el desarrollo de los argumentos del autor se va perfilando también una concepción muy peculiar de lo que es la democracia, sobre la que hemos de detenernos durante algunos instantes. Es evidente que Michels jamás se dedica por completo a plantear lo que en realidad es la democracia, y qué significa su puesta en práctica en una sociedad; está claro que, por ahora, su único interés es ver como esta misma aplicación es impensable e imposible dentro de una organización del tipo de un partido político como la que él estudia, y es por esta misma razón por lo que sus argumentos pueden parecer muy limitados al lector algo versado en estos temas. Hasta ahora hemos procurado ceñirnos mucho a los principales argumentos del discurso del autor, aunque introduciendo siempre nuevos elementos de nuestra propia cosecha; para lograr una mayor claridad en la exposición nos hemos centrado mucho en los argumentos únicamente "técnicos" que basan los motivos por los cuales la democracia es un método impensable e impracticable dentro de la organización. Quizá es esta causa la que da lugar a que la idea de democracia de Michels sea esencialmente técnica dejando a un lado todos los argumentos y factores que podríamos llamar ideológicos, y que, en definitiva, son los que confieren su verdadero sen-

tido al concepto. En realidad es este punto de vista meramente "técnico" el que adoptarán más tarde algunos de los seguidores de los clásicos de las élites, a los que se les ha denominado en algunas ocasiones los teóricos elitistas de la democracia; entre ellos es particularmente relevante la visión de la democracia de Schumpeter, sobre la que habremos de insistir más adelante. Por todo lo dicho anteriormente no sorprenderá al lector que la democracia de Michels se defina como un mero "método" organizativo que, en principio, parece oponerse radicalmente al que surge de la división del trabajo y de la aparición de minorías extremadamente especializadas, como puede ser la burocracia. La democracia supone, ante todo, la continua participación de la mayoría en todos y cada uno de los asuntos que ocupan a cada asociación, y sobre todo implica que en el caso de formación de alguna clase de jerarquía entre los miembros exista una constante renovación del personal que ocupa los puestos claves, de modo a evitar la consolidación de una minoría de líderes que los ocupen durante el suficiente tiempo como para que se produzca su separación de la mayoría. Pero precisamente toda esta definición, que de una manera negativa se transluce en los escritos de nuestro autor, se ve negada, como hemos visto hasta ahora, por el propio ser de la organización; en el momento en que se está de acuerdo en que los fines de esta han de ser llevados a cabo con la máxima eficiencia, y cuando, al mismo tiempo, se reconoce que son necesarios determinados conocimientos altamente especializados para cumplir las funciones que exige la buena marcha de la organización en cuestión, se ve claramente que esta democra-

cia no podrá ponerse en práctica en ningún momento. De este modo queda claramente expuesto el hecho de que, para Michels, democracia no implica en sí misma ningún tipo de elemento ideológico o ético, si podemos denominarlo de esta forma. sino que se presenta unicamente como una forma de procedimiento para los hombres, que así pueden escoger en cada momento los medios más adecuados a los fines que previamente se han planteado; método, que, además, es totalmente obsoleto e inútil desde el momento en que se asiste a un aumento considerable en el número de miembros que componen una sociedad humana, y por lo tanto las diferentes organizaciones que van a ir apareciendo en su seno.

Continuando con su razonamiento inicial Michels. niega también la posibilidad de substituir la democracia directa por un sistema de representación, aunque en un principio podría parecer que el sistema de la representación superaría todos los inconvenientes que plantea el autor al funcionamiento de la democracia en la organización. Y aquí es, en realidad, donde deberíamos de recurrir a los argumentos psicológicos que en otros momentos hemos apuntado, pero que preferimos dejar para más adelante confiándonos a los razonamientos puramente "organizacionales". La representación, para nuestro autor, no es sino un instrumento altamente efectivo y sutil para ocultar que, en realidad, lo que está funcionando es un dominio de una minoría y no la participación de las masas; sería la "fórmula política", en la terminología de Mosca, que permite seguir manteniendo las ilusiones de democracia en una sociedad que necesita creer en la intervención mayoritaria en los asuntos públicos. Lo

único que se consigue mediante la representación es convencer a los miembros de una organización que participan en la elección de los que van a gobernar a su asociación durante un periodo de tiempo determinado; pero la elección se reduce, en primer lugar, al acto de escoger a un determinado individuo para un cargo concreto, no admitiéndose una posterior influencia en la dirección que va a tomar el gobierno de esta área particular dentro del gran conjunto. Por lo tanto la primera objeción que se plantea al tema de la representación es que se trata de un acto que se reduce a un momento muy corto, no dando paso a lo que exigiría un verdadero sistema democrático, el control continuo de los miembros de la organización sobre la marcha de los asuntos de esta. Pero, además, no todo acaba aquí; hemos de volver a recordar dos ideas básicas de nuestro autor para poder avanzar aún más: en primer lugar no hay que olvidar que la democracia se concibe de un modo instrumental, y creemos haber insistido suficientemente sobre este punto para no tener que volver otra vez sobre él. Pero también hay que tener siempre presente el hecho de que la superioridad de la minoría se basa en lo principal en su posesión de unos conocimientos vitales para la organización, y a la vez difícilmente alcanzables por la mayoría. De estas dos ideas se desprende que es totalmente inevitable que, por un lado, estos líderes sean difícilmente sustituibles, y que, por otro, estos mismos busquen la manera de asegurarse en sus puestos, lo cual, en un sistema representativo, supone tratar de ser elegido en la siguiente elección.

"Cuando los obreros eligen a sus propios líderes es-

tán forjando con sus propias manos nuevos amos, cuyos medios principales de dominio están en las mentes mejor construidas."(53)

La elección se convierte, así, en un instrumento esencial dentro del partido político, al cumplir una doble función: por un lado convence a los electores que de alguna manera participan en el gobierno de su propia organización; por otro lado supone una legitimación muy poderosa del poder de los líderes, cuya principal preocupación será, a partir de ese momento, la de asegurarse la reelección. Los medios que Michels señala como los más aptos y utilizados para tal objetivo son los que, más tarde, también señalarán otros estudiosos de los partidos políticos, y hemos de volver sobre ellos en otra ocasión, puesto que el hacerlo ahora nos alejaría demasiado de nuestra línea de exposición. Lo que sí tenemos que apuntar aquí es que esta necesidad de mantener en sus puestos a los líderes más capaces, se ve unida a la propensión que tienen ellos mismos a evitar dejar sus sitios lo que da lugar a la aparición de los fenómenos más característicos dentro de las organizaciones partidarias contemporáneas; entre ellos Michels señala el de la acumulación de cargos. En resumidas cuentas la elección no es más que el modo de legitimar el poder de la minoría de personas, acto en el que finaliza la participación de los militantes de un partido político, para dar paso al inmediato dominio de una élite sobre la mayoría. El elegido tratará, desde entonces, disfrazar sus propias actuaciones como si estas fueran un resultado directo de la voluntad de las masas. De este modo nuestro tercer teórico de las élites explica, a partir de la organización y sin recurrir, por el momento, a

otro tipo de argumentos, como la mera necesidad de la organización da lugar, inevitablemente, a la aparición de lo que él llama el "liderazgo profesional", y por lo tanto afianza el gobierno de unos pocos, a pesar de que formalmente, en nuestro tiempo, un barniz de "pseudo-democracia" sea extremadamente útil y hasta imprescindible.

Quizá el lector esté, a estas alturas, un poco cansado, ya que la exposición de este primer apartado parece estar alargándose en demasía, pero creemos importante el seguir, en un principio, el discurso de Michels con extremo detenimiento, puesto que sólo de este modo podemos afianzar las bases para una mayor comprensión de partes posteriores de su discurso. En definitiva el proceso que hemos querido ir apuntando puede resumirse en unas breves líneas que nos servirán de preludio para un apartado posterior. El autor comienza afirmando que las grandes organizaciones contemporáneas han surgido por la necesidad que tiene la mayoría de organizarse para derrocar a la minoría, y en esto coincide plenamente con las ideas de su maestro; pero a partir de aquí se desencadena todo un proceso no determinado por elementos externos sino por la misma esencia de la organización. Partiendo del postulado clásico elitista de que las masas son incapaces de participar en el proceso de toma de decisiones, y sin abandonar jamás esta idea, Michels observa que el aumento de complejidad en toda organización implica el surgimiento de funciones especializadas que incrementan su poder con el crecimiento del tamaño de la organización. Esto es lo que da lugar a la aparición del liderazgo profesional, y a partir de aquí esto mismo creará

intereses divergentes de dirigentes y masas, llegando a un punto extremo en el momento en el que las masas sigan considerando a la organización como a un medio, mientras que los dirigentes consideren como objetivo primordial la propia conservación de la organización.

Esperamos haber dejado suficientemente claro un tema como este que nos permite avanzar aún más en la particular formulación del elitismo de Michels, y llegar así a presentar un cuadro global de las aportaciones de nuestro tercer clásico del elitismo. Sin embargo creemos interesante ofrecer al lector una aguda clasificación que nos presenta el sociólogo Juan Linz (64) al referirse a las características de la oligarquía en Michels y al proceso que él marca dentro de esta transformación que sufre la organización.

1. Aparición del liderazgo.
2. Aparición del liderazgo profesional estabilizado.
3. Formación de la burocracia.
4. Centralización de la autoridad.
5. Desplazamiento de objetivos, en particular desviación de fines últimos hacia fines instrumentales.
6. Creciente rigidez ideológica.
7. Incremento de las diferencias de puntos de vista entre los líderes y los miembros de la organización.
8. Disminución de las oportunidades de participación de los miembros de la organización.
9. Cooptación de los líderes de la oposición naciente por los ya confirmados.
10. Viraje del llamamiento a los miembros al llamamien-

to del electorado, primero de clase y después más amplio.

A pesar de no haber tocado todavía todos los puntos que aquí plantea Linz no está de más tenerlos como guía para la lectura de futuros apartados.

V.2.3. La necesidad psicológica del liderazgo.

Entramos ahora en la consideración de la segunda serie de elementos sobre los que Michels basa toda su teoría de la transformación del líder elegido en miembro de un grupo oligárquico que se separa paulatinamente de la masa que le ha elegido entre otros. Nos referimos, evidentemente, a los requisitos psicológicos de los que tanto hemos hablado en el apartado anterior pero que no hemos querido analizar con cierto detenimiento hasta este momento. En realidad parece como si Michels quisiera rendir un homenaje tanto a Mosca como a Pareto al introducir dentro de su propio discurso los elementos que cada uno de ellos quiso resaltar, Mosca el de la organización y Pareto el psicológico. Pero, una vez marcada esta analogía hemos de aclarar que el supuesto análisis psicológico de Michels tiene poquísimos puntos de unión con el que planteaba el "solitario de Célligny", hasta el punto de que sería realmente muy arriesgado afirmar que existe algún tipo de conexión entre ambos. De todos modos si pueden marcarse ciertas coincidencias, no derivadas propiamente del estudio sino de la actitud adoptada ante este; hay que recordar que ninguno de los dos

se propone dedicar una parte importante de su obra al estudio de estos temas, por ello en ambos casos nos encontraremos con una gran carencia de base psicológica que da lugar a que sus intentos de tratar aspectos dentro de este terreno sean bastante estériles o al menos poco profundos, Michels, como es fácil de imaginar, no tiene en ningún momento las pretensiones que caracterizaban a Pareto y que daban lugar a su importantísima teoría de los residuos y las derivaciones, pero, al igual que este, llega un momento en que todo el desarrollo de su discurso le exige que encuentre un elemento de homogeneidad en la naturaleza humana que establezca, de una vez por todas, las bases de un edificio teórico aún en construcción. De nuevo aparece, pues, el recurso a un pretendido fondo psicológico del individuo para mostrar que hay tendencias innatas en el individuo que le empujan a actuar en una determinada dirección sin que le sea posible evitarlo; es el factor de la homogeneidad frente al factor de cambio lo que va a encontrarse en esta psicología a la que recurren los diferentes teóricos de las élites, cuando se encuentran en una posición difícil. De todos modos, a pesar de que esta actitud es común tanto a Michels como a Pareto, no hemos de exagerar la importancia de los elementos psicológicos en el primero, puesto que ellos ocupan un lugar mucho menos relevante que el elemento de la organización que antes estudiábamos.

El estudio psicológico de Michels, y realmente no sé hasta qué punto es correcto el utilizar dicha denominación, sin duda demasiado pretenciosa para lo limitado del intento del autor, comienza restringiendo ya de entrada su

campo de estudio, al no fijarse en una incial visión general del ser humano sino pasar directamente a la consideración de algunas características muy concretas de los dos grupos humanos que le interesan: el de los líderes o minoría gobernante y el de los dirigidos, la mayoría desposeída de todo poder. De este modo apreciamos la forma en que el autor se liga en todo momento al objetivo que se había marcado desde el comienzo de su obra: el estudio de la aparición de los fenómenos oligárquicos en el seno de las organizaciones pretendidamente democráticas, y en particular de las más representativas dentro de las sociedades contemporáneas: los partidos políticos de masas. Si antes ya se había logrado ver cuales eran las tendencias innatas dentro de estas grandes asociaciones que hacían, ya de por sí, imposible la participación democrática de la mayoría en todas sus esferas y en su funcionamiento, sólo queda ahora ver si existen tendencias innatas en los hombres que los empujen a mantener dicha línea de evolución, o si, por el contrario, hay alguna fuerza que actúe en el sentido contrario. Evidentemente está muy claro que será la primera solución la que prevalezca definitivamente. Entremos, pues, de una vez por todas en nuestro tema, manteniéndolo, a efectos expositivos, la diferencia que establece Michels en su análisis, por ello estudiaremos primero las tendencias psicológicas que predominan en la masa, para pasar después a vislumbrar aquellas que tienen la misma función dentro de los grupos de liderazgo.

Tenemos que comenzar por uno de los dos grupos y nos hemos decidido hacerlo por el de la mayoría, y para que la exposición posea un hilo conductor perfectamente

delimitado hemos de recordar algunas ideas que antes ya habíamos apuntado. La primera y más importante, sin lugar a dudas, es la que proclama la incompetencia de las masas; habíamos visto que esta afirmación aparecía en todos los discursos de los teóricos clásicos de las élites y era verdaderamente un punto central en toda su construcción teórica, por ello no es de extrañar que en Michels también ocupe un lugar de importancia. Pero, sin embargo, esta coincidencia no implica de modo alguno que no existan determinadas peculiaridades en el discurso de este autor que tengamos que destacar para lograr una óptima comprensión de todo su planteamiento. Este pensador comienza proclamando que la organización es algo necesario desde el momento en que nos encontramos con un gran número empeñado en un objetivo común; veíamos que era imposible aunar todas estas voluntades sin recurrir a este ordenamiento. Esta imposibilidad era, pues, la que daba origen a que fueran apareciendo las grandes organizaciones en nuestras sociedades contemporáneas, con todas las consecuencias que ello implicaba, y que señalábamos en el apartado anterior. Pero no nos interesa volver ahora a puntos que ya tratamos anteriormente, sino que lo que queremos destacar son las consecuencias principales de esta idea de la incompetencia. Vemos que, en cierto modo al igual que Mosca, Michels no establece una diferenciación entre los hombres previa a su inserción en estas grandes organizaciones, como lo hacía Pareto con su teoría de los residuos, sino que centra la raíz de esta incompetencia únicamente en el problema del número. Desde el momento en que entramos en la era de las sociedades de masas se hace imprescindible contar con estos grandes aparatos

que dirigen al gran número en el camino que les llevará a alcanzar determinados objetivos de un modo eficiente. Vemos que con estas ideas nuestro autor, al afirmar la necesidad de un aparato y aún más de unos líderes que guíen a las mayorías, está también dando una extremada importancia a la acción de las masas en nuestras sociedades. Quizá sea este el elitista clásico que tienen más presente que en el estudio de desarrollo que han alcanzado las grandes sociedades de nuestros días es totalmente ilusorio el pensar que se puede prescindir de la masa y continuar en unas comunidades gobernadas por pequeñísimas minorías, como ocurría en épocas pasadas. Una cosa es que el gobierno de estas minorías sea, en última instancia, la única realidad que podemos señalar y que es común a todos los grupos humanos, pero ello no quiere decir que en la época contemporánea la acción de las masas, y mejor dicho el apoyo de estas puede resultar superfluo; Pareto y Mosca también reconocían en algunos momentos el enorme poder de las grandes masas pero ninguno de ellos planteó el tema tan claramente como Michels: aunque llegue a ser un hecho indudable, y a la vez inevitable, que sea una minoría la que toma las decisiones fundamentales dentro de las grandes organizaciones, es evidente que estos líderes existen por y para el aparato que, en definitiva, se basa en la existencia de estas grandes mayorías que se adhieren a él movidas por la fe en poder alcanzar un objetivo concreto y determinado. De este modo el dominio de los líderes no puede ser considerado en ningún momento como algo por encima y separado de las masas, sino fundado y mantenido en la gran fuerza que esta posee; en el momento en que encuentra un hueco en que encuadrarse y unos individuos con

ciertos conocimientos que los dirigen hacia fines concretos.

Pero, una vez aclarados estos puntos que nos serán de gran utilidad para continuar con nuestra exposición, hemos de centrarnos en el tema que, en realidad, da sentido a este apartado; las masas son basicamente incompetentes y por ello surge la organización como marco en el que estas se encuadran, y a partir de aquí son las exigencias básicas de la organización, la jerarquía y la burocracia, las que darán lugar a la formación de un grupo de liderazgo que se sobrepone al conjunto homogéneo inicial que había formado la primitiva agrupación. Se produce, pues, la división sobre la que tanto hemos insistido entre líderes y masa, y es sobre esta división en lo que queremos fijarnos ahora, viendo cuales son las relaciones entre ambas partes del conjunto. Para Michels, y esta es quizá la idea fundamental, existen unas tendencias psicológicas innatas que refuerzan aún más las que habían sido marcadas por los propios movimientos organizacionales. Por lo que respecta a las masas su propia incompetencia, que en cierto modo es asumida aunque no lo sea de un modo completo, da lugar a que surja una necesidad psicológica de contar con unos líderes en los cuales apoyarse, y reconocer su superioridad, a pesar de que se piense que están sometidos, en última instancia, al poder de la masa. El liderazgo es, pues, imprescindible desde dos puntos de vista diferentes: por un lado es el resultado inevitable del propio hecho de la organización, y en segundo lugar viene determinado por las características propias de la naturaleza de los seres humanos, y en particular de las masas.

"La incompetencia de las masas, que en último análisis reconocen siempre los líderes, sirve para dar una justificación teórica al dominio de estos." (65)

De este modo el fenómeno del liderazgo viene también apoyado por parte de aquellos que se encuentran en una posición de subordinación con respecto al dominio, pero que necesitan una guía que les sirva para apoyarse, y, en realidad, para sentirse protegidos. El dominio del líder no es, pues, algo impuesto a las masas sino que, por el contrario, existe siempre un alto grado de aceptación de este. Estas ideas nos llevan directamente a la consideración del problema del recambio en el liderazgo; aunque tenemos pensado dedicar nuestra atención a este asunto en páginas posteriores ello no es óbice para que nos detengamos brevemente en él ahora. Michels comparte ampliamente, y no deja de afirmarlo en repetidas ocasiones, las implicaciones de la teoría de la circulación de las élites de Pareto o del propio Mosca, sin embargo tampoco duda en afirmar repetidamente que, en lugar de un recambio general en el grupo de liderazgo, existe siempre una renovación parcial; con esto nos quiere decir que los elementos de permanencia tienen mucho más peso que los de cambio y transformación. Y es aquí donde influyen poderosamente los factores psicológicos de los que estamos hablando en este momento. Dejando a un lado la fuerte tendencia que tienen los líderes a permanecer en sus puestos de privilegio es evidente que las masas se sienten fuertemente ligados a sus líderes, y es este mismo apego el que da lugar a que sea muy difícil que apoyen a nuevos líderes, sino que, más bien, siempre apoyarán a los antiguos. En reali-

dad puede decirse que se produce un impacto mutuo inconsciente entre ambos que es muy difícil de romper; la masa es esencialmente conservadora y por ello se asegura más la minoría gobernante en sus puestos directivos. Si a todo esto se unen las diferentes medidas que utilizan los líderes para continuar en sus puestos de privilegio comprenderemos por qué Michels llega a la doble conclusión de que el liderazgo es algo imprescindible dentro de la organización y a la vez bastante inamovible. Sin embargo, y sólo quiero apuntar por ahora este punto, nuestro autor no es tan ingenuo como para negar la existencia de un cierto recambio entre los líderes, la unión entre ambos grupos no es eternamente duradera, sobre todo si la minoría no tiene cuidado de mantener, aunque sólo sea formalmente, sus lazos de unión con la masa que la apoya, y no trata de cooptar los posibles nuevos jefes jóvenes que surgen en la masa y que pueden acabar con su monopolio. De este modo nuestro autor se une de una vez por todas con el grupo de los teóricos de las élites en lo que se refiere a la concepción del cambio de personal en los puestos más significativos de las grandes organizaciones, al tiempo que sigue resaltando el papel fundamental que juegan los factores psicológicos en todo este complejo proceso.

Pero si ya hemos resaltado la existencia de una tendencia común a los miembros de la mayoría a necesitar de individuos que cumplan el rol de guías y directores de sus propias voluntades, formando así una unidad entre líderes y masa que es muy difícilmente rompible y que reafirma la permanencia de estos elementos en sus puestos directivos

, tampoco hay que despreciar las transformaciones que sufren estos elementos directivos, siempre en el plano psicológico, una vez que logran acceder a los grandes centros de decisión. Quizá nuestro autor concede una mayor importancia y dedica un mayor esfuerzo a este segundo tema, y por ello no tenemos más remedio que prestarle toda nuestra atención.

"Con la institución del liderazgo comienza, como consecuencia de lo prolongado de la función, la transformación de los líderes en una casta cerrada." (66)

En esta breve frase se podría condensar todo el discurso de Michels sobre este segundo aspecto de la cuestión en el que ahora nos centramos. Hemos visto como el apego, la necesidad incluso, que siente la masa de verse dirigida, de contar con un líder daba lugar a que apareciera un verdadero culto hacia estas personas, lo cual hacía muy difícil la existencia de un verdadero proceso de renovación en sus filas. En todo caso se llegaba a asistir a la introducción de algunos elementos nuevos muy aislados que eran cooptados por la vieja minoría, que, ante la disyuntiva de incluirlos en sus filas o arriesgarse a la formación de una nueva minoría que supusiese una fuerte oposición a su dominio en el seno de la mayoría, no dudaba en optar por la primera solución. Lo complejo del tema, y a la vez su máximo interés, reside en el hecho de que, en el caso que analiza nuestro autor no se trata de una minoría formada previamente que llega a ocupar los centros neurálgicos del poder en base a una decisión consciente de poseer el máximo de poder, sino que se trata de una serie de individuos, pertenecientes en un principio a la masa, y que mediante una elección por parte de

de la mayoría se ven empujados a estos puestos como supuestos representantes de la masa que ha depositado en ella toda su confianza. Si realmente seguimos el razonamiento del autor no podemos dejar de dudar acerca de la "veracidad" de dicha elección, y habremos de tener en cuenta que el nuevo líder había utilizado numerosos recursos para conseguir ser votado; pero a pesar de todo ello tampoco podemos afirmar, y de hecho Michels jamás lo hace, que se trate de personas que se diferencian en algún rasgo importante del resto de los miembros de la organización. Lo realmente sorprendente es que se trata de miembros de la mayoría los que acceden a la jefatura, y es entonces cuando sufren un gran proceso de transformación psicológica que dará lugar a que la representación se convierta en concentración permanente del poder en manos de los menos. Es curioso que nuestro autor no parece contar nunca con la posibilidad de que existan ya élites en germen dentro de la masa que tengan muy claro el propósito de monopolizar el poder dentro de las más altas esferas de la organización; en principio parece creerse a piés y juntillas en la buena voluntad de estas personas, que únicamente una vez en el poder acaban por creer verdaderamente que su misión es la de preservar la organización por encima de todos los demás objetivos, y que un punto fundamental en el cumplimiento de dicha labor pasa por permanecer el mayor tiempo posible en sus puestos ya que ellos son los poseedores de toda una serie de conocimientos que son los que permiten la supervivencia y la buena marcha de la organización.

"Cuando en cualquier organización la oligarquía ha

alcanzado un estado avanzado de desarrollo, los líderes comienzan a identificarla consigo, no sólo las instituciones partidarias, sino también la propiedad del partido. Este fenómeno es común tanto en el partido como en el estado." (67)

Realmente es impresionante la precisión y a la vez la dureza con la que Michels nos plantea las conclusiones de su análisis, y por ello nos resulta de una extraordinaria utilidad el referirnos de cuando en cuando a algunos fragmentos de sus escritos para poder seguir mucho más de cerca todo su análisis, y al tiempo ser capaces de introducir nuestras propias opiniones al respecto. En este punto el autor nos presenta un estilo literario mucho menos lleno de digresiones e infinitamente más directo que el de Pareto, e incluso el de Mosca; menos atraído por el tema histórico, a no ser por algunos ejemplos de la historia del partido socialista alemán, a la que hace referencia en ciertas ocasiones para basar sus conclusiones, los escritos de Michels plantean una hipótesis inicial y van desarrollándola sin dejar lugar para las digresiones o los juegos dialécticos como ocurría en el caso de Pareto, y en ocasiones también en el de Mosca; por todo ello podríamos afirmar que, en un cierto sentido, es menos decimonónico, al menos en su forma de exposición que los otros dos pensadores, lo cual hace que su prosa gana en concreción y atraiga el interés del lector sin llegar a abrumarlo o a aburrirlo con excesos de erudición, pero al mismo tiempo también le resta algo de encanto, del sabor un poco decadente, del que estaban impregnados, sobre todo, la mayor parte de los escritos de Pareto.

Pero volvamos, tras esta breve digresión, a lo que realmente nos interesa y ha de presentarse como el centro de nuestra actual exposición; afianzándose aún más las tendencias de la propia organización los miembros de esta que llegan a ocupar puesto de dirección sufren unos cambios psicológicos que dan lugar a que se agranden sus divergencias con sus electores y que lleguen a adoptar una línea característica de comportamiento que afectará al sentido que toma la marcha de la susodicha asociación. No es que los líderes adopten conscientemente una táctica para llevar a esta en una determinada dirección, nuestro autor no piensa jamás en ello, sino que, en base a las características de la propia naturaleza humana, se produce un movimiento incontenible hacia el afianzamiento de los individuos en sus puestos, al tiempo que estos confunden los fines de la organización con los de su propia supervivencia. Este movimiento parece realizarse de un modo totalmente inconsciente hasta para los mismos sujetos que lo sufren, y siempre se mantienen las mismas formas que presentan aparentemente un sometimiento de la minoría a las grandes decisiones de la mayoría. Además el hecho de que este proceso tenga lugar conforme a las directrices que marca la naturaleza humana va a traer como consecuencia que este siga siempre una misma línea a pesar de que tenga lugar en organizaciones de diferente signo ideológico.

"El burócrata se identifica completamente con la organización, y confunde sus propios intereses con los de ella. Toma toda crítica objetiva al partido como una afrenta personal. Esta es la causa de la incapaci-

dad evidente de todos los líderes partidarios para prestar una opinión serena y justa a las críticas hostiles."(68)

Hemos querido introducir esta cita, aún a riesgo de caer en un exceso de referencias a los textos originales de los autores, porque en ella se resume el principal rasgo de la transformación psicológica de los líderes que tendrá importantísimas consecuencias en la buena marcha de la organización. Llega un momento en el que el líder confunde los objetivos para los cuales fue elegido con la permanencia de la organización en la que ocupa un puesto de dirección, y aunque aparentemente siga siendo fiel a estos principios primeros, no cabe duda de que su mayor interés reside en mantener el aparato aún a costa de traicionar a estos mismos principios. Y lo realmente importante, lo que caracteriza la postura de Michels, es que se afirma que esto ocurre tanto en un partido formalmente democrático como en todo otro tipo de organización; pero en el primer caso, que es el que realmente le interesa a él, esta tendencia va a tener consecuencias de radical importancia en la determinación de la política que va a seguir.

Si la propia organización hacía imposible el mantenimiento de los procedimientos democráticos en aquellos partidos políticos que habían planteado a esta misma democracia como uno de sus objetivos básicos, no nos tendrá que sorprender que este hecho se haga mucho más evidente en el momento en que se toma en cuenta la propia naturaleza del liderazgo; efectivamente, para Michels no hay nada que vaya

más en contra de la democracia y también del socialismo que el hecho de plantear la supervivencia de la organización por encima de los fines de la misma. Y además no es sólo que peligre la democracia, es decir que desaparezca por completo desde el momento en que los líderes se separan por completo de las masas y miran más por su propia permanencia, ligada, evidentemente con la buena marcha de la organización, evitando, de este modo, todo proceso de innovación que pueda llegar a poner en peligro su propio dominio y tratando de asegurar por todos los medios posibles su reelección, sino que esta misma tendencia acabará definitivamente con todo planeamiento revolucionario en la política de un partido político. Esta transformación psicológica de los líderes corta por completo su comunicación y su dependencia de las masas, pero además impone un sello conservador a su actuación política, no arriesgando ni un ápice para no correr peligro de poner en cuestión la supervivencia del partido político. Es por todo ello por lo que los partidos socialistas siguen inevitablemente una línea que les empuja hacia el reformismo, sus bases populares se amplían porque cada vez es más necesario el apoyo de las masas para lograr triunfar en un juego de competencia política (69); y este mismo hecho, junto con el de la constitución de un liderazgo terriblemente permanente da lugar a que sus objetivos políticos se moderen paulatinamente, entrando en un juego dentro del sistema que atrae a un gran número de la población, pero que deja a un lado el arriesgado camino de la revolución.

Pero habremos de tocar estos temas en el apartado

siguiente; ahora nos interesa destacar que con la anterior exposición de los factores organizacionales que influyen en la formación de una oligarquía partidaria, y habiendo completado el esquema con esta breve referencia al otro tipo de factores que Michels hacía constar, los psicológicos, hemos completado toda la construcción teórica que el autor nos presenta como base fundamental de su teoría. Una vez contando con todas las piezas del rompecabezas sólo nos queda por ver, y posiblemente esta sea la parte más interesante de todas, como va a funcionar la maquinaria y cuáles van a ser las principales consecuencias que se derivan de esta puesta en marcha.

V.3.4. Consecuencias del análisis.

Una vez expuestos y estudiados con cierto detenimiento los principales factores que intervienen en el análisis de Michels en una exposición que quizá se ha hecho demasiado ardua para el lector, estamos ya preparados para entrar de una vez por todas en la consideración de cuáles van a ser las consecuencias de todo este planteamiento en la construcción teórica del autor. Por ello dedicamos este cuarto apartado a tratar de presentar el gran sistema que ha acabado por formarse en base a toda la anterior elaboración, lenta y minuciosa, pero totalmente imprescindible para el fin que perseguía nuestro pensador. En este intento tendremos que tocar a unos temas diferentes, pero todos ellos íntimamente conectados, de modo que no nos encontrare-

mos con un conjunto de piezas deslabazado, sino con un núcleo coherente y unificado; recordemos, de todos modos, para poder seguir mucho más fácilmente nuestra exposición, que el fin último de todo el discurso de Michels puede resumirse en la proclamación de la imposibilidad de la democracia y el socialismo, y en la afirmación de que la oligarquía es un fenómeno intimamente ligado con el de la organización, de modo que ambas realidades siempre se encontrarán juntas.

Todo el anterior estudio de los factores organizacionales y psicológicos que influían de un modo determinante en la organización interna de los grandes partidos políticos y, por lo tanto, en esta generalización constante que caracteriza a nuestro autor, a todas las asociaciones que reúnen a un gran número de personas, no dejan lugar a pensar en la posibilidad de una organización de tipo democrático, ni siquiera recurriendo a la subterfugio representación. Michels nos dirá de un modo muy tajante, y ello refleja todo el hondo sentir del autor:

"La organización política conduce al poder. Pero el poder siempre es conservador." (70)

¿Cuál será el verdadero significado de esta frase en el pensamiento de Michels, ahora que ya conocemos toda la base de su planteamiento? Simplemente se trata de negar una doble posibilidad que había alentado a la mayoría de los pensadores políticos europeos del siglo XIX, la esperanza de que la democracia, concebida en un sentido fundamentalmente progresivo, podría ser finalmente alcanzada en una so-

ciudad que veía, por primera vez, llegar a las grandes masas a la esfera de lo público, en definitiva de lo político. La tarea de los teóricos de las élites, como estamos viendo, reside esencialmente en negar dicha posibilidad desde varios puntos de vista, mostrando la inevitabilidad del gobierno de la élite, del de una pequeña minoría, como característica común a todas las sociedades pasadas, presentes y futuras. Michels asume plenamente dicha posición y se empeña en mostrarnos como este gobierno de la élite, de cuyas características en épocas pasadas no se ocupa en ningún momento, se funda sobre todo en la propia naturaleza de la sociedad de masas. El gobierno de la oligarquía no es algo que viene impuesto desde fuera y que, por lo tanto es ajeno a la propia sociedad, sino que hunde sus raíces en lo más profundo de esta, y sobre todo de la sociedad de masas, derivando directamente del hecho mismo de la organización; y como hemos visto en numerosas ocasiones organización y democracia son términos absolutamente reñidos. Por ello nuestro autor no tiene necesidad de recurrir a fenómenos ajeno a la naturaleza de la organización, al tiempo que liga estrechamente la aparición de esta con el advenimiento de las masas a la escena pública, como tuvieron que hacer otros teóricos dentro de la misma corriente; por todo ello su planteamiento es quizá el más restringido de nuestros tres pensadores, pero es, al mismo tiempo, aquel que empieza y acaba en si mismo, y es esta misma cerrazón la que hace particularmente difícil que el investigador pueda penetrar dentro de su pensamiento, llevando a cabo una crítica certera. En realidad toda la argumentación de Michels sigue un camino tremenda-

mente lógico, siendo casi imposible descubrir fallos o contradicciones una vez que se han aceptado sus principios. La prueba de dicha precisión y agudeza la tenemos en que, a pesar de ser un autor terriblemente criticado, todo el pensamiento de Michels acerca de la organización sigue ocupando un lugar de honor dentro del campo de los estudios de la organización, hasta el punto de que algunas de sus ideas básicas están todavía como piedras de base para el pensamiento social contemporáneo. De todos modos el principal punto que ha de tener en cuenta el lector atento, y que puede ser un instrumento muy útil para llevar a cabo una lectura crítica de todo este pensamiento, es la pretensión de nuestro autor de generalizar los resultados conseguidos tras un intenso estudio de un tipo de organización muy particular, el partido político de masas, al resto de las organizaciones particulares que concurren dentro de la sociedad contemporánea, e incluso extendiendo estos al propio aparato del Estado. Lo acertado de dicha generalización puede ponerse en duda en estos momentos.

Pero hemos de darnos cuenta, antes de continuar más adelante con lo que implica realmente para Michels negar la posibilidad de la democracia dentro de la organización. En primer lugar hemos de fijarnos muy particularmente en la insistencia que pone el autor en convencernos de que la marcha de las sociedades contemporáneas en las que, repetimos, él se fija exclusivamente, dirige su marcha hacia lo que se ha considerado como la gran meta de la humanidad, el logro de la democracia; sería absurdo pensar que en nuestro mundo se pudiera volver hacia anteriores formas aristocrá-

ticas. De ahí lo dramático de la negación de la posibilidad de poner en práctica este gran ideal, al tiempo que se niega toda veleidad de marcha atrás hacia etapas ya superadas por completo. Michels hace gala, en todo este campo, de una gran ambigüedad, o mejor dicho de constantes vaivenes en su consideración del fenómeno democrático en cuestión; por un lado es evidente que en su empeño de atacar las posturas ideológicas que pretenden convencer de que ha llegado la gran hora de la redención democrática de la humanidad su postura es totalmente "tecnicista", en el sentido de que considera a la democracia como un mero método de elección de representantes y de gestión de los asuntos comunes, sin tener en cuenta en ningún momento otros aspectos más profundos que pueda conllevar dicha concepción. Pero, al mismo tiempo no podemos negar que le atribuye mucho mayor alcance desde el momento en que reconoce que la concepción democrática está en la base de todas las ideologías progresistas e incluso revolucionarias que han animado a muchas de las grandes mentes de la Europa contemporánea. La negación de la democracia implica, pues, al mismo tiempo el rechazo de todas las pretensiones e ideales de estas ideologías, que fallan desde su propia base; entre estas Michels pone un especial empeño en resaltar como el socialismo se incluye dentro de este mismo grupo. Es, pues, por medio de este análisis de la estructura interna de la organización como se va a poder negar toda posibilidad de puesta en práctica de ideologías más progresistas, y sobre todo del socialismo.

La complejidad de la vida política es la causa fundamental por la cual es totalmente imposible ordenar las

grandes organizaciones en base al sistema democrático, y sobre todo esto lleva a que el recurso al método de la representación se haga imprescindible. Pero dentro de este marco de complejidad y diferenciación crecientes está claro, al menos para nuestro autor, que la representación conduce directamente a un dominio total de los representantes sobre los representados. De este modo se asiste, en nuestra época, al paso de los sistemas de representación democráticamente puros a aquellos sistemas que Michels gusta en llamar bonapartistas, es decir aquellos en los que el poder de un único líder o de un grupo muy reducido de estos viene formalmente apoyado por un plebiscito mayoritario, pero sin que se de una verdadera relación de representación entre ambas partes. Es totalmente absurdo, nos dirá el autor, pensar que puede representar una masa heterogénea de intereses en todos los innumerables problemas nacidos de la creciente diferenciación entre los diversos campos de la vida política y económica de nuestras sociedades, de modo que, cuando la gente se empeña en seguir hablando de representación se debe de entender por ello que un deseo puramente intelectual se disfraza y es aceptado así como la voluntad de la inmensa mayoría. Pero aquí reside la verdadera importancia de todo este tema, no podemos pensar que todo se reduce a este gran fallo, sino que lo que realmente importa es todo ese conjunto de consecuencias que se van desgajando paulatinamente de este, y entre ellas parece que Michels tiene especial empeño en destacar el fin de la crítica y de la desviación dentro de la organización y una profunda transformación en la personalidad de los líderes. Son estas dos consecuencias lógicas de todo el proceso anteriormente des-

critico que no pueden sorprender ya al lector que ha seguido atentamente el desarrollo de este discurso. En lo que respecta al primer punto señalado es evidente que aquí sigue imperando una visión puramente instrumentalista de la democracia, fijándose, en embargo, en uno de sus puntos fundamentales: la crítica interna. Si en otro momento nuestro autor hacía un particular hincapié en que la democracia suponía básicamente una frecuente renovación en los cargos directivos así como una participación común en la gestión de los asuntos comunes, ahora añade un nuevo rasgo imprescindible para la realización de la misma: la existencia de una crítica mutua que irá haciendo avanzar al sistema democrático dentro de la organización. Pero es evidente que el sistema no va a poderse llevar a cabo con un dominio de una oligarquía, de tipo bonapartista, como decíamos hace un momento. Toda crítica que se dirige hacia un aspecto concreto de la organización se toma como un ataque perjudicial para esta, y se rechaza violentamente. De este modo la crítica se identifica con la desviación, y se instituyen una serie de drásticas medidas para su penalización; al monopolio del poder y de la toma de decisiones en los escalones más altos de la organización se sigue un auténtico monopolio del estrato ideológico dentro de esta. Este hecho está íntimamente ligado con el segundo punto que antes señalábamos, y sobre el que creemos haber hablado ya en ocasiones: la transformación de la personalidad de los líderes. No vamos a volver a estas alturas a estudiar los factores psicológicos que Michels marcaba como causas primeras de este proceso, pero si podemos recordar un punto muy interesante y que entra de lleno en este tema. Los miembros pertenecientes a la oli-

guía de la organización, es decir lo que Michels llama "liderazgo, pasan a considerar sus intereses particulares como idénticos a los que se han definido básicos y generales para la organización; es decir esto es lo mismo que afirmar, como hacíamos anteriormente, que la supervivencia de la propia organización se antepone a todo otro fin que se pueda haber pensado como base de la creación de todo el aparato de la asociación. El proceso por el cual se llega a aumentar la distancia entre la masa y los líderes, que va acompañada por la obsesión de estos últimos por permanecer en sus puestos de privilegio, son los causantes principales de que se niegue toda crítica dentro de la propia estructura organizativa penalizándose fuertemente las desviaciones. La libertad de expresión y de crítica, fundamentos de todo sistema democrático, no pueden haberse compatibles con la formación de un liderazgo profesional, y este último hecho es totalmente inseparable al de la organización.

Vemos pues como Michels va cerrando poco a poco su trama alrededor de su idea núcleo: la imposibilidad de la democracia, y por lo tanto del socialismo, por el mero hecho del surgimiento de la organización. El paso siguiente, en esta larga demostración, lo va a dar nuestro autor al enfrentarse con la división tradicional en dos clases antagónicas que propugnaban los marxistas más ortodoxos. Pero no se crea el lector que Michels va a lanzarse desesperadamente a un ataque frontal contra la teoría de las clases sociales de Marx, no abandonando nunca su línea inicial de investigación. Cuando iniciamos esta parte de nuestro tra-

bajodedicado al tercero de los grandes teóricos de las élites decíamos que la influencia del marxismo, así como la del pensamiento de Weber, era particularmente fuerte en este pensador. Tanto es así que el uso de la terminología socialista, que había adquirido durante su juventud, será una constante a lo largo de sus escritos, siendo mucho más frecuente el uso de esta que el de un lenguaje más apropiado con los postulados elitistas. Por lo que se refiere a la teoría de las clases sociales Michels no parece dudar en ningún momento de la existencia de una división social entre dos clases antagónicas: la burguesía y el proletariado; e igualmente, lo cual es común al elitismo clásico, acepta el hecho de que la lucha de clases es el principal motor de la historia de las sociedades humanas. Pero lo que ya no tiene tan claro nuestro autor es que la concepción del ajuste dialéctico entre ambos grupos sociales, en un perpetuo enfrentamiento que ha de llevar a situaciones revolucionarias responda a los criterios marxistas. De algún modo se podría afirmar que Michels pretende negar el mismo hecho revolucionario a partir de la propia concepción socialista, introduciendo en ella su teoría de la organización. Vimos antes como se llegaba a negar la posibilidad de la realización final del socialismo, tanto desde el punto de vista de la mera organización, como tomando en cuenta los aspectos ideológicos que tenían que irse desarrollando dentro de este gran aparato; pues bien, ahora asistiremos a un nuevo ataque dirigido, esta vez, en contra de la correlación de fuerzas entre los distintos grupos sociales dentro de una supuesta organización partidista de tipo socialista, y por lo tanto revolucionario.

"Pues la historia nos enseña que la cultura es una función indispensable del gobierno."(71)

Con esta frase podría resumirse toda la concepción, de la cual ya hablamos anteriormente, acerca de la función del conocimiento entre los elementos directivos de cualquier asociación o grupo social. En todas las épocas, nos dirá Michels, y mucho más en la contemporánea, el conocimiento de unas técnicas especiales de gobierno y en general de la gestión eficaz de los asuntos públicos ha sido uno de los rasgos que han caracterizado a los grupos de liderazgo, hasta el punto de que nos es prácticamente imposible pensar en el gobierno de una sociedad sin que aparezcan estos elementos extremadamente cualificados en la esfera de lo político. Si realmente esta puede ser considerada como una característica primordial dentro de las sociedades humanas, no podemos sino admitir que también es notable su existencia en nuestras propias comunidades, y por los rasgos particulares de estas mismas tendríamos incluso que esperar que la importancia social de este tipo de conocimiento fuese en aumento. Cuando hablamos del concepto de la organización en Michels señalabamos este hecho, la posesión de unos conocimientos altamente especializados dentro del grupo del liderazgo, como uno de los requisitos imprescindibles para el buen funcionamiento de la sociedad, y también de la organización; y este mismo hecho era el causante del surgimiento de lo que se podría denominar el "liderazgo profesional", origen de toda la argumentación del autor acerca de la imposibilidad de poner en práctica un sistema democrático. Pues bien, a estas alturas de su análisis Michels retoma su discurso para mostrar como es este mismo tipo de conocimiento el que, en una

u otra medida ha llegado a caracterizar a las clases gobernantes a lo largo de la Historia de la humanidad. Es por esta causa, aparte de tratar de mantener su dominio a toda costa, por lo que Michels justifica la necesidad que han tenido las diversas clases políticas de ir incorporando determinados elementos provenientes de otros grupos sociales a su seno; es un fenómeno altamente generalizado, nos dirá, que dichas élites cuenten con un ejército de técnicos y profesionales a su servicio, utilizando una terminología contemporánea, que satisfagan estas necesidades indisolublemente unidas a la pericia en el manejo de la maquinaria política.

Hasta aquí el discurso de Michels no es sino una repetición del que encontramos en todos los elitistas clásicos, unido a la concesión de una gran importancia al factor de la posesión de una pericia técnica, que, por ejemplo, es uno de los rasgos característicos del análisis weberiano de la burocracia. Pero lo que interesa particularmente en todo este desarrollo es el hecho de que estas ideas generales vayan a aplicarse en particular al caso de la burguesía, y más en concreto aún a la consideración del papel que juegan los elementos burgueses dentro de un partido político pretendidamente revolucionario como puede ser el socialista. Michels no nega, en principio, la existencia, dentro de la sociedad contemporánea de dos grupos sociales enfrentados desde el momento en que mantienen intereses radicalmente opuestos; para él es evidente que las grandes organizaciones de masas socialistas, e incluso la propia ideología que sustentan, fueron creadas como medio de apoyo a este enfrentamiento en contra del otro grupo social que detenta el po-

der político en estas sociedades. Michels hablará siempre de estas dos clases, pero sin afirmar de un modo tajante que son las únicas que pueden encontrarse dentro de nuestras sociedades; sin embargo, al mismo tiempo, al igual que nunca pronuncia estas afirmaciones tan rotundas tampoco introduce ningún otro tipo de clasificación o hace referencia alguna que nos pueda dar una pista para encontrar en sus escritos una pretendida existencia de otro grupo social importante cualquiera. Por todo ello más vale que nos quedemos, en este punto, con la terminología marxista que es, en definitiva, la que maneja nuestro autor de un modo habitual. Pero tenemos que centrarnos de una vez por todas en el punto que nos interesa; lo que realmente le da pie a nuestro pensador para dudar del planteamiento socialista en este punto es que el monopolio del saber lo posee, indudablemente la burguesía. Recordemos por enésima vez, aún a riesgo de abrumar a nuestro lector, que lo que en realidad pretende Michels es afianzar, y a la vez generalizar, todo su planteamiento de la imposibilidad de la realización práctica del socialismo en nuestras sociedades, y aún más en concreto dentro de las grandes organizaciones que definen a esta.

Si la burguesía es la clase que monopoliza, de un modo celoso y muy cerrado, la posesión de los conocimientos imprescindibles para poner en marcha y guiar eficazmente a una organización cualquiera, será evidente que el ideal de una organización puramente proletaria cae por su propio peso. Ante este hecho que nos presenta con la frialdad y rudeza que le caracteriza, nuestro autor da un siguiente

paso lógico en su razonamiento, para ver si realmente la única solución que le caben a las masas proletarias es la de organizarse en grandes partidos u organizaciones sindicales, a fin de cuentas a efectos de este análisis poco importa hablar de una u otra, ello sólo va a poderse hacer de dos maneras muy diferentes: o bien recurriendo a estos conocimientos que detenta la clase antagonista transplantándolos al seno de la organización y formando un nuevo personal especializado en base a los miembros extraídos de la masa proletaria, o bien, lo cual evidentemente es más fácil, incorporando a determinados miembros de la burguesía a las filas del proletariado, y colocándolos en situaciones privilegiadas. En lo que Michels no duda un momento es en afirmar que la pretensión de construir un partido socialista, por ejemplo, únicamente con medios y hombres pertenecientes al proletariado es una empresa que tiene marcado el día de su fracaso desde su mismo inicio. Realmente aunque no estemos de acuerdo en muchos de los puntos de la argumentación del autor, es evidente que hace gala, en ocasiones, de una clarividencia y una rigurosidad en su pensamiento que es difícil de encontrar dentro de las filas de los pensadores sociales, es por ello por lo que rechaza inmediatamente la pretensión, muy común a los optimistas revolucionarios del siglo pasado, de considerar a la cultura como un bien compartido por toda la sociedad. La educación, y más aún los conocimientos especializados que se precisan para la puesta en marcha y el mantenimiento de las cada vez más complejas maquinarias políticas en nuestras sociedades, es un bien celosamente guardado por los miembros de las clases políticas

y al que muy pocos elementos de otros grupos sociales tienen un fácil acceso. Es esta una de las principales dificultades, por no decir la mayor, que ha de resolver en su inicio todo movimiento revolucionario que quiera tener algo que hacer en la complejísima lucha política que caracteriza a las comunidades actuales.

No le será difícil a nuestro lector, que ya va conociendo una parte muy importante del pensamiento de Michels, imaginar cuáles van a ser las principales soluciones que propicia este ante el dilema; por nuestra parte seguiremos fijándonos en aquellos puntos que para nosotros presentan un mayor interés e importancia, y que contribuyen directamente a proporcionarnos las líneas maestras del discurso de este pensador. Cuando este se dispone a dar una respuesta a todas las preguntas que se ha ido formulando a sí mismo reconocemos, una vez más, la particular agudeza que le caracteriza, lo que ha dado lugar a las grandes dosis de irritación que provoca en numerosos lectores de sus escritos. Más adelante esperamos poder dar alguna prueba de lo que aquí decimos. Para él es indudable que la burguesía en su época ocupa un lugar privilegiado dentro de las diferentes facetas de la vida social, y también es totalmente cierto que el proletariado espera, de algún modo, poder dar una respuesta a dicho dominio que le es claramente perjudicial; de aquí el surgimiento de las ideologías y organizaciones de carácter proletario y revolucionario. Pero este deseo evidente no significa, empero, que, en última instancia, el proletario individual no tenga como ilusión más profunda el lograr convertirse en un burgués él mismo; y Michels no se amedren-

ta y expone con toda osadía una afirmación como esta, que tuvo que haber suscitado las iras más profundas de todos los participantes en los movimientos proletarios de aquellos años.

"El ideal del obrero es llegar a la pequeña burguesía."(72)

El movimiento proletario en el que tantos cifraban sus esperanzas de redención de la humanidad, no es, pues, más que una redención inestable en contra de una situación de opresión, que puede ser eliminada con toda rapidez en el caso en que se le proporcionen los medios de ascenso social a vastas capas de la población. Pero, en realidad, Michels no se ve atraído nunca por disgresiones de tipo tan general como la que acabamos de hacer, sino que siempre tiene buen cuidado de permanecer dentro de su marco de análisis, que él mismo ha escogido, y que se reduce a la organización. Por ello introduce ahora un doble hecho fundamental: por un lado las ansias de los trabajadores por salir de la situación social en la que se encuentran en cuanto se les presente la primera oportunidad, y por otro, el no menos importante fenómeno de la necesidad con la que cuenta toda organización de la clase inferior de apoyarse en los conocimientos que posee aquella que la domina, y que se presenta como su principal enemiga, o bien de incorporar en su seno a elementos de esta que le ayuden a poner en funcionamiento sus grandes maquinarias de lucha. Es a causa de este segundo hecho, y por el idealismo y romanticismo que ha impregnado siempre a todo movimiento proletario, por lo que es enormemente frecuente la desertión de ciertos elementos de la burguesía que pasan a engrosar las filas de dichas organizaciones,

aportando estos conocimientos esenciales. Michels no deja de observar la gran cantidad de estos elementos que pueden encontrarse en los partidos socialistas, y que suelen ocupar lugares fundamentales dentro de la organización. Esta es una de las pocas ocasiones en las que el autor, en su obra "Los Partidos Políticos", llega a acumular un número considerable de datos que refrendan su afirmación, recurriendo fundamentalmente a la historia del partido socialista alemán.

"Un movimiento laborista político sin desertores de la burguesía sería historicamente tan inconcebible como si careciera de un proletariado consciente de clase." (73)

Es evidente que la constatación de la existencia de un número considerable de elementos provenientes de la burguesía ya dice algo acerca de las causas que pueden determinar el cauce que irá tomando la política concreta de cada partido una vez que se han ido produciendo la serie de transformaciones que llevan a la formación de un liderazgo profesional difícilmente reemplazable; pero aún tiene más importancia el que se afirme que no sólo es el número de personas en tal situación, sino el hecho de que, por lo general, y gracias a la educación que han recibido a lo largo de su vida, lleguen a asentarse en puestos fundamentales, encontrándonos a un gran porcentaje de estos en el reducido núcleo de los líderes. Pero aunque nuestro autor es sumamente insistente en este tema en particular, no hay duda de que esta actitud está condicionada por su deseo de mostrar cómo las organizaciones proletarias llegan a utilizar los

misimos recursos e instrumentos que la burguesía ,y beben de las mismas fuentes,siendo esta una de las principales causas de aburguesamiento y de la transformación psicológica de estos líderes.Por el contrario Michels parece creer que estos burgueses que han traicionado a su propia clase suelen ser,por lo general,unos defensores mucho más radicales de la ideología socialista que los propios proletarios de origen;el peligro de aburguesamiento proviene,por el contrario,de las ilas de la propia clase proletaria,entre la cual los elementos que han sido elegidos en algún momento para cargos de responsabilidad no tardan en abandonar las formas de vida de los de su propia clase,haciendo todavía más ancha la brecha que se establece entre dirigentes y dirigidos.Con todo esto tenemos que,además,de producirse un movimiento hacia el conservadurismo causado por las propias tendencias internas de la organización este va a verse reforzado por esta tendencia que se encuentra entre los propios interesados por el triunfo del socialismo.Todo concurre,pues,a hacer que el socialismo sea imposible de poner en marcha en la práctica.

Lo que nos interesa,antes de dar por finalizado este pequeño apartado que dedicamos al análisis de la presentación del conflicto de clase visto por Michels,es terminar de ver la peculiar relación que establece entre la burguesía y el proletariado.Hasta ahora hemos presenciado como,a pesar de mantener la idea de que es correcto plantear la historia de las sociedades contemporáneas desde el punto de vista de un enfrentamiento entre dos clases antagóni-

cas: la burguesía y el proletariado, existían toda una serie de relaciones entre ellas, sobre todo de dependencia de la clase proletaria en relación con la clase gobernante que, transportadas al marco de la organización, daban como resultado el aumento de las dificultades para la puesta en práctica de la doctrina socialista. En esta misma línea habíamos hablado del monopolio de los conocimientos básicos para la organización por parte de la burguesía, y del doble movimiento de aburguesamiento, por un lado de los líderes de extracción proletaria, y de deserción de las filas de la clase dominante de algunos miembros que pasaban a ocupar puestos de relieve dentro de la organización socialista; pero hemos dejado a un lado un aspecto de una vital importancia. Hace unas pocas líneas citábamos una frase de Michels en la que este nos decía que el movimiento laborista era inconcebible sin la existencia de una conciencia de la clase proletaria. De nuevo apreciamos como se entremezclan en el discurso del autor algunos postulados básicos del marxismo, y a la vez se rechazan otros muchos; no hemos de entrar, puesto que ello nos alejaría mucho de nuestro objetivo central, en la consideración de este punto fundamental en el pensamiento de Marx, pero si queremos decir que, de un modo muy superficial, ello significa que el proletariado ha de asumir su propia situación de opresión antes de dar el paso hacia adelante y unirse en el objetivo común de su liberación como grupo social. Hasta aquí Michels está totalmente de acuerdo con que se trata de un requisito fundamental para la formación de las organizaciones socialistas de masas, pero en lo que se aleja de las posiciones marxistas es en señalar cual es el origen de esta toma de conciencia. Y es aquí donde de nue-

vo nos encontramos con que la burguesía, considerada como una clase social en su conjunto, vuelve a tomar una importancia considerable, puesto que es ella, y solo ella, quien puede despertar al proletariado de su letargo.

"Es obra involuntaria de la burguesía despertar la conciencia del proletariado, que se dirige forzosamente contra esta misma burguesía." (74)

"El destino trágico de la burguesía es instruir a la clase cuyo punto de vista económico y social la convierte en su enemigo mortal." (75)

La lucha de clases en la historia no se inicia, pues, por la mera existencia de condiciones de opresión, sino más bien por el conocimiento de la existencia de estas por la clase que ocupa el lugar menos favorecido dentro de este juego, y en la Europa contemporánea la clase que posee los medios para que se pueda llegar a conocer dicha situación no es sino la burguesía; el gran dilema reside en que, al mismo tiempo, este es el grupo social que ocupa la posición más privilegiada y que al dar a conocer al proletariado la verdadera realidad incia el proceso que lleva a este a organizarse y a marcarse sus propios objetivos, el principal de los cuales es el de derrocar al grupo que la oprime: la burguesía. De este modo sin la intervención de la propia clase dominante el proletariado no es capaz ni de convertirse en una clase social propiamente dicha, con unos objetivos comunes que marquen una acción política lo más claramente posible; pero al tiempo es esta gran dependencia de esta clase la que crea las condiciones que impiden a la clase trabajadora alcanzar algún día su meta. Realmente, visto en toda su grandeza el pensamiento de Michels expone

con trazos crueles y precisos una gran tragedia, la única ideología, el único movimiento social que, en principio, podría llegar a acabar con la desigualdad en las sociedades humanas se ve impedido en su propósito por toda una serie de factores que parecen unirse en una síntesis fatal: los derivados del único medio de estructura que puede llevar al éxito al movimiento, la organización, la propia psicología de los individuos y la inmensa deuda que ha contraído el proletariado con la burguesía, sin la cual no hubiera sido capaz de emprender su lucha. Así pues, el movimiento socialista se presenta en ocasiones, en los escritos de este autor, como el movimiento más justo de los habidos en la Historia de la humanidad, pero desgraciadamente es un movimiento destinado al más absoluto de los fracasos.

Por medio de toda esta argumentación Michels es capaz de presentar claramente sus conclusiones, con una gran loicidad entre sus diferentes elementos; la principal conclusión a la que se llega es que el socialismo, aún siendo el régimen más justo entre los posibles es totalmente inalcanzable. En la práctica la ley de la circulación de las élites que habían formulado sus maestros así como sus propios descubrimientos acerca de la formación de una minoría dentro de la organización, fenómeno absolutamente imposible de erradicar, lleva a la destrucción completa de la tesis de una sociedad sin diferentes niveles sociales. Cualquiera que sea la forma de gobierno de los asuntos públicos siempre existirá una mayoría gobernada y una minoría que domina. De este modo nuestro autor liga en su discurso tres aspectos distintos, pero al mismo tiempo sumamente importantes,

de toda su teoría, por un lado lleva a cabo un intento y profundo estudio acerca de la organización y junto con ello ataca duramente la ideología socialista y a la base que parece sustentar a esta: la fe en un sistema democrático. Pero aquí no se para su esfuerzo ya que, mediante un procedimiento de generalización extrema, llega a conectar ambas ideas con una visión mucho más amplia de los fenómenos elitistas y, de este modo, inserta toda su teoría dentro de la llamada teoría clásica de las élites. El esfuerzo y la pretensión de este autor son tremendamente ambiciosos, y quizá sea esta misma ambición la que le pierda y le haga llevar a cabo esta conexión con la parte más amplia de la teoría de un modo extremeadamente forzado, que le hará fallar en algunas ocasiones. Pero, a pesar de todo lo dicho, es evidente que el esfuerzo es encomiable y que nuestro autor parece alcanzar su objetivo desde el momento en que se le puede considerar perfectamente como un miembro más del grupo de los clásicos del elitismo.

Michels, además, y creo que estamos presentando suficientes pruebas de nuestra afirmación durante estas páginas, es un autor extremeadamente ecuánime a la hora de formular juicios de valor que puedan derivarse de todo su discurso. Al contrario de lo que le ocurría a Pareto, que veíamos como perdía en ocasiones sus estribos y se lanzaba a afirmar juicios que su pensamiento teórico parecía no poder apoyar, Michels no confunde el ataque a un determinado pensamiento con el hecho de que se le pueda reconocer un cierto mérito; y esto es precisamente lo que hará en el caso del socialismo. Ya habíamos visto como en todo el dis-

curso del autor siempre se podía apreciar una cierta ambivalencia entre su claro propósito de atacar duramente a todas aquellas formas bajo las cuales se presenta el discurso socialista, con una tendencia a reconocer los grandes aciertos de esta doctrina. Es como si Michels admitiera que, en teoría no hay mejor ideología y más justa que la socialista, pero reconociendo siempre que su enorme fallo reside en no haber tomado en cuenta ciertas constantes de la sociedad humana, o incluso del propio hombre, es este enorme error de apreciación el que dará lugar a que sea totalmente imposible poner en práctica dicha doctrina. Prueba de su reconocimiento al marxismo y del hecho de que su influencia sigue siempre latente en su discurso es la existencia de numerosas afirmaciones del tipo de la que, a continuación presentamos.

"Sin embargo es mérito indiscutible de Marx y Engels haber sido los primeros no sólo en erigir como sistema la parte especial que desempeñan las fuerzas productivas en el proceso histórico, sino en haberles asignado también su lugar en la ciencia, mediante la creación de una nueva teoría." (76)

La doctrina marxista es considerada como la única respuesta certera que se ha podido formular a todas las argumentaciones que propugnaban la inevitable existencia de una clase política. Es por esta causa por lo que se hace imprescindible una respuesta clara a toda esta corriente de pensamiento, mostrando al mismo tiempo cuales son sus fallos y sus grandes aciertos. En cierto modo podría decirse que en muchos puntos, y a pesar del claro objetivo de crí-

tica y ataque que impulsan a nuestro autor, su propio pensamiento refleja el resultado de una síntesis frente a las antiguas teorías elitistas y aspectos básicos del marxismo. Pero, en realidad, son bastantes escasos los pasajes en los que podemos encontrar una reflexión seria y detenida sobre temas puramente teóricos en las obras fundamentales de Michels, en las que este va exponiendo su teoría de la organización; parece haber superado ya por completo la fase de crítica puramente teórica, por ello nuestro pensador se aparta poco de su propósito inicial y siempre trata de circunscribir sus críticas y apreciaciones al terreno que ha escogido para su estudio, las alusiones a otros aspectos del problema son puramente episódicas y muy poco frecuentes. Es por esta causa por lo que abundan mucho las referencias al marxismo como doctrina impulsora de una clase social muy particular. Se hará pues, una especial incidencia en que la aparición de esta ideología supone que, por primera vez, la ciencia se pone al servicio de la clase trabajadora, y ello da lugar a que el movimiento social aparezca como un movimiento de aspiraciones conscientes dirigidas hacia fines bien definidos; esto es, en realidad, lo que le presta a este toda su capacidad revolucionaria, y al tiempo le hace ser sumamente peligroso para los sistemas instituidos en las sociedades contemporáneas. De este modo Michels no desprecia al socialismo como se ha dicho en muchas ocasiones, y como en cierto modo hacía Pareto, sino que es plenamente consciente de toda la fuerza arrolladora que encierra en sí mismo y de la grandeza que supone esta unión de una ideología con la gran masa de los deheredados de la tierra. En definitiva, el socialismo supone la aparición de las gran-

des masas por primera vez dentro de la esfera política, al tiempo que es el mismo quien origina los procesos que acaban por negar su propia realización. La crítica al socialismo se plantea, pues, como el relato de una gran tragedia que hace crecer las raíces de la destrucción dentro de un movimiento que, en principio, parecía poder guiar a los hombres hacia este estadio que tanto han añorado.

Porque, y aquí volvemos a encontrarnos con el planteamiento característico de todo el discurso de Michels, el gran error de la mayoría de las ideologías políticas y muy particularmente del socialismo, ha sido el de no tocar un aspecto fundamental, el de no darse cuenta de que si no resolvían un problema central el resto de todo su discurso no podía llegar a alcanzar ninguna viabilidad práctica. Recordándonos el centro de la argumentación de Michels, Juan Linz nos va a decir:

"El socialismo es también un problema de administración, un problema de democracia, y no sólo en la esferatécnica y administrativa, sino también en la psicológica." (77)

Desde el momento en que no se han encontrado nuevas vías para resolver el problema de la organización, es decir en términos más amplios, el de la administración, y parece que, por lo que nos ha dicho nuestro autor, tal intento está abocado, al menos por ahora, al fracaso, el socialismo, y junto con él cualquier doctrina que pretenda establecer un nuevo orden social asentado sobre la democracia y la igualdad de los individuos en la gestión de los asuntos públicos no puede llegar a hacerse realidad, aunque

podamos considerar que sus objetivos son totalmente justos y merecen reinar en la sociedad de los humanos. Todo este conjunto de problemas, y Michels parece algo resentido pero a la vez orgulloso, que no ha sido estudiado con el rigor necesario por los estudiosos de las ciencias sociales, son la principal traba que se opone al fin de los regímenes en los que gobierna una pequeña minoría y el resto de los ciudadanos quedan totalmente apartados. A pesar de habernos sumergido profundamente en todos los complejos aspectos del pensamiento de Michels, hay momentos en los que dudamos de si esta imposibilidad del socialismo se plantea como algo permanente y válido a lo largo de la historia o queda una pequeña esperanza, una mínima posibilidad de que los individuos puedan alcanzar algún día este estadio tan deseable. En realidad, cuando el lector inicia la lectura de "Los Partidos Políticos" de Michels, y mientras dura toda la exposición de los principios de la organización y los factores psíquicos que influyen en las características del liderazgo, se tiene la impresión de que el autor adopta el mismo tono absolutista que tanto caracterizaba a los discursos de los teóricos clásicos de las élites; esa visión fatalista que preconizaba que, en definitiva, todo sigue igual bajo el sol. Ya analizamos como, tanto en Mosca como en Pareto, bajo ese tono mesiánico que podía llegar a exasperar en ocasiones al estudioso, se ocultaba una fineza en el análisis y una complejidad en todo el discurso que había quedado oculto para muchos investigadores que presentaban una visión tremendamente simplista del discurso de los teóricos del elitismo. Pero con Michels, aunque sucede un poco lo mismo, el

proceso es mucho más tajante, hasta el punto en que parece haber. una ruptura tajante entre ambas partes de su discurso. Evidentemente el centro de su argumentación se halla situada en el terreno de la organización, y es a partir de aquí de donde va a poder ir extrayendo todas las diferentes objeciones que plantea al socialismo, al tiempo que nos muestra la trayectoria que siguen todas las organizaciones a causa de este fenómeno. Pero dejando a un lado el problema que nos hemos planteado ya en repetidas ocasiones, es decir el de si era admisible estas constantes generalizaciones a partir de un único punto de análisis, lo que ahora nos preocupa es si en alguna parte se pueden encontrar señas de que estas dificultades pueden llegar a ser superadas o si, por el contrario, parece que no hay más remedio que admitir que en una sociedad como la de masas es absolutamente imposible el que se pueda dar un sistema totalmente democrático. En principio, y por todo lo que llevamos dicho desde el inicio de esta exposición parece que no hay más remedio que adoptar la segunda alternativa y resignarse al hecho de que la aparición del dominio de las oligarquías es algo totalmente inevitable. Pero cuando nuestro autor se dedica a hablar, con una admiración mal disimulada, de las aportaciones del marxismo, y cuando da muestras de considerar al socialismo como una de las mejores doctrinas que se han planteado a lo largo de la historia de las ideas, y no sólo desde un punto de vista teórico, sino teniendo en cuenta sus posibles aplicaciones prácticas, comenzamos a dudar de que un pensador que adopta tal actitud no deje ni una única posibilidad para que dicho sistema pueda llegar a realizarse en algún momento. Pero desgraciadamente tampoco

hemos encontrado pruebas suficientes que puedan apoyar esta intuición, y es evidente que si queremos llevar a cabo un análisis riguroso y no presentar al lector aspectos concretos de nuestras divagaciones, hemos de atenernos a los hechos y dejar esta pregunta abierta, esperando que alguien pueda resolverla lo antes posible. Si ello pudiera hacerse la figura de Michels y todo su pensamiento podrían ser estudiados bajo una nueva luz, y está claro que ello acarrearía unas ventajas indudables para el desarrollo de las ciencias sociales.

Lo que si aparece nitidamente dibujado en todo el pensamiento de nuestro autor es el hecho de que el socialismo no puede resolver dos problemas básicos que son los que determinan, en última instancia, la imposibilidad de su puesta en práctica; estos son, por un lado, el problema de la administración del que hemos hablado largamente, y por otro lado el de las libertades individuales. Por todo ello, desgraciadamente, los intentos que se hagan por que triunfe una supuesta revolución socialista no lograrán los fines deseados sino que darán lugar a que se instaure el gobierno de una nueva oligarquía cuyos efectos pueden ser aún peores que los de las otras formas de gobierno que se han dado en las sociedades humanas. Para Michels puede darse el caso de que los socialistas triunfen, pero ello no implica de modo alguno que haya triunfado el socialismo. El aumento del poder burocrático, la mayor complejidad de la organización y el aburguesamiento paulatino de sus líderes son las principales causas que acaban con esta ilusión. Y dicha imposibilidad salta plenamente a la luz en el momento en que

un observador atento se detiene a estudiar el proceso que han seguido las organizaciones socialista en la historia reciente de los principales partidos políticos europeos de este signo.

Los anarquistas nos dirá el propio Michels, fueron los primeros en denunciar las inevitables consecuencias oligárquicas y jerárquicas que se originaban a partir del momento en que existía un tipo de organización partidista, pero desgraciadamente, aún a pesar de su extrema clarividencia, fueron incapaces de llevar estos argumentos hasta sus últimas consecuencias. Detengamonos un momento, antes de continuar con la argumentación de Michels, para recordar a nuestro lector que el autor escribe estas líneas en un momento particularmente complejo de las organizaciones socialistas. Por un lado todavía se conservaba la fe en las grandes posibilidades revolucionarias que podían dar lugar a que en Europa no se tardase mucho en asistir al triunfo del socialismo, pero por otro lado comenzaban a flotar los primeros signos de desencanto, y a la vez de desconcierto entre grupos de jóvenes intelectuales que se habían afiliado al movimiento socialista desde muy temprana edad. Estos son los años durante los cuales comienzan a ponerse en duda algunos de los dogmas básicos del marxismo, haciendose notar los gérmenes de las primeras desviaciones importantes de la línea inicial que habían seguido las primeras organizaciones marxistas. Michels se inscribe, pues, dentro de este grupo de autores que empiezan planteando sus críticas desde el mismo seno de la organización, para ir apartandose poco de ellas, hasta llegar a adoptar una actitud de clara hos-

tilidad hacia todo lo que significase marxismo o socialismo. Hay que tener, pues, presente el contexto histórico en el que se mueve nuestro autor, y esto hemos pretendido hacer en nuestro primer capítulo, antes de entrar a discutir los puntos fundamentales de su doctrina. Pues bien, siempre desde esta posición Michels nos plantea el proceso por medio del cual la organización socialista se pone en contra de sus propios fines y acaba traicionando todo aquello para lo cual había sido creada; y no se trata de una transformación imperceptible sino que está bien a la vista de quien quiera apreciarla. El partido socialista que, en principio, fue creado para destruir el poder centralizado de un estado dominado por la burguesía, substituyendolo por la participación conjunta de las grandes mayorías, partiendo de la idea de que para ello sólo le bastaba con construir una organización lo suficientemente grande y sólida como para poder enfrentarse y triunfar sobre el estado burgués, ve que por el mismo hecho de haber creado esta organización se transgreden todos sus objetivos. El primer rasgo que encontramos y que denota tal transformación es el hecho de que el partido socialista se suele convertir en un aparato centralizado, tanto o más como el mismo estado al que se oponía, al tiempo que se desarrolla, para mantener esta misma organización, toda una serie de mecanismos de autoridad y disciplina que son más acordes con la estructura de este estado que con los principios de la democracia y el socialismo. Michels afirma, pues, que inevitablemente el partido se convierte en un estado a pequeña escala, y parece que es esta misma transformación la que acarrea un cambio básico en la actitud política de dicho partido. Mientras que, en un principio,

parecía que la táctica que iba a seguir el partido socialista era la de un enfrentamiento directo con su principal enemigo, resulta que asistimos a la aparición de partidos socialistas gubernamentales, es decir grandes organizaciones que se enmarcan dentro del mismo sistema al que pretendían oponerse y que se presentan más como relevo de los anteriores gobernantes que como alternativa dispuesta a conferir un cambio radical al ordenamiento social. El partido socialista entra así en el sistema político burgués y acepta las reglas que su, en principio, enemigo le plantea; y todo ello, recordemoslo, porque la propia organización se ha convertido en algo mucho más importante que ha de ser salvaguardado aún a costa de abandonar ciertos principios ideológicos básicos. El partido socialista pierde, de este modo, al menos para el autor, toda su energía revolucionaria en el mismo momento en que crece su estructura y su solidaridad, el aburguesamiento de sus líderes y la mayor complejidad de su organización han traído como resultado una constante actitud de prudencia y moderación ante las innumerables amenazas del estado; en lugar de la agresión se prefiere la sumisión, como medio de garantizar la supervivencia. Es así como la lucha ideológica dentro de la agrupación ocupará cada vez un espacio más reducido, y como se puede explicar que un partido socialista pueda llegar a convertirse en un partido parlamentario; y en el momento en que se acepta este juego las exigencias ideológicas han de reducirse al mínimo, lo que importa desde entonces es convertir a la organización en una perpetua receptora de nuevos miembros, puesto que suponen un aumento de su fuerza electoral, y lo que cuenta por encima de todo en estos sistemas son

los números. Pero es evidente que en esta nueva situación todo este tipo de organizaciones se encuentran en un primer momento en una posición de extrema debilidad que no podrá ser superada hasta después de mucho tiempo. Además, y esto es especialmente significativo, es entonces cuando aparecen toda una serie de discursos que intentan justificar tales cambios pretendiendo que es una táctica mucho más adecuada la de infiltrarse dentro del aparato estatal, en lugar de enfrentarse abiertamente a este.

Realmente asombra la agudeza de Michels a la hora de analizar el fenómeno de la transformación de los partidos socialistas dentro de la sociedad de nuestro tiempo, es evidente que el autor sabe destacar cuales son las características principales de este proceso; pero otra cosa completamente distinta es la de aceptar las consecuencias que, según él, se derivan de este proceso. No cabe duda de que, en este punto nuestro autor coincide con el análisis de muchos teóricos del momento, pero es sumamente discutible el admitir que de aquí se puede inferir directamente que el socialismo está acabado por todo ello. No hemos de olvidar que no entra dentro de nuestros objetivos el enzarzarnos aquí en una larga discusión acerca de si la transformación de los partidos socialistas en bastantes naciones europeas en partidos parlamentarios que entran en el juego electoral, e incluso llegan a compartir el poder con organizaciones, que siguiendo esta terminología, se llamarían organizaciones burguesas, supone el fin del socialismo como doctrina revolucionaria, o si, por el contrario, solamente implica una buena adaptación a una nueva situación que caracteriza al mun-

do contemporáneo. Porque creemos que este es un tema que se sale de nuestro objeto de trabajo y porque somos conscientes de que su análisis podría ser el objeto de toda una tesis doctoral, dejemos solamente apuntado aquí el problema, que muy bien puede servirnos de reflexión, y al mismo tiempo nos descubre otra de las múltiples facetas que vamos encontrando dentro del discurso de nuestro autor. El lector se preguntará entonces si la presentación de toda esta problemática no supone una pérdida de tiempo, y aún más cuando hemos venido afirmando que recurrimos a una rigurosa selección a fin de no perdernos dentro de nuestra investigación. Hemos considerado necesaria la presentación de toda esta parte del discurso simplemente porque en la exposición de las grandes conclusiones a las que llega Michels, tras haber planteado los puntos básicos de su argumentación la consideración de los procesos de transformación que están siguiendo los partidos políticos, en la que él hace constantes referencias a la situación histórica en la que se encuentra inmerso, supone la vuelta al análisis de la realidad concreta; es decir la confirmación de todas sus tesis. Hemos venido afirmando en repetidas ocasiones que, a pesar de que el autor no muestra un interés tan claro por los problemas históricos, y sobre todo no nos abruma con un excesivo número de referencias históricas, como lo hacían sus dos compañeros de corriente, nunca se aparta de su objeto de estudio, y es, sin lugar a dudas el elitista clásico que sabe mantenerse mejor dentro de los límites de su propia investigación, por lo cual ha de volver al tema de la organización, que es el que él maneja y en el que se encuentra más seguro, puesto que es aquel que ha estudiado con

una mayor profundidad. El partía de un estudio de las organizaciones, y en particular de los partidos políticos, y por medio de este estudio llega a plantearnos su convicción de la existencia de unas constantes en la estructura interna de estas grandes organizaciones; y es esto, y solamente esto, lo que le permite saltar a otros planos y mostrarnos como la democracia, y por lo tanto también el socialismo, son dos sistemas políticos absolutamente inalcanzables e irrealizables. En este punto es en el que nosotros nos deteníamos para apreciar cuales eran las consecuencias del análisis de Michels, pero cuando lo hacíamos sabíamos, esperábamos sin ninguna duda que se daría una vuelta atrás hacia el objeto concreto de análisis que fuese, a la vez, un preludio de la apoteosis final y una comprobación de sus propias hipótesis, que, de este modo, adquieren su plena consistencia. Una vez llevada a cabo esta tarea, que para nosotros era ineludible, y explicado su significado estamos en condiciones de asomarnos a ver como concluye nuestro autor todo su discurso.

Y no creamos que se va a tratar de una breve conclusión, puesto que nuestro autor continúa indagando y trabajando sus propias ideas hasta el fin, por lo tanto tendremos que alargarnos todavía un poco antes de poder dar por finalizado todo este estudio. La conclusión final a la que parece llegar todo el razonamiento de Michels es, sin lugar a dudas, la llamada ley de bronce de la oligarquía; las traducciones de este concepto son diferentes según los autores, por lo cual podemos encontrarnos con dos denominaciones diferentes, o bien ley de bronce o ley de hierro de la oligar-

quía. En definitiva se trata de afirmar que en toda gran organización surge una tendencia constante por la cual van desarrollandose fenómenos que conducen directamente a la instauración de un gobierno de una oligarquía en contra de todos los posibles deseos democráticos que puedan prevalecer en su seno. Las causas y consecuencias de este fenómeno han sido suficientemente analizadas a través de estas páginas como para que tengamos que volver ahora a repasarlas. Lo que nos interesa destacar es como el resultado final de todo el discurso de Michels parece querer resumirse en la proclamación de la absoluta necesidad de un gobierno de la minoría sobre la mayoría, hacia el que pretenden encaminarse aquellos que mantienen ideologías democráticas o socialistas, y es realmente esta última conclusión, que hemos venido intuyendo a lo largo de todos sus escritos y en el desarrollo de su planteamiento, la que hace que podamos encuadrar a este autor dentro del grupo de los teóricos de la élite. Partiendo de un profundo conocimiento de los discursos de estos Michels presenta su propio razonamiento, y siguiendo un camino terriblemente peculiar llega a esta última afirmación con la que se une al planteamiento común de que el gobierno de una minoría es un fenómeno totalmente inevitable, e incluso necesario en las sociedades humanas. A partir de aquí en sus escritos posteriores se dedicará a dos asuntos principalmente: por un lado pretenderá aplicar su teoría a fenómenos históricos particulares, y en segundo lugar, y junto a ello, no dudará en defender públicamente la teoría de las élites, dentro de la que encuadra su propia visión de los hechos. Pero, como hemos venido viendo, ninguno de los discursos de los elitistas es tan simple como preten-

de presentarse, y es por ello por lo que, antes de dar por a finalizado su razonamiento nuestro autor ha de volver a tocar el tema de la democracia. Y fijémonos en como aparece esta democracia tras haber postulado la ley de hierro de la oligarquía:

"La democracia es un tesoro que nadie descubrirá jamás por la búsqueda deliberada, pero si continuamos nuestra búsqueda, al trabajar infatigablemente para descubrir lo indescubrible, realizaremos una obra que tendrá fértiles resultados en el sentido democrático."

(78)

Después de dedicarse en "los Partidos Políticos", durante toda la obra a mostrarnos la imposibilidad de poner en práctica un sistema democrático, y por lo tanto el socialismo, ahora el autor, cuando ya le quedan pocas páginas para dar por finalizado su escrito, reconoce la indudable "superioridad moral" de la democracia sobre otras formas de gobierno. Recordemos como habíamos insistido en repetidas ocasiones en que todo el análisis de Michels había sido realizado en base a una consideración puramente técnica del sistema democrático, y era solamente sobre esta perspectiva se afirmaba que dicho sistema era totalmente irrealizable en la práctica; por ello una última visión de este fenómeno como la que acabamos de presentar no contradiciera en lo más mínimo todo el resto del discurso. De esta forma el caso de Michels vuelve a mostrarnos que una cosa es el elitismo y otra radicalmente diferente el apoyo a actitudes totalitarias que puedan identificarse con el fascismo. Aunque nos es imposible negar que Michels apoyó durante unos años de su

vida el régimen mussoliniano, la actitud que expresa en estas líneas no puede ser definida bajo ningún concepto como una loa al totalitarismo. Por el contrario, aún manteniendo la permanencia de la ley de hierro de la oligarquía nuestro autor reconoce las indudables facetas negativas del totalitarismo y las ventajas que acarrea un régimen político en un esfuerzo constante por acercarse al ideal de la democracia, a pesar de que sea evidente que alcanzar dicho fin es totalmente imposible. La perpetua tensión hacia una meta inaccesible es la que va a dar lugar al aumento de las posibilidades de renovación en el seno de la élite, suavizando un poco los efectos de las tendencias a la plena prevalencia de una oligarquía dentro de la organización. El gobierno ideal para nuestro autor es aquel que consigue construir una minoría o aristocracia de personas moralmente buenas y técnicamente eficientes. Parece, pues, como si la democracia se introdujese en el pensamiento de nuestro autor como competición entre oligarquías; en realidad en ninguno de nuestros tres autores puede hablarse de un rechazo total de la democracia, a pesar de que uno de los puntos fundamentales del discurso de los elitistas es el ataque a este sistema, tanto en lo que se refiere a su aspecto puramente ideológico, como a sus facetas técnicas, siempre se introduce al final una vuelta a considerar que determinados elementos tradicionales ligados a este sistema pueden jugar un papel muy positivo en el esfuerzo por alcanzar el mejor gobierno de las élites. De todos modos, y a pesar de que nuestra anterior reflexión puede ser aceptada sin reservas, hay que tener en cuenta la necesidad de cuidar extremadamente la diferencia entre los elementos plenamente democráticos

y los que más bien pertenecen a la tradición liberal; es evidente que en el lenguaje coloquial tendemos a confundir, mejor dicho a unir ambas tradiciones, cuando debemos de distinguirlas lo más claramente posible si queremos comprender todo el significado del estudio de los elitistas clásicos. Quizá en Michels esta distinción pueda parecernos superflua, pero es evidente que, sobre todo en Pareto y también en Mosca, parece tener una mayor importancia factores como el de la competencia entre diferentes grupos o fracciones de la minoría, que no tienen por qué ligarse con la noción de democracia. De todos modos y a pesar de lo que venimos diciendo, es evidente que hay que resaltar en este autor la recuperación final del concepto de democracia, y el papel positivo que le asigna, así como su idea de que es una tensión permanente que puede llevar al gobierno de la oligarquía a sus mejores manifestaciones, evitando los peligros inherentes a un excesivo monopolio del poder en un grupo cerrado, tanto dentro de una organización particular como en la sociedad en general.

V.3.5. Algunas consideraciones finales:

En estas brevísimas páginas hemos pretendido, al igual que hacíamos con Pareto y Mosca, examinar con la mayor rigurosidad posible el pensamiento del autor que hemos considerado como el tercer gran componente de lo que hemos denominado la teoría clásica de las élites. Ya desde el principio de nuestro trabajo advertíamos al lector que, en este caso había que entrar en un campo algo distinto del que en

el que nos habíamos estado moviendo cuando tratábamos de los otros dos personajes, y de hecho a lo largo de nuestra exposición hemos tenido buen cuidado de ir marcando aquellos puntos de diferenciación, al tiempo que resaltábamos las áreas de contacto. Pero lo que hay que tener siempre presente es que el objeto de estudio que nos hemos marcado reduce nuestro centro de interés a la aportación de Michels al argumento elitista, por lo que hemos dejado un poco de lado aquellos puntos que más bien pertenecerían al campo de la Sociología de la Organización, para poder fijarnos con una mayor intensidad en aquellos que tenían una mayor incidencia para el pensamiento elitista. De todos modos tampoco hay que olvidar nunca la otra faceta de este autor, la de precursor dentro de un área de la Sociología que irá tomando cada vez mayor auge en el presente siglo, la tan mentada sociología de la organización. Pero es evidente que, aunque el campo de estudio se circunscribe siempre a la organización, la formulación de Michels es siempre asimilable a la teoría de las élites, puesto que llega a explicar gran parte de los fenómenos sociales; prueba de ello es, que en una obra a la que hemos hecho algunas referencias en páginas anteriores como es la "Introducción a la Sociología Política" (79) nuestro autor aúna su pensamiento con el de Pareto y Mosca y presenta una verdadera teoría global de los fenómenos sociales desde el punto de vista elitista. A pesar de que las bases teóricas de nuestro autor, como ya hemos dicho en alguna ocasión, coinciden con las de sus dos maestros, y en particular con las de Mosca, es evidente que en esta exposición de una teoría general se introducen aspectos novedosos directamente derivados del particular es-

tudio de la organización. En concreto hay que resaltar que Michels desconfía, si nos es lícito emplear esta expresión, de la teoría de la circulación de las élites paretiana, algunos puntos de los cuales se encuentran también en los escritos de Mosca, introduciendo la idea de que, por lo general, no se da un recambio total y radical en el personal que compone la minoría, sino que se producen renovaciones parciales que varían poco a poco la naturaleza de la élite. Pero por lo demás no hay duda de que Michels asume por entero la teoría clásica de las élites y contribuye a su pleno desarrollo.

No queremos alargar esta exposición destinada a presentar el pensamiento de los teóricos de la élite introduciendo, en el momento en que nos es posible, opiniones, críticas o descubrimientos de nuevas facetas planteadas por estudiosos del tema, o por nosotros mismos. En el caso de nuestro tercer autor estas referencias no han podido ser más numerosas por la sencilla razón de que los estudios sobre la figura de Michels son escasos, no en su conjunto, sino desde el punto de vista de la tradición elitista, mientras que pueden llegar a abrumar al lector los que lo enfocan bajo la óptica del estudio de la organización. Pero, de todos modos, creemos que estas limitaciones no impiden, que nos encontremos en condiciones para pasar a centrarnos en algunos puntos, pocos dados los límites evidentes de nuestra investigación, que tenemos sumo interés en estudiar con el máximo detenimiento para poder completar nuestra reflexión acerca de la teoría de las élites. Damos por finalizada, así, una parte muy importante de la exposición, en la que es-

- 811

peramos haber ofrecido una visión global,pero a la vez profunda,de esta corriente de pensamiento.

NOTAS.CAP.V.EL DOMINIO DE LAS ELITES.

V.1.PARETO Y EL ANALISIS DE LA ELITE GOBERNANTE.

V.1.1.La naturaleza del hombre y de la sociedad.

- (1)PARETO,V.:"Manuel..",op.cit.,pg.101,cap.2.
- (2)PARETO,V.:"Traité..",op.cit.,pg.1293,&2025.
- (3)PARETO,V.:"Manuel..",op.cit.,pg.128,cap.2.
- (4)PARETO,V.:"Traité..",op.cit.,pg.1308,&2066.
- (5)PARETO,V.: " " " ,pg.607,&1145.
- (6)PARETO,V.:"Les Systèmes..",op.cit.,vol.1,pg.137.
- (7)" " " " ,ver referencia al darwinismo en la pg.455 del vol.2.
- (8)ARON,R.:"Prefacio al Tratado de Sociología",en "Oeuvres Complètes",Tomo XII,Livrairie Droz,Génève 1968.

V.1.2.La definición de la élite.

- (9)PARETO,V.:"Les Systèmes..",op.cit.,vol.2.,pg.62.
- (10)ARON,R.:"Signification de l'Oeuvre de Pareto",en "Cahiers Vilfredo Pareto",nº1,Livrairie Droz,Génève 1963.
- (11)PARETO,V.:"Traité..",op.cit.,pg.1296,&2027.
- (12)" " " " ,pg.1297,&2031.
- (13)" " " " ,pg.1297,&2032.
- (14)HASSNER,P.:"A la Recherche de la Classe Dirigeante:Le Débat dans l'Histoire des Doctrines",en "Revue Française de Science Politique",nº1,Février 1965, Paris 1965.

V.1.3. La composición de las élites y su circulación:

(15) PARETO, V.: "Traité..", op.cit., pg.1301, &2048.

(16) " " " " ,pg.1425, &2227.

(17) Recordemos que ya, a estas alturas, cuando Pareto habla de élite se refiere siempre a la élite gobernante, por lo que creemos superfluo estarlo indicando constantemente.

(18) PARETO, V.: "Traité..", op.cit., pg.1433, &2235.

(19) " " " " ,pg.1304, &2053.

(20) " " " " ,pg.1294, &2025.

(21) " " " " ,pg.1305, &2057.

V.1.4. Las formas de dominio y de gobierno de las élites.

(22) PARETO, V.: "Traité..", op.cit., pg.1424, &2227.

(23) " " " " ,pg.1444, &2254.

(24) " " " " ,pg.1172, &1857.

(25) PARETO, V.: "Manuel..", op.cit., pg.140, Cap.2.

(26) PARETO, V.: "Traité..", op.cit., pg.1389, &2180.

(27) " " " " ,pg.1453, &2257.

(28) " " " " ,pg.1409, &2202.

(29) " " " " ,pg.1438, &2224.

V.2. MOSCA Y LA CLASE POLITICA.

V.2.1. Mosca y el carácter de la clase política.

(30) MOSCA, G.: "Elementi", op.cit., 1ª ed., pg.60.

- (31) HUGHES, H.S.: "Conciencia y Sociedad..", op.cit.
- (32) WEBER, M.: "Economía y Sociedad", Tomo I, Parte I.III, "Los Tipos de Dominación", Ed. Aguilar, 2ª ed., México 1964.
- (33) MICHELS, R.: "Los Partidos..", op.cit.
- (34) MOSCA, G.: "Elementi..", op.cit., 1ª ed., pg. 64.
- (35) " " " " , " , pg. 64.
- (36) MEISEL, J.: "El Mito de..", op.cit.

V.2.2.Historia y clase política.

- (37) MOSCA, G.: "Elementi.", op.cit., 1^a ed., pg. 79.
 (38) " " " " " , pg. 74
 (39) " " " " " , pg. 79.

V.2.3.La clase política y las masas.

- (40) MOSCA, G.: "Elementi..", op.cit., 1ª ed., pg. 157.
- (41) MOSCA, G.: Citado en BURNHAM op.cit., pg. 101.
- (42) MOSCA, G.: "Elementi..", 2ª ed., citado en MEISEL, op.cit. pg. 205.
- (43) MOSCA, G.: "Elementi..", op.cit., 1ª ed., pg. 122
- (44) MEISEL, J.: "El Mito de..", op.cit, pg. 218.

V.2.4.La Fórmula Política.

- (45) MOSCA, G.: "Historia de..", op.cit., pg.1.
(46) MOSCA, G.: "Elementi..", op.cit., 1ª ed., pg.85.

V.2.5.La defensa jurídica.

- (47) MOSCA, G.: "Elementi..", op.cit., 1ª ed., pg.132.
- (48) MEISEL, J.: "El Mito de..", op.cit.
- (49) MOSCA, G.: "Historia de ..", op.cit., pg.266.
- (50) TOURAINE, A.: "La Sociedad Postindustrial", Ed. Ariel Quince-
nal, Barcelona, 1971.
- MALLET, S.: "El Socialismo y la Sociedad Industrial", Ed.
S.XXI, Madrid 19
- (51) MOSCA, G.: "Los Liberales y el Vaticano", Citado en MEISEL, J.,
op.cit., pg.154.
- (52) BOBBIO, N.: "Saggi..", op.cit., pg.216.
- (53) PARRY, G.: "Political..", op.cit., pg.41.
- (54) " " " " , pg.42.

V.3.MICHELS Y LA LEY DE HIERRO DE LA OLIGARQUÍA.

V.3.2.La Organización.

- (55)MICHELS,R.:"Los Partidos..",op.cit.
- (56)MICHELS,R.:"Introducción..",op.cit.
- (57)MICHELS,R.:"Los partidos..",op.cit.,vol.1,pg.68.
- ((58)MICHELS,R.:"Introducción a..",op.cit.,pg.131.
- (59)MICHELS,R.:"Lqs Partidos..",op.cit.,vol.2,pg.189:
- (60)" " " " ,vol.1,pg.77.
- (61)" " " " ,vol.1,pg.120.
- (62)" " " " ,vol.2,pg.181.
- (63)" " " " ,vol.1,pg.122.

- (64) LINZ, J. J., "Michels", en "Enciclopedia de las Ciencias Sociales", Ed. Aguilar.
- (65) MICHELS, R.: "Los Partidos..", op. cit., vol. 1, pg. 127.
- (66) " " " " " , vol. 1, pg. 190.
- (67) " " " " " , vol. 2., pg. 29.
- (68) " " " " " , vol. 2., pg. 27.
- (69) Hay que tener en cuenta que Michels siempre plantea todo su esquema dentro de un juego competitivo entre partidos políticos, y no desde un supuesto dominio de una única organización.
- (70) MICHELS, R.: "Los Partidos..", op. cit., Vol. 2, pg. 153.
- (71) MICHELS, R.: "Introducción..", op. cit., pg. 105.
- (72) MICHELS, R.: "Los Partidos..", op. cit., vol. 2, pg. 82.
- (73) " " " " " , vol. 2, pg. 121.
- (74) " " " " " , vol. 2, pg. 34.
- (75) " " " " " , vol. e, pg. 34.
- (76) MICHELS, R.: "Introducción a..", op. cit., pg. 25.
- (77) LINZ, J. J.: "Michels", op. cit., Citado de "Los Partidos Políticos", vol. 2, pg. 173.
- (78) MICHELS, R.: "Los Partidos..", op. cit., vol. 2., pg. 193.
- (79) MICHELS, R.: "Introducción a..", op. cit.

CAP.VI.CAMBIO SOCIAL Y CONCEPCION DE LA HISTORIA.

VI.1.INTRODUCCION.

VI.2.LAS DOS FORMAS DE CONCEPCION DE LA HISTORIA.

VI.3.PREMISAS PARA EL ANALISIS.

VI.4.EL CAMBIO DENTRO DE LA CLASE GOBERNANTE.

VI.5.CAMBIO SOCIAL Y EVOLUCION HISTORICA.

Notas.

CAP.VI.CAMBIO SOCIAL Y CONCEPCION DE LA HISTORIA.

VI.1.Introducción.

Al final del capítulo anterior ya anunciábamos nuestra intención de dedicarnos al estudio de algunos aspectos concretos de la teoría clásica de las élites. De hecho la marcha de nuestra exposición ha de estar, a estas alturas, lo suficientemente clara como para que no tengamos que volver sobre ella; tras haber enmarcado el pensamiento elitista de fines del siglo pasado en sus coordenadas históricas y sociológicas, contamos con un conocimiento lo suficientemente amplio acerca de los rasgos generales del pensamiento de nuestros tres autores como para podernos detener en algunos temas que suscitan nuestro interés y que nos pueden ser particularmente útiles para completar nuestra investigación. Hemos dado, así, un paso adelante de gran importancia con respecto al cuerpo anterior del trabajo; hasta el momento habíamos estado enfrascados en la pesada tarea de exponer aquellos puntos que nosotros considerábamos principales para la comprensión del sentido de esta corriente de pensamiento, al tiempo que realizamos una labor de ensamblaje, si es que podemos llamarla así, de las diferentes perspectivas con las que los estudiosos de este campo habían ido proporcionando visiones particulares y parciales de este conjunto de ideas, que, por ello, necesitaban de una amplia "globalización". Esperamos que tras la lectura de estas páginas el lec-

tor atento se encuentre plenamente capacitado para emitir un juicio acertado acerca del objeto, sentido y particularidades del discurso clásico de las élites. Pero ha sido asimismo, un reconocimiento de las limitaciones que entrañaba esta tarea, necesaria, de exposición general, la que nos ha impulsado a no poner punto final todavía a nuestra investigación, reconociendo la existencia de determinados temas particulares de gran importancia a los que se les debe un estudio un poco más detenido. El hecho de que volvamos a tocar aspectos que, de un modo general, le son perfectamente conocidos a nuestro lector, da lugar a que la exposición tome un cariz algo diferente. Ya no se trata de seguir de cerca los textos principales de nuestros autores, recurriendo, al mismo tiempo, al apoyo de las opiniones de otros estudiosos, para poder determinar cuales son los rasgos de pensamiento más característicos en cada momento, y que sentido pueden tener dentro de la teoría general, sino que podemos permitirnos el lujo de llevar a cabo interpretaciones más amplias. Por lo que respecta a este capítulo particular, constituye un intento de reflexión acerca de la forma en que se plantea el tema del cambio, de la transformación social y de la evolución histórica dentro de la teoría clásica de la élite. Dicha labor supone dar de nuevo marcha atrás y considerar el discurso de estos autores desde una nueva perspectiva, es evidente que ni a Pareto, ni a Mosca ni a Michels se les puede considerar propiamente unos teóricos de la historia por lo que no vamos a encontrarnos con una teoría sistemática acerca de este tema que podamos seguir como hacíamos, por ejemplo, cuando hablabamos de las élites o de las clases gobernantes. Este trabajo lo tenemos sumamente facilitado

por el hecho de haber clasificado y examinado con la máxima atención todo el material que antes hemos presentado; nos queda, pues, la tarea de reinterpretación. Para no hacer demasiado ardua la lectura de esta parte del trabajo evitaremos, en la medida de lo posible, las constantes referencias y citas a puntos anteriormente comentados, entrando de lleno en un campo de mayor creación y reinterpretación que no nos ata tanto a puntos muy concretos de sus razonamientos. El lector habrá, pues, de tener siempre presente toda nuestra exposición anterior para seguir con mayor facilidad esta que ahora iniciamos.

Realmente cabe preguntarse por qué introducir en un trabajo como el nuestro todo un capítulo dedicado al tema del cambio social y la concepción de la Historia en los elitistas clásicos cuando hemos afirmado que, como su propia denominación indica, el eje de su pensamiento se centra en el estudio de los temas de las minorías gobernantes o élites políticas; pero varias razones justifican nuestra decisión. En primer lugar, y tras haber analizado detenidamente el punto central de todo su discurso, estamos plenamente convencidos de que no se puede completar el estudio del pensamiento de ningún autor que se encuadre dentro del vasto campo de las ciencias sociales, sin tomar antes en consideración que idea de la evolución social y de los cambios sociales se puede llegar a deducir de todos sus escritos. Evidentemente dicha tarea solo se va a poder llevar a cabo en aquellos casos en los que nos encontremos con un discurso "global", es decir cuando el autor o los autores en cuestión tengan la intención de presentar un cuadro general que lo-

gre explicar, con mayor o menor acierto, la totalidad del sistema social y sus diferentes aspectos; entonces es cuando dicho empeño cobra todo su sentido y es vital para la comprensión de este pensamiento. Es lógico afirmar que esto no se va a poder llevara cabo en los casos de pensadores que se dedican a analizar aspectos muy particulares de la realidad social, a partir de unas premisas o teorías preexistentes que les proporcionan el marco general de interpretación. Pero en nuestro caso no va a surgir este problema porque, aún en el caso de Michels, nos encontramos con unos autores que si poseen el firme propósito de alcanzar dicha globalidad en sus escritos, y en los que, como veremos, el tema de la Historia y del cambio va a cobrar una particular importancia. Pero dejando por el momento a un lado el sentido que pueda tener en estos teóricos concretos el análisis de los fenómenos del cambio social y de la Historia, hemos de recordar que, en general, este tema adquiere una gran significación a la hora de tratarse de pensadores sociales, y aún más pertenecientes a fines del siglo XIX. Cuando tratamos de estudiar la historia del pensamiento sociológico, a partir de aquellos que han sido considerados como los grandes precursores de dicha disciplina, hemos de admitir que el punto que pretendemos tratar en este capítulo constituye un núcleo central a partir del cual podemos establecer una línea de separación entre dos grandes corrientes cuya lucha aún perdura en nuestros días. Han sido numerosos los estudios (1) y los autores que han señalado que desde los inicios de las ciencias sociales, y muy en particular de la Sociología, se ha visto dividida en dos grandes ramas en las

que alternativamente se iban encuadrando uno u otro autor según la orientación de su pensamiento; pero lo que nos interesa destacar es que dicha línea divisoria se establece tomando en cuenta esencialmente las dos notas de las que hablabamos, es decir la postura que cada uno de ellos adopta ante los fenómenos del cambio y el equilibrio social, y por otro lado lo que se deduce de sus opiniones acerca de la evolución histórica de las sociedades humanas. Por ello se ha hablado en numerosas ocasiones de la corriente de la tradición y de la de la revolución en la Historia del pensamiento sociológico. Vemos, pues, como el tema que hemos elegido como centro de estudio de esta capítulo posee la suficiente entidad e importancia para poder justificar la inclusión de estas páginas en nuestro trabajo. Además aparte del interés intrínseco que indudablemente tiene el tema, el detenernos en este nos será de una gran utilidad para acabar de encuadrar la verdadera significación de la teoría clásica de las élites dentro de la Sociología contemporánea.

Pero si las anteriores razones no bastasen para persuadir al lector de lo legítimo de nuestro empeño, aún no habríamos de darnos por vencidos ya que el tema particular de los histórico y de las consecuencias que este tiene en relación con los aspectos dinámicos y estáticos del discurso de los elitistas adquiere tal importancia que este mero hecho bastaría para justificar nuestra tarea actual. Y ello por dos razones bastante diferentes: por un lado es indudable que a partir de la teoría de la circulación de las élites de Pareto y de las consideraciones acerca del

recambio dentro de la clase política de Mosca, y de las observaciones de Michels de la repercusión de tales fenómenos dentro de los grupos de liderazgo y de las grandes organizaciones, se puede formular muy bien toda una construcción teórica que muestre la postura de estos tres autores ante los fenómenos del cambio, aspecto que puede dar lugar a interesantes conclusiones en cuanto lo relacionemos con la postura política concreta de estos ante los graves acontecimientos a los que hubieron de asistir a lo largo de sus vidas, y con la sociedad ideal, o al menos la mejor realizable que aparece explícitamente señalada en sus escritos. Pero es que además no hay que olvidar que la ciencia histórica ocupa un lugar fundamental en las construcciones teóricas de Pareto y de Mosca, no ya desde el punto de vista de su aplicación práctica a fenómenos concretos, sino en aquella parte de su obra que dedicaban al análisis de las bases metodológicas de las ciencias sociales. Ambas razones tienen la suficiente entidad para llenar un capítulo como este, y serán convenientemente examinadas en el apartado posterior.

En realidad el tema de lo estático y lo dinámico como fuerzas primordiales dentro de la sociedad está siempre presente en el pensamiento de Pareto y de Mosca ante todo, y un análisis detenido de su verdadera significación nos podrá ser extremadamente útil para poder evaluar con precisión el verdadero sentido de todo su discurso. Cuando avancemos un poco más en nuestra exposición podremos aclarar algunos detalles en concreto, pero ahora nos interesa destacar algunos puntos generales que nos servirán de pre-

ludio al estudio más intensivo. Se ha repetido en numerosas ocasiones que una característica común a los tres teóricos de la élite que ahora estudiamos es precisamente el extremado énfasis que ponen en resaltar los aspectos más estáticos del orden social, minimizando el papel de los elementos dinámicos que implican el cambio o la revolución, su estudio estaría, pues, volcado más hacia los factores del equilibrio social que hacia los de la dinámica social en una terminología tremendamente decimonónica que puede corresponderles muy bien. Es evidente que es difícil rechazar esta idea cuando nos encontramos con unos pensadores, y en este caso el más evidenciado es la figura de Pareto, que tienen buen cuidado de insistir casi constantemente en que el fin último de toda su investigación se resume en la formulación de un pequeño número de principios primeros e inmutables de la naturaleza humana y de la sociedad que puedan llegar a explicarnos el verdadero ser y funcionamiento de estas. Creemos haber insistido lo suficiente en este punto como para volver ahora a estudiarlo en profundidad, pero a lo que sí estamos obligados es a pararnos un momento a considerar las consecuencias que acarrea dicha actitud sobre una supuesta concepción del cambio y de la evolución histórica. Un pensamiento que busca por encima de todo fijarse en los aspectos de la uniformidad en lugar de tener en cuenta las posibles facetas de la diversidad que pueden existir en la naturaleza del hombre y de la sociedad tenderá, y no es difícil adivinarlo, a hacer hincapié en el equilibrio social, que casi siempre se suele hacer sinónimo de orden social. Se pretende, pues, hallar en esta situación el máximo de la perfección a la que llegan

las sociedades con grandes esfuerzos, en la cual todos sus elementos se encuentran ordenados de tal forma que encajan perfectamente formando un conjunto, evitándose las disfuncionalidades y las desviaciones que, por definición, perjudican al todo social y pondrían trabas a una buena marcha de la comunidad. Es curioso observar como, en este tipo de autores, de los cuales podrían darse numerosos ejemplos a lo largo de la Historia de las doctrinas políticas y sociales, el orden se corresponde con la idea de bondad mientras que el cambio se verá como desorden, y en definitiva se considerará como algo perjudicial y erradicable del conjunto social. Con diferentes matizaciones está claro que vamos a encontrar un discurso de este tipo dentro del pensamiento de los teóricos de las élites, y que ello les llevará a mantener una postura política en principio tremendamente conservadora, e incluso podríamos decir que retrógrada, si con ello denominamos el deseo de vuelta atrás frente a la otra opinión que miraría siempre hacia el futuro; todo ello habrá de aparecer, si queremos cumplir nuestro objetivo, en posteriores apartados. Pero ello, y es en este punto en el que queremos insistir, no significa de modo alguno que una concepción del cambio y la transformación social sea algo inexistente de nuestros tres autores; frente a esta opinión que ha sido formulada en no pocas ocasiones, oponemos la nuestra que afirma que, por el contrario, esta faceta del discurso de los teóricos de las élites es fundamental si se quiere completar un análisis riguroso de dicha corriente de pensamiento. Que dicha concepción pueda ser definida de una u otra manera es algo completamente dife-

rente y ahora no viene al caso, pero también es igualmente cierto que sin esta teoría particular del cambio que llevará a una determinada visión de la Historia no hay una teoría clásica de las élites; y en concreto pensamos que dicha concepción del cambio aparece bajo dos facetas distintas: en primer lugar hay toda una amplia exposición de las motivaciones, formas y consecuencias del cambio dentro de la minoría gobernante, y junto a esta, en un nivel más elevado, aparece la idea de que también existe un cambio social, y por lo tanto una evolución histórica que, aún siendo resultado directo de ese cambio interno dentro de la élite, pueden ser estudiados como fenómenos separados del anterior. Por todo ello, y tras haber considerado las dos formas de concepción de la Historia que antes mencionábamos, y habiendo analizado las premisas de este estudio, pasaremos a considerar estas dos formas de aparición del cambio y la evolución histórica en el discurso de nuestros autores.

VI.2. Las dos formas de concepción de la Historia.

En el apartado anterior afirmábamos que cuando el investigador tomaba la decisión de dedicarse al estudio de los fenómenos del cambio y el equilibrio social y a la consideración de los aspectos en que aparecía una idea de la evolución histórica en la obra de los teóricos de las élites, tenía que comenzar estableciendo una clara distinción dado que estas ideas surgían de dos formas bastante dife-

rentes en el pensamiento de estos autores. Y es precisamente este doble surgimiento el que pretendemos analizar ahora antes de pasar a temas concretos y al estudio de aspectos particulares que no podrían ser comprendidos en su totalidad sin recurrir a esta distinción. Realmente es importante llevar a cabo esta diferenciación dado que constituye una prueba más de que el concepto de la Historia en estos autores no es, ni mucho menos, un tema superfluo del que podamos olvidarnos a la hora de llevar a cabo nuestro estudio, sino que, por el contrario, se trata de un punto fundamental en este.

En primer lugar tenemos el hecho de que la Historia parece jugar un papel fundamental en la construcción de las ciencias sociales en estos pensadores, y no tenemos más remedio que ver como el empeño de los teóricos de las élites no se centra solamente en unos estudios particulares sino que trata de presentarse como una nueva alternativa que plantee la necesidad de construir una verdadera ciencia de la política o de la sociedad, variando la terminología según los autores; y al mismo tiempo toda esta corriente de pensamiento plantea, propone un nuevo esquema teórico y un nuevo instrumental capaz de desentrañar los aspectos más complejos de la realidad social. Cuando uno se asoma por primera vez a las obras fundamentales de Pareto y de Mosca, como vimos el caso de Michels es algo diferente, no se halla el claro propósito de construir una teoría de las élites o de la distribución del poder en la sociedad, esto vendrá más tarde, sino que el primer plan es el de dejar clara la necesidad de conferir un status científico

a la gran disciplina social. El hecho es que en el Tratado, al que tantas veces hemos hecho referencia, Pareto dedica casi la mitad, o más incluso, de su obra a presentar este inmenso esfuerzo por encontrar los elementos y sus formas de relación que acabarán por construir una verdadera Sociología. Y Mosca no se queda a la zaga, puesto que él también dedicará el primer capítulo de sus "Elementi" a contemplar el tema metodológico. Pues bien lo que queremos afirmar aquí y ahora es que dentro de este propósito inicial el puesto que se le concede a la Historia es fundamental. De nuevo hemos de hacer una excepción con el más joven de nuestros pensadores: Michels, como ya ha sucedido en algunas ocasiones; creo que ya apuntamos el hecho de que este autor comienza su investigación pasando por alto el tema relacionado con la reflexión metodológica, y limitándose a entrar de lleno en su campo de investigación al haber adoptado la base metodológica que le proporcionaban sus maestros. Es cierto, sin embargo, que en otras obras suyas posteriores a "Los partidos políticos", e incluso dentro de este mismo escrito, Michels opta por introducir algunas pequeñas modificaciones en la teoría clásica de las élites, pero de ningún modo estas van a referirse al plano puramente metodológico. Es por esta razón por lo que, en lo que respecta a esta primera concepción de la Historia, este autor tenga poco lugar dentro de nuestra exposición.

Recordemos muy brevemente cual era el planteamiento inicial de Pareto para poder ver cual sería el puesto de la Historia dentro de este. Ya en su primera obra de ca-

rácter sociológico, el "Manuel d'Economie Politique", y también en determinadas ocasiones en "Les Systèmes Socialistes", el autor hace un constante hincapié en la necesidad de construir una verdadera disciplina de estudio de la sociedad, la que él denomina Sociología, a la imagen y semejanza de la economía política, y sobre todo siguiendo las estrictas normas del conocimiento científico que marcaba el positivismo. Este era el momento en que Pareto comenzaba a plantearse el tema de las acciones no lógicas y la ardua tarea de descubrir uniformidades en estas, que además tomaban toda su importancia desde el momento en que se afirmaba que la mayor parte de las acciones humanas iban a entrar dentro de esta categoría. El intento de crear una ciencia que explicase las grandes uniformidades que determinan, en mayor o menor grado, el desarrollo de las sociedades humanas, se planteaba en este autor con un sesgo claramente psicologista desde el momento en que se disponía a encontrar las verdaderas motivaciones últimas de este tipo de acciones. Era, pues, a partir de aquí cuando el autor entraba en una parte fundamental de su discurso: el estudio de los residuos y de las derivaciones, el cual, al igual que los otros temas, sólo quedaría plenamente desarrollado en la obra principal de Pareto: el "Traité de Sociologie Générale". No queremos entrar en una explicación más detallada ya que ello no supondría sino repetir en mayor o medida puntos que hemos tomado en consideración en anteriores momentos de nuestro estudio. Lo que sí ha de chocarle al lector es que hasta el momento parece que no hemos aportado ni una sola razón por la cual parezca legítimo justifi-

car o al menos intuir que la Historia ocupa un puesto muy importante dentro de este razonamiento. Realmente esta duda es razonable pero quedará inmediatamente satisfecha desde el momento en que entremos en nuestro tema insertandolo dentro de esta breve exposición que, repetimos, unicamente hemos incluido aquí a modo de recordatorio de lo dicho con anterioridad. Cuando llegemos a la consideración del otro autor que tenemos la intención de incluir dentro de este primer estudio el problema quedará mucho más claro, puesto que Mosca hace necesaria la referencia histórica, desde el mismo momento en que un estudioso cualquiera se dispone a enfrascarse en su planteamiento metodológico. El caso de Pareto, sin embargo, es diferente; en principio se podría pensar que este autor no necesita en lo más mínimo recurrir a la Historia para montar toda su construcción teórica, pero en realidad si lo hace, y va aún más allá desde el momento en que la Historia aparece, en este punto, de dos formas diferentes. En primer lugar tenemos el hecho de que, en bastantes ocasiones, Pareto hace referencia a la relación entre método histórico y método experimental, y por otro lado no podemos olvidar la tendencia a basar todos sus razonamientos en la que podemos denominar "prueba histórica". A efectos de lograr una mayor claridad en nuestra exposición está bastante evidente que hemos de recurrir a la separación de ambos temas; comencemos, pues, siguiendo un orden lógico, por el primero de ellos.

El razonamiento paretiano es sumamente significativo de toda su actitud ante la tarea científica y en ciertas ocasiones, como también ocurrirá en otros temas, llega

a confundir al lector. Ya en el "Manual" Pareto reconoce explícitamente que el método histórico, más bien la Historia en general, es una disciplina enormemente útil para el investigador, puesto que es el verdadero laboratorio que este no puede crear dentro del campo de las ciencias sociales. Es decir, la experiencia del pasado proporciona al individuo la posibilidad de seguir el mismo método científico que tan buenos resultados ha dado en las ciencias físicas y que hay que lograr transplantar al campo de las ciencias sociales: el método de la observación y la experimentación. No hemos de olvidar en ningún momento que Pareto es extremadamente positivista en su visión de la ciencia, y por ello nos va a presentar una Historia que se reduce a la sucesión de los hechos del pasado, sin entrar nunca en consideraciones acerca de la veracidad de dichos hechos o la intervención del historiador como seleccionador de dichos fenómenos.

El gran campo de la Historia se reduce, así, desde un principio a ser considerado como aquel gran almacén de datos a los que el hombre debe de recurrir cada vez que desee comprobar experimentalmente algún fenómeno del presente. Se trata, pues, si es que podemos decirlo, de una noción claramente instrumentalista, y a la vez positivista de la Historia. Pero, a pesar de todo, necesitamos hacer todavía algunas advertencias que pueden clarificar mucho más este tema. Pareto es, ante todo, un sociólogo muy teñido por una gran experiencia como economista, pero lo que es evidente es que su principal interés reside en el estudio de los fenómenos del presente. La gran tarea del investigador de

sociedad consiste en descubrir las principales uniformidades que existen en la realidad social para tratar de dar una explicación lógica y coherente de esta; es por esta causa por lo que el pasado es visto únicamente como un medio, un instrumento que nos permite dar una mejor explicación, y comprender más profundamente dicho presente. Esta idea queda claramente expresada en la siguiente observación de nuestro autor:

"Comme nous l'avons dit souvent déjà, les faits du passé et ceux du présent se prêtent un mutuel appui dans la recherche des uniformités sociales. Les faits du présent, plus connus dans leurs détails nous permettent de mieux comprendre ceux du passé. Les faits du passé, lorsqu'ils ressemblent à ceux du présent, sous certains rapports, servent à préparer l'induction qui donnera à ces rapports la valeur d'uniformité." (2)

No se duda, pues, de que la Historia en sí misma pueda ser comprendida como una disciplina separada que tiene su propio objeto de estudio y su metodología, pero lo que sí se afirma es que la Historia constituye la principal disciplina auxiliar para la sociología, y es desde este punto de vista como ha de ser tratada en toda su obra. Lo cual, por otro lado no resta ninguna importancia al puesto que parece ocupar dentro del discurso paretiano, sino que lo que hace es situarla en su lugar correspondiente para que no haya lugar a ninguna duda. Por otro lado este planteamiento también puede ser entendido desde el punto de vista de una concepción más amplia de las ciencias sociales, como un conjunto de campos de investigación interre-

lacionados en los cuales el estudioso escoge uno de ellos como centro de toda su atención, pero sin descuidar en ningún momento el hecho de que los demás van a intervenir en el suyo propio, o al menos le van a ser de una extrema utilidad desde el momento en que pueden aportarle nuevos puntos de vista e instrumentos con los que logre una mayor profundidad en el conocimiento de su objeto de estudio. Un razonamiento muy parecido podríamos hacer, en el caso de nuestro autor, con otra disciplina que también pasa a ocupar un puesto importante dentro de su teoría: la Psicología. Para terminar con esta primera parte de nuestra reflexión digamos también que es necesario ser consciente de que, para Pareto, todo va a subordinarse al método experimental, único que posibilita que las disciplinas logren alcanzar el status de ciencia lógico-experimental, encontrándose en esta misma situación el método histórico. La postura paretiana, en lo que respecta a su relación con la Historia, es, pues, extremadamente ambigua, o al menos sumamente compleja. G. Busino, en un artículo que dedica al estudio de la Historia de la Sociología de Pareto expresa con mucho acierto dicha posición, y por ello vamos a recordar lo que nos dice:

"Pareto avait besoin de matériaux historiques pour élaborer avec plus de sûreté les fondements de la sociologie, pour énoncer plus rigoureusement des exemples à l'interpréter, mais il repugnait à recourir à l'histoire pour prouver la validité du schéma ou du modèle, qu'il avait obtenu auparavant. Histoire et science coexistent apparemment, mais en réalité, elles sont juxtaposées comme elles l'étaient dans sa jeunesse déjà. De plus, quand les faits historiques

ne coïncident pas avec les théories l'histoire est promptement négligée." (3)

Esta opinión de Busino nos va a servir, además, para introducir el segundo aspecto en el que aparece nuestro tema en Pareto, lo que antes llamábamos la "prueba histórica", aún en aquellas obras en las que nuestro autor no ha proporcionado ninguna justificación teórica a la utilización de la Historia dentro de las Ciencias Sociales la superabundancia del material histórico es apreciable, y hasta abrumadora en ocasiones. Parece haberse convertido ya en una característica del pensamiento paretiano y sobre todo en un rasgo básico de su estilo literario el hecho de incluir en sus razonamientos toda clase de referencias históricas que expliquen más claramente las ideas que está vertiendo en un momento dado. Busino da en el clavo cuando nos dice que hay que tener mucho cuidado con el modo en que consideramos la forma de aparición del material histórico en los escritos de este autor, ya que en realidad no puede afirmarse que se trata de una comprobación rigurosa de las hipótesis presentadas. Los datos históricos se utilizan más bien como ilustraciones permanentes que corroboran y prueban en cierto modo lo que se está afirmando, pero, en realidad el esquema teórico que sustenta todas estas opiniones es siempre anterior y no depende de este recurso a los acontecimientos de épocas pasadas. En cierto modo se podría decir, entonces, que la expresión "prueba histórica" que Meisel, autor cuya obra acerca del pensamiento de Mosca hemos citado en repetidas ocasiones (4), utiliza para referirse a determinada actitud que adopta este autor ante la Historia, no es demasiado correcta ya que puede suscitar

alguna confusión, desde el momento en que hemos de tener siempre en cuenta que no se trata de una verdadera "prueba" en el sentido en que comunmente se utiliza dicho concepto. De todos modos, y haciendo esta salvedad, dicha denominación refleja una actitud muy particular de nuestro autor, que también es compartida en cierta medida por Mosca, y que justifica su uso; se trata de la tendencia constante en la obra de Pareto a recurrir al hecho histórico individual para apoyar sus tesis, a pesar de que estas estén contruidas de un modo apriorístico, sin contar a la Historia entre las bases de su fundamentación. Se trata, pues, de un método que podríamos denominar de ejemplificación, que presta un carácter muy peculiar a los escritos históricos. Todos los autores que se han acercado a estos, con uno u. otro objetivo, han coincidido en destacar este hecho, exagerando un poco quizá podría llegar a decirse que casi la mitad del Tratado se podría resumir en la presentación de larguísimos ejemplos de acontecimientos de épocas pasadas extraídos de las más diversas fuentes. Los conocimientos de este pensador en esta materia sorprenden al lector al tiempo que suscitan su crítica, y dicha ambivalencia puede ser fácilmente explicable. La sorpresa y admiración están legítimamente causadas por la enorme erudición de la que hace gala el pensador en este terreno, en realidad puede decirse que no hay época o civilización que escape a su ámbito de conocimiento, aunque también salta a la vista su particular predilección por la historia de la antigüedad, en particular por la de dos de las grandes civilizaciones clásicas: la griega y la romana. En este constante flujo de anécdotas y

acontecimientos nos damos cuenta de que Pareto posee un conocimiento de la materia que supera al del mero aficionado, que no se cansa de verter entre los sucesivos desarrollos de sus ideas. Pero es, quizá, esta misma erudición la causante de dos grandes defectos que han sido resaltados por los estudiosos de estos temas, ambos están tan íntimamente interrelacionados que, en verdad, sería difícil hablar de uno de ellos sin hacer referencia al otro. Pareto abruma al lector con una cantidad ciertamente excesiva de este tipo de referencias que llegan hasta a hacerse superfluas dado que el objeto de estudio no las reclama, esta es una de las principales razones que explican, además, el hecho de que la mayor parte de los escritos paretianos sean escollos difícilmente superables por el lector. El mismo R. Aron, uno de los más conocidos estudiosos del gran sociólogo italiano, en el Prólogo que escribe para el "Tratado" (5) reconoce las enormes dificultades que ha encontrado en su lectura, y el tedio que le ha embargado al leer determinados pasajes, que le ha obligado a saltarse aquellos que consideraba menos importantes; y las dificultades con las que se topa el lector no se deben, por lo general, a problemas de comprensión, puesto que hay que reconocer que Pareto es un autor extremadamente claro y preciso a la hora de plantear sus ideas, si no que provienen de una excesiva acumulación de estos ejemplos históricos que llegan a que sea fácil perder el hilo conductor de su razonamiento. Durante larguísimas páginas Pareto se vuelca con auténtica pasión en el relato de acontecimientos históricos importantes, todo ello salpicado con frecuentísimas citas de

de los más variados poetas e historiadores de la Antigüedad clásica. Y cuando hace un momento utilizabamos la palabra "anécdotas" lo hacíamos plenamente conscientes de su significación dado que ello nos introduce en nuestro segundo aspecto de la cuestión; no es unicamente que Pareto llegue a aburrir a cualquiera con esta superabundancia de relatos y referencias, sino que junto a ello la veracidad de estos y su importancia son cuestionables en numerosas ocasiones. Pensadores dedicados especialmente al estudio de estas referencias históricas han afirmado que este autor no establece ningún tipo de selección sobre el material que utiliza. Parece como si no le importara en lo más mínimo la fiabilidad de las fuentes que se utiliza ni se detiene a pensar la adecuación de tal o cual relato histórico para la confirmación o consolidación de sus propias afirmaciones. Es realmente aquí cuando se puede afirmar, sin temor alguno a equivocarse, que Pareto no es un historiador desde el momento en que se despreocupa de una parte esencial del trabajo de los verdaderos profesionales de esta disciplina: el valorar y seleccionar entre el gran número de datos y hechos del pasado aquellos que van a serles más útiles para sus propósitos y que poseen un cierto grado de fiabilidad sobre el cual poder apoyarse. La actitud despreocupada de Pareto, junto con su ansia por la acumulación, como si el número pudiese superar a la calidad, son dos rasgos característicos de sus escritos y que hemos de tener presentes en todo momento.

Mosca adopta una actitud diferente ante el problema, aunque con indudables puntos de contacto; lo que realmen-

te caracteriza al pensamiento de este autor es el hecho de que la Historia está presente desde un comienzo en su su esquema teórico, y no solamente desde un punto de vista de declaración de principios, sino que existe el reconocimiento de que este ha de ser su lugar en todo intento de construir una verdadera ciencia de la política. Recordemos que para el profesor italiano el objeto primordial que tenía que alcanzar con su obra era la creación de un cuerpo de doctrina que lograra elevar el carácter de la disciplina que se centraba en el estudio de los fenómenos políticos al status de una verdadera ciencia. Al igual que en el caso de Pareto, e incluso de un modo mucho más simple y transparente, se podría advertir fácilmente que la posición inicial de partida estaba teñida por una fuerte inclinación hacia el positivismo. Este era uno de los rasgos comunes que señalábamos como premisa de donde partían los teóricos clásicos de las élites, marcando en cierto modo todo el sentido de su investigación, y el carácter definitivo de sus conclusiones. Pero no nos interesa enzarzarnos a estas alturas en una discusión: acerca del carácter positivista del elitismo clásico, cosa que tuvimos ocasión de llevar a cabo en un capítulo anterior, sino que lo que queremos señalar ahora es el hecho de que la Historia también surge como uno de los elementos básicos sobre los que Mosca comienza a plantearse su sistema teórico, su construcción de la ciencia política. Y dicha aparición va a realizarse de un modo mucho más claro que en Pareto, por lo que no tenemos que entrar en tantas sutilezas a la hora de estudiar el fenómeno. Nuestro autor también dedica el primer capítulo de la que podría muy bien ser considerada como su obra central a tratar este tema, y en estas páginas no duda en lan-

zar afirmaciones tan rotundas y significativas como la siguiente:

"Qualunque possa essere nell'avvenire l'efficacia pratica della scienza politica è indiscutibile che i progressi di questa disciplina sono tutti fondati sullo studio dei fatti sociali e che queste fatti non si possono cavare che dalla storia delle diverse nazione. In altre parole, se la scienza politica deve essere fondata sullo studio e l'osservazione dei fatti politici, è all'autico metodo storico che bisogna tornare."(6)

Estas breves líneas pueden muy bien resumir la postura que adopta Mosca ante el tema en cuestión, y en ellas podemos resaltar dos temas fundamentales. En primer lugar creo que saltará a la vista, si el lector relée con detenimiento la cita anterior, que en ella queda expresada una actitud muy parecida a la que encontrabamos en Pareto, y que llamabamos, la "Prueba histórica". En cierto sentido surge la concepción utilitaria de la Historia, como un campo en el que se van a encontrar convenientemente reunidos aquellos hechos sociales y políticos que el investigador necesita para poder montar sus teorías. En principio parece no importar demasiado el carácter de estos hechos, ni, sobre todo, la labor de selección y ordenamiento que lleva a cabo el historiador con objeto de dar algún sentido a su disciplina. Lo único que se tiene en cuenta es que existe un considerable volumen de datos al que se puede echar mano en caso de necesidad. Porque, y esto no hay que olvidarlo nunca, el problema que ha de resolver todo pensador social que trate de partir de las estrechas bases de un positivismo que

se fija como modelo absoluto el seguido por las ciencias físicas, es decir el de la observación y la experimentación, es la evidente diferencia existente entre los hechos sociales y los hechos físicos, que da lugar a que sea realmente muy complicado transplantar el modelo de investigación científica, tal y como lo pretendían estos autores. Por ello, y para poder reconstruir una supuesta experimentación dentro del campo social, es por lo que no queda más remedio que acudir a una disciplina auxiliar que proporcione los supuestos hechos con los que se podrán extraer las uniformidades necesarias para formular leyes sociales, al modo de las leyes naturales. Pero al mismo tiempo, y esto quedará también reflejado en las líneas que acabamos de citar, en Mosca coexiste también otra actitud, quizá mucho más profunda que la anterior, que da lugar a que la Historia ocupe un lugar mucho más destacado en su discurso que en el del resto de los elitistas clásicos.

Porque realmente no hay duda de que Mosca es un apasionado por la Historia, y no lo es de un modo tan "anecdótico", si es que se nos permite la expresión, como Pareto, sino que sus convicciones son más profundas. En otra de sus obras fundamentales como es la "Historia de las doctrinas Políticas"(7), este autor no duda en mantenerse en la idea de que el estudio de la organización política de las sociedades está íntimamente ligado con su historia, y en particular con la que se podría llamar la Historia de las ideologías. Es imposible concebir un estudio sin referirnos al otro, Se trata, pues, de una consideración que excede en mu-

cho la anterior postura de ver a la Historia como un gran almacén de datos, porque Mosca tampoco duda en hablar de la complementariedad del método de la investigación dentro de la ciencia política, y del método histórico. Cuando nos dedicábamos al estudio del pensamiento de Pareto acerca de este tema decíamos que aunque este no dudaba en proclamar la necesidad de las materias históricas para afirmar sus teorías, sus hipótesis fundamentales no estaban formuladas en base a un riguroso análisis de estos, sino que se apoyaban sobre otro tipo de hechos. Esta negativa a considerar, a incluir el hecho histórico como prueba de verificación de la teoría anteriormente formulada era la que daba lugar a que el tratamiento de la Historia fuera bastante superficial en este autor, a pesar de la constante utilización, a veces hasta excesiva, a la que antes hacíamos referencia. Por el contrario Mosca respeta mucho más el método histórico, ciñéndose más a sus exigencias, desde el momento en que no incluye ningún otro tipo de prueba o de consideración para basar sus propias afirmaciones; el recurso a los hechos históricos es quizá más limitado en su número que el que llevaba a cabo su compañero de corriente, pero posee una mayor implicación para el propio análisis teórico. No hay que dejar de tener presente que el estilo expositivo de Mosca, y creemos haber hablado ya acerca de este tema en algún momento durante nuestro anterior trabajo, es muy distinto al que antes analizábamos; en cierto modo podríamos afirmar que es mucho menos decimonónico. Y con ello queremos que se entienda que cuando el lector se asoma a las principales obras de Mosca se encuentra con una exposición mucho más rigurosa, que no se pierde en constantes

divagaciones ni en abrumar al sufrido lector con citas inacabables de dudosa veracidad, lo que da lugar a que su lectura se haga mucho más amena. Pero dejando a un lado consideraciones puramente estilísticas hemos de señalar que Mosca, siguiendo la línea que antes apuntábamos tiene muchísimo más cuidado en la utilización de las fuentes que maneja y en el carácter de los hechos que cita para apoyar cada una de sus opiniones; y es precisamente esta actitud la que da lugar a que el autor pueda utilizar estos mismos hechos como apoyo básico para sus tesis. Es, pues, esta postura de nuestro autor, junto con el importante puesto que le asigna dentro de su esquema teórico, lo que lleva a que se pueda afirmar, sin ningún temor a equivocarse, que en este autor el tema de la Historia adquiere una significación fundamental.

Hemos tratado de presentar, volviendo a considerar temas que hemos tratado en capítulos anteriores, los razonamientos que nos llevan a admitir que realmente hay que tener en cuenta el puesto de la Historia dentro de la teoría clásica de las élites. Y lo que hemos hecho puede ser visto desde dos puntos de vista; en este caso nosotros sólo hemos considerado a uno de ellos, hemos tenido en cuenta únicamente el planteamiento metodológico de los dos más conocidos representantes de esta corriente. En su misma formulación de los objetivos y de los métodos que han de utilizarse para lograr construir una verdadera ciencia social surge esta materia como disciplina auxiliar y fundamental de este conjunto de conocimientos. Pero al comen-

zar este apartado decíamos que existía también otra perspectiva a partir de la cual se llegaba asimismo a la conclusión de que la teoría de las élites no podía ser comprendida sin hacer referencia al tema de la historia y del cambio social. Cuando un estudioso de estas materias se encuentra ante la ardua labor de analizar el pensamiento de uno o varios autores lo primero que suele hacer es plantearse la intención de este o de estos a la hora de presentar su obra; y no podemos dudar de que cuando esta intención puede resumirse en tratar de conseguir una explicación global de la realidad social el tema del cambio y del equilibrio social pueden ser considerados como el núcleo central de este pensamiento en cuestión. En concreto lo que tendrá un indudable interés es la particular visión de la evolución de las sociedades, que necesariamente habrá de surgir del discurso. Y es precisamente esta visión la que tenemos que pasar a estudiar en apartados posteriores. En la propia formulación de la teoría elitista, a pesar de que no se tengan en cuenta los ejemplos históricos, podemos encontrar una visión particular y sumamente reveladora de dos temas esenciales: el de la evolución histórica y el del cambio social. Y es precisamente este campo el que queremos presentar, no en toda su profundidad puesto que ello sobrepasaría los límites de nuestro estudio, sino en sus aspectos más esenciales.

VI.3. Premisas para el análisis.

Si afirmamos, como lo hemos venido haciendo anteriormente, que es posible encontrar en toda la formulación elitista de nuestros tres grandes autores una idea de lo que significa la Historia y del papel de los cambios dentro del todo social, no podemos negar que existen unas premisas sobre las cuales se apoyan estos para proseguir con su tarea explicativa. Es por esta razón por lo que volvemos sobre aquellos puntos, que antes ya habíamos tocado, e introducimos otros nuevos que pueden prepararnos mejor para el futuro análisis que quizá constituye el eje central de este discurso. Decíamos, en el apartado anterior, que los teóricos clásicos de las élites partían fundamentalmente de una base positivista que iba a condicionar todo el desarrollo de su argumentación, y sobre todo que determinará la aparición de una idea de la Historia considerada como mera acumulación de hechos sociales a los que recurrirá el investigador del campo social para poder probar sus premisas. Este positivismo juega a la vez como factor negativo al restringir el campo de investigación de estos autores a unas pocas parcelas de esta gran disciplina, pero supone, al mismo tiempo, un enorme avance frente a los intentos anteriores al poner todo su interés en el problema de la cientificidad de las ciencias sociales. A pesar de que ahora nosotros tenemos todo el derecho, y nos acompaña la razón, a la hora de criticar el intento positivista no podemos negar que todo el origen del pensamiento sociológico contemporáneo hunde sus raíces en esta postura metodológica. Sin embargo, y dejando a un lado la reflexión sobre un tema que ya hemos presentado en otro lugar, hemos de tratar de diferenciar las distintas posturas

que dentro de esta gran corriente fueron apareciendo a fines del siglo pasado. No entra dentro de nuestro objeto de estudio el dedicarnos a llevar a cabo una reflexión profunda de las versiones del positivismo, pero lo que si hemos de dejar claro es, que, en lo que se refiere a los teóricos clásicos de la élite, su concepción de la Historia y del cambio social se aparta bastante de la que encontramos en otros grandes representantes de dicha escuela. Y es precisamente este distanciamiento el que da lugar a que dicha concepción sea muy interesante en si misma, y muestre aspectos muy peculiares que suponen, en ocasiones, un avance en relación a los planteamientos de algunos de los llamados padres de la Sociología.

En la época que estamos estudiando, es decir a fines del siglo pasado, el positivismo, o mejor dicho una cierta rama del positivismo solía aparecer unida con otra gran corriente de pensamiento que triunfaba durante aquellos años y que, sin lugar a dudas, marcó todo el posterior desarrollo del pensamiento social de nuestro siglo: nos referimos efectivamente al evolucionismo y a una versión muy particular de este último que se ha llamado con el nombre del autor que planteó las bases de su desarrollo: el darwinismo. Ambas líneas de pensamiento transtocaron las premisas tradicionales sobre las que se habían asentado las diferentes opiniones acerca de los fenómenos sociales y políticos hasta el momento, y ante todo proporcionan una nueva visión de la senda que había seguido la humanidad hasta alcanzar su estadio actual. Si tuviéramos

que destacar un punto en el que la influencia del evolucionismo y del darwinismo hubiera sido particularmente significativa y con mayores consecuencias que en los demás aspectos, no dudaríamos un sólo momento en afirmar que este es el de la Historia. Pero tampoco podemos entrar ahora a sopesar la verdadera incidencia de estos discursos en el pensamiento social del momento puesto que, además de alejarnos de nuestro objeto central de estudio, reconocemos que el tema posee la suficiente complejidad como para exigir un marco más adecuado que permita su estudio en profundidad. Cuando hemos empezado hablando de este tema, lo hacíamos únicamente para llegar a un punto de vital importancia en nuestra investigación, en lo que respecta a este problema en concreto: el rechazo de las concepciones evolucionistas y darwinistas por parte de los teóricos clásicos de la élite. Realmente, a medida que avanzamos más y más en el conocimiento de las múltiples facetas que presenta el pensamiento de los teóricos clásicos de las élites, nos asombra una y otra vez el comprobar como continuamente sus opiniones suponen un reto a doctrinas oficiales que predominaban en el panorama cultural de su época. No ha de extrañarnos, pues, el relativo aislamiento en el que estuvieron sumidas sus tesis, y los mismos autores al final de sus vidas, siendo de destacar el caso de Pareto. Son estas las causas principales de que, en cierto modo, pueda considerarse a estos pensadores como "enfants terribles" de la Ciencia Social del momento. Démonos cuenta de que la constante oposición y el rechazo, muchas veces violento y despiadado de corrientes como el evolucionismo, el marxismo y el darwinismo, corrientes todas ellas en pleno auge du-

rante aquellos años, sitúa a dicha teoría en una posición, al tiempo sumamente incómoda y tremendamente solitaria. Esta es una época en la que, junto a las grandes doctrinas que aún guardan parte de su vigencia hoy en día, aparecen figuras aisladas tremendamente críticas, que, a pesar de no llegar a formar escuela como en los otros casos, aún careciendo de discípulos directos que pudieran continuar su obra, son indispensables para llegar a tener un conocimiento profundo de los grandes orígenes de la verdadera disciplina de estudio de la sociedad.

Con su característica agresividad Pareto no deja de atacar despiadadamente las ideas básicas del evolucionismo, que personaliza en dos autores principalmente: A. Comte y H. Spencer, lo que le empujará a dedicar largas páginas a tratar de mostrar lo absurdo de sus argumentos. Algo parecido hace con el darwinismo, aunque en este segundo caso no duda en reconocer algunas de sus aportaciones principales. Mosca que por temperamento parece ser más tranquilo, o al menos algo más reflexivo, adopta una actitud más serena, pero no por ello deja de lanzar dardos contra ambas corrientes. Existe, pues, de nuevo otro punto de unión entre nuestros pensadores que justifica, una vez más, nuestro empeño en hablar de la teoría clásica de las élites como de un conjunto coherente de pensamiento en el cual los puntos de contacto son mucho más básicos que las indudables líneas de fricción y disimilitud. De este modo en nuestros autores el positivismo se separa, e incluso se enfrenta directamente a las tesis evolucionistas. Hemos de recordar, antes de entrar de lleno en el análisis sistemático de aquellos puntos que separan a ambas partes, una premisa

básica que condiciona totalmente el posterior desarrollo del argumento elitista y que se haya siempre latente en los escritos de Pareto y de Mōsca: la idea de la inmutabilidad de la naturaleza humana. No es extraño encontrarnos con afirmaciones como la siguiente:

"...sous les apparences les plus diverses, se cache un fond commun, qu'il s'agit de metamorphoses variées d'une seule et même chose." (8)

Esta idea aparece, sobre todo, en el discurso parietano, aunque también existen indicios de su existencia en de Mosca; la necesidad de búsqueda de una uniformidad suprema que explique, y en definitiva justifique la aparente multiplicidad y caos existente en la realidad social a la que ha de enfrentarse el investigador se supera de una vez por todas desde el momento en que se proclama que existe un fondo invariable en la naturaleza de los hombres que se encuentra bajo las apariencias más diversas de los fenómenos sociales. Así pues la principal labor del investigador se reduce a tratar de llegar a formular dichas tendencias o uniformidades, pasando a un segundo plano los puntos donde se introduce la multiplicidad. En realidad es este empeño, común a nuestros tres autores, a pesar de que los factores en donde cada uno de ellos cree encontrar la respuesta a dicho dilema sean distintos, la idea que determinará por completo su concepción de la Historia, y evidentemente dentro de ella la postura evolucionista. Si se parte de la idea de que el punto fundamental de la explicación reside en estos elementos de inmutabilidad, es evidente que ello es totalmente incompatible con la creencia en una evolución de las sociedades humanas o incluso del pro-

pio ser humano. Y es en esta creencia básica en la que se apoyó todo el pensamiento social a partir de la época de la Ilustración. Con esta postura, una vez más, el elitismo clásico supone una fuerte negación de los valores de la tradición occidental que habían configurado las líneas maestras de las sociedades occidentales a partir del siglo XVIII. La principal oposición de Pareto y Mosca a la posición evolucionista se centra esencialmente en la idea de que la Historia se desarrolla en fases sucesivas, cada una de las cuales supone un avance material e intelectual con respecto a la anterior. Como veremos en apartados sucesivos tanto la teoría de los residuos y las derivaciones paretiana y su teoría de la circulación de las élites, como la teoría de la clase política de Mosca rechazan de lleno la concepción de evolución, substituyéndola principalmente por una visión cíclica de la evolución de las sociedades, en la cual todos los acontecimientos están sujetos a unos movimientos de nacimiento, desarrollo y auge, seguidos irremediabilmente por el declive, que dan lugar a la aparición de un nuevo proceso una vez que el anterior está definitivamente agotado. Es, pues, una teoría del eterno retorno en la cual la diversidad de las situaciones no hace sino esconder un hecho fundamental: la existencia de un fondo común de la naturaleza humana que da origen a que en todo tiempo y lugar las mismas causas den lugar a los mismos efectos, sin que sea posible el apreciar cambios notables en la estructura de las comunidades humanas o en el comportamiento de los individuos particulares ante hechos similares. Como nos dice Mosca:

"Ma vi ha di più: come si può già intuire dagli esempi accennati non solo nella stessa epoca e nello stesso popolo possono coesistere i tre periodi intellettuali del Comte, ma anche nello stesso individuo"(9)

Ni el hombre ni las sociedades progresan de un estadio de conocimiento a otro, ni de una fase determinada de la organización social a otra superior, como afirman tanto Comte como Spencer, aunque con matices diferentes cada uno de ellos, sino que desde el supuesto inicio de las sociedades humanas están dados todos los elementos que determinan la naturaleza del hombre y de las sociedades. Las evidentes diferencias entre ellas se deben únicamente a que es posible realizar bastantes combinaciones en base a estos elementos. Por lo tanto con estas ideas se niega también la opinión implícita en el evolucionismo de que la Historia posee un fin oculto hacia el que tienen que encaminarse inevitablemente tanto los individuos como los distintos grupos humanos, en un progresivo acercamiento hacia un máximo de perfección. En la idea elitista la senda no está marcada ni existe un objetivo último que determine todo el proceso anterior; en realidad según su propia concepción no se puede hablar ni siquiera de que haya un camino lógico que conduzca, en un constante movimiento de perfeccionamiento, hacia etapas superiores en esta evolución.

Si tenemos presentes todas estas ideas no nos será difícil comprender las razones por las cuales nuestros

dos autores se niegan también a aceptar las conclusiones que se desprenden de una de las obras fundamentales dentro de las ciencias sociales contemporáneas: "El Origen de las Especies", del biólogo inglés Charles Darwin; a pesar de que, en principio, dicho escrito no puede incluirse dentro de la literatura propiamente sociológica es indudable que la magnitud de sus repercusiones en este campo permite considerarlo como tal. El darwinismo, que como decíamos antes, supuso una verdadera revolución en el pensamiento social del último cuarto del siglo pasado, entroncaba de algún modo con el evolucionismo desde el momento en que también conllevaba la idea de que, mediante un proceso de perpetua adaptación al medio, el hombre, y por lo tanto también las agrupaciones humanas, iban sufriendo un movimiento de selección y alcanzaban paso a paso un mayor dominio sobre el mundo que las rodeaba. Los mismos argumentos que habían sido utilizados para combatir al evolucionismo spenceriano y comtiano se esgrimirán ahora al tratar de convencerlos de lo absurdo de la creencia en un proceso de mejora de la raza en las sociedades humanas. Sin embargo, a pesar y junto a este esperado rechazo se encuentra un gran interés, sobre todo en el caso de Pareto, por el concepto de la "lucha por la existencia", y en algún momento nos lo encontramos inserto dentro de su propio esquema de explicación. Existe, por lo tanto, un rechazo unido a una aceptación del cuerpo de doctrina del darwinismo, al tiempo que se niega toda implicación evolucionista al concepto central de esta corriente de pensamiento. Pareto no duda en señalar que la lucha por la existencia, básica en la argumentación darwinista, supone un firme apoyo a su propia creencia en la

circulación de las élites, proceso por el cual se asiste a una supervivencia de los mejores en los puestos claves de la sociedad. De este modo el darwinismo es rechazado como medio de interpretación de los procesos de cambio que tienen lugar en las sociedades tomadas globalmente en su marcha a lo largo de la Historia, pero se recoge como modo de explicar un tipo muy reducido de cambio a pequeña escala, en un movimiento de selección de los mejores elementos para desempeñar funciones vitales para la supervivencia de la organización social. Es por ello por lo que nos encontramos con declaraciones tan entusiastas como la que sigue:

"La lutte pour la vie ou pour le bien être est un phénomène général pour les êtres vivants, et tout ce que nous en savons nous la fait connaître comme un des facteurs les plus puissants de la conservation et l'amélioration de la race." (11)

Una actitud igualmente ambigua o mucho más es la que toman nuestros teóricos de la élite en relación con el pensamiento marxista. Creo que ya hemos hablado de que, en numerosas ocasiones, se ha tachado al elitismo clásico de reducirse a ser la crítica despiadada del pensamiento de Marx y de sus más directos seguidores; tal ha sido la extensión de dicha opinión que en ocasiones encontramos que a Pareto se le llama el "antimarx". Sin embargo las relaciones entre el elitismo clásico y el marxismo son mucho más complejas y al tiempo más ricas de lo que parece desprenderse de algunos análisis excesivamente simplistas. Todo ello ha dado lugar a que corran ríos de tinta sobre el

tema sin que este haya perdido su actualidad. En cierto modo es porque el tema de la concepción de la Historia vuelve a asignar un puesto preferente al marxismo dentro del pensamiento de nuestros autores, por lo que volvemos a retomar este problema dentro de un apartado destinado a tratar de las premisas sobre las que se construye esta particular visión de la Historia y del cambio social. Esta bastante claro, por un lado, que tanto Pareto como Mosca y Michels dedican, en muchas ocasiones, una parte de sus esfuerzos a atacar al marxismo y al socialismo desde diferentes puntos de vista; Pareto llega incluso a dedicar una obra entera a dicho propósito, "Les Systèmes Socialistes" (12). Uno de los puntos básicos de la crítica es el tema de la determinación causal de los fenómenos sociales; para Pareto y Mosca uno de los grandes fallos, o mejor dicho errores del marxismo reside en su empeño en mantener una determinación causal única centrada en el factor económico, y frente a ello oponen su idea del multideterminismo causal. Según esta los hechos sociales se encuentran en una situación de mutua interdependencia en la cual es muy difícil encontrar un único elemento de causalidad, por no decir que imposible, sino que lo que impera es una situación de multideterminación en la cual los factores predominantes varían según las circunstancias. A pesar de que según ciertas versiones del marxismo, e incluso según la obra en la que nos fijemos, si es posible encontrar muestras de una tendencia excesiva a inclinarse hacia un determinismo economicista, también es verdad que la visión que poseen los teóricos clásicos de la élite es sumamente parcial y en ocasiones

no responde a un estudio directo de su obra, sino más bien a una lectura de vulgarizaciones de este autor. No hay que olvidar, por otro lado, que durante los años en los que escribieron estos autores todavía no se conocía una parte muy importante de los escritos de Marx, y en particular todos aquellos que corresponden a su periodo de juventud, durante el cual la influencia hegeliana es mucho más notable. Pero no nos detendremos en una enumeración exhaustiva de todos los puntos que suscitan la crítica de nuestros autores, sino que queremos centrarnos en una idea fundamental que tiene especial importancia para el tema de la evolución histórica: la lucha de clases.

Decíamos antes que con el marxismo sucedía un poco lo que con el darwinismo por lo que respecta a la postura de los elitistas clásicos con respecto a dichas líneas de pensamiento; asistimos a una actitud ambivalente en la que se mezclan casi continuamente la admiración con la crítica y la oposición rotunda. Porque no hay que perder de vista en ningún momento que, a pesar de la oposición al marxismo y al socialismo, ninguno de nuestros autores deja de admitir en momento alguno que dicha corriente de pensamiento ha de ser considerada entre las más esenciales de la época contemporánea, y sobre todo admiten que su aparición ha supuesto un gran paso adelante en relación con épocas e intentos anteriores. Tanto Mosca como Michels y Pareto harán declaraciones en este sentido a lo largo de sus respectivos escritos, lo que no les impide negar validez a muchas de sus ideas básicas. Pero uno de los conceptos fundamentales que también se va a recuperar es el de la lucha

de clases, que ocupará un puesto fundamental tanto en la propia teoría del dominio de la minoría como en la de la evolución histórica de las sociedades; por ello es por lo que presentamos este tema ahora. Con esta idea ocurre más o menos lo que veíamos que sucedía con la lucha por la existencia de Darwin; por un lado se necesita incluirla como elementos esencial del análisis, pero al mismo tiempo es imposible aceptar todas las implicaciones de la misma, por lo que ha de desligarse de su contexto original perdiendo parte de su significado inicial. Si volvemos un poco la vista tanto a la teoría de la circulación de las élites paretiana como a la teoría de la clase política de Mosca vemos que en ambos casos el postulado de que la renovación dentro de la minoría gobernante es un factor esencial para la comprensión de la vida política, frente a aquellas concepciones que hablaban del dominio de una casta cerrada o de una aristocracia hereditaria que se perpetuaban a sí mismas a lo largo de la Historia a través de sus descendientes, nuestros teóricos de las élites presentan dos concepciones basadas en razonamientos diferentes pero con un punto común fundamental: a lo largo del tiempo la élite se renueva incluyendo en su seno o bien a individuos particularmente bien dotados, en Pareto, o a nuevos grupos representantes de fuerzas sociales en auge en Mosca. En el caso en que, por cualquier causa, este movimiento llegara a bloquearse, la aparición de amplios movimientos de transformación radical de la élite se hacen inevitables; es el tiempo de la revolución. Pero lo que hay que tener bien en cuenta y no olvidar jamás es que esta idea del recambio dentro del grupo minoritario responde fundamental-

mente a una convicción previa y mucho más básica que es, en definitiva, la que caracteriza el argumento elitista: la concepción de la sociedad como un conjunto de individuos unidos pero en un perpetuo enfrentamiento causado por la apetencia del poder político. Por lo tanto, aunque como veíamos anteriormente las tendencias más marcadas en la argumentación elitista eran, sin lugar a dudas, aquellas que ponían un gran empeño en resaltar los elementos de uniformidad que prevalecen en las distintas sociedades a lo largo de su evolución, tampoco hay que dejar de lado que, de hecho, se introduce una interesante idea del papel que juega el cambio en el hecho esencial de la vida política de las sociedades: la distribución del poder entre los diferentes grupos de la sociedad.

Es por esta razón por la cual Pareto recurre fundamentalmente a incluir dentro de su propio análisis el concepto de lucha de clases, para mostrar como en todo grupo humano se asiste a un constante enfrentamiento entre distintos grupos con vistas a la obtención del monopolio del poder político y de los privilegios que ello comporta. Ahora bien, como era de esperar, el sentido con que se utiliza el concepto en Pareto tiene algunas diferencias básicas con el de Marx, que hemos de aclarar a continuación. En primer lugar, y ello se desprende de todo el planteamiento elitista, hay que recordar que existe una negativa constante a admitir que el factor económico pueda llegar a tener una mayor importancia, en lo que respecta a la determinación causal de los fenómenos sociales, que otro tipo de factores que puedan ser encontrados en la realidad; es-

te era el postulado del multideterminismo causal del que hablabamos antes y que, en realidad, oculta en cierta medida una inclinación evidente hacia la consideración casi exclusiva del aspecto político de lo social. Esta actitud dará lugar a que la visión de la lucha de clases se reduzca prácticamente a la toma en consideración de la lucha por el poder político en la sociedad, despreciando otros posibles conflictos y enfrentamientos. Pero además aún hay más particularidades, cuando Marx utiliza el concepto de lucha de clases es evidente que siempre tiende a presentarnosla como el gran conflicto existente en la época actual entre los dos grandes grupos sociales más significativos: la burguesía y el proletariado. Ello no significa que este autor no reconozca la existencia de otros grupos sociales, cosa que hace en repetidas ocasiones en sus escritos, pero si supone que les concede una importancia secundaria a la hora de tratar de estudiar los grandes cambios que tienen lugar dentro de las sociedades. Pareto acusa, por este hecho, de excesiva simplificación al análisis marxista, que le lleva a desdeñar aspectos importantes de la realidad social; a pesar de que él mismo podría ser caracterizado por el mismo defecto, puesto que siempre, o mejor dicho casi siempre, acaba hablando de las élites y de la masa, hace afirmaciones como la siguiente:

"La lutte de classes se complique et se ramifie. Nous sommes loin d'une simple lutte entre deux classes, les divisions s'accroissent aussi bien parmi les bourgeois que parmi les proletaires." (13)

De este modo puede llegarse a afirmar que, al tiem-

po que desvirtúa el verdadero significado de la lucha de clases en el pensamiento marxista, Pareto extiende su utilización de un modo que su creador nunca se hubiera atrevido a hacer. Esta lucha se encuentra en todo tiempo y lugar y no es previsible que pueda tener un fin algún día porque, no olvidemoslo, lo que está haciendo con esta idea es reflejar una tendencia constante de la naturaleza que, por lo tanto, no puede tener fin en momento alguno. Así pues, de este modo, la teoría de las élites, en este caso representada por Pareto, pero lo mismo podemos afirmar del caso de Michels, acaba por recoger, de una manera bastante peculiar, una aportación importante de la doctrina marxista.

Nos encontramos, así, en condiciones de pasar a analizar, en sucesivos apartados, dos aspectos centrales dentro de la concepción del cambio y de la evolución histórica, una vez que hemos hecho explícitas las premisas sobre las que ha de asentarse todo el estudio de este tema en nuestros autores. Como ya hemos dicho, a efectos de una mayor claridad en nuestra exposición, vamos a dividirla en dos partes distintas: por un lado estudiaremos la forma en que aparece el cambio dentro de la clase gobernante, para pasar más adelante a detenernos en el intento de formular una verdadera teoría del cambio social y de la evolución histórica a partir del discurso de estos.

VI.4. El cambio dentro de la clase gobernante.

En el capítulo anterior, es decir en aquel que dedicabamos al análisis de la argumentación elitista acerca de las formas, modos etc.. de dominio de las minorías en los discursos de los tres autores no pudimos dejar de lado toda aquella parte que cada uno de ellos dedicaba a la presentación de las causas y factores que van a influir en los procesos de cambio dentro de la división de las sociedades en diferentes grupos. Por ello cuando llegamos a estas alturas de nuestro trabajo contamos con un conocimiento suficiente acerca de estos temas que nos permite volcarnos ahora en una reflexión sobre de las implicaciones de dichas ideas en relación con algunos temas determinados. Esto es precisamente lo que pretendemos hacer en este apartado partiendo de las ideas propias de cada uno de los pensadores acerca del cambio y de la evolución histórica y analizando las posibles conclusiones que se pueden extraer de estas en vistas a la formulación de una teoría general sobre estos problemas.

Decíamos antes que en el pensamiento de los teóricos de las élites se encuentra una mezcla muy curiosa entre los elementos puramente estáticos, que son aquellos que, en última instancia, van a predominar en el análisis social, y otros factores de cambio y conflicto que se introducen en el estudio, dando lugar a una combinación muy particular que es sobre la que hemos de detenernos en este momento. Cuando nos asomamos a los principales escritos

paretianos somos perfectamente conscientes de este movimiento combinatorio que da lugar a lo que se ha dado en llamar la teoría de la circulación de las élites, y que todavía hoy es considerada como uno de los puntos claves del discurso de este pensador. Lo primero que nos choca cuando comenzamos a adentrarnos en el análisis de esta circulación es la rigurosa distinción que se establece entre dos esferas en las que se pueden observar los fenómenos de cambio en la sociedad, diferenciación que nos proporciona la base de la ordenación de nuestra exposición. La teoría de la circulación de la élite se reduce al estudio de los fenómenos de cambio en el nivel interno, y diríamos que hasta puramente formal de la comunidad humana, puesto que jamás implica una transformación estructural de la misma, sino un mero recambio de personal en aquellos puestos que parecen tener una mayor importancia para el mantenimiento de la sociedad. Se trata, pues, de un recambio de individuos que nunca afecta a la verdadera esencia, por decirlo así, de la comunidad, sino que, al contrario, interviene de un modo decisivo para que no se llegue al extremo de tener que asistir a una ruptura en la continuidad de las formas de dominio y de organización de esta. Por lo tanto hemos de tener una extremada precaución a la hora de hablar de cambio, al referirnos a este fenómeno, dado que en un lenguaje común este concepto posee mayores implicaciones, y de alcance mucho más amplio que las que se encierran en el pensamiento paretiano. Pero junto a este planteamiento restringido no hay duda de que también surgen toda una serie de ideas unidas que dan lugar a que también

pueda hablarse de que en el pensamiento de Pareto existe una clara concepción del sentido último de la gran evolución histórica de las sociedades y de los grandes cambios y convulsiones que han ido conformando las sociedades que hoy aparecen ante nuestros ojos.

Pareto dedicaba una parte muy considerable de su obra fundamental, el "Tratado de Sociología General", al estudio de los residuos y de las derivaciones, es decir a tratar de clasificar y comprender el funcionamiento de las manifestaciones de los sentimientos en relación con las acciones humanas y de los discursos legitimadores de dichas acciones. Y en toda su interesantísima exposición, imprescindible para la comprensión de su discurso, quedaba claro un punto: nuestro autor buscaba desesperadamente aquel elemento que le permitiese afirmar la uniformidad del sentido último de las acciones individuales y colectivas, punto central de su estudio, a lo largo del tiempo y en distintos medios. De este modo el recurso a un postulado psicológico extremadamente formalista le proporcionaba la base para poder afirmar que la naturaleza humana es algo permanentemente inmutable que solamente varía en la forma bajo la cual se presenta ante los ojos de los demás para justificar, por decirlo así, su propia existencia, y sobre todo algo esencial: la no racionalidad última de las acciones humanas que estos no pueden aceptar de modo alguno, debiendo de revestir de logicidad a sus propios actos. Veíamos, pues, como tras obtener una larga clasificación de los residuos, cuyo conjunto explicaba el verdadero

significado de los actos de los hombres, y sobre todo sacaba a la luz su naturaleza más profunda, este se encontraba dispuesto a explicar los diferentes tipos de acontecimientos sociales utilizando únicamente este instrumento. Así pues Pareto se adentraba decididamente en lo que, desde un principio, parecía haber sido el centro de interés: el problema de la distribución del poder dentro de las sociedades, y es en este mismo momento cuando asistimos al nacimiento de toda su gran argumentación acerca de las élites. Y aquí también no hace sino aplicar todo su análisis anterior a este fenómeno, es decir armado con su clasificación de los residuos, y habiendo definido dos clases fundamentales pasa a definir el juego entre una minoría gobernante y una mayoría desposeída como la situación de perpetuo enfrentamiento y equilibrio resultante de la oposición entre dos tendencias diversas derivadas del predominio de uno u otro residuo en los dos grupos fundamentales. Porque los residuos no solamente nos indican las motivaciones últimas de los actos humanos sino que, a partir de este punto, se convierten en instrumento de una extremada utilidad desde el momento en que diferencian tipos dispares de individuos dentro de la comunidad humana. Y es precisamente dicha disparidad la que se va a traducir, en el terreno de lo político, en una separación radical entre dos grupos opuestos e irreconciliables en un principio. Hasta aquí es evidente que el discurso paretiano nos presenta una imagen terriblemente estática de la realidad social, al reducir toda su riqueza y diversidad a una categorización fundamentada en una serie de elementos psicológicos extremadamente formalistas. Desde el momento en

que por naturaleza cada individuo nace dotado con una serie de rasgos que son los que deciden, en última instancia, la posición que este ha de ocupar dentro de la comunidad social, a pesar de que puedan existir pequeñas variaciones según consideremos una u otra época histórica, es evidente que habrá de llegarse a la conclusión de que surgirá una minoría de hombres "superiores" a los que les corresponde por derecho propio, y por el bien de la comunidad en su conjunto, ocupar los puestos de dirección. Llevado al extremo podría muy bien decirse que el argumento paretiano contiene algunos elementos claramente racistas, o al menos, ya que el autor indica en repetidas ocasiones su convicción de la inexistencia de características comunes a determinadas razas, sí profundamente deterministas por lo que respecta a la concepción de la naturaleza humana.

Pero, una vez marcados los principales elementos que se encuentran en el análisis de Pareto y que le llevan a proclamar una visión de la realidad social en la que aparentemente predominan los elementos estáticos sobre los dinámicos, y a partir de la cual la Historia de las sociedades quedaría reducida a la observación de las posibles variaciones en los elementos psicológicos entre los distintos grupos de individuos, nos es necesario pasar a considerar el tema del cambio concebido dentro del esquema inicial. Parece evidente pensar que es imposible dar con un discurso dentro de las ciencias sociales que no trate los aspectos dinámicos de la sociedad de uno u otro modo, ya que ello significaría tal alejamiento de la realidad que lo hace totalmente impensable para alguien que pretende encontrar las

claves interpretativas de esta realidad. Y por ello no nos sorprende en lo más mínimo, sino que por el contrario es una consecuencia directa de todo el planteamiento anterior, que nuestro autor introduzca como parte fundamental de su análisis la consideración del problema del cambio dentro de los diferentes grupos sociales. A Pareto, y creo haber repetido en numerosas ocasiones este argumento, le interesa principalmente, por no decir exclusivamente, el fenómeno de la distribución del poder dentro de la sociedad, por lo que esta teoría de la circulación se reducirá a la consideración de los cambios en la composición en las élites y en la mayoría. Partiendo siempre de la misma base, la consideración de los residuos y de las derivaciones, nuestro pensador llega a la conclusión de que existe una distribución óptima de los residuos dentro de los dos grupos sociales, que es la que dará lugar a una situación de perfecto equilibrio social y de idóneo funcionamiento de la maquinaria de gobierno de esta; ello se logra cuando dentro de la minoría gobernante se produce un equilibrio entre aquellos individuos en los que predominan los dos tipos más importantes de residuos. No vamos a repetir paso a paso con detalle toda nuestra exposición anterior, que esperamos que el lector tenga siempre presente, sino que nos adentraremos en algunos puntos menos analizados para no hacer demasiado tediosa nuestra exposición. Por lo tanto lo que nos interesa resaltar es el hecho de que dicho equilibrio se presenta como algo sumamente inestable, desde el momento en que el autor supone la existencia de tendencias muy fuertes dentro de la élite para monopolizar el poder impidiendo que aparezcan ambos tipos de residuos dentro de ella, y anquilosando cada vez en

mayor medida su dominio. En los casos en los que no se pone remedio alguno a este movimiento se llega al extremo que hay que evitar a toda costa la aparición de fenómenos de cambio y de transformación tremendamente violentos que acabarán con la vieja élite substituyéndola por otra nueva que, a su vez, ha de tener la firme voluntad de mantener el equilibrio a toda costa. Es este peligro amenazador, el hecho de que el poder de una minoría se vea siempre sometido al mantenimiento de un equilibrio de residuos, lo que da lugar a que Pareto preconice la existencia de un cambio muy limitado como medio válido para su mantenimiento: y es precisamente a eso a lo que llama la circulación de las élites, un proceso de renovación constante de los individuos que forman parte de la minoría, de modo que se pueda mantener el equilibrio del que hablabamos anteriormente, y no se produzcan las fuerzas que tienden a la inevitable destrucción del dominio de la élite. Es, pues, por esto por lo que aparecen afirmaciones como la siguiente:

"Les révolutions se produisent parce que, soit à cause du ralentissement de la circulation de l'élite, soit pour une autre cause des éléments de qualité inférieure s'accumulent dans les couches supérieures. Ces éléments ne possèdent plus les résidus capables de les maintenir au pouvoir et ils évitent de faire usage de la force, tandis que dans les couches inférieures se développent les éléments de qualité supérieure qui possèdent les résidus nécessaires pour gouverner, et qui sont disposés à faire usage de la force." (14)

Por medio de todo este razonamiento Pareto nos pre-

senta su verdadera visión del cambio social, un cambio extremadamente limitado ceñido casi exclusivamente al repuesto de las élites, pero que no entra para nada a alterar la estructura de la sociedad. La teoría de la circulación de las élites logra, de este modo, explicar las convulsiones y el cambio dentro del plano político de la sociedad por medio de una visión formalista de la realidad social que encuentra en el carácter psicológico de los individuos la verdadera y única razón de estos fenómenos. Aparece aquí también la concepción de la Historia como sucesión de ciclos que se renuevan uno tras otro pero en donde no podemos encontrar una verdadera línea de desarrollo en la cual pudieran señalarse etapas sucesivas en continua superación. Puede decirse que en el discurso paretiano existen dos niveles en los cuales parece volverse a repetir el mismo argumento: una visión cíclica del desarrollo de las sociedades; por un lado una más superficial en la que existe un movimiento ondulatorio de equilibrio de los residuos y de ruptura de este, para volver a una posterior compensación gracias a la captación de nuevos individuos ricos en los residuos de los que carece la élite. En este movimiento es imposible encontrar una verdadera transformación de la sociedad por la sencilla razón de que no implica ningún cambio en la estructura política de la sociedad, sino meramente una renovación de personal cuyo único y exclusivo propósito es el de la perpetuación del dominio de la minoría en el poder. Se trata, pues, de incorporar el elemento de transformación dentro del análisis únicamente para poder seguir manteniendo la convicción en que los elementos de la uniformidad y el equilibrio so-

cial son los fundamentales en toda agrupación humana. Pero junto a este primer nivel existe otro en el que el autor pretende dar constancia de la existencia de transformaciones más a largo plazo en las que, a pesar de seguir contando con el dominio de la minoría como factor permanente de todas las sociedades, se atisban grandes cambios estructurales en los que las viejas élites son substituidas por otras nuevas. Lo curioso, y esto es lo que vamos a ver en el apartado posterior, es precisamente el gran paralelismo que se puede establecer entre la concepción de ambos niveles, predominando, al fin y al cabo, una visión muy restringida del cambio frente a una gran insistencia en los factores de permanencia dentro de estas transformaciones. Un conocido sociólogo americano, Bottomore, autor de una de las obras más clásicas acerca del elitismo, resume con gran acierto la actitud patética ante este fenómeno, en unas breves líneas que completan perfectamente nuestra exposición, y que por lo tanto vamos a incluir en este momento:

"Pareto sets out to study those factors which maintain a particular society or a particular form of society in existence (...). In Pareto's historical picture there are no real transformation of social structure but only an endless cyclical movement in which a declining elite is restored to vitality by the recruitment of new elements from the lower strata of population, or is overthrown and replaced by a new elite which has been formed by these same elements in conditions where they are denied access, as individuals, to the established elite." (15)

Así pues, conocidas las líneas maestras por las que discurriré el discurso paretiano, nos encontramos en condiciones de pasar al estudio de otro autor, para poder completar nuestra visión general, que es realmente lo que pretendemos llevar a cabo en este capítulo. Y por ello nos centramos ahora en la reflexión acerca de las argumentaciones de otro de los grandes elitistas que, junto a Pareto, es considerado como el gran fundador del elitismo clásico: nos referimos, por supuesto, a Mosca. El lector podría pensar que quizá hubiera sido más conveniente, a efectos de lograr una máxima claridad en la exposición, presentar los discursos de nuestros tres autores separadamente. Evidentemente dicha decisión hubiera evitado algunos de los errores o imprecisiones que puedan ser encontrados dentro de nuestra investigación, pero al tiempo no nos cabe la menor duda de que ello hubiera restado riqueza a esta, y sobre todo no respondería al objetivo que nos marcamos en el momento de dar comienzo a estas páginas. Nosotros no quisimos escribir una monografía exhaustiva sobre cada uno de ellos, siendo plenamente conscientes de que algunos estudiosos, que sin duda contaban con más medios que nosotros, han llevado a cabo esta labor, publicando obras de gran valor que son difícilmente superables. Pero lo que abunda ya menos, en la numerosa literatura sociológica dedicada a estos temas, son los trabajos que suponen un previo conocimiento de la obra individual de estos autores, y que se centran en presentar una reflexión acerca de los orígenes y significado de la teoría clásica de las élites. Esto es lo que hemos querido hacer nosotros, y para ello, junto a una constante referencia a las principales ideas y escritos de estos pensadores, necesitamos sal-

tar continuamente de uno a otro con objeto de llegar a una máxima profundización del tema y a una visión más global del mismo. Creemos que merece la pena, en aras de alcanzar nuestro propósito, sacrificar algo de claridad y belleza estilística.

En realidad, a pesar de que existen numerosos matices que diferencian los discursos de los tres principales elitistas clásicos, hay un fondo común mucho más importante que da lugar a que, en temas como el que ahora nos ocupa, las conclusiones a las que finalmente llega cada uno de ellos sean extraordinariamente similares. Conocemos ya el discurso de Mosca acerca de la clase política, y veíamos como en comparación con Pareto se podía afirmar que era mucho más flexible, y sobre todo introducía más variables en el análisis, superando el estrecho formalismo que predominaba en el esquema paretiano. Recordemos que Mosca mantenía como premisa fundamental la idea de que el gobierno de la minoría era una característica común a todas las sociedades humanas que, por suerte o por desgracia, parecía que no podía modificarse nunca. Pero lo que justificaba dicho fenómeno ^{no} era el hecho de que los hombres contaran con distintas capacidades psíquicas desde el día de su nacimiento, sino que recurría a factores insertos dentro del campo de lo político y lo social como era el que un pequeño número de personas es capaz de organizarse efectivamente, lo que le permite alcanzar con facilidad los objetivos que se propone, frente a la incapacidad organizativa de la masa. Las características individuales para Mosca no entran a ocupar un

lugar importante en su esquema explicativo, por lo que es muy difícil encontrar referencias psicológicas en este; cuando se refiere a ellas no duda en atribuir las a circunstancias sociales, y sobre todo a las tradiciones y al medio, únicas y verdaderas causas que determinan la situación del individuo dentro de la jerarquía social. Pero lo que hay que destacar es el hecho de que, a pesar de que Mosca no hace ninguna referencia a esta palabra, también se puede afirmar que existe una teoría de la circulación de las élites en este autor que está por debajo de una concepción mucho más amplia de la evolución histórica de las sociedades. Al igual que Pareto, o mejor dicho, con mucha mayor intensidad, Mosca necesita introducir elementos de cambio dentro de su propio esquema interpretativo. Y de hecho ya lo hace cuando indica claramente que aún dentro de la propia clase política existen distintas fracciones que se encuentran en una constante competencia con vistas a lograr la posición hegemónica dentro del grupo en el poder. Por todo ello el cambio existente dentro de la minoría se explica, y al mismo tiempo se hace necesario, por la aparición de nuevos intereses en el seno de la sociedad que han de ser representados en sus máximos centros de decisión, so pena de llegar a una situación en la cual los conflictos se hagan tan agudos que ello de lugar a transformaciones mucho más radicales que se expresan, principalmente, por el hecho de que surge una nueva clase política que substituye a la antigua.

Con este razonamiento, que indudablemente ofrece el lector una mayor riqueza interpretativa que el paretiano, este autor llega, sin embargo, a conclusiones muy similares a

las de su compañero y a la vez opositor. Este hecho tampoco le pasó desapercibido a Bottomore, quien no dudó en afirmar:

"Mosca also recognizes, beside this form of circulation which consists in the struggle between elites and the replacement of an old elite by a new one, that other form which consists in the renewal of the existing elite by the action of individuals from the lower classes of society; and he examines in a number of different contexts the relative ease of difficulty of access to the elite. He is led from this to distinguish between mobile and immobile societies, according to the degree of openness of the elite." (16)

Por lo tanto el mecanismo de explicación es igual en ambos casos, a pesar de que la forma mediante la cual se llega a él es bastante diferente; en ambos casos se recurre a afirmar la necesidad de un constante recambio en el personal que forma la minoría dirigente, como medio de garantizar la buena marcha y la estabilidad de la comunidad humana. Porque realmente lo que se busca, lo que hay que lograr en última instancia es mostrar dos hechos paralelos: en primer lugar que es posible conocer científicamente la realidad social, y sobre todo sus aspectos políticos, y en segundo lugar que dicho conocimiento se basa exclusivamente en la existencia de toda una serie de factores constantes en las diferentes sociedades que son los que nos proporcionan la clave de este conocimiento, y además son los que constituyen los factores primordiales dentro de dicha sociedad. Se supone, pues, la existencia de una situación de perfecto equilibrio social en la cual puede lograrse el mejor fun-

cionamiento de la sociedad, al mismo tiempo que, en caso de incluir los aspectos éticos y morales del tema, se puede afirmar que dicho estado es el óptimo para lograr el máximo de bienestar social. Del mismo modo que en el caso de Pareto también se supone que dicho estado de equilibrio se ve constantemente amenazado por toda una serie de tendencias propias de la sociedad, y no de la naturaleza humana, que han de ser contrarrestadas por la renovación de los miembros de la minoría, pero no como tales miembros poseedores de determinadas cualidades, sino como representantes de intereses y fuerzas sociales que son fundamentales para la comunidad en cuestión.

En Michels, y a pesar de todas las salvedades que venimos haciendo, también se pueden hallar signos de la existencia de un razonamiento parecido, aunque en este caso, y por las razones tantas veces aducidas, el planteamiento se separa del de los dos autores anteriores. En realidad en este caso no se puede hablar propiamente de una teoría de la circulación de las élites, aunque si se puede encontrar toda una serie de ideas que originan un verdadero discurso acerca de la evolución histórica de las sociedades y del cambio social. Como es de suponer, cuando llegamos a hablar de Michels necesariamente hemos de referirnos al tema de la organización, y va a ser meramente dentro de este campo donde vamos a poder estudiar el asunto que ahora nos ocupa.

Como veíamos en un capítulo anterior la labor fundamental de Michels consistía en la aplicación del esquema

elitista a un tema muy concreto: el de la organización, cuya existencia se concibe como el elemento más importante y característico de las sociedades contemporáneas. En principio, pues, no se pueda afirmar que exista ninguna discrepancia de base entre los fundamentos de su discurso y los de aquellos dos autores que él mismo considera como sus maestros, sino que en todo momento hallamos pruebas de una aplicación sistemática del principal argumento elitista: la convicción de que en todo tiempo y lugar aparece una minoría que detenta el poder político. También es evidente que se encuentran profundas disparidades en el enfoque de Michels, pero se trata únicamente del hecho de haber escogido una vía diferente para tratar de probar unas hipótesis comunes, por lo que no podemos sino admitir que la concepción de el cambio y de la evolución histórica de este autor coincide en sus puntos fundamentales con la de los otros dos teóricos clásicos de la élite. A partir del análisis de la organización este pensador plantea todos los elementos necesarios para llegar a la conclusión de que el liderazgo es un elementos fundamental y necesario desde en momento en que un número amplio de individuos decide unirse para lograr objetivos comunes. Pero una vez planteada la inevitabilidad del liderazgo aparece el eterno problema y se hace necesario marcar aquellos factores que permiten a determinados individuos mantenerse en las posiciones sociales hegemónicas sin que su dominio se vea sumido en un proceso de degeneración. De este modo el mismo razonamiento, el tener que introducir el cambio limitado para lograr el triunfo de la estaticidad, va a entrar en el esquema de análisis de nuestro autor, y se hará imprescindible para comprender el funcionamiento del fenómeno oligárquico en las

sociedades contemporáneas. Igualmente nos toparemos con una visión más global del devenir histórico, en la cual la sucesión de las clases dominantes es el rasgo fundamental, y por debajo de ella la idea de que un cambio de personal limitado dentro de la minoría permite la subsistencia de este mismo dominio. Michels adopta, pues, la teoría de la circulación de las élites paretiana, pero con grandes reservas, y prueba de ello es la siguiente opinión del propio autor:

"La "théorie de la circulation des élites" de Pareto ha de ser aceptada, sin embargo con muchas reservas, pues en casi todos los casos no es un simple reemplazo de un grupo de élites por otro, sino un proceso continuo de mezcla, donde los antiguos elementos atraen, absorben y asimilan a los nuevos de manera incesante." (17)

En cierto modo esta afirmación, que no es única sino que se repete en varias ocasiones a lo largo de sus escritos, demuestra como en Michels se invierte un poco la tendencia que señalábamos en Mosca; mientras que en este último parecía como si el cambio volviese a recuperar algo de la importancia que le había quitado la visión restrictiva de Pareto, en Michels se asiste de nuevo a la vuelta hacia la tendencia anterior. Y decimos esto porque en sus escritos se dedica mucho más tiempo a insistir en los elementos y en los instrumentos que utilizan aquellos que pertenecen al grupo de liderazgo, como son las elecciones etc., para mantener su dominio, que a estudiar aquellas razones por las cuales era necesaria la renovación y el cambio den-

tro de dicha minoría. El poder de esta sobre la masa y los grandes recursos de los que dispone para conseguir seguir contando con el apoyo de esta son tan fuertes, o al menos así lo parece creer nuestro autor, que los movimientos de renovación del liderazgo son siempre muy limitados y están supeditados a la voluntad de los viejos líderes. No es que, como pensaba Pareto, existan unas tendencias difícilmente contrarrestables que llevan a la degeneración de la élite en el caso de que esta no tenga la precaución de tratar de incorporar en su seno a aquellos individuos con cualidades idóneas y que se alzan dentro de la mayoría, pudiendo llegar a convertirse en una verdadera amenaza para la élite, sino que en Michels la primera parte de este argumento desaparece para no quedar sino la segunda en pie. Los viejos líderes acogen en su seno, y al hacerlo así los dominan, a los nuevos individuos sobresalientes en la masa, para que estos no puedan llegar a hacerles sombra, y no porque dentro de ellos haya fuerzas que podrían acabar con su poderío. Por todo ello el proceso de renovación es mucho más limitado y tiene aún muchas menos repercusiones que las que señalábamos en el caso de Pareto y de Mosca. El cambio, a este nivel, no es sino un pequeño accidente con repercusiones mínimas.

VI.5. Cambio social y evolución histórica.

Por fin, y tras un estudio del desarrollo de estos

fenómenos a una escala pequeña llegamos a la consideración de la concepción de la evolución histórica y del cambio social en toda su extensión y profundidad; y todo ello porque, en verdad, seguimos estando plenamente convencidos de que el papel de la argumentación histórica dentro de estos autores es muy grande, y sobre todo resume perfectamente todo el sentido de sus discursos. Creo que al comenzar este capítulo no dudábamos en hacer hincapié, una vez más, en el hecho de que el recurso de los teóricos clásicos de la élite a la Historia para probar sus propias hipótesis de trabajo era harto frecuente, y sobre todo caracterizaba una cierta manera de pensar, y sobre todo de exponer de todos ellos. Pero, dejando a un lado todo lo que se refiere al modo de utilizar los datos y fuentes históricas, y a la manera en que estos aparecen en sus respectivos discursos, no podemos tampoco pasar por alto el hecho de que su discurso nos proporciona claramente un modo de ver la realidad histórica que puede tener un gran interés para el estudioso. Y esto en dos niveles: en primer lugar apreciábamos que si seguíamos paso a paso una parte muy concreta de su razonamiento se iba dibujando paulatinamente una concepción muy limitada del cambio dentro de la sociedad, la cual extendida a través del tiempo ya nos daba una idea muy aproximada de lo que podía llegar a ser su concepción general. Y por ello nos deteníamos a considerar las implicaciones que para este tema tenía la ya estudiada visión del recambio de personal dentro de la minoría dirigente, o lo que podríamos denominar como la "teoría de la circulación de las élites" de nuestros autores. Pero ya apreciábamos como el nivel de generalización que podíamos alcanzar a partir

de estas consideraciones era relativamente limitado dado que sus apreciaciones se reducían a un campo muy estrecho de la realidad social, y sobre todo sus ideas parecían no tener prácticamente ninguna influencia sobre el movimiento total de las sociedades a lo largo del tiempo. Somos plenamente conscientes de que en este capítulo hemos venido jugando con dos conceptos, en principio diferentes, pero que a nosotros nos interesaba presentar unidos para una mejor comprensión de nuestro tema de estudio. Se trata del cambio y de la Historia. Al comenzar esta parte de nuestra exposición poníamos un gran empeño en señalar que no nos encontramos ante un grupo de pensadores particularmente interesados en los problemas de la teoría de la Historia, sino que, por el contrario, los teóricos clásicos de la élite pretendían encontrar las principales claves que dieran una explicación global de los fenómenos sociales, y muy en particular de su aspecto político, por ello pensamos que no podíamos desligar todo el estudio de los fenómenos del cambio y de la evolución histórica con la concepción más amplia de la Historia. Es por esta causa por lo que quisimos trabajar siempre en dos niveles diferentes, tremendamente interrelacionados, pero que también podían ser estudiados separadamente con vistas a una mejor comprensión de los problemas.

Toda la exposición del apartado anterior nos da, pues, pie para poder ir desgranando los principales puntos que, a nuestro parecer, constituyen los grandes ejes por los que se desarrollan las concepciones más generales de nuestros autores, por lo que ya tenemos una parte muy conside

rable del trabajo realizada. Para partir de lo más general e irnos fijando posteriormente en las pequeñas particularidades que van a ir diferenciando el pensamiento de cada uno de los tres pensadores, comenzaremos por decir que la gran característica que surge ante los ojos del investigador es, sin lugar a dudas, el hecho de que a todos ellos les atrae la idea de una visión estática y monolineal de la evolución histórica que se concreta en la idea cíclica. En principio parece que hablamos con una excesiva rotundidad, sin que hallamos justificado nuestra afirmación, pero realmente, aunque esto es cierto y necesitamos volver a esgrimir nuevos argumentos que lo apoyen, contamos con todo un conocimiento anterior que da lugar a que esta idea no parezca, en principio, tan descabellada. Una teoría de las élites o de la clase política tal y como hemos visto que se ha venido desarrollando, junto con un rechazo de toda idea relacionada con el darwinismo o el evolucionismo no podía sino dar lugar a que se preconice una teoría cíclica de los fenómenos históricos. Pareto, desde el comienzo de sus escritos sociológicos, parece sentirse profundamente atraído por el hecho cíclico, por el movimiento ondulatorio que presentan todos los fenómenos sociales, y por lo tanto también la Historia en general, hecho que le viene, indudablemente, de toda su formación científica y sobre todo económica. Por ello nos dirá cosas como la siguiente:

"Si les phénomènes sociaux étaient uniformément croissants (ou décroissants) on pourrait facilement déduire le futur du passé (...). Mais les phénomènes sociaux présentent, en général, une marche ondulée. Il y a des périodes où l'intensité croît, d'autres

ou elle décroît"(18)

Vemos, pues, como el recurso a una visión cíclica, ondulatoria de los fenómenos sociales es un instrumento muy apropiado para rechazar la idea de la existencia de una pretendida evolución lineal a partir de la cual se pudieran discernir una serie de etapas sucesivas, cada una de ellas superando a la anterior, y todas dirigidas hacia un fin común, previamente determinado. El ciclo supone, de algún modo, el eterno retorno al tiempo que posibilita la previsión de determinados acontecimientos futuros. Cuando nos referimos al eterno retorno con ello no queremos implicar que no existan diferencias entre cada uno de los ciclos, sino que a pesar de las posibles disparidades existe un fondo común, una misma estructura que aparece una y otra vez. Todos los fenómenos sociales pasan por las mismas fases; existe un primer momento en el que este surge y se va desarrollando poco a poco hasta que llega el momento de su auge, tras este punto álgido se inicia inevitablemente el descenso que no para hasta que surge la decadencia más absoluta de este y ello da lugar al comienzo de un nuevo ciclo que va a repetir las mismas fases, aunque con un fenómeno diferente. Y este movimiento que es válido para cualquier hecho social también se repite con la sucesión de dominación de las élites. Aunque el que existan ciclos significa que no se puede prever el desarrollo lineal de cualquier acontecimiento, supone, al mismo tiempo, que siempre podemos saber en que momento del ciclo nos encontramos y cual va a poder ser la tendencia futura de este, que, y esto es importante, siempre va a tener un punto final para

dar paso a una nueva fase del proceso. Pero por lo que respecta a la visión de la Historia es indudable que dicha actitud lleva a destruir toda idea de progreso, y por lo tanto a acabar con las importantes implicaciones que tenía esta idea en el pensamiento occidental posterior a la época de la Ilustración. No existe la posibilidad de llegar a alcanzar un estado ideal en el que los anhelos de los hombres se hagan efectivos, y por lo tanto no queda la esperanza de hallarse inserto en un esfuerzo colectivo que tendrá, en un momento dado, su recompensa. La Historia de la humanidad se contempla únicamente desde el punto de vista de los fenómenos de distribución del poder, y ello da lugar a que esta pueda resumirse en la sucesión de los dominios de las diferentes minorías, en un movimiento que parece no tener fin y que además repite las mismas pautas y los mismos pasos una y otra vez. No se toman en cuenta otros aspectos de la realidad social que podrían dar lugar a un enriquecimiento de dicha visión, por lo cual todo ello da lugar a la aparición de una versión del cambio y de la evolución histórica vista desde una posición de una enorme estrechez de miras, y confiriéndole un peso tan excesivo al factor de la estaticidad que ello no puede sino desvirtuar toda la visión.

En realidad es la extremada limitación de este enfoque que, como hemos venido afirmando, se desprende de todo el discurso anterior, uno de los hechos que ha suscitado un mayor número de críticas entre los estudiosos del tema, y además quizá pueda llegarse a afirmar que es esta una de las principales razones que han dado lugar al violen-

to rechazo del que fue objeto de la teoría clásica de las élites desde comienzos de siglo, hasta sufrir un movimiento de recuperación posterior. Las implicaciones de esta postura son evidentes y dan muestra de un pensamiento cerrado en si mismo, que desprecia sistemáticamente aspectos esenciales de la realidad social, al tiempo que toma a otros pocos como único punto a partir del cual poder explicar todo el movimiento, el cambio y la estabilidad social. Porque realmente es aquí donde se aprecian más las terribles lagunas de toda esta corriente de pensamiento y donde el lector lamenta que unos autores que en algunos puntos realizan una aportación fundamental al pensamiento sociológico actual, caigan en este fallo tremendo. Perrin, autor muy interesado en todo el problema de la existencia de una teoría de la Historia en estos pensadores, y en particular en Pareto, hace una reflexión que apoya lo que nosotros venimos diciendo, y que al mismo tiempo, a pesar de estar sólo dirigida a Pareto, expresa muy bien la postura de estos autores.

"Philosophie du retour modernisée sous la forme du processus ondulatoire, hostilité à l'idée du progrès et justification de la violence définissent les grands thèmes de cette conception de l'histoire. Parfaitement d'accordée à l'intuition essentielle du système, en relation étroite avec le postulat d'une nature sociale irrationnelle et constante, elle aboutit à priver l'explication historique de réalité comme de valeur." (19)

Porque no vaya a pensar el lector que nosotros sacamos estas conclusiones de una reflexión propia acer-

ca de los textos a los que nos estamos asomando continuamente; esta es una primera parte esencial de nuestra tarea, pero a la vez que nos es necesario realizar este reflexión, también tenemos que fijarnos en las propias opiniones de estos autores, y aunque algo escasas estas existen. Entremezcladas con el estudio de los problemas de la circulación de las élites o el recambio dentro de las minorías dirigentes no hay duda de que hallamos afirmaciones extremadamente importantes para nuestro análisis y que no podemos dejar a un lado. Parecería como si ellos mismos fuesen conscientes de que debían de expresar claramente alguna opinión que aclarase de una vez por todas los puntos que iban formando poco a poco una espesa trama en la cual era fácilmente formulable una visión de la evolución histórica de las sociedades, y aunque el interés de los tres estaba centrado en otros temas, lo que les impedía derrochar sus energías en la construcción de una verdadera teoría de la Historia, no faltan datos que corroboren toda la interpretación que hemos venido dando. Sin duda el más conocido de estos es la idea de que "la Historia es un cementerio de élites" de Pareto, aunque Michels y Mosca también hacen afirmaciones en el mismo sentido. Aún a riesgo de caer en un exceso de citas literales creemos que es sumamente interesante considerar la forma en que nuestro autor plantea esta cuestión:

"Les aristocraties ne durent pas, celles que soient les causes, il est incontestable qu'après un certain temps elles disparaissent. L'histoire est cimetière d'aristocraties." (20)

Y la Historia es un cementerio de aristocracias pa-

ra los tres autores, a pesar de que en la forma sus formulaciones sean algo diferentes, precisamente por dos razones de peso: primero porque desde el momento en que el marco metodológico a partir del cual se pretenden estudiar los fenómenos es tan estrecho como el del positivismo, algo deformado, pero positivismo al fin y al cabo, la visión resultante no puede hacer gala de una gran riqueza y diversidad en la interpretación. Y en segundo lugar porque cuando, ya habiéndose decidido por este estrecho punto de vista, se reduce además la visión del mismo al resumir toda la realidad social en un sólo punto central: el de la política o lucha por el poder; la subestimación de todo el resto de los aspectos a considerar, sin lugar a dudas da lugar a una nueva cerrazón en el análisis. Son, pues, esencialmente las premisas que escogen nuestros autores desde un comienzo las que determinarán toda la evolución posterior de su análisis y las que dan lugar a que cuando pasamos del estudio de aspectos muy concretos del pensamiento a consideraciones de tipo más general, pero al mismo tiempo de mayor peso, nos encontremos de nuevo con esta estrechez de miras, que llega a irritar en ocasiones al lector. Pero realmente después de un estudio detenido de todo el discurso anterior no podíamos esperar otro resultado; la teoría del elitismo clásico tal y como se formuló no podía dar lugar más que a una visión monolineal y tremendamente estática de la Historia en estricta correspondencia con la simplificación y exaltación de lo uniforme a la que asistíamos en su explicación de la vida política. En numerosas ocasiones hemos discutido las opiniones que bastantes estudiosos daban en relación con la posible interpretación de

estas ideas elitistas, pensando que en ocasiones se caía en un gran simplicismo a la hora de tratar estas cuestiones, no resaltando más que aquellos aspectos que apoyaban ideas tales como la de que Mosca, Pareto y Michels no eran sino unos precursores directos del fascismo, pero en esta ocasión hemos de reconocer que es prácticamente imposible hallar aspectos que puedan matizar esta visión de la Historia. En realidad, y para terminar, creemos que hemos de señalar lo limitado de nuestro intento en este capítulo, de lo cual somos plenamente conscientes; para lograr una visión completa del tema tendríamos que dedicarnos a un estudio exhaustivo de las principales corrientes de la teoría de la historia, que triunfan en la Europa de aquellos años, tratando de encuadrar a nuestros autores dentro de ellas. Sin embargo nuestro propósito ha sido solamente el de presentar al lector algunas reflexiones sobre el tema, que servirían de base a un análisis más profundo que no podemos llevar a cabo en este momento.

NOTAS.CAP.VI.CAMBIO SOCIAL Y CONCEPCION DE LA HISTORIA.

- (1)NISBET,R.A.:"The Sociological Tradition",Heinemann Educational Books,4ª Reimpr.,London 1973.
GONZALEZ SEARA,L.:"La Sociología,aventura dialéctica",Ed. Tecnos,Madrid 1971.
MOYA,C.:"Teoría Sociológica.Una Introducción Crítica.",Ed. Taurus,Madrid 1971.
- (2)PARETO,V.:"Traité..",op.cit.,pg.1626,&2449
- (3)EUSINO,G.:"Introduction à..",op.cit.,pg.47.
- (4)MEISEL,J.:"El Mito..",op.cit.
- (5)ARON,R.:"Prefacio" al Traité,op.cit.
- (6)MOSCA,G.:"Elementi..",1ª ed.,op.cit.,pg.49.
- (7)MOSCA,G.:"Historia de..",op.cit.
- (8)PARETO,V.:"Les Systèmes..",op.cit.,vol.1,pg.138.
- (9)MOSCA,G.:"Elementi..",op.cit.
- (10)DARWIN,Ch.:"El Origen de las Especies..",op.cit.
- (11)PARETO,V.:"Les Systèmes..",op.cit.,vol.2,pg.455.
- (12)" " " " ,op.cit.
- (13)" " " " ,op.cit.,vol.2.,pg.420.
- (14)PARETO,V.:"Traité..",op.cit.,pg.1305,&2057.
- (15)BOTTOMORE,T.B.:"Elites..",op.cit.,pg.53.
- (16)" " " " ,pg.49.
- (17)MICHELS,R.:"Los Partidos..",op.cit.,vol.2,pg.165.
- (18)PARETO,V.:"Les Systèmes..",op.cit.,vol.1,pg.344.

- (19)PERRIN,G.:"Thèmes pour une Philosophie de l'Histoire dans le "Traité de Sociologie Générale.",,en "Cahiers Vilfredo Pareto",n°1,Livrairie Droz,Génève 1963.
pg.38.
- (20)PARETO,V.:"Traité..",op.cit.,pg.1304,&2053.

CAP.VII.EL PROBLEMA DE LA IDEOLOGIA EN LOS TEORICOS
DE LA ELITE.

Notas.

CAP.VII:EL PROBLEMA DE LA IDEOLOGIA EN LOS TEORICOS
DE LA ELITE.

Entramos ahora en un tema particularmente complejo y que se ha asociado en numerosas ocasiones con el pensamiento de los teóricos de las élites, constituyendo uno de sus aspectos más conflictivos que, aún hoy en día, suscita la polémica y el enfrentamiento entre los estudiosos; es el tema de si existe una verdadera teoría de la ideología en el discurso de estos autores. En realidad nos ocurre lo mismo en este capítulo que en el anterior; como hemos dicho ya antes hemos dividido nuestro trabajo en dos partes claramente diferenciadas: la primera de ellas incluye toda la parte introductoria que encuadra tanto históricamente como dentro del panorama del pensamiento sociológico el discurso de nuestros autores y llega a un análisis de este en el punto que a nosotros más nos interesa: el de la tesis de un gobierno de la minoría como rasgo fundamental e inamovible de las sociedades humanas. Una vez logrado este objetivo, que también se vio precedido por un estudio de las bases de la argumentación que permitieron alcanzar dichas metas, podríamos muy bien haber dado por concluida nuestra investigación, pero no quisimos hacerlo así pensando que todavía existían algunos grandes temas que nos iban a permitir completar todo nuestro esfuerzo y presentar al lector una visión más global de todo el tema; por ello es por lo que decidimos incluir una serie de capítulos, tres en total, en los cuales tratábamos de llevar a cabo esta tarea.

No estamos afirmando, sin embargo, que se trata de temas que de por sí tienen menor importancia que los que tratamos anteriormente, al contrario creo haber afirmado en repetidas ocasiones que se trata de problemas que tomados aisladamente podían muy bien ser objeto, y de hecho lo han sido, de obras de gran envergadura que aportan nuevos puntos de vista fundamentales en nuestra tarea; sin embargo lo que si tenemos en cuenta en todo momento es que el centrarnos en un estudio profundo de estos nos apartaría excesivamente de nuestro propósito, y sobre todo daría una extensión excesiva a nuestro trabajo. De todos modos no queremos renunciar a incluir el tratamiento de estos temas, dado que, por un lado, atraen terriblemente nuestro interés, y no abandonamos la idea de que puedan ser objeto de futuras investigaciones que pensamos emprender; y por otro lado no dudamos de que su presentación, a pesar de no poder entrar en todos los detalles, constituirá un elemento muy positivo para el conocimiento del tema y la información de nuestro lector.

¿Pero que pretendemos decir cuando afirmamos que el tema que ahora nos interesa es principalmente el de considerar la problemática existencia de una teoría de las ideologías en el discurso de los teóricos de las élites? Habría que comenzar preguntándose acerca del verdadero significado del concepto, tantas veces utilizado de un modo tan diferente por numerosos autores. En el Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia de la Lengua encontramos la definición siguiente: "Ideología: Rama de las ciencias filosóficas que trata del origen y la clasifica-

ción de las ideas."(1). En verdad poco tiene que ver dicha definición con los sentidos en los que se utiliza normalmente en la literatura sociológica, y por ello el concepto necesita de alguna explicación adicional. Normalmente en nuestro lenguaje común, el término es usado de dos modos radicalmente diferentes: en primer lugar es corriente hablar de la ideología de una determinada persona al referirse al conjunto de ideas que esta mantiene en relación con hechos considerados como fundamentales en la vida humana, como pueden ser la religión, la política etc.. Pero junto a esta acepción, y confundiendo con ella de modo a llegar a originar grandes imprecisiones, también existe un sentido "peyorativo", según el cual la ideología es aquel conjunto de ideas que mantiene cada ser humano, y sobre todo cada grupo humano o social, que en cierto modo encubre la verdadera realidad. Desde este punto de vista la ideología no sería sino un cristal puesto ante los ojos de los individuos y tendría como principal característica la de no permitir la correcta visión del mundo que nos rodea. Esta concepción, que en cierto modo es la que predomina en nuestro lenguaje sociológico actual, deriva directamente del discurso de K. Marx, que fué el primer autor que proporcionó una teoría sistemática de dicho fenómeno; y en realidad desde este punto de vista es desde el cual numerosos estudiosos se han asomado a la obra de los teóricos de la élite, y en particular de la de Pareto, tratando de hallar un cierto paralelismo, intentando descubrir un esfuerzo semejante entre la formulación de este último y la del padre del marxismo. Sería inútil, y a la vez pretencioso, pretender presentar aquí un estudio sistemático de la teoría de la ideología

de Marx, uno de los logros principales de su obra que todavía es objeto de profundos e interesantísimos análisis, pero sí hemos de recordar muy someramente algunos rasgos principales para que quede más claro en que sentido puede llegar a establecerse la comparación de la que antes habíamos. En líneas muy generales Marx plantea la tesis de que las ideas que los diferentes individuos tienen acerca de la realidad que los rodea son, en primer lugar, imprescindibles para su propia existencia, y al tiempo corresponden en cierto modo al grupo social en el que inevitablemente queda encuadrado todo individuo que vive en una sociedad dada. La ideología, la posesión de una determinada cosmogonía, es imprescindible para el individuo dado que este, a pesar de que estas no son las palabras exactas que utiliza Marx, siente la necesidad imperiosa de contar con una explicación del mundo que le rodea; pero este hecho, que de uno u otro modo ya habían hecho notar numerosos autores al hablar de la tendencia innata del hombre al conocimiento, no es el que verdaderamente caracteriza a esta argumentación, sino más bien la que liga la posesión de una determinada ideología a la pertenencia a un grupo social. Recordemos que en el pensamiento de Marx el hecho de incluirse o no dentro de un grupo social viene definido en lo esencial por factores económicos; pues bien, dentro de dichos grupos existe una ideología común y que al mismo tiempo corresponde a los intereses y necesidades del mismo, puesto que proporciona a cada individuo una explicación del mundo totalmente acorde con lo que este espera del mismo, dado que satisface en cierta medida sus deseos. A partir de aquí, y teniendo en cuenta que Marx ya ha tenido tiempo para desarrollar

todas sus ideas acerca del papel del proletariado en la Historia de la humanidad, presentandolo como el agente principal que va a llegar a ser el causante del cambio final que llevará a las sociedades humanas al estadio más avanzado, y que se ha buscado incesantemente a lo largo del tiempo: la de la sociedad sin clases, asistimos a la conclusión lógica: toda ideología es de por sí obscurecedora de la verdadera realidad, salvo aquella que puede lograr hacerse presente en la clase trabajadora, y que será la que les guíe en la realización de su impresionante papel dentro de la evolución de las sociedades humanas.

Somos plenamente conscientes de lo limitadísimo de nuestra exposición inicial, pero creemos que nos basta para empezar nuestra reflexión, y procuraremos ir añadiendo poco a poco nuevos elementos que la enriquezcan, a medida que nos sean necesarios para continuar nuestra marcha. Pero pienso que el problema ha quedado planteado ya en toda su complejidad: puede afirmarse que en el discurso de los elitistas clásicos se encuentra una teoría de las ideologías en el sentido en que Marx lo ha planteado, o es esta una teoría que han lanzado determinados pensadores pero que puede ser fácilmente rechazable?. En verdad el tema es terriblemente complicado y no puede ser solucionado con una simple admisión o un tajante rechazo, sino por medio de un estudio más detenido del tema. Para ello, aunque desde un comienzo no hemos querido engañar al lector sino que le hemos presentado clara y simplemente las restricciones de nuestro empeño, hemos buscado fijarnos en las tesis que plantea un pensador italiano que ha dedicado bastan-

tes escritos a los teóricos clásicos de las élites, a la vez que es un gran conocedor de la obra de Marx, se trata de N. Bobbio. Este autor, uno de los teóricos sociales italianos más atrayentes de este momento, en una obra a la que hemos hecho referencia en bastantes ocasiones, los "Saggi sulla Scienza Politica italiana." (2), y en otros artículos publicados acerca del mismo problema, no ha dudado en plantear una tesis tremendamente atrevida: lo verdaderamente importante en la obra de Pareto, y lo que, en nuestra época, puede seguir teniendo un gran interés, no es tanto la teoría de las élites como lo que él denomina la teoría de la ideología, que él piensa que se contiene basicamente en todo el discurso acerca de las derivaciones. Analizaremos, pues, las tesis de Bobbio y trataremos de ver cual es su aportación marcando también, en una comparación constante con el discurso paretiano, aquellos puntos que pueden ser objeto de una cuidadosa crítica. Pero realmente, a pesar de que es cierto que la mayoría de los autores se ha centrado casi exclusivamente en el discurso de Pareto, y en particular en su teoría de las derivaciones, para mostrar el problema de la ideología en los clásicos elitistas, nosotros pensamos que este se puede extender a Mosca. Si las derivaciones paretianas son un elemento de análisis fundamental que pretende dar una explicación coherente del papel que juega la ordenación y el cambio social en base a las ideas humanas, la idea de la fórmula política en Mosca no lo es menos. Esta constituye un punto básico en la toma en consideración de este problema, y por ello pensamos que no existe una justificación posible para despreciar su contribución. Siguiendo las líneas que

marca Bobbio para el estudio de la obra paretiana nos detendremos frecuentemente para ver si existe una posible aplicación de dichas tesis en el pensamiento de Mosca, tratando de determinar si según estas puede también hablarse de una teoría de la ideología en este autor. Todo ello sin dejar de tener nunca en cuenta aquellos puntos que fallan en dicha argumentación, e introduciendo simultaneamente nuevos puntos en el análisis.

En el caso de Pareto, Bobbio se centra fundamentalmente en el estudio del Tratado, aunque también se refiere de cuando en cuando a otras obras del autor, sin embargo creemos que está suficientemente claro el hecho de que en este escrito se encuentra resumido y condensado todo el pensamiento paretiano y es imprescindible referirse a él si se pretende realizar un análisis completo de cualquiera de los temas tratados. Y dentro de esta obra el interés central se situará siempre en torno al problema de las derivaciones, en donde se pretende encontrar una verdadera crítica de las ideologías. A los ojos de este pensador Pareto aparece siempre como un escritor desmesurado que desconcierta constantemente al lector al pasar una y otra vez del máximo esquematismo abstracto matemático al más extremo particularismo histórico. Ya hemos hablado en repetidas ocasiones de esta tendencia paretiana, y por lo tanto no nos resulta sorprendente ninguna de estas opiniones. Tiene su interés, sin embargo, ver la idea que de él se forman sus críticos, ya que este es un paso más para comprender más adelante la propia crítica, o al menos las diversas opiniones que cada uno de estos vierte en sus comentarios. Es, pues, por esta razón por

lo que hay que notar que Bobbio se mueve siempre en un terreno terriblemente ambigüo o mejor dicho ambivalente, en un constante equilibrio entre aquella irritación de la que hablaba R. Aron, y de la que casi ningún lector de la ingente obra paretiana se ha podido sustraer, y una profunda admiración y reconocimiento por sus indudables aportaciones al pensamiento social de nuestros días. Admiración y aversión se mezclan, de este modo, y demuestran, al mismo tiempo, que nos hallamos ante la exposición del pensamiento de un autor extremadamente fino en el análisis y que evita siempre caer en simplicismo deformantes de la realidad. Prueba de esta actitud son las numerosas afirmaciones que riegan su discurso acerca del total rechazo y desconocimiento de los filósofos, y sobre todo su particular consideración del tema de las élites.

Es evidente que el estudio de cualquier pensador, y más aún de uno que, como Pareto, presenta un voluminoso trabajo en el que se trata toda clase de fenómenos, puede ser emprendido desde numerosos puntos de vista sin que ello suponga un menosprecio para los demás aspectos. En el caso de nuestro autor el estudio parcial se hace imprescindible habida cuenta de que no hay más remedio que parcelar un objeto de investigación tan amplio si se quiere lograr alguna profundidad en este, y realmente hay que aducir que en este proceso de especialización la parte a la que se le ha concedido una mayor importancia es, sin lugar a dudas, la de la teoría de las élites. Esta afirmación no implica que neguemos la existencia de otros enfoques en el estudio de la obra de Pareto, nada más lejos de nuestra intención, cuando

nos hemos venido refiriendo a algunos análisis tremendamente importantes para la comprensión de la figura de Pareto, y que dejan bastante a un lado el tema elitista; pero a pesar de ello no podemos sino admitir que la formulación elitista primero es el centro de la mayoría de las interpretaciones sobre este autor, y segundo influye de un modo notable en la presentación del resto de los enfoques. A esto es a lo que, en cierto modo, se opone Bobbio, que no duda en señalar con insistencia el pequeño lugar que ocupa el tratamiento del problema elitista en el Tratado y el gran espacio destinado a otros problemas. Este ha sido un tema del que hemos hablado en alguna ocasión y que ha suscitado el interés de no pocos críticos; la pregunta es siempre la misma: ¿Por qué un autor como Pareto que desde un principio admite que el punto al que quiere llegar es el análisis de la distribución del poder dentro de las sociedades, es decir sus diferentes formas de dominio, dedica más de las tres cuartas partes de su obra fundamental a profundizar en temas que, en un principio, parecerían ser meramente introductorios? El dilema está planteado y no creemos que pueda llegar a tener una respuesta fácil. A partir de esta constatación creemos que la mejor postura es aquella que trata de contemplar en un primer momento la obra completa desde el punto de vista de la globalidad, para detenerse posteriormente en la consideración de el aspecto particular que interese, sin perder de vista nunca su conexión con el nivel más general; el tratar de dar prioridades a una u otra visión no hará más que crear más confusión en aspectos que están ya de por sí poco claros. Y aunque en un principio creíamos que esto era lo que iba a hacer Bobbio pronto descubrimos sus verdaderas intenciones: cambiar el

centro de interés por otro. Si la teoría de las élites, que él estudia en bastantes artículos, y por lo tanto conoce a fondo, no constituye el eje central del análisis de Pareto, y ello da lugar a que haya que trasladar el centro de interés hacia otra parte, que no es otra que la que se mueve en torno a dos ideas fundamentales que darán lugar a desarrollos teóricos básicos: por un lado la idea de que el hombre es un animal ideológico, y en segundo lugar lo que Bobbio denomina la teoría y crítica de las ideologías.

Aquí se establece, pues, un claro paralelismo entre Pareto y los llamados filósofos desveladores de mitos, es decir aquellos que, como Voltaire y Galiani, dedican gran parte de sus esfuerzos a llevar a cabo una crítica constante de la estupidez humana y que se manifiesta en sus absurdas creencias; el autor podría ser incluido, así, dentro del grupo de los filósofos iluministas. Ya nos hemos encontrado en algunas ocasiones con esta idea de presentar a Pareto como a un autor a medias entre la tradición filosófica nacida del Iluminismo y la postura de rechazo radical a dicha tradición; algunos pensadores no han vacilado en señalar que los tres teóricos de las élites inician sus discursos en un violento ataque a la Ilustración europea, sentando las que podrían ser las bases para un nuevo planteamiento de las ciencias sociales, pero más tarde, a medida que se desarrolla todo su discurso, se puede advertir un retorno a la corriente de la que, en la mayoría de los casos, estos se educaron, y que será aquella que determinará, en última instancia, toda la orientación de sus respectivos planteamientos. Pareto, el autor que nos interesa ahora en particular, surge en todo momen-

to como una figura compendio de una actitud tremendamente crítica y renovadora, pero al mismo tiempo conjugando dicha vocación científico-técnica con el espíritu iluminista del que, al fin y al cabo, no podrá desprenderse completamente ningún pensador de su generación.

Pero creo que nos estamos alejando un poco de nuestro propósito central, a pesar de que ello nos sirve para centrar nuestro objeto de estudio. Lo que realmente ha de interesarnos es el punto de vista que presenta al "Tratado" como un estudio intenso de las ideologías, y que tiene su centro en la teoría de las derivaciones. Sin embargo antes de entrar directamente en el tema necesitamos recordar muy brevemente lo que Pareto entiende por derivación, y para ello nada mejor que recurrir a las propias palabras del autor.

"Les résidus sont des manifestations de sentiments. Les dérivations comprennent des raisonnements logiques, des sophismes, des manifestations de sentiments employés pour dériver; elles sont une manifestation du besoin de raisonner qu'éprouve l'homme. Si ce besoin n'était pas satisfait que par des raisonnements logico-expérimentaux, il n'y aurait pas des dérivations, et à leur place, on aurait des théories logico-expérimentales." (3)

Tras toda su argumentación acerca de los residuos, es decir las manifestaciones de los sentimientos que según él son una expresión de elementos constantes que pueden llegar a explicar todas las acciones no lógico-experimentales que son, en definitiva, las que predominan en la conducta humana, nuestro autor pasaba a estudiar otro aspecto de esta con-

ducta humana que también presentaba muestras de esta uniformidad que era la base de la posibilidad de contruir una verdadera ciencia de la sociedad. Las derivaciones, el elemento variable de las acciones humanas, no eran sino el resultado de la tendencia natural que tienen todos los individuos a recubrir de una apariencia lógica e incluso racional a actos que no poseen tal cualidad, y por lo tanto varían a lo largo del tiempo con lo cual, a la vez, reflejan las necesidades y características de cada época concreta. Y va a ser este factor, estas derivaciones que Pareto descompone y estudia analíticamente con tanto cuidado como lo había hecho con los residuos, lo que se compara con la teoría de la ideología en Marx. Bobbio lo expone muy claramente:

"La teoria e la critica delle derivazioni, che occupa sì gran parte nel "Trattato", è insieme un prolungamento e una reinterpretazione della critica marxiana delle ideologie"(4)

Por lo tanto, siguiendo con el razonamiento de este autor es indudable que el "Tratado" puede reducirse, en su parte esencial, a un estudio de la ideología que se presenta como paso previo y absolutamente imprescindible para desenmascarar los verdaderos hechos sociales. Es evidente que a lo largo de toda esta obra se puede advertir fácilmente un empeño especial de Pareto por convencernos de que cuando nos enfrentamos con los hechos de la realidad tenemos que diferenciar entre dos partes: por un lado están los verdaderos hechos sociales que son el único objeto de conocimiento que ha de tratar de alcanzar el investigador social, y seguidamente también tenemos toda una serie de fenómenos que ocultan esta realidad deformándola y proporcionando una idea inexac-

ta de lo que verdaderamente está sucediendo en ella. Es esta segunda parte o nivel en donde se han detenido la mayor parte de los pensadores que han intentado, a lo largo de los tiempos, encontrar las claves de interpretación de la realidad que rodea al individuo, y ello explica la sucesión de fracasos que resume sus intentos, a la vez que legitima a Pareto en su actitud inicial de violenta oposición y crítica a toda la tradición de pensamiento social anterior a él. Esta postura era muy clara tanto en Pareto como en Mosca y nosotros no hemos dudado en señalarla como el impulso inicial que empuja y explica a la vez la construcción de un ambicioso proyecto de construcción de un sistema científico de explicación total de la realidad social, al estilo de las ciencias físicas. Por lo tanto, y por todo lo dicho anteriormente, es imposible negar que en estos dos elitistas clásicos exista, desde un comienzo, la noción clara de que es necesario distinguir dos partes en la visión del mundo que nos rodea, siendo una de ellas una construcción intelectual que por lo general pretende legitimar una situación de hecho, pero que no se atiene en ningún momento a las reglas lógico-racionales de la explicación; además la única forma de lograr alcanzar un verdadero conocimiento válido desde un punto de vista científico consiste indudablemente en apartar el velo que han colocado estos razonamientos ante la mirada de los individuos; admitiendo, pues, esta base de partida es necesario seguir profundizando para poder llegar a revelar de que modo se establece el paralelismo entre este planteamiento y el de una teoría de la ideología al estilo marxiano.

Queremos hacer una aclaración previa antes de seguir adelante en nuestra exposición; al principio del capítulo decíamos que una interpretación relativamente extendida de la obra de los teóricos clásicos de la élite, y en particular de la de Pareto, afirmaba que lo realmente básico en su pensamiento no era la argumentación elitista, ni otros temas, sino que en su discurso podía hallarse formulada una verdadera teoría de la ideología, en el sentido marxista del término, que constituía la verdadera aportación de este autor y la parte que aún tenía importantísimas repercusiones en el pensamiento sociológico contemporáneo. Y para exponer esta idea, evaluando en cada momento la importancia y la justeza de la tesis, recurrimos a una serie de artículos escritos por un gran conocedor del tema, N. Bobbio, del que comenzábamos a seguir el razonamiento para tratar de delimitar cuales eran los puntos fundamentales en una constante comparación con las ideas que nosotros mismos habíamos ido obteniendo de una detenida lectura de los escritos de estos pensadores. Sin embargo pensamos que quizá hemos hecho demasiado hincapié en la idea de que Bobbio era uno de los autores que trataban este tema, sin insistir en que dicha postura es compartida por un número considerable de pensadores sociales. La convicción de que la teoría de las derivaciones es un punto fundamental en el discurso paretiano no es exclusiva de Bobbio, sino que aparece en obras de importantes críticos y estudiosos del elitismo clásicos; podríamos citar, por ejemplo, la insistencia que se encuentra en el análisis llevado a cabo por Talcott Parsons en su "Estructura de la Acción Social" (5), acerca de Pareto. En la misma línea se encuentra esta frase tan significativa de Hughes, al que tanto hemos recurrido en

nuestra investigación, que resume todo lo que venimos diciendo:

"En resumen, fue incapaz de percibir que las "derivaciones", lejos de ser meras racionalizaciones, eran realmente la clave de todo el problema." (6)

El gran fracaso de Pareto es, pues, el haber descuidado la importancia fundamental de esta parte de su teoría, apareciendo, así, un nuevo campo de estudio al que tienen que dedicarse los nuevos estudiosos del elitismo clásico. El eje central del "Tratado" es, pues, el estudio intenso de la ideología, a pesar de que su autor no utilice esta denominación sino que se refiera siempre al concepto más general de "Teoría". Ya en "Les Systèmes Socialistes", según estos pensadores, se puede apreciar claramente que se ha llevado a cabo un gran esfuerzo para analizar las condiciones susceptibles de explicar el origen y la razón del pensamiento ideológico, y en su siguiente obra sociológica más importante, el "Manuel d'Economie Politique", publicada en 1906, encontramos en el capítulo II un verdadero esbozo de una teoría ideológica, o mejor dicho de la ideología. Y se ha hablado de la existencia de dicha teoría en el sentido de que Pareto nunca acepta que los verdaderos hechos sociales se puedan explicar a partir de las ideas que tienen los individuos acerca de ellos. Recordemos que señalábamos como una constante en su pensamiento la continua diferenciación entre los fenómenos objetivos y los subjetivos de la realidad, apareciendo los segundos como una deformación de los primeros que había que tomar en cuenta para desvelar de una vez por todas el verdadero y único objeto de estudio de los investigadores sociales. Pero lo que no

hay que perder en ningún momento de vista, y este es un fenómeno que no tienen en cuenta los que mantienen la postura que ahora estamos considerando, es que tanto Pareto como Mosca se enpeñan continuamente en dar una mayor importancia a la parte objetiva. A pesar de que el análisis de las derivaciones, en el primero de nuestros autores, ocupa una parte muy considerable de su obra principal, es evidente que su concepción está siempre subordinada al único y verdadero objetivo de todo el análisis: desvelar y poder estudiar a fondo los fenómenos reales del mundo que nos rodea. Por ello no podemos dejar de pensar que, a pesar del interés indudable que tiene la toma en consideración de los fenómenos ideológicos dentro de la teoría clásica de las élites, se tratará siempre de un aspecto secundario de su propio pensamiento, aunque no dudamos que las conclusiones que se pueden extraer de este estudio son de una indudable valía. Además, en el caso particular de Pareto, para entrar en el tema de las derivaciones, para comprenderlo en su conjunto, hemos de remontarnos a otros problemas, que, relacionándose de un modo directo con este tema, poseen una identidad propia indiscutible. Es por esta razón por la que Bobbio y sus compañeros han de referirse a las primeras formulaciones paretianas acerca del carácter de las acciones etc.. Para ellos, como decíamos anteriormente, el estudio ha de iniciarse en "Les Systèmes Socialistes" haciendo un gran hincapié en la división entre fenómenos objetivos y subjetivos y sacando a la luz que, en este contexto, la función de la crítica histórica es la de reconstruir el objeto más allá de la imagen deformada que de él se hace el individuo. Y aquí surge, una vez más, la causa que explica el lugar central que va a ocupar la Historia, y sobre

todo la referencia a fenómenos históricos en el discurso de estos pensadores. Pero esta planificación del trabajo, el hecho de que necesariamente el análisis de nuestros dos teóricos de la élite, porque en este punto también coincide, una vez más, Mosca, consista en establecer la idea de la inevitable distinción entre un elemento de la realidad que se corresponde con lo objetivo, con uno de la irrealidad, lo subjetivo, no viene marcado tanto por una secreta intención de un futuro estudio de la importancia de ambos fenómenos, sino más bien por la base positivista de la que parten ambos. En un principio la convicción de que el único modo de lograr construir una verdadera disciplina científica en el campo de las ciencias sociales era adoptar exactamente los mismos procedimientos que habían triunfado en el ámbito de las ciencias físicas, es decir el de la experimentación y la observación, trae como consecuencia el inevitable rechazo de la faceta subjetiva que, indiscutiblemente, entra a formar parte de las acciones humanas, verdadero centro de estudio para el observador. Se necesita, por un lado, negar la validez de los factores subjetivos como plataforma de partida de la pretendida disciplina científica, pero al mismo tiempo parece como si cada vez se hiciese más patente el autoconvencimiento de que el lugar que ocupan estos en el terreno social es, al tiempo que muy grande, prácticamente inevitable dado que el individuo, por naturaleza, se deja atraer más por los sentimientos que por la razón. Este es el dilema en el que se ve encerrado Pareto, y que también se plantea como problema Mosca, pero mientras que este último, tras haberlo formulado, sabe encerrarse en su parcela de estudio, la de los fenómenos políticos, el primero dedica un gran esfuerzo y una parte muy consi-

derable de su tiempo a la minuciosa consideración del rol de lo subjetivo en la acción humana, y ante todo en la acción política. Pero, a pesar de toda esta dedicación, creemos que queda suficientemente clara nuestra opinión de que se trata de unos problemas que siempre se plantean de un modo subsidiario o supeditado al que en todo momento sigue surgiendo como problema fundamental.

Una vez hecha esta salvedad creo que podemos continuar adentrandonos en aquello que ahora llama nuestra atención, y en este momento es el camino que siguen para llegar a presentar la definitiva formulación de la teoría de las élites en nuestros autores. Tras ver los inicios de este planteamiento en el "Manuel" y en "Les Systèmes Socialistes", en donde ya aparece una diferencia más precisa entre la relación objetiva y la subjetiva, apreciamos que dicha concepción da lugar a la formulación de dos concepciones distintas, la de la Teoría científica y la de una Teoría no científica, y desde aquí pasamos de una vez por todas al Tratado, y más en concreto a un punto esencial que surge en este: la separación entre las acciones lógicas y las no lógicas. Creemos haber tocado ya suficientemente este punto para no tener que volver otra vez sobre él, al menos de un modo tan profundo como lo hicimos con anterioridad. La teoría de las acciones lógicas, y sobre todo la de las no lógicas, que en esta tendencia constante en el pensamiento paretiano comienza definiéndose como una categoría residual en el análisis y acababan por atraer todo el interés, del autor, hasta el punto de dejar prácticamente de lado a la que en un principio se ha-

bía presentado como eje central del mismo, la lógica, es uno de los puntos de interés que ha atraído a un mayor número de estudiosos de dicho autor. En verdad se trata de la argumentación básica que va a lograr construir todo el complejo entramado del pensamiento paretiano, que, de este modo, se apoya básicamente en los conceptos y categorías que poco a poco se van formulando en esta parte. Es tras haber enunciado la importancia de la acción no lógica, como predominante en el actuar de los individuos, como va a poder dar un salto y entrar en su exposición de los residuos y las derivaciones, que, en resumidas cuentas, no serán más que el resultante de descomponer dicha acción en sus dos elementos fundamentales. Hemos comentado en alguna ocasión que lo que más impresiona de toda esta primera parte de la exposición paretiana es la precisión con la que se descompone cada fenómeno en sus partes para así poderlo ligar con otro, y de este modo ir edificando una complejísima red de conceptos, solidamente relacionados los unos con los otros, y que le permiten fundamentar con la mayor coherencia lógica todo el resto de su discurso. Pero la maniobra que llevan a cabo aquellos cuyo principal empeño reside en proclamar la existencia de una teoría de la ideología en Pareto es cortar toda conexión entre este primer planteamiento y el resto que, volvemos a repetir, a pesar de ocupar un espacio menor, se presenta como la culminación y por lo tanto la parte fundamental del estudio. Para considerar, pues, la existencia de una versión particular del fenómeno de la ideología en Pareto hay que contar, pues, únicamente con su teoría de las acciones lógicas y no lógicas y con su inmediata continuación: la teoría de los residuos y de las derivaciones. Es su concepción de lo que

son las teorías lógico-experimentales y sobre todo las que no cumplen estos requisitos, y sus dos principales elementos lo que va a relacionarse con la teoría de la ideología en Marx, afirmandose que, desde este punto de vista, el principal interés de nuestro autor reside en el problema de la relación entre el ser y la conciencia, si formulamos este en términos marxistas; con lo que se afirma que se mantiene un presupuesto similar al del padre del marxismo, es decir mantener que es el ser quien determina la conciencia y nunca a la inversa.

Se plantea, pues, una relación muy directa entre el marxismo y la formulación paretiana, que da lugar a afirmaciones del tipo de la que a continuación presentamos.

"Nonostante la polemica antimarxista, Pareto è da considerarsi un libero continuatore di uno degli aspetti più vivi e sconcertanti del marxismo teorico, secondo cui sovente gli uomini si devono della loro ragione (esaltata dai metafisici come l'organo della verità) non per scoprire e comunicare la verità, ma per deformarla o nasconderla (anche se ciò fanno nella maggiore parte dei casi in buona fede)."(7)

Pero el tema no está tan claro, o al menos no ha de ser formulado en términos tan simples como parece derivarse de la anterior cita; la relación entre el marxismo y la teoría de las élites es tan compleja y posee tantas vertientes distintas que creemos que no se pueden lanzar opiniones como la anterior sin haber reflexionado antes detenidamente sobre ellas. Cuando hablabamos de Michels, ya señalabamos lo más claramente posible la indudable influencia

que ejerció toda la tradición marxista, y en general la socialista, en sus ideas de juventud, huella que se dejaría translucir hasta en sus escritos más tardíos. Y con Mosca también habíamos hablado del tema; creo recordar que apuntábamos la estrecha relación que durante una época ligó al entonces estudiante de derecho constitucional con uno de los teóricos más significativos del socialismo italiano del momento, A. Labriola; esta estrecha relación dio lugar a que Mosca estudiase con profundidad el pensamiento de Marx, rompiendo finalmente su amistad por su rechazo de las tesis socialistas. En este caso se puede hablar, pues, de un conocimiento evidente de estas tesis, lo cual no supone, como en el caso anterior, la existencia de una clara influencia sobre el posterior pensamiento del profesor italiano. Pero lo realmente curioso es que en el tercero de nuestros elitistas ni siquiera podemos asegurar con plena certidumbre que se de un conocimiento profundo del marxismo, el "solitario de Célligny", como se le ha solido llamar en ocasiones, hizo gala del más profundo de los desconocimientos en algunos temas básicos, junto con la mayor erudición en otros mucho más esotéricos. Es tremendamente interesante observar como escasean las referencias a textos básicos del socialismo, y casi no se encuentran citas concretas de la obra de Marx. Se ha supuesto, partiendo de ciertos errores de interpretación muy significativos, que Pareto conoció dichos escritos más por referencias, es decir a través de obras de divulgación y crítica, en lugar de asomarse a una lectura directa de los mismos. Recordemos, además, y creemos haber insistido en este punto anteriormente, que los teóricos de la élite escriben en un momento en que todavía no se han publicado algunas obras esencia-

les de Marx, por lo que su conocimiento acerca del pensamiento de este autor no podía ser, ni mucho menos, completo. Por todo esto es terriblemente arriesgado plantear la existencia de una supuesta relación directa entre la teoría de la ideología contenida en los escritos del padre del marxismo y la que pudiera encontrarse en Pareto, todo lo cual nos empuja a tratar con una enorme cautela a los pensadores que hacen afirmaciones tan rotundas como la que antes presentábamos. Esto no significa que nosotros neguemos toda posible relación entre ambas corrientes de pensamiento, dado que sabemos que una de las principales motivaciones que impusieron a nuestros elitistas a redactar algunos de sus libros no es sino la de presentar una alternativa, o al menos atacar directamente, al socialismo que se dibujaba ante sus ojos como una de las mayores amenazas del mundo contemporáneo.

Una vez aclarado este punto, o al menos habiéndolo intentado, hemos de entrar de una vez por todas en la consideración de esa parte del discurso paretiano a la que se concede tanta importancia y que parece erigirse como la formuladora de la teoría de la ideología de la que antes hablabamos. Y vamos a hacerlo utilizando un lenguaje diferente al que suele emplear el propio autor, pero que facilitará enormemente la tarea de compararlo más adelante con las interpretaciones marxistas. Bobbio, al que seguimos en lo que atrae más fuertemente nuestro interés, nos presenta a un Pareto que comienza a estudiar las posibles formulaciones ideológicas de los individuos partiendo de la constatación de que no existe un único punto de vista para este tema, sino que la

ideología se puede ver desde tres puntos de vista diferentes: su verdad, su eficacia y su utilidad. Esta distinción que constituirá una de las aportaciones más originales del autor, separa radicalmente la verdad de toda formulación de su posible utilidad social, lo cual está en abierta contraposición con toda la tradición proveniente del Iluminismo que no dejaba de insistir en el hecho de que alcanzar el verdadero conocimiento implicaba lograr la mejor guía de conducta para los hombres, que, por lo tanto, se ajustaba más a su verdadera naturaleza. Con esta idea nuestro autor rompe definitivamente la dicotomía entre la ciencia y la ética, construyendo dos mundos diferenciados que corresponderán, a su vez, a la anterior división entre realidad objetiva y subjetiva. El hecho de que cada criterio sea totalmente independiente de los demás da lugar a que se pueda plantear una amplísima gama de situaciones, en este estilo clasificatorio que tanto le agradaba a Pareto, entre las cuales pueden señalarse tres casos que suelen darse con más frecuencia que los demás: a) una teoría falsa pero con gran fuerza persuasiva y al mismo tiempo dañina para la sociedad; b) una teoría falsa, con gran fuerza persuasiva y útil para la sociedad, como puede ser cualquier creencia religiosa; y por último c) una teoría verdadera pero que ni tiene fuerza persuasiva ni es útil para la sociedad, agrupándose dentro de esta categoría todas las teorías lógico-experimentales que, aún habiendo alcanzado el nivel del conocimiento científico, no logran entrar en el campo de las motivaciones de la acción humana, y por lo tanto carecen de toda incidencia social. Se separa pues, como vimos también en su capítulo correspondiente, la ciencia y la ideo-

logía, que constituyen, así, dos campos separados sin la más mínima conexión entre ellos, destruyendo, a la vez, la universal validez del concepto de verdad, tal y como la habían presentado otros pensadores, dado que aparecen dos criterios distintos para diferenciar la verdad de un asunto, el de la experiencia y el del acuerdo con los sentimientos, que, en la mayor parte de las ocasiones son mutuamente excluyentes, pero entre los cuales no se puede discriminar puesto que, cada uno en su ámbito gozan de la máxima eficacia y utilidad. Es, pues, sumamente importante tratar de separar en todo momento ambos campos para poder actuar en cada uno de ellos con la máxima eficacia y no caer en continuos errores de interpretación que son tan corrientes en los autores que pretenden construir un solo campo de explicación de la realidad. Y es por esta razón por lo que nuestro autor se vuelca en un frenético afán por el estudio del lenguaje, único modo, según él mismo, de distinguir tajantemente entre la ciencia y la creencia.

Y es este planteamiento paretiano, que en verdad da perfectamente pie para que se puede afirmar que en él se encuentran los gérmenes de una teoría de la ideología, el que lleva directamente a la consideración del problema de las derivaciones, que se presenta, desde esta perspectiva, como el estudio de la ideología desde el aspecto subjetivo, siendo la parte objetiva la que se dedica a la toma en consideración de las manifestaciones de los sentimientos, es decir de los residuos. Y con este planteamiento de las derivaciones parece que se vuelve a reafirmar la tesis principal que antes se indicó: es decir la tajante separación entre la utilidad de la ideología y su verdad experimental, lo

cual llevaba directamente a una diferenciación entre la teoría y la práctica, dos modos de emprender la senda del conocimiento que están predestinados a seguir rumbos diferentes, no pudiendo encontrarse nunca. Y con esta exposición, mejor dicho con la toma en consideración de esta parte importante, pero parte al fin y al cabo, del discurso, paretiano, es como se pretende llegar a formular un claro paralelismo entre Pareto y Marx. Hasta el momento, y salvo aquellos pequeños puntos en los que hemos venido manifestando nuestra discrepancia por imprecisiones en el análisis, no podemos decir que haya habido algo que suscitara nuestra más enérgica repulsa, dado que no se ha tratado más que de una relectura de Pareto, desde una perspectiva algo diferente de la que nosotros hemos tomado desde el comienzo de nuestra investigación, habida cuenta nuestro centro de interés, que hemos querido dejar claro desde el principio era el del estudio del argumento elitista. Pero a partir de ahora si hemos de prestar más atención a lo que se afirma con vistas a lograr ver en que grado es aceptable la interpretación que estamos estudiando.

Para Bobbio el punto principal que permite establecer una estrecha relación entre el planteamiento de Pareto y el de Marx reside en el gran interés del primero por el problema del nexo entre el ser y la conciencia que había tocado ya el marxismo. Este punto de partida da lugar a que, para establecer esta diferencia, se haga necesario fundar la diferencia entre la conciencia ilusoria, es decir la falsa representación, y la falsa conciencia. Veamos como se encuentra

esta diferencia en nuestro elitista clásico. Según esta línea de pensamiento tanto en Marx como en Pareto aparece la idea de que la conciencia ilusoria opera de un doble modo: por un lado cubre la realidad, pone un velo entre ella y nuestros ojos, y por otro lado nos la revela deformándola. La crítica de la ideología se plantea, pues, como un arduo trabajo de desvelamiento o de desenmascaramiento, que ha de mostrar, ante todo, el importante papel que juega el lenguaje en este proceso. En segundo lugar parece ser que Pareto, al igual que Marx, afirma que el fenómeno de la conciencia ilusoria se duplica en la falsa conciencia, concepto que hay que aclarar tratando de inquirir su verdadero significado. La falsa conciencia, que no tiene porque ser reconocida por el propio individuo que, por decirlo así, la posee, se manifiesta de dos formas distintas: en primer lugar aparece como la creencia en la existencia de un nexo causal o final imaginario, distinto del real, y en segundo lugar consiste en la creencia en un nexo causal o final aparente. De este modo el individuo en el que se puede decir que predomina la falsa conciencia es incapaz de llegar a conocer la realidad, tal y como es en su objetividad, ya que al observarla parece como si fuera totalmente incapaz de percibir las verdaderas líneas de causalidad que aparecen entre las cosas. Pero realmente puede afirmarse que Pareto, a lo largo de la exposición de todo su pensamiento, afirma tan rotundamente la existencia de una ideología y, sobre todo, lleva a cabo esta radical separación en dos conceptos diferentes, tal y como le atribuye Bobbio a la imagen y semejanza de Marx. El primer término de la pregunta puede tener, sin entrar en mayores complicaciones, una respuesta positiva puesto que hemos visto que en su es-

tudio de las teorías no lógico-experimentales, y sobre todo en la consideración de las derivaciones, aparecía claramente la idea de que todo individuo tendía a dar una explicación lógico-racional a sus propios actos y a los fenómenos del mundo que le rodea, en una especie de aversión instintiva a reconocer la gran dosis de no racionalidad que impregnaba toda su existencia. Pero de ahí a encontrar en dicha formulación la existencia de una teoría tan trabajada y presentada con un altísimo grado de sistemátización como la de Marx, hay un gran paso que no creemos que pueda darse con tanta facilidad. En primer lugar porque no hay que olvidar que existe una gran diferencia entre los objetivos que quiere lograr cada uno de los pensadores, y esto ha de influir considerablemente para que sea muy difícil hablar de la existencia de un claro paralelismo entre ambos, y en segundo lugar porque el lenguaje que se emplea tiene muy pocos puntos en común. Esta segunda objeción, que en principio podría parecer superflua no lo es tanto; para Pareto el lenguaje posee una grandísima importancia y prueba de ello es el hecho de que dedica parte de sus esfuerzos a construir sus propias categorías de análisis y, fijémonos bien, a denominarlas de un modo distinto, con vistas a evitar todo posible error de interpretación. Las palabras, nos decía frecuentemente, van adquiriendo un determinado significado con su uso y es por ello por lo que en su acepción más común muchos conceptos no quieren decir lo mismo que lo que un análisis etimológico, deberían de significar. Es este desgaste de los conceptos, el hecho de que al utilizarlos se pueda inducir al error, desde el momento en que un autor quiere señalar algo

distinto a lo que implica su uso común, lo que le empuja a crear en algunos casos su propio vocabulario, y a poner una gran insistencia en la explicación de los términos ya empleados por otros. Y este hecho es particularmente notorio en el caso de la teoría de los residuos y las derivaciones, palabras, por así decirlo, inventadas por el autor, en la cual se hace patente el excesivo detallismo paretiano a la hora de edificar su propio esquema interpretativo. Es por ello por lo que nos resistimos a admitir que la teoría de Pareto pueda aplicarse tranquilamente a la ideología de Marx, o más aún a los términos falsa conciencia y conciencia ilusoria, o a la inversa, pensando que todos ellos encajan perfectamente en su discurso. ¿No se está forzando demasiado la argumentación?.

Pero dejando el problema lingüístico de lado por el momento, hemos de advertir, ya que todo no van a ser críticas a Bobbio, que este, cuyo análisis hace gala de una gran fineza interpretativa, no se contenta con dejar el tema así planteado a grandes líneas, sino que se encuentra con la evidente necesidad de dar un paso más hacia adelante y reconocer que al igual que ha marcado las similitudes entre Marx y Pareto no tiene más remedio que resaltar las diferencias. Y estas no van a ser pocas ni sin importancia. En primer lugar, y quizá sea este el principal, Bobbio no puede dejar de admitir que existe una diferencia radical de base entre la intención de ambos puntos de vista que dará lugar a que el estudio se dirija hacia objetivos tremendamente dispares. En el caso de Marx la teoría de la ideología surgió intimamente ligada con una concepción de la Historia

vista como lucha de clases y por lo tanto tendrá una finalidad de investigación de fenómenos colectivos de clase y no puramente individuales. El portador de la ideología va a ser, pues, la clase social definida en base a criterios predominantemente económicos, y no psicológicos; lo que importa es que la ideología tiene una dimensión colectiva que va a ser determinante del modo de actuación de un determinado grupo social en la Historia, y partiendo de la convicción de que los actores en la evolución de las sociedades son estos grupos sociales el análisis proporciona un poderoso instrumento de comprensión de la realidad en la que vivimos. Sin embargo en Pareto el descubrimiento de la existencia del pensamiento ideológico posee una intención totalmente diferente y por lo tanto apunta a conclusiones distintas. Si algo caracterizaba todo su discurso era el hecho de partir, e incluso de moverse siempre, en torno a un nivel puramente individual, en el cual el principal objeto de estudio era la acción humana. Todo ello determina que el pensamiento ideológico surja como la manifestación de una tendencia innata en el individuo, y se presente por lo tanto como objeto de un estudio meramente psicológico. A pesar de que se pretenden hacer, y de hecho las hemos llevado a cabo, numerosas críticas y precisiones acerca del carácter del análisis psicológico del autor, es indudable que este resuelve situar el pensamiento ideológico dentro del plano psicológico, y por ello se ve impulsado a distinguir entre los residuos y las derivaciones. Esta divergencia inicial dará lugar a que, inevitablemente, todo el resto del análisis se dirija hacia objetivos diferentes a los anteriormente señalados, y esto es lo que ha de admitir Bobbio al

continuar con la búsqueda de los puntos de disimilitud entre ambos pensadores. A lo largo de toda la formulación marxiana la ideología expresa intereses de clase que aunque se plantean como intereses particulares, es decir propios a un grupo social muy particular y no extensibles al resto de la sociedad, se conciben siempre en términos de un conjunto de individuos, y nunca pensando en el hombre aislado; este punto de vista, según el autor, da lugar a que el procedimiento de formación ideológica más típico sea el de la universalización. Por su lado Pareto opina de un modo completamente diferente, la ideología no expresa ningún pensamiento de clase sino que sirve fundamentalmente para saciar una inclinación de la naturaleza humana, la de encontrar el consenso a nuestros deseos, y por lo tanto ocultar la parte norracional de nuestras acciones. Y es precisamente por ello por lo que, en este caso, el procedimiento típico de la formación ideológica es la falsa racionalización. En definitiva, y resumiendo todo lo dicho anteriormente, queda claramente sentado que el fin que pretende alcanzar Marx es el de llevar a cabo una crítica política de la ideología, mientras que Pareto se limita siempre a la crítica científica. Esta diferencia da lugar a que en Marx se plantee la posibilidad de superar esta falsa conciencia a través de la Historia, mientras que Pareto afirma que la ideología es un elemento estrictamente imprescindible en la Historia de las pasiones humanas, y por lo tanto nunca podrá pensarse que llegará un momento en que pueda ser superado. Vemos, pues, como el propio Bobbio ha de admitir la existencia de claras diferencias en el planteamiento de cada uno de los dos pensadores, que ponen en cierto modo en

cuestión toda su argumentación anterior.

En Pareto, es cierto, puede encontrarse una cierta teoría de la ideología que halla su génesis en una psicología rudimentaria evitándose en todo momento un estudio histórico del pensamiento ideológico. A partir de esta base se pasaría a una segunda fase en la que se trata el problema del pensamiento ideológico y de su estructura contraponiéndolo a las teorías lógico-experimentales; en esta parte se centra el interés en el análisis de las teorías derivadas de la experiencia y en aquellas puramente pseudocientíficas. Sin duda alguna la gran contribución paretiana se centraría en el tratamiento del problema de la función de la ideología, incluyéndose en este tercer apartado la teoría de las derivaciones que, a su vez, sirve para explicar la estructura del pensamiento ideológico, mientras que no se puede decir que la parte dedicada al estudio de la estructura ayude al descubrimiento de los factores del funcionamiento. Desde este punto de vista, y salvando las diferencias léxicas que, como ya comentamos, constituyen otro grave escollo que hay que superar, se puede afirmar que existe una teoría de la ideología en Pareto, pero nos es muy difícil establecer un gran paralelismo con el pensamiento de Marx. Como el mismo Bobbio ha de reconocer los puntos que separan a ambas posturas son lo suficientemente numerosos y sobre todo tienen la suficiente entidad como para que haya que andar con pies de plomo en este intento. Lo que sí se puede admitir perfectamente, y creo que en este sentido iba la afirmación de Hughes que antes apuntábamos, es que Pareto no se da bien cuenta de la importancia y de la gran aportación que lleva

a cabo formulando su teoría de las derivaciones y sus ideas acerca del papel de las teorías no lógico-experimentales sobre las que basaba la anterior; aportación que se puede estudiar viendo en ella un germen de una verdadera teoría de la ideología que ocuparía un lugar central en el pensamiento de nuestro autor. Pero el "quid" de la cuestión está en algo que decíamos en la frase anterior: en que Pareto no se da bien cuenta de la importancia de su aportación porque está completamente absorto en otros problemas que él considera de máxima importancia, y por esta causa no lleva su formulación hasta sus últimas consecuencias dejándola en un mero esbozo que, a efectos de una teoría de la ideología, presenta muchas lagunas y sobre todo numerosos cabos sueltos. Porque el autor, y este es un punto fundamental, a pesar de dedicar un amplio espacio a todo su planteamiento de la teoría de los residuos y de las derivaciones, no deja de estar convencido de que estas son partes necesarias pero introductorias a su verdadero centro de investigación, que ha de trabajar a fondo con el objeto de contar con los instrumentos necesarios para poder ir armando más adelante todas las piezas de su compleja red de explicación teórica. Pero en todo momento este estudio se encuentra totalmente supeditado a algo que piensa llevar a cabo más adelante: el descubrimiento de las uniformidades que permiten llegar al equilibrio social, y más en concreto la translación de este mismo problema al plano político, es decir al de la distribución del poder. Y es en parte, precisamente el hecho de que este problema se plantee de un modo subordinado al del equilibrio social, el que hace que le falte a Pareto el tratamiento de algunos temas imprescindibles para una verdadera realización

de una teoría de la ideología. Por ejemplo creemos que cuando Bobbio señala que una de las grandes diferencias que pueden encontrarse entre Pareto y Marx es el hecho de que este primero siempre permanece en el nivel puramente individual, presentando a las derivaciones como una manifestación de las tendencias propias a la naturaleza humana, y sin tener en cuenta su posible dimensión colectiva, esto se puede deber tanto a una consecuencia lógica del planteamiento individualista y francamente psicologista paretiano, como al hecho de que no le interesa llevar más allá sus propias conclusiones. Porque realmente cuando a este mismo autor le interesa profundizar en un tema cualquiera y agotarlo, vemos aparecer siempre una dimensión colectiva y grupal, absolutamente imprescindible para el tratamiento de los fenómenos sociales, aunque permaneciendo siempre por debajo la base individualista de la que antes hablabamos. Este hecho, y muchos otros similares nos muestran claramente como no puede afirmarse que el planteamiento paretiano pueda reducirse en una de sus partes a la existencia de una formulación consciente de una teoría de las ideologías, aunque si pueda surgir una interpretación que presente a estas partes de su pensamiento como un posible embrión no desarrollado de esta.

Cuando comenzamos a hablar de este tema tuvimos buen cuidado en señalar que, aunque los autores se centran en el estudio de estos temas en los teóricos de las élites, siempre tienden a fijarse en la figura de Pareto; nosotros pensamos que, del mismo modo, también podía darse el mismo estudio en otro gran fundador del elitismo clásico: G. Mosca,

y sobre todo en su teoría de la fórmula política. Lo que nos interesa resaltar en esta breve reflexión sobre el problema en cuestión, y lo que creemos que ha dado lugar a estos intentos de estudio que ahora apuntamos, es el hecho de que los tres teóricos clásicos de las élites apuntan una idea que será fundamental para el pensamiento social del nuevo siglo, y que fue formulada por primera vez, de una forma sistemática, y con grandes consecuencias teóricas, por Marx. Y esta idea es la de que el hombre al enfrentarse con la realidad que le circunda comienza a construir todo un conjunto de ideas que le sirven de guía para explicar esta realidad, pero que, al mismo tiempo, la deforman siguiendo los intereses o tendencias de los propios individuos. Se plantea, pues, la función reveladora y a la vez de ocultación de un sistema de ideas interconexas que ha de poseer toda persona para sobrevivir dentro de una sociedad determinada. Y este planteamiento se encuentra también muy claramente formulado en Mosca por lo que hemos de detenernos un momento en una parte muy concreta de su discurso para apreciar las posibles consecuencias de este: la idea de la fórmula política. Tampoco podemos afirmar que en Mosca exista una verdadera teoría de la ideología, al menos en el sentido en que lo plantea Bobbio al hablar de la formulación marxista, pero si existen una serie de ideas claves que nos pueden ayudar a evaluar el importante lugar que la ideología, utilizando de nuevo la terminología marxista, ocupa en el discurso de los teóricos de las élites. Mosca, como hemos apuntado en ocasiones, es un pensador que se centra muy rápidamente en lo que él considera su verdadero objeto de estudio abandonando las largas disquisiciones sobre otros temas que tanto caracterizaban

a la prosa paretiana; por ello tras haber dejado claramente explícitas sus premisas metodológicas pasa a estudiar el problema que realmente le preocupa: el de la naturaleza y características del dominio de la clase política. Hemos analizado con suficiente detenimiento el tema de la clase política en Mosca como para necesitar volver sobre él una vez más, pero lo que si tenemos que resaltar es que llega un momento en que el autor ha de admitir que dicho dominio necesita de un instrumento que, en principio, parecía no tener que entrar en el esquema de análisis, el ideológico. De aquí nace una de las grandes categorías de esta argumentación: la de la fórmula política. Recordemos su significado exacto:

"...accade inmancabilemente, o almeno è accaduto finora in tutte le società discretamente numerose ed appena arrivate a un certo grado di coltura, che la classe politica non giustifica esclusivamente il suo potere col solo possesso di fatto, ma cerca di dare ad esso una base morale ed anche legale, facendolo scaturire come conseguenza necessaria di dottrine e credenze generalmente si conosciute ed accettate nella società, che essa dirige." (8)

De este modo vuelve a aparecer la misma idea que en Pareto pero ya totalmente centrada en el plano político; los individuos necesitan construir una explicación coherente de los fenómenos que les rodean no solamente porque precisan de un punto de apoyo para actuar en un medio que, en un principio, les parecería incomprensible, sino también porque es el único modo de mantener unido a un grupo social, aceptando el dominio político de unos pocos. A pesar de que

los teóricos clásicos de las élites atribuyen una grandísima importancia a los elementos materiales de mantenimiento del poder, acordémonos de la valoración positiva de la fuerza física como instrumento de la minoría gobernante que hacían Pareto y Mosca, surge el elemento ideológico como medio necesario para llevar a cabo este mismo objetivo. Aparece, pues, la noción de que el grupo social, el conjunto de personas que se encuentra en una situación de privilegio en relación con el resto de la sociedad, ha de crear todo un relato interpretativo del mundo que sirve de legitimación, de base, a su propio dominio, y que, de esta forma, aparece revestido de una base plenamente legal y moral; todo ello le hará ser aceptado por el resto de la población, y así se podrá hablar de una posible continuidad en el dominio de dicha minoría. En verdad puede decirse que el planteamiento de Mosca abandona algunos de los puntos fundamentales que sí trataba Pareto, y que aportaban gran parte de su novedad y originalidad. Mosca no habla, por ejemplo, de que exista una necesidad imperiosa de los hombres a contar con un esquema ideológico interpretativo de la realidad, ni tampoco dice explícitamente como Marx que a cada grupo social le corresponde una interpretación particular de esta que determinará su forma de actuación particular en el marco social. Por lo tanto no existe la idea de la ideología como instrumento necesario de guía del hombre en su actuar cotidiano, y más aún de los grupos sociales; pero sin embargo sí existe la noción de que la clase en el poder, para mantener su dominio, durante el mayor tiempo posible, ha de recurrir a una formulación ideológica para tratar de mantener y obtener el consenso generalizado

que evitará la proliferación de conflictos sociales y el posible derrocamiento de la clase política. En cierto modo podría afirmarse que la concepción de Pareto es complementaria a la de Mosca; mientras que el primero hace hincapié casi exclusivamente en los temas puramente individuales, el segundo se centra tanto en el tema político que parece olvidar que existe también un nivel social en el cual se dan asimismo fenómenos ideológicos de este tipo que pueden influir decisivamente en el funcionamiento político del grupo social. Parece como si en este proceso la clase no gobernante no tuviera ningún papel que jugar, más que el de aceptar o rechazar el relato que le propone la clase política en cuestión, sin que aparezca la posibilidad de coexistencia de varias de estas interpretaciones ideológicas, o al menos que se admita la posibilidad de una formulación propia por parte de la masa. Pero no olvidemos que en el discurso de este autor, la masa es un ente casi sin forma, incapaz de organizarse, y que por lo tanto no podría dar origen a ninguna acción colectiva, aunque este se encierre exclusivamente en el reino de las ideas.

Hemos visto, pues, cual es la actitud de cada uno de nuestros autores ante lo que podría llamarse una teoría de la ideológica al estilo de Marx, y por todo lo dicho pensamos que no se puede hablar de la existencia totalmente formalizada y sistematizada de una verdadera construcción teórica sobre este asunto o de una interpretación completa del papel de las ideas en el terreno de la acción social. Pero esta negativa nuestra no nos impide admitir que en el discurso de estos dos pensadores se pueden hallar algunos puntos e

ideas de un tremendo interés para que en una segunda lectura pueda intentarse discernir cuales serían los aspectos más sobresalientes de una supuesta formulación de la ideología en estos. Este intento, enormemente valioso, además de aportar un nuevo punto de vista y una contribución interesante al tema de las relaciones entre el elitismo clásico y el pensamiento de Marx, nos ilumina una faceta distinta del pensamiento de nuestro autor, que realza, una vez más, el gran atractivo y las enormes enseñanzas prácticas que se derivan de un estudio minucioso de esta corriente de pensamiento. Y es fundamentalmente esta nueva aportación para ampliar aún más nuestro conocimiento del objeto de estudio, lo que nos impulsó desde un principio a intentar presentar una breve reflexión sobre esta cuestión dentro de nuestra investigación. Esperamos que al lector le haya sido tan útil como a nosotros.

NOTAS.CAP.VII.EL PROBLEMA DE LA IDEOLOGIA EN LOS TEORICOS
DE LA ELITE.

- (1)REAL ACADEMIA DE LA LENGUA,"Diccionario de la Lengua Española",19ª ed.,Madrid 1970.
- (2)BOBBIO,N.:"Saggi sulla..",op.cit.
- (3)PARETO,V.:"Traité..",op.cit.,pg.789,&1401.
- (4)BOBBIO,N.:"Saggi sulla",op.cit.,pg.66
- (5)PARSONS,T.:"La Estructura de la Acción Social",2Vol.,Ed. Guadarrama,Madrid 1968.Capítulos dedicados al estudio de V.Pareto:nºV,VI y VII de la II Parte del Tomo I:"La Emergencia de una Teoría voluntarista de la Acción de Tradición positivista."
- (6)HUGHES,H.S.:"Conciencia y..",op.cit.,pg.196.
- (7)BOBBIO,N.:"Saggi sulla..",op.cit.,pg.88.
- (8)MOSCA,G.:"Elementi..",op.cit.,1ª ed.,pg.84.

CAP.VIII.LA RECUPERACION DEL ARGUMENTO ELITISTA.

VIII.1.LA FUNCIONALIZACION DE LA ELITE POLITICA.

VIII.2.LA CRITICA ELITISTA DE LA DEMOCRACIA.

VIII.3.J.SCHUMPETER.

VIII.4.T.B.BOTTOMORE.

VIII.5.R.ARON.

Notas.

CAP.VIII.LA RECUPERACION DEL ARGUMENTO ELITISTA.

Entramos, por último, en la parte que hemos pensado como final de nuestro trabajo; somos plenamente conscientes de lo provisional de esta conclusión, puesto que toda investigación, y más aún una que se ha marcado como meta tan ambiciosa como la nuestra, difícilmente puede presentarse como algo cerrado y totalmente conclusivo, sino que, por el contrario, si quiere cumplir con las reglas de una buena labor investigadora, ha de dejar siempre nuevas líneas abiertas al estudio que impulsan al propio autor a continuar en la ardua tarea del quehacer intelectual. Pues bien, una vez expuesta esta breve declaración de intenciones, hemos pensado que la mejor manera de poner un broche a estas páginas consistía en incluir dentro de nuestro estudio uno de los grandes temas que completan todo nuestro esfuerzo por mostrar el verdadero interés que para el pensamiento sociológico contemporáneo tenía en estudio de los llamados teóricos clásicos de la élite, y que a la vez nos demuestran que, aún hoy en día, mucho después de su muerte, su huella sigue vivamente marcada en las mentes de los pensadores que marcan el camino a seguir dentro de este complejo grupo de disciplinas; se trata del problema de la recuperación del argumento elitista por parte de un numeroso e importante grupo de autores que ocupan una página fundamental en el libro de las ciencias sociales de nuestros días. En este capítulo, pues, trataremos de presentar al lector una exposición lo más completa posible de como, tras la segunda Guerra Mundial, una serie de corrientes

de pensamiento, en general con su centro en los Estados Unidos, vuelven sus ojos al discurso elitista clásico para tomar de él algunos puntos fundamentales con los que construir un edificio teórico que, para algunos autores, constituye un núcleo bien definido al que denominan "la teoría elitista de la democracia". Es evidente que no vamos a hallar una continuación fiel de las ideas tradicionales del elitismo, los puntos de contacto son muy numerosos pero también lo son las disimilitudes, puesto que los problemas que se plantean y los métodos utilizados para resolverlos son siempre diferentes; pero al mismo tiempo no hay duda de que sí se puede hallar de una recuperación y una continuación del argumento elitista, lo cual aviva nuestro interés y hace que no tengamos más remedio que detenernos, aunque sólo sea por poco tiempo, en la consideración de este fenómeno. Las ideas que vamos a presentar y los autores sobre los que nos detendremos se encuentran entre los que más han contribuido al desarrollo del pensamiento sociológico en la segunda mitad de siglo, y ello complica un poco nuestra tarea, siendo imposible considerarlos a todos con la profundidad y minuciosidad que se merecerían. Pero dicho empeño se sale completamente de los marcos de nuestro trabajo; el lector no encontrará aquí, por citar un ejemplo, un análisis exhaustivo de la obra y el pensamiento de Schumpeter, sino que nuestra tarea se limitará a presentar las ideas fundamentales que le ligan con la tradición elitista y que contribuyen a dar forma a ese conjunto al que hemos llamado la crítica o la teoría elitista de la democracia. Una vez marcados los límites y el alcance de nuestra exposición podemos lanzarnos, de una vez por todas, a tocar los aspectos más esenciales de esta.

Con el fin de la Segunda Guerra Mundial se produce en Europa una situación social tremendamente compleja y a la vez delicada que da lugar a la ruptura de toda una serie de ilusiones pasadas que habían venido impregnando toda la filosofía política y social de las décadas pasadas. Y por lo que a nuestra teoría clásica de las élites se refiere parecen producirse dos reacciones paralelas y de distinto signo que dan lugar a la aparición de dos actitudes contrapuestas con respecto a la valoración de dicha corriente de pensamiento. Por un lado la postguerra europea es un momento de violenta reacción antifascista en la que los sentimientos en contra de la ideología finalmente derrotada en la sangrienta contienda se inflaman aún más, apareciendo un verdadero culto a los ideales democráticos. En estos primeros momentos, durante los cuales el continente pugna por sentar las bases de un futuro desarrollo político, económico y social, las fuerzas políticas de izquierda parecen estar al borde de conseguir el tan deseado triunfo, formando parte mayoritariamente de los nuevos gobiernos en las naciones que participaron en la contienda. A pesar de la enorme destrucción a la que se habían visto sometidos estos países, entonces sumidos en graves crisis económicas, son años de esperanza y sobre todo de fuertes ataques al pasado y a todo lo que supusiese algún contacto con los regímenes que se dieron en la Italia y la Alemania de los años veinte y treinta. Es lógico, pues, suponer que entre los nuevos grupos de intelectuales que iban volviendo a emprender sus tareas de investigación, el pensamiento de nuestros tres autores no suscitase ningún entusiasmo, sino que, por el contrario, fuese objeto de las más violentas críticas. Pero de todos modos lo realmente importante

es el hecho de que, tras unos largos años de olvido el argumento elitista vuelve a reaparecer en la escena europea, y es a partir de este momento cuando podemos afirmar que se va a dar un conocimiento generalizado de sus escritos. Durante este periodo es cuando un autor que ha dedicado tanto tiempo como R. Aron al tratamiento de esos temas, comienza a publicar sus primeras obras acerca de Pareto, fundamentalmente (1), aunque en ocasiones también se refiere al conjunto de los elitistas. El mismo camino siguen bastantes científicos sociales. Es entonces cuando se pone un mayor énfasis en subrayar los lazos de unión que ligarían a dicho elitismo con el nacimiento del fascismo, y de estos años data la más "exótica" de las denominaciones que se le han atribuido a Pareto: la del "antimarx". Pero, aunque a su debido tiempo, nosotros nos dedicamos a tratar de ver cuales eran estas posturas, las ideas que tenían algún peso y aquellas otras que unicamente se debían a una actitud típica de la época, no podemos dejar de pasar por alto la importancia de la recuperación del discurso de nuestros autores. A medida que fueron pasando los años los ánimos se aplacaron pero, curiosamente, subsistió el interés por estos temas, lo cual siguió fomentando la aparición de artículos y libros que, con mayor o menor fortuna, centraban su interés en el análisis de la obra de Pareto, Mosca o Michels.

Pero en realidad no se acaba aquí este renovado interés por desenterrar la obra de los teóricos clásicos de la élite, sino que practicamente al mismo tiempo al otro lado del Atlantico, en los Estados Unidos de América, comenzaba a desarrollarse un linea de pensamiento que encontraría en

estos alguna de sus ideas bases con las que construir un nuevo sistema de interpretación de la realidad social. El ambiente intelectual de esta gran nación, que a partir de estos años parece tomar definitivamente las riendas del desarrollo de la filosofía política y social, al menos en alguno de sus campos, se diferencia en bastantes puntos del europeo, y es de esta diferencia de la que parte el paulatino distanciamiento que dará lugar a que, en la actualidad, se hable con plena normalidad de una corriente de pensamiento social europeo y de otra norteamericana. No queremos decir con esto que sea lícito separar así todas las ramas o campos dentro del amplio margen de las ciencias sociales, pero en realidad, en líneas generales, sí es posible marcar una ruptura entre los temas de interés, métodos y objetivos que ocupan a los científicos de uno u otro continente. Pero no nos interesa ahora enfrascarnos en una larga discusión sobre los puntos que unen o separan a ambas corrientes, sino que lo que queremos señalar es que, en lo que respecta al tema, aparecen una serie de autores que interpretan bajo otro punto de vista lo que sus colegas europeos estaban estudiando al mismo tiempo. La actitud que guía a estos hombres en esta tarea está perfectamente descrita en un agudo comentario del tema que ahora centra nuestra atención:

"El desencanto con respecto al hombre común ha invertido la concepción clásica del vínculo entre la élite y la masa: ahora es el hombre común, no de la élite, de quien se sospecha que amenaza la libertad, y es a la élite, no al hombre común, a quien se considera la custodia principal del sistema. La rebelión de las masas provocó un segundo cambio en la teoría: el énfase

...sís ya no se coloca en la extensión o el fortalecimiento de la democracia, sino en la estabilidad del sistema vigente."(2)

Como se puede observar de lo que se desprende de estas líneas, puede deducirse, sin gran esfuerzo, que la postura de estos pensadores tiene bastantes puntos de contacto con la de los teóricos clásicos de las élites, y muy pocos con la de sus contemporáneos europeos. Y lo primero y quizá más importante que marca la línea de ruptura entre ambas partes es el hecho de que, mientras los europeos se dedicaban al estudio y crítica del pensamiento de los elitistas clásicos desde una postura puramente individualista y casi con el único fin de un conocimiento teórico puro, el gran grupo de los norteamericanos va a formar casi una escuela de pensamiento al utilizar sus investigaciones para poder formular unas bases comunes que les permitan construir un nuevo esquema de interpretación y explicación de lo político y lo social. De este modo ya no se puede hablar de individualidades sino de la formación de un grupo que comparte planteamientos comunes extraídos básicamente del análisis de la teoría clásica del elitismo; es lo que se llama la crítica elitista de la democracia. Aunque también nos fijaremos en los puntos que tocan autores, como R. Aron, claramente encuadrados dentro de la tradición europea, lo que más nos interesa es plantear las líneas fundamentales que constituyen el núcleo de esta crítica, que en realidad es la corriente que más directamente pone al día los argumentos clásicos elitistas, influyendo de una forma notable en todo el pensamiento sociológico de nuestros días.

Existe, pues, un doble movimiento, por un lado puede hablarse de una vuelta atrás hacia los textos que los elitistas clásicos los cuales, durante todos estos años, son puestos de nuevo en circulación y constituyen el objeto de nuevos análisis y controversias acerca del tema. El interés no parece centrarse en algún punto del fenómeno en particular, sino que se extiende a toda su obra que se estudia y desnuda con gran profundidad. Sin embargo por lo que se refiere al ámbito estadounidense parece claro que el eje alrededor del cual giran todas las controversias a la base que se escoge para una nueva construcción teórica es el punto que los viejos autores tenían como centro de su tarea: el análisis del fenómeno político. En realidad podemos hallar, dentro de este grupo de autores, un doble interés: por un lado nos encontramos con todos aquellos pensadores que se fijan en los argumentos elitistas para construir un sistema teórico de carácter general, este es el caso, por ejemplo, de una figura tan relevante como la de T. Parsons, que dedica un gran esfuerzo a la consideración de la obra parietiana de la que extraerá alguno de los principales elementos para fundar su conocida teoría de la acción social. En este primer grupo puede observarse un rasgo común a todos ellos que los caracteriza, y es el hecho de que normalmente se asiste a un proceso de "funcionalización" de la teoría elitista, muy en la línea de una de las corrientes de pensamiento dominantes durante estos años. De este modo se retoma, como veremos más adelante, el concepto de élite haciendo pasar a un segundo plano sus connotaciones políticas o de gobierno que eran las que habían inspirado a los viejos investigadores, si es que podemos llamarlos así; la élite surgirá como un pequeño grupo de indi-

viduos que ocupan determinados lugares en la sociedad porque son los más aptos para desempeñar estas funciones que comportan los cargos en cuestión. En el otro grupo de autores, los que podrían ser denominados "los políticos", entre los cuales también es visible esta tendencia a hacer hincapié en el aspecto funcional de la élite política, al mismo tiempo se encuentra un esfuerzo común por insistir en el estudio de los fenómenos políticos dentro de la sociedad. Realmente es entre este conjunto de autores donde se puede observar la paulatina formación de un núcleo de pensamiento, que es el que más adelante se denominará la crítica elitista de la democracia. Los problemas y los métodos utilizados en el estudio son radicalmente diferentes, dado que la situación y los dilemas que se alzan ante los ojos del estudioso tomarán un rumbo completamente distinto, pero aunque las diferencias son muy notables aquí sí se puede hablar de la aparición de una verdadera teoría de las élites.

Los viejos teóricos de las élites suscitan, pues, el interés de varios grupos de autores por motivos distintos, aunque en la base de todo este movimiento existe un anhelo común: encontrar nuevos puntos para edificar una base de partida de una nueva teoría sociológica renovadora, y al mismo tiempo comenzar a vislumbrar la necesidad de una nueva crítica al sistema democrático. Es evidente que la perspectiva desde la cual va a emprenderse dicha crítica no puede ser la misma que la que impulsó a Pareto, Mosca y Michels, pero también está claro que para llevar a cabo dicha tarea la teoría de la élite proporciona instrumentos muy adecuados para ello. Las investigaciones posteriores a la Segunda Gue-

rra Mundial que tratan el tema de las élites tienen además una característica en común: una vuelta hacia el empirismo abandonando la perspectiva casi exclusivamente teórica que caracterizó a la vieja tradición. Ello no es de extrañar, por otro lado, si consideramos que las nuevas tendencias sociológicas, y sobre todo las que triunfan en el continente norteamericano, sobre las cuales se centra gran parte de esta exposición, se centran casi exclusivamente en mantener esta insistencia en la preponderancia del elemento empírico en los estudios sociológicos, siendo mucho menos abundantes y más notorios los intentos de reflexión teórica. Dentro de este gran grupo de investigaciones se pueden diferenciar, al menos, cuatro grupos diferentes: en primer lugar hallamos un gran interés por el estudio de las élites desde el punto de vista de su posición institucional, es decir considerando cuales son los puestos que han de ocupar en el gran conjunto de las instituciones que conforman una sociedad; pero no menor importancia poseen aquellos trabajos que llevan a cabo un detenido examen del entorno social y de los patrones de reclutamiento de las élites, terreno este en el que existe un amplio campo para la aplicación de numerosos instrumentos de análisis empírico. Este segundo punto de interés, unido a la relativa facilidad con la que se encontraban objetos en los que poner a prueba las recientes técnicas de análisis dió origen a la proliferación de toda una serie de estudios que conforman una abundante literatura acerca de este tema, de la cual iremos citando las obras más sobresalientes. En tercer lugar los estudiosos de estos aspectos señalan la existencia de una tercera perspectiva que en inglés se denomina "reputational", y en la cual quedan englobadas todas aquellas

investigaciones que centran su interés en los aspectos de la reputación, o la influencia de la concentración de toda una serie de valores altamente apreciados dentro de un grupo social determinado en la formación de estas élites; los estudios de Floyd Hunter (3) se encuentran entre los más característicos de este tercer grupo. Por último hay que señalar que también entrarían dentro de este aquellas investigaciones que se centran en el estudio de la toma de decisiones altamente significativas dentro de la sociedad, viendo a través de este proceso como puede apreciarse que se van dibujando diferencias concretas entre grupos en base a su grado de participación en dicho fenómeno. Es, pues, este hecho el que dará lugar a la separación de diferentes grupos sociales entre los cuales se podrá distinguir perfectamente lo que se ha dado en llamar una élite política; la concentración del poder es vista, en este caso, como resultado de las desigualdades en la distribución de las fuentes de influencia en la comunidad. Con esta clasificación pensamos que puede quedar claramente expuesta la línea que siguen los diferentes estudios empíricos que, en definitiva, no hacen sino "poner en práctica" las tesis que muchas décadas antes habían formulado los llamados padres de esta corriente de pensamiento, aunque, al tiempo, rechazan algunas de sus ideas. Sin embargo cuando se pretende presentar cualquier tipo de clasificación, sobre todo dentro del ámbito de las Ciencias Sociales, es evidente que se está llevando a cabo un proceso simplificador, que es enormemente útil a efectos de clarificar la exposición, pero que también entraña el riesgo de deformar un poco la visión que se tiene de el fenómeno en cuestión; por ello hay que ser tremendamente cuidadoso y, en nuestro caso, dar cons-

tancia de que las divisiones que hemos marcado son meramente indicativas, siendo también bastantes los intentos que tratan de conciliar ambas perspectivas, debiendo resaltar entre estas últimas las investigaciones de Robert Agger (4) y de Robert Presthus (5).

VIII.1. La funcionalización de la élite política.

Cuando, en el apartado anterior, hablabamos de las nuevas tendencias que podían encontrarse dentro de las investigaciones de toda esta serie de autores que, de uno u otro modo, optaba por volver a recuperar la tradición elitista, adaptandola a la nueva situación y a las exigencias metodológicas de esta nueva perspectiva sociológica, decíamos en un momento dado que una de las características de este empeño radicaba en la "conversión" del concepto de élite política en una categoría idónea para el análisis funcionalista de la sociedad. Se trataba de abandonar en cierto modo una perspectiva eminentemente política para utilizar el concepto como un instrumento que ayudase a ver la peculiar estratificación social dentro de grupos humanos determinados, partiendo de la idea de que en esta observación iban a aparecer necesariamente toda una serie de divisiones fundadas en las necesidades funcionales que se encuentran planteadas en cada una de estas para mantener su supervivencia. Esto no es de extrañar, de todos modos, ya que considerabamos que dicha transformación era un camino lógico que debía tomar toda una corriente de pensamiento sociológico que se encontraba inmersa,

durante aquellos años, en la dura tarea de formular un nuevo esquema de interpretación social, que más adelante se denominará el análisis funcionalista. No pretendemos, en estas breves páginas, presentar al lector una exposición de los principales rasgos que caracterizan a esta línea de pensamiento, sino que trataremos de mostrar cual es el resultado de la conversión de este concepto en un instrumento de estudio radicalmente distinto del que planteaban los primeros teóricos de la élite, dado que no se trata de una moda pasajera, sino que realmente constituyó una renovación importante que aún hoy en día sigue dando sus frutos. Para ello nos hemos fijado en algunas obras de ciertos autores que adaptan esta misma postura, y sobre todo en una relativamente reciente en donde la autora consigue ofrecer un interesante resumen, un compendio más bien, de la significación real de dicho cambio, analizando en cada caso las peculiaridades que presenta el análisis de cada pensador por separado. Como nosotros tenemos la intención de presentar, al final de este capítulo, una breve reseña del discurso de varios de los autores más significativos dentro de esta corriente, no nos detendremos, por ahora en consideraciones particulares, sino que tenderemos, más bien, a mantenernos en un nivel más general, que nos facilite nuestra tarea posterior. La obra en cuestión, sobre la que centraremos gran parte de nuestra actual exposición, es la de una conocida socióloga americana titulada "Más allá de la clase dirigente" (6): Suzanne Keller, que ocupa un destacado lugar entre los escritos dedicados a estos temas.

Partiendo de unas premisas que se inscriben claramente dentro del funcionalismo norteamericano de los últi-

mos años, Keller comienza su obra dirigiendo una violenta crítica hacia la teoría de las élites, y aún más contra los estudios posteriores que han pretendido basarse en las principales tesis de la anterior. En lo que se refiere a la consideración particular de la obra de Pareto, Mosca y Michels no podemos destacar ninguna aportación de gran originalidad, y además en los capítulos anteriores cuando surgió la oportunidad no dejamos de apuntar sus opiniones; pero lo que si queremos recordar aquí es la serie de objeciones que ella pone a los nuevos estudios elitistas, lo que dará pie, más adelante, a formular su propia visión del tema. El primer gran fracaso que señala, es la incapacidad de gran parte de los pensadores dedicados a estos temas, de distinguir entre los diversos tipos de élites que existen en una sociedad, que para ella se pueden agrupar básicamente en dos grandes clases: las élites sectoriales y las estratégicas. Más adelante volveremos a aclarar el significado de estas dos denominaciones, pero lo que ya salta a la vista es que la concepción de las élites es claramente pluralista frente a la visión de una minoría o clase gobernante única que primaba entre los elitistas clásicos. Esto nos proporciona ya una idea de por donde va a ir el resto del análisis, ampliándose desde el campo estrictamente político al resto de la sociedad. En segundo lugar Keller presenta el fallo en cuanto a distinguir entre los motivos de aquellos individuos que intentan llegar a formar parte de una élite y el diferente papel que ha de jugar una élite en la vida de una sociedad. Para deshacer este error, y lograr una perspectiva más adecuada se plantea la necesidad de llevar a cabo un estudio exhaustivo de la Historia de las élites, situándolas dentro del contex-

to de una sociedad determinada. Y por último otro de los fallos en los que, para ella al menos, incurren casi todas las investigaciones dentro de este campo es el de confundir sistemáticamente las responsabilidades sociales objetivas de estas élites con las recompensas subjetivas que reciben cada uno de sus miembros individuales y que dará lugar al posterior dualismo entre élites y clase política o gobernante. Armada de estas tres grandes objeciones, que aunque no son un análisis exhaustivo de los aciertos o errores de las nuevas tendencias elitistas, si reflejan muy bien la postura que irá adoptando en el resto de su obra, Keller se dispone a plantear sus propias hipótesis, que constituyen una de las formulaciones distintivas de lo que supone la perspectiva "funcionalista" dentro del análisis de las élites. Y para entrar ya de lleno en materia lo mejor es comenzar con la hipótesis inicial que nos presenta la autora.

"La idea principal de esta obra es que el destino de las sociedades industriales depende de los actos y de las ideas de sus élites estratégicas. Según tales sociedades se han convertido en algo más diferenciado y centralizado, estas élites se han multiplicado más bien que disminuido y se han hecho más esenciales. Tienen, por consiguiente, la necesidad de dominar los principios de su desarrollo y crecimiento." (7)

En estas breves líneas se encuentran vertidas las que, más adelante, constituirán las principales bases para el desarrollo de su pensamiento, apareciendo como ejes en todo su planteamiento. Dejando por el momento de lado el significado de la expresión "élites estratégicas", sobre el que vol-

veremos

después, queda claramente formulada la idea de la necesaria pluralidad de las élites dentro del mismo grupo social, lo cual, como señalabamos anteriormente, separa desde un principio a este discurso del de los clásicos del elitismo. En segundo lugar vemos aparecer, sin embargo, una idea común a todas las formulaciones que pueden encuadrarse dentro de este núcleo de pensamiento y que es, simplemente, la declaración de universalidad y de absoluta necesidad del fenómeno elitista. Notese que Keller no dice que en ciertos grupos sociales pueden aparecer estas agrupaciones sociales particulares, sino que afirma rotundamente dos hechos simultaneamente: en primer lugar que en todas las sociedades industriales avanzadas surgen élites, y por otro lado que dichas élites son unos grupos que cumplen un papel absolutamente imprescindible e imposible de substituir dentro de estas sociedades. Todo ello ha de llevar, necesariamente, a que la tarea de estudio de este fenómeno constituya el punto más fundamental para el descubrimiento de las tendencias que mueven a la sociedad; en definitiva que el estudio de las élites proporcionará las claves para la completa comprensión de los fenómenos de la transformación y estructuración de los diferentes grupos sociales, postulado similar al que mantenían los viejos teóricos del elitismo. Notese que Keller incluye dentro de esta primera declaración de intenciones un punto que difícilmente podría incluirse dentro de esta antigua tradición de la que acabamos de hablar, la idea de que las élites son un fenómeno esencial exclusivamente dentro de las sociedades contemporáneas altamente industrializadas. No queremos decir con ello que no puedan existir en sociedades de tiempos pasados, ya que en la frase que comentamos tampoco se encuentra una ne-

gativa rotunda de este hecho, pero lo que sí es evidente es que la autora de desinteresa de lo que ha podido ocurrir en esas épocas anteriores a la que ella vive. Este relativo desprecio, o al menos abandono de una perspectiva histórica en el análisis, a pesar de que hace muy poco veíamos como clamaba por la recuperación de esta vertiente de estudio, es altamente significativo y refleja muy bien una actitud compartida por aquellos que pretenden llevar a cabo la creación del análisis funcional de las élites: un interés casi exclusivo por el estudio de los fenómenos contemporáneos que se sitúan en el marco de los grupos en los que ellos mismos se desenvuelven, unas sociedades altamente industrializadas que se presentan como modelo y ejemplo ante el resto de las formaciones sociales que pueden distinguirse en nuestros días. Es, pues, dentro de este ámbito, de este modelo social, guiado en lo político e ideológico por la adaptación del liberalismo decimonónico a la situación actual, y únicamente en este donde se va al plantear el tema que ahora nos ocupa. Evidentemente con ello no queremos afirmar que estudios posteriores, que parten sin embargo de las premisas que marcan estos primeros intentos, no trasladen la teoría a otras situaciones, como medio de probar el acierto de sus conclusiones.

Se parte, pues, de la convicción de que en el proceso de desarrollo al que se encuentran sometidos todos los grupos humanos, y que es definido esencialmente por un continuo incremento de la diferenciación económica y social, tesis que ya era muy característica de un cierto tipo de positivismo propio del siglo pasado, del cual es un claro ejemplo el pensamiento de Durkheim, este mismo hecho de la diferen-

ciación alcanza un grado tan alto en las llamadas sociedades avanzadas, que ello da directamente lugar al surgimiento de una gran variedad de élites, que aumentan grandemente su importancia. Se liga, pues, de una manera directa la aparición de estos peculiares grupos sociales con el proceso de desarrollo inevitable que sufren todos los grupos humanos, lo cual resulta en una declaración de la inevitabilidad de dicho proceso. Al mismo tiempo notese que, aunque de un modo implícito, ya queda señalada la vertiente funcional del fenómeno, desde el momento en que se liga intimamente el hecho del surgimiento de las élites con el de un gran avance en el proceso de diferenciación económico y social, propio de todas las sociedades humanas y que, en última instancia, aunque en esta formulación no se utilice esta terminología, ello resultaría en un avance de la división del trabajo. Las élites surgen, pues, como grupos idóneos para llevar a cabo las cada vez más complejas funciones que exige el mantenimiento y la buena marcha de una sociedad de este tipo; pero además, y como vamos a ir viendo poco a poco, estas funciones de las élites no se reducen a un ámbito puramente "material", aunque el término no sea demasiado correcto, sino que además van a encargarse de aceptar el cumplir con una serie de tareas absolutamente vitales para el grupo en cuestión, las de salvaguardar los valores colectivos, verdadera base unificadora de toda organización social, al tiempo que también eran valores administrativos y deseos y ambiciones colectivas. De aquí su verdadera importancia.

Pero venimos utilizando desde el comienzo de nuestra exposición una expresión, la de las "élites estratégicas", que

todavía no hemos explicado totalmente, y que nos sirve para comprender el núcleo decisivo de esta concepción funcionalista del análisis elitista. La terminología es propia de S. Keller y quizá no aparezca en otros pensadores que, sin embargo, se adhieren a la misma postura, pero ello no es óbice para que lo que en el fondo nos quiere decir la autora cuando emplea dicho concepto sea compartido por pensadores que usan otras denominaciones. Una vez proclamada la necesaria existencia de las élites en toda sociedad estos autores se enfrentan con un doble dilema: por un lado precisan distinguir el concepto de élite del que mantenían los clásicos del elitismo, y a la vez están obligados o bien a hacer compatible, o bien a contraponer la existencia de estas élites con la de otra categoría de análisis que constituye el centro de otra gran corriente ideológica de nuestro tiempo, las clases sociales del marxismo. Veremos, pues, como combaten en ambos frentes para llegar a esclarecer definitivamente el verdadero contenido de su pensamiento. Keller no escapa a esta tendencia, y por ello, aún antes de presentarnos una definición rigurosa de las élites estratégicas, se ve impulsada a marcar las diferencias entre estas y lo que ella entiende por clase gobernante. Esta misma actitud demuestra la supeditación, el sentimiento de estar ligados a toda una tradición de pensamiento con la cual hay que marcar los puntos de continuidad, pero también los de ruptura, que sienten todos estos pensadores. La clase gobernante, término con el que se quiere señalar el particular punto de vista que habían mantenido sus precursores, se entiende, dentro de este contexto, como aquel grupo casi exclusivamente centrado en el terreno de lo político, que es, en relación a la "élite estratégica"

,mucho más difusa,más permanente,pero menos fácil de delimitar que esta.Se trata,además,de un grupo de personas formado por individuos cuya adscripción es poco voluntaria y por otro lado poseen un esquema de actividad menos especializado y más amplio,que es difícilmente encuadrable.Dos rasgos sobresalen en esta concepción,en primer lugar tenemos el hecho de que la definición se realiza apoyandose siempre en el otro término a definir,y lo mismo se hará cuando se pase a considerar la segunda parte de la comparación,dando lugar a que no se pueda encontrar una definición autónoma de ninguno de los dos términos,sino incompleta,dado que se apoya sobre otro concepto,que a su vez,queda sin definir claramente.Pero,además,y aún habiendo considerado unicamente una cara del problema,queda explícita la preocupación por poder llegar a una delimitación del fenómeno en la realidad concreta;la élite no ha de ser,algo difícilmente trasladable al reino de lo real,sino que ha de poder dar lugar al surgimiento de estudios empíricos que funcionen en base a este término.Habrà de ser,pues,una categoría de análisis puramente instrumental,y ello se comprende facilmente si tomamos en cuenta el gran interés que muestran todos estos autores por la aplicación empírica de sus construcciones teoricas.Todo ello queda expresado claramente en el desarrollo del pensamiento de estos autores,y se vislumbra en la siguiente definición:

"Las élites estratégicas pueden considerarse como diferenciaciones subsecuentes a la clase gobernante; una diferenciación que se necesita por el desarrollo que han alcanzado en volumen y complejidad las socie-

dades industriales avanzadas."8)

Notese que continuamente esta autora, y lo mismo harán sus compañeros, tiene buen cuidado en utilizar siempre el plural "las élites estratégicas", y ello nos prueba algo que dijimos anteriormente, y que viene a insistir de nuevo en el tema de la diferencia entre estas y la clase gobernante; mientras que en principio, a pesar de todas las matizaciones que realizamos en nuestro análisis anterior, no hay más que una clase gobernante en cada una de las sociedades que podamos considerar, ha de haber un cierto número de élites estratégicas. Insistimos en la expresión "ha de haber", ya que queremos que quede bien clara la idea de obligatoriedad, de inevitable necesidad de que esto ocurra. Las diferencias van aumentando a medida que avanzamos en el discurso, y así vemos que ambas nociones de distancian de nuevo si tenemos en cuenta un nuevo factor: el del reclutamiento, punto que, además, atrae particularmente el interés de todos los pensadores que se dedican a estos temas. La clase gobernante, para Keller, se mueve siempre empujada por el principio hereditario, opinión esta que sería muy discutible si seguimos fielmente el pensamiento elitista clásico, y a este opone la selección por iniciativa individual y capacidad de las élites estratégicas. Para ella mientras que, de cierta manera, las élites estratégicas han existido en toda sociedad humana organizada las clases dirigentes, no, porque hay casos en los que no ha sido necesario. En realidad esta segunda afirmación refleja una mentalidad muy estrecha a la hora de considerar las características de la clase gobernante, sobre todo si las consideramos desde los discursos clásicos, que precisamente ponían un gran empeño

en diferenciar lo que ellos llamaban una casta, es decir la élite que se perpetúa a si misma en base al principio de la herencia, y la verdadera élite o clase política en la cual era fundamental el recambio casi constante de sus miembros, como único modo de introducir nuevos elementos que, de uno u otro modo, según el planteamiento de cada uno de ellos, lograra establecer el perfecto equilibrio que garantizara el buen funcionamiento de esta sociedad. Pero aquí lo que nos interesa es ver cual es el proceso de "funcionalización" de las élites que queda claramente reflejado en el esfuerzo por distinguir la nueva concepción de toda la corriente anterior, y vemos de nuevo como continuamente aparece uno de los puntos fundamentales que parece atraer toda la atención de nuestros nuevos autores: la insistencia en la élite como fenómeno característico de una sociedad pluralista, tanto en lo que se refiere al elemento de competencia que se introduce dentro de su propia concepción, como al hecho de que continuamente se habla de una multiplicidad de élites que coexisten dentro de un mismo grupo social.

Sin embargo, como ya notabamos anteriormente, todo esto no significa que no aparezcan al mismo tiempo, líneas de pensamiento que intentan conciliar ambas posturas, o al menos enriquecer el análisis con la introducción de una mayor multiplicidad de conceptos explicativos que, reunidos, podrían proporcionar una visión más completa de la realidad social. Esto es lo que ocurre, por ejemplo, en el caso de Lotzmore que, en una obra a la que ya nos hemos referido en algunas ocasiones, y que constituye una de las claves para el estudio de estos temas (9), supera la visión unilateral

que encontrabamos en S.Keller, al tratar de unir, en lugar de separar, los dos conceptos de los que venimos hablando. En este esfuerzo nos dice, refiriendose tanto a la élite como a la clase dominante:

"With their help we can attempt to distinguish between societies in wich there is a ruling class, and at the same time elites which represent particular aspects of its interests, societies in which there is no ruling class, but a political elite which founds its power upon the control of the administration, or upon military force, rather than upon property ownership and inheritance, and societies in which there exist a multiplicity of elites among which no cohesive and enduring group of powerfull individual or families seems to be discovereable at all."(10)

Esta diserción, a pesar de pertenecer a un autor contemporáneo a Keller, refleja una espíritu completamente diferente al que encontrabamos en esta última y plantea un camino para el análisis mucho más versátil y que, en principio, parece prometer resultados más fecundos que el anterior. El eje de esta actitud reside en una voluntad consciente por unir ambos conceptos en lugar de separarlos, considerando que cada uno de ellos posee un ámbito propio en el que poder reinar. La élite se tiñe aquí también con un barniz puramente funcional, a pesar de que puede haber ocasiones en los que nos encontramos con unas élites unicamente políticas, y siempre, fijemonos bien en este punto, la élite supone un cierto grado de pluralismo frente al monopolio de poder que aparece en el momento en el que se habla de clase gobernante. Por lo tanto existe un constante juego entre dos

categorías que suponen, por un lado el pluralismo y la multiplicidad, y por otro lo unitario y el monopolio del poder; con ambos conceptos se puede, pues, operar, en una perspectiva histórica analizando cada tipo de sociedad y sobre todo cada estructura política. De este modo Bottomore logra también recuperar dos aspectos abandonados por Keller: por una parte la necesidad de operar a través del tiempo, es decir de no limitarlo a una investigación acerca de la situación contemporánea, de la sociedad industrial avanzada, sino más bien contar con una serie de conceptos que nos sean útiles para tratar toda serie de casos y de sociedades, lo cual, por otro lado, ayuda enormemente a caracterizar la actual situación. Por otra parte en cierta medida Bottomore se vuelca más en una consideración puramente política de la sociedad, lo cual da lugar a que se pueda apreciar una mayor ligazón con la antigua tradición elitista frente a la más brutal separación que encontramos en la otra perspectiva y que se caracteriza por centrarse en el estudio social más general sin fijarse en ningún otro punto en particular.

Cuando comenzamos a hablar acerca de este proceso de "funcionalización" de las élites decíamos que, con objeto de alcanzar su propio camino de estudio, los nuevos pensadores tenían que definir el peculiar sentido en el que utilizaban el concepto de "élite" en relación con otros dos términos que podía causar una gran confusión en su utilización: el de la clase política o clase gobernante y el de la clase social. Solo de esta manera podían llegar a alcanzar alguna autonomía en su discurso, y por esta causa ponían tanto empeño en resaltar los puntos de diferencia en-

tre ambos. Hemos visto ya dos posturas algo diferentes, pero sin embargo siguen coincidiendo en múltiples aspectos, que trataban de presentar la relación entre la antigua concepción de clase política y la suya de élite, lo que Keller denominaba las élites estratégicas. Pues bien, ahora hemos de ver como se trata de poner en relación la misma idea de élites con la de clase social que, como bien sabemos, constituye una de las categorías básicas de análisis de la sociedad de todas las corrientes de pensamiento que enlazan de algún modo con el marxismo. Y en este punto la actitud de la autora que hemos tomado como representante, a efectos de nuestra exposición, de este proceso de "funcionalización", es algo diferente, por no decir que en bastante medida, de la que mostraba en el punto anterior. Hay que tener en cuenta que el análisis social basado en la categoría de las clases sociales se encuentra tan extendido que realmente es muy complicado encontrar a un autor posterior a la Segunda Guerra Mundial que ose rechazarlo en su totalidad. Otra cosa muy diferente, que es lo que vamos a encontrar aquí, es hacer coexistir ambas formas de consideración, mostrando sus puntos de disparidad y presentando algún tipo de argumento que subraye la importancia de una de ellas. Por ello nos dirá :

"El origen de las élites estratégicas (así como el de todos los tipos de grupos dirigentes) está en la heterogeneidad de la comunidad, edad, sexo, etnicidad, pericia, y demás condiciones. El origen de las clases sociales está en la división social del trabajo." (11)

Y presentada tal definición sólo hace falta mostrar que en las sociedades que interesa estudiar casi con exclu-

sividad la diferenciación en grupos sociales basada en la división social del trabajo es mucho menos importante, a efectos de la propia configuración de la sociedad, que la que se basa en toda esta serie de rasgos que nada tienen que ver, en principio, con la esfera de la producción y por lo tanto con lo que Marx llama la estructura económica. Vemos, pues como a medida que avanzamos en nuestra tarea va surgiendo una concepción de la sociedad muy particular que se opone tanto a la derivada de la tradición marxista como también a la que podrían haber legado nuestros teóricos clásicos de las élites, a pesar de que toman de estos últimos muchos de los rasgos sobre los que edifican toda su construcción. Porque, en realidad, parece que se tacha del panorama social una de las características esenciales que había sido la base del elitismo clásico, y que, curiosamente, también se encontraba en el discurso marxista, el partir de la convicción de que la vida en sociedad se ve guiada fundamentalmente por la pugna por el poder, contienda que es el origen de gran parte de las desigualdades que se hallan en todos los grupos sociales, y que caracterizan a todas las estructuras políticas. En el caso de estos funcionalistas desaparece esta idea de pugna y desigualdad inherente al funcionamiento social, a pesar de que para los elitistas tradicionales pudiese lograrse un equilibrio relativamente estable en todo este proceso; y surge paralelamente una idea de los grupos sociales industriales avanzados como aquellos caracterizados por el mutuo juego entre los diferentes grupos sociales, o élites, ocupadas cada una de ellas en cumplir funciones necesarias para la estabilidad social. La lucha política pasa,

pues, a un segundo plano, y con ello la doble alternativa que se planteaba a partir de estas premisas: el análisis en base a la categoría social que fundaba sus raíces en el criterio económico o el que se centraba en el estudio de las élites gobernantes o la clase política.

Las élites estratégicas, siguiendo siempre la terminología de S. Keller, no son equivalentes a lo que significan las clases sociales o la clase política en las corrientes de pensamiento de fines de siglo, y que tanto influencia han tenido en toda la Filosofía política y social de nuestro siglo, sino que se presentan como una alternativa a estas. Es decir reflejan un nuevo estado social que se hace patente en todos los grupos sociales que han alcanzado un alto nivel de desarrollo y que entran en un estadio en el cual las antiguas categorías explicativas son totalmente obsoletas. Este tipo de sociedad se define porque dentro de ellas las élites no son sino las alternativas estructurales de las clases dirigentes y de las castas, representando una forma de dirección social más especializada y avanzada. Ante una nueva situación se necesita un nuevo instrumento para su estudio, y esto es lo que se hace en este nuevo planteamiento. A partir de esta idea se va construyendo poco a poco una noción de la sociedad en la que los grupos dominantes no van a poseer ya determinadas características materiales, sino que, por el contrario, por "representar" los valores morales únicos es por lo que acceden y se mantienen en dichos puestos; estos valores son los que, en definitiva constituyen el núcleo central y la base para el mantenimiento de la sociedad. Para Keller las élites estratégicas representan la unidad y la diversidad internas

de la sociedad, y por ello son responsables de las decisiones a largo plazo y de las opciones morales que caracterizan a cada grupo humano. Es muy curioso el hecho de que, a pesar de que se admite que estos grupos ejercen una función de dominio dentro de la sociedad, es decir ocupan los lugares en donde se toman las decisiones claves, se aparta de este hecho toda noción de coacción; las élites estratégicas se van a encuadrar en dichas ocupaciones precisamente porque sus individuos poseen todas aquellas cualidades que les permiten actuar como modelos sociales, con los cuales la mayoría de la población se siente inevitablemente identificada. Todo ello conduce a que, dentro de esta concepción, que encaja perfectamente con otras formulaciones funcionalistas de mayor alcance como la de T. Parsons, se llegue a considerar a la labor de "socialización" como la función socialmente más valiosa y por lo tanto la que debe caracterizar, en última instancia, a aquel grupo humano que ocupe el lugar central dentro de la comunidad humana. Poder y coacción o privilegio económico son términos que no van a entrar para nada en dicha concepción, siendo substituidos por toda una serie de valores "inmateriales" que, al parecer, pueden llegar a conformar a una sociedad de un modo consensual. Decíamos antes que la influencia del modelo parsoniano se hacía claramente visible dentro de esta concepción, y prueba evidente de ello es el hecho de que S. Keller no dude en aprovecharse de sus categorías para poder catalogar cuatro tipos de élites que, según ella, pueden identificarse fácilmente: las que han logrado el éxito, las adaptativas, las élites de integración, y finalmente las élites conservadoras. En definitiva puede decirse que lo característico de estas élites, lo que, por lo tanto, las define como grupos sociales de lideraz-

go de nuestras sociedades a partir de su función simbólica; todo ello se ve claramente en la siguiente afirmación:

"Las élites estratégicas pueden también considerarse como proyecciones colectivas, que sirven de modelo y que reflejan las ambiciones, las esperanzas y la lucha de las masas." (12)

Podemos decir, pues, muy brevemente que con esto hemos concluido lo que denominamos la exposición de un pequeño resumen de la línea que sigue el proceso de "funcionalización" del argumento elitista que tanto auge tomó en los Estados Unidos de América tras la Segunda Guerra Mundial. Somos conscientes de que algunos puntos necesitan ser completados, pero ello nos llevaría a tener que adentrarnos en una mayor profundización de una de las grandes corrientes del pensamiento social de estos momentos, el funcionalismo, y ello nos desviaría demasiado del objetivo central de nuestro trabajo. Por otra parte en un último apartado de este mismo capítulo tenemos la intención de detenernos en la figura de alguno de los máximos representantes de esta corriente, y ello paliará, de algún modo, las lagunas que puedan evidenciarse dentro de esta primera parte. Por lo demás tenemos un gran interés en entrar ya, de una vez por todas, en otro aspecto fundamental de nuestra exposición, quizá más relevante a efectos de la totalidad de nuestra investigación de la Crítica elitista de la democracia.

VIII.2. La crítica elitista de la democracia.

La fecha en la que nosotros podemos señalar el comienzo de una nueva formulación elitista, afincada también dentro de los Estados Unidos de América, y que utiliza en cierto modo los argumentos tradicionales para construir su nuevo discurso es prácticamente la misma que aparecía cuando hablabamos de este proceso de "funcionalización" del concepto de élite que tanto había caracterizado a la Sociología norteamericana tras la Segunda Guerra Mundial. En realidad el hecho de separar a estas dos líneas de pensamiento responde únicamente a necesidades de análisis puesto que se pueden considerar a ambas muy bien como insertas dentro de un mismo proceso de evolución del pensamiento social; siendo así que muchas de las características que definían a ambas son totalmente comunes. Sin embargo también aparecen algunas diferencias importantes y esto es lo que da lugar a que hayamos considerado conveniente separarlas; y entre estas diferencias la que más nos interesa, sin lugar a dudas, es la nueva incidencia sobre el tema de lo político. Mientras que cuando hablabamos de la línea anterior insistíamos en que se daba un claro proceso de "sociologización" del término élite, en el sentido en que se saltaba por encima del análisis casi exclusivamente político que había caracterizado a los clásicos, para utilizarlo como categoría general de explicación de lo social, en esta llamada "crítica elitista de la democracia" se vuelve de algún modo a insistir en el aspecto político, encontrándonos con que varios autores dan origen, a partir de estas bases, a una nueva Filosofía política que tendrá

una indudable incidencia en el desarrollo de las ciencias sociales en las últimas décadas, La importancia de dicha formulación se hace patente, además, en el momento en que pasamos revista a los nombres de algunos de los autores más representativos dentro de esta nueva línea: Schumpeter, Dehl, Laswell, Manheim etc..., y evaluamos el puesto que han ocupado en el panorama sociológico y de la ciencia política de hoy en día. Por ello, y porque estamos convencidos de que su obra contradice todas aquellas opiniones que nos presentaban a Pareto, Mosca y Michels como a unos autores caducos y sin la menor repercusión en el actual campo de investigaciones, tenemos especial interés en dedicar algunas páginas y parte de nuestro esfuerzo a tomar en consideración las principales líneas de sus discursos.

Se trata, pues, de un nuevo esfuerzo teórico que tiene numerosos puntos de unión con todo el conjunto de pensamiento del que hemos hablado con anterioridad. A pesar de que resurge el interés por el tema político es evidente que se mantiene un rasgo básico que los diferencia de los orígenes más cercanos de la tradición elitista: la defensa a ultranza del pluralismo dentro de la élite, que se encuentra indisolublemente unida con la aparición de este tinte funcionalista con el que veíamos que se recubría todo el concepto. Y es sumamente curioso y significativo que prefieran el término élite al de clase política o gobernante, conceptos todos ellos casi equivalentes en la anterior concepción, pero que en esta ocasión, hay que tratar con mucho más cuidado, ya que adquieren distintos significados. La élite, en estos, se utiliza en un sentido esencialmente débil para designar me-

ramente a la categoría de las personas que ocupan los puestos más altos tanto en un grupo de interés como en cualquier otra actividad que tenga alguna relación con el campo de la política. Por lo tanto vuelven a reaparecer las dos características que antes señalabamos: pluralismo y funcionalismo. Sin embargo, y para evitar posibles confusiones queremos hacer dos salvedades antes de continuar con nuestro estudio: en primer lugar hemos de hacer notar que, aunque tenemos la plena convicción de que estos nuevos teóricos, se inspiran en gran medida en los teóricos clásicos de las élites, no hay duda de que, al igual que el argumento elitista aparece a lo largo de la Historia de las ideas desde tiempo inmemorial, durante la primera mitad del siglo XX también surgen otros discursos que llegan a la misma conclusión: el necesario dominio de una minoría sobre la mayoría de la población, la cual, por una u otra razón, se ve imposibilitada para alcanzar lo que sería su gran utopía: el autogobierno. Y además es sumamente curioso darse cuenta de que este argumento elitista surge, casi por igual, en los discursos de autores en un principio totalmente contrapuestos ideológicamente, es el caso, por ejemplo, del claro elitismo de Lenin, o el de uno de nuestros grandes filósofos españoles, J. Ortega y Gasset. Con ello queremos decir que no sería del todo correcto pretender atribuir toda la influencia elitista a nuestros tres clásicos, sino que hay que tomar en cuenta, al mismo tiempo, la posible participación de otros pensadores en esta tarea. En segundo lugar hay que aclarar otro punto, algo diferente del primero, pero que también nos interesa que quede explícito antes de que entremos de lleno en materia, es el problema que se deriva de la adscripción ideoló-

gica a la que se han visto sometidos todos aquellos que mantienen una defensa de algún tipo de elitismo. Creemos haber presentado antes dos claros ejemplos que muestran que, en estas cuestiones, es sumamente arriesgado hacer afirmaciones rotundas que encasillen a los individuos en compartimentos estanco, y más osado aún es trasladar la pretendida acusación de precursores del fascismo que tantas veces se ha atribuido a los teóricos clásicos de las élites a unos autores que escriben muchas décadas después y con intereses muy distintos. Evidentemente por lo general no se cae en el simplismo de llamar fascistas a estos autores, pero si se ha afirmado en numerosas ocasiones que se trataba de una nueva formulación, más perfecta aún si cabe, de una filosofía política del "statu quo". Somos los primeros en criticar a fondo, y de hecho lo hemos venido haciendo en las páginas anteriores, algunas ideas que vienen vertidas en esta nueva argumentación, pero ello no nos impide reconocer en cada momento el mérito, la aportación que cada uno de ellos realiza a las ciencias sociales. Por ello no nos conformamos con este procedimiento de "etiquetado" y tratamos de ir siempre al fondo del asunto. Todo ello nos conduce a que, a pesar de reconocer en estas teorizaciones la huella evidente de una concepción muy particular de la vida política y social propia de la actual sociedad norteamericana, no podemos sino reconocer que la expresión "teoría del statu quo" no es la más adecuada para ella, habida cuenta de que, por una parte concuerda perfectamente con el rápido cambio que ha tenido lugar en las sociedades más avanzadas y que ha concentrado vertiginosamente el poder en manos de los grupos empresariales, y por otra parte la constante manifestación de la necesidad de consenso entre las diferentes élites para

poder perpetuar el sistema se hace patente en estas formulaciones. Estamos de acuerdo con que se trata de una visión, en ocasiones, extremadamente limitada de la realidad social y política, pero también tenemos que considerar sus aportaciones y puntos de interés, que indudablemente son muy numerosos.

La Crítica elitista de la democracia, nombre con el que designaremos a partir de ahora a toda esta nueva corriente centrada en el mantenimiento de una postura elitista como base de la explicación de los fenómenos políticos, tiene un amplio campo de aplicación; es decir no se limita a presentarnos estudios empíricos parciales sobre determinados temas, sino que quieren proporcionar una explicación mucho más general y global de la realidad, y es esta pretensión de globalidad, que señalábamos también como una de las características principales de los teóricos clásicos de la élite, y que choca en alguna medida con el empirismo que impregnaba a otros sectores de las ciencias sociales en norteamérica, da lugar a que surjan tesis originales sobre los puntos fundamentales a tener en consideración en todos los planteamientos políticos. Así pues habremos de detenernos en la consideración de fenómenos tales como el concepto de "lo político", el problema de la igualdad, la definición de la democracia y el tema del interés político entre otros. En el momento en que logremos tener una idea clara de la particular significación de cada uno de ellos dentro de este contexto podremos comprender de una vez por todas que es lo que se quiere decir cuando se habla de la crítica elitista de la democracia, como un conjunto cerrado de ideas comunes a di-

ferentes autores. Quizá ello choque al principio al lector, pero esta denominación no es del todo desacertada ya que hace una especial referencia a un tema que interesa particularmente a todos los incluidos dentro de esta denominación: el de la democracia. Veremos como una parte fundamental de su discurso se dedicará a llevar a cabo una profunda crítica de la concepción tradicional de democracia, presentando nuevas alternativas que darán lugar a una concepción radicalmente diferente de esta.

Es precisamente este empeño por tratar el tema de la democracia el que da lugar a que, cuando nos asomamos a cualquiera de las obras que tratan este problema, veamos como sistemáticamente toda la consideración de esta corriente gira alrededor de este concepto; lo cual, por otra parte, no ha de extrañarnos dado que es el procedimiento que suelen utilizar todos estos pensadores. Se parte, pues, y creemos que no hace falta insistir demasiado en este tema, de la convicción de que en las sociedades contemporáneas, entendiendo siempre por estas aquellas que han alcanzado un grado considerable de desarrollo, aparecen siempre unos pequeños grupos de individuos, las élites, que son las que realmente van a acometer las funciones de gobierno de estas, y por lo tanto se situarán en aquellos centros en los que se tomen las decisiones fundamentales para el mantenimiento de las mismas. Las élites están formadas no siguiendo una línea de descendencia hereditaria como en el caso de las castas y de las aristocracias, sino según criterios puramente funcionales; se trata de aquellos individuos que, por medio del mecanismo de la competencia, logran demostrar que son los más aptos para desempeñar una tarea determinada. Son, pues,

"los triunfadores" en cada rama de actividad que consideremos. Está claro que también en esta ocasión se deja de lado una posible visión histórica del problema, para ceñirse únicamente al tratamiento de una forma de sociedad: la industrial desarrollada. A partir de estas premisas se desarrolla todo el resto del análisis, y con ello irán apareciendo algunos puntos de interés fundamental, como por ejemplo el del interés público. En este caso puede afirmarse que todas las teorías de la élite, sin excepción, conciben a este último de una forma totalmente unidimensional; se dirá que se ha logrado alcanzar el interés general en el momento en que la política del gobierno coincida con el interés de la élite, de modo que el interés de la mayoría de la población no entra a formar parte del problema. Pero si seguimos con detenimiento el razonamiento elitista veremos cual es su lógica; recordemos que la élite supone la reunión de todas aquellas personas que se encuentran en la cima de sus respectivas ramas de actividad, y por lo tanto de aquí se infiere que se trata de los individuos más aptos de una sociedad. Si aceptamos esta idea so podemos sino inferir de ella que la unión de sus intereses resultará en un interés esencialmente esclarecido; si ello es cierto debemos de reconocer que desde el momento en que se desea una política plenamente esclarecida, no tenemos más remedio que acudir a la que propone la élite. Por lo tanto la política que esta presenta ha de constituir, ineludiblemente, el interés público; y lo único que hay que hacer es esforzarse por que ambos coincidan. Vemos, pues, como ya en esta primera idea surge la firme voluntad de oponerse a los principios tradicionales de la teoría democrática, llevando las tesis del elitismo hasta sus úl-

timas consecuencias. Y todo ello nos sirve tanto para ir avanzando con seguridad en nuestro camino, como para poder aclarar otros puntos que poco a poco se nos presentan. Hasta el momento hemos venido hablando de las élites de un modo muy general, lo cual se contradice, en principio, con el afán por centrarse en el aspecto político que habíamos advertido al comienzo de fijarnos en la teoría elitista de la democracia; necesitamos, pues, preguntarnos por cómo aparece el concepto de la élite política dentro de esta crítica. Y para ello nos fijaremos un momento en uno de los principales exponentes de esta corriente, y que al mismo tiempo ha contribuido notablemente al panorama de la ciencia política de nuestros días; nos referimos a Laswell (13), y más en particular a su peculiar concepción de la élite. La principal diferencia que le separa tanto de Pareto como de Mosca es el hecho de que él distingue a la élite política de otras que están menos directamente asociadas con el fenómeno del ejercicio del poder, aunque puedan tener una considerable influencia social. Al mismo tiempo, y este hecho también es común a muchos otros autores que pueden encuadrarse dentro de la misma corriente, Laswell incluye dentro de su esquema la idea de que las élites se reclutan a partir de otras formaciones sociales que también están presentes en la sociedad; de este modo se vuelve a hacer compatible, dentro del mismo esquema de pensamiento, las categorías opuestas, en la antigua formulación, de élites y clases sociales. Pero no nos queda todavía clara la diferencia entre los dos grupos de élites que parecen surgir dentro de todo grupo social, y por ello hemos de recurrir a otro concepto fundamental: el del poder. El poder, el poder político, es lo que distingue a los grupos sociales dentro de

cualquier comunidad, y por ello la élite política viene definida únicamente por este rasgo: la posesión del poder político. A partir de aquí es evidente la necesidad de definir este concepto, que en Laswell es simplemente la posibilidad de participar en la toma de las decisiones más importantes para el buen funcionamiento de la sociedad. El factor decisivo que nos permite distinguir a las élites políticas de las no políticas y de las no élites es la índole de la decisión adoptada, y no la posición que ocupan quienes las adoptan. Y aún más, no hemos de creer que una decisión de una élite política ha de ser necesariamente tomada dentro de las instituciones de gobierno, no tampoco ha de limitarse a problemas íntimamente ligados con lo gubernamental. Por lo tanto queda claro que existen dos conceptos fundamentales en el análisis de este autor, por un lado el de la toma de decisiones, y por otro el del poder; con la ayuda de ambos se logra definir de una vez por todas la diferencia entre la élite política y el resto de las élites que actúan en la sociedad. Laswell se orienta hacia el tema del poder, y de esta forma sienta las bases para que sea mucho más fácil alcanzar una interpretación realista y funcional del significado del concepto de "lo político", y más en concreto de lo que puede constituir la élite política. De este modo queda muy claro que en dicha concepción el poder viene definido como el ejercicio de un alto grado de coacción, subsumiendo por completo dentro de este el concepto de autoridad. Asistimos, pues, a una gran extensión de las élites puesto que las diferencias formales entre élites "públicas" y "privadas" pasa a ocupar un segundo plano ante el hecho de que ambas participan en la toma de decisiones, que influyen de un modo determinante en la apari-

ción y conformación de los valores sociales, fundamento último de la cohesión social. Se observa, así, como a medida que avanzamos en nuestro estudio van apareciendo poco a poco nuevos elementos de análisis que nos recuerdan constantemente a los que hacíamos sobresalir en la línea de funcionalización de las élites de la que hablabamos anteriormente. Las élites de Laswell, y sobre todo la élite política, son esencialmente una categoría de estudio funcional que, además, se extiende a todo el resto de la sociedad, desde el momento en que el ámbito de la toma de decisiones se amplía a diferentes niveles de la sociedad.

Toda esta amplia argumentación acerca de la necesaria definición del concepto de las élites, y en concreto de la élite política, que se alza como rasgo común entre los llamados críticos elitistas de la democracia, y que nosotros hemos centrado, a efectos de una mayor claridad en la exposición, en el estudio de un único autor, nos lleva a poder saltar hacia adelante para considerar otros puntos de interés en todo su discurso. En primer lugar hemos de notar que, a pesar de no haber tratado de una manera directa el problema del papel del pueblo dentro de esta concepción, es evidente que con tales premisas no puede sino postularse una incompetencia, y sobre todo una pasividad inherente a la masa, que justifica, en cierto modo, el papel activo que se le atribuye a la élite. Pero evidentemente dicho planteamiento nos lleva a un problema aún mucho más arduo: el de la visión de la democracia dentro de todo este esquema. Y como ya dijimos anteriormente la crítica elitista de la democracia constituye una parte fundamental de todo su planteamiento. Esta crítica par-

te, inevitablemente, de la concepción que cada uno de ellos tiene de "lo político". La estrecha interpretación de este término permite descartar el argumento en favor de la democracia para abarcar a otros sectores ajenos al político, por ejemplo el económico; la democracia es un método esencialmente político y en ningún momento puede plantearse que haya de actuar más allá de estos límites. La concepción de la democracia, como iremos viendo poco a poco, se va a hacer cada vez más instrumental y sobre todo quedará confinada dentro de los estrechos límites del ámbito político, lo cual resulta, si unimos esta idea con la de la definición de la élite política, que presentaba a la mayoría como a un grupo apático que no logrará nunca una plena participación en los asuntos públicos, en una proclamación de lo formalizado del concepto en cuestión, que queda, así, confinado a unos pocos grupos dentro de la población. Como muy bien dice Bachrach:

"Por último (...) al dar su beneplácito a este concepto rígido, y estrecho de lo político, el teórico elitista elude examinar (dentro del contexto de la teoría democrática) el problema de la posibilidad de lograr una mayor participación en la toma de decisiones ampliando el ámbito de lo político para incluir las instituciones privadas más poderosas." (14)

La voluntad política va a ser propia, únicamente, de una minoría activa quedando todo el resto de la población fuera del juego de la política. Sin embargo la postura de todos estos autores no va a ser, ni mucho menos, tan sencilla como la que observábamos en los teóricos clásicos de las élites, y ello simplemente por el diferente contexto histórico en el que cada uno de ellos se encuentra inmerso; tras

la Segunda Guerra Mundial, y durante todas las décadas que van desde esta fecha hasta nuestros días, y más aún si tomamos en cuenta que la mayoría de ellos son norteamericanos, era realmente imposible pensar que se podía negar de un modo rotundo la posibilidad de la democracia en la sociedad occidental. Por lo tanto era necesario realizar toda una amplia construcción teórica que justificase de alguna forma la permanencia de esta fórmula política, y al mismo tiempo la vaciase de contenido. Para ello lo primero que había que afirmar era la imposibilidad más radical de un gobierno por el pueblo, pero sin que ello supusiese la afirmación de la necesidad de una dictadura férrea por parte de la élite. Una de las formulaciones más conocidas sobre este tema es, sin lugar a dudas, la del gran economista, y en general gran científico social norteamericano J. Schumpeter que, junto a ser uno de los más serios estudiosos del elitismo clásico, temática que analiza en algunas de sus obras, aporta una de las tesis más originales de la crítica elitista a la democracia. La importancia de su aportación es tal que no hemos dudado un momento en reservar un apartado final en el cual estudiar por separado las principales tesis de este, pero ello no es óbice para que ahora nos volvamos a buscar en su discurso esa ejemplar exposición acerca del lugar que ha de ocupar la democracia en las sociedades contemporáneas. Y es bien significativo comenzar por presentar una muy breve definición que nos puede aclarar las ideas:

"Democratie signifie seulement que le peuple est même d'accepter ou d'écarter les hommes appelés à le gouverner." (15)

De nuevo nos encontramos con una visión totalmente

instrumental que habremos de ampliar más adelante cuando nos fijemos en la figura singular del autor; la democracia se reduce, así, a un mero método político de elección de representantes y gobernantes, borrándose de dicha definición todos aquellos elementos ideológicos que podían tener cabida en el mismo. La democracia no será más que la fórmula más idónea para establecer lo que de hecho tiene que ser en la realidad: el dominio de una minoría que es la que en verdad dirige todo el aparato político de una comunidad, frente a la no participación de la mayoría que, por naturaleza, por la apatía y desinterés que la caracteriza permanece siempre ajena a estas tareas de dirección política. El pueblo no gobierna jamás, pero lo que sí se puede hacer es que gobierne por definición, y simplemente esto es lo que consigue la democracia, logrando, al mismo tiempo, que no se llegue a caer nunca en una tiranía o en una dictadura; y el que este último no suceda jamás se logra simplemente por el recurso a la idea de voluntad general de la que hablabamos anteriormente. Si se tiene la plena convicción de que la élite es un grupo eminentemente esclarecido y que además, en el momento en que logra reunir los intereses y voluntades de los diferentes miembros que la conforman, no aparece una pura suma de voluntades individuales o particulares sino la verdadera voluntad general, base de la democracia. De esta forma se logra un doble objetivo: mantener por un lado la existencia de la democracia, aunque sea de una manera puramente formal, y al mismo tiempo seguir afirmando la ineludible necesidad de contar con una élite dirigente. Esta, y hemos de profundizar en este tema más adelante, mantiene dicha voluntad política entre sus manos, pero a

la vez se sostiene que debe su poder e influencia a la mayoría. Este último punto es el que dará lugar a que el acto de la elección ocupe un lugar preponderante en todo el análisis de nuestros autores, presentándolo también, no como el momento en que la mayoría delega parte de su poder político en sus representantes, sino más bien como la maniobra que realiza la élite en el poder, o bien los nuevos miembros que quieren acceder a esta, para alcanzar los puestos de gran influencia social, y ganarse, así, la confianza de la masa. Todo ello empuja, ineludiblemente, a que el significado de la democracia como método político quede reducido simplemente a un acto aislado: el de la elección, tras el cual parecen no mantenerse ninguno de los compromisos que ligan a los electores y representantes, aunque formalmente se mantengan todos ellos. Decíamos antes que cuando nos centremos exclusivamente en la figura de Schumpeter haremos un análisis más detallado de todo este asunto, pero no podíamos dejarlo definitivamente de lado en este momento, dado que ello implicaría que dejábamos muy incompleta toda esta parte de la exposición.

Con esta idea de la democracia quedan apuntadas las líneas básicas del análisis de las llamadas críticas de la democracia, que tanta influencia han tenido en el desarrollo de la ciencia política de nuestros días, y que representan una segunda línea de recepción del discurso de los teóricos clásicos de las élites, junto con la más sociológica de la "funcionalización" que antes apuntábamos. Aunque, y ya hemos hablado del tema, ambas posturas pueden ser muy bien tratadas como una única línea de desarrollo, nos ha interesado presentarlas separadamente a efectos de un mayor orden y clari-

dad en la exposición. Por lo tanto, a pesar de las diferencias de enfoque causadas por el distinto contexto en el que se enmarcan cada una de las aportaciones, existe una indudable recuperación del argumento elitista el cual, de este modo, se convierte en uno de los principales inspiradores de una línea básica de desarrollo de la Filosofía política y social de nuestros días. Para avanzar aún más en la consideración de este tema nos fijaremos a continuación en las aportaciones concretas de unos cuantos autores muy representativos de esta línea de pensamiento.

VIII.3. J. Schumpeter.

Es imposible negar el destacado papel que ha jugado la figura y el pensamiento de J. Schumpeter dentro de las ciencias sociales de las últimas décadas, y en particular en los campos económico, político y social; en nuestro trabajo no podemos tomar en cuenta toda su aportación, ya que ello se sale de nuestra competencia, pero si podemos e incluso debemos referirnos a algunos de sus puntos en el terreno político que entran de lleno en la problemática que ahora nos ocupa. Schumpeter supone, dentro de la ciencia social norteamericana de su época, una fuerte crítica a toda la corriente de pensamiento social y un reactualizar el elitismo tradicional como base para construir una doctrina interpretativa de indudable interés e influencia para todo el ambiente intelectual del momento. En cierto modo, pues, es ob-

servable un gran paralelismo entre la actitud de la que parte este autor y la que caracterizaba a nuestros teóricos clásicos de las élites; existe la misma oposición brutal a todo el planteamiento derivado de la tradición marxista decimonónica, y al mismo tiempo también hay un rechazo inicial de la postura liberal europea, y sobre todo de la teoría democrática. A partir de aquí la crítica ha de ser doble, y da lugar a la plena convicción de la indudable necesidad de construir un nuevo edificio teórico que sienta los cimientos para un sistema de explicación de la realidad social completamente renovador y que acabe, de una vez por todas, con los mitos y falacias sobre los que descansa toda la interpretación tradicional de la sociedad. De este modo todo su pensamiento se debate entre estos dos juegos, y tendrá como objetivo principal la formulación de estos principios de análisis. Dos son las obras en las que hallamos una más completa formulación de todos estos principios: "Diez Grandes Economistas" (16), en la cual nos presenta una interesante semblanza de uno de nuestros más importantes autores, Pareto; y su gran obra maestra, al menos en el terreno sociológico: "Capitalisme, Socialisme et Démocratie" (17), texto en el cual encontraremos la más completa exposición de todos los principios de análisis, y en el cual nos basaremos en mayor medida para localizar los puntos esenciales en su exposición.

En el primero de los textos citados Schumpeter nos presenta a Pareto y a algunos aspectos centrales de su obra, como una aportación muy destacable entre otros diez exponentes de la teoría económica que él mismo desea resaltar. Ya en su momento, cuando hablamos del "solitario de Céligny"

, como muchos gustan en llamarle, nos referíamos al hecho de que junto a ser considerado como uno de los principales padres del elitismo contemporáneo, la figura de Pareto destacaba con luz propia en el panorama de la ciencia económica de fines de siglo. Dado el aspecto que guiaba nuestra exposición y sobre todo nuestra investigación no podíamos, sin embargo, abarcar tantos aspectos por lo que decidimos dejar de un lado todo, o al menos lo que no tuviera una relación significativa con el ámbito sociológico, aquello que es considerado como la teoría económica de Pareto. Schumpeter, autor del que también puede ser destacada esta dualidad, o mejor dicho este abarcar campos diferentes dentro de las ciencias sociales, no abandona el estudio detallado de la formulación económica paretiana, que evalúa antes de entrar definitivamente en la parte sociológica. Pero en realidad no nos interesa aquí detenernos a considerar la particular actitud con la que este pensador evalúa la obra de Pareto, sino que queremos detenernos únicamente en la particular aportación al elitismo del propio Schumpeter. De todos modos el recordar este interés nos es extremadamente útil para probar el el gran científico social americano posee un conocimiento profundo de la tradición elitista de fines de siglo, hecho que le influirá notablemente a la hora de plantear su propio esquema de interpretación.

En realidad, como decíamos anteriormente, es en su obra "Capitalismo, Socialismo y Democracia", y en particular en su cuarta parte, donde Schumpeter plantea las principales ideas que dan lugar a la argumentación elitista que se ha venido asociando con su persona; y es donde es particular-

mente relevante su concepción de la democracia. Este autor comienza planteandose la problemática que le ocupa de forma a ligarla directamente con el tema del capitalismo y del socialismo. Queda claro desde el principio que lo que pretende es llevar a cabo una profunda crítica de los dos grandes sistemas de organización política vigentes en el mundo actual, tomando como piedra angular el tema de la democracia, y demostrando, al fin y al cabo, que ninguno de los dos responde en la realidad a aquellos principios que ellos mismos proclamaban. Comienza, pues, planteandose el problema de la supuesta relación entre el socialismo y la democracia, y presentando el tan controvertido asunto de la transición entre la situación presocialista y el verdadero socialismo: la dictadura del proletariado. A medida que el lector se enfrasca en la lectura de las principales razones de Schumpeter queda cada vez más claro que, en el fondo, existe una ironía, a veces no oculta, que le hace reírse de las pretensiones de los socialistas de ser los paladines de la democracia. Ya en estos primeros pasos la democracia aparece definitivamente, como mero procedimiento político, es decir como una forma desprovista de toda su substancia; y es precisamente esta falta de carne con la que recubrir el esqueleto lo que hace admitir, en un principio, que toda doctrina se plantee unas metas, pero no fije claramente el procedimiento para alcanzarlos, pudiendose escoger cualquier método político, y entre ellos el democrático, para alcanzar los objetivos fijados. Esta introducción es la que le permite a nuestro autor, saltar directamente al tema que nos preocupa: el de la democracia, considerando sobre todo el tipo de sociedad que se puede definir como democrática para, a partir de aquí, extraer la

verdadera noción que le interesa. El procedimiento es, por ello, contrario al que normalmente se suele utilizar en este tipo de problemas, ya que consiste en definir primero teóricamente cada noción para, más adelante, operar con él en casos reales... concretos, mientras que Schumpeter parece querer partir de ejemplos concretos para después inferir de ellos en concepto genérico. Evidentemente no hay duda de que dicho proceder habrá de tener alguna influencia en el resultado final que habrá de obtenerse.

Para comenzar el autor nos presenta un ejemplo que se ha hecho clásico dentro de la literatura sociológica y que él considera imprescindible para abrir la discusión de la noción de democracia. Se trata de tomar en cuenta el caso de una sociedad democrática en la cual se da una persecución de las minorías religiosas; para él habría que rechazar esta sociedad concreta para defender ideales supremos que impiden tal acción. Pero Schumpeter parece olvidar que, en teoría, en la sociedad democrática existen ciertos ideales o normas básicas que impiden que se lleven a cabo tales acciones, como, por ejemplo, es el respeto a las minorías o el derecho y libertades individuales de los ciudadanos. De este modo parece partir de una verdadera falacia para introducir su noción de democracia. Con este ejemplo el autor se encuentra en situación de separar los ideales de lo que él llama democracia, presentándose esta como simple método político. Y para entender mejor el significado de esta palabra que ya ha aparecido en nuestro discurso, volvamos a la propia exposición de este, viendo como define el método político:

"Nous entendons par là la méthode appliquée par"

une nation pour aboutir à ses décisions."(18)

Por lo tanto la democracia jamás será un fin en sí sino únicamente un instrumento por medio del cual se puede llegar a alcanzar determinados objetivos que se han definido a priori. El fin lo constituyen los fines últimos ya mencionados, y que en determinadas situaciones históricas, pero solamente en estas, pueden ser logrados preferentemente en base al régimen democrático, el cual, de este modo se convierte en medio, en función, pero nunca en fin. La tradicional unión entre la democracia y ciertos objetivos concretos se rompe por completo en Schumpeter, todo es relativo y dependerá de las circunstancias, y solamente de estas, el que se pueda llegar a afirmar que, por ejemplo, una democracia garantiza mejor la libertad de expresión que una dictadura. Al ligar la noción que nos ocupa al sentimiento de un total relativismo histórico se consigue, o al menos así lo espera nuestro autor, desvelar uno de los grandes mitos que ha venido presidiendo lo que puede ser denominado como "la mentalidad europea" desde el siglo pasado; el hecho evidente de que en el siglo XIX la lucha por alcanzar los típicos ideales liberales estuviera presidida y unida con la reivindicación de un régimen democrático no significa, empero, que estas dos ideas hayan de aparecer estrechamente ligadas de un modo permanente, y más aún teniendo en cuenta la magnitud de los cambios que han sacudido al mundo europeo desde estas fechas hasta nuestros días. Ha sido un simple "azar histórico" el que ha dado lugar a que ambos aspectos sean difícilmente desligables, pero si se quiere hacer una verdadera ciencia de la sociedad no habrá más remedio que llevar a cabo dicha operación. De esta forma relativismo histórico y relativismo funcional en la concepción de Schumpeter se hacen palpables

desde un primer momento.

Además, no se han acabado aún todos los argumentos para rechazar la noción tradicional que le ocupa, sino que realmente sólo ahora comienza a enseñarnos sus armas más dañinas, y para ello ¿qué mejor que empezar por un tema que ha sido eje de todas las discusiones acerca de dicho problema?, el de la democracia directa en contraposición con la democracia representativa. Es utópico y hasta ingenuo pensar, nos dirá, que en una sociedad contemporánea de masas como es la que nos ha tocado en suerte contemplar, pueda pensarse en la aplicación de la democracia directa que, curiosamente, coincidiendo con todos los críticos de esta, presenta como la única forma verdadera de realizarla; y el argumento que se esgrime para negar dicha posibilidad tampoco nos es desconocido, ya que ocupaba un lugar importante en el clásico discurso elitista: se trata de la razón del número. Las sociedades contemporáneas se han convertido en agrupaciones humanas de tal tamaño que impiden toda pretensión de alcanzar el gobierno del pueblo. La alternativa sería, pues, la de la democracia representativa, pero como decíamos antes, Schumpeter se apresura en rechazarla; para él no todo gobierno que recibe un apoyo masivo es estrictamente democrático. La democracia pura es definida de un modo tan estrecho que se niega toda posibilidad de vigencia desde el momento en que las circunstancias que la permitían son extremadamente difíciles de reunirse, y al mismo tiempo se asiste a una utilización instrumental de la Historia tan descarada como la que veíamos en Pareto. Schumpeter olvida, o pasa por alto, que el núcleo del problema de la factibilidad de la democracia reside

principalmente en la comprensión del término "participación", y no en su substitución por la ambigüedad del concepto "apoyo" el cual, desde un comienzo, se muestra poco útil para llevar a cabo una diferenciación de regímenes políticos.

El problema de la realización de la democracia se reduce, así, a la noción de gobierno, y está claro que si se parte de una definición tan estrecha jamás se podrá llegar a postular su realización en ningún tipo de sociedad, dado que el gobierno efectivo de la mayoría es algo absolutamente irrealizable. Esto es lo que da lugar a que el siguiente paso de nuestro autor, antes de insistir más en su propia concepción, consista en lanzar un violento ataque contra la concepción clásica de la democracia y en particular contra tres ideas fundamentales: la existencia de un bien común, el postulado de la voluntad general y la convicción de que los representantes del pueblo son lo que su denominación implica. La definición de la democracia clásica que nos presenta el autor nos será enormemente útil para continuar nuestra exposición.

"La philosophie de la démocratie élaborée au XVIII^e siècle peut être résumée dans la définition suivante: la méthode démocratique est la technique institutionnelle de gestation des décisions politiques qui réalise le bien commun en chargeant le peuple lui-même de faire pencher le plateau de la balance en élisant des individus qui se réunissent ensuite pour accomplir sa volonté." (19)

Y a partir de aquí, una vez aclarada la idea a destruir, queda el camino libre para poder lanzar los ataques

más fuertes a los puntos que se consideran fundamentales en dicha construcción ,y que van a posibilitar la edificación de un nuevo sentido para su término.Creemos que es interesante detenernos un poco en este punto ya que, en primer lugar, este fija la noción de bien social común y se afirma rotundamente que no existe en ninguna sociedad un acuerdo común que pueda llegar a definir el verdadero sentido del término, lo que nos encontramos, entonces, es a una sociedad heterogénea por naturaleza, formada por individuos y grupos que mantienen puntos de vista diferentes y que son portadores de intereses contradictorios que los hacen buscar y deseñar fines esencialmente diferentes. La posibilidad de uniformidad o de unificación de tal diversidad, para Schumpeter, es prácticamente irrealizable, todo lo cual le conduce a refutar la idea básica de la tradición democrática, la existencia de un contrato entre iguales; en el caso en que cualquiera se empece en llevar a cabo un acto como este, ello sólo dará lugar a un compromiso entre valores finales que computan diferencias irreducibles, y ello acarrearía una mutilación y degradación de estas. A partir de aquí es evidente que desaparecerá la noción de voluntad general; para él es totalmente irreal el pretender atribuir a la voluntad del individuo una independencia y una cualidad racional, cualidad de la que partían los teóricos de la democracia para postular la igualdad entre los hombres. De este modo, al negar la posibilidad de aparición de voluntades individuales "iguales", nuestro autor ha de rechazar de lleno la concepción clásica de la democracia, pasando más adelante a la idea de igualdad de oportunidades, la cual si permite seguir manteniendo la convicción en las desigualdades inherentes

de los individuos. Poco a poco se aprecia como van surgiendo, en medio de este proceso de profunda crítica algunos de los postulados que habían caracterizado a los teóricos clásicos de la élite, y aquí habrán de recuperarse para la formulación de este discurso; un ejemplo muy claro de este hecho es la idea de la desigualdad entre los hombres. Todo ello, conducirá a que la teoría de la democracia clásica en Schumpeter sea vista desde el relativismo histórico al que antes hacíamos referencia; inscrita dentro del marco del siglo XVIII su gran error, o mejor dicho lo que hace que no sea válida para trasladarla a otras situaciones es el hecho de que parte del postulado de un supuesto orden burgués homogéneo, que evidentemente no tiene el menor lugar en la sociedad industrial desarrollada, en la cual las divisiones sociales y la multiplicidad de intereses particulares son muy numerosos. Esto hará que también entreveamos, dentro del discurso de Schumpeter, una cierta herencia de algunos puntos clásicos del pensamiento marxista como pueden ser la consideración de la sociedad como un ente básicamente plural y heterogéneo y la toma en cuenta de los intereses particulares de individuos y grupos como base para señalar la diferencia de localización de estos dentro de la estructura social.

Pero hemos apuntado antes una idea muy importante, que hemos pasado un poco por encima, y sobre la que hemos de volver, aunque sólo sea por un breve espacio de tiempo, dado que tiene repercusiones importantes en el planteamiento del autor: la de la desigualdad de los individuos. En una actitud típicamente elitista Schumpeter se vuelve hacia la psicología

gía social para trazar el tema de la naturaleza humana en la política y poder así derivar hacia el tema que le interesa: el de la igualdad. Comienza, pues, recordándonos en gran medida a Pareto, lanzando sus hipótesis en contra de la racionalidad de las acciones humanas, que, para él, en gran parte no poseen una estricta relación con la facultad de razonar. Y si esto ocurre en todas las esferas de la actividad humana la de la política no puede escapar a esta regla; en lo que se refiere a los asuntos políticos hay que notar una total falta de sentido de la realidad en el individuo, lo que significa para el autor la ausencia de voliciones efectivas y el debilitamiento del sentido de la realidad. El hombre schumpeteriano no posee un gran interés por los asuntos políticos, y por lo tanto ejercita en escasas ocasiones su razón en la consideración de estos, lo que da lugar a que sólo pueda formarse una opinión en casos muy contados. Las afirmaciones en este sentido son muy numerosas en sus escritos y llegan a ser tan brutales como la que a continuación presentamos:

"Ainsi le citoyen typique, dès qu'il se mêle du politique, regresse à un niveau inférieur de rendement mental." (20)

Se postula en primer lugar la existencia de toda una serie de diferencias entre los hombres en cuanto a sus capacidades individuales y al mismo tiempo se afirma que hay una enorme ignorancia del ciudadano medio en cuestiones políticas debida tanto a la falta de interés en estos como a la pérdida del sentido de la realidad y de la responsabilidad. Lo que realmente nunca queda claro es el por qué de esta pérdida de interés; parece pensarse que su causa es debi-

da a la falta de iniciativa desarrollada por la responsabilidad política; nos encontramos, así, dentro de un círculo cerrado que acaba por negar la posibilidad de una forma democrática representativa apelando, al igual que lo hacía Pareto, a una supuesta psicología tremendamente simplista y, al mismo tiempo, formalista. Con todos estos argumentos el autor llega a una doble conclusión: por un lado la posibilidad de un gobierno directo queda tachada por el gran número de ciudadanos, pero junto con ello también se esgrimen argumentos para negar el gobierno representativo. En este segundo caso se recurre a más razones: por una parte la heterogeneidad de los intereses en la sociedad dan lugar a la ausencia del bien común y de la voluntad popular, y por otro lado se afirma rotundamente tanto la irracionalidad como la desigualdad de la mayor parte de las acciones de los hombres. Será, pues, a partir de aquí, y basándose en esta apatía y falta de responsabilidad, y sobre todo en base a una pérdida de la racionalidad humana en la esfera de la acción pública o política, como se introduce la noción de grupos de interés que son los que, en definitiva, crean la opinión pública, fundamento, dentro de este discurso, de la voluntad general. Será, así, el propio funcionamiento del proceso político lo que va a crear una verdadera voluntad general y no a la inversa, como aparecería en la teoría clásica de la democracia. Y es esta misma diferenciación entre una actitud de desinterés y apatía frente a los asuntos políticos y un apasionamiento por este mismo tipo de interés lo que dará lugar a que, por primera vez, aparezca en Schumpeter la idea de dos grupos humanos diferenciados como división permanente de las sociedades, uno de los cuales puede identificarse con el concepto

de élite que postulaban otros muchos pensadores. En toda comunidad humana encontraremos en primer lugar una mayoría formada por ciudadanos medios desinteresados de la vida política y que actúan en esta esfera de un modo no racional, y en segundo lugar también tenemos a otro grupo fundamental que está formado por lo que, en la terminología de nuestro autor, se denomina "los grupos de interés" que son aquellos que luchan denodadamente por influir y conformar una opinión pública y una voluntad general que les sea provechosa. Si extraemos de aquí la noción de élite nos hallamos, evidentemente, con una concepción pluralista del fenómeno elitista, luchando estas y compitiendo por su supervivencia, lo cual encaja perfectamente con las características propias de la nueva crítica elitista de la democracia, frente a la visión más unitaria que prevalecía en los clásicos. Las élites así constituidas entran entonces en un constante juego con respecto a las masas, en el cual Schumpeter resalta grandemente el enorme papel que tienen los medios de propaganda y las técnicas de publicidad. Ya habíamos hablado, en un capítulo anterior, de como, en cierto modo, la teoría clásica de las élites había avanzado, en algunos de sus postulados, lo que años más tarde iba a ser el gran boom de las técnicas de persuasión de las multitudes que tanto utilizaron los regímenes dictatoriales europeos de la primera mitad de siglo; y en cierto modo es esta misma línea de pensamiento, aunque usada con distintos fines, la que nos presenta ahora nuestro autor. Porque desde el momento en que se parte del presupuesto de que la vida política ha de reducirse a la actividad de un pequeño número de personas se hace necesario explicitar cuáles van a ser los medios por los cuales esta élite ha de

relacionarse con la mayoría y sobre todo como van a mantenerse estas élites en el poder; ante esta disyuntiva sólo pueden darse dos alternativas: o bien el recurso a la fuerza bruta o por el contrario jugar con todos aquellos instrumentos que puedan atraer el favor de dichas mayorías al gobierno de las élites, y esto último, en una terminología contemporánea, no es más que la utilización de los medios de control y persuasión de las masas.

Schumpeter ya posee todos los elementos necesarios para plantear su propia alternativa de definición de democracia, con la que culmina todo su edificio teórico; en ella vemos como se da una total inversión de los términos en los que se plantea la noción en la teoría clásica de la democracia. En esta última veíamos como podían distinguirse claramente dos elementos: por un lado estaba la idea de organización democrática que hacía explícito el poder del cuerpo electoral de estatuir sobre los problemas políticos, y en un segundo lugar se encontraba el tema de la elección de los representantes. Y es precisamente el orden y la jerarquía que estos guardan entre sí la que va a romper nuestro autor. Comencemos, pues, por presentar la nueva definición que este nos propone:

"...la méthode démocratique est le système institutionnel, aboutissant à des décisions politiques, dans lequel des individus acquièrent le pouvoir de statuer sur ces décisions à l'issue d'une lutte concurrentielle portant sur les votes du peuple." (21)

En la nueva propuesta del autor el eje central se encuentra en la elección de representantes, dejándose de

lado el primer término que antes señalabamos: el de la organización democrática; se borra la importancia del gobierno democrático, y el juego se reduce a garantizar la lucha entre los diferentes individuos y grupos, los cuales adquieren, tras la victoria electoral el derecho, o mejor dicho el poder de tomar decisiones políticas. Así pues se olvida por completo el propósito básico de la teoría democrática de garantizar una participación general en los procesos de toma de decisiones. La democracia ya es, como venimos anunciando desde el comienzo de nuestra exposición, un mero juego político de lucha y competencia entre distintos grupos e individuos con vistas a conseguir reunir el mayor número de votos posible. Es esta una concepción estrecha y limitativa que da lugar a que se dejan de lado todas las connotaciones ideológicas que conllevaba la visión clásica del problema; pero al mismo tiempo es evidente que esta misma limitación da origen a que el concepto simplificado sea mucho más operativo y encuentre menos problemas en su aplicación práctica. Schumpeter no duda en presentarnos toda esta serie de ventajas como pruebas irrefutables de la superioridad de su propio planteamiento. En primer lugar afirma que es fundamental tener en cuenta la mayor operatividad de su nueva propuesta, operatividad que se refleja claramente en el hecho de que con su nueva definición nos es mucho más fácil distinguir los gobiernos democráticos de los que no lo son. Sobresale, así, un desmedido afán de operatividad que se refleja en el hecho de que importa menos la profundidad o la multiplicidad de matices que podamos lograr usando un determinado concepto, que el hecho de que nos proporcione un útil instrumen-

to para la clasificación y simplificación de nuestro objeto de estudio. El sistema democrático es, pues, aquel que recurre a la elección mayoritaria para situar en los puestos vitales de la organización social a los individuos más idóneos. Y en este sentido el significado de la elección se asemeja enormemente al de la competencia o concurrencia, ideas fundamentales para poder llegar a la conclusión de que un determinado sistema es verdaderamente democrático. Para nuestro autor el lograr la máxima competencia entre los individuos por los votos de los electores es el único medio de garantizar el buen funcionamiento de este sistema; por ello no es necesario referirse a temas de tanta importancia como los procedimientos y garantías del hecho electoral. La mera existencia de la elección competitiva asegura la existencia de la democracia, y en este marco no puede pensarse en que surjan fenómenos electorales no democráticos.

La segunda ventaja que Schumpeter destaca en su nueva definición es la de que esta deja mucho más claro el fenómeno del liderazgo; el líder, para él, es aquel que fabrica, y notemos que esta misma palabra es la que utiliza el autor, la voluntad de los individuos. Aquí parece como si se compartiese la vieja opinión de los teóricos clásicos de las élites, según la cual no podía aparecer una acción colectiva si no es por estar guiada por la figura del líder; la masa es absolutamente incapaz de actuar por sí sola. En tercer lugar la nueva definición aclara, para su autor, el hecho de que existe una comunicación entre líder y masa, en la cual, como era de esperar, el papel dirigente es siempre asumido por el líder. La mayoría no es totalmente amorfa sino que apa-

recen en ella determinados intereses y voliciones. Así pues el papel del líder es el de servir de filtro a estas demandas y voliciones desordenadas y muchas veces latentes en la masa, consiguiendo transformarlas en factores políticos. De este modo dentro de su esquema explicativo se avanza un paso más hacia adelante en la configuración del ordenamiento político de una sociedad, reconociéndose que en un sistema democrático las opiniones de la masa se recogen en alguna medida por los líderes, lo cual no implica, sin embargo, la participación de esta en los complejos procesos de toma de decisiones. Esto refuerza, por otro lado, la convicción de que la masa por sí sola es absolutamente incapaz de llevar a cabo acciones políticas; es su falta de interés y su gran apatía la que determina el hecho de que normalmente no presenten demandas a los líderes ni posean intereses colectivos claramente definidos. Sus expresiones, según el autor, son siempre desordenadas y caóticas lo que asegura aún más su idea de que ha de ser exclusivamente el líder quien lleve a cabo la tarea de convertirlos en verdaderos factores políticos.

Schumpeter insiste también en repetidas ocasiones en que, con esta nueva definición se puede estudiar aún mejor otra importante noción que ocupa un lugar central dentro de esta concepción y que es necesario aclarar: la de competencia. Con la nueva idea de democracia se observa como la idea de competencia perfecta jamás puede darse en la realidad, quedando reducida esta a la lucha electoral. Pero al mismo tiempo también es evidente que, dentro de este marco

de explicación se pasa un poco por encima, o mejor dicho se deja conscientemente de lado el problema que plantea el hecho de que existan inevitablemente fraudes en dicha competencia, que, en el caso de que sean extraordinariamente graves, pueden llegar a empujar imperceptiblemente a un sistema democrático hacia otro de tipo autocrático. Pero a estas alturas de su análisis Schumpeter va directo a su objetivo, y poco le importan pequeños inconvenientes que no le impiden seguir avanzando en su línea de exposición, pero que van creando indudables lagunas en todo su discurso. Es por esta causa por lo que pasa directamente a considerar otra implicación de su idea clave: la que tiene que ver con la idea de libertad; y de nuevo nos encontramos con una drástica reducción de su significado: la libertad de Schumpeter es totalmente economicista, es la que, como él mismo nos dice, permite a un individuo crear un nuevo telar, es decir la libertad de iniciativa económica. Y no es que el autor se vea arrasrado por su formación económica, sino que es plenamente consciente de que esta es la única libertad que puede ser concedida por el mecanismo electoral. Además, como vimos anteriormente, se seguirá postulando que la libertad individual que tanto defendía el liberalismo no tiene por qué estar unida indisolublemente con la idea de democracia. Esta misma argumentación es la que, sin duda, le empuja a tratar de relacionar la clase gobernante y el cuerpo electoral como unidas por un lazo de revocación y nombramiento, pero jamás de control, otra nueva "afrenta" a la concepción clásica del gobierno democrático. La actividad política del pueblo se ve, así, reducida a dos únicos momentos: la elección y la revocación de los líderes, momentos en los que, además, podemos estar seguros de

que no se da una verdadera participación popular, sino que indudablemente intervendrán los mecanismos de control y manipulación previamente establecidos por la élite. Por todo ello podría muy bien llegarse a la concepción de que la única garantía que existe de que un gobierno atienda minimamente a las demandas del cuerpo electoral reside en el afán de la reelección; de todos modos tampoco sería así puesto que el electorado, para el autor, no muestra un comportamiento racional sino que sus respuestas varían de acuerdo con la habilidad con la que cada grupo dominante maneja los medios de influencia y de persuasión. La mayoría queda completamente a merced del dominio de los líderes. Por último, y dentro de las implicaciones que extrae de su definición, Schumpeter pasa a considerar un punto que, en principio, no deja de sorprender al lector, ya que no parece tener mucho que ver con todo lo anterior, pero que de todos modos encaja perfectamente dentro de todo el discurso: la defensa de la elección según un sistema mayoritario. Dado que, para él, la elección busca ante todo el encontrar y elegir a los líderes con el más apoyo electoral y no representar lo más fielmente posible las tendencias electorales es lógico que se incline por un sistema de este tipo y no por la representación proporcional.

Con esto el autor da por concluida la exposición de los puntos centrales de su discurso y pasa a tocar algunos aspectos secundarios, aunque con tantas implicaciones como los que anteriormente comentábamos. Al haber vaciado de contenido la noción de democracia llega lógicamente a la conclusión del problema que se planteaba al dar inicio

a su escrito: la democracia y el socialismo son plenamente compatibles, aunque dicha relación no haya de aparecer necesariamente; y dada por concluida esta parte de su discurso pasa a fijarse más en concreto en los problemas del liderazgo en las sociedades, momento en que aparece por primera vez la idea de élite. Tras haber postulado la inevitable profesionalización del político en las sociedades contemporáneas, tesis muy parecida a la de Michels, pasa a presentarnos una visión particular de la élite que se define siempre como la reunión de los mejores. La élite es el elemento necesario para el buen funcionamiento de la democracia desde el momento en que se convierte en la única forma de gobierno de la sociedad que logra reunir en su seno a los mejores individuos de cada grupo social, cuya unión de intereses va a ser la que más se asemeje a la quimérica idea de una voluntad General. La élite política que ocupa los puestos de gobierno vitales dentro de una sociedad es el único medio que se conoce para poder conjugar la democracia, en su acepción restringida, con la competencia del personal que la gestiona. Con esto, y a pesar de que, como nos suele suceder, somos conscientes de que se nos quedan muchos temas interesantes en el tintero, podemos dar por acabada esta pequeña incursión en el pensamiento de uno de los más interesantes pensadores de nuestro tiempo, estudio que nos ha servido principalmente para dos objetivos. En primer lugar hemos podido detenernos, aunque solo de un modo muy breve, en un discurso que, de por sí, contiene muchos elementos que lo hacen ser tremendamente atractivo para nosotros, pero en segundo lugar, y es aquí donde hemos querido hacer más hincapié, es una muestra indudable del fenómeno de recuperación y reformulación de las tesis

del elitismo clásico, que de este modo van a aparecer ocupando un puesto muy destacado en el conjunto de corrientes de pensamiento que tienen una mayor influencia en el pensamiento social contemporáneo. Es desde este punto de vista desde donde hemos de considerar, al menos dentro de esta investigación, todo el discurso que acabamos de presentar.

VIII.4. T.B. Bottomore.

Nos hemos resistido a dejar de incluir, dentro de esta breve lista de autores a los que estamos haciendo referencia en nuestro último capítulo, a una figura como la de Bottomore a pesar de que su tratamiento era más complicado que el de otros personajes aquí incluidos y quizá además nos sacaba un poco de la línea que nos habíamos marcado. Al comenzar a redactar estas páginas habíamos querido advertir al lector de nuestro propósito: presentar las principales líneas de recuperación del argumento elitista tradicional dentro de la filosofía política y social de nuestros días, y más adelante, una vez concluida esta tarea, detenernos brevemente en el discurso de algunos de los autores más significativos que de uno u otro modo también habían tomado parte en este movimiento de adaptar determinados postulados elitistas para construir nuevos esquemas de interpretación de la realidad. No cabe duda de que esta última parte de nuestro intento es sumamente problemática dado que no podemos presentar un análisis tan exhaustivo de cada una de las posturas consideradas como quisieramos, además tampoco podemos

incluir en esta el número de personas que desearíamos. La importancia y la extensión del que podríamos denominar "nuevo elitismo contemporáneo" ha quedado ya claramente señalada, o al menos así lo hemos intentado, en la primera parte del capítulo y el tratar de nombrar y estudiar aquí a todos aquellos pensadores que incluyen dentro de sus tesis alguno de los rasgos que sobresalían en el elitismo clásico constituiría una tarea ingente; nombres como los de W. Mills, Burnham, Parsons, Aron, Dahl, Mannheim, Laswell etc... exigen, aparte de un conocimiento muy profundo de la materia, un espacio para su estudio del que no disponemos ahora. Por lo tanto, y a pesar de sus limitaciones evidentes, optamos por detenernos, a modo de ejemplo en algunos de ellos, sin que ello suponga que los consideremos o tomemos más en cuenta que a otros. La selección, como ya hemos dicho, obedece únicamente a razones de espacio. Pero incluso cuando ya hemos hablado de Schumpeter ha quedado claro que junto con un estudio detenido de la argumentación clásica de las élites existe, además una formulación teórica propia que era la que nos interesaba para ver en ella la influencia de los argumentos elitistas. Y con Bottomore el problema reside en que este hecho no es tan evidente como en el anterior pensador. El gran mérito de este autor reside, no tanto en la presentación de un impresionante edificio teórico que suponga una reformulación de determinadas tesis elitistas, sino en el hecho de que se trata de uno de los pensadores que han logrado presentar al público interesado en estos temas una de las obras más magistrales que trata el problema del elitismo tradicional y sus posteriores repercusiones en la crítica elitista de la democracia. Bottomore es, pues, más un recopilador, un estudioso,

que un creador genial, aunque ello no signifique que dentro de su obra no se hallen consideraciones valiosísimas que aclaren enormemente el problema de la interpretación del elitismo y que abren el camino para nuevas formulaciones. En realidad su libro "Elites and Society" (22) constituye una de las obras principales que ningún interesado en el estudio del fenómeno del elitismo puede pasar por alto. Todo ello y la gratitud que le debemos a este autor, uno de los que más nos ha ayudado, con sus escritos, a llegar a una comprensión mucho más profunda del fenómeno del elitismo, nos ha empujado a incluirlo dentro de este pequeño grupo de los "elegidos". Por otro lado las propias características de su trabajo son los principales condicionantes que va a tener nuestra exposición en esta ocasión.

"Elites and Society" obra que, como decíamos hace poco constituirá el eje de todo nuestro discurso sobre Bottomore es un gran libro no sólo por la claridad con la que son expuestas las ideas del autor, que de este modo logra la rápida comprensión del lector incluso de los puntos más controvertidos, sino que constituye uno de los pocos estudios intensivos del fenómeno del elitismo que no duda en plantear constantemente las nuevas alternativas a cada uno de los puntos tratados, conjugando de una manera tranquila y equilibrada las más duras críticas con el reconocimiento de la validez de algunas de las ideas consideradas. Por todo ello, a pesar de que ^{no} existe, como en el caso de Schumpeter, una formulación propia altamente sistematizada, si surge toda una línea de opinión del autor que da lugar a que

pueda hablarse con plena seguridad de la existencia de una postura propia de Bottomore frente a este tema. Nuestro autor comienza, pues, deteniéndose largamente en el estudio de los que él considera como los padres del elitismo contemporáneo: Pareto y Mosca, tratando de inquirir cuales de sus tesis son las más importantes y los aspectos que diferencian el planteamiento de ambos. Tras habernos dado muestras de una gran erudición acerca de estos temas, y antes de pasar al estudio de otros problemas nos presenta su propia visión acerca de la significación del argumento elitista y sus implicaciones para futuros estudios. En todo su planteamiento es indiscutible el gran peso de la influencia del pensamiento marxista, que toma constantemente como punto de comparación con la corriente elitista. Bottomore no duda en presentarnos a esta última como un movimiento intelectual que surgió a modo de desafío directo al socialismo, y en concreto al pensamiento de K. Marx; tesis que, como comentamos en otro momento, no deja de estar en lo cierto, pero que necesita ser complementada con determinadas matizaciones que nos harán comprender más ampliamente su verdadero significado. Pero Bottomore, que curiosamente parece querer incluir a M. Weber dentro de este grupo de teóricos que lanzan sus ataques contra el pensamiento marxista, considerará siempre que la idea de élite política constituye una clara alternativa a la de clase social que propone el marxismo, respondiendo claramente a la necesidad de dar una respuesta al problema de quien controla o monopoliza el poder en la sociedad. Es por ello por lo que no duda en afirmar:

"The concept of a governing elite avoids, in particular, the difficulty of showing that a particular

class, defined in terms of its economic position, does in fact dominate all the spheres of social life; but it does so only at the cost of abandoning any attempt to explain the phenomena to which it refers,"(23)

Y, así, ya desde el principio de su obra el autor marca una de las características que le definen. a lo largo de esta: el intento de conciliar en lo posible ambas posturas, es decir de mostrar el enriquecimiento que supone el operar con ambas categorías al mismo tiempo, lo que ampliaría enormemente el campo de visión del científico social. Por lo tanto su tarea es múltiple, al tiempo que insiste en la fertilidad y sugestividad que entraña la teoría de las élites y no duda en contraponerla con la concepción marxista, se empeña en mostrar que ambos conceptos, despojados de algunas de sus características, y sobre todo de la serie de implicaciones que les atribuye la pertenencia a una u otra tradición de pensamiento, pueden ser utilizados a la par en un intento de ampliar aún más el alcance del estudio de los fenómenos de poder en la sociedad. Porque no olvidemos nunca que Bottomore está plenamente convencido de que la perspectiva de estudio de la distribución del poder dentro de las sociedades es una de las más fructíferas para el avance del pensamiento político y social. Y en realidad la gran crítica que dirige contra los teóricos clásicos de la élite es la de que no se llega a una clara definición del poder político, al tiempo que no ayudan a la comprensión de los fenómenos del cambio político. Pero siguiendo en su empeño de diferenciar, y al tiempo, encontrar los puntos de unión entre dos conceptos clave: el de la élite política y la clase dominante, siempre con vistas a su utilización en el análisis sociológico

contemporáneo, y no desde el mero punto de vista de la erudición; Bottomore no duda en detenerse más en este problema. No queremos aburrir al lector con largas clasificaciones que pueden encontrarse perfectamente en la obra a la que nos estamos refiriendo (24), pero si nos parece sumamente interesante resaltar el modo en que se llega a la conclusión de que se pueden distinguir dos niveles diferentes en el tratamiento del tema: por un lado un nivel en el cual los conceptos de clase dominante y de élite son opuestos, pero también hay otro en el cual ambos se complementan, lo cual nos llevaría a una clasificación mucho más completa de las sociedades desde esta perspectiva.

Junto con este empeño en mostrar las ventajas que resultarían de una unión de los conceptos de élite gobernante y de clase dominante Bottomore, quizá impulsado por esta misma idea, insiste a lo largo de todo su análisis en las ventajas que acarrea una perspectiva que destaque la multiplicidad de las élites dentro de una misma sociedad, o incluso la existencia de varios grupos sociales distintos dentro de una misma élite. Es por ello por lo que gusta diferenciar por un lado el estudio de Pareto, al que considera como una visión general abstracta en la que cobra una gran importancia la consideración de las cuestiones históricas y las condiciones del cambio social, y por otro lado estudios como los de Mosca, Pirenne y Schumpeter que destacan la importancia del auge y declinar de los grupos sociales tanto dentro de la minoría gobernante como en toda la sociedad en su conjunto. En este sentido nuestro autor no hace más que adoptar uno de los rasgos esenciales que definen al movimiento de

recuperación del argumento elitista: el substituir la primera versión del elitismo como dominio de un único grupo de individuos por una concepción que plantea su continua competencia entre diferentes minorías, de la cual surgirá el núcleo central encargado de la toma de las grandes decisiones políticas. Pero, a pesar de las indudables ventajas que conlleva la adopción de esta nueva perspectiva múltiple, Bottomore no abandonará jamás su convicción de que es absolutamente imprescindible introducir dentro del esquema de análisis algunas dosis de "marxismo", por decirlo así, ya que el gran fracaso de todos los tipos de argumentación elitista reside en su radical incapacidad de explicar uno de los fenómenos más importantes de las sociedades: el del cambio social. Y si consideramos que nos hallamos inmersos en unas comunidades en las cuales uno de los rasgos más destacables es el de estar sometidas a continuos procesos de cambio a todos los niveles es indudable que el no tratar de recuperar esta dimensión para la perspectiva elitista supondrá, a la larga, el reconocimiento del total fracaso de su empeño por explicar la realidad social.

Cuando comenzamos a interesarnos por la figura de Bottomore, al comienzo de este apartado, decíamos que era muy curioso observar como integraba dentro de la teoría clásica de las élites a autores que, en principio, nunca habían sido incluidos dentro de este grupo, como puede ser el caso de Weber. Pues bien, nuestro autor no hace una excepción con el caso de Weber, sino que se complace en mantener a lo largo de todo su discurso una visión muy amplia de los límites de

este discurso elitista, lo que enriquece por un lado enormemente su estudio, al presentarnos un panorama más completo de todos los aspectos que puede llegar a tomar la argumentación elitista. Entre otras razones esta amplitud de vistas es una de las causas fundamentales que convierten a la obra de Bottomore en una de las aportaciones más sobresalientes del estudio del movimiento elitista dentro de la amplia literatura dedicada al tema. Es por esta razón y por la cual, tras haberse fijado en los discursos de los llamados "elitistas clásicos" se centra en la consideración de otras formulaciones que han tratado de señalar el núcleo de la élite en otros grupos sociales totalmente nuevos en el análisis, y fijándose ya únicamente en el problema del elitismo. Así aparecen las tesis que ven en los intelectuales el centro de los nuevos grupos dominantes en estas sociedades, la más conocida de las cuales es, sin duda alguna, la de Mannheim. Y también tenemos las famosas formulaciones de la nueva importancia de los managers, o directivos de las grandes empresas y organizaciones, que han logrado crear una extensa corriente de pensamiento alrededor suyo, como son los discursos de Veblen o de Burnham; y por último no se podía olvidar el ya antiguo postulado weberiano que ve en el auge de la burocracia dentro de las sociedades industriales la prueba de que se va a llegar a un nuevo tipo de dominio social en el cual será este grupo el que tomará las riendas del gobierno. Esta tesis será decisiva para comprender el posterior desarrollo de todo el pensamiento sociológico de nuestro siglo, y no sólo ha inspirado nuevas teorías sino que el argumento como tal ha sido recuperado por pensadores como Djilas, que han querido ver en la evolución de las nuevas sociedades

socialistas, como la URSS, la evidencia definitiva que muestra la validez de la formulación weberiana. Pero como ya es habitual en nuestro autor su interés no se reduce meramente a un puro deseo de adquirir una información sobre fenómenos o datos del pasado y presente, sino que, al mismo tiempo, sigue latiendo la convicción de que por medio de este estudio se puede llegar a alcanzar un conocimiento propio extremadamente útil para ser aplicado a la construcción de un nuevo esquema interpretativo plenamente adecuado a la realidad social. Y es este largo estudio el que le empuja a considerar que todo el problema de llegar a determinar la posible existencia de grupos sociales que puedan ser vistos como nuevas clases dominantes o élites gobernantes, parece resumirse en el intento de hallar un elemento suficiente de cohesión que les proporcione suficiente cohesión social para actuar como un grupo social fuertemente unido; y, en definitiva, el único factor que puede lograr tal objetivo parece ser la comunidad de intereses, y aún más los intereses económicos. De aquí el enorme esfuerzo de todos los pensadores elitistas por encontrar un substituto a este, que cumpla sus mismos requisitos y tenga sus mismos efectos. Pero, en última instancia, el autor está plenamente convencido de la mayor utilidad y veracidad de la noción de clase social para el análisis de la sociedad contemporánea, aunque siempre mantenga la idea de que dicho estudio quedaría enormemente reforzado si se introdujesen, al mismo tiempo, nociones derivadas de las formulaciones elitistas. A pesar de todo, la noción del interés se erigirá al fin como verdadero instrumento de análisis social, el único que permitirá una correcta localización de los distintos grupos sociales dentro de una comunidad determina-

da, y la distinción, dentro de estos, del puesto exacto que ocupan los centros de poder político. Pero junto a esta clase dominante, basada plenamente en los intereses económicos, no hay que olvidar, nos dirá el autor, so pena de presentar una imagen inconclusa de la realidad social, que es también imprescindible la determinación de algunos grupos sociales con influencias sectoriales, aquellos que han pretendido erigirse en élites gobernantes en boca de otros autores. Estos nuevos grupos, verdaderos elementos que definen a las sociedades contemporáneas, aparecen en la concepción del autor como mediadores entre dominantes y dominados en el sentido de que crean una competencia y un conflicto permanente dentro del grupo dominante, restringiendo, de este modo, en numerosas ocasiones, el ejercicio del poder político. Se trata, pues, de una serie de "grupos profesionales" o pseudoélites, que, según los casos, se insertan en uno de los grandes grupos sociales (dominantes o dominados) y que establecen, mediante su juego de competencia, toda una serie de controles de poder que determinan la forma de su ejercicio por parte de la clase dominante. De este modo Bottomore llega, por fin, a plantearnos su verdadera propuesta de esquema de distribución del poder dentro de la sociedad, en el que se conjugan perfectamente tanto la visión derivada de la tradición marxista, al tiempo que el concepto de élites pasa a ocupar un lugar secundario pero igualmente fundamental para llegar a determinar el modelo de funcionamiento de la sociedad. Esta es, pues, su gran aportación que da como resultado el presentarnos un esquema interpretativo mucho más rico, derivada del profundo estudio de las dos grandes tradiciones de análisis de los fenómenos de poder dentro de las comunidades humanas.

Pero nuestro autor, aún después de habernos presentado el núcleo de toda su formulación, sigue profundizando en el problema y sobre todo no cesa en su empeño de demostrarnos que, bajo determinadas condiciones es también extremadamente útil el usar las categorías derivadas del planteamiento elitista, teniendo siempre por debajo de ellas la noción de la división de la sociedad en dos grandes grupos sociales definidos en base a sus intereses económicos divergentes. Existe una situación, la de los países subdesarrollados, que inician la llamada vía del desarrollo en la cual el empleo de la categoría de la élite se adecua totalmente a la realidad social que hay que analizar. En este caso se designa, al hablar de élite, a aquellos grupos que parecen estar en cabeza, guiar el proceso de desarrollo y modernización. Sin embargo, y a pesar del reconocimiento del importantísimo papel de dirección que estas llevan a cabo, si se quiere presentar un estudio lo más completo posible de dichas sociedades, habrá que buscar, por debajo de estas, la existencia de clases sociales definidas, habida cuenta de que es esta división la que posee realmente importancia, y sobre la cual han de apoyarse las élites en cuestión. Por último hemos de señalar dentro de esta larga exposición de los temas sobre los que más incide nuestro autor, la aparición de uno que no podía dejarse de lado dado que constituye, en cierta medida, el broche final con el que poder cerrar toda la evaluación del problema del elitismo. Se trata, como el lector quizá haya adivinado, de la toma en consideración de la crítica elitista a la democracia, de la que hablamos largamente al fijarnos en la figura de Schumpeter. Bottomore, a pesar de la admisión de un gran número de tesis elitistas, es un fir-

me convencido de la permanencia de grandes diferencias sociales y económicas en las sociedades contemporáneas; esto da lugar a que no pueda aceptarse una teoría que parte del supuesto de que tales desigualdades han desaparecido, pudiendo garantizarse la buena marcha de la sociedad en base al buen funcionamiento del mecanismo de la competencia. Todo este razonamiento le conduce a rechazar las nuevas definiciones de democracia, y a seguir aferrado a la concepción clásica de esta como gobierno por el pueblo. La sociedad no puede mantenerse, como pretenden estos pensadores, en una situación de permanente oposición y conflicto entre las élites y en una perpetua renovación del personal, aún en las sociedades occidentales más avanzadas la continuidad se logra esencialmente por medio del reclutamiento de los miembros de las élites de una clase social determinada. Es por todo ello por lo que la participación de la mayoría en los asuntos de gobierno es aún la única garantía y base de la democracia, frente a la idea de la competición entre diferentes élites que además, no siempre opone a los mejores como pensaba Schumpeter, sino que hay que reconocer que una parte importante de las diferencias individuales entre los miembros de la sociedad no son debidas a cualidades innatas entre las personas, sino que son creadas por distinciones sociales de uno u otro tipo. La única solución que puede llegar a instaurar un sistema democrático dentro de una comunidad cualquiera es el que ya idearon los teóricos decimonónicos, no habiendo perdido vigencia alguna desde su primera formulación. Con esta idea podemos dar por finalizada nuestra breve exposición del trabajo desarrollado por uno de los pensadores más sig-

nificativos dentro del estudio de la tradición elitista. Aunque bien es cierto que, al fin y al cabo, podría afirmarse que Bottomore acaba inclinándose más por una perspectiva en la que predominan los elementos derivados de la tradición marxista, ello no es óbice para que se hagan notar aquellos puramente elitistas, pudiendo ser considerado todo su discurso como una de las formulaciones más interesantes dentro del campo de la filosofía política y social de nuestros días, que "recupera" partes fundamentales de la concepción clásica del elitismo, al tiempo que lleva a cabo una de las mejores exposiciones de esta última, fruto evidente de un conocimiento muy profundo del tema.

VIII.5. R. Aron.

Si antes, al hablar de Bottomore, insistíamos en repetidas ocasiones en el hecho de que nos encontrábamos frente a uno de los autores que había estudiado el fenómeno del elitismo con un mayor detenimiento, hemos de afirmar ahora, al hablar de R. Aron, lo mismo o más aún. Pocos son los pensadores que poseen un conocimiento más profundo de la teoría clásica de las élites, y que hayan escrito tanto y tan diverso sobre el tema que aquí nos ocupa, tratando de las facetas más dispares de nuestros clásicos, y apuntando, al mismo tiempo, una concepción muy original de estos problemas. Porque, igual que ocurría en el caso de Bottomore, Aron no es únicamente uno de los máximos eruditos que existen en

la actualidad sobre los problemas del elitismo, sino que también ha marcado toda una línea de pensamiento inspirada, en muchas ocasiones, en algunas tesis del elitismo clásico. La obra del gran sociólogo francés es realmente ingente, y ello nos ha obligado a escoger un aspecto muy concreto de esta para el tema que ahora nos ocupa: ver algunos ejemplos de recuperación del argumento elitista en la ciencia social contemporánea. Incluso sus escritos específicamente dedicados al estudio del elitismo muestran tal variedad de perspectivas que nos es necesario llevar a cabo algún tipo de selección para poder presentar al lector una pequeña muestra de la visión de Aron acerca de estos temas; prueba de ello son las constantes referencias que hemos hecho en casi todos nuestros capítulos a múltiples textos referentes a los más variados temas. Por ello, aunque tendremos en cuenta el resto de las obras que hemos venido consultando para ayudarnos en nuestro trabajo, vamos a fijarnos en un breve artículo suyo titulado "Catégories dirigeantes ou classe dirigeante?" (25), en el cual se encuentran resumidas y admirablemente expuestas algunas de sus principales tesis acerca del modo más idóneo de superación del concepto de élite política, así como del de clase social. Un poco en la misma línea que mantenía Bottomore, aunque formulando opiniones distintas, Aron es igualmente consciente de que, para contribuir al desarrollo del conocimiento de las ciencias sociales, es imprescindible estudiar las dos categorías de análisis fundamentales que se han afianzado dentro de las diferentes corrientes dentro de este ámbito: la de élite y la de clase social, para, basándose en ellas, superarlas y poder plantear nuevos esquemas de interpretación social.

Para él las élites y las clases sociales son dimensiones expresas del orden social, y es, sin duda, el primer escritor contemporáneo que fomentó la importancia teórica y práctica de esta distinción. Mucho más opuesto que Bottomoer al análisis derivado de la tradición marxista, Aron no deja de tomar en cuenta, sin embargo, su posible introducción dentro de una nueva explicación de la distribución de los fenómenos de poder dentro de la sociedad.

Por todo ello, en el artículo que estamos examinando, se fija principalmente en la definición de la clase dirigente, concepto que extrae de la tradición marxista y de la que él denominó la Teoría italiana de la clase dirigente. En ambos casos este concepto se refiere a aquella minoría, más o menos coherente y consciente de sí misma, que de hecho reina sobre la sociedad. De esta definición hemos de destacar algunos puntos: se trata, pues, de una minoría, lo que excluye desde el principio la idea de que pueda aparecer un verdadero gobierno de la mayoría, unidamente será una pequeña fracción de la sociedad la que tendrá acceso y control de los centros de poder decisivo. Pero además de esto encontramos que han de existir otros rasgos que han de estar presentes si queremos hablar de la aparición de una verdadera clase dirigente, se trata de la existencia de una coherencia interna dentro del grupo, así como de una conciencia de sí mismo. Apuntábamos en un capítulo anterior que la idea de Marx de una necesaria "conciencia del proletariado" como requisito previo para poder hablar de la aparición de una verdadera clase revolucionaria se encontraba, en cierto modo, en los análisis de los teóricos elitistas, o al menos de los perte-

necientes a la "época clásica". Pero lo que más le interesa a Aron es destacar el hecho de que en las concepciones que mantienen la existencia de una clase dirigente se afirma siempre que esta reina sobre todas las esferas de la sociedad y no sólo meramente sobre el sistema político. Hay que distinguir, nos dirá el autor, entre la noción de gobierno que se refiere únicamente al gobierno ejercido sobre el sistema político, y la de clase dirigente que incluye el reinado sobre toda la sociedad, y por lo tanto incluye dentro de su significado al propio gobierno. Es, pues, esta confusión entre el ámbito de la sociedad y el del gobierno el que hay que superar planteando una nueva noción que las separe, y precisamente es esto lo que se quiere conseguir cuando se propone la adopción de la noción "categoría dirigente". Veamos como nos la presenta el autor:

"Nous appelons catégories dirigeantes les minorités qui occupent des positions ou accomplissent des fonctions telles qu'elles ne peuvent pas ne pas avoir une influence sur le gouvernement de la société." (26)

Las categorías dirigentes son, pues, aquellas minorías que poseen alguna influencia social, lo que no significa que ejerzan directamente funciones de gobierno; son subsistemas que influyen en el poder. Y dentro de estas, para nuestro autor, pueden distinguirse cuatro categorías que a continuación exponemos:

-1) Personal político: es aquella minoría que, de acuerdo con la fórmula de legitimidad y la traducción institucional de esta, se encuentra comprometida en la competición en la cual está en juego el ejercicio del poder. Y al mismo tiempo también engloba a aquella minoría detentadora del

poder.

-2) Los grandes funcionarios encuadrados dentro de la inmensa maquinaria estatal.

-3) Los gestores, públicos o privados, del trabajo público.

-4) Los conductores de las masas, cuyo símbolo principal es el número.

En estas cuatro categorías, para Aron, se encuentran resumidos todos aquellos individuos que, de uno u otro modo, ejercen alguna influencia sobre la colectividad, y por lo tanto llegarán a tener algún tipo de reflejo sobre la forma en que se ejerce el poder político en cada una de ellas. Y es con estas cuatro categorías o grupos de personas con los que se nos propone trabajar a fin de lograr una mayor comprensión de los fenómenos de distribución del poder dentro de los distintos grupos sociales, abandonando antiguas concepciones que no tienen razón de ser alguna en nuestros días, habida cuenta de la situación social que impera en la Europa actual. Pero aunque parezca, a primera vista, que se trata de cuatro grupos absolutamente separados sin ningún contacto entre sí, no hay duda de que las relaciones entre ellos son múltiples. En primer lugar en dicho discurso parece haber una relación de ligazón entre el personal político y el grupo de los grandes funcionarios que se complementa por otra relación de sometimiento de este mismo personal político y de los conductores de masas, con respecto a las otras dos categorías, es decir a los grandes funcionarios y a aquellos que gestionan el trabajo público, de forma privada o pública. Todo ello hace que se constituya una gran red de relaciones

en la que no es fácil llevar a cabo separaciones simplistas entre los diferentes sectores.

A partir de aquí, y una vez considerados aquellos puntos que, en principio, caracterizan al concepto que se presenta como substituto de antiguas categorías explicativas, Aron pasa directamente a presentarnos las ventajas que para él tiene la utilización de esta en el análisis social. En primer lugar hay que resaltar que el autor parte siempre de la visión de la categoría dirigente como un concepto analítico y no como algún otro tipo de concepto con una alta carga ideológica. Se piensa, así, que este no supone en sí mismo ningún tipo de unidad o homogeneidad interna, al tiempo que, al ser extremadamente flexible permite llevar a cabo divisiones o marcar los conflictos según las sociedades en las distintas categorías. Con ello se quiere decir que las cuatro categorías que antes apuntábamos no son grupos rígidos o cerrados, sino que, según los casos, pueden verse aparecer diferentes fracciones dentro de cada grupo y también se podría señalar el establecimiento de distintos tipos de conflictos entre cada uno de ellos; es esta flexibilidad la que garantiza, en parte, la gran operatividad del concepto a la hora de enfrentarnos con el análisis de una sociedad cualquiera. En realidad lo que nos propone Aron es utilizar la categoría dirigente en lugar de la noción de clase dirigente por dos razones fundamentales: en primer lugar con el nuevo término se pueden evitar las resonancias ideológicas del concepto de clase social. No cabe duda de que en este punto lo que se pretende es marcar una amplia separación de toda influencia marxista; por ello nos dice él mismo:

"...l'analyse d'une société à l'aide du concept des catégories dirigeantes est idéologiquement neutre."(27)

Sería muy discutible el grado en que se puede aceptar dicha afirmación, más vale desconfiar siempre de aquellos que proclaman en voz alta que los instrumentos de análisis que utilizan están desprovistos de toda carga ideológica y son los únicos capaces de alcanzar una explicación verdadera y totalmente objetiva de los fenómenos a los que se enfrentan; el hecho es que, al estar insertos en un discurso determinado toda categoría de análisis adquiere un cierto barniz ideológico. Pero dejemos a un lado estas consideraciones y continuemos viendo cual es la segunda causa que explica el por qué de la ventaja de la utilización de la categoría dirigente en lugar de las otras dos alternativas que antes se presentaban. Según nuestro autor al hacerlo así se logra, de algún modo, substituir la idea de una clase o grupo unitario por la de la heterogeneidad y competencia dentro del grupo dominante. Así pues, como era común a los análisis de los nuevos elitistas, se mantiene un gran apoyo a una concepción pluralista de la sociedad, cuyo mecanismo básico será el de la competencia, y que puede permitirle, de alguna forma, introducir más adelante la idea de democracia. Pero es evidente que, para ello, no había que dejar de lado la concepción clásica de la teoría elitista, puesto que en el discurso de un autor tan importante como puede ser Mosca encontramos ya una clara afirmación de la necesidad de introducir elementos heterogéneos y de competencia dentro de este grupo dominante. A pesar de todo ello es evidente que con esta afirmación Aron se inscribe dentro de la nueva corriente elitista que

, literalmente, ha de recurrir a este factor de pluralismo para poder llegar a formular más adelante la permanencia del tipo de sociedad competitiva tan extendida en el mundo occidental de nuestros días. Además, al insistir repetidas veces en este supuesto pluralismo dentro de la clase dirigente, Aron logra esquivar el problema que se les había planteado a todos los teóricos anteriores que se inscribían dentro de esta línea de pensamiento: la búsqueda del elemento de homogeneidad dentro de una minoría gobernante, que explique el hecho de que todas sus acciones aparecen como si estuvieran guiadas por un mismo propósito. Pero, de todos modos, aunque esta sea la pretensión de nuestro autor, no cabe duda de que en ciertos momentos es muy notable la ausencia de unión que no nos logra explicar que es lo que mantiene a estas en plena cohesión, a pesar de que dicha unión se base, aunque en principio parezca contradictorio, en una constante competencia y oposición de las cuatro categorías de las que hablábamos anteriormente.

Pero, dentro de la misma línea nuestro pensador ha de aceptar, entonces, una cierta influencia de la mayoría sobre la minoría, a pesar de que, en realidad, no se interesa nunca demasiado en el tema. El hecho es que, igual que en los casos anteriores, no se puede predicar la existencia de unas élites o categorías dirigentes dentro del marco de una sociedad de tipo occidental, como se la suele denominar, sin que, al mismo tiempo, se reconozca la existencia de una cierta influencia o mejor dicho de una cierta respuesta a las demandas de la masa por parte de estas. Sin embargo, lo que realmente centra todo el interés de nuestro autor es la ne-

gación de toda idea de cohesión y unidad dentro de estas categorías, lo cual le lleva, al tiempo que a moverse en un terreno totalmente utilitarista en cuanto a la significación que le atribuye a dicho concepto, a examinar la idea del dominio de clases sociales o élites políticas en el sentido más clásico del término, dentro de la sociedad. No hay, pues, un grupo totalmente cohesionado con plena autoconciencia de sí mismo y de la labor que ha de cumplir, que actúe como un todo homogéneo en lucha constante por lograr una serie de objetivos concretos que respondan a sus intereses particulares de grupo; se substituye esta idea clásica, y que había prevalecido en casi todas las concepciones decimonónicas y de los primeros decenios de nuestro siglo, por una noción mucho más ambigua que no sitúa concretamente la noción de poder en ningún centro estricto sino que la diluye en medio de una visión de la democracia formal competitiva en la cual las clases dirigentes son consideradas únicamente desde la perspectiva funcional. La democracia aparece, pues, aquí, al igual, por ejemplo, que en el caso de Michels, como democracia esencialmente representativa dada la imposibilidad de conseguir una democracia directa, siendo los representantes aquellos individuos que forman una minoría que claramente posee más poder político que aquellos a los que dice representar, dado que la influencia política de estos últimos se reduce a un juicio aislado que tiene lugar una vez cada mucho tiempo, acerca de las actividades de la minoría, hecho que se traduce en el voto en ocasión de las contiendas electorales. En realidad, si volvemos la vista hacia el discurso de otros dos autores, los que hemos presentado con anterioridad, Schumpeter y Bottomore, podemos apreciar que, a pesar de las indu-

dables diferencias que podemos encontrar en sus escritos existen toda una serie de planteamientos y presupuestos comunes que, al tiempo que los distinguen de la versión tradicional del elitismo, dan lugar a que sea posible hablar de ellos como de un grupo, sino homogéneo, al menos si perteneciente a una misma amplia corriente de pensamiento.

Lo que nos interesa destacar ahora, antes de dar por finalizada esta breve incursión en un aspecto muy concreto de la obra de R. Aron, es una extensión curiosa del concepto de categorías dirigentes a un ámbito en el que, antes, ningún otro pensador había entrado. Para nuestro autor, dentro de estas minorías, aparecen dos tipos de acciones: las de dirección y las de contestación. ¿Y qué quiere decir con esto?. Simplemente que se integra dentro del núcleo que toma la función de dirigir a la sociedad no solamente a todos aquellos que toman parte directa en las grandes decisiones políticas, sino también a lo que tradicionalmente se ha denominado la oposición. Este importante grupo social no sólo es visto como alternativa al sistema establecido, sino que se destaca su contribución al buen funcionamiento y al mantenimiento de la capa dirigente de este mismo sistema; la gran extensión del conflicto, fundamentalmente de intereses, y de la competencia en las sociedades industriales hace, según Aron, que la utilización de categorías sociales de análisis unitarias quede desfasada por completo, y buena prueba de ello son los errores a los que se llega cuando se pretende operar con instrumentos tales como las clases sociales de Marx, o las élites políticas de la teoría clásica de las élites. Y esta uniformidad residirá, en última instancia, en el hecho

de que se hace descansar la existencia de estas categorías sobre factores tan poco claros, y sobre todo tan unilaterales como puedan ser el económico y el del ejercicio directo del poder político, abandonando aspectos mucho más importantes entre los cuales han de destacarse el de la influencia social y la contribución a formar y mantener los principales valores sociales. Aron culmina, pues, su nueva formulación con un ataque directo tanto a la tradición marxista como a la del elitismo clásico, y nos encontramos con una propuesta radicalmente original de recuperación de antiguos planteamientos totalmente transformados en búsqueda de una mejor adaptación a una situación social que se considera absolutamente dispar a la que habían vivido, y había inspirado, a los grandes padres de las ciencias sociales en el siglo pasado. Es en este sentido como tenemos que evaluar la contribución que nos hemos esforzado en presentar a lo largo de las últimas páginas.

- (1) Entre otros trabajos de R.ARON pueden citarse:
 "La Sociologie de Pareto"(1937)
 "Classe sociale, Classe politique, Classe dirigeante", en "Archives Européennes de Sociologie", vol.1, nº2, Paris 1960.
 "La Signification de l'Oeuvre de Pareto", en "Cahiers V. Pareto", nº1, Librairie Droz, Genève 1963.
 "La Classe comme Representation et comme Volonté", en "Cahiers Internationaux de Sociologie", vol.38, Paris 1965.
 "Categories dirigeantes ou Classe dirigeante?", en "Revue Française de Science Politique", vol.15, nº1, Paris 1965.
 "Social Structure and the Ruling Class", en COSER, L.A.: "Political Sociology", Harper and Row, New York 1966.
- (2) BACHRACH, P.: "Critica..", op.cit., pg.61.
- (3) HUNTER, F.: "Community Organisation", Chapel Hill, Univ.of North Carolina, Van Rees Press, New York 1956.
 "Top Leadership, USA.", Chapel Hill, Univ.of North Carolina, Van Rees Press, New York 1959.
- (4) AGGER, R.: "The Rulers and the Ruled",
- (5) PRESTHUS, R.: "Men at the Top.", Oxford Univ.Press, New York 1964.
- (6) KELLER, S.: "Más allá de la Clase dirigente.", Ed.Tecnos, Madrid 1971.
- (7) KELLER, S.: "Más allá..", op.cit., pg.31.
- (8) " ", pg.62.
- (9) BOTTOMORE, T.B.: "Elites..", op.cit....
- (10)" ", pg.38.

- (11) KELLER, S.: "Más allá..", op.cit., pg.39
- (12) " " " " ,pg.146.
- (13) LASWELL, y otros: "The Comparative Study of Elites, an Introduction and Bibliography.", Stanford Univ.Press 1952.
- (14) BACHRACH, P.: "Crítica..", op.cit., pg.152.
- (15) SCHUMPETER, J.: "Capitalisme..", op.cit., pg.423.
- (16) SCHUMPETER, J.: "Diez Grandes Economistas", op.cit.
- (17) SCHUMPETER, J.: "Capitalisme..", op.cit., pg.
- (18) " " " " ,pg.369.
- (19) " " " " ,pg.377.
- (20) " " " " ,pg.394.
- (21) " " " " ,pg.403.
- (22) BOTTOMORE, T.B.: "Elites and..", op.cit.
- (23) " " " " ,pg.26.
- (24) " " " " ,pg.31.
- (25) ARON, R.: "Catégories dirigeantes ou Classe dirigeante?" op.cit.
- (26) " " " " " " ,pg.12.
- (27) " " " " " " ,pg.19.

CONCLUSIONES.

Al dar por finalizada una tesis doctoral se acostumbra tratar de poner el broche final a la investigación presentando una serie de conclusiones que, de algún modo, resuman toda la labor realizada, al tiempo que justifiquen, o mejor dicho prueben las hipótesis de partida que han dado origen y sentido al todo desarrollo teórico que se ha ido presentando previamente. En nuestro caso, y dada la multiplicidad de niveles en la que nos hemos estado moviendo, y la amplitud del tema elegido para el estudio, así como lo provisional de algunos de los resultados obtenidos, que se presentan más como verdaderos puntos de partida de posteriores trabajos que como metas de llegada, no es nada fácil exponer estas conclusiones, al menos en el sentido más absoluto del término. Por todo ello advertimos al lector que al leer las páginas que a continuación se incluyen tendrá que tener siempre presente esta idea de provisionalidad, o al menos de no encontrarse ante un cuerpo de trabajo absolutamente cerrado y concluso. Pasamos, pues, una vez formuladas estas primeras advertencias, a desglosar los principales puntos que hemos tratado de aclarar a lo largo de nuestra investigación.

1. En primer lugar, para seguir un orden lógico en la exposición, hemos de resaltar que, para nosotros, el argumento clásico del elitismo supone, ante todo, una importante tarea de recuperación de toda una línea de estudio de los fenómenos políticos, que hunde sus raíces en épocas muy anteriores de

la Historia del pensamiento político y social. Frente al historicismo y a la perspectiva jurídico-institucional que predominaban dentro de este amplio campo de estudios en las últimas décadas del siglo pasado, la teoría clásica de las élites reafirma tanto la necesidad de abordar el estudio de las sociedades desde una postura fundamentalmente realista, incluso, si queremos llamarlo así, pragmática, como insiste en la convicción de que la política, su verdadero centro de interés, ha de ser vista esencialmente considerandola como lucha por el poder. Son estas dos ideas claves las que, como ya hemos visto, tendrán una decisiva influencia en el posterior desarrollo de esta disciplina.

2. Dentro de este nuevo enfoque de la política aparece en concepto de la élite o clase política como categoría central, al tiempo resumen de toda esta línea de pensamiento. La tesis de que en todo tiempo y lugar surge una minoría que monopoliza el poder político agrupa, por un lado, los distintos discursos de los denominados elitistas clásicos, y por otro constituye el eje alrededor del cual giran estos, a pesar de que la definición, características y modos de actuación de esta sean diferentes en cada uno de ellos.

3. Este mismo hecho dará origen a toda una serie de consecuencias, de rasgos definitorios en el análisis del elitismo clásico que queremos destacar:

a) Se aprecia, en los tres autores principales que hemos considerado (Pareto, Mosca y Michels), una evidente tendencia a reducir la multiplicidad y la complejidad de la vida social a un único aspecto: la competencia por el poder entre

los distintos grupos sociales.

b) Ello mismo determina que al aparecer sistemáticamente una división constante de las sociedades en base a esta categoría, se pueda afirmar que existe un desprecio, o al menos un abandono de las demás variables que deberían de entrar en juego para dar cuenta tanto de la complicada estructura y estratificación social de las comunidades industriales avanzadas, como de las múltiples relaciones de poder que se establecen en las mismas y que determinan, en última instancia, la peculiaridad de la vida política en estas.

c) Sin embargo hemos de reconocer que esta misma "simplificación" del análisis, aunque supone una indudable fuente de crítica y de imprecisiones dentro de esta línea de análisis, da también lugar a que el concepto de élite posea una gran utilidad y facilidad de aplicación a la hora de llevar a cabo estudios concretos de la realidad social; hecho este que contribuirá decisivamente en el momento en que consideremos el enorme interés que ha vuelto a despertar dicho instrumento de análisis desde hace varias décadas.

4. Entrando ya por entero en la parte de nuestro estudio que trata más directamente el concepto de la élite o de la clase política dentro del pensamiento de nuestros autores, hemos de afirmar la ineludible necesidad de encuadrar el surgimiento de este concepto en la construcción teórica general de cada uno de ellos. Por lo tanto no hay que olvidar en ningún momento tanto las bases teóricas y metodológicas de las que parten cada uno de ellos, como su peculiar concepción de la ciencia, y muy en particular de la ciencia social; aspectos estos donde hay que definir la justa influencia del

positivismo en ellos. Porque, y este es un punto fundamental, la élite o clase política se erige en todos ellos como la categoría básica de análisis en un enorme esfuerzo de construcción de una verdadera Ciencia de la sociedad.

5. Intimamente ligado con lo anterior surge una doble dimensión de la categoría élite con el que debemos de contar en todo momento si queremos llegar a aprehender su verdadera significación dentro de esta primera formulación clásica. La élite se alza, por una parte, como el instrumento esencial del análisis concreto de aspectos determinados de la vida política y social en las distintas comunidades humanas que han existido a lo largo de la evolución de la humanidad. Pero, al mismo tiempo, y por la peculiar formulación que caracteriza a esta concepción clásica, y de la que hablamos anteriormente, la élite ocupa el lugar central, básico en una visión global de la Historia y de la sociedad que se desprende de la construcción teórica de estos autores, y que da origen a una formulación sumamente original tanto de la Historia como de la naturaleza del hombre individual y de las comunidades humanas.

6. Volviendo, por un momento, al problema del puesto que ocupa la élite en cada uno de estos tres autores, hemos de apuntar que, a pesar de que creemos que es totalmente lícito hablar de una teoría clásica de las élites formando un conjunto con el suficiente grado de homogeneidad como para que se pueda definir una serie de rasgos y de postulados propios del mismo, tampoco hemos de descartar la existencia de elementos muy importantes de diferenciación en su seno. Por

ello realmente no osamos hablar de esta línea de pensamiento como de una Escuela sociológica en el sentido más preciso del término, teniendo, además, en cuenta las grandes divergencias de planteamiento que emergen tras un estudio detenido de los discursos de sus tres máximos representantes. Pero, aunque este hecho pueda restar, en un primer momento, claridad e incluso alcance a sus ideas, también es cierto que existen otras consecuencias particularmente positivas que se desprenden de este. Entre ellas hemos de apuntar junto a la necesidad de un estudio por separado de cada una de sus argumentaciones, el indudable enriquecimiento y multiplicidad de facetas que poseerá el concepto, y que serán resaltados por las posteriores recuperaciones.

7. Por último, por lo que se refiere a este conjunto de apreciaciones acerca del concepto de élite dentro de estos tres autores, nos interesa destacar otra dualidad que se desprende directamente de la consideración de la idea de élite en ellos y que, al igual que la anterior, tendrá una indudable incidencia en las direcciones que tomarán las posteriores recuperaciones de dicho argumento. Como defimos ya en un momento anterior, a partir de la definición del concepto de élite o de clase política se llega a hacer un gran hincapié en los factores más puramente "reales" en la política, surgiendo, de este modo, la idea esencial de la política como un juego de relaciones de poder, y planteandose, asimismo, el problema del lugar a reservar a las acciones racionales dentro de este mismo ámbito. Y este mismo planteamiento es el que da paso a una importante característica de esta formulación, su importante contribución al movimiento general, que tenía lugar du-

rante aquellos años, de recuperación de el elemento no racional en la vida humana, y en lo que aquí respecta en la vida política. De este modo surge toda una parte de su pensamiento, concretada en la teoría de las derivaciones de Pareto, la de la fórmula política de Mosca y el análisis del liderazgo y del carisma en Michels, cuya importancia va siendo subrayada cada vez más en los últimos años, y que sirve de complemento imprescindible para la mayor comprensión de este concepto central en nuestro trabajo.

8. Continuando con nuestro razonamiento, y antes de pasar a tocar los puntos relacionados con la nueva recuperación del argumento clásico del elitismo, queremos dejar constancia de nuestro rechazo a dos ideas que han venido repitiéndose por parte de bastantes estudiosos del tema, y que a nuestro juicio en ocasiones llegan a desvirtuar el verdadero sentido de esta argumentación. En primer lugar no ha de extrañarnos, a estas alturas, ver aparecer la opinión que considera a la teoría clásica del elitismo como una respuesta, movida únicamente por un deseo de oposición abierta a las tesis del marxismo. A pesar de que hay una parte de verdad no despreciable en dicha afirmación, es necesario realizar ciertas matizaciones que lograrán presentarnos claramente su justo sentido. No hay que olvidar en ningún momento que nuestros tres autores comparten una admiración, muchas veces no oculta, por el marxismo como teoría de explicación de la realidad social que es difícilmente separable de la deuda con la figura clave de esta línea de pensamiento que, en uno u otro sentido, es compartida tanto por Pareto como por Mosca y Michels. Ello se aprecia inmediatamente en el momento en

que nos paramos a considerar que, en realidad, a lo largo de sus discursos estos tres pensadores juegan casi continuamente con los términos élite o clase política y clase social, no apareciendo un rechazo radical de esta idea central del marxismo en ninguno de ellos. Del mismo modo hay que señalar la recuperación de la idea de lucha de clases que, aunque desprovista de algunos de sus rasgos definitorios, entra a formar parte de la concepción de las sociedades humanas de estos autores.

Se hace evidente, pues, que al tratar el problema de la relación entre el marxismo y el elitismo clásico hay que andar con sumo cuidado, y sobre todo hay que separar la aportación teórica del Marxismo de los resultados que ellos suponen se derivarían de una aplicación práctica de esta doctrina a la realidad europea de aquellos años. Mientras que el marxismo como teoría del conocimiento es criticado en algunos aspectos, pero se le reconocen indudables aciertos en otros, la oposición rabiosa de los elitistas se centra en su aplicación: el socialismo; aunque también es cierto que este odio y aversión vienen determinados, en cierto modo, por el reconocimiento del gran empuje y fuerza de este, lo que le convierte en uno de los principales enemigos contra los que hay que luchar. El caos político en el que se encontraba inmersa la Italia del momento y la búsqueda del orden y la estabilidad (el "equilibrio social" paretiano), son algunas de las razones que explican esta actitud.

9. En segundo lugar tenemos que rechazar, o al menos matizar en algunos de sus aspectos, las ideas más generaliza-

das que se han venido vertiendo acerca de la supuesta existencia de una relación directa entre la teoría clásica de las élites y el fascismo. Al igual que ocurría en el caso anterior es imprescindible llevar a cabo algunas consideraciones, para poder desvelar lo que hay de verdad o de falsedad en dichas afirmaciones. Aunque no se puede negar que ninguno de nuestros tres pensadores se opuso violentamente, al menos en un principio, ni miró en algún momento con complacencia el advenimiento del fascismo al poder, encarnado en la figura de Mussolini, en medio de una situación económica, política y social que ellos consideraban insostenible, también es cierto que su actitud con relación al régimen fascista no fue nunca de clara adhesión, salvo quizá en el caso de Michels. Pareto no vivió lo suficiente para asistir al desarrollo y a la madurez del mismo, por lo que sólo contamos con algunas declaraciones aisladas de complacencia que no se tradujeron en hechos concretos; y por su parte Mosca fue adoptando paulatinamente posturas de oposición cada vez más radicales a medida que pasaba el tiempo, lo que le llevó a convertirse en uno de los adversarios más opuestos al régimen dentro del grupo de los intelectuales más prestigiosos del momento.

No encontramos, pues, razones suficientes, ateniéndonos únicamente a las actitudes individuales de nuestros autores, que apoyen la idea de la existencia de una relación directa entre estos y el fascismo, pero además hemos de tener en cuenta que la significación del advenimiento de Mussolini, en el contexto histórico de la Italia de los años veinte, difiere en gran medida de nuestra concepción actual, e incluso de las actitudes que fueron tomando a lo largo de los años

un nutrido grupo de pensadores de esta nacionalidad. Prueba de ello es, por ejemplo, el caso de Mosca idéntico al que podemos apreciar en otras figuras. Pero además, y este es quizá el argumento más fuerte que podemos esgrimir para fundar nuestro rechazo a estas opiniones, a pesar de que parece que Mussolini quiso aprovechar algunas de las ideas del elitismo, no existe ni una asunción completa de esta doctrina por parte de la ideología fascista, como tampoco aparecen dentro del elitismo algunos de los elementos más característicos del pensamiento fascista, como pueden ser la herencia o la raza.

10. Todo lo dicho anteriormente nos reafirma en una de nuestras convicciones básicas: a pesar de que, en cierto modo, pueda llegar a hablarse del elitismo clásico como precursor, entre otras muchas corrientes, del fascismo, este es, esencialmente, una teoría que participa y reivindica un sentimiento romántico de vuelta al liberalismo decimonónico, más que una adhesión a una forma de gobierno de tipo autoritario. Es este constante deseo de retorno a un sistema de libre competencia en el que se lograría alcanzar el "dominio de los mejores" el que explica, además, el verdadero sentido de su crítica a la democracia. Es muy importante, fundamental, para una plena comprensión de esta línea de argumentación el marcar la diferencia que ellos siguen estableciendo entre la idea de democracia, asimilada a la de gobierno caótico de las masas, y la de liberalismo. Esta separación explica, asimismo, su rechazo a los regímenes totalitarios, lo cual se hace totalmente compatible con su oposición a las formas democráticas, e incide, una vez más, en lo complejo y dudoso de poder llegar

a marcar una relación directa entre estos pensadores y los planteamientos más típicamente fascistas. Pruebas concluyentes de esta oposición a los totalitarismos o a las dictaduras son tanto las ideas de Mosca acerca de la defensa jurídica, como la formulación paretiana de la necesaria circulación de las élites, y la reivindicación de Michels de la democracia, la mejor de las formas de gobierno posibles aunque no realizable en la práctica, puntos todos ellos sobre los que insistimos a lo largo de nuestro trabajo.

11. La última parte de nuestro estudio se centraba en destacar la actualidad evidente de la argumentación elitista, que se mostraba claramente en el fenómeno de la recuperación de esta y de la utilización extendida del concepto de élite, después de la Segunda Guerra Mundial, enfoques estos que siguen ocupando un lugar muy destacado en las investigaciones de los fenómenos políticos y sociales de la actualidad. Dentro de este movimiento general de recuperación hemos de resaltar cuatro líneas distintas de comprensión y posterior aplicación de la tradición: en primer lugar tenemos la que denominamos corriente de "funcionalización" de la idea de élite, que se esfuerza en extender dicha categoría de análisis a otros ámbitos sociales más amplios, llevando, se este modo, a cabo una significativa labor de "despolitización" de la misma. En segundo lugar tampoco podemos dejar de lado la "Crítica elitista de la democracia", rama que es, en resúmenes cuentas, la que se convierte en sucesora directa de la tradición clásica en lo que respecta a una aplicación del enfoque del poder dentro del campo de estudio de los fenómenos políticos; recordemos que una de las tareas fundamentales del

conjunto de autores que se puede agrupar bajo esta denominación consistía en toda una serie de intentos de destrucción de la concepción clásica de la democracia, bajo una perspectiva de formalización. En tercer lugar, y directamente influida por los estudios de Michels, no podemos tampoco dejar de mencionar como "deudores" del elitismo clásico, a toda la gran corriente de estudios sobre la organización, que ha tenido tal auge durante las últimas décadas que ya se habla normalmente de la "Sociología de la Organización" como disciplina discernible dentro del gran conjunto de la Sociología. Por último pensamos que es posible llegar a establecer una relación bastante directa entre las tesis del elitismo clásico y todo un conjunto de planteamientos sumamente significativos y ampliamente extendidos que podríamos agrupar bajo el rótulo de tesis sobre la tecnocratización o la burocratización de las sociedades, y entre las cuales podemos destacar a autores tan conocidos como Burnham, Galbraith etc..

Finalmente tengamos también presente otro importante rasgo de toda esta corriente de recuperación, que no se limita a realizar los estudios puramente teóricos que han contribuido en gran medida al desarrollo de las grandes líneas de la Teoría política en nuestros días, sino que también inauguran un campo casi totalmente despreciado por los clásicos, que no es sino el de la aplicación exhaustiva de la categoría de análisis a los temas más diversos dentro del amplio campo de los estudios políticos y sociales.

12. Esta amplia corriente de recuperación, cuyas líneas más generales hemos apuntado en nuestro trabajo, pero que ne-

cesita de un estudio más profundo da, a su vez, lugar a varias consideraciones; la primera de ellas, evidentemente, es que no ha de seguirse despreciando o minimizando en modo alguno la influencia directa de los tres elitistas clásicos en el actual desarrollo de las disciplinas políticas y sociales, sino que, por el contrario, sus huellas siguen siendo muy evidentes, por lo que la vuelta al estudio de sus discursos cobra una gran actualidad y no puede ser reducida a un mero interés de "arqueología política". Además este mismo hecho de la recuperación ha de empujarnos tanto a una necesaria crítica profunda de sus diferentes formas de aparición, y nos asegura, una vez más, en la hipótesis central de nuestro trabajo: la importancia de tener en cuenta a la élite y a la clase política como categorías de análisis de gran operatividad y utilidad en nuestros días.

BIBLIOGRAFIA

- ABAGNANO, .: "Historia de la Filosofía", 3 vol., Montaner y Simón SA, Barcelona 1973.
- ARON, R.: "Classe sociale, Classe politique, Classe dirigeante", en "Archives Européennes de Sociologie", vol. 1, nº 2, Paris 1960.
- ARON, R.: "La Signification de l'Oeuvre de Pareto", en "Cahier V. Pareto", nº 1, Librairie Droz, Genève 1963.
- ARON, R.: "Catégories dirigeantes ou Classe dirigeante?" en "Revue Française de Science Politique", vol. 15, nº 1, Paris 1965.
- ARON, R.: "La Classe comme Representation et comme Volonté", en "Cahiers Internationaux de Sociologie", vol. 38, Paris 1965.
- ARON, R.: "Les Etapes de la Pensée Sociologique", Ed. Gallimard, Paris 1967.
- ARON, R.: "Social Structure and the Ruling Class", en: COSER, L.A.: "Political Sociology", Harper and Row, New York 1966.
- ARON, R.: "Prefacio al 'Traité de Sociologie Générale' de V. Pareto", en "Oeuvres Complètes de V. Pareto", Tomo XII, Librairie Droz, Genève 1968.
- BACHRACH, P.: "Crítica de la Democracia Elitista", Ed. Amorrortu, B. Aires 1973.
- BARNARD, C.I.: "Las Funciones de los elementos Dirigentes.", Instituto de Estudios Políticos, Madrid 1959.
- BELL, D.: "El Fin de las Ideologías", Ed. Tecnos, Madrid 1964.

- BERGER, P.L.: "La Construcción Social de la Realidad", Ed. Amorrortu, 2ª ed., B.Aires 1972.
- BIAUDET, J.Ch.: "Pareto à Lausanne", en "Cahiers V.Pareto", n°5, Librairie Droz, Gênevè 1965.
- BOBBIO, N.: "Saggi sulla Scienza Politica in Italia", Universale Laterza, Roma 1977.
- BOBBIO, N.: "L'Ideologie chez Pareto", en "Cahiers V.Pareto", n°46, Librairie Droz, Gênevè 1979.
- BORKENAU, F.: "Pareto", Chapman & Hall, London 1936. Ed. en castellano: FCE, México 1978.
- BOTTOMORE, T.B.: "Elites and Society", C.A.Watts and Co.Ltd., London 1964.
- BOUSQUET, G.H.: "Précis de Sociologie d'après V.Pareto", Ed. Payot, Paris 1925.
- BOUSQUET, G.H.: "V.Pareto, sa Vie et son Oeuvre.", Ed. Payot. Paris 1928.
- BOUSQUET, G.H.: "Pareto (1848-1923). Le Savant et l'Homme", Ed. Payot, Paris 1930.
- BOUSQUET, G.H.: "Introduction à la Réédition du 'Cours'", en "Cahiers V.Pareto", n°4, Librairie Droz, Gênevè 1964.
- BURNHAM, J.: "Les Maquiavéliens défenseurs de la liberté", Calmann-Lévy, Paris 1949.
- BUSINO, G.: "Matériaux pour servir à l'Etude de la Pensée Politique et Sociale de V.Pareto.", en "Cahiers V.Pareto", n°7-8, Librairie Droz, Gênevè 1965.
- BUSINO, G.: "Introduction à une Histoire de la Sociologie de Pareto.", en "Cahiers V.Pareto", n°12, Librairie Droz, Gênevè 1967.
- CIPOLLA, C.: "Historia Económica de la Población Mundial", Eudeba, Buenos Aires 1973.

- DAHL, R.A.: - "Critique of the Ruling Elite Model", en "American Political Science Review", 211, nº2, Junio 1958.
- DAHL, R.A.: "Who Governs?", Yale Univ. Press, New-Haven-London 1961.
- DARWIN, Ch.: "El Origen de las Especies por Medio de la Selección Natural", Ed. Grijalbo, México 1961.
- DUVERGER, M.: "La Democracia sin el Pueblo", Ed. Ariel, Barcelona 1968.
- ENGELS, F.: "La Situación de la Clase Obrera en Gran Bretaña", Ed. Akal, Madrid 1979.
- FERRAROTTI, F.: "Breve Nota intorno alla Teoria dell'Equilibrio Sociale in Pareto.", en "Cahiers V. Pareto", nº5 Livrairie Droz, Gênevè 1965.
- FRIEDRICH, C.J.: "A Critique of Pareto's Contribution to the Theory of a Political Elite", en "Cahiers V. Pareto", nº5, Livrairie Droz, Gênevè 1965.
- G^Z SEARA, L.: "La Sociología, Aventura Dialéctica.", Ed. Tecnos, Madrid 1974.
- GOULDNER, A.: "La Crisis de la Sociología Occidental", Ed. Amorrortu, B. Aires 1973.
- HAMON, L.: "La Latitude d'Action des Catégories Dirigeantes: Réalité et Limites.", en "Revue Française de Science Politique", nº3, Juin 1964.
- HASSNER, P.: "A la Recherche de la Classe Dirigeante: Le Débat dans l'Histoire des Doctrines", en "Revue Française de Science Politique", nº1, Février 1965.
- HEARDER, .: "Europa en el Siglo XIX (1830-1880)", Ed. Aguilar, Madrid 1973.
- HENDERSON, L.G.: "Pareto's General Sociology. A Physiologist's Interpretation.", Cambridge, Mass., Univ. Press. 1935

- HOROWITZ, L.I.: "La Nueva Sociología", Ed. Amorrortu, B. Aires 1969.
- HUGHES, H.S.: "Conciencia y Sociedad. La Reorientación del Pensamiento Social Europeo. 1890-1930.", Ed. Aguilar, Madrid 1972.
- HUNTER, F.: "Community Organisation", Chapel Hill, Univ. of North Carolina, Van Rees Press, N. York 1956.
- HUNTER, F.: "Top Leadership, USA.", Chapel Hill, Univ. of North Carolina, Van Rees Press, N. York 1959.
- KELLER, S.: "Más allá de la Clase Dirigente", Ed. Tecnos, Madrid 1971.
- KELLER, S.: "Elites", en "Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales", vol. 4, Dirigida por I. L. Sills, Ed. Aguilar, Madrid 1977.
- KOLAKOWSKI, L.: "La Filosofía Positivista", Ed. Cátedra, Madrid 1979.
- LASWELL, y otros: "The Comparative Study of Elites, an Introduction and Bibliography", Stanford, Carolina: Hoover Institute Series, Stanford Univ. Press, 1952.
- LINZ, J.J.: "Robert Michels", en "Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales", Vol. 7, Dirigida por D. L. Sills, Ed. Aguilar, Madrid 1977.
- LIPSET, S.M.: "Introducción" a los "Partidos Políticos" de R. Michels, (Berkley, Agosto 1961), en MICHELS R.: "Los Partidos Políticos", 2 Vol., Ed. Amorrortu, B. Aires 1979.
- LIPSET, S.M.: "El Hombre Político", Ed. Eudeba, Buenos Aires 1963.
- LUKIC, R.D.: "La Théorie de l'Elite chez Pareto et Marx", en "Cahiers V. Pareto", nº 4, Librairie Droz, Genève 1964.
- MANHEIM, K.: "Ensayos de Sociología de la Cultura", Ed. Aguilar, Madrid 1963.

- MANHEIM, K.: "Ideología y Utopía", Ed. Aguilar, Madrid 1973.
- MAQUIAVELO, N.: "Discorsi sopra Prima Deca di Tito Livio", G.B. Paravia, Torino 1953.
- MAQUIAVELO, N.: "El Príncipe", Ed. Espasa Calpe, Madrid 1964.
- MARTINDALE, D.: "La Teoría Sociológica. Naturaleza y Escuelas.", Ed. Aguilar, 2ª Reimpr., Madrid 1979.
- MARX, K.: "Obras Escogidas", 2 Vol., Ed. Fundamentos, Madrid 1975.
- ENGELS, F.: "Obras Escogidas", 2 Vol., Ed. Fundamentos, Madrid 1975.
- MARX, K.: "La Cuestión Judía", en "Obras Escogidas", Ed. Fundamentos, Madrid 1975.
- MARX, K.: "La Sagrada Familia", en "Obras Escogidas", Ed. Fundamentos, Madrid 1975.
- MARX, K.: "Contribución a la Crítica de la Economía Política", Alberto Corazón Ed., Madrid 1976.
- MARX, K.: "El Capital", en "Obras", Grupo Ed. Grijalbo, Barcelona 1976.
- MEISEL, J.H.: "The Myth of the Ruling Class", Michigan Press, 1958. Trad Castellana: "El Mito de la Clase Gobernante", Ed. Amorrortu, Buenos Aires 1975.
- MEISEL, J.A.: "A Question of Affinities. Pareto and Marx.", en "Cahiers V. Pareto", nº5, Librairie Droz, Genève 1965.
- MEISEL, J.A.: "Pareto and Mosca", Ed. Prentice Hall, New Jersey 1965.
- MEYNAUD, J.: "Les Techniciens et le Pouvoir", en "Revue Française de Science Politique", nº1, Janvier-Mars 1957.
- MICHELS, R.: "Introducción a la Sociología Política", Ed. Paidós, B. Aires 1969.
- MICHELS, R.: "Los Partidos Políticos", 2 Vol., Ed. Amorrortu 2ª Reimpr., Buenos Aires 1979.

- MILLS, C.W.: "Las Clases Medias en Norteamérica", Ed. Aguilar, Madrid 1961.
- MILLS, C.W.: "From Max Weber: Essays in Sociology", Oxford Univ. Press, New York, 1971.
- MILLS, C.W.: "La Elite del Poder", Ed. FCE, 5ª Reimpr., México 1973.
- MILLS, C.W.: "La Imaginación Sociológica", Ed. FCE, 2ª Reimpr., México 1974.
- MOMMSEN, W.J.: "La Epoca del Imperialismo. Europa 1885-1918", en "Historia Universal S.XXI", Tomo nº 28, Ed. S.XXI, 6ª Ed., Madrid 1978.
- MOSCA, G.: "Teoría y Gobierno Parlamentario", (1883)
- MOSCA, G.: "Apuntes sobre la Libertad de Prensa", (1884)
- MOSCA, G.: "Cuestiones Constitucionales", (1884)
- MOSCA, G.: "Los liberales y el Vaticano"
- MOSCA, G.: "Historia de las Instituciones Políticas". Ed. Revista de Derecho Privado, Madrid 1941.
- MOSCA, G.: "Elementi di Scienza Politica", 1ª Ed., Fraeelli Bocca, Roma 1896. 2ª Ed. en 1922.
- MOYA, C.: "Teoría Sociológica. Una Introducción Crítica", Ed. Taurus, Madrid 1971.
- NISBET, R.A.: "The Sociological Tradition", Heinemann Educational Books, 4ª Reimpr., London 1973.
- PARETO, V.: "Oeuvres Complètes", dirigidas por BUSINO, t., Librairie Droz, Gênevè.
- PARETO, V.: "Cours d'Economie Politique", en "Oeuvres complètes", Tomo I, Librairie Droz, Gênevè 1964.
- PARETO, V.: "Ecrits sur la Courbe de la Repartition de la Richesse", en "Oeuvres Complètes", Tomo III, Librairie Droz, Gênevè 1965.

- PARETO, V.: "Libre-Echangisme, Protectionisme et Socialisme", en "Oeuvres Complètes", Tomo IV, Librairie Droz, Genève 1965.
- PARETO, V.: "Les Systèmes Socialistes", 2 Vol, en "Oeuvres Complètes", Tomo V, Librairie Droz, Genève 1965.
- PARETO, V.: "Mythes et Ideologies", en "Oeuvres Complètes" Tome VI, Librairie Droz, Genève 1966.
- PARETO, V.: "Manuel d'Economie Politique", en "Oeuvres Complètes", Tomo VII, Librairie Droz, Genève 1966.
- PARETO, V.: "Statistique et Economie Mathématique", en "Oeuvres Complètes", Tomo VIII, Librairie Droz, Genève 1966.
- PARETO, V.: "Marxisme et Economie Pure", en "Oeuvres Complètes", Tomo IX, Librairie Droz, Genève 1966.
- PARETO, V.: "Lettres d'Italie. Chroniques Sociales et Economiques", en "Oeuvres Complètes", Tomo X., Librairie Droz, Genève 1967.
- PARETO, V.: "Programme et Sommaire du Cours de Sociologie" y "Mon Journal", en "Oeuvres Complètes", Tomo XI, Librairie Droz, Genève 1967.
- PARETO, V.: "Traité de Sociologie Générale", en "Oeuvres Complètes", Tomo XII, Librairie Droz, Genève 1968.
- PARETO, V.: "La Transformation de la Démocratie", en "Oeuvres Complètes", Tomo XIII, Librairie Droz, Genève 1970.
- PARETO, V.: "Ecrits Politiques. Lo Sviluppo del Capitalismo, 1872-1895.", en "Oeuvres Complètes", Tomo XVII, Librairie Droz, Genève 1974.
- PARETO, V.: "Ecrits Politiques. Reazione, Liberté, Fascismo. 1896-1923.", en "Oeuvres Complètes", Tomo XVIII, Librairie Droz, Genève 1974.

- PARETO, V.: — "Lettere a M. Pantaleoni", Luigi de Luca, Roma 1960.
- PARETO, V.: "Forma y Equilibrio Sociales", Ed. Revista de Occidente, Madrid 1967.
- PARRY, G.: "Political Elites", Studies in Political Science, George Allen and Unwin Ltd., London 1969.
- PARSONS, T.: "La Estructura de la Acción Social", 2 Vol., Ed. Guadarrama, Madrid 1968.
- PLAMENATZ, J.: "La Classe dirigeante", en "Revue Française de Science Politique", nº1, Février 1965.
- PERRIN, G.: "Thèmes pour une Philosophie de l'Histoire dans le 'Traité de Sociologie Générale'", en "Cahiers V. Pareto", nº1, Librairie Droz, Genève 1963.
- PERRIN, G.: "Sociologie de Pareto", P.U.F., Paris 1966.
- delle PIANE, M.: "Gaetano Mosca", en "Enciclopedia Internazionale de las Ciencias Sociales", Vol. 7, Dirigida por D.L. SILLS, Ed. Aguilar, Madrid 1977.
- POPPER, K.: "La Sociedad Abierta y sus Enemigos", Ed. Paidós, B. Aires 1957.
- POPPER, K.: "El Desarrollo del Conocimiento Científico. Conjeturas y Refutaciones", Ed. Paidós, 2ª Ed., B. Aires 1979.
- PRESTHUS, R.: "Men at the Top", Oxford Univ. Press., New York 1974.
- REINHARD, M.: "Historia de la Población Mundial", Ed. Ariel, Barcelona 1966.
- ARMENGAUD, A.: "Historia de la Población Mundial", Ed. Ariel, Barcelona 1966.
- REVUE FRANCAISE DE SCIENCE POLITIQUE, Número dedicado al tema de: "Catégories dirigeantes ou Classe dirigeante?", nº1 Février 1965.

- REYNAUD, P.L.: "Pareto et la Psychologie Economique Moderne", en "Cahiers V.Pareto", n°5, Librairie Droz, Genève 1965.
- RIESMAN, D.: "La Muchedumbre Solitaria", Ed. Paidós, 3ª Ed., B.Aires 1971.
- Rz. ZUÑIGA, L.: "Elites y Democracia", Fernando Torres Ed., Valencia 1976.
- SABINE, G.H.: "A History of Political Theory", George G. Harrap and Co. Ltd., 3ª Ed., London 1963.
- SCHUMPETER, J.: "Capitalisme, Socialisme et Démocratie", Ed. Payot, Paris 1963.
- SCHUMPETER, J.: "Ten Great Economists", Oxford University Press, New York 1965.
- SILBERMANN, .: "Sur le Concept du Mythe et de la Morale chez V.Pareto", en "Cahiers V.Pareto", n°18, Librairie Droz, Genève 1969.
- SOREL, G.: "Réflexions sur la Violence", Librairie des Sciences Politiques et Sociales, 3ª Ed., Paris 1912. (Trad. Castellana en Alianza Ed.).
- SPENGLER, O.: "La Decadencia de Occidente", Ed. Espasa Calpe, Madrid 1947-50.
- TAIMON, J.L.: "Los Orígenes de la Democracia Totalitaria", Ed. Aguilar, Madrid 1956.
- TOMMISSEN, P.: "Bibliografía", en "Cahiers V.Pareto", n°15, Librairie Droz, Genève 1968.
- TOURAINÉ, A.: "La Sociedad Postindustrial", Ed. Ariel Quinceñal, Barcelona 1975.
- VARIOS: "Cambridge University Press", "Historia del Mundo Moderno", Tomo IX: "Guerra y Paz en Tiempos de Revolución: 1793-1830", Dirección de C.W. CRAWLEY, Ed. Sopena, Barcelona 1979.

- VARIOS: "Cambridge University Press", "Historia del Mundo Moderno", Tomo X: "El Cenit del Poder Europeo: 1830-1870.", Dirección de: J.P. TIER BURY, Ed. Sopena, Barcelona 1977.
- VARIOS: "Cambridge University Press", "Historia del Mundo Moderno", Tomo XI: "El Progreso Material y los Problemas Mundiales: 1870-1898", Dirección de: F.H. HINSLEY, Ed. Sopena, Barcelona 1973.
- VARIOS: "Cambridge University Press", "Historia del Mundo Moderno", Tomo XII: "Los grandes Conflictos Mundiales: 1898-1945", Dirección de: C.L. MOWAT, Ed. Sopena, Barcelona 1975.
- VEGA, P. de: "Gaetano Mosca y el Problema de la Responsabilidad Moral del Intelectual", en "Boletín Informativo de Ciencia Política", nº7, Madrid 1971.
- VINCENT, J.M.: "La Metodología de Max Weber", Cuadernos Anagrama, Barcelona 1972.
- WALKER, J.L.: "A Critique of the Elitist Theory of Democracy", en "The American Political Science Review", Vol. LX, nº2, 1966.
- WEBER, M.: "Economía y Sociedad", 2 Vol, Ed. F.C.E., México 1964. (2ª Ed.)
- WEBER, M.: "Ensayos sobre Metodología Sociológica", Ed. Amorrortu, Buenos Aires 1973.
- WEBER, M.: "La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo", Ed. Península, Barcelona 1975.
- LACARREGUI, J.M.: "Vilfredo Pareto, 1848-1923.", Instituto de Economía "Sancho de Moncada", Consejo Superior de Investigaciones Científicas, nº8, Serie A, Teoría Económica, Madrid 1951.

